

EL CRISOL Y LA CRIBA

RELATOS DE APRENDIZAJE

ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Miembros Ex Officio

Ángel Hernández Castillo, Ministro de Educación, Presidente

Francisco Germán De Óleo Ramírez, Viceministro de Acreditación y Certificación Docente del Ministerio de Educación / Representante Permanente del Ministro de Educación ante la Junta de Directores

Ancell Scheker, Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación Leonidas Germán, Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Francisco Ramírez, Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Sixto Gabin, Representante de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Nurys del Carmen González, Rectora, Secretaria

Miembros Intuitu Personae

Radhamés Mejía, Vicepresidente Ángela Español Juan Tomás Tavares Laura Lehoux Magdalena Lizardo Rafael Emilio Yunén José Alejandro Aybar Pedro José Agüero Cheila Valera

CONSEJO ACADÉMICO

Nurys del Carmen González, Rectora Carmen Gálvez, Vicerrectora Académica

Andrea Paz, Vicerrectora de Investigación y Postgrado

José Ernesto Iiménez, Vicerrector de Gestión Interino

Milta Lora, Vicerrectora de Desarrollo e Innovación

Ana Julia Suriel, Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

Mercedes Carrasco, Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Glenny Bórquez, Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas, Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

Alejandrina Miolán, Vicerrectora Ejecutiva Interina Recinto Luis Napoleón Núñez Molina Jorge Sención, Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Angelquis Aquino, Directora de Postgrado y Educación Permanente

Ramón Apolinar Méndez, Director de Extensión

Carlos de Jesús Nova, Representante de los profesores

Elisa Mena, Representante de los directores académicos

Yendry Marius Rojas Ynfante, Representante estudiantil

Maribell Martínez, Representante Viceministerio de Servicios Técnicos y Pedagógicos Ministerio de Educación

Francisco Ramírez, Director Ejecutivo Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

EL CRISOL Y LA CRIBA

RELATOS DE APRENDIZAJE

ACADÉMICAS | Serie Lengua y Literatura

El crisol y la criba Relatos de aprendizaje

Autor: Manuel Matos Moquete

© Manuel Matos Moquete

Primera edición: 2023

Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña -ISFODOSU

ISBN: 978-9945-639-07-0

Producción general Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña –ISFODOSU

Departamento de Publicaciones del ISFODOSU Dirección editorial Miguelina Crespo V. Diagramación y portada Julissa Ivor Medina y Yelitza Sosa Corrección Adrian R. Morales G. y Vilma Martínez A.

Impresión

Editora Búho, S.R.L. Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana Printed in the Dominican Republic

A mi esposa Lizet Rodríguez Hernández, compañera de vida y de La Biblioteca.

A mi madre:

Si todos los hijos de Rita Emilia Moquete Calderón alcanzamos títulos universitarios, se lo debemos a ella. Nos cuidaba con los alimentos, para que asistiéramos bien uniformados y limpios a la escuela, y nos apoyaba cuando estábamos decaídos, con alientos morales y afectos.

El amor a mi madre permanece vivo: abnegada y cariñosa, muy expresiva, reía, contaba cosas, cantaba viejas canciones, y siempre hablaba con sus hijos. Conocíamos sus años de niña, su adolescencia, de cuando mi padre la raptó «se la llevó», como era usual en esa época, de su San Juan natal, y la trasladó en una mula a Tamayo atravesando llanos y montañas durante dos días. Mi recuerdo es imperecedero.

«Como todos los hombres de la Biblioteca, he viajado en mi juventud; he peregrinado en busca de un libro, acaso del catálogo de catálogos...».

> Jorge Luis Borges, La biblioteca de Babel

«En la pequeña biblioteca de mi niñez en Tamayo aprendí a leer cosas raras».

Manuel Matos Moquete

Índice

Presentación Introducción	
PRIMERA PARTE	
MI SUR	
El sur y sus entornos	27
El tañido de las campanas de Tamayo Las parras de Neiba	41
SEGUNDA PARTE LA EDUCACIÓN PRIMARIA EN TAMAYO	
Tras huellas de antaño	85
El relato de los poetas	
La escuela y las creencias	
El peso de la estirpe en mi educación	
Los controles y los maestros	142
TERCERA PARTE	
LA EDUCACIÓN SECUNDARIA AQUÍ Y ALLÁ	
Ambiente de agitación intelectual y política	153
El profesor tramposo y el grupo «Come-clase»	158
La prueba más difícil	163
Acción política y lectura urgente	168

CUARTA PARTE

LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA EN PARÍS

LICENCIATURAS EN LETRAS MODERNAS Y EN FRANCÉS.	175
Avatares y motivaciones en los estudios	175
El texto y el comentario compuesto	186
Una formación equilibrada en lingüística y literatura	198
Canon literario	204
Campo semántico y cultura	208
Un ambiente universitario afable y laborioso	213
LA MAESTRÍA EN LETRAS MODERNAS	221
Trimestre octubre-diciembre de 1978	225
El profesor Gauthier y don Semeión	225
Semiología y semiótica	230
Semiología antropológica	234
Marcel Mauss: Ensayo sobre el don	235
Marcel Jousse: el gesto es el ser humano	237
Georges Dumézil: las tres funciones	
de las sociedades indoeuropeas	238
Claude Lévi-Strauss: cumbre de la	
antropología semiótica y estructural	240
Jean-Pierre Vernant: el gran historiador	
y mitólogo de la Grecia antigua	242
Marcel Detienne y la escuela antropológica francesa	244
Semiología lingüística	246
Ferdinand de Saussure	251
Emile Benveniste	263
Semiología estética	278
Semiología filosófica	281
Charles Sanders Peirce	286
Trimestre enero-marzo de 1979	292
Grandes retos	292
Charles Morris	296

Umberto Eco	311
Consubstancialidad en el signo	318
Historicidad entre el pensamiento y el lenguaje	323
Anatomía de la evolución de las series culturales	329
Estructura e historia en la literatura	333
Lingüística y estilística	338
Lenguaje y estilo	339
Lengua y estilo	342
Habla y estilo	344
Prácticas de explicación de textos	352
Escuela Semiótica de París	356
Rolland Barthes	365
Trimestre abril-junio de 1979	381
Algirdas Julien Greimas	381
Julia Kristeva	386
Gérard Genette	394
Claude Bremond	402
Tzvetan Todorov	408
Mijaíl Bajtín	414
Yuri Lotman y la Escuela de Tartu	423
Texto e imagen: El coloso, Francisco de Goya	440
Tesis de la Maestría en Letras Modernas	454
DOCTORADO EN LITERATURA	466
Permanente ansiedad de aprender	466
Diploma de Estudios Avanzados, DEA	
Mi encuentro con Henri Meschonnic	
Seminario Poética del Ritmo y tesis de doctorado	490
Poética de Meschonnic: principales aprendizajes	
CONCLUSIÓN	525

NOTAS Y REFERENCIAS 548

Presentación

La educación es la actividad más enaltecedora del ser humano. Es la que, desde el hogar y las instituciones establecidas para ese fin, en mayor medida contribuye a la formación y orientación de los individuos para su desarrollo personal y social y la convivencia en la colectividad.

Sin embargo, para el logro de los aprendizajes deseables la educación requiere voluntad, esfuerzo y dedicación de parte de los docentes y los educandos en cada nivel. Ese proceso se cumple cada día en nuestras aulas y ha venido desarrollándose en la sociedad dominicana desde los más lejanos tiempos.

La enseñanza y el aprendizaje implican el intercambio y la acumulación de saberes y experiencias. Es lo que Manuel Matos Moquete plasma en *El crisol y la criba. Relatos de aprendizaje*. Como protagonista y testigo de su proceso educativo, en estas páginas nos cuenta el valor formativo de la educación y el impacto bienhechor de esa actividad en su vida, la gran enseñanza que nos deja su lectura.

A través de sus relatos, el autor estimula a los lectores a revivir y a contar sus experiencias educativas. Siguiendo ese ejemplo, invito a maestros y alumnos a valorar y comunicar los frutos de la educación en la familia y en las aulas. Cada uno de los actores es testigo de ese maravilloso proceso y con solo dar cuenta de su participación en el quehacer educativo puede contribuir a socializarlo y potenciarlo en el presente y la posteridad.

Para el Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, constituye un alto honor sumar a nuestra colección de

Presentación

publicaciones *El crisol y la criba...*, del prominente profesor, investigador y escritor dominicano Manuel Matos Moquete (Tamayo, Bahoruco, 1944), Premio Nacional de Literatura 2019.

Como institución especializada en la formación de docentes de calidad, nos satisface poner a disposición de nuestros estudiantes, profesores, egresados y público en general, esta obra en la que el doctor Matos transmite de manera magistral las experiencias acumuladas a lo largo de su vida.

Una trayectoria de cerca de 40 años en el quehacer académico —erigido sobre una sólida formación en la Universidad Sorbona Nueva (París III)—, con las licenciaturas en Letras Modernas y en Estudios Franceses para la Enseñanza, una maestría en Letras Modernas y un doctorado en Literatura, conecta al lector con las enseñanzas de maestros y obras que formaron al lingüista, hoy miembro de número de la Academia Dominicana de la Lengua y de la Academia de Ciencias de la República Dominicana, y miembro correspondiente de la Real Academia Española.

El crisol y la criba. Relatos de aprendizaje también transporta al sur profundo de República Dominicana, desde la propia voz literaria del autor. Sus relatos transcurren entre anécdotas de un exiliado político en París, memorias que transitan por su vasta obra, sus vivencias como revolucionario y anotaciones de clases sobre los grandes exponentes de la lingüística.

Estamos seguros de que, para nuestros jóvenes, este libro, repleto de memorias de un gran dominicano, será fuente de inspiración para el aprendizaje constante, la búsqueda del conocimiento, la sed de enseñar, el amor genuino por la lectura y la escritura y el compromiso con los ideales universales más excelsos.

Agradecemos al doctor Matos Moquete por haber elegido a nuestro Instituto para la edición e impresión de este libro y de su versión interactiva digital, que estará disponible para el país y el planeta en el portal de Publicaciones www.isfodosu.edu.do.

Nury del Carmen González Durán Rectora ISFODOSU

EL CRISOL Y LA CRIBA

RELATOS DE APRENDIZAJE

Introducción

En La Biblioteca me sorprendo viajando de Tamayo a París en un relato de aprendizaje (bildungsroman) tramado de vocaciones literarias y académicas. Durante la escritura de esta obra me siento liberado de lenguajes, poses y movimientos encorsetados.

Alzo velas, continuando el hilo de las memorias sobre mi persona, que dejé ancladas en mi obra de testimonios políticos *Caamaño la última esperanza armada*, y que, de alguna manera, han salpicado todo mi quehacer literario para imprimirle un matiz autobiográfico.

Sin embargo, no debo dejar de recordarme a mí mismo la advertencia que en otra obra inscribí en el siguiente pasaje, pues en ella están trazados los límites de lo que acerca de mí puedo decir:

«¿Qué se puede saber de un hombre hoy?» es la pregunta que Sartre se hace lleno de perplejidad al inicio de *El idiota de la familia*, su biografía acerca de Flaubert. El intento de conocer la vida de cualquier persona puede suscitar una interrogación semejante.

Nadie puede responder con certeza cómo, cuándo y dónde aconteció eso que llamamos persona, pues no se trata solo de vida biológica. Creo que todos tenemos dentro una cajita negra que nunca logramos penetrar y descifrar por completo. Lo mejor y lo peor de los seres humanos confluyen en un desesperante atributo: la infinita complejidad. Hay gente que afirma: «Te conozco más que nadie» o «que a nadie». Habría que preguntarse qué y cuánto conoce de esa persona.

Introducción

En cuanto a mí, siento que mi cajita está aún virgen en la profundidad de mi ser, en espera de un experto explorador de las transformaciones de mi conciencia. Hoy, lo que sé de mí mismo años después, ya viejo y retirado de mis propias huellas y andanzas es muy poco. ¿Un diez, un veinte, un cincuenta por ciento? No sé si con la edad llega el cúmulo del vivir y también de desconocimiento sobre sí mismo.

En mi estado actual me temo que es imposible conocerme más y que alguien me conozca más. En la niñez y la juventud se vive en la inocencia travestida e idiotizada. Y en la vejez, la chochez agrega vacíos. Uno se aleja de la tranquila y callada lucidez de antes. Es cierto, nadie conoce a nadie tan bien, ni siquiera a sí mismo, hasta el punto de poder afirmar con cordura: «Esta es la verdad, toda la verdad, la única verdad sobre esa persona».

Ahora, jubilado de las actividades formales habituales, en mi tiempo libre escribo estas memorias para mi propio disfrute y porque, quizá, pudieran ser instructivas para los demás. En ellas despliego la cronología de mis estudios como el relato de una carrera de obstáculos a marcha forzada contra el reloj de la sobreedad educativa.

Me complace hacer lo que me gusta y por mi propia cuenta. Consumo las páginas y el tiempo leyendo, investigando y escribiendo en libertad. Dediqué demasiado tiempo al simulacro de roles en la agenda de los demás. Por vocación altruista, a menudo. Y por obligación siempre durante décadas, básicamente en el mundo educativo, donde había que cumplir con desempeños funcionales y útiles en la docencia, la investigación y la gestión.

Ahora pienso que buena parte de los logros educativos plasmados en esta obra no se debe solo al gigantesco esfuerzo desplegado durante el aprendizaje en París. Cuando arribé a la Ciudad de la Luz yo era un hombre de experiencia, y eso contó mucho en lo que aprendí y en cómo aprendí. No fui a llenarme de asombros ni a repetir las lecciones de mis queridos maestros franceses.

Antes de esos inicios formales en los estudios superiores, había tenido una extensa e intensa actividad en un área en la cual tuve que familiarizarme con la crítica y el debate de ideas: la militancia política en la izquierda dominicana. La comunicación oral y escrita jugó un papel importante en esa actividad.

En ese trayecto he vivido inmerso en la fragua de las ideas y la creación. Siempre he estado interesado por la lectura y las humanidades. Desde Tamayo me he sentido parte del ambiente de los libros, representado en esta obra por La Biblioteca.

He sido alguien que, en definitiva, en su vida le ha dado por perseguir una ciencia del lenguaje indefinida e inexistente, mezcla de todo lo humano y en una perspectiva translingüística; un poco como Melquíades creía en la alquimia y ensayaba la búsqueda de la piedra filosofal en *Cien años de soledad*.

Afirma el exitoso empresario José Luis Corripio Estrada (Pepín) que en los negocios «La constancia, la insistencia y la perseverancia son factores mucho más importantes y determinantes que la inteligencia para alcanzar el éxito», y que «Más vale un analfabeto trabajando que un intelectual meciéndose en una mecedora».

Así mismo es en las letras, en particular en la producción literaria. La vocación, el talento y la capacidad creadora valen mucho; pero nada de eso sirve sin esfuerzo y trabajo arduo y sostenido en el tiempo.

No quisiera postergar una confesión que hoy me resulta extraña, como si se tratara de otra persona: tenía 31 años cuando en 1975 inicié mi formación universitaria.

Es tiempo de balance y reflexión. De lectura sin prisa. De escritura sin encargo ni acomodamiento. De introspección y retrospección.

Nací en 1944 en Tamayo. Ingresé a la escuela a lo siete años, la edad regular. Terminé los estudios primarios e intermedios en 1959 al obtener el octavo grado a los 15 años.

En 1963, en Santo Domingo, con 19 años, también la edad regular, obtuve el Diploma de Bachiller en Ciencias Físicas y Naturales

en el liceo nocturno Eugenio María de Hostos. Quería ser médico o un científico en Química o en Ciencias de la naturaleza.

En ese año interrumpí los estudios formales, primero por asuntos de salud, luego, por compromisos políticos. Algunos años después intenté inscribirme en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD, para estudiar Economía. Pero esa idea no prosperó. Ya estaba muy involucrado en la militancia política.

Hasta 1975, con 31 años, el único diploma que poseía era el de bachiller. Ese año, en París, ingresé por primera vez a la universidad, cuando llegué a Francia en condición de deportado durante el Gobierno de los Doce Años de Joaquín Balaguer.

Entonces, al arribar en esas condiciones, solo atendí a poner buena cara al mal tiempo y actuar según aconseja esta sabia expresión popular: «Si la vida te da un limón, haz una limonada».

Y me enfoqué en los estudios de letras, espoleado por la idea de recuperar el tiempo perdido. Centrado en esa meta desplegué todos mis esfuerzos para alcanzar sin desmayo y vertiginosamente todos los grados universitarios, desde la licenciatura hasta el doctorado.

Me inscribí en dos licenciaturas a la vez y obtuve los diplomas correspondientes: Licenciatura Universitaria de Estudios Franceses para la Enseñanza en el Extranjero, en 1978, a los 34 años, y Licenciatura en Letras Modernas, en 1979, a los 35.

En 1978, basado en la primera licenciatura inscribí la maestría, y en 1979, también a los 35, obtuve el diploma de maestría en Letras Modernas.

En 1979 inscribí el curso de predoctorado y, en 1980, a los 36, obtuve el Diploma de Estudios Avanzados, DEA. Finalmente, en 1982, a los 38 años, logré el doctorado en Literatura.

Ese año regresé de París con un doctorado en Literatura y una novela inédita, *En el atascadero*.

La sobreedad inicial en esos estudios fue superada. Me doctoré a los 38 años. ¡No van lejos los de alante si los de atrás corren bien!

Hoy, a mis 79 años, al pasar balance de los obstáculos y las oportunidades, no me quejo de los modestos, pero —para

mí— satisfactorios resultados, no solo de los estudios y el ejercicio profesional, sino de toda mi historia de vida.

Esa ha sido la experiencia del autor de esta obra en la búsqueda constante y amena de su propio ser y el reencuentro con su *alter ego*, en el universo de La Biblioteca. Es lo que enseña el libro que el lector tiene en sus manos.

Nadie es capaz de alcanzar meta alguna en los estudios y profundo placer en la lectura y escritura, sin exponerse a cribas y crisoles ineludibles.

En la primera parte de esta obra, «MI SUR», hablo del sur del país, origen y fundamento de mis aprendizajes. Es un sur hecho raigambre que está dentro de mí y se quedó anclado en mi conciencia. Es un sur íntimo y personal que siempre he llevado conmigo a pesar de mis prolongadas ausencias y extensas lejanías.

Hablo de mi región y, en específico de mi terruño, Tamayo. Ahí comenzaron mis aprendizajes; el mayor fue el que nos provee la ecología natural y social en la que nacemos y crecemos. Ese es el mayor aprendizaje de nuestra vida, en especial el que recibimos en la familia. Ahí aprendí el gusto por la literatura, con los medios del lugar.

El sur es un enorme texto que viví, imaginé y escribí. Su influjo me comunica con mi yo fronterizo y medianero. Por el sur viajo hacia el reencuentro de mi yo.

Por lo que, dondequiera que voy, mi carta de presentación es: «Soy de Tamayo».

Al hablar de Tamayo es imposible hacerlo sin incluir ese fermento de mi vocación en mis obras literarias, desde las cuales recreo al Tamayo de mi infancia.

En esta obra hablo también de mis estudios, desde la educación primaria en Tamayo, mi pueblo, hasta la Licenciatura en Letras en París, la maestría, el doctorado y otras experiencias académicas.

Mi educación primaria, en mi escuelita Apolinar Perdomo, es un momento especial por ser germinal. A ella dedico la segunda parte de esta obra. Desde Tamayo también se inició mi educación

secundaria, cuya realización se dio milagrosamente en diferentes lugares. Mis estudios primarios y secundarios acontecieron en República Dominicana de 1951 a 1963.

La cuarta parte es otro periplo de mi vida ya fuera del país: 1975-1978, mis estudios universitarios en París, cuyo primer tramo fueron las licenciaturas en Letras y en Francés en la Universidad París III. En ella cursé la maestría en Letras Modernas durante el período 1978-1979.

El último tramo de estos relatos de mi formación en Francia es el doctorado, que abarca cuatro momentos: entrevista inicial, seminario, asesoría y defensa de la tesis. Son momentos nodales que en prioridad han de destacarse. Ahí también se insertarán tiempos de crisis, aquellos en los que se generaron conflictos y rechazos que aún perduran.

Pero antes de abordar esos niveles de estudio debo volver al sur de mi país, pues es el espacio que sirvió de crisol a mi desarrollo intelectual y literario, antes y después de París. Sobre todo después, como fermento de mi producción literaria.

Nueva vez en La Biblioteca, punto de anclaje de estas memorias, al narrar la travesía en esos peldaños educativos, me veo rebosante de entusiasmo viajando con celeridad hacia ese logro académico, impulsado por el fuego del propósito general común a estos relatos de aprendizaje: la vocación translingüística, que como potente viga de amarre une y soporta los episodios de esta obra.

PRIMERA PARTE

Mi sur

El sur y sus entornos

Ahora estoy de regreso al sur. Prosigo la búsqueda de nuevos aprendizajes y propicia el principal: el de mi espíritu. Mi espíritu humano ensanchado.

Es enorme el aprendizaje recibido en Francia. La licenciatura, la maestría y el doctorado aumentaron la riqueza de mis conocimientos, ampliaron mi visión acerca del universo y las cosas y me permitieron adquirir destrezas útiles y duraderas. Ya tenía una profesión, que no tenía.

Hasta mi retiro ejercí esos conocimientos con éxitos no desdeñables y con orgullo. «Soy docente, investigador y escritor», así me complacía presentándome, así me gustaba presumir. Es lo que había hecho por cerca de 40 años, desde mi definitivo regreso de París a Santo Domingo, en 1982.

Sin embargo, los estudios y las profesiones son instrumentos y enseres que se llevan, que se acarrean como equipajes. Por tanto, mis años de formación en París no desvirtuaron mi yo profundo. Tantas transformaciones debido a los conocimientos no cambiaron mi naturaleza y mi personalidad.

Al contrario, el contacto con esa cultura me ayudó a reafirmar la mía. Me esperaban afrancesado y retorné aún más aplatanado a la cultura dominicana, pero con horizontes más amplios. Los estudios de Letras, unidos a la práctica de la lectura y la

escritura significaron un regreso más simbólico y significativo a mis orígenes a través de la creación literaria.

Durante ese tiempo no he hecho más que andar y desandar, pero como buzo en aguas profundas por la ancha senda de las humanidades y de las letras. Me veo dibujando, pero como superponiendo líneas en un mapa ya trazado y recorrido: las huellas del sur dominicano en mis obras, sin agotar los temas que recrean a plenitud ese territorio.

A medida que avanzo en mi escrito experimento un retorno imaginario a la región y, como redescubriendo mi propio dibujo, no dejo de mirarme como un perro que ronda y ronda sobre sí mismo mordiéndose la cola.

Siempre estoy leyendo, investigando, escribiendo, como ahora en La Biblioteca, donde emborrono en mi laptop, como antes lo hacía en mi máquina Olivetti, y mucho antes a mano, un libro cuyo título luce orondo: *Mi sur*.

Un asunto que no había considerado y que aquí no trataré, como tampoco lo hice en Azua en ocasión de un homenaje como escritor sureño, es dilucidar cómo se manejan los «demonios» (fantasías, recuerdos, obsesiones, pulsiones de todo tipo) que brotan del inconsciente del escritor a la hora de la escritura.

Entrar en ese asunto es como perderme en el peliagudo problema de la génesis literaria. En una breve reflexión inserta a manera de paréntesis en este relato, solo diré que los sureños nacemos y vivimos inmersos en un territorio fronterizo en el que se hace muy difícil la separación entre la realidad y la ficción.

El sur es un territorio verdaderamente real y maravilloso, como toda América Latina, pero con ribetes muy pronunciados por el valor mágico-religioso atribuido a todas las cosas, y presente en todas las actividades cotidianas.

Es un territorio seductor para antropólogos, arqueólogos, artistas, buscadores de fantasías. Por eso es difícil que un escritor del sur no se rinda a los encantos míticos y a los encantos étnicos y ecológicos de la región.

Sin embargo, en la recreación del sur, en mi escritura me guía la premisa de que los tópicos locales o particulares se transforman en universales, que atañen a toda la humanidad cuando son tratados subjetivamente desde la búsqueda profunda y genuina del yo del escritor.

Jamás he pensado que el hecho de que un escritor sea originario de un lugar fuera relevante a la hora de determinar la nacionalidad o la región a la que pertenezca su obra. Mucho menos que las obras literarias delimiten su alcance como arte y cosmovisión por el ámbito local o regional de los temas, los personajes, los lugares, las situaciones que tratan.

Jamás he visto fronteras en la escritura. Por eso, no comparto y no utilizo las clasificaciones sociológicas que se apoyan en la geografía como: literatura del norte o literatura del sur, literatura del campo o literatura de la ciudad, o que se apoyan en los motivos o temas tratados, como novela de la caña, poesía de la guerra de abril o novela bíblica.

La literatura se define por una primera característica: la universalidad del ser humano, que para Aristóteles es el elemento más importante del arte literario. La humanidad es el universo común a todos los escritores, independientemente de las épocas y los lugares a que estos pertenezcan, o en que se ubiquen los ambientes o temas tratados en sus obras.

Por encima del manejo de las técnicas o los procedimientos, los cuales son muy importantes en el arte literario, por encima incluso del interés por la lengua y la cultura, la búsqueda de la universalidad del ser humano es la principal motivación que justifica la actividad literaria y la labor de los escritores. ¿Y cómo eso se expresa en lo concreto?

Juan Bosch, artista y teórico de la literatura con claro enfoque humanístico, caracterizó el tema del cuento por su rasgo humano universal: este debe ser humano o humanizado por ser la expresión de valores o antivalores del ser humano, afirma el eximio escritor dominicano en sus *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*:

«El tema requiere un peso específico que lo haga universal. Puede ser muy local en su apariencia, pero debe ser universal en su valor intrínseco. El sufrimiento, el amor, el sacrificio, el heroísmo, la generosidad, la crueldad, la avaricia son valores universales, positivos o negativos, aunque se presenten en hombres y mujeres cuyas vidas no traspasan la linde de lo local; son universales en el habitante de las grandes ciudades, en el de la jungla americana o en el de los iglús esquimales».

Ese es el enfoque que encontramos en los cuentos de Juan Bosch, aun cuando el paisaje, los temas y los personajes sean, en apariencia, locales, del norte de República Dominicana y comunes a toda el área del Caribe. Bosch plantea conflictos humanos universales en todos sus cuentos, como en: «La mujer», «Los amos», «Luis Pie», «En un bohío», «La mancha indeleble».

Por eso sus cuentos son universales y siempre actuales, como las obras *La Ilíada* o *La Odisea*, de Homero, situadas en la época presocrática de la gran mitología griega, cuando los dioses convivían con los humanos y decidían sus acciones.

La visión humana universal, como la plantea Bosch, debe orientar la escritura de los creadores de esta región, de todas las regiones, y de todo el país. Porque ese es el cometido principal de la literatura y porque es lo que la hace significativa y trascendente.

Esa visión es la que, en gran medida, distingue la literatura; por ejemplo, de lo que a principios del siglo XX André Jolles definió como «formas literarias simples», en las que incluyó, entre otras manifestaciones del arte popular, la leyenda, el mito, el cuento oral, el humor. En esta última modalidad genérica, el humor, se destacó con maestría el dominicano Juan Antonio Alix mediante el cultivo del género de la décima.

Esos géneros de la literatura oral son diferentes a los de la literatura propiamente dicha, que hoy por hoy es la literatura fruto de un trabajo de escritura. Tienen una finalidad y un alcance más limitados que los de la literatura escrita.

Como se observa en *Folklore de la República Dominicana*, de Manuel José Andrade, obra publicada por primera vez en 1930, las manifestaciones orales de la literatura son de un gran valor cultural. Por su valor antropológico deberían ser más cultivadas, promovidas y estudiadas en el país.

Son géneros que privilegian lo espontáneo y lo inmediato. Son enfoques descriptivos y valorativos que celebran lo inmediato, lo pasajero y lo intrascendente. Se limitan, sea a la expresión de lo gracioso y al fácil divertimento; sea a la exhibición de elementos locales, que conforman una identidad cultural reducida de seres pequeños aplastados por el ambiente social y natural y por condiciones éticas y étnicas.

La condición cultural es común a la literatura oral y a la literatura escrita. Pero la cultura en la literatura como escritura, como arte elaborado, no se reduce a la descripción o valoración de las acciones y los entornos contextuales, a veces superficiales, como suele acontecer en la literatura oral, la cual privilegia la dimensión costumbrista, importante variante antropológica y arqueológica de la vida en las comunidades humanas.

En la literatura elevada al nivel de arte mediante la escritura se potencian y subliman los aspectos fundamentales del ser humano, al ser asumidos por el sujeto escritor como creación y recreación de su ser interior. Desde su visión y sensibilidad, los elementos humanos de cualquier tipo o dimensión se llenan de trascendencia.

Y entonces, como arte elaborado, labrado, producido mediante la lengua y las técnicas, la literatura se llena de una dimensión antropológica filosófica, presente en todas las obras literarias de todos los tiempos. La filosofía permea la vida, el accionar y las costumbres por medio del trabajo artístico del escritor.

¿Y en qué consiste ese enfoque? Nos lo dice Bernard Groethuysen:

«Conócete a ti mismo, tal es el tema de toda antropología filosófica. La antropología filosófica es la reflexión sobre sí,

el ensayo siempre renovado que hace el hombre por llegar a comprenderse».

Desde esa visión se trabaja la cultura, pero dotándola de una dimensión reflexiva sobre el ser y la existencia; sobre las personas, su vivir y las circunstancias de ese vivir. Por tanto, en las obras se consideran las individualidades y los particularismos de los personajes y de los ambientes como realizaciones y expresiones trascendentes de toda la humanidad.

Todo escritor, todo lector y toda crítica genuinamente literaria deberían recuperar y realzar la dimensión cultural de los individuos y los aspectos locales, y proyectarlos como valores universales del ser humano.

Los escritores oriundos de la región sur del país deberían procurar, por el trabajo en su escritura, en particular de la lengua, y el enfoque humanístico adoptado para replantearse los temas y los conflictos que abordan, que sus obras literarias trasciendan las fronteras de una determinada literatura típica, reducida a rasgos étnicos, ecológicos y sociológicos sesgados.

Es urgente deshacer la trampa de los estereotipos, tales como el sur es pobreza, guasábara y superstición. El sur no debe ser tratado desde la superficie de las cosas exteriores, sino desde los adentros de los escritores.

Así trato de ver al sur. Porque entiendo que solo así el sur podrá adquirir los sentidos de la humanidad universal y humanidad situada. En esa doble humanidad veo al sur y a los sureños. Así trato de contribuir a la construcción de una sureñeidad histórica y significativa a través de mis obras.

Nací en Tamayo, municipio de la provincia Bahoruco. Soy sureño de la subregión del suroeste o sur profundo. Ahí viví de manera continua hasta los 17 años.

Pero durante mis años de vida he explorado sin descanso toda la geografía física y humana sureña; desde los tiempos de las inolvidables excursiones de mi escuelita primaria, que con orgullo lleva el nombre de Apolinar Perdomo, el gran poeta romántico oriundo de Neiba, al lago Enriquillo y toda la comarca del sur profundo.

El sur es un espacio muy propicio para el cultivo de la literatura. Es un mundo maravilloso que invita a la imaginación y a la creación. Es el lugar que inspiró a importantes escritores dominicanos, no necesariamente de procedencia sureña. Así lo afirmo en mi ensayo «El sur depredado», de mi libro *Artículos de temporada*:

«El sur es hoy el veneno de las drogas, el espacio invadido por los narcos. Nueva vez le roban sus entrañas, las que antes fueron violadas, pisoteadas, por quienes solo han visto en su espacio un campo libre para la depredación.

»Los poetas lo recorrieron palmo a palmo, le cantaron a su sol ardiente, su árido suelo y esbelta soledad. Vinieron y lo poblaron de suspiros y lamentaciones. Vieron sus encantos y se marcharon.

»Entre las piedras y los cactus perdieron la lira de las rosas y los claros de luna. Allá solo quedó Apolinar Perdomo, al pie del erial romántico. Sócrates Nolasco buscó y rebuscó los misterios de la permanencia en las leyendas antiguas. Lacay Polanco se centró en la piedra guardiana que brota debajo de los pies de los habitantes para endurecerlos y sembrarlos en la tierra.

»Luego, el sur se encerró en su soledad como un pobre avergonzado. Por sus caminos cesaron los arrieros que transitaron sin cesar, hasta que los dueños de los aserraderos agotaron sus bosques.

»Los ríos dejaron de correr e irrigar los grandes territorios yermo, tras el saqueo de las granceras de arena, gravilla y demás materiales de los lechos de los ríos. Antes, región salvaje, fue amaestrada y doblegada por el paso de una civilización brutal que, en lugar de traer agua, luz y calzados a pobladores necesitados, les robó sus bosques secos, sus animales, cultivos silvestres, creencias y esperanzas.

»Nadie vuelve al sur en estos días. Los últimos en ir se llevaron todo. Eran predicadores de una salvación inédita. Los moradores

tenían que pagar con el voto. Todos pasaron y prometieron, gritando en los campos y las calles las buenas nuevas. Luego el carnaval pasó y no dejaron nada: promesas, hasta el próximo torneo electoral.

»Últimamente se ha descubierto la verdad (...) La noticia la dieron unos magos modernos. Le analizaron la cantidad de calorías consumidas, los litros de agua en los ríos, la salinidad de los suelos salobres, el color de la clorofila de las plantas, el tamaño de las huellas de los animales y los grados de calor en la región del mediodía.

»El resultado no pudo ser más fatal. El sur sufre de subdesarrollo humano. Se dice que carece de empoderamiento. Era una enfermedad que venía de lejos, quizás diagnosticada muy tarde.

»El sur agoniza hasta en la cartografía. Por eso desde siempre ocupa la parte inferior de los mapas y las cartas, una posición que hace difícil que el sur aún exista, si es que también existía.

»La verdad es que aún existe. Pero para que recupere el valor perdido por las depredaciones ancestrales, habría que reinventarlo».

Hoy retorno a mi sur en las páginas de este libro, que aun sin haberlo terminado ya tiene reservado un sitio de honor en La Biblioteca. Al sur íntimo y personal que siempre he llevado conmigo, a pesar de mis prolongadas ausencias y extensas lejanías.

El mío es un sur hecho raigambre que se quedó anclado en mi conciencia y perdura dentro de mí. Por eso, adondequiera que voy, mi carta de presentación es: «Soy de Tamayo».

Yo hablo del sur en mis obras. Hablo mucho de Tamayo, sin que el sur ni Tamayo lo sospechen. Utilizo la fabulación y la mentira, o la verdad sospechosa, que son procedimientos literarios válidos y eficaces para acercarse a la realidad desde la ficción.

Afirma Mario Vargas Llosa que en sus novelas él recurre constantemente a hechos históricos para poder «mentir con fundamento». Ese fue el procedimiento que empleó en la novela *La fiesta del chivo*, que algunos historiadores dominicanos no

entendieron ni aprobaron, en relación con el tratamiento dado a acontecimientos de la época de Trujillo.

El procedimiento que uso en mis obras para hablar del sur es hablar de mí. Porque ¿qué es el sur para mí? El sur soy yo. Es mi yo. Es la búsqueda y recreación de mi yo profundo a través de mis percepciones, recuerdos y mi imaginario.

Soy un sujeto que está muy presente en su obra. Soy un escritor que se cuenta, se narra a sí mismo, me gusta contarme; mis obras son, por tanto, autobiográficas: sobre un dato propio introduzco historias ajenas, imagino, creo, miento, invento.

Esa situación autobiográfica de mis obras se afirma a través de un personaje en mi novela *Los pobladores del exilio*:

«Éramos autobiógrafos. No existía mejor goce que decirse sus vidas, narrarlas, elogiarlas. Era un placer masoquista. Sufríamos al contarlas, pero a la vez nos complacíamos en el dolor de saber que éramos dueños de una existencia rota, imposible de reconstruir, relegada a un recuerdo que se nos iba llenando de olvidos».

A la hora de escribir, sin proponérmelo, recurro a mi pasado, a mis experiencias en el sur. Es lo que afirma el personaje principal de mi novela *Antimemorias*:

«Me veo como en un túnel del tiempo volviendo a los orígenes, regresando a un pasado remoto y desconocido; como viviendo de nuevo otra vida jamás vivida por mí, al menos de forma consciente».

Me acerco al microcosmos del sur de nuestro país en mis obras, centrándome en mí mismo; en mi infancia y en mi adolescencia, a través de sensaciones y experiencias que me marcaron y que irremediablemente he dejado en mis páginas.

Y desde ese ángulo exploro diversos motivos propios de la región o percibidos desde la región. Los elementos, en apariencia locales, se inscriben en mi búsqueda por conocerme y recrearme como ser humano situado. Situado en esa latitud del mundo. Y por esa vía comprender el valor del ser humano en general, sirviéndome de personajes.

Es el procedimiento literario conocido como: viajar hacia la semilla para reencontrar y recrear los eventos más significativos y obsesionantes del pasado del escritor. Es el que emplea Gabriel García Márquez en obras como *La hojarasca* y *Cien años de soledad*. Es el que emplea Marcel Proust en la novela *En busca del tiempo perdido*.

Y al hablar de procedimientos literarios debo advertir que aquí no realizo un análisis literario de mis obras. Todo lo contrario; uso el procedimiento de convertirlas en lo que el mexicano Alfonso Reyes llamó literatura ancilar, al desintegrarlas y decantarlas separando sus elementos para reducirlas a significantes ecológicos (época y medio social y natural) e ideológicos (conceptos, imágenes, emociones, etc.) dispersos, con los que identifico la sureñeidad dominicana en mis obras.

Esos significantes de la sureñeidad excluyen todos los demás de procedencia diversa, que son los más numerosos, y que, en conjunto, aquellos y estos conforman el texto literario. Luego, la sureñeidad así reconocida, se concreta en expresiones (palabras, fraseologías, tópicos, imágenes, emociones, sensaciones, etc.) de mi yo profundo a través de los personajes y las situaciones recreadas en mis obras.

Esas expresiones están dispersas en todas mis obras, pero se concentran en algunas más que en otras, en específico en: *En el atascadero, Larga vida* y *El regreso de Plinio El Mesías*. Esas obras acaparan mis «demonios» sureños. Un universo cultural que me atrapó en la niñez, que he buscado atrapar en mis obras y que aquí expongo solo de manera parcial.

La marca más característica de la sureñeidad en mis obras literarias es la lengua. Ese aspecto merece un trabajo más extenso y profundo. Aquí solo diré que la expresión lingüística de mi procedencia tamayera y sureña se me impone espontánea.

Y a la hora de escribir me siento confrontado a este dilema: ¿debo dar cabida o excluir las palabras de mi lejano entorno cultural?

En las novelas *En el atascadero* y *Larga vida*, las palabras y las fraseologías de mi infancia son evidentes, numerosas e inevitables. La decisión de incluirlas no viene de mí sino de mi cultura.

Cuando escribía *Larga vida* me preguntaba si algunas expresiones lingüísticas que la ecología de la novela (época y medio social y natural) me iba imponiendo se podían decir en español. Estaba lleno de dudas. Entonces consulté mi obra lingüística de cabecera sobre el español dominicano, *El español en Santo Domingo* de Pedro Henríquez Ureña, y despejé las dudas: ¡Ah! ¡Sí, eso es español antiguo!

Eso sucedió con palabras como: cumbrera, que oía en mi infancia y que Henríquez Ureña define como «techo de dos aguas», en especial en el bohío, o «parte superior del techo» («en la cumbrera de su bohío»).

Otras expresiones locales en *Larga vida* son: sitiero (censar a los sitieros), palenques resecos, calcinados, las marañas, vestía pantalón ordinario de fuerte azul, una ceiba añosa, remeneaba la mata sin cesar, la placita, los ruedos del pantalón estaban acribillados de cadillos, coja esa ramita, que las otras están como candela, chirridos de aves, empapado de sudor, tenía el rostro erizado y enrojecido como un camarón.

Se cuenta en esa obra en ese lenguaje:

- «—;Y ese coco?
- —Está vacío. Solo queda el cueco, tuve que tomar el coco bandeado y tirado».

«Felito llegó a mi parador, soy Felito, así me llaman —me devolvió la presentación».

El arcaísmo es explicable en mi lengua. Soy hijo de un hogar de padres antiguos. En el habla de ellos eran habituales las expresiones del arcaísmo lingüístico como mesmo, asina, sigún, antonces, daca, dende. Mi padre nació en el siglo XIX, en 1897 y murió en 1990 a los 93 años. Vivió casi todo el siglo XX. Mi madre nació muy a principio del siglo XX, en 1917. Murió en 2004, a los 87 años.

En la tesis de Pedro Henríquez Ureña de la referida obra, fruto de sus investigaciones de los años treinta, el arcaísmo es la característica principal del español dominicano, validada por el habla de sujetos hablantes como mis padres.

En la obra *Larga vida* la referencia al habla del lugar es objeto de reflexión. Como en este pasaje en el cual el personaje Vinicio, nativo del lugar, cuya oralidad aldeana es la marca principal de ritmo en esa novela, cuando advierte a un empleado de una aseguradora proveniente de Santo Domingo, por qué la gente le huye cuando lo ve llegar:

- «—Hey, amigo, de dónde es usted.
- —De la vuelta de la capital.
- —¡Ah, carijo!, por eso es. La gente aquí no quiere saber de gente de fuera, contimás de la capital. Desde que le ven el colorcito y la privonería por encima de la ropa, se trancan, enmudecen y dan las espaldas».

En la novela *En el atascadero* los arcaísmos y los localismos sureños extraídos de mi infancia son aún más númerosos: parihuelas, cabañuelas, el temporal, una mata de palma vieja y destripada, suelo salinoso (no salino), hay que estar a la viva, bien despabilado, el suelo de la llanura es reseco y salobre, un pellejo desplegado de una gigantesca culebra muerta, un forastero, las crecidas del río, las inundaciones, temporada de lluvia, mezcla de cábalas y experiencias, altas casonas de dos plantas, chapalea el fango.

En esa novela son muchas las expresiones lingüísticas de la oralidad local que describen las situaciones de la vida cotidiana en un ambiente dominado por las costumbres de un lejano ayer, de un pueblo que se debate entre la temporada de sequía y la temporada de lluvia, y hace frente a las amenazas de las inundaciones del río.

El siguiente pasaje recoge algunas de las expresiones e imágenes de la oralidad local:

«La gente vive todo el año inmersa en un soporífero calor, un poco o casi por completo acostumbrada a llevar una vida con la mayor parsimonia, acostándose tarde para coger el fresco de la noche; al día siguiente yendo despacito a sus quehaceres, cuestión de no sudar demasiado, y durante la tarde durmiendo su siestecita. Y he ahí que de repente, con la llegada del agua todo ese ritmo de la vida se le trastornaría. Y entonces, tener que agitarse, marchar rápido, coger goteras».

En el poema «La temporada de los vientos», de mi poemario *Abismos*, escrito en la cárcel La Victoria, algunas palabras son las expresiones del anclaje del lugar de mi infancia en ese texto: cabañuelas, alpargatas, espina de cambrón, macuto, sana, sana, culito de rana, jumiadoras, ponerse tierra para la hemorragia.

El personaje Quiterio Pérez, en la novela *Dile adiós a la época*, arrastra consigo la idiosincrasia lingüística sureña, como se observa en esta expresión de los niños pedigüeños en Barahona y en Neiba: «El "hombre, deme algo" lo despertó un niño con la culera abierta».

Son numerosos los personajes de mis obras que fueron sugeridos por mis experiencias de vida, sobre todo de mis vivencias sureñas. Está Quiterio Pérez pero inventado por mí en 1990 en una serie de artículos publicados en el desaparecido periódico *El Siglo* y luego retomado en esa novela; y también, posteriormente, en el libro de ensayos *Trayectos de una conciencia sublevada*.

Quiterio es el prototipo del sureño cínico, taimado y arribista, que aprendió que el hombre era un animal político. Vive en el sur como el pez en su agua, manejándose políticamente a su antojo, aprovechándose de los múltiples vínculos primarios entretejidos por su pertenencia a una extensa red familiar, como es frecuente en la región.

Así se describe ese personaje:

«Soy primo del teniente Nina, famoso en El Polvorín, cuando Trujillo; hombre de confianza del Jefe. Tengo un familiar que fue

guerrillero y estuvo en la Revolución con Caamaño. Soy familia también de Pérez y de todos los Nina y Pérez Matos y Féliz del sur, puesto que somos una misma familia en el sur profundo, desde San Cristóbal hasta Pedernales; y, quién sabe, más allá de la frontera».

El tañido de las campanas de Tamayo

En La Biblioteca me encuentro como en Tamayo. Adondequiera que voy está Tamayo. Estoy en Tamayo.

Mi pueblo natal, tiene una presencia especial en mis obras. Desde mi definitivo cambio de residencia hacia la ciudad capital, Santo Domingo, en 1961, quebrando la resistencia del tiempo y la distancia, había regresado a mi lar de manera esporádica, pero persistentemente.

En mi discurso de agradecimiento, en ocasión de recibir el Premio Nacional de Literatura 2019, el 26 de febrero de ese año, develé que Tamayo, es el fermento de mi vocación y producción literaria.

«...en Tamayo, en mi niñez, en un ambiente totalmente adverso, sin libros ni referentes letrados en mi familia, inexplicablemente era un compulsivo aficionado a la lectura.

«En Tamayo había una bibliotequita municipal que como un oasis en un desierto abría algunas horas a la semana y a la que, pienso, solo yo visitaba asiduamente; pero que, de todas maneras, me permitía leer cosas raras que me desconectaban del estrecho ámbito local. Ahí rumiaba los escasos libros que llegaban, principalmente de una colección consagrada a los papeles de Trujillo, pero también algunas obras de autores

desconocidos, totalmente extraños, que con el tiempo supe que les llamaban "clásicos"».

Pero el gusto por la creación literaria me surgió del contacto con las narraciones orales del tipo de las recogidas por el investigador Manuel José Andrade en su obra *Folklore de la República Dominicana*.

«Las horas nocturnas del Tamayo de mi niñez y adolescencia sin electricidad se hacían livianas alargándose hasta la noche cerrada por los encantos de magistrales contadores de hazañas de brujas, diablos, aparecidos y extraordinarios personajes como Buquí y Malí y Juan Bobo y Pedro Animal, que colmaban mi yerma imaginación del placentero y tenebroso mundo de sorpresas indescriptibles».

Ese es el mundo que narro y describo en mis novelas *En* el atascadero, Larga vida, La avalancha y El regreso de Plinio El Mesías.

Eso dije en ese discurso. Esos fueron los orígenes de mi vocación literaria; esos fueron los fermentos presentes en mis obras.

Alguien alejado del quehacer práctico de la invención literaria podría pensar que la obra de un autor podría descifrarse e interpretarse con base en determinado parámetro teórico; según las corrientes o escuelas, o de acuerdo con las influencias de otro autor.

Sin embargo, sin negar el peso de las experiencias universales y los préstamos literarios en la formación de una obra, debo afirmar que en una gran medida las motivaciones, la creación, la imaginación y el universo mismo de las obras literarias tienen por fundamento la vida y la cultura de los autores.

Eso es verdadero y evidente en mis obras. Y en ellas, Tamayo ha sido un resorte decisivo que ha ejercido un poder de inspiración determinante, .

La propensión a la potenciación de lo local en mis obras es corroborada por la opinión del novelista Marcio Veloz Maggiolo, quien afirma que Matos Moquete: «...ha sido un novelista que comprendiendo que lo universal puede también ser local, ha proyectado en sus novelas la lucha de los dominicanos contra la tiranía y, en sus clases, una verdadera visión de la realidad cotidiana, del pueblo dominicano».

(*Listín Diario*, 1 de febrero 2019)

Con total certeza, Tamayo es el fundamento de mi vocación literaria. Aquí se inició todo. Primero en aquella bibliotequita municipal, con mi inexplicable e irrefrenable inclinación por la lectura.

He leído desde entonces textos literarios, científicos, académicos y de entretenimiento. He leído por amor a la literatura, para aprender e informarme, para ampliar mi cultura, para cultivar la sensibilidad y la imaginación, para conocer mejor al ser humano y para aprender el arte de escribir a través de la lectura de los mejores autores de nuestro país y del mundo.

Siempre me he visto con un libro en la mano y así me percibían mis contemporáneos en Tamayo. He leído con sed dondequiera que he estado, adondequiera que he viajado, en el país y en el extranjero. Por dondequiera he estado en compañía de los libros y he formado mi biblioteca personal.

Incluso, durante los tres años en que estuve en prisión en la cárcel La Victoria, durante los Doce Años de Balaguer. Ahí, en un rincón, al final del pasillo del camastro donde dormía, había bloqueado un espacio donde tenía un estantico con los libros que durante ese lapso me habían permitido entrar.

Por momentos, cuando arreciaban las medidas de seguridad era imposible recibir del exterior lo que fuere, ni siquiera alimentos. En cuanto a los libros, estos eran sometidos a una censura extrema mediante la cual impedían la penetración de cualquier tipo de escrito e imagen que oliera a comunismo, género en el que envolvían a todo lo prohibido.

Y como siempre se ha dicho que la guardia lee comoquiera, al derecho y al revés, esto se cumplía al pie de la letra sin necesidad de que fueran letrados: en efecto, a pesar de los intentos de los familiares y los reclusos, casi siempre ellos lograban detectar, hasta la exageración ignorante y ridícula, la menor página subversiva.

En el Tamayo de mi niñez, además del amor al libro, hubo otras fuentes que con certeza fueron asideros de mi vocación literaria. El tío Miguelito Moquete es una imagen poética en la familia de mi madre, los Moquete provenientes de San Juan. Yo no lo conocí, pero mis hermanos Estela y Plinio sí y me hablan de él como del escritor que dejó obras publicadas en Venezuela.

No puedo afirmar que la imagen cercana de ese escritor estuviera rondando mi temprano interés por los libros y la literatura. Pero el hecho de ser un referente familiar pudo convertirse en un mito, en una fantasía, cuyo ejemplo, quién sabe, he tratado de imitar inconscientemente.

Pero sin duda, Tamayo ha sido la fuente inspiradora principal. Han sido motivos de mi creación sus paisajes natural y social, las personalidades más notables y sus actividades, las creencias y las costumbres, el contexto político y la educación durante mi infancia y adolescencia.

Esos no son símbolos abstractos elaborados por un escritor extraño y lejano, o referencias construidas por un docto crítico literario, o datos recopilados por un impertérrito investigador.

No. Lo que aparece en mis creaciones acerca de mi tierra natal es obra del trabajo de la nostalgia y el recuerdo de un tamayero que repasa su vida y extrae los testimonios de la entrañable unión con su pueblo.

Durante mi niñez y adolescencia, los referentes que conformaron la realidad de Tamayo y que constituyeron el universo exterior de mis días, desde entonces y con el paso del tiempo se

depositaron en mi cerebro y en mi corazón poblando mi universo interior y transformándose en una energía creadora.

Nunca me encuentro más cerca de Tamayo que cuando estoy inmerso en la escritura de una obra literaria. Incluso, cuando he estado fuera del país. Nunca estuve más cerca de allí que cuando vivía en París y cuando en esa ciudad escribía mi novela *En el atascadero*. El acto escritural anula la lejanía.

Ahora estoy físicamente cerca de mi pueblo. Estoy en Tamayo, contemplando el pergamino que me fue otorgado por el Ayuntamiento Municipal como reconocimiento a un hijo de la comunidad, honrado hace poco con el mayor galardón de las letras en el país.

Esta vez viajé a mi pueblo en compañía de una hermana y un amigo. Nos hospedamos en el hostal cuyo nombre y lema hacían honor al ambiente que se respiraba: «Hotel Familiar Alberto ¡Un lugar para descansar...!».

Era un hotelito para viajeros situado en una callejuela que terminaba en un *cul-de-sac* y alejado del centro del poblado. La tranquilidad era la baza preciada, junto con la sencillez y la limpieza, atuendos cuyos propietarios cuidaban con devota atención y dedicación.

Al filo del crepúsculo conversaba con mis acompañantes en la galería del hostal, cuando de repente fui testigo de una sensación exclusiva, no experimentada desde tiempos lejanos. La conversación quedó opacada por el armonioso tañido de la campana de la iglesia. Todos nos sentimos agradablemente sorprendidos y conmovidos.

Llenos de curiosidad, nos detuvimos a percibir el extraño espectáculo pueblerino de los repiques: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Las campanadas marcaban las seis de la tarde.

Mi hermana y yo nos mirábamos inquiriendo acerca de otras motivaciones implícitas para los repiques. Nos sumimos en el tiempo pasado, comunicándonos la memoria de antaño que poseíamos del acontecimiento que de manera inesperada nuestro terruño nos regalaba.

La campana nos devolvía los más bellos recuerdos de infancia, las ceremonias de la iglesia: misa, bautismo, matrimonio, exequias...

El anochecer se aproximaba lento, pero el rumor de la hora del recogimiento se sentía en el ambiente. La gente apuraba el paso en las calles ante una prisa desconocida por nosotros. Pronto nos percatamos del mensaje de los repiques: de todas las direcciones acudían feligreses a la iglesia con la aprensión de que se les pasara la hora de la oración.

Los pueblos guardan con celo sus costumbres ante los ojos de los extraños. Nos costaba descubrir los secretos que poco a poco se abrían a nuestro paso.

Tamayo me vio recorrer sus callejuelas en búsqueda de mi pasado como el Marcel Proust del tiempo perdido. Pero también de un presente lleno de vida anclado en una tradición que va quedando en el olvido, a la que, paradójicamente, se apela en los actos diarios como justificación y soporte de la existencia actual, y que, con orgullo, cada tamayero exhibe y enarbola con gallardía.

Viven en el recuerdo de esa comunidad agradecida de su estirpe ilustres personajes ya idos como don Fabián Matos, don Humberto Michel, don Prebistilio Reyes, don Belisario Oviedo y don Renato Arias, con el perdón de otros prohombres fundadores no mencionados pero no olvidados; amorosas y distinguidas mujeres, las madres del pueblo como doña Emilia, doña Rosita, doña Aurelina, doña Rita, doña Única, doña Janda, con el perdón de numerosas más que en Tamayo fueron un dechado de armonía y amistad.

Son también inolvidables numerosos lugares ya desaparecidos: la Botica Naveo, los Cuatro Bancos, el Bar Tamayo, el viejo cementerio, la vieja gallera, el viejo matadero y el añorado río Yaque del Sur.

Son nombres que se recrean una y otra vez. Gratas escenas reviven las arraigadas tradiciones impregnadas de esos lugares, sea en el recuerdo de la gente antigua; sea en las aladas inquietudes de las nuevas generaciones, que con palabras preguntadoras tratan de evocar la vida de la otrora cotidianidad tamayera.

En cuanto a mí, mis recuerdos acerca de las cosas de mi pueblo permanecen robustos como si fueran el hoy mismo, renovados cada vez, como con cada movimiento que aún escucho de las ruedas del viejo carretón tirado por caballos que transportaba la basura al viejo basurero en las afueras, allá por el caminito rumbo al paraje La Cuaba.

Hablo ante mis coterráneos, amigos, familiares, vecinos y visitantes de esta entrañable comunidad que me vio nacer y crecer. Les narro cómo años después de aquella lejana infancia y con el discurrir del tiempo, cada vez más mis obras literarias se fueron llenando del espíritu local. Les enumero los elementos locales que, luego de marcarme profundamente, conforman el contenido esencial de mi escritura.

El paisaje de la región sur, y de Tamayo en particular, llena páginas de mis obras. Es un espacio natural y social en el que discurre la vida y se encaran los problemas de toda índole. Las sensaciones y las emociones del escritor enfatizan el amor, la sorpresa y la angustia que experimenta ante la contemplación de ese universo.

En términos culturales, el lugar y el tiempo en que nací y crecí son descritos en mi poesía «La temporada de los vientos» a través de fuertes contrastes que definen la situación por la que atraviesan Tamayo y toda la región, que se debaten entre manifestaciones de atraso y de progreso:

«Nací en una temporada de contrastes De bombilla de neón y jumiadoras De inmensas sequías y arriadas devastadoras.

Soy hijo natural de una tierra rezagada Salteada y abandonada en el preciso instante de su nacimiento. Tierra de héroes increíbles Mitad hechiceros Mitad valientes Que mientras queman vela y rocían agua bendita en los rincones al término de cada cabañuela Van leyendo en la estadística de otras tierras la curva fatal de su decaimiento».

En los versos, la sensación de carencia está matizada por la sensación de progreso, pero al final predomina el atraso cultural y social. Ambas sensaciones están reunidas en algunas de mis obras, en las que también se desliza una crítica política.

Una sensación de terrible abandono, terror y muerte se percibe en mi novela *En el atascadero*, cuando en el desenlace de la obra la llegada de la esperada lluvia es recibida sin júbilo por los habitantes. Vino acompañada de las peores noticias. Solo permitió destapar la ola de muertes y desapariciones que venían sucediendo en Somarriba:

«Un olor a muerto invadió al pueblo; en lugar de los pitirres, auras tiñosas reaparecieron con olor a carroña sobrevolando por encima de la casa curial. Y, con estupor, ahí fue encontrado el cadáver del párroco cuyo regreso era ansiosamente esperado. Y la esperada guerrilla de redentores nunca llegó; solo se evidenció la llegada de un ejército de verdugos que en el pueblo estaba cometiendo los más atroces desmanes».

Ante esa situación, no falta la mirada crítica como la del campesino Vinicio, quien enjuicia la manera en que la gente de la ciudad acude al campo, sembrando ilusiones y engaños para aprovecharse de su miseria: «De la capital y la provincia se creen que aquí somos pendejos. Y lo somos. Vienen y nos engañan con sus inventos. ¿Quiénes serán esa gente? Los de la capital de tanto en tanto se aparecían como santos con promesas, pero sin milagros. Luego, cargaban con el santo y la limosna».

En la búsqueda de las imágenes de mi infancia se repite la descripción del paisaje: territorio llano, extenso, desierto y vasto, soleado, salino, polvoriento, abierto. La naturaleza muerta: cristales del suelo salobre, pocos árboles, uno que otro cactus, algunas lianas, escasas matas de palma sin vida, solamente.

Ese paisaje se describe mediante una metáfora que se repite: el pellejo desplegado de una gigantesca culebra muerta:

«La llanura silenciosa, lisa y brillante como el pellejo de una gigantesca culebra muerta. Prueba fehaciente de que, justamente, en ella acampó una vez el mar».

En esa novela se multiplican las imágenes visuales mediante las cuales se observa y describe el paisaje rural de mi infancia, como un pasaje que reúne símbolos agropecuarios: la vaca que mira a los caminantes mientras con cornadas y rabazos espanta las garzas, que a su vez buscan aniquilar las últimas garrapatas en el animal.

La sensación penetra por los ojos. En el paisaje se destaca el mundo agropecuario, que en *En el atascadero* se representa a través de un complejo cuadro formado de varias imágenes: caminos y postreros transitados por caminantes que detienen su atención y fijan sus miradas en la vaca cubierta de garrapatas que pasta en el prado chamuscado.

«Con sus caminos solitarios y cuarteados, y sus potreros calcinados, se habría hecho imposible percibir siquiera la marcha de un animal que pasta rumiando el bocado de la víspera. El tiempo se había cerrado aún más; la inmensa llanura estaba cubierta de sombra».

Ahora la mirada se centra en la vaca, evocando los años de mi infancia en los postreros de mi padre:

«El animal echado detrás de la alambrada a la orilla del terraplén no estaría malogrado, como se supuso al principio. Era una vaca preñada. Junto a ella el ganado brama, bosteza de sed, con las cuencas del hambre en el lomo y el costillar marcado. El prado está chamuscado. Las manchas blancas, negras y marrones, sabanean sin cesar, persiguiendo un bocado de yerba seca. O como la vaca, rumian asueñadas en el suelo, pisoteando el estiércol fresco y caliente. La ubre de la vaca preñada chorrea pequeños caños de leche, que mezclándose con el estiércol lo enlodan y lo empuercan todo, el polvo y las pezuñas».

Las imágenes sensoriales son muy importantes en mis recuerdos, como son los perfumes de mi terruño, que evoco en un trozo de mi libro *Los pobladores del exilio* y que siempre he olido en todas partes: olor a tierra, a leña, a frutas, a aves, a las aguas del río Yaque del Sur:

«Ese olor era una compañía que conocía desde mi niñez, aunque no sabía cómo describirlo. Se parecía a un viejo retrato de un añorado momento. Se confundía con las imágenes que de mí tenía en aquellos atardeceres a la orilla del Yaque del Sur, en mi aldea natal, suspirando el agua cristalina y febril, entre una multitud de olores de aves de rapiña y de ganado abrevador».

Esos olores reaparecen en mi ensayo «Como un vaho de orientales andanzas», de mi libro *El coloso y el mar*. Ese vaho es un mensajero de mi infancia:

«¿Qué me quieres decir? ¿De cuál hado eres tú el mensajero? Son los olores de la uva madura, macerada, añejada (...); son los olores de los sahumerios encendidos y derramados en mi camino (...); son los olores de "finas especias (...), de la yerba seca (...) de las simientes de los surcos (...); son las frutas de mi infancia —un aroma de mango o cajuil— prendidas en las ramas».

La novela *En el atascadero* está repleta de importantes símbolos del Tamayo de mi infancia: la placita de los únicos cuatro bancos, donde nos sentábamos a contar cuentos de Buquí y Malí, de brujas, de desaparecidos, etc.; las únicas tres casas

de dos plantas montadas en pilotillo; el espectáculo diluviano de las inundaciones del río que, con las crecidas, llenaban las calles del poblado de cadáveres humanos y de esqueletos de animales.

En la novela *Larga vida*, escrita más de treinta años después que *En el atascadero*, vuelvo a recrear ese paisaje en el lugar Vuelta Grande, una aproximación a Tamayo y los pueblitos aledaños, entre estos El Palmar. En esta obra se destaca la sensación de calor extremo, fruto de la sequía y la aridez del suelo.

En algunas de mis obras son recurrentes las imágenes de las extensas planicies del sur. Y hablo de planicies porque el sur es una región poco montañosa; por lo menos así la evoco.

En los innombrables viajes desde la edad infantil, mis ojos se recrearon repetidas veces ante ese tipo de paisaje de bosque seco y suelo yermo y despejado, no necesariamente infecundo. Es un paisaje que se extiende a todo lo largo de la frontera; bordea importantes provincias del suroeste y se adentra en el sur central por ambos lados de las carreteras que, en dirección a Santo Domingo, atraviesan las despejadas planicies de Azua, Baní y San Cristóbal.

Mi novela *En el atascadero* en gran medida descriptiva es una obra muy visual. Es un vasto cuadro de ese paisaje a escala del alcance de las miradas de los personajes, un campanero y un centinela, quienes tienen en común la misma actividad: observar, vigilar.

Ambos personajes son las imágenes de sujetos curiosos que se desviven por descubrir algún acontecimiento en el horizonte. El centinela formaba parte de una guerrilla que operaba en las afueras del poblado. Estaba siempre en acecho, para conocer y controlar el espacio, porque era «cuestión de vida o muerte».

Larga vida es una obra también muy descriptiva, cuyo mundo discurre en un clima en exceso seco y caluroso.

«Nos encontramos en esta especie de placita hecha de palenques resecos, calcinados, varias leguas antes de un caserío».

El «parador» concentra la potencia canicular del paisaje. Es el único árbol en la larga extensión del territorio donde hay un poco de sombra y frescor; un árbol tan pequeño y tan poco frondoso que no alcanza para cobijar a los dos hombres que disputan su exigua copa.

«En el árbol, debajo del cual estábamos, una ceiba añosa, protegidos de las llamaradas del sol y el calor, se había atorado un resplandor entre las ramas. Se había hecho tan espeso que yo lo soplaba, lo soplaba y el calor no cedía. Los cuerpos ardían. El sofocante calor no era una pasajera canícula, sino la austral calamidad de una sitiería colocada en el centro del infierno».

La sensación de calamidad de la naturaleza se refuerza en esa obra con la idea de abandono y desamparo social. Ambas sensaciones están reunidas en algunas de mis obras, en las que también se desliza una crítica política.

En mis obras, ese río es un arquetipo climático fundamental. En el Tamayo de mi imaginario, de mis recuerdos, es un referente geográfico que bordeaba al poblado y que estaba presente en la vida cotidiana de la gente. Entonces el Yaque del Sur era un río «De inmensas sequías» / «Y arriadas devastadoras».

Era un río sin un dique como hoy lo tiene, capaz de contener las grandes crecidas de mayo, época habitual de las lluvias; no como ahora, tiempo de pocas lluvias debido al cambio climático; no como ahora desde que le construyeron un muro que lo circunscribe en su cauce y lo aísla en sus confines.

Era un río donde las mujeres lavaban, los muchachos nos bañábamos, se abrevaba el ganado; un río que cada día se cruzaba por un vado a pie o nadando, pues no existía el puente entre Tamayo y Vicente Noble.

El río es uno de esos lugares emblemáticos que dan sentido a mi obra. Y con el río aparece uno de los principales eventos más trágicos, memorables y, por tanto, narrables del Tamayo de mi niñez: las inundaciones del pueblo. Es uno de los temas principales de *En el atascadero*.

Mil motivos relacionados con el río se reconstruyen en esa obra. Las calles se convertían en su lecho; se vivía el terrible espectáculo de las cosas y los seres vivientes ahogados y arrastrados por las corrientes de agua, incluidos cadáveres humanos; era catastrófica la visión de los moradores desde las casas de dos plantas montadas en pilotillos, las cuales, como en la barca de Noé, eran los refugios de la población en esa grave situación.

Pero junto a la inundación estaba el motivo del conflicto de las dos estaciones que marcaban el ritmo del pueblo: la temporada de lluvia y la temporada de sequía. Ambas eran esperadas por igual: con angustia y pánico.

En esa novela, el ansia de lluvia de los lugareños es descrita en diferentes momentos en pasajes como estos:

«Atrayéndola con conjuros, se les veía colgando de los dinteles de los portales panes secos puestos en ofrenda a Santa Clara. Y en los rincones de las casas había vasos de agua bendita ennegrecida con copos de hollín caído de los aleros. Y en todo el poblado se veía diseminada, aquí y allá, una profusión de pabilos apagados ya carbonizados, cabos de vela derretida, granos de incienso quemado y granos de sal y de azúcar humedecidos. Y venteándose en dispersión en los campos, expuesto a la prueba del tiempo, un reguero de millo de siembra se extendía por toda la llanura. Todo ese amasijo de cimientos agrícolas y residuos de plegaria daba vida al ceremonial, mediante el cual la gente reclamaba a las cabañuelas el cambio de estación».

«La temporada de lluvia se avecinaba en Somarriba. Y los planes, largo tiempo estudiados y ajustados en hora y lugar, hubieran peligrado con cualquier aplazamiento».

«Somarriba está en espera, no de los hombres que se mueven en el bosque, y que según dicen vienen a liberarla; sino del párroco y del tiempo de agua. Se está en la proximidad de la estación de lluvia. La atmósfera está cargada de humedad, los cangrejos han salido de las cuevas, hay murmullos en el río.

Todo deja indicar que la llegada de los pitirres, coincidiendo con el primer chubasco, no se hace esperar. Sin embargo, la gente lleva un buen rato esperando en las calzadas, caminando en el pueblo, noche y día».

Una descripción reconstruye y reinventa el espectáculo diluviano que se vivía en mi pueblo cada vez que el Yaque del Sur lo inundaba.

«...por las calles circularían cadáveres históricos arrancados de las tumbas, precedidos de otros cadáveres más recientes, cadáveres contemporáneos nacidos en la avalancha de las aguas. Y la gente que de alguna manera pudo salvarse en medio de la barahúnda, encontrando refugio en el pueblo, los contemplaría desde lo alto de las casas de dos plantas montadas en pilotillos, comentando en manifestación de alivio, mientras contara su familia, "esta vez nos libramos de una buena, para la próxima habrá que pensar en partir cuanto antes, sin quedarnos rezando tanto, ni confiando en los pronósticos de las cabañuelas". Mientras abajo, el río, arrastrando troncos, techos y paredes, se iría tiñendo de tierra. Las calles se sembrarían de algas estrepitosas. El río, el pueblo se desplegaría en sus riberas, repleto de antiguos naufragios. El pueblo, el río lo recorrería en toda su extensión, se desbordaría en la llanura, sacudiría el polvo que lo cubre; iría arrastrando todo cuanto encontrara en su trayecto, bañándolo, sembrándolo, cubriéndolo de cactus y nidos de sinsontes. Y del fango saldrán extrañas criaturas antes nunca vistas, que los asustadizos somarribenses llenarán de anatemas y sortilegios, con nombres impropios».

Son numerosos los personajes notables del Tamayo de mi infancia. Sugeridas por mis experiencias de vida, por mis vivencias sureñas, las imágenes de esos personajes desfilan en mis obras.

Mi yo. Lo primero que debo destacar es la imagen de mí mismo que se esparce en diferentes obras, tal como se observa en mi cuento «El florero», de mi libro *Mudanza y acarreo*. A la caída de la tarde, las amigas de mi madre Rita, Janda, Emilia Son Son, Única, Aurelina, Carmela, entre otras apreciadas señoras de Tamayo, formaban una especie de club de las comadres que se reunía en nuestra casa a conversar. Desde que las veía llegar, me sentaba en la mesita de la sala, en el lugar del florero para escuchar la conversación.

E incluso, las comadres, desde que llegaban a la casa, requerían mi presencia:

«Doña Carmela era la más simpática con él, pues siempre le llevaba una golosina, preguntando desde su llegada por él con el sobrenombre que le tenía.

—¿Dónde está El florero?».

Ese cuento es un homenaje al grupo de las principales mujeres y madres de Tamayo, y en particular a mi madre. Es una recreación de un aspecto de mi infancia, que a lo mejor influyó en el hecho que yo llegara a ser escritor. Me gustaba escuchar historias, conversaciones, chismes, porque, en fin, de eso trataban esas reuniones.

Mi madre, mi padre y mis hermanos son importantes entre los personajes de mis obras. En los pasajes siguientes se presentan imágenes de mi madre y mi padre. La imagen de mi madre, Rita Emilia Moquete, es frecuente en mis textos.

En *Antimemorias*, la imagen de mi madre es también esa mujer que reprende a otro personaje con voz maternal:

Al atravesar velozmente la sala, mi madre me detuvo y con su apremiante voz me despertaba: «Has dormido demasiado, te dije que te quitaras el uniforme, la cena está lista. Te he dicho que no te acuestes al llegar de la escuela, a la hora de la oración, que eso te hace daño, eres un niño muy impresionable y siempre estás viendo visiones».

Mi madre es también, en esa obra, la desconocida señora que salva a la criatura recién nacida del peligro del miedo, descubriéndose los senos y dándole de mamar, sonriente y amorosamente:

«Fue el primer momento de amor. Ante esa sublime entrega maternal, ante la fiera pasión de mi madre, el miedo se sintió vencido. Huyó despavorido, cuando observó que a tientas yo buscaba el seno, pegado a él, al cuerpo de mi madre, a su calor y protección, como quien encuentra la tabla de salvación en medio del océano».

Mi padre fue Fabián Matos de la Paz. En la novela *Larga vida* es recreado a través de dos personajes: José Altagracia Ponciano, primer gallero, a quien Trujillo le otorgó el privilegio de la venta grado a grado de la gallera de Tamayo, a través del telegrama que inicia la novela:

«Santo Domingo, 20 de junio de 1955. Año 25 de la Era de Trujillo.

Señor José Altagracia Ponciano:

Atendiendo a su solicitud se aprueba, por instrucción de Eljefe, venta grado a grado gallera de Vuelta Grande por \$150.00.

Lic. Carlos Novas, Secretario de Estado».

Ese telegrama es real, pero fue modificado. Está datado en los años cuarenta y fue dirigido por Peña Batlle, no directamente a mi padre, sino al gobernador de Neiba.

El escritor y amigo Manuel Núñez me procuró ese texto, quien lo encontró cuando investigaba para su obra sobre Manuel Arturo Pena Batlle. Un día Manuel me sorprendió con ese regalo relacionado con mi padre, que conservé por años presintiendo que podía darle un uso literario, hasta que se presentó la ocasión en la novela *Larga vida*.

En esa novela el síndico José Altagracia Ponciano representa también a mi padre, Fabián Matos, quien en la realidad fue síndico del municipio Tamayo cuando en 1943 el paraje Hatico fue elevado a la categoría de común o municipio, a la vez que se le cambió el nombre por el de Tamayo.

En esa novela mi padre es representado, además, por el personaje José Fortunato (don Cheché), quien por las características de mi padre es descrito como un hombre-árbol. Así se describe a don Cheché:

«Don Cheché era un hombre árbol. Tenía raíces subterráneas que se prolongaban por los caminos, el suelo, los ríos y las viviendas de la comarca. Por encima, cerca del cielo, sus ramas eran enormes y múltiples, como este árbol donde nos encontramos; como esos corpulentos y frondosos árboles que forman el bosque en todo el derredor de Vuelta Grande.

»Don Cheché daba sombras y frutos como el algarrobo que se destacaba a la entrada de El Palmar, cubriendo las huellas de los sitieros. Los hijos, las mujeres, le brotaban de las hojas y de las raíces.

»Perplejo, de esa condición se enteraba el empadronador a medida que analizaba y clasificaba los datos del censo. Ya tenía el retrato del hombre buscado; lo fue haciendo encuesta tras encuesta».

Cuando leí *Cien años de soledad* no encontré que Gabriel García Márquez exageraba con respecto al árbol genealógico de Aureliano Arcadio Buendía. Mi padre fue el tronco de una inmensa familia, cuyo árbol genealógico era superior al de ese personaje de García Márquez.

Mi padre procreó 30 hijos reconocidos, con nueve mujeres diferentes. Hoy se le cuentan por todo el mundo cientos de nietos y biznietos.

En mi obra es interesante la obsesión por mi padre, a quien todos conocían en Tamayo, y acerca de quien se cuentan innúmeras anécdotas en la comunidad. En *Larga vida* se representa sentado señorialmente en su sillón, el «haragán», en la enramada situada en el centro de su enorme vivienda, la cual estaba formada por un conjunto de casas cuya extensión abarcaba casi una cuadra.

«En el centro estaba plantado el eterno sillón, su "haragán", con sus patas hundidas en el suelo apisonado de la enramada. En el conjunto de cosas que se veían en el lugar, se destacaba el mueble, el objeto más venerable de la residencia. A veces se despertaba y sentado en su mismo asiento de siempre le echaba de menos: ¿Dónde está mi haragán? ¡Mi haragán!, gritaba».

Permanecía sentado en el sillón como en un trono de donde reinaba por los años de los años, sobre todas las cosas. El hombre y su asiento formaban una unidad indivisible. Era difícil distinguir los contornos de cada uno. Se le conocía la célebre expresión: «Mi haragán soy yo».

La enramada se levantaba en el centro de la vivienda, en un punto equidistante de los numerosos anexos que le fueron brotando al pasar de los años, como retoños a un árbol silvestre. El hombre siempre anheló una casa grande, una familia grande y vivir rodeado de infinitas cosas.

«En la enramada él tenía cuanto necesitaba. Su bastón estaba al alcance de las manos. A similar distancia estaba un radio tan antiguo como que encendía a su antojo. Y, con solo extender la mano estaba el aguamanil, en una mesita en la que también había un vaso con agua donde él colocaba los dientes postizos».

Así veía yo a mi padre a sus noventa años antes de morir, cuando los sábados yo venía de la capital a impartir docencia en el centro de la UASD en Barahona y, al anochecer, cuando terminaba la jornada, me llegaba a Tamayo a visitarlo.

Así lo vi la última vez que lo contemplé en su haragán. Tenía los ojos cerrados, como era su costumbre, dormitaba y a veces se despertaba con los ojos bien abiertos y quedamente conversaba conmigo. Pero por lo general, yo permanecía frente a él en silencio haciéndole compañía en prolongado mutismo.

En una ocasión de repente, unos visitantes saludaron en voz alta desde la callejuela, detenidos en el portón de la casa, como pidiendo permiso para ingresar a la enramada. Eran dos agricultores que se presentaron ante mi padre con una grave encomienda:

«Don Fabián, estamos divididos por un asunto de tierra y queremos resolverlo como primos hermanos que somos; sin discusión ni pleito. No sabemos a cuál de los dos pertenece una parcela que está al lado de su propiedad. Venimos para que usted nos diga, lo que usted diga eso es».

Mi padre los escuchó como cuando escuchaba la voz de los tiempos remotos del lugar. Hizo un recuento de la historia del pueblo en cuya fundación, junto con él y otros, participaron los abuelos de los agricultores.

Indicó cómo se pobló y cómo se hicieron conucos y fincas, haciendo desmontes en tierras comuneras. Recordó que esos abuelos eran hermanos y que cada uno tuvo una gran familia de donde ellos procedían.

Señaló que en el reparto de la herencia familiar los padres de ellos, primos hermanos, acordaron compartir la parcela en discusión. Ambos la cultivaban, sembraban y cosechaban, hasta que en una ocasión decidieron que era mejor que uno de los dos se quedara enteramente con ella. Estaban teniendo disgustos por el reparto de los beneficios de las cosechas. Las cuentas no les daban y se estaban llenando de recelos. No querían tener altercados.

«Fue así como tu padre Julín, don Fabián», se dirigió al agricultor que le quedaba a la izquierda, «a cambio de una recua de animales cedió esa tierra a su primo Angelito, tu padre»; señaló entonces con el índice al agricultor que le quedaba a la derecha.

El juez dio su veredicto: «La tierra le pertenece a él, al hijo de Angelito», concluyó.

Los agricultores acataron la decisión de don Fabián. Se despidieron agradecidos, y manifiestamente conformes y aliviados.

Era habitual que visitaran a mi padre para resolver un litigio o solicitar un consejo. Ante cualquier asunto personal o de

la comunidad que llevaran él daba un dictamen proverbial, a lo Salomón, con base en el crédito ganado por su poder social, pero también por su larga experiencia o su sabio juicio.

Otros personajes de mis obras son extraídos de mi memoria lejana del espacio de Tamayo. Son personajes locales que se quedaron grabados en mi inconsciente, no sé por qué. De alguna manera me impresionaron.

En *Larga vida* algunos personajes son el boticario del pueblo, de apellido Naveo, y el presidente del Partido Dominicano, Humberto Encarnación, que en la realidad era Humberto Michel. Pero que pudo ser también Renato Arias, quien efectivamente también ejerció como presidente de ese partido.

Los personajes principales en esa obra son el joven Felito Naveo, que representa la persona educada que sabe de letras, pero inexperta; y Vinicio Sandoval, un simple jornalero, que representa la experiencia y la sabiduría popular.

Seguro yo soy Felito Naveo, pues en 1960 fui empadronador, como ese personaje, en el último censo nacional bajo la dictadura de Trujillo. Y me seleccionaron porque al haber terminado el octavo curso, en ese campito ya yo era una especie de letrado.

En la novela *Antimemorias*, la comadrona Ma'Dolores era en la realidad Julia Santana, la primera partera del municipio y quien ejerció esta labor desde los años 30 hasta los 80. En su honor, el Hospital Municipal de Tamayo lleva su nombre.

En un pasado ya remoto, en la ciudad de Santo Domingo la vida urbana giraba en el entorno formado por el parque Colón, la Catedral Primada de América, y el edificio del antiguo ayuntamiento de la capital, el Palacio Consistorial, fundado en el siglo XVI, primer cabildo de América.

De procedencia hispánica, ese modelo urbanístico regía en todos los municipios del país. Y así, en Tamayo, la pequeña vida urbana se desenvolvía alrededor del parque Enriquillo, la iglesia católica y el ayuntamiento municipal.

En el Tamayo de mi infancia, el parque y la iglesia eran inseparables. Eran el centro de todas las atenciones, y en la iglesia el campanario, sobre todo, porque se usaba para anunciar los acontecimientos más sobresalientes de la comunidad, que en su mayoría eran de carácter religioso, además de servir de reloj que marcaba la hora del mediodía y la de la oración.

En mi época, al párroco de Tamayo debemos la construcción de la iglesia y la formación católica de la comunidad, a través de los bautizos, las bodas, las ceremonias mortuorias, las misas diarias y las celebraciones de las fiestas santas.

Son costumbres que permanecen. En Tamayo, la celebración de San Antonio de Padua, patrón del pueblo, el 13 de junio, de quien mis padres tomaron mi nombre Antonio, es un suceso muy importante, como lo evoco en la novela en *En el atascadero*:

«Ese día era día de San Antonio de Padua, patrón del pueblo. El campanero se había encaramado en el campanario con el cantío de los gallos, mucho antes de que la banda de música del ayuntamiento rompiera con una mañanita el inicio de las festividades santas. Los repiques sonaron bulliciosos y descompasados, alborotando a la gente, que aún dormía, y que con cada campaneo se retorcía en la cama. Era día de fiesta, y solo tenían que levantarse temprano. Para qué guardar moderación si eso solo pasaba una vez al año, y contando con buen tiempo. Además, por las calles deambulaban ya, llenos de gritería, numerosos borrachines trasnochados, quienes adelantándose a la celebración habían comenzado a festejar una semana antes».

El campanario y el campanero me marcaron definitivamente, así como los tañidos de la campana y las celebraciones religiosas. Por eso son los motivos esenciales de mis creaciones y de esta novela.

El sencillo campanero de la iglesia de Tamayo es el personaje principal de la obra; el cura es también muy importante, que en la realidad era un alemán de nombre Camilo Bohesmann, el primer párroco que llegó a la comunidad.

El campanario es el lugar desde donde se observa todo, desde donde se lleva la cuenta de los acontecimientos que van sucediendo en los caminos y en el poblado. Y el campanero es, entonces, el personaje central, descrito en esa obra en numerosos pasajes:

«El campanario va quedándose en la oscuridad. La llanura misma va siendo arropada por el ocaso. Por hoy estará bueno, tendré que retirarme. Es vano querer prolongar la espera, sin claridad. La vuelta del cura será, a lo mejor, para mañana».

«El campanario está en silencio. La campana no vibra. El badajo, erecto e inmóvil, está en el centro. Y al campanero, impaciente, consumiéndose en el ocio, con la barbilla entre las manos y los codos apoyados en la ventana, se le gastan los sentidos mirando hacia los caminos. De poco le vale ver bultos, componer figuras, poblar los caminos de imágenes. El cura no viene».

En lo alto del campanario de la iglesia de Somarriba, una recreación de la iglesia de Tamayo, el campanero ocupaba toda su jornada observando las afueras del pueblo, los campos y los caminos que lo rodean, en espera de la llegada de acontecimientos que nunca sucedían: la llegada de los pitirres o petígueres, avecillas anunciadoras del inicio de la temporada de lluvia; la llegada del párroco del pueblo, quien había salido a los campos a impartir los últimos sacramentos a los feligreses a fin de que estuvieran preparados para el más allá cuando llegaran las lluvias, y cuando con las inundaciones, probablemente, ellos perecieran ahogados; el campanero estaba a la espera de la llegada de una guerrilla que, según se afirmaba, venía a liberar al pueblo de sus opresores.

El cura es también descrito en gran medida. Se le observa en la acción en la que supuestamente fue atracado en los descampados, como se narra en este pasaje:

«Protegidos bajo la penumbra del alba y la soledad de la llanura, escondidos en la maleza con los oídos al suelo a la escucha de la menor vibración, se hallarían emboscados los atacantes del religioso en el momento del asalto. Con los baches y los repechos el motor del vehículo sonaba fuerte, multiplicando las explosiones y los acelerones en un penoso esfuerzo por salir del atolladero. Pero el camino se hacía de más en más intransitable. Estaba cubierto de lodo, en esos días habrían caído torrenciales aguaceros en los campos. El yip venía con lodo hasta en la lona del techo. Al llegar a la intersección del terraplén con los caminos reales que bajan del bosque, ocurrió la debacle. El aparato cayó en un atascadero hasta tal punto profundo que se quedó virado y patinando patas arriba, con dos ruedas suspendidas en el aire dando vueltas. Sería en ese momento de extrema dificultad, que los hombres abordarían al religioso con visos de venir a socorrerlo. Cuando se le acercaron, el religioso estaba ya achocado y turulato con los golpes recibidos en el vuelco del vehículo, y no pudo darse cuenta de lo que habrían querido hacer los solícitos desconocidos. Con los nuevos golpes que le propinaron sus atacantes, quedó doblemente achocado. Dándose a la fuga, los asaltantes no supieron tampoco en qué estado lo habrían dejado. Solo sabían que lo habrían dejado por muerto, tumbado a la orilla del terraplén, y con la bolsa vacía al lado. En la precipitación quisieron escaparse en el mismo yip de la víctima, antes de que se les hiciera de día. Pero cómo hacer para desatascarlo, se preguntaban, cuando el tiempo apremia, la experiencia falta y los medios a mano son insuficientes. Las discordias no tardaron en aparecer entre los malhechores, poniendo en peligro el reparto del botín».

Por el estado político imperante, las costumbres y las creencias, el miedo era fundacional en nuestra infancia en Tamayo. Éramos demasiado débiles y había fuerzas poderosas y oscuras que nos hacían la guerra en todo momento y lugar.

Tamayo me daba miedo. Viví aterrorizado por los extraños e inexplicables sucesos que acontecían durante mi infancia.

Quizá por la lucha originaria con el destino trágico de esos lugares, algunos de los personajes de mis obras heredaron una condición: ser sujetos asustadizos, marcados por el miedo.

El motivo de mi miedo está presente en varias de mis obras. La obra *Caamaño la última esperanza armada* inicia con la evocación del miedo:

«Dulce y decoroso es hundirse en los ocultos miedos de la infancia, cuando mi nombre no era el Manuel que hoy llevo públicamente, sino el José Antonio íntimo y familiar de mi niñez».

Las imágenes más profundas y antiguas del miedo se recrean a través de las relaciones sentimentales prohibidas. Amar públicamente, enamorarse y mantener relaciones placenteras con alguien, al margen de los protocolos prestablecidos y fielmente respetados, eran comportamientos censurados porque chocaban con la ética imperante, las buenas costumbres y las tradiciones. En el plano de lo personal, la educación en el hogar y en la escuela era muy represiva y frustrante.

La sociedad vivía asfixiada por una moral muy rígida y llena de tabúes. El sexo se vivía en la época como una tragedia. Era el gran tabú. Los niños lo veíamos como un mal de los mayores. Por eso, cualquier relación que implicara contacto sexual nos condenaba. Enamorarse era un delito. Por eso, la temprana cercanía con el sexo dejó huellas imborrables en mí.

En *Caamaño la última esperanza armada* se evoca mi primera experiencia amorosa: estaba perdidamente enamorado de mi maestra de primaria:

«La escuelita primaria de Tamayo es el recuerdo infantil más grato, y en ella mi maestra. Todas mis ensoñaciones, a edad temprana, se inspiraron de su radiante presencia. Es historia íntima, porque en mí solo existió y permanece viva».

Hay otras imágenes amorosas de mi infancia que obsesivamente se repiten en varios textos míos, como lo es el hecho de ser acariciado sexualmente por una primita mayor que yo: Sara. El recuerdo de mi prima Sara ha sido recreado traumáticamente como una manifestación del incesto y la violación sexual de la que yo habría sido víctima.

La escena aparece en mi obra Los pobladores del exilio:

«Tendría que remontarme a la adolescencia, cuando noté que ya era hombre. Los vellos del pene, y el pene mismo, extenso —lo vi muy extenso entonces— me decían que ya era tiempo de echarme una mujer. Mi prima Sara, al parecer, adivinó mis pensamientos, o tal vez llevaba la cuenta de mi crecimiento, siendo ella algunos años mayor que yo. Me tomó hundiéndome entre sus piernas hasta que le penetré completamente en su profundo hueco. Me sentí desflorado cuando el pene me dolió y lo vi lleno de sangre».

Luego, la escena se repite con cambios notables en mi obra *Antimemorias*:

«Ella fue quien me dio el primer beso y me inició en los juegos sexuales, así de juego. Me ponía encima de ella, me paraba la pichita y la introducía en su vaginita suavemente y en silencio, secreteándome, "cuidado con decir algo, que el día de Reyes no te pondrán nada". Qué iba yo a hacer, si mi mayor deseo era que los Reyes me pusieran. Mi mayor angustia era cuando los días pasaban sin que Ima me dejara un juguete».

A pesar de esas imágenes viriles, el afeminamiento me persiguió en la niñez y en la adolescencia, hasta el punto de que me pregunto cómo no devine homosexual. En la infancia fue mi moñita, en la adolescencia el gusto por estar en las conversaciones de las mujeres.

En el primer caso se destaca, en *Caamaño la última esperanza armada*, la circunstancia en la que el personaje, José Antonio, fue obligado a llevar una moñita en su niñez, que lo colocaba en una situación muy vulnerable:

«Mi madre me dejó crecer una moñita desde los siete años. Se me hinchaban los testículos —otra tara que me debilitaba a los ojos viriles de mis hermanos— y para conjurar el perjuicio,

me impuso llevar una promesa como ofrenda a uno de los tantos santos pobladores del santoral católico. Debió ser a San Antonio, patrón de mi pueblo, aunque los encargos llegaban primero a la Virgen María.

»En posesión de mi promesa, poco a poco me creció una trenza, que para colmo de mis males me afeminaba. Los niños de mi edad —y los adultos— no perdían la ocasión: me miraban con desprecio y se burlaban, endilgándome el mote de María Moñito. Tanta fue la confusión que yo mismo, a veces, no sabía si era hombre o mujer».

«La niñez de mi época fue víctima de las represiones y constreñimientos que imponía la Era de Trujillo. Nací y me crie en un mundo marcado por la represión trujillista, aunque no estuviéramos en edad de entender la política. Se temía mucho a la autoridad, que por doquier nos observaba y perseguía».

Fue lo que me aconteció en un traumático encuentro con el general José María Alcántara, uno de los pilares de la dictadura, cuando me arrebató una gorra de la cabeza, como se cuenta en *Caamaño la última esperanza armada*:

«El general se paseaba en su yip por las polvorientas callejuelas de Tamayo de los años 50, cuando observó a un niño montado en un burro, quien se dirigía a sus faenas agrícolas, en la finca de su padre. De repente, hundió sus pesadas manos en la tierna cabeza. Y de un manotazo, ¡Paf!, le arrebató, violentamente, el gorro militar que el niño llevaba puesto:

- —¿Quién le dio ese gorro?
- —¿No sabe usted que eso está prohibido?
- -¡Páseme eso!
- —Y que no vuelva yo a verlo con un gorro militar.

La imagen del general Alcántara ha quedado en mi recuerdo desde entonces, como la encarnación de la tiranía trujillista a la medida de un manotazo en mi cabeza».

Siempre he tenido que sobreponerme al miedo. El personaje de mi novela *Antimemorias* afirma que: «Mi miedo contra el

miedo fue la primera guerra que libré, la primera a la que asistí desde mi nacimiento».

Se cuenta en esa obra que el miedo fue el asistente de la partera Ma'Dolores cuando nació el personaje de la historia que ahí se narra. Era quien guiaba las manos de la buena mujer. Se le había metido en la cabeza, en el corazón. La pobre mujer estaba a su merced. Ella temblaba, dudaba, no sabía cómo partearlo. Estaba tomada por el miedo. Y su madre ni se diga. Temía que el parto saliera mal. Que la comadrona, de repente, se turbara, a pesar de ser una mujer experimentada, por cuyas manos habían nacido parteándose ella misma, sus nueve hijos, así como todos los hijos del lugar.

Otra expresión de ese miedo en esa obra son las pesadillas y las horribles visiones que constantemente asaltaban al personaje, como cuando llegaba de la escuela al atardecer. En la cama de la madre se complacía en descorrer los misterios encerrados en el armario. Sentir miedo al ropero era su entretenimiento favorito.

En la penumbra observaba el conjunto de figuras confusas que, semejantes a ahorcados hacinados en el escaparate, colgaban de las perchas:

«Eran las vestimentas de mi padre y de mi madre, cuyos contornos yo iba desdibujando y diluyendo con mi temor y con mi asustadiza voluntad de convertirlas, no obstante, en personajes de una obra de marionetas que en el armario se jugaba cada día con mi actuación».

Los miedos de mi infancia se originan, en gran medida, en las creencias. Todo estaba rodeado de un misterioso peligro. Todo era maldito en esas tierras.

Como se observa en un fragmento de la novela *Larga vida* en el cual la necromancia es una filosofía: los muertos están vivos, salen y conviven con los vivos, pero los vivos, a su vez, pueden ser los muertos:

«Aquí no se sabe qué es ni quién es nada. Las cosas no están sueltas. No hay manera de distinguirlas. Los muertos son los

vivos; los vivos, los muertos. En esa cruz que se ve en el patio está muerto un vivo, vive un muerto. Por eso no quiero hablar sobre aquello».

En otro pasaje de esa obra se observa que el animismo es una creencia muy arraigada en la tradición: las cosas tienen vida, los árboles y los animales se vuelven gente, se intercambian con la gente.

Dice un personaje:

«Esa piedra es como don Lucas. La pala es don Nicolás. Esa gallina es doña Estervina. El río es el compadre Macario. Yo soy el camino. Así son las cosas por aquí. Nada es esto o aquello. Nada está establecido. Los reinos están mezclados. Las plantas, los animales, la tierra, el hombre. Sol y agua. Luz y frío. Oscuro y transparente. Nada. No son nada. Lo son todo. ¿Usted entiende? Por eso no quisiera hablarle de eso, de las cosas de ElJefe. Todo es muy complicado.

»Así han permanecido esas cosas. Así fueron y así serán, desde la llegada de los primeros pobladores».

Hay una característica de la gente de Tamayo, la longevidad de sus habitantes. La novela *Larga vida* se basa en esa realidad o en esa creencia. La gente dura muchos años. Esa era también la razón del censo y es lo que Felito trata de documentar en El Palmar:

«Lo único que en el cursillo le habían precisado fue que El Palmar era un lugar de gente de larga vida: a usted le toca censar gente de mucha edad. En El Palmar cualquiera tiene ochenta, cien años y más y no se le ve».

«En el formulario había donde registrar esa gente. La vejez era buscada como oro molido. Y contar con una incalculable población de personas muy ancianas era un lujo que se pagaban esos apartados parajes.

»La vejez estaba en la fría indiferencia acerca de los más cálidos y afanosos asuntos que llegaban de fuera. Estaba en la lejanía desde la cual se vivía la vida como desde otro tiempo. En el habla anticuada, en la mirada del ayer, en el rechazo a ese hoy inmediato que arruinaba la paz y el disfrute de lo eterno».

En esa travesía, Felito también conoció la idiosincrasia esquiva, cautelosa de los habitantes ante quienes los visitan y les preguntan sobre cuestiones para ellos sospechosas. Eso estaba reforzado por el terror que ejercía la dictadura. Al empadronador se le dificulta censar a la gente por ese temor. La gente estaba «chiva».

«—Soy de Vuelta Grande. Me llamo Felito Naveo, hijo de Naveo el de la botica. Ando haciendo lo que le llaman censo, que es saber los datos sobre usted, su familia, el pueblo».

Las respuestas del campesino eran evasivas y, quizás como excusa para no responder, pero también por su propia creencia, daba explicaciones mágico-religiosas.

La imposibilidad de dar con el paradero de don Cheché, o José Fortunato, que es el mismo hombre, parte del mismo principio de que en el pueblo todo está reburujado, incluidos los nombres y los apellidos de la gente.

«—Aquí, en este pueblo, no debemos guiarnos solo por los nombres— me atreví a opinar. Hay cinco o seis apellidos que se repiten y los nombres por igual, pero al decirlos hay que ponerles un tonito particular, como un cantadito que los distingue. Quien hizo eso fue un genio».

¡Cuánto temí en mi infancia a esas fuerzas oscuras y desconocidas! ¡Cuánto miedo sufrí! Viví aterrorizado por causa de las supersticiones y las supercherías de la cultura en la que nací y me crie. Las brujas, los zánganos, los bacás, los guangás, los luases eran seres reales y cotidianos. Eran mensajeros de divinidades terriblemente vengadoras.

Por eso, los símbolos de la religiosidad popular sureña, en particular de la superstición, se multiplican en mis obras. Son creencias que me impresionaron mucho y que evoco mediante nombres de la tradición popular.

Eran también terroríficas las imágenes carnavalescas. En un ensayo «Las cachúas de Cabral» describo sensaciones

horripilantes alojadas en lo profundo de mi niñez, cuando en Tamayo se aparecían esas cachúas disfrazadas de diablos y lanzando fuetazos a los pasantes, indiscriminadamente:

«En los repliegues de la fantasía de los mitos del sur, las cachúas de Cabral danzan cual cabritos endemoniados en la tenebrosa saga de Buquí y Malí. Sobrecogidos de espantos por los cuentos de brujas y desaparecidos, los niños como yo guardan entre sus idolatrías esas imágenes carnavalescas, acobardados por el horror de las creencias».

En la novela *En el atascadero* son muchos los símbolos de las creencias, como, por ejemplo, un árbol caído y tendido en el camino, que de repente se endereza con vida y es objeto de adoración.

Son importantes en esta obra en particular las creencias relacionadas con Haití, pues no hay que olvidar que procedo de una subregión cercana a la frontera con ese país. Un ejemplo de las creencias y costumbres fronterizas es la manera de enterrar a los muertos.

Debo decir que en Tamayo se presenta un caso extraordinario de sincretismo cultural en ese aspecto: su cementerio está dividido en dos, el lado dominicano y el lado haitiano. En mi infancia fui testigo de esos dos tipos de entierro en un mismo camposanto. Participé en esos dos tipos de ceremonia mortuoria.

Por eso, no es extraño que la evocación de un cortejo fúnebre haitiano se repita en varios de mis textos. Ese cortejo es el símbolo del sincretismo cultural dominico-haitiano de Tamayo por la presencia de los haitianos de los bateyes, choque de dos religiones: la cristiana católica y la vudú. Desde niño, con nuestra participación en los entierros de los haitianos que vivían en los bateyes que rodeaban a Tamayo, nosotros éramos infractores de ese código cultural que separaba a los dos pueblos.

De ahí el peligro y el miedo, pero también el encanto de asistir a esas ceremonias prohibidas por el párroco, situación que recreamos en la obra *En el atascadero*:

«Cuando el cura los vio llegar se viró hacia ellos, pero sin dejar de hacer señales de la cruz. Y asumiendo la pose de un inquisidor, les recriminaría duramente por su complacencia con los entierros venidos de esos barrancones, y por su negligencia espiritual: Hay que frenar el paso de esos infieles por nuestras calles —los recibió diciendo— esos endemoniados van cargados al infierno de maleficios y pueden apestar al pueblo. Sepárense de esos ñáñigos, vudúes-batijolas, despotricó».

En mi novela *La avalancha*, que replantea el tema de la gran migración haitiana en nuestro país, se recoge de nuevo el motivo del cortejo fúnebre haitiano, pero con más amplios y nuevos elementos descriptivos. Aquí se quiere marcar la diferencia cultural entre la población dominicana y la haitiana de Petit Haití, pero el ritmo de la danza mortuoria era contagioso e imposible de resistir. Los vecinos se sentían atraídos por la música y la danza del cortejo fúnebre haitiano:

«La música entraba al oído, atravesaba el cuerpo, ponía las piernas en movimiento y todos a través de ella en el Petit Haití se enteraban de la muerte que anunciaba. No era una música alegre. No era júbilo lo que las voces del relato fúnebre cantaban, aunque las expresiones de dolor llegaban teñidas de ritmo, del ritmo del gagá».

La religiosidad popular sureña en mis obras está representada de manera mucho más emblemática en mi obra *El regreso de Plinio El Mesías: Relato legendario*, dedicada enteramente al tema de Palma Sola. La obra se apoya en una realidad histórica que se transforma en leyenda.

La realidad: fueron hechos recogidos por la prensa de la época e investigados por importantes autores, entre los que se destaca Lusitania Martínez, quien en su obra *Palma Sola* documenta, como ningún otro investigador, esa importante manifestación de religiosidad popular.

León Romilio Ventura Rodríguez y Plinio Ventura Rodríguez, conocidos como «Los Mellizos de Palma Sola», en 1962 encabezaron, en el lugar denominado «Las tres cruces» de ese paraje, el culto a Olivorio Mateo, quien había sido asesinado en 1922 por los norteamericanos, durante la ocupación del país en el período 1916-1924. Plinio Ventura, conocido también como El Mesías, fue asesinado en 1962 en una masacre de creyentes que aún requiere ser conocida más a fondo para que se establezcan las responsabilidades y se deriven las consecuencias correspondientes.

La leyenda: jugando con la creencia de la necrolatría o adoración a los muertos, tan común en la cultura dominicana, en esa obra se parte del supuesto de que, así como los creyentes no admitieron la muerte de Olivorio Mateo en 1922 y desde entonces, pero en particular en 1962, lo convirtieron en un santo y lo adoraron, así mismo Plinio Ventura no fue muerto en la masacre de Palma Sola. Diez años después de esa masacre reapareció, en la época de Balaguer, y era objeto de adoración por creyentes que lo protegían de la persecución del Gobierno.

La obra se apoya en otro símil: Plinio Ventura y mi hermano Plinio, quien en esa época fue el político de izquierda más perseguido en la nación por los cuerpos armados del Estado. Durante años, mi hermano se escondió en todo el país, en especial en Azua, Baní y San José de Ocoa, lugares en los que conserva grandes amigos.

Pero esa obra también explora una larga historia legendaria de los héroes populares que sembraron el territorio nacional de cimarrones y manieles, a la manera de François Mackandal en Haití; el cacique Enriquillo, quien encabezó la sublevación de los aborígenes contra los españoles; Papá Lembá, jefe de los alzamientos de los esclavos africanos; y bien entrado el siglo veinte, un sinnúmero de caudillos locales, que como narra Bosch en su

novela *La mañosa*, sumieron al país en interminables levantamientos y revoluciones.

El regreso de Plinio El Mesías: Relato legendario es un texto en el que la realidad histórica se confunde, como en cualquier cuadro de realismo mágico, con lo mágico y lo fantasioso. Así es descrito Plinio Ventura:

«El Mesías era un título nobiliario en el linaje de los príncipes de la devoción a Papá Liborio. Así lo quiso la visitación del santo, y los devotos de Las Matas, San Juan, Azua, Baní, Barahona y todo el país, que en ritos de hechicería fueron consumando ese rango en su biografía».

Perseguido por el ejército en todo el territorio sureño, El Mesías siempre se escapa. Lleva como única arma un manojo de salves que caen del cielo y llenan los caminos, las copas de los árboles y los techos de las casas; y que la gente recoge y canta como señal de solidaridad con el perseguido.

En esas salves se proclamaba el pronto final del sistema de gobierno terrenal, como en estos versos: «Cuando del Sur Profundo/ Suenen las trompetas de Dios/ Con Liborio a la cabeza/ Del Ejército Mayor».

También son importantes algunos acontecimientos históricos en mis obras, recreados desde la visión local de mi pueblo. En *Larga vida* la llegada de Trujillo a Tamayo en 1960 es evocada, reconstruida, en el tono majestuoso de la época:

«Luego de años de espera y de inenarrables muestras de lealtad, en la primavera de mil novecientos sesenta aconteció la anhelada visita. Vuelta Grande había sido gratificada. La población tuvo la dicha de conocer a Eljefe en persona.

Cada cabeza de familia estuvo al frente de sus vástagos y sus bienes, rindiendo cuenta del estado de prosperidad logrado, por obra y gracia de su Gobierno. Inspirado por tan palpable demostración, Eljefe tuvo la benevolencia de dar nuevas manifestaciones de amor hacia Vuelta Grande.

En el breve discurso en el que agradeció la espontánea y masiva muestra de devoción hacia su persona y de adhesión a su Gobierno, anunció el gran premio de que ese municipio se había hecho merecedor. Decretó la realización del Censo Agropecuario y de Población con estas palabras:

«Vuelta Grande es un ejemplo de prosperidad y tantas maravillas deben registrarse en las memorias oficiales para que los tiempos por venir den testimonio de ellas».

La gente escuchó la orden, cerrando el desfile con una indetenible ovación al grito victorioso de la época: «¡VivaEljefe!».

La descripción del censo ordenado por Trujillo en Tamayo, imagen del último censo en esa época, se maneja con sorna e ironía:

«Horas antes Humberto Encarnación se había presentado a la botica, donde sorprendió a Felito despachando purgantes, ventosas y pastillas de aceite de hígado de bacalao, con la invitación oficial que no fue del agrado del padre, el boticario Antolín Naveo.

»—Eljefe quiere un favorcito de la juventud para llevar a cabo una gran obra patriótica: el Censo Agropecuario y de Población. Como hijo de este lugar, conocedor del arte de las letras, te pedimos tu servicio, una contribución voluntaria para la realización de tan magna obra».

La importancia del censo, y la finalidad, se dicen en estos pasajes:

«Había que censar a los ancianos. Llevar la cuenta de los lugareños que habían arribado al disfrute de la privilegiada condición de una vida que se extendía más allá del tiempo tangible. La cantidad de gente de esa estirpe era el patrimonio mayor de Vuelta Grande. Con el censo llegaron diciendo que ese era un dato muy importante para saber lo bien que se vivía, se envejecía y se moría en estos lugares. Era algo que todos desconocíamos, que yo ignoraba».

«La tarea de Felito era censar la sección El Palmar, no muy lejos de aquí. Ahí debía registrar los hechos no siempre posibles

EL CRISOL Y LA CRIBA. RELATOS DE APRENDIZAJE

de ser censados, como el número y la condición de los habitantes y el ganado. Aunque difícil, emprendió esa experiencia con curiosidad y su mejor talante».

A pesar del supuesto progreso y apogeo del país en la Era de Trujillo, el desplazamiento de Felito a El Palmar y su participación en el censo le permiten descubrir la cara sombría, miserable, de la situación de los campos aledaños a Tamayo, que él desconocía por ser un riquito del pueblo.

Vuelta Grande en esa novela es la imagen de una terrible realidad escondida detrás de los discursos apoteósicos de la época.

Las parras de Neiba

Mi escuelita primaria llevaba el nombre, y todavía lo lleva, de Apolinar Perdomo (1882-1918), escritor oriundo de Neiba que alcanzó proyección nacional como uno de los más importantes poetas románticos, en especial con su obra *Cantos de Apolo*, de la cual son estos versos:

«Soy errante viajero nocturno...
Por calles y plazas,
solitario, rendido,
en silencio
paseo mis nostalgias,
pues insomnio me trae tu recuerdo
tan bello, tan dulce, tan caro a mi alma...».

¿Pudo la fuerza inspiradora de ese nombre o de algunos versos suyos leídos en las aulas por alguno de mis maestros haberme transmitido el virus literario?

Eso nunca se sabe, pero una cosa es segura: el niño es un ser extremadamente curioso, sensible y abierto a las influencias menos sospechadas. Por eso hay que cuidar su educación y procurar rodearlo de los mejores modelos. ¿Y cuál puede ser mejor modelo que el nombre de un poeta de la estirpe de Apolinar Perdomo?

Hablar de Apolinar Perdomo es hablar de Neiba, ciudad cabecera de la provincia Bahoruco que llevo en la profundidad de mi niñez y de mi memoria. No perdí la ocasión de expresar mi aprecio a esa comunidad cuando fui honrado con la distinción de que se me dedicara la 1.ª Feria Municipal del Libro y la Cultura de Neiba 2013.

Debo ese honor al equipo coordinador de la feria: Nouel Florián, director ejecutivo de la Fundación Tierra Blanca; Ottoniel de León Ramírez, de la Fundación de Trabajo Comunitario (FUNTACO); Dencil Sierra, de la Asociación de Arte y Cultura; Delsiris Cuevas y Wilfrido Encarnación, ambos de la Fundación Tierra Blanca; y en general a toda la comunidad de Neiba.

Me sentí muy complacido al estrechar los vínculos que me unen a la provincia Bahoruco, de la cual mi pueblo natal es uno de sus municipios. Mi padre, Fabián Matos, era oriundo de la villa de Galván, municipio de la provincia Bahoruco.

En la juventud se trasladó a Tamayo, también municipio de Bahoruco, donde formó familias, hizo propiedades, y fue un gran munícipe. Sin embargo, mi padre nunca perdió sus vínculos con su comunidad natal.

Viajaba con frecuencia a Galván donde tenía hermanos y amigos de toda la vida; junto a él, también los hijos viajábamos a esa comunidad. Diversos motivos ocasionaban los traslados de mi padre a esa zona: asuntos familiares y sociales como la muerte de un pariente, las bodas de relacionados, los encuentros festivos diversos; también asuntos de negocio como la compra y venta de ganado, la búsqueda de semillas para la siembra, la venta de productos agrícolas, etc.

Mi viaje a Neiba y el homenaje que se me brindó en la Feria Municipal del Libro y la Cultura despertaron sentidas remembranzas de mi infancia. Guardo entrañables recuerdos e imágenes de cosas y relaciones de otros tiempos.

Un tipo de paisaje descrito en mis novelas es, específicamente, el de la inmensa extensión desértica y salina de El Salado,

perteneciente al municipio de Galván, provincia Bahoruco, población situada en el valle de Neiba. Mi padre tenía propiedad en esas inmediaciones.

Ese paisaje de Galván y Neiba se me quedó grabado entre los ojos, en la memoria y en la imaginación, quizás por contraste con la geografía de Tamayo, cuyo suelo es muy fértil. Mi pueblo se encuentra en la ribera del Yaque del Sur y está rodeado por el canal que irriga las plantaciones de caña del ingenio Barahona.

Cultivado en su mayoría de plátano, Tamayo exhibe un verdor permanente. Y es de donde proceden, junto con Vicente Noble y Canoa, los llamados «plátanos barahoneros».

Antiguos y recientes vínculos me unen a esa comunidad, comenzando por el más ordinario y menos interesante: el administrativo.

Tamayo depende de Neiba, cabecera de la provincia Bahoruco. Por tanto, los trámites oficiales obligan a los tamayeros a trasladarse a esa comunidad, cuando las gestiones de esa naturaleza desbordan las competencias de las autoridades de nuestro municipio.

Sin embargo, los más motivadores encuentros con Neiba son los propiciados por el aprecio y el cariño. Mi admiración hacia Neiba, su pueblo y su historia data de largos años.

Comenzó cuando en la escuela me enseñaron los elementos de la historia patria. Desde entonces aprendí que grandes héroes de la Independencia de la República son nativos de esta comunidad, como Francisco Sosa, héroe de la Batalla de Cambronal.

Desde los tiempos en que, en los años cincuenta, algunos de los miembros de esa familia de intelectuales y educadores hicieron grandes aportes a la educación de mi pueblo, como la maestra Emelinda, de la Escuela Primaria Apolinar Perdomo.

En los años sesenta, desde el fin de la dictadura de Trujillo, los neiberos y los tamayeros nos unimos y hermanamos en la lucha política y la vida intelectual y académica. En esa brega, he sido favorecido al contar con numerosos amigos y familiares oriundos de esa ciudad.

En el entorno de mis actividades debo mencionar algunos nombres ilustres: los hermanos periodistas Eurípides (don Yiyo), Silvio y Emilio (Emilín) Herasme Peña, el escritor y académico Julio Cuevas y el luchador por la democracia, y amigo de siempre, Radhamés Méndez Vargas.

De larga data, la prestigiosa familia Herasme Peña goza de la amistad y el aprecio de la familia Matos, de Tamayo. Desde cuando mi padre y el padre de los Herasme Peña se trataban como primos hermanos por la rama del apellido Matos, que compartimos con el honorable munícipe de Neiba, Néstor Matos.

Me siento profundamente gratificado porque en ese viaje a Neiba pude renovar, de manera directa, mis lazos con Radhamés Méndez Vargas, hoy fallecido, presente entre nosotros, en esa ocasión, a quien saludé con efusividad.

Las palabras pronunciadas en presencia de Radhamés, a quien había visitado años antes en su residencia adonde se había retirado aquejado del cáncer que le arrebató su heroica vida, fueron la manifestación del aprecio y el tributo que profesé al amigo y al gran dominicano, agradecido de sus grandes aportes al país.

De Radhamés es mucho lo que tengo que decir, pues a él me unían vínculos de amistad; había aprecio recíproco entre su familia y la nuestra. Pero lo que quisiera destacar es el valor de este hombre como ser humano y como defensor de las mejores causas sociales y nacionales.

Desde los años iniciales de la democracia dominicana en 1961, luego del ajusticiamiento de Trujillo, Radhamés fue un denodado luchador por la libertad del pueblo dominicano. Fue la época en que lo conocí en la capital; ambos residíamos en una misma pensión en el barrio San Antón.

Fue un amigo fiel del líder del Partido Revolucionario Dominicano, José Francisco Peña Gómez, y candidato a diputado por ese partido en esta provincia.

De Neiba guardo inolvidables imágenes de mi niñez, como las que plasmo en mi ensayo «El vino de Neiba», de mi libro

Artículos de temporada, en las que los racimos de parra en las enramadas me suscitan emotivas imágenes:

«Eran incomprensibles a mis ojos infantiles esas enramadas de parra de los bohíos de tejamaní de los campesinos de Neiba. No entendía si esas enredaderas de donde pendían famélicos racimos de uvas incomibles eran de adorno o para combatir el sol implacable.

»Pero poco a poco, gracias a la testarudez de la esperanza, la vid se trasladó a los surcos y la uva soñada se hizo realidad. Quién hubiera apostado a ese milagro. Bahoruco es una provincia especial en el país. Es la única en que el viñedo forma parte del paisaje y la industria vinícola un renglón esencial de la producción económica».

Hubo que esperar muchos años derrochando paciencia y hacerse el tonto y el ridículo antes de ver los frutos de la obstinación y la esperanza. Hasta que brotó el caldo de los dioses: el vino. En adelante, todos acudimos a celebrar alzando la copa. Con ternura y orgullo disfruto la sensacional noticia.

Hace unos años estuve en Neiba en una actividad educativa. En el acto de cierre de esa actividad observé un hecho insólito: la mesa principal estaba decorada con enormes racimos de uva y orondas botellas de vino. No pude detener mi emoción.

Las botellas sobresalían en el ambiente, con sus corchos, sus etiquetas y sus leyendas llamativas, opacando las cosas propias de la naturaleza educativa del acto. Parecían doncellas en busca de pretendientes.

La decoración era extraordinaria y genuinamente neibera. Lo primero que me dije fue: qué comparones son los neiberos, qué pretensiosos; pero qué orgullosos deben de estar, enseñando sus uvas y sus botellas de vino, como si fueran de verdad.

Pero sí, me dije luego. Son de verdad. El producto estaba ahí. Lo toqué, probé la uva, degusté el vino.

En otras provincias, la mesa hubiera estado decorada con flores, naturales o artificiales. Pero las uvas y el vino son un lujo que solo los neiberos pueden darse; y no uvas y vinos ajenos e importados, sino propios y de exportación.

No pude contenerme. Me acerqué a la etiqueta de una de las botellas y leí: «Vino tinto. Tempranillo».

La comparonería de los neiberos era más de lo que creía. Me dije: hasta ya tienen un lenguaje de la enología internacional que se escucha en boca de los vinicultores y de la gente común en las calles y en el parque central. Es el lenguaje que usa la cantidad cada vez mayor de vendedores en todos los paraderos de la comarca.

Luego, explorando aún más la etiqueta quedé con la boca abierta: «Vino joven elaborado por métodos artesanales. Tiempo de fermentación y maceración con sus pieles: 15 días». ¡Qué osados son!, me dije.

Cuando terminé de leer eso, ya alguien me había descorchado la botella, diciéndome: «Degústalo y verás lo bueno que está el vino». Hasta ese verbo usan.

Eso hice y probé. La etiqueta me sugería las características: «Vino de intensidad de color medio, cuerpo ligero y paladar suave. Ideal para arroces, pastas en salsa de tomate y pollo».

Esa sola descripción me sedujo, y me tomé dos o tres copas. Entonces me convencí. El vino de Neiba es un logro. Tinto, dulce, agrio.

Si no hubiese sido por el entusiasmo caribeño de la gente, apetitosa y medio ebria, hubiese creído que estábamos en Francia o en España, países vinícolas por antonomasia.

Entonces pensé sobre la expresión de José Martí, de que nuestro vino es agrio, pero es nuestro.

Aunque, debo decir que no se aplica al vino de Neiba en la primera parte. Es nuestro vino, y es dulce.

Ese vino de hoy es la prolongación en el tiempo de la constancia, la persistencia y el optimismo que, en mi infancia, cuando contemplaba los racimos en las enramadas cobijadas de parra, veía dibujados en los rostros de los campesinos del Galván.

Lo que ayer fue obstáculo se superó y transformó en el ensayo de la humanidad que hoy somos. Por maravillas como esas, Neiba y todos los municipios de la provincia Bahoruco han sido criba y crisol en mi vida y en la educación de mis primeros años, en mis tormentos y aspiraciones.

Esos pueblos olvidados son para mí inolvidables. Por eso se encuentran plasmados en mis obras literarias. Esas tierras y esa gente están presentes en las innúmeras representaciones del paisaje, las creencias y las diversas experiencias vitales que me llenan de asombro cada día.

De eso doy testimonio con mi vida y mi escritura en una interminable bibliografía; como en las páginas de estos relatos de aprendizaje en los cuales narro la trayectoria de mi formación, desde la escuelita primaria Apolinar Perdomo de Tamayo hasta la Universidad de París.

SEGUNDA PARTE

La educación primaria en tamayo

Tras huellas de antaño

Habitante de La Biblioteca, en sus entrañas soy protagonista del acontecimiento que experimento al escribir esta obra. Sin moverme de mi asiento me transporto lejos de mi presente y del espacio 6x4 de mi apartamento.

El pasado y el futuro se avecinan y confunden en el torbellino de la lectura. Me encuentro al alcance del universo, sentado en la maravillosa máquina del tiempo de los libros que mecánicamente voy tomando de los estantes y apilando en un escritorio contiguo, en una extensa y ardua labor de estudio y reflexión.

Aguijoneado por la ilusión de la lectura, me siento muy satisfecho del recorrido por la superficie de las páginas. Y como lector atento dialogo con lo leído, penetro en su esencia, como si el texto fuera un personaje capaz de hablar y escuchar.

Absorto en La Biblioteca, distraído en la lectura, voy redescubriendo subrayados y coloreados en las páginas. Inoculado del ansia de la escritura y de la búsqueda de propuestas inéditas, soy como otro personaje que se coloca a nivel de la página y tendría facultades especiales de escuchar lo leído y de hablarle, de manera que el mensaje del texto pudiera escucharle.

Me siento reconfortado cuando me sumerjo en la lectura. Tanto en la estudiosa como en la placentera. Igual, cuando emborrono las cuartillas del libro, como fruto a la vez, de la emoción alborozada y de la sobria reflexión.

No ceso de reconstruir mi pasado, hojeando y repasando documentos, libros y periódicos. Múltiples eventos reaparecen con nitidez, como si el tiempo no hubiese transcurrido desde que emigré de mi terruño natal y me instalé en la capital en 1961, meses después del ajusticiamiento del tirano Rafael Leónidas Trujillo Molina.

La Biblioteca es un soporte mnemotécnico efectivo para construir puente entre mi yo de antes y el de ahora. Jugueteando con los libros me veo persiguiendo huellas de antaño en otro tiempo plasmadas por mí, que delatan toda la historia, como contada ya hace siglos, de aquel puntito perdido en el mapa de República Dominicana: Tamayo.

Experimento una inexplicable desazón. Profundamente sorprendido y emocionado siento el deseo de recontar, al darme cuenta de que una vez había viajado por esos senderos y había morado en ese maravilloso mundo amurallado en el olvido, atrincherado entre el río, los platanales y los cañaverales.

Ansío aire y territorio propio. Busco y rebusco. Reclamo tierra firme, un ancla salvadora mientras hojeo algunas imágenes diseminadas en desorden en mi memoria.

Pero acontece que a menudo luego surge la inquietud: ¿Habría yo de infligir, al volver sobre la vida y las cosas de la tierra virgen, estropeos y ultrajes a su memoria? Pero mi hado, el hado heredado de ese pueblo, se apresura a sosegarme: «nunca tu tierra se sentirá tan amada como al saber que inscribiste su presencia permanente en tus obras».

Complacido, plenamente gratificado, me apresuro a expresar mi devoción por ese terruño y por la enorme membresía de su familia. Y le digo, a través de las páginas, como mirando de soslayo a un buen amigo: bueno, quisiera que supieras, que desde mi infancia en tu seno cultivé la mejor afición: leer.

Yo era un muchacho diferente, al que le gustaba la lectura; que le gustaba apartarse, pensar, meditar, que no participaba mucho en actividades físicas; que no jugaba con cosas prácticas, como otros niños, sino que miraba los juegos y jugar a los demás; al que no le atraían las artes corporales y manuales y que, en cambio, de manera inexplicable tuvo el gusto por la lectura, en un mundo de aquella época, en un pueblito y en una familia donde apenas había libros.

Había una pequeña biblioteca municipal en la época de Trujillo, con una decena de libros, que abría desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, cuando la planta eléctrica local nos premiaba con un poco de alumbrado.

Recuerdo que en esa bibliotequita era un asiduo lector. El niño se perdía entre libros, hojeaba sus páginas y viajaba a un mundo en el que todo era posible, sin saber que en un futuro viviría de su pasión y que a través de sus obras reflejaría la vida de ese pueblo.

Desde niño siempre tuve vocación por la lectura. Es una curiosa circunstancia que, quizá, la ciencia psicológica podría explicar; y es que, pensándolo bien, eso no encaja en el medio social y familiar de donde provengo. Soy hijo de padres semianalfabetos; pertenezco a una familia muy numerosa, en la que el único amante de los libros era yo.

Con lágrimas de ternura evoco algunas experiencias de mi educación anclada en el ambiente cultural dominicano durante mi niñez y adolescencia. En la travesía vivencial de mi escolaridad primaria y secundaria desfilan reveladores indicios de los fundamentos de la cultura y el conocimiento, que años después me permitieron acceder a una formación universitaria en Francia.

Me sorprende penetrar en los brumosos recuerdos de un mundo real envuelto en un imaginario encantado, misterioso. Es sumamente placentero volver a aquellos años de incipiente despertar en las edades de la curiosidad y la ingenua aspiración.

En la reminiscencia de aquellos años se me agolpan las imágenes. Unas, asaz dramáticas, pesarosas, lamentables. Otras, asaz cómicas, risueñas, esplendorosas. Revivo el qué y el cómo había estudiado; qué había leído; cuáles eran mis vocaciones logradas o frustradas, como una historia de episodios variopintos de exploración y conocimiento.

Esa es la educación. Está hecha de sacrificios y de recompensas. Suele ser el crisol donde nos formamos, la criba donde nos elevamos. Con tonos apacibles o marciales avienta los aires del espíritu que han de conformar nuestra vida, como en una carrera de obstáculos hecha de éxitos y fracasos.

Mi ábaco escolar, aquel enigmático invento chino, perdura colgado en mi memoria. Lo entreveo en mi escuelita primaria, ubicada en ese momento al inicio del camino rumbo al paraje La Cuaba, en una misteriosa casona de dos plantas que con solo nombrarla me llena de espanto.

De ese primer plantel de mi educación guardo imágenes borrosas; vagos, pero agradables recuerdos. Entre ellos, que apenas puedo describir, la imagen de mi adorable maestra y la visión encantada de aquel ábaco.

No he podido averiguar cómo ni cuándo ese extraño útil escolar llegó a mi escuela. Era un ábaco maravilloso, portador quién sabe de cuántos secretos legendarios. Se cuenta que llegó a Tamayo con la primera migración china que se asentó en las tierras calientes del sur profundo, y que se afincó en Neiba y Barahona.

Pero mi conexión con él data de los primeros cursos, aunque trasciende esa experiencia, y se proyecta hasta hoy en mis borrosos recuerdos y en la luminosa imaginación que lo conserva intacto en el lejano tiempo.

Era un extraño mueble de latón color marrón opaco tirando a rancio, quizá oxidado de tanto trajinar en el mundo ya antiguo durante milenios, desde China, hasta que llegó a mi escuelita. Estaba colocado en un rincón en forma vertical sobre un taburete, alejado del centro de la actividad áulica.

Su sencilla estructura formada de diferentes elementos, la forma rectangular externa y la distribución abigarrada, irregular de las partes internas, lo volvían complejo, sin explicación, para dar a nuestros ojos una misteriosa apariencia de simpatía y pavor a la vez.

Pero se volvía aún más extraño, tanto como un bicho raro e impresionante, cuando fijándonos en sus mecanismos lo veíamos atravesado por diez hileras de varillas de metal también de color marrón opaco, alrededor de las cuales estaban ensartadas y giraban en igual cantidad, bolitas rodantes de madera y del mismo color viejo de la estructura general.

Era un mueble sombrío, nada atractivo para motivar a aprender con él una materia tan difícil como la aritmética. Pero a la distancia lo veo, lo palpo, lo disfruto, aunque todavía le temo, lo que despierta en mí la inquietante curiosidad con la que siempre lo observé cuando sin remedio íbamos hacia él.

Acudíamos al ábaco como si nos dirigiéramos a un juego con frágiles alabastros, jarrones, vasos, floreros, que en el ambiente escolar lucían como decoración, pero que para los niños estaban destinados a nuestra diversión. Curiosos, temerosos, recurríamos al ábaco para los temas de aritmética, cuando no estábamos atentos a la maestra ante el pizarrón y ocupados en los demás temas de la clase.

Nos arrimábamos a ese aparato cuando tocaba la suma y la resta. Agotábamos el recorrido numérico haciendo girar y sonar las bolitas. Ante el regocijo de la maestra, melodiosamente cantábamos los números de 5 en 5 y de 10 en 10 en voz alta, hasta llegar a completar la centena, en repetidas sesiones.

Me siento bajo el hechizo del sencillo y vetusto artilugio. A través del movimiento de su sabia arquitectura, los párvulos que aún éramos, nos transportamos hacia la alborada de la compleja ciencia de los números en mi vieja escuelita de Tamayo.

Recuerdo, esta vez con nítidez, el rostro radiante de mi bella maestra de los primeros cursos, de la que estaba enamorado con locura. En mi obra *Caamaño la última esperanza armada* evoco esa primera experiencia amorosa:

«La escuelita primaria de Tamayo es el recuerdo infantil más grato, y en ella mi maestra. Todas mis ensoñaciones, a edad temprana, se inspiraron de su radiante presencia. Es historia íntima, porque en mí solo existió y permanece viva».

Otras experiencias de mi infancia en la escuela Apolinar Perdomo son inolvidables, como la libreta de ahorro para los escolares y el chocolate que nos servían en el desayuno en una botellita adornada con una palmita real, que llamábamos Trópico por el nombre de la marca del producto. Evoco esas vivencias en palabras del personaje Vinicio de mi novela *Larga vida*:

«Vinieron de allá con el invento de que los alumnos debíamos aprender la costumbre del ahorro. Esa era la solución que otros pueblos habían aplicado a sus necesidades, y ya podían ver la felicidad y el bienestar que habían logrado. Era una disposición de Eljefe, quien en su Era siempre quería lo mejor para su pueblo.

»Como de costumbre, la tarea recayó sobre los correligionarios del Partido, pero esa vez obrando como inspectores y directores de escuela. Se aparecían a las aulas vendiendo estampillas de a un centavo, de cinco y de diez, que los escolares debíamos colocar en libretas de ahorro personales, asignadas dizque voluntariamente. Cada año escolar los alumnos comprábamos sellos y rellenábamos libretas, lo cual era incentivado y ponderado como el mejor ejemplo del buen niño y futuro ciudadano.

»Se hacían careos entre los que tenían más sellos y ahorraban más. Hubo alumnos que se revelaron ser tan ahorrativos que agotaron los sellos y las libretas del año escolar desde las primeras clases. En varias ocasiones los directores tuvieron que apelar a la provincia y esperar que abastecieran las escuelas de Vuelta Grande y sus alrededores, de esos materiales.

»Yo nunca fui buen ahorrante. Pero además, no tenía con qué, puesto que el asunto era sacarnos el ahorrito de lo poco que teníamos para la canquiña y el bienmesabe. Y, como era lógico

entender, no todos, entre los que estaba yo, poseíamos la fortuna de llevar cada día a la escuela algo en los bolsillos.

»Nadie vio nunca el dinero. Los alumnos nos quedamos con las libretas llenas y el sueño de tener dinero ahorrado en una cuenta tan segura y secreta, que nunca apareció. Yo fui de los estafados con la libreta de ahorro, y me había dicho: ¡jamás!

»Creo que desde entonces me salí de la escuela cuando iba por segundo curso. Me hubiera quedado solo por una cosa, por el "Trópico", el chocolate que daban de desayuno. En una botellita especial, adornada con una palmera. Ese chocolatico y el pan que daban era lo mejor de la escuela, al menos para quienes como yo con eso nos echábamos algo en el estómago hasta la salida. Ahí Eljefe botó la bola, era insuperable. Pero el resto, patrañas».

Las imágenes plasmadas son tiernos y tristes residuos de mi niñez. Me llegan como indicios del apego que conservo por la región donde nací y de la turbación que experimentaba ante las grandes dificultades de la época en todo el país.

Encierran numerosas incógnitas que deben despejarse para entender cómo un individuo como yo ha logrado superar los obstáculos y colocarse hoy en el sitial pretendido de escritor y académico. Son las claves de este relato, que es preciso descifrar, al igual que una compleja partida de ajedrez.

El relato de los poetas

La naturaleza y el vivir del sur del país, dechados de inspiradores encantos y aborrecibles desgracias, han sido motivos propiciadores de la creación de importantes escritores nativos o no de la región, entre los cuales es preciso resaltar a Francisco Gregorio Billini, Sócrates Nolasco, Apolinar Perdomo, Ramón Lacay Polanco y tres de los más importantes poetas dominicanos del siglo XX: Héctor Incháustegui Cabral, Freddy Gatón Arce y Lupo Hernández Rueda.

En especial esos tres poetas, armados de vigor y esperanza desde las amorosas entrañas de sus versos, escrutan las catástrofes territoriales y circunstanciales de esa humanidad. Nadie como ellos, ni los más expertos demógrafos del planeta ni los predicadores más agoreros de alguna religión, han sido capaces de delinear la curva y la cima del crisol y la criba que en su tramo de vida —subsistencia y sueño— habrá de sortear el sureño.

En Incháustegui Cabral, en *Poemas de una sola angustia*, la poesía es como una plegaria de tonos alentadores y auspiciadores; en Gatón Arce es un drama teñido de colores lúdicos, risueños y esperanzadores en varios de sus poemas como «Magino Quezada» y «Trece veces el sur»; pero en *Crónicas del sur*, de Hernández Rueda, es réquiem luctuoso, sombrío, cargado de

terribles noticias y peores augurios, que, sin embargo, ante la carencia y el precipicio, pugnan por un destino venturoso.

El sur es una suma de calamidades y miserias (con) y una resta de bondades y bienestares (sin) en el poema «Esta tierra», de *Crónicas del sur*:

«Esta es nuestra tierra, con uñas, con escorpiones, con arco iris. con látigos, con ritos, con pocilgas, con afanes, con piedras, con parásitos, con dueños, con hambre. con rencores, con sangre, con soldados. con arena, con muertes.

Esta tierra nuestra, sin alumbrado, sin alimentos, sin carreteras, sin alfabeto, sin memoria, sin mapas, sin ruido, sin ciudadanos, sin ojos,

sin instrumentos,
sin agua,
sin edades,
sin tiempo,
sin cereales,
sin Dios,
sin libertades.
Hay para morir y cantar:
mucha miseria y el mar».

Aquí el sur es una naturaleza muerta, una tierra muerta, un pueblo muerto, con todo lo peor y nada de lo mejor. Es una humanidad inerte y estática desprovista de voluntad, esperanza y utopía.

Arcoíris y afanes son, quizás, los elementos de la esperanza en ese sur de la muerte, aspecto dominante en ese poema. Pero sin alfabeto, sin memoria, sin ciudadanos, sin instrumentos y sin Dios, todo está condenado a la desesperanza y a la muerte.

¿Qué hacer entonces en un sur así, lleno de tragedias? La respuesta nos la da Héctor Incháustegui Cabral en el poema "Dadnos del agua que hay en la tierra", de su poemario *Poemas de una sola angustia*.

Pero primero hay que encarar la terrible y fea carencia de agua, que el poeta recrea mediante la imagen de un monstruoso espantapájaros que invade y corroe la vida de la gente, «cual si fuera un ácido fuerte»:

«La tragedia del agua, de no haberla, que tiene por cabellos flecos de una escoba destrozada, se encamina con su agrio pincel por las habitaciones desoladas y en los párpados de las personas dormidas va trazando un círculo morado que corroe cual si fuera un ácido fuerte». Luego de la calamidad, la solución es trabajar en colectivo con ansias y optimismo:

«Los hombres, las mujeres, los niños, el alegre burro chico y los grandes burros destrozados de hambre y por espinas, se entregaron...

Al trabajo...

y por los caminos de las lomas, entre verdes oscuros y aguazales, y por los caminos del llano, bajo un sol de azufre y bayahondas, llegó la gente, requirió los picos y las palas y se enfrentó a la tierra que enseñaba los agrios colmillos de las piedras...

Por las noches, junto a la hoguera muerta, bajo el techo roto, cerca de pingajos grises, se engendró el hijo y se cantó, al compás del güiro y la guitarra, el canto triste de las tierras secas...

Y otra vez el día y otra vez la tierra mostrando sus duros colmillos de testadura sílice, y otra vez el mediodía, y el condumio pobre, y la faena larga...

Era un pueblo, es decir: el hombre y sus enseres, era un pueblo: con sus burros, sus penas, sus chismes, sus trajes rotos, reforzado por una tenaz excavadora...

Y el nuevo cauce se fue abriendo, poco a poco, y como huella del trabajo: algo de sangre, entre los espinos, un trozo de tela avejentada, quizás un montoncito de pelos, entre unas piedras, una lata abollada, quizás los restos de una carta de amor, quizás la vida...

Ni la montaña, ni el sol, ni el hambre, pudieron detenerlo, era un pueblo con sed que cree en el agua, que en sus sueños solo ve tardes nubladas, azules caminos de hielo, frutales que dan vasijas grandes llenas de agua de limón helada.

Ni la montaña, ni el error técnico, ni la suma equivocada pudieron detenerlo, era un pueblo con los codos negros y las costillas cubiertas nada más que de pellejos, un pueblo de ojos brillantes y de insensato optimismo...

Todos, todos, el pulpero y el chulo, el melancólico oficinista y el vendedor de friofrío, el que vende leche en carretilla, el que pide los tickets a la entrada del cinema, el que vende carne, el que lustra botas, el que solo vaga y el que siempre sueña, el boticario ladino, el que vive de la tierra ajena Y los que viven de la tierra suya... todos dieron gotas de sudor

dólares sonoros, para que el río se mudara de calle, eso sí, a una calle nueva con piso de piedra y cal

y sangre...».

He aquí el secreto que se descubre en ese poema de Incháustegui Cabral: es un pueblo que vive la travesía del túnel de la falta de agua y que ha podido ver la luz al encontrar el agua con el trabajo de todos, porque es un sujeto colectivo en movimiento lleno de aspiraciones, «era un pueblo con sed/ que cree en el agua».

El poeta narra y enseña cómo en un esfuerzo comunitario el pueblo se puso en marcha armado de voluntad, solidaridad e instrumentos para excavar la tierra y arrancar el agua a la lejanía y a las profundidades del suelo. Ese tipo de trabajo colectivo es un recurso habitual en el sur que lleva el nombre de «convite».

Freddy Gatón Arce ofrece versiones más variopintas del sur. Más del territorio, del sur físico. En su poesía él observa la dimensión del sur espiritual a través de evocaciones heroicas y de imágenes de personajes que encarnan los mejores dones.

En el poema «Trece veces el Sur» Gatón Arce reconstruye un sur mítico, originario y trágico que evoca episodios legendarios, en su mayoría desventurados, como son la imagen del pescador lanzando la red al mar pequeño y trémulo, la tala de los árboles, las desdichas amorosas de las campesinas, el trágico trayecto del lago Enriquillo, de su fecunda abundancia a su terrible sequía y agotamiento: «Oh, soledades, secón de pobres desventurados», exclama el poeta.

«Tránsito y gloria de Bernardina Recarez», de ese autor, es un poema de la nostalgia de un amor bucólico perdido; es la búsqueda del reencuentro del amor de Bernardina Recarez, quien abandonó al amado por volver a su lar nativo en un sur edénico lleno de ríos, vegetación y fecundidad. Porque el sur es también eso: amor, devoción y nostalgia, como un exiliado en su mismo territorio y en su mismo yo:

«1
En los tiempos
y en las despedidas
mi corazón
vuela dulce
hacia mi amada.
Solo mi país
con sus ríos
aleja mi cuerpo
de ella.
Y entristezco
en la promesa.

2 En los montes, el rumbo de los árboles. Y perennes despiertan las yerbas de breve raíz y perfumes desafiantes de las flores más allá de los límites.

Y los frutos acosan el hambre de los pájaros. Y las savias arrastran el delirio consigo. Y los bejucos enredan la luz y los vientos. Y los musgos disimulan rocas, aguas, cortezas. Y las espinas rajan las patas de las cabalgaduras. Y el olor de las maderas aserradas abre corazones en las noches luminosas. Y las hojas voltean las muertes de los hombres como fuegos que glorían el firmamento».

«Magino Quezada» es un poema emblemático en el que Gatón Arce exalta los genuinos valores de los pobladores del sur como el valor de la confianza y la honestidad:

> «Cuando voy a la aldea Magino Quezada me espera. "Haga según su conciencia"».

También la imagen de la humildad:

«...Porque los hombres humildes y

[las mujeres humildes viven en bohíos con puertas como labios resecos, cerca de las cañadas sin pomarrosas y de los caminos

[polvorientos».

El personaje Magino es la imagen de la amistad y la sinceridad:

«Porque cien veces cien veces cien llego a la aldea, y Magino Quezada me espera. "Aquí no hay costumbre de engañar..."».

Ese personaje es, finalmente, la imagen de la autenticidad y el apego a lo propio: al terruño, a la heredad y a la memoria:

«"La única riqueza es la tierra. Ese platanal era del abuelo, y ahora es mío". Pero tú ves, como yo, que los cimientos y los artesonados de la casa todavía siguen el mismo giro de la tierra que en 1844. Porque ocurre que tú solo sabes amar, protectora…»

«Un hombre que ama, jamás olvida la tierra...».

Gatón Arce expresa en estos versos de «Magino Quezada» dos valores fundamentales del sur, la rebeldía y la esperanza:

«Porque en el lenguaje de ellos, la esperanza y la rebeldía parecen una muchacha cantando por las colinas y lagos con voz ríspida, mientras avanza con pasos de música vernal [apenas».

Esos son los bienes espirituales y las mayores herramientas de esa humanidad sureña en la poesía de Gatón Arce.

Los tres poetas proyectan estaciones desesperadas con tintes más o menos claroscuros sobre la tierra, el clima, las personas, la vida, las actividades humanas y la esperanza en esa región.

Hernández Rueda: el medio natural adverso, las carencias y la impotencia. Incháustegui Cabral: en la colectividad, la voluntad y la acción generadoras de cambios. Gatón Arce: el optimismo tenaz y los valores humanos, territoriales y patrios que dan sentido, energía y norte a la vida de los hombres y las mujeres de esa región.

La escuela y las creencias

Por eso, por miradas como las de esos poetas, el sureño es un ser que conoce de grandes obstáculos, pero también de enormes oportunidades. Ahí radican los crisoles y las cribas que los definen como personas tesoneras y retadoras. El sur es fermento no solo de rebeldía, sino también de creación.

Todo el secreto, difícil de revelar puesto que se ofrece en estado de gestación y total incertidumbre, es saber formularse las preguntas necesarias y acertar a responderlas, seguro incluso de fracasar porque ni las unas ni las otras sean las oportunas y pertinentes.

Puede suceder, como sucede a menudo en regiones tan desprovistas y que no controlan su destino, que lleguemos muy tarde a la cita, y que, como afirma Mario Benedetti: «Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto cambiaron todas las preguntas».

Aun así, por sí misma la búsqueda era la única solución que había de guiarnos hacia el logro de algunos imperativos elementales. En el ambiente de mi infancia, con interrogantes del tipo quiénes, qué, cuándo, que de algún modo todos nos hacíamos, aunque no todas a la vez ni con los mismos derechos, comencé a acercarme a la vida.

Son las mismas interrogantes que han perdurado hasta hoy, convirtiéndose en la base de una brega por escapar de la fatalidad de la desesperanza, a la que, al parecer, todos estamos condenados en esa región.

¿Quiénes en mi niñez podían atravesar el espeso muro de la miseria y la ignorancia, cuando había muy pocas escuelas y en su mayoría nuestros padres eran analfabetos? ¿Quiénes podían estudiar? ¿En cuáles centros educativos? ¿Hasta cuáles grados?

¿Quiénes podían alfabetizarse? He ahí el inicio de todo, como de la creación del mundo. Esa era la primera y principal criba, dadas las carencias de la época en ese aspecto: alfabetizado o analfabeto; en la niñez o en la adultez. He ahí la crudeza del estado primario de nuestras miserias.

Desde principios del siglo XX, la alfabetización era una batalla paulatinamente librada sin grandes avances. Durante los años de mi escolaridad se libraron batallas decisivas, aunque insuficientes. Era la gran meta de la época. Se había convertido en una verdadera cruzada en la que nuestros padres también se vieron compelidos a «apuntarse a la escuela», como se decía entonces.

La Cartilla Trujillo de Alfabetización fue en los años 50 un instrumento fundamental para la codificación de la lengua escrita; como lo fue la Cartilla de Moral y Cívica para la codificación de las actuaciones ordinarias, éticas y políticas de los individuos y la sociedad.

Digno ejemplo de los materiales utilizados para la ejecución de la política de alfabetización en esas décadas fue la cartilla *Tatica y Fellito*, libro de lectura para el primer curso, de la autoría de la ejemplar maestra Zoraida Heredia viuda Zuncar, obra publicada en 1956 por la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes, en el marco de la «Campaña Trujillo de Alfabetización Total».

El título de la obra no era inocente. Tatica es el apodo dado por los dominicanos a la Virgen de la Altagracia, y Fellito apodo de Rafael, nombre del dictador: Rafael Leónidas Trujillo Molina. El plan de unidades de la cartilla es arbitrario en términos lingüísticos, pero muy lógico en términos políticos y morales. La cartilla sigue un orden ideológico.

Curiosamente, sucede en esa cartilla algo que era previsible desde el título: las unidades desembocan en un aprendizaje de la alfabetización en torno al nombre de Trujillo y su familia. A partir de la página 80 se colocan en recuadro algunas letras del alfabeto que se quieren enfatizar; comienzan con la ele (L) y debajo se escribe Rafael Leónidas.

La cartilla *Tatica y Fellito* termina con varios textos breves que son los mensajes fuertes que al alfabetizarse los alumnos deben aprender. Entre esos textos, uno se refiere al Himno Nacional, otro a la fecha del 27 de febrero, día de la Independencia Nacional, otro es una breve semblanza de Fellito, hijo de Trujillo, y otro sobre Trujillo, que dice:

«Rafael Leónidas Trujillo Molina es el Padre de la Patria Nueva. Trujillo le ha hecho mucho bien a la Patria. Trujillo le ha dado a la Patria el bienestar que soñaron Duarte, Sánchez y Mella. Trujillo es el Benefactor de la Patria. Todos los dominicanos estamos agradecidos de Trujillo, por eso le queremos de corazón».

A imagen y semejanza de la sociedad de entonces era la cartilla *Tatica y Fellito*. Así mismo era la escuela. La meta era la alfabetización, pero se proclamaba y ejecutaba como creencia en el régimen político; con fervor y éxtasis, como signo de progreso de la Era de Trujillo. Los esfuerzos reales en educación y en otros ámbitos buscaban crear esa ilusión.

En ese ambiente eufórico e hiperbólico, propio de ese régimen, en 1951 ingresé a la escuela primaria con un plan de estudios recién estrenado, y desde entonces no he dejado de leer y aprender.

¡Qué maravilla!: tener en la memoria de mi educación los nombres de tan inspiradores personajes. En Tamayo cursé la educación primaria en una escuela honrada con el nombre del insigne poeta romántico Apolinar Perdomo. En Santo Domingo terminé la Educación Secundaria en un liceo nocturno cuyo nombre era el del ilustre educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos, fundador de las Escuelas Normales y gran reformador de la educación en República Dominicana y otros países de América.

¡Que signo tan auspicioso!: recibir mi formación fundamental en un centro educativo en cuyo frontispicio resplandeciera la impronta del máximo representante de la razón científica en nuestro país: Hostos; mientras que, en el otro centro, la de uno de los más grandes exponentes de la emoción poética: Apolinar Perdomo.

Es necesario apuntar que, en mi época y en las condiciones en las que yo nací y crecí, en el suroeste del país, llegar a la escuela primaria, permanecer en ella y lograr un cuarto, un sexto, un octavo curso, y, luego, sobre todo, hacerse bachiller, eran privilegios reservados a una ínfima porción de la población y proezas acometidas por pocos estudiantes.

Es necesario que eso se diga, porque hoy, con tantas escuelas y tantos libros, parecería que alcanzar esos grados e ir a la universidad no tienen ningún valor. No se les da la importancia que ameritan y no se les presta el interés necesario.

En las depauperadas comunidades sureñas existe un recurso milagroso hacia donde los jóvenes dirigen las miradas cuando se disponen a romper el círculo vicioso del atraso ancestral y de la pobreza heredada de generación en generación: la educación. Esa es, sin duda, la panacea ensayada y probada con beneficiosos resultados, en aquellas familias en las que algunos de sus miembros han logrado trascender y aumentar el nivel de vida propia y el de los suyos.

He aquí el santo y la cadena de los milagros a los que siempre se ha aferrado cada niño del sur profundo: tener acceso a la escuela primaria, lograr ser bachiller, excepcionalmente ingresar a la universidad y después cosechar un título universitario o de un instituto tecnológico. En mi juventud, el eslabón final de esa cadena se materializaba en el ingreso a la Universidad de Santo Domingo, la única existente, para obtener un título de abogado, médico, ingeniero, economista, entonces, las habituales y prestigiosas profesiones del nivel superior.

La educación es la enorme criba que nos salva de la fatalidad inscrita en el terrible crisol de la vida en el sur profundo. Esa es la vía para alcanzar los eslabones y las metas deseables. Era una obligación elevarse a través de la educación. Esos eran los sueños de quienes en la época les estaba permitido soñar con estudios y el mundo del intelecto.

Hasta 1951 la Educación Primaria se dividía en dos niveles: educación primaria elemental, que comprendía tres grados de dos años cada uno, primero, segundo y tercero y, por tanto, duraba seis años; y educación primaria superior, de un grado, el cuarto, que duraba dos años.

Joaquín Balaguer, entonces ministro de Educación, desde su llegada a esa cartera cambió la estructura de la educación que había regido desde inicios del siglo XX. Se eliminó la nomenclatura existente en la educación: primaria elemental y primaria superior. En su lugar se adoptó la de primaria e intermedia.

No era solo un cambio de nombres. También se modificaron los planes de estudios y se establecieron cortes más estrictos y claros en las edades escolares. En la educación pública como en la privada era obligatoria la edad de siete años, cumplidos o próximos a cumplir, para el ingreso al primer curso de la primaria. No había Preescolar.

Se ingresaba a la edad de seis hacia siete años al primer curso de la Educación Primaria, la cual comprendía del primer grado al sexto. El primer curso de la educación intermedia, séptimo, se cursaba de 13 a 14 años y el segundo, octavo, de 14 a 15 años. El bachillerato comenzaba a los 15 para 16 años, y se terminaba a los 19.

El plan de estudios de la Educación Primaria comprendía asignaturas que, sin distingo, se impartían cinco veces a la semana. Eran las mismas en los diferentes grados, variaban algunos contenidos según la progresión de los cursos y las edades de los alumnos.

La descripción de las materias apuntalaba la naturaleza de los objetivos formadores y de los conocimientos integradores propios de la enseñanza primaria: Lengua Española (enseñar a leer y escribir); Matemática (jugar con números y formas); Observación de la naturaleza (enseñar a observar acerca de lo observado y a realizar cosas útiles); Prácticas de urbanidad y de higiene (practicar la urbanidad y la higiene para crear buenos hábitos); Actividades artísticas, manuales y deportivas (promover actividades artísticas, sociales y deportivas, y aprovechar la sana alegría infantil para finalidades educativas).

En Tamayo, entre las actividades artísticas la música era la principal. Impartían esa materia en su hogar, donde asistíamos por la tarde, los músicos y maestros Arturo Méndez, padre, director de la banda municipal de música, y Arturito Méndez, hijo, también de la banda, con quienes aprendíamos a conocer un pentagrama, solfear y tocar algunos instrumentos como el piano, el saxofón y la trompeta.

Gracias a esa enseñanza se desarrolló la vocación artística en muchos jóvenes que pasaron a integrar la banda municipal, como el profesor Buenaventura Féliz (Tuti) y el dirigente político Juan Esteban Olivero Féliz, cuya primera profesión era la de músico. También ahí se iniciaron músicos, cantantes y compositores profesionales de Tamayo como Cheo Zorrilla, Enrique Féliz y Fernando Arias.

Las asignaturas de la educación intermedia eran las mismas para 7.º y 8.º, pero impartidas con la progresión atinente al grado. Eran más específicas que las de la Educación Primaria, dentro de la misión de ese nivel, orientado a la formación básica. Se presentaban en forma descarnada y destacando solo los núcleos de los conocimientos propuestos: Lengua Española, Aritmética y Geometría elementales, Historia Natural,

Geografía Universal, Educación Cívica y Urbanidad, Inglés, Educación Artística y Cultura Física y Deporte.

Las actividades propias de la educación cívica y la urbanidad eran fundamentales. Se mezclaban con las actividades artísticas y las de observación y cuidado de la naturaleza.

Ocupaban un lugar importante los himnos y los cantos escolares, comenzando por el Himno Nacional, que se entonaba a la vez que se izaba la bandera en la apertura diaria del horario de clase, en una ceremonia formal en presencia de los maestros y los alumnos, estos últimos uniformados y alineados en perfecta formación.

Siempre había un par de alumnos seleccionados para el izamiento de la bandera, lo cual se consideraba como una gran distinción, aunque a menudo era motivo de aprietos y sonrojos en quienes recaía la honrosa misión. A los más tímidos, como yo, nunca les gustaba ser designados para esa grave tarea, y siempre andaban escabulléndose y agachando la cabeza.

El «Himno a la verdad» era también frecuente y de primer orden: no decir mentiras, no engañar a los padres, respetar a los mayores y siempre decir la verdad, pues: «donde está la verdad está Dios». Y el «Himno a las madres» era la canción más bella, sentida y enaltecedora: «Venid los pobladores del campo y la ciudad/ entonemos un himno de inmenso amor filial...».

El huerto escolar de la escuela Apolinar Perdomo era un componente principal en la enseñanza de la urbanidad, la observación y el cultivo de la naturaleza. Aunque éramos de zona rural y estábamos familiarizados con el campo, siempre era provechoso participar en las tareas de cuidado y cultivo del huerto.

Observábamos las plantas, conocíamos los nombres; limpiábamos el terreno con instrumentos o con las manos arrancábamos las yerbas; cultivábamos hortaliza, principalmente lechuga y repollo; también vegetales de ciclo corto, como maíz, auyama, berenjena y batata. La importancia no estaba en el valor material de lo que se cultivaba, sino en el valor formativo. El huerto

era una gran invención, que nunca se debió descontinuar en la escuela dominicana.

Las asignaturas de Educación Secundaria eran, a todas luces, más especializadas. La mayoría era común a los primeros tres grados, pero otras asignaturas marcaban la diferencia de un grado a otro.

Primer Curso: Lengua Española, Aritmética y Álgebra, Geografía General y de América, Historia de América, Inglés, Música y Dibujo, Educación Física, Religión y Moral Católica.

Segundo Curso: Lengua Española, Geometría, Física General, Historia de la Civilización, Botánica y Zoología con aplicaciones a la agricultura, Inglés, Educación Física, Religión y Moral Católica.

Tercer Curso: Lengua Española, Geografía del Espacio y Trigonometría, Geografía e Historia Patria, Química General, Anatomía, Fisiología e Higiene, Inglés, Francés o Portugués, Educación Física, Religión y Moral Católica.

El Cuarto Curso marcaba una ruptura con los grados anteriores. Se especializaba en base a concentraciones de asignaturas denominadas secciones, que representaban los tres tipos de bachillerato vigentes, en los cuales Lengua Española era la única asignatura en común.

Sección de Filosofía y Letras: Lengua Española, Introducción a la Filosofía, Economía Política, Psicología, Nociones de Latín, Francés o Portugués.

Sección de Física y Naturales: Lengua Española, Física, Química, Biología, Francés, Anatomía y Fisiología Humana, Religión y Moral Católica, Educación Cívica.

Sección de Física y Matemáticas: Lengua Española, Elementos de Matemáticas Superior, Geometría y Trigonometría, Física, Francés o Portugués, Dibujo Lineal, Religión y Moral Católica, Educación Cívica.

Las asignaturas listadas de los planes de estudio de los tres niveles educativos señalados adquirían vida y vigor a tono con la

política educativa del régimen de Trujillo. Era un Gobierno muy impositivo en todas sus actuaciones.

Con el peso de la autoridad de la época llegábamos a las aulas y recibíamos la educación, las asignaturas, los contenidos. Las normas valían tanto o más que los aprendizajes.

Las gradaciones de los contenidos y las prioridades reservadas a determinadas asignaturas se cumplían al pie de la letra. Los horarios de clase, las cargas horarias de los contenidos y el orden de la programación eran estrictamente respetados.

En la Educación Primaria la asignatura Lengua Española era fundamental; el programa cursado contenía temas de composición relacionados con las necesidades y experiencias escolares, conocimientos gramaticales y ejercicios de expresión oral y escrita; también se comentaban los aspectos gramaticales, los significados de las palabras, etc., durante el proceso de lectura de autores nacionales e hispanoamericanos.

En general, dicha clase comprendía, en todos los grados y niveles los siguientes aspectos: lectura y escritura en los primeros grados; lectura oral y silenciosa; expresión oral y escrita; enriquecimiento del vocabulario; información gramatical; caligrafía; recitación y escenificación.

Esta última disciplina, recitación y escenificación, fue introducida y enfatizada durante la época de Trujillo por el auge de las tendencias retóricas y declamatorias de la dictadura.

El énfasis dado a la clase de Lengua Española no estaba en la cantidad de horas, pues se impartía a igual cantidad de veces a la semana que las demás asignaturas: cinco veces. Se enfatizaba por un hecho principal: el nombre de Lengua Española en los diferentes niveles de la educación, que Pedro Henríquez Ureña introdujo en la educación dominicana cuando se desempeñó como Superintendente General de Enseñanza en el período 1932-1933.

La asignatura incluía la literatura, que no era una asignatura aparte ni siquiera en el bachillerato. Lengua Española incluía,

como nomenclatura única todos los contenidos del área de las letras, salvo las lenguas extranjeras, que en el plan de estudios del bachillerato incluían el inglés, el francés, el portugués y el latín. Los tres últimos idiomas se impartían en el cuarto curso, en la sección de Filosofía y Letras.

En la enseñanza de la lengua, la tónica principal fue la de regirse por la tradición normativa. Predominaban las reglas y los modelos establecidos por la Real Academia Española. Eran referencias obligadas entonces, algunos autores dominicanos considerados como las autoridades en materia lingüística: Pedro Henríquez Ureña, en particular su gramática castellana, elaborada junto al español Amado Alonso; así como Manuel Patín Maceo y Max Uribe, estos últimos muy respetados como autores de lexicones de dominicanismos.

La preceptiva era la guía y el espíritu del aprendizaje: las clases de lengua se orientaban hacia la búsqueda de propiedad, corrección, claridad, soltura y naturalidad en la expresión.

Había una fuerte presencia del modelo culto y literario en las lecturas, sobre todo clásico. Los contenidos de la clase de lengua eran de tres tipos: lectura, composición y conocimientos gramaticales, con énfasis en estos últimos. La lectura de obras literarias se realizaba con base en antologías y obras selectas.

Los ejercicios principales de composiciones eran: cartas, narraciones de paisajes, descripciones de rasgos físicos y morales de las personas, relatos de viajes, escritos de observación, relatos de tradiciones y leyendas, etc.

Entre las actividades de ese tipo realizadas por la escuela Apolinar Perdomo, recuerdo una excursión que hicimos al lago Enriquillo para conocerlo y apreciar la naturaleza del lugar. También un intercambio escolar con el municipio Enriquillo en el cual compartimos con los estudiantes de una escuela. En ambas actividades tuvimos que entregar una descripción del viaje, del paisaje observado, y un relato de los acontecimientos y todas las cosas relevantes que nos sucedieron.

Ese fue el marco de mis estudios primarios e intermedios, desde la edad de siete años hasta los 15 en la Escuela Primaria Apolinar Perdomo; y de mis estudios secundarios, desde los 15 hasta los 19 años, en el liceo Eugenio María de Hostos, en Santo Domingo.

Con base en ese plan de estudios recibí mi educación y fui evaluado. En los libros y las cartillas de texto vigentes en la época aprendí a leer y conocer el mundo de las letras y la cultura.

Ese plan empezó a aplicarse de a poco. Había carencia de escuelas y maestros. La escolaridad no era todavía universal, no llegaba a todos los niños ni a todos los rincones del país.

Cuando había escuela, esta se limitaba a la primaria en la mayoría de los municipios. En el Tamayo de mi infancia y adolescencia teníamos el privilegio de poder cursar hasta el octavo grado.

Sin embargo, en Vicente Noble, la población contigua, separada de Tamayo por el río Yaque del Sur, no existía escuela intermedia y para cursar esos grados los estudiantes tenían que trasladarse a Tamayo. De igual modo debían hacerlo todos los alumnos de los distritos municipales, parajes y bateyes aledaños, en muchos de los cuales la educación apenas llegaba a los primeros grados de la Educación Primaria en las escuelas rurales o en las llamadas escuelas de emergencia.

La Escuela Primaria Apolinar Perdomo fue mi primera criba, mi primer crisol. Fue el inicio de la ímproba tarea que con enorme esfuerzo y dificultad sin nombre he buscado llenar en mi vida a través de la educación. Ahí completé la escolaridad del plan de estudios de 1951 hasta el octavo grado.

Dicho así, tan rápido, parecería que esos logros fueron fáciles. De hecho, tuve un fracaso escolar. Creo que reprobé uno de los primeros grados de la primaria a la edad de nueve o 10 años. Y digo creo, es la sensación que guardo, aunque no repetí ningún curso.

Un día me dejaron en el aula del año anterior sin mis compañeros de curso, quienes pasaron a otra aula. Ellos fueron promovidos y yo no. Es lo que sentí y es lo que ahora pienso.

Al verme sin ellos me sentí desolado, con una pena inmensa. Reaccioné con un clamoroso llanto que se oía en todo el plantel, reclamando que me llevaran con mis compañeros. Ante mi actitud, recuerdo los rostros angustiados de mis maestros, quienes no encontraban qué hacer conmigo.

No sé qué pasó. Sin poder entenderlo hasta ahora, me trasladaron con mis amiguitos al nuevo curso, quienes, alborotados, me recibieron con alegría. Creo que me pasaron de curso. Si no, ¿qué pudo haber sido?

Con razón yo era el «asonsao», el «alelao», el «amemao» de la familia. En fin, un tonto, un idiota. Eran motes que se decían en la familia y se propalaban en el vecindario.

Los escuchaba en la voz grave y fuerte de mi padre cuando yo no acertaba con presteza y firmeza a realizar la tarea asignada en los asuntos rústicos y duros de la finca a la que, irremediablemente, todos los hijos teníamos que someternos y rendirnos. Pero yo era un niño débil, delicado, enfermizo.

Él es un niño «callao», siempre está como «ido», es un niño muy «extraño». Eran imágenes generadas y difundidas en el pueblo que me hacían ver que yo era un ser inútil en ese mundo común lleno de vitalidad y movimiento.

Graduarse del octavo grado era la criba más difícil que un adolescente pudiera imaginarse entonces. Era el grado terminal de la primaria y la intermedia, pero ante todo representaba el escalón superior para el que la sociedad de la época preparaba a la persona. Se suponía que con ese grado ya éramos capaces y hábiles para desenvolvernos en la vida.

Los estudios secundarios y los estudios superiores eran limitados a una reducida población dadas las carencias de escuelas y de maestros. Por el subdesarrollo del país y por el insuficiente estado del conocimiento en las áreas curriculares, esos niveles educativos no se consideraban indispensables.

De hecho, en los niveles de la educación primaria y la intermedia del plan de estudios vigente, se había previsto todo lo que un adulto necesitaba entonces para la vida, en cuanto a educación práctica y teórica. Aunque los aprendizajes básicos en ciencias, lengua española, matemáticas, contaban con una atención principal, en una sociedad no industrializada y rural eran prioritarios los diversos oficios para hembras y varones, relacionados con la economía doméstica, la artesanía y la agricultura.

La carga de educación moral y cívica era también muy importante. Se enfatizaba mucho la moral a través del aprendizaje de las normas de las buenas costumbres; el respeto a las tradiciones, a los mayores, etc. La cívica giraba en torno al respeto a los símbolos patrios, las leyes, las autoridades; y en especial, al culto a Trujillo y los principios que sustentaban su Gobierno.

Las ciencias y las tecnologías no figuraban en la agenda educativa del país. Éramos muy pobres: bajo nivel económico, baja educación, bajo desarrollo humano en general. Pero sobre todo, en nuestra cultura imperaba el oscurantismo en las costumbres y las creencias.

La religión cristiana, en específico de la Iglesia católica, pero también las otras creencias populares y la superstición, ocupaban una plaza muy importante en nuestra vida y en el manejo de los problemas que requerían del razonamiento y la explicación científica.

Esas creencias tenían vigencia en forma más pronunciada en el sur del país. En Tamayo teníamos dos tipos de educación: la de la escuela: alfabetizada, escrita, formal y católica; la del hogar y la calle: oral, analfabeta, espontánea, supersticiosa. Esta última dominaba en nuestra cultura y, por lo tanto, estaba presente en la educación formal.

Según Unamuno, en los pueblos hay una intrahistoria, historia menor y marginal, que sustenta la gran historia y la vida cotidiana real del presente.

Esta anécdota es parte de la rica cultura oral tradicional de Tamayo, comunidad cuya historia se sumerge en una mitología ancestral. A ese mundo pertenece el legendario animal con cuerpo de varios animales.

En los años cincuenta, un día nos sorprendieron en la escuela primaria con una noticia que nos arrancó de las aulas: había aparecido muerto un fabuloso animal de fachas extrañas. Estaba tirado en un recodo del camino que une a Tamayo con Vicente Noble.

Nos despacharon para que pudiéramos contemplar el insólito animal. Ahí se dio cita la ingenua muchachada plena de algarabía y curiosidad. Su natural desenfado era un disfraz para el temor que albergaba. Le aterraba pensar en el desconocido animal. Con cierta aprensión ante la maléfica novedad, toda la escuela y gran parte de la comunidad se congregaron alrededor de la criatura como en una sesión de anatomía forense.

Estuvimos un largo rato curioseando y comentando. El animal era irreconocible. No era grande; su tamaño era, más o menos, el de una cabra adulta. Pero la inquietante sorpresa vino del hecho que de su cuerpo reunía partes de diferentes animales. Tenía cabeza de chivo, pezuña de vaca, hocico de cerdo, testículos de caballo o burro, rodilla de perro y panza aventada como de elefante...

Si hoy me preguntaran si ese imaginario animal era real, a pies juntillas diría que sí. Se ve lo que se cree. Era una realidad inducida, creada, por nuestras supersticiosas creencias. Todos vimos ese «zoo Frankenstein» y comprobamos que su cuerpo estaba formado de partes de diferentes animales. Mas hoy no estoy seguro de aquellas creencias.

Con el tiempo supimos que existían los chupacabras. Pero en aquel momento no teníamos idea de ese engendro de naturaleza extraterrestre.

En Tamayo lo descubrimos, inventamos ese mito moderno, mucho antes de su aparición en la década de los noventa en Puerto Rico, México y Estados Unidos. En el país tenemos folclor para propagar por el mundo; solo falta atrevernos.

En el sur me crie en un mundo mágico-religioso poblado de criaturas por lo general portadoras de maleficios, cuyo rico simbolismo plasmo en mi producción literaria:

- 1. Bruja, zángano (macho de la bruja) o galipote o lugarú.
- 2. El diablo y sus mensajeros: bacá, guangá y serafín.
- 3. Muerto insepulto que regresa con la oscuridad de la noche y mora en cocinas y enramadas solitarias.
- 4. Ánima del purgatorio que da señal de su desandar creando pánico en las casas y los campos.
- 5. Ser inanimado: árboles derribados, troncos, trastos, cosas de toda índole que de repente se animaban y tienen vida.
- 6. Animal misterioso: murciélagos, conejos, cabras, gatos que viven ocultos y salen en la noche en los caminos y descampados.
- 7. Personaje temible: persona con pacto con el diablo, brujo, curandero, zacateca (funerario), arcajé, barón del cementerio, gente vestida de negro y de blanco, persona azarosa, mujer malvada...
- 8. Sitio de ahogado, de ahorcado; lugar donde salen cosas: caminos hacia x lugares, lugares apartados, «botaos», sitios umbrosos (matojales, árboles frondosos); algunas matas relacionadas con «lo malo»: bambú, jabilla, piñón...

En ese ambiente cultural perturbado por tantos sucesos y criaturas ultramundanos, estudiar con cordura y obtener el octavo grado era una proeza. Sin embargo, era nuestra meta principal. Lograr ese grado educativo significaba un gran aval y prestigio social. Era la realización más acariciada a la que podía aspirar la mayoría de la juventud de mi generación y condición. La Educación Secundaria era todavía inalcanzable para la mayor parte; la universitaria era excepcional, reservada a una reducida élite.

Me esforcé como un loco para lograr el octavo. Estudié días y noches para pasar un examen general que venía preparado desde la capital del país. Pero no seguro de mí y a tono con mis creencias, pedí ayuda a San Antonio, patrón de Tamayo, y a la Virgen de La Altagracia.

Les recé y les hice la promesa de prenderles velas si pasaba de curso. Así, mezclando estudios con rezos, obtuve el certificado de octavo grado en 1959, a los 15 años.

Debo decir que, en realidad, sin proponérmelo, mentí al santo y a la virgen. En mi inocencia, luego de que pasé de curso me dije: aprobé porque me fajé a estudiar, no por obras de ellos sino de mi propio esfuerzo, y me olvidé de las promesas que les hice.

Ese es, según mis recuerdos, mi primer acto de desafección hacia la religión y, en general, hacia lo sagrado. Esa vía se ensanchó con el tiempo, y ahondó la brecha entre mi educación y las creencias.

¿Era yo un buen estudiante? No, no he sido un buen estudiante, pero he sido un alumno aplicado y estudioso.

Y esa dualidad se debe, quizás, al hecho que soy distraído. Con frecuencia me refugio en el mundo interior y contrarresto esa tendencia afianzándome en el exterior, en particular en mis deberes.

He sido obstinado en el propósito de superarme. Nunca me he dado por vencido ni me he sentido desmoralizado ante tantas circunstancias ambientales adversas, comunes a todos los alumnos de mi época.

No había corriente eléctrica y estudiábamos con lámparas o jumiadoras; eran escasos, raros, los libros y otros materiales de apoyo; nuestros padres eran analfabetos o semianalfabetos y no nos podían ayudar con las tareas.

En realidad, no fui un buen estudiante. Yo era un niño muy distraído y enfermizo. Aunque, debo matizar: recuerdo no haber sido buen estudiante en la primaria, pero sí en la secundaria. En el cuarto grado del bachillerato fui, incluso, sobresaliente.

Las adversas circunstancias materiales para los estudios eran compensadas por características psicológicas y políticas de la Era de Trujillo, que, aun con todo lo negativo que pudieran ser, hacían que la educación fuera eficaz.

En primer lugar, era una educación muy gestionada y disciplinada, en gran medida por el carácter autoritario y dictatorial del régimen. Había una supervisión continua a cargo de un temible cuerpo de inspectores y supervisores distribuidos en todo el país. Profesores, funcionarios y alumnos debían cumplir fielmente con sus respectivas misiones y tareas.

Los maestros debían cumplir de manera estricta con los horarios y el plan de clase. Los alumnos debían asistir a las escuelas cada día y con puntualidad. Los padres y toda la comunidad velaban porque a la hora de las clases no hubiese ningún niño en edad escolar deambulando por las calles o los campos.

Se cumplía el programa de clases y los exámenes eran rigurosos, implacables. Cobraba vigencia y fuerza la expresión que mejor describía la educación dominicana de entonces: «La letra entra con sangre».

El peso de la estirpe en mi educación

Aquí debo rendir tributo a mis padres, mis inmancables apoyos en la vida y en los estudios; en especial a mi madre, mi más ferviente sostén e inspiración. También a toda la familia de Tamayo de la que constantemente recibía amor, cuidado y motivación. En particular, a los profesionales de la generación anterior a la mía, quienes con sus ejemplos fueron fuente y trillo de mis aspiraciones; me sirvieron de modelo y estimularon en los estudios.

El interés de mis padres, casi analfabetos, para que asistiéramos a la escuela, fue fundamental en mi formación. Si todos los hijos de mi madre, Rita Emilia Moquete Calderón, alcanzamos títulos universitarios, se lo debemos a ella. Nos cuidaba con los alimentos, nos preparaba para que asistiéramos bien uniformados y limpios a la escuela, nos apoyaba cuando estábamos decaídos, cuando sentía y veía que estábamos fatigados y débiles, no solo con alientos morales y afectos, sino también con los alimentos que nos preparaba, como eran los famosos ponches de leche con huevo de gallina o de pata.

Aunque el alimento principal de su especialidad era un complejo vitamínico hecho de polvo de hierro, calcio, miel de abeja, especias, y algunos ingredientes más que no revelaba porque eran su secreto de fábrica. Dos o tres tomas de esa química que revive a los muertos bastaban para fortalecer el cerebro, recuperar la memoria, deshacer los dolores de la nuca y estar en condiciones de estudiar hasta altas horas en la noche a la luz de un candil de queroseno.

Pero su gran hazaña fue que tomó la decisión de mudarse con sus hijos de Tamayo a Barahona para que continuaran los estudios secundarios en esa provincia, ante la imposibilidad de cursarlos en el municipio por falta de liceo.

Un día de 1960 sorprendió a nuestro padre: «Fabián, lo que tú me das aquí (un peso y veinticinco centavos diariamente, más los víveres cultivados en la propiedad) dámelo en Barahona que yo me voy a mudar allá para darles estudios a mis hijos».

Mi padre entendió la situación, la complació y doña Rita dejó su casa en Tamayo y se trasladó con sus hijos a Barahona a malpasar viviendo en casa alquilada y sin los recursos que le daba el medio tamayero. Esa acción de mi madre marcó la diferencia entre nosotros y otros jóvenes que aspiraban a ser profesionales, de similares condiciones sociales que las nuestras.

El amor a mi madre permanece vivo como cuando ella aún vivía. Una madre abnegada y cariñosa. Mi recuerdo es imperecedero. Era muy expresiva, reía, contaba cosas, cantaba viejas canciones, siempre hablaba con sus hijos. Conocíamos sus años de niña, su adolescencia, de cuando mi padre la raptó, «se la llevó», como era usual en esa época, de su San Juan natal, y la trasladó en una mula a Tamayo atravesando llanos y montañas durante dos días.

Me narraba anécdotas y me cantaba canciones que relataban las calamidades provocadas por el devastador fenómeno natural del «Ciclón». Era un hecho del cual se hablaba mucho, como si hubiera sucedido en ese momento.

Mi madre se refería constantemente a ese suceso. El espantoso paisaje del Santo Domingo devastado por el ciclón San Zenón, en 1930, motivó que el pueblo manifestara su dolor a través de canciones, poesías, narraciones. Y, como contrapunto, se

consolaba irónicamente expresando su desprecio al sufrimiento a través de dichos como este: «Más se perdió cuando el Ciclón».

Sin embargo, esta endecha, quizás escuchada por ella en su natal San Juan de la Maguana, cerca de la frontera con Haití, que años después me entonaba con voz quebrada, transida del amargo recuerdo, como un réquiem a la ciudad destruida, prolongaron en mi conciencia infantil los graves sentimientos de tristeza y conmiseración que generó la tragedia.

> «Santo Domingo qué bello era con sus ensanches y boulevards. Santo Domingo quién lo dijera tras la llegada del cruel ciclón.

Porque supimos por los haitianos que todo estaba en destrucción. Porque supimos por los haitianos que todo estaba en destrucción».

Mi madre siempre hablaba de sus partos, de sus hijos nacidos, de sus abortos. Decía: «Tuve treces hijos, once nacidos y dos abortos». Y empezaba a recordar a los que murieron pequeños, a edad muy temprana, a más edad, hasta algunos que ya eran casi adolescentes. Los iba contando con sus dedos. Al final, quedamos seis.

Pero luego, narraba el tremendo dolor de perder dos de los seis en la guerra de abril de 1965, Fellito y Ciro. Quedábamos cuatro de 13. Pero también vio morir a su hija Carmen, la menor, a edad joven, a los 53 años, y eso completaba el panorama de dolor maternal que le atravesó la existencia de cabo a rabo.

El fallecimiento de mi madre, acaecido el 29 de octubre de 2004, a la edad de 87 años, un año después de la muerte de la hija Carmen, dejó un vacío irreparable no solo para sus hijos sino para quienes la conocieron. Su acción ejemplar de madre y ciudadana trascendió a su familia, y repercutió en la sociedad dominicana.

Fue ejemplo de sacrificio, valentía y solidaridad. Por convicción propia, estuvo siempre al lado de las mejores causas políticas y sociales, que demostraba en los momentos cruciales de la lucha por la democracia en el país y como una ferviente militante del Partido Revolucionario Dominicano.

Era proverbial su bondad con sus vecinos y amigos. A todo el mundo recibía en su casa con las puertas abiertas y a manos llenas y generosas. Su denodado e incondicional apoyo a sus hijos perseguidos y prisioneros políticos durante los gobiernos de Trujillo y de Balaguer le valió la admiración y el cariño de toda la comunidad, que empezó a sentirla como una madre de la patria, como la madre de todos, y la bautizó con el apodo de Mamá Rita.

Nuestra madre nunca desmayó hasta el momento de su muerte, en la búsqueda de los cadáveres de los dos hijos que perdió en la Guerra de Abril de 1965, mis hermanos Fellito y Ciro. Fueron asesinados mientras luchaban junto al pueblo en defensa de la Constitución de 1963 y de la soberanía nacional, mancillada por la intervención de las tropas norteamericanas.

Esa Mamá Rita es la que describe Denis Mota Álvarez en el artículo «Rita, vieja madre de la patria», en el periódico *Listín Diario*, en el que en ocasión de su fallecimiento le rinde un emotivo homenaje en versos que la pintan con «Sus pies, los de doña Rita, cubiertos por pantuflas viejas» en su permanente trajinar por el país:

«Rita, madre y mujer.

Forjada a fuerza de sufrimiento, con el dolor parido a fuerza de lágrimas, a fuerza de infinitas caminatas por los empolvados caminos de la patria.

Sabe de geografía, doña Rita, porque la aprendió andando. Sabe del dolor, doña Rita, porque lo aprendió del sufrimiento acumulado en cada puerta que le cerraron.

En cada escupitajo que ha golpeado su rostro de madre
centenaria
—milenaria del olvido—.

Sus pies, los de doña Rita, cubiertos por pantuflas viejas, han crecido y decrecido entre ciudades, aldeas y campos. Los insosegados sueños de Rita madre son el anhelo humano que

gritan los niños, las mujeres y los hombres...

Sus trenzas blancas, Rita abuela, ondean como banderas simbolizando la paz permanente que nace de la muerte del odio incesante.

Rita, viejo árbol de la patria.

Nacida en el dolor y cultivadora de amor siempre eterno y trabajoso».

(Denis Mota Álvarez, «Rita, vieja madre de la patria», Listín Diario, martes 30 de noviembre de 2004)

Esa es nuestra madre, a la que evoco en estos pasajes que recogen el sentir de la familia, extraídos del texto «Monólogo para mi madre (Panegírico íntimo)», escrito el mismo día de su muerte en palabras de mi hija Li Misol que ella puso en mis labios como si fueran mías:

«Recordar la braveza de tu espíritu me conmovió desde siempre, cuando te arrastrabas hasta donde tus fuerzas sucumbían detrás de tus hijos, en las cárceles y los escondrijos más inusitados. Todo por no perder el rastro de la razón de tu existencia, que somos sin dudas nosotros. Hay que recordar tu desafuero maternal y tu ímpetu desgarrador por dar casa, comida y protección a cualquiera que llegara a tu casa, en cualquier circunstancia. Es que esas cosas no importaban tanto como tu compromiso de cuidado para con los tuyos».

«En los tiempos difíciles te jugabas el todo por el todo para socorrernos de las caídas y de las persecuciones, de los disparos y la lejanía, porque todo eso arropaba por doquier».

«Sé que preferías hacer las cosas por ti misma, incluso tenías el ímpetu de una quinceañera para arreglarte, y seguir desafiando al tiempo con tus collares, tu pintalabios rojo y tus canas teñidas de negro con los productos que te conseguían tus nietas en Estados Unidos».

«Eras una reina, mamá, la reina de todos, la matrona, la jefa, la mujer con más carácter, la que aguantó los mil y un sufrimientos, las pérdidas, las muertes, las guerras y los despiadados embates de la vida».

(Li Misol, «Monólogo para mi madre (Panegírico íntimo)».

Para Manuel Matos Moquete, octubre 29/2004)

Con una madre así, cualquier hijo puede llegar a ser lo que se proponga. Muchos hijos no logran sus sueños y sus metas por falta de empuje familiar. Por falta de una madre optimista y valiente como Rita, y de un padre colaborador e interesado en la suerte de sus hijos.

Porque mi padre no se quedaba atrás en el apoyo que nos daba para que estudiáramos, cuando los hijos de verdad querían estudiar. Obligaba a sus hijos a asistir cada día y con puntualidad a la escuela.

Velaba porque asistiéramos con regularidad a la escuela, sin descuidar las labores agrícolas en los conucos, como cuidar, alimentar y pastorear a los animales; sembrar, anegar y cosechar los cultivos; así como las tareas comerciales, asuntos a los que él también se dedicaba: cobro de impuesto en los proventos municipales como el mercado y el matadero, que él subcontrataba; atender los negocios del cine de Tamayo, de la fábrica de hielo y de helado, de la granja de pollo, del cabaret, etc., que alternativamente poseyó.

Su lema era «A los conucos y a la escuela». Así nos crio. Si en la mañana íbamos a la escuela, en la tarde íbamos a los conucos. Y en ese ritmo, los hermanos nos turnábamos y nos cruzábamos en el camino, unos rumbo a la escuela, otros rumbo a los conucos.

El profundo apego a los estudios de cada uno marcó, quizás, la diferencia entre los hijos de mi madre Rita y los demás hijos de Fabián, quien tuvo 30 hijos con diferentes mujeres. Contrariamente a todos los hermanos de padre y madre, quienes completamos a plenitud todos los estudios, desde los primarios hasta los superiores, solo algunos de mis hermanos de padre lograron ser bachilleres y completar los estudios universitarios.

Don Fabián Matos de la Paz fue uno de los más importantes munícipes de Tamayo, cuyos aportes al desarrollo de su comunidad han sido valorados como muy positivos por sus compueblanos. En 1988, en ocasión de cumplir su 91 aniversario, el Ayuntamiento Municipal le rindió en vida un merecido homenaje a través de una significativa acción; decidió rotular una de las calles del municipio con su nombre, como se reseña en una información publicada en el periódico *Listín Diario*, en la que se da cuenta de ese reconocimiento y se ofrece una amplia semblanza de nuestro padre:

«TAMAYO. Cumple hoy sus (91 años) el hacendado don Fabián Matos, tronco de una numerosa familia de esta sociedad: con tal motivo sus familiares, hijos, nietos, biznietos, nueras y amigos le han obsequiado una gran fiesta. Su familia está integrada por los Matos Rodríguez, Matos Ogando, Matos Figuereo, Matos Mesa, Matos Santos, Matos Cordero, Matos Moquete, Matos Hernández y Matos Reyes.

LE HACEN RECONOCIMIENTO

El Ayuntamiento de este Municipio ha hecho propicia la ocasión del cumpleaños de don Fabián Matos, para hacerle un

reconocimiento en su condición de fundador de esta población y munícipe distinguido, quien se destacó preocupándose por el progreso, desarrollo y grandeza de este pueblo, desde su posición de alcalde pedáneo de la sección de Hatico, nombre original de la hoy Común de Tamayo: dicho reconocimiento consiste en ponerle su nombre a una de las calles de este Municipio, para que su nombre se perpetúe en este pueblo, y sirva de ejemplo a la posteridad y futuras generaciones.

SUS OBRAS

En su condición de alcalde pedáneo y presidente de la subjunta del partido político de entonces, posiciones que utilizaba para pedir obras que favorecieran a la sección de Hatico, tales como Mercado Público, Iglesia Católica, fundó y presidió la Sociedad de Padres y Amigos de la Escuela, culminando con la instalación de la primera escuela de nuestra comunidad, ubicada donde funciona hoy la Escuela Primaria Intermedia "Apolinar Perdomo", quien teniendo más de 50 años presidiendo la Sub-junta protectora de Agricultura, desde cuya posición ha intervenido en la armonización de los conflictos agrícolas entre nuestros habitantes, lo que lo convierte, además, en consejero de toda la región.

SU APORTE MÁS IMPORTANTE

En 1943, a raíz de la fundación de la Comisión Fronteriza, creada para dominicanizar nuestra frontera, y que tenía como motivo más importante elevar de categoría a los pueblos considerados fronterizos, tales como Comendador a la provincia de Elías Piña, Jimaní a la provincia de Independencia, etc., el señor don Fabián Matos, sin perder tiempo, aprovechando sus relaciones de amistad y política con don Joaquín Garrido, jefe de la Comisión Fronteriza del Sur, a quien Trujillo le había dado plenos poderes para hacer tales recomendaciones al Poder Ejecutivo, gestionó que la sección Hatico fuera elevada

de categoría, y fue así, como el día 10 de marzo del año 1943 la Sección de Hatico, fue convertida en la hoy Común de Tamayo.

El señor Fabián Matos fue elegido síndico municipal de la ya Común de Tamayo, y continuó preocupándose por el progreso de dicha comunidad con la ejecución de obras tales como la construcción del Parque de Recreo que disfrutamos hoy, fundación de la Biblioteca Municipal, Banda de Música, etc.

Fueron fundadores conjuntamente con el Sr. Fabián Matos, entre otros, los señores: Pedro Mesa, Prebistilio Reyes, María Antonia Gómez, Lolo Varona, Anita Arias, Alfredo Britania Palmer, Epifanía Reyes, Lola Rodríguez, Josesito Reyes, Francisco Palmer, Juan Bta. Rodríguez, Pedro Beltré, Pablo Féliz (Pin) Pedro Soto, Romito Gómez (casi todos fallecidos), existiendo como único o dentro de los sobrevivientes, el señor Fabián Matos, quien recibe hoy como munícipe destacado el reconocimiento del Honorable Ayuntamiento de Tamayo, por las muchas obras realizadas en favor de dicha Comunidad».

(Listín Diario, sábado 23 de enero de 1988)

Para completar el perfil de mi padre delineado en esa semblanza es interesante agregar algunos elementos del ambiente social y el entramado político de la época en la que yo nací, crecí y recibí mi fundamental formación hogareña y escolar.

Cuando nací, en 1944, mi padre era síndico de Tamayo. Era el año del «Centenario». La tiranía tenía eso de bueno: era eficaz en propagar y hacer permanecer en la memoria de la gente sus grandes retos, sus grandes obras. Desde mis tiernos años oí esta expresión: «Cuando el Centenario...», en alusión a la celebración portentosa de los 100 años de la Independencia Nacional, el 27 de febrero de 1944, un mes y días antes de mi nacimiento, con la que Trujillo quiso marcar esa fecha, como un hito tan memorable como el acontecimiento que se conmemoraba.

Después de síndico, cargo honorífico para aquella época, don Fabián cobró su adhesión a la dictadura de Trujillo al ostentar otros cargos públicos honoríficos en el plano local, como presidente del ayuntamiento, presidente de la comisión de agua, presidente de la comisión de frontera y otras funciones de servicio comunitario, pero desempeñadas bajo la vigilancia y el beneplácito de los altos funcionarios del régimen.

En lo privado se dedicó a labores funcionales en una zona rural: hacer fincas en tierras comuneras, levantar negocios en zonas sin circuitos comerciales; y como buen semental que era, a engendrar hijos a montones.

A mi padre se le tenía como un rico en la zona. Y en realidad lo era, según los parámetros de la riqueza de entonces. No tenía dinero en efectivo, pero tenía bienes y negocios; prosperidad que dio lugar, según las creencias existentes, a que se propalara la creencia de que él poseía un «bacá»; maleficio que yo nunca vi, a pesar de que siempre lo estuve buscando en la casa, espoleado por las murmuraciones en el pueblo y las burlas y sátiras que recibía en la escuela de parte de mis compañeros.

Así era en los pueblos del sur de entonces. Cuando se tenía riqueza se debía a un trato con «lo malo». Y mucho más en el caso de don Fabián que era casi dueño de todo. Era arrendatario de todos los negocios municipales por contrato mediante subastas realizadas por el cabildo. Tenía mucha tierra, vivía del cultivo de plátano. Tenía ganado. Y lo más importante, gozaba de crédito en toda la comarca. El banco le prestaba bajo hipoteca de sus tierras, un privilegio en aquella época.

Gracias a la participación de don Fabián en esas complicidades subalternas con la tiranía, Joaquín Balaguer, el último presidente de la República títere de Trujillo, fue para él y para algunos de sus hijos un personaje conocido desde los tiempos en que fue ministro de Educación en 1950.

En la familia Matos se tiene una larga memoria, memoria hogareña, de ese personaje. A don Fabián se oía decir, refiriéndose

a los gobiernos de Joaquín Balaguer del período 1980-1990: «Balaguer me ha defraudado, aquí no hay Gobierno». Le criticaba la supuesta falta de autoridad que había en su Gobierno, evocando aquellos años del gran garrote de la Era de Trujillo.

Trujillo visitó Tamayo el año antes de su ajusticiamiento. En el comité de organización y recibimiento don Fabián ocupaba un lugar principal no disputado por los demás serviles funcionarios, amigos, aduladores, correligionarios del suroeste. En el desfile que se le hizo en su honor, mi padre y sus 30 hijos encabezan la glorificación del Jefe. Así lo relata la prensa de la época.

El trujillismo de don Fabián era incontestable. Era conocido en Tamayo y en toda la región del suroeste. Quizás ha sido fabulada su responsabilidad en el gobierno de Trujillo. Y no era para menos, su adhesión era una leyenda en la zona.

Contaba con relaciones en el poder. Los funcionarios de la capital del país o de las provincias cercanas que llegaban a Tamayo lo procuraban, preguntaban por él, con frecuencia lo visitaban; él los recibía, comprometido con el régimen, dispuesto a colaborar, a asumir las encomiendas que le solicitaran, como formar parte de una junta relacionada con una determinada necesidad, aportar recursos para cualquier causa local o provincial, asistir a una actividad del Partido Dominicano, etc.

Solía obsequiar a los distinguidos funcionarios los mejores productos de su finca, que tenía reservados para ese fin: mangos, aguacates, víveres, etc. No era inusual que un comandante de puesto en Neiba o en Barahona llegara en un camión solicitándole ayuda en víveres para la tropa. En ese caso, ese tipo de obsequios era mucho más significativo en cantidad.

Sus vínculos con los cuerpos armados del régimen eran muy estrechos. Su compromiso con el gobierno de Trujillo no era ocasional. Tenía vínculos orgánicos.

En su mayoría, sus hijos varones eran militares de las cuatro ramas: el ejército, la aviación, la marina y la policía. No eran de altos rangos; algunos llegaron, a lo sumo, al grado de sargento. Pero aun así, ejercían un gran impacto por la cantidad de alistados.

Alfonso Matos Ogando, el hijo favorito de don Fabián, era de la aviación. Sin ostentar rango, era el más influyente. Cultivaba una especialidad muy útil durante la época de Trujillo: las relaciones con los funcionarios.

Se hizo amigo de tenientes, capitanes, coroneles y generales. Se conocía los apellidos de numerosos jefes militares. Se relacionaba con ellos en encuentros sociales, y a través de esas relaciones se vinculaba con altos funcionarios civiles. Conoció a Balaguer, se hizo amigo de él y de otros funcionarios del entorno de Trujillo. Cuando salió de la aviación permaneció cultivando esas relaciones.

Ingresó a la Universidad de Santo Domingo para estudiar Derecho, carrera que nunca terminó. Siempre decía a mi padre que estaba terminando, pero nunca se supo qué grado alcanzó.

Vivía en el centro de la ciudad capital, en la calle El Conde. Trabajaba muy cerca de su residencia, en la oficina de Rentas Internas ubicada en El Conde con Isabel La Católica. Era un carguito insignificante, pero que le permitía extender sus redes de relaciones sociales y gubernamentales.

Sus artes eran vestir bien, beber, bailar, enamorarse; relacionarse con gente influyente, codearse con los sectores del poder. Pero más allá del placer y la vanidad que ese estatus le proporcionaba, no se aprovechaba de los vínculos para hacer fortuna. Tampoco le hacía daño a nadie; al contrario, desde el manejo de los círculos oficiales ayudaba a muchas personas.

Alfonso continuó cultivando la relación con Balaguer después del ajusticiamiento de Trujillo. Cuando en 1961 el último presidente de la tiranía fue forzado a expatriarse y se radicó en Puerto Rico, en esa hora de infortunio, él le reafirmó su amistad. Era de los pocos amigos que iban a visitarlo a la Isla del Encanto.

Años después, Balaguer le reconoció su lealtad. En su primer Gobierno después del exilio, en 1966, Alfonso fue nombrado administrador del hospital psiquiátrico, popularmente conocido como «El 28». Una modesta función que según se decía, fue gestionada por el mismo Alfonso, porque ahí se manejaba un alto presupuesto; pero tampoco ahí hizo fortuna.

Durante los años cincuenta, las relaciones de Alfonso Matos con los funcionarios trujillistas, civiles y militares fueron muy beneficiosas para don Fabián y toda la familia Matos. Por ejemplo, siendo soldado, mi hermano Plinio fue apresado mientras recibía entrenamiento en la academia militar porque se pronunció en contra del general que comandaba esa institución y, francamente, contra la dictadura de Trujillo. Gracias a la intervención de Alfonso, quien hizo las gestiones necesarias moviendo sus vínculos en la esfera del poder, Plinio fue liberado y pudo salvar la vida.

Alfonso servía de apoyo y referencia para cualquier asunto relacionado con ese ámbito, que un familiar o un amigo le solicitara. A través de esas relaciones se lograba también que los demás hermanos se alistaran con facilidad en el ejército; que hubiese algún tipo de consideración en las instancias oficiales en los trámites y las gestiones difíciles en ese hermético aparato estatal.

Entre los beneficios derivados de esas relaciones de Alfonso aconteció, entre otras ventajas importantes, un hecho singular, un privilegio especial: dos hijos de don Fabián de la rama de los Moquete, Rafael Matos Moquete y Plinio Matos Moquete, hermanos de padre y madre, hijos de doña Rita, al igual que yo, estuvieron entre los primeros becados para estudiar en el Instituto Politécnico Loyola, en San Cristóbal, poco después de su inauguración, en 1952.

Rafael Matos Moquete (Fellito) se graduó de perito agrónomo en 1959. Perteneció a la primera promoción de esa carrera. Los agrónomos de esa cohorte eran Juan Gómez Peña, Gilberto Bernard Minaya, Antonio Ruiz Grullón, César Sandino de Jesús, Germán Genao López y José del Carmen Rodríguez.

Los nombres de los egresados en 1959 eran conocidos, puesto que eran compañeros de estudio y de profesión de una, no solo reciente, sino insólita, ciencia en el país. Eran los primeros agrónomos cuando todavía se creía que estudiar agronomía era estudiar para agricultor. Eran personajes importantes, que de inmediato fueron nombrados por Trujillo en importantes cargos.

A sus 24 años Fellito fue nombrado director de la finca de café en Monteada Nueva, Polo, Barahona. Devengaba un sueldo de lujo, 300 pesos mensuales, tenía un todoterreno y un chofer a su servicio y ocupaba una mansión campestre que a la vez era una estación de meteorología.

En Tamayo la graduación de Fellito fue celebrada como un gran acontecimiento. Su nombramiento apuntaló el anclaje de los Matos en el Gobierno. Ahora no solo de don Fabián y Alfonso, sino también de Fellito, quien era el Matos que ocupaba la más alta posición en el Gobierno.

En esa época, las cosas marchaban muy bien en el entorno de los privilegiados de la dictadura a escala local. En Tamayo, los vínculos se fortalecieron aún más cuando una de las hijas de don Fabián, Estela, de la rama de los Moquete, casó con el joven Juan Esteban Olivero Féliz, quien era empleado del Partido Dominicano en Tamayo, en la época en que el presidente de la organización política de Trujillo en el lugar era don Renato Arias, quien también poseía vínculo familiar con los Matos.

Una hija de don Fabián, Eleodora Matos Ogando (Maisita), hermana de padre y madre de Alfonso, tuvo una relación amorosa con don Renato, y de esa relación nació un hijo, por tanto, nieto de don Fabián. Don Renato era el tronco de una importante familia tamayera, entre cuyos miembros se cuentan Hugo Arias Fabián (Fabián, aquí como apellido), expresidente de la Cámara de Cuentas; Renatico Arias Fabián, próspero comerciante, y Fernando Arias Fabián, cantante y compositor.

Sin embargo, para la misma época, un infausto acontecimiento hizo temblar las relaciones de los Matos con el gobierno

de Trujillo: la muerte de nuestro hermano Santos Matos Figuereo (Negrito).

Negrito, como la mayoría de los hijos de Fabián Matos, se había alistado en las Fuerzas Armadas, y alcanzó el rango de sargento A y C de la Fuerza Aérea Dominicana, organismo en el cual se desempeñaba como especialista en radio, una función muy importante, pues garantizaba la comunicación en las operaciones de la aviación militar del régimen.

Aparentemente, él estaba a gusto en ese trabajo, donde gozaba de prestigio por la exclusiva especialización que ostentaba y donde, de seguro, le esperaba un gran futuro. Pero la realidad era otra. No le gustaba la vida militar. Odiaba la disciplina. Y no se sabe qué otra cosa le disgustaba del hermético y riguroso mundo de los cuerpos armados de la dictadura.

Cuando se cumplió el tiempo del contrato, a partir del cual, en teoría, el miembro quedaba en libertad para permanecer o no en la institución, Negrito optó por retirarse. Así sucedió; y a finales de 1958 se liberó, según creía, de las obligaciones que lo ataban a su función, salvo, desde luego, las que conservaba en su condición de veterano de las Fuerzas Armadas.

En aquel tiempo regresó a Tamayo con la intención de llevar una vida normal y tranquila. Era un bohemio, le gustaba tocar guitarra, escuchar canciones y enamorarse. Así permanecía en el pueblo, en donde, en la comunidad La Cuaba, tenía una novia junto a la cual se mantenía la mayor parte del día.

En Cuba, en enero de 1959, Fidel Castro tomó el poder al derrocar al dictador amigo de Trujillo, Fulgencio Batista; una victoria contra el al ejército tras una guerra de guerrilla iniciada en la Sierra Maestra en 1956. Esa era una muy mala noticia para Trujillo.

Fidel había sido un opositor no solo al régimen de Batista, contra quien llevó a cabo el asalto al cuartel Moncada en 1953, sino también contra Trujillo, cuando años antes, muy joven aún, se había involucrado con los dominicanos exiliados en Cuba,

entre ellos Juan Bosch, en el intento de desembarco en Cayo Confites para derrocar al tirano dominicano.

Desde su retiro de la aviación como radiotelegrafista, los acontecimientos habían cambiado en el país y en el Caribe en esa magnitud, pero Negrito no lo sabía. Sus planes eran, quizás, casarse con su novia de La Cuaba y, quién sabe, volver a la vida de cultivador de plátanos que ya había llevado en su juventud en la finca de su padre Fabián Matos.

Pero el régimen de Trujillo tenía otro plan: reincorporarlo a las Fuerzas Armadas. Y así ocurrió. Luego de varias peticiones hechas a él por comisiones militares que lo visitaban o por misivas a través del Partido Dominicano, un triste y terrible día para la suerte del hermano, una comitiva de oficiales de la aviación se apareció en Tamayo, lo conminó y se lo llevó.

El argumento era que lo necesitaban solo por un tiempo, para prestar algunos servicios. Su especialización era muy útil a la aviación en momentos en que las costas dominicanas eran celosamente vigiladas por temor al Gobierno cubano.

A los pocos meses, otra comitiva de oficiales llegó a Tamayo, pero esta vez formando un cortejo fúnebre con el féretro de Negrito. Se lo llevaron vivo y desbordante de salud, alegría y ganas de vivir; lo retornaron sin vida, vuelto un cadáver.

Lo trajeron encerrado en un ataúd que a los padres no les permitieron abrir: era irreconocible, estaba carbonizado. Luego de una breve ceremonia en la casa paterna, la misma comitiva lo enterró en el cementerio municipal, le rindió los honores de estilo y se marchó, pero dejó la tumba bajo custodia militar.

Los padres, los familiares y toda la población quedaron consternados. No pudieron llorar a Negrito, derramar sus lágrimas ante sus despojos mortales, dar el último adiós al hijo y cristiana sepultura como Dios manda. Lo vieron partir sin saber a ciencia cierta a quién o qué enterraron.

La versión oficial fue que hubo un accidente aéreo mientras patrullaban las costas, el avión se encendió y toda la tripulación

murió carbonizada. Nadie creyó eso en Tamayo, menos los padres, quienes insistían en que les mostraran los restos de su hijo. Pero fue en vano. No accedieron. Ahí se cerró el caso de Negrito. Nadie habló más, hasta hoy.

Vivíamos en un entramado político muy difícil al que pertenecían las familias más importantes de Tamayo. La prosperidad y las desgracias propiciadas por el régimen se consumían igualmente en ese medio social.

Era un medio tan difícil e ingrato que la vida corría peligro en cada instante y nadie podía protestar ni buscar amparo, ni siquiera entre los familiares. A ese entramado pertenecía mi padre, que tuvo que quedarse callado ante la muerte «accidental» o ante el relato más creíble: el asesinato de su hijo.

Pero también pertenecía a ese entramado Prebistilio Reyes, cuyo hijo, Juan Francisco Reyes (Negro), primer tamayero que se había graduado de Derecho en la Universidad de Santo Domingo, se vio impedido de ejercer la profesión de abogado porque Trujillo no le otorgó el exequátur correspondiente.

En la universidad, el estudiante de término había sido delatado por un miembro de la Guardia Universitaria, cuerpo de espías del régimen entre los estudiantes, quien, al parecer, había escuchado y observado en Negro Reyes manifestaciones antitrujillistas. Negro logró graduarse, pero al poco tiempo fue hecho prisionero.

Luego de liberado, fue vigilado permanentemente en su hogar de Tamayo, donde se retiró y se dedicó, al no poder ejercer su profesión, a los negocios de su padre. Prebistilio Reyes no pudo hacer nada por su hijo, ni siquiera al ser uno de los fundadores de Tamayo y un notable servidor del régimen.

Tampoco se habló más de ese caso, que los jóvenes de Tamayo conocíamos porque en silencio y atemorizados veíamos los carritos del Servicio Militar de Inteligencia, SIM, que de tanto en tanto llegaban al pueblo, rondaban la casa de Negro, daban vueltas alrededor del parque y se marchaban.

Tampoco se sabía mucho de la muerte de los primos hermanos, los sargentos Rafael y Amable Reyes, de la misma familia Reyes de Prebistilio y Negro. Participaron en el llamado complot de los sargentos para derrocar a Trujillo. Fueron asesinados vilmente, pero aún se averiguan las terribles circunstancias. Sus cadáveres no aparecieron jamás.

Pero también, de ese entramado del régimen de Trujillo llegaban los beneficios y la prosperidad, como ya hemos visto en el caso de mis dos hermanos, quienes fueron seleccionados para estudiar en el Instituto Politécnico Loyola. De ese entramado procedieron los primeros profesionales de Tamayo y los tamayeros más relevantes de la época.

Era un grupo de amigos y parientes de tamayeros ausentes que se instauró en Santo Domingo entre 1950 y 1960 y que funcionaba como un clan. Estaba integrado por Juan Francisco Reyes (Negro), Alfonso Matos, Pablo Féliz, Rodolfo Mesa Beltré, Rubén Mesa Beltré, Manuel Enrique Alcántara, Hugo Arias Fabián y Juan Esteban Olivero Féliz.

Era un grupo que llegó a ser muy influyente, primero entre los tamayeros, luego a escala nacional. A excepción de Juan Francisco Reyes (Negro), de cuya suerte hemos hablado y de Alfonso Matos, quien no se graduó nunca, en su mayoría estaba formado por abogados establecidos con importantes oficinas. El Dr. Manuel Enrique Alcántara, sobrino del general José María Alcántara, famoso en el gobierno de Trujillo, era médico y propietario de una importante clínica en la avenida Venezuela de Santo Domingo Este.

Ese grupo de tamayeros, en el cual había también comerciantes y empresarios, como Renatico Arias y Negro Reyes, significaba mucho para los jóvenes de mi generación: ellos eran el espejo en el que nos mirábamos y la meta más alta a la que aspirábamos.

En particular yo, que tenía claras aspiraciones de estudiar en la universidad, estaba atento a la vida de esos personajes. No solo eran mis mayores en edad, sino también en deseos y ambiciones de progreso.

Ellos pudieron sobreponerse al crisol del medio natural y social, por lo general, adverso; estudiar atravesando las cribas que se les impusieron; y ascender hacia los más altos escalones de realización en la época: lograr un título universitario y ser un profesional exitoso.

Por eso, ellos eran nombres sonoros que nos atraían como los modelos a seguir. Me interesaban las noticias sobre ellos. Cuando regresaban de visita a Tamayo, los seguía de cerca contemplándolos como si fueran frutos raros, exóticos, cultivados en otros lares, cuando en realidad eran hijos propios, nacidos de sepas locales.

Me provocaban esa sensación personajes como Rodolfo Mesa Beltré, de una generación muy anterior a la mía. Aunque políticamente con perfil bajo, era el más influyente de todos: consultor jurídico del Ayuntamiento del Distrito Nacional, secretario general de la Liga Municipal Dominicana, asesor legal de la Superintendencia de Seguros, miembro del Consejo Nacional de Fronteras (Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores), asesor edilicio del Poder Ejecutivo.

Hugo Arias era el segundo de mayor influencia. Además del ejercicio privado del derecho ocupó importantes cargos. Fue consultor jurídico de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y presidente de la Cámara de Cuentas de la República Dominicana.

Fue antitrujillista y luego se vinculó políticamente al PRD y al 14 de junio, tuvo una orientación moderada hacia la izquierda, como se destaca en este testimonio firmado por el dirigente político Fulgencio Espinal:

«Hugo Arias Fabián, nacido en Tamayo, provincia de Barahona (1931) y Manolo Tavárez Justo, de Montecristi, de igual edad, establecieron "gran empatía" mientras cursaban estudios de Derecho en la Universidad de Santo Domingo (USD), balbuceando "ideas subversivas" contra el reinado de orden impuesto por el presidente Trujillo, "Manolo trazó el camino" vertebrando una organización clandestina de "Liberación Nacional".

»El doctor Arias Fabián y su cuñado Rubén Darío Mesa Beltré asumieron los riesgos al organizar una célula conspirativa importante en la que enrolaron a miembros de la Aviación Militar Dominicana como los sargentos Amable y Rafael Reyes y Juan Tomás García Mota, asesinados en las ergástulas del tenebroso Servicio de Inteligencia Militar (SIM); sin lugar a duda, mártires de la libertad injustamente ignorados.

»Arias tuvo mejor suerte porque, al ser detenido su cuñado Rubén Darío, resistió tormentos en los interrogativos del sicariato, a picana carnal y choques eléctricos que trataron de sacarle la declaración que lo involucrara en el complot develado.

»El cuñado resistió estoicamente para la tranquilidad de su hermana Elsa, negando enfáticamente repetía: "Hugo no está". Condenado a 10 años de prisión, el ajusticiamiento del 30 de mayo de 1961 le devolvió la libertad y la ilusión por los fueros del catorcismo inmaculado, que defendiera con las armas en las manos su hermano, el guerrillero constitucionalista Arturo Mesa, dimensionando el compromiso de la familia con la causa de la libertad».

(Fulgencio Espinal, El Nacional, 27 de diciembre 2014)

Juan Esteban Olivero Féliz fue, en términos políticos, el tamayero más influyente. No siguió la misma trayectoria de la generalidad del clan de los tamayeros ausentes, quienes se dedicaban al ejercicio privado y con discreción participaban en política. Olivero Féliz optó por la militancia política, aunque también tenía una importante oficina de abogados.

Ocupó importantes cargos en los gobiernos del Partido Reformista. En 1966 fue electo diputado, función que desempeñó en cuatro ocasiones; también fue fiscal del Distrito Nacional, superintendente de Seguros y delegado político de ese partido ante la Junta Central Electoral. En esa última función, según sus propias palabras, fue determinante en los triunfos electorales que ese organismo le adjudicaba al Dr. Balaguer.

Los Matos, y en particular los Matos Moquete, mantuvieron buenas relaciones con Olivero Féliz desde su matrimonio con la hermana Estela. Esa relación familiar contribuyó a afianzar los vínculos con Trujillo, y luego con Balaguer y el Partido Reformista, hasta el punto de que el local de ese partido en Tamayo era una casa cedida por Fabián Matos.

Hay un personaje de mi pueblo y hermano mío, Plinio, perteneciente a la generación siguiente al grupo de importantes tamayeros que acabo de mencionar, cuya influencia a escala nacional es indiscutible, pero desde la acera política opuesta a la de nuestro padre y Olivero Féliz.

Muchos ignoran si Plinio fue asesinado en aquellos terribles 12 años de Balaguer o si sobrevivió; si luego murió o si aún vive. Felizmente, Plinio, nacido en Tamayo en 1941, está vivo.

El 7 de noviembre de 2022 celebró su 81 aniversario. Y como siempre, permanece atento y alerta a la suerte de la patria y del pueblo dominicano, aunque lleva una vida privada, alejada de la política partidista.

Su biografía alcanza para llenar varios volúmenes. De momento, basta apuntar como dato inicial que el más connotado revolucionario de Tamayo surgió en el seno de una de las familias más conservadoras de la región, cuyo enorme tronco fue el memorable munícipe don Fabián Matos de la Paz, nuestro padre.

No son pocos los que hablan de Plinio con admiración y desde el recuerdo. Diariamente se cruzan en mi camino y me interpelan: «Manuel, ¡qué hombre fue ese! Ya no hay hombres así». Son muchos los que lo acompañaron.

Los testimonios se multiplican: «Lo conocí y lo ayudé a escapar atravesando el río Nizaíto... Lo escondí por unos días en mi casa, aunque me estaba cagando de miedo... Le presté ropa para que se disfrazara, le di de comer y beber y le ayudé a trasladarse en mi vieja camioneta Ford, cuando de repente un amigo se apareció con él, armado hasta los dientes, en mi finca de Baní...».

Otros, movidos por la natural curiosidad, inquieren siempre; pero otros comentan socarronamente, quizá haciéndose eco de la comidilla años atrás difundida por el enemigo: «¡Ah! ¿Cómo está de salud? ¿Está bien de la cabeza, luego de tantos golpes y desasosiego en su vida? ¿Qué habrá sido de él?...». Ese es Plinio, un hombre que ha vivido en la tormenta de la lucha y las contradicciones. Y es al mismo tiempo realidad y leyenda.

Las mejores prendas morales de Plinio: hombre de principios, honestidad, humildad, desinterés, humanidad. Sus armas: valor, audacia, instinto, carisma, empatía con la gente. Y es igual ahora, a sus 81 años. En los años de persecución recelaba el peligro al instante en los lugares por donde se movía. Sabía pasar desapercibido y se escabullía entre la gente. Tal vez ese héroe de la izquierda revolucionaria de los años setenta era aquel humilde viandante que llevaba gorra, tenis y jean; o el señor aquel que, al igual que el común de la gente, se estaba tomando un trago en el colmado de la esquina. Usted se encontraba con él en la calle y no se enteraba.

Así se defendió, circulando en la población como el pez en su agua; así permaneció clandestino desafiando la persecución de la guardia y la policía desde 1967 al 1.º de noviembre de 1973, cuando fue apresado. Solo la traición pudo vencerlo.

Conocí a una señora que cuando me le presenté, Manuel Matos Moquete, me preguntó, ¿Hermano de Plinio? Sí, hermano.

¿Y por qué conoce a Plinio? Me respondió: «Plinio está en la Historia. Pertenece a una juventud que lo dio todo en aquellos años gloriosos de lucha contra las tiranías imperantes».

Cuando me despedí de la señora, me quedé pensando en su aseveración. Es cierto, está en la historia, pero él no es un caso raro. Son muchos los dominicanos que pertenecen a esa estirpe.

Grandes mártires y héroes nos dejaron. Debemos rendirles homenaje y guardarlos en la memoria. Ahora más que nunca necesitamos ejemplos heroicos, igual o más que alimentos para la subsistencia.

También tenemos grandes luchadores que aún viven. Unos se reciclaron en el nuevo escenario público; otros se retiraron al hogar y al trabajo privado, una vez superadas las circunstancias que motivaron sus impactantes actuaciones.

Todos merecen respeto y cariño y ser reconocidos como valores de la patria; sobre todo si no buscaron explotar los créditos que podrían derivarse de sus actos, ni traficar con sus ideales.

Plinio pertenece a estos últimos. Nunca ha aceptado ni solicitado redituar beneficios de algún tipo por sus luchas y sacrificios.

La afirmación de esa señora es la mejor justificación para incluir a Plinio entre los héroes de nuestra patria. El cabildo y la comunidad de Tamayo han sabido reconocer en vida la condición de héroe de ese gran tamayero.

El 30 de marzo de 2019 Plinio fue declarado Hijo Distinguido de Tamayo por resolución de la Sala Capitular del Ayuntamiento, cuyos considerandos presentan los argumentos para esa distinción:

«Considerando: Que en la sesión ordinaria del viernes primero (01) de marzo del año dos mil diecinueve (2019), el Concejo de Regidores aprobó la propuesta del acalde municipal Dr. Huraldo Mesa Velázquez, quien solicitó la declaración de Hijo Distinguido del Municipio de Tamayo al Dr. Plinio Leonardo Matos Moquete por su lucha contra gobiernos totalitarios y dictadores y su aporte a la democracia dominicana, poniendo en alto el nombre del Municipio de Tamayo, se le reconoce el sábado treinta (30) de marzo de 2019 en acto organizado por el alcalde municipal y el Concejo de Regidores.

EL CRISOL Y LA CRIBA. RELATOS DE APRENDIZAJE

Considerando: Que el Municipio de Tamayo está más que regocijado por sus aportes a la democracia dominicana le damos buenas nuevas al Dr. Plinio Leonardo Matos Moquete».

Y luego, la Resolución declara:

«...en uso de sus facultades legales, el Concejo Municipal de este Honorable Ayuntamiento.

RESUELVE

Primero: Declarar como en efecto declara al Dr. Plinio Leonardo Matos Moquete como Hijo Distinguido del Municipio de Tamayo.

Segundo: Hacer entrega de un PERGAMINO contentivo de la presente resolución en un acto preparado al efecto. Ese reconocimiento se otorga el sábado treinta (30) del mes de Marzo del año 2019, a las nueve de la mañana (9:00 AM)

Dada por el Concejo de Regidores y el Alcalde de este Honorable Ayuntamiento del Municipio de Tamayo Prov. Bahoruco, Rep. Dom., en la sesión ordinaria de fecha miércoles Seis (06) de Marzo del Dos Mil Diecinueve (2019), año 175 de la Independencia Nacional, año 155 de la Restauración y 76 de la vida Municipal.

Lda. Fredesvinda/Ferrera Medina

Pta. del Concejo Municipal

Dr. Huraldo Mesa Velásquez

Alcalde municipal

Sr. Miguel Novas Polanco Secretario del Concejo

Los controles y los maestros

En el contexto sociopolítico reseñado, la escuela era un espacio sometido a los mismos constreñimientos que la familia, las relaciones personales y toda la sociedad. Se asistía a ella, ciertamente por vocación, pero no había elección y libre albedrío. Era una imposición. En la época de Trujillo, la escuela primaria era una obligación que ni los alumnos ni los padres de los alumnos podían eludir.

En 1934 se estableció un conjunto de dispositivos orientados a garantizar la asistencia obligatoria a los planteles escolares de todos los niños en edad escolar. De ahí la política de obligar a los niños a inscribirse y asistir a la escuela primaria y compeler a los padres y tutores a velar por la escolarización de sus hijos.

Una disposición de ese año, firmada por Ramón Emilio Jiménez, superintendente general de Enseñanza, prescribía el porte del carné escolar:

«Es obligatorio que cada estudiante porte su cédula y para el efecto los maestros deben exigir su presentación diariamente, antes de comenzar las clases».

Para velar por el cumplimiento de esa disposición, también se creó la policía escolar bajo la autoridad del Ejército y de la Policía Municipal, cuya misión era velar: «porque ningún menor sometido a la obligación escolar se sustraiga a los deberes que la ley impone».

Fue creada «con el objeto de evitar que los alumnos dejen de asistir a la escuela en horas de labor, entretenidos en los lugares públicos».

Los alumnos eran castigados por inasistencia. La cédula escolar debía ser portada y presentada a requerimiento de la autoridad, a fin de que no hubiese niños que no estuvieran inscritos y que no asistieran a la escuela.

Los padres eran multados, la escuela y los profesores eran supervisados por un temible cuerpo de inspectores, y toda la comunidad vigilaba el cumplimiento de ese deber, ya extendido y asimilado en todo el país.

Junto a esas acciones se tomaron otras medidas orientadas a fortalecer la escolarización, como la de que los alumnos vistieran un uniforme escolar con características establecidas para las hembras y los varones; o la puesta en funcionamiento de la Sociedad de Amigos de la Escuela en cada plantel, institución creada en 1931 por Max Henríquez Ureña, entonces superintendente general de Enseñanza.

Eran medidas de carácter administrativo que se proponían controlar la gestión de los procesos educativos, desde la inscripción y la asistencia a los planteles escolares hasta el cumplimiento de los horarios y los planes de estudios.

La evaluación era una criba mayor en ese sistema estrictamente reglamentado y supervisado. El sistema de pruebas y exámenes era riguroso; como, por ejemplo, la prueba de calidad y la prueba de rapidez de la escritura, las cuales consistían en leer, memorizar y luego reproducir por escrito un trozo de prosa o verso.

Se impartían al final de la enseñanza primaria: en 6.º grado y al final de la intermedia, en 8.º grado.

Para evaluar la calidad de la escritura se utilizaban muestras o modelos con valor a escala nacional, los trabajos de los alumnos de las escuelas se cotejaban con la calidad de esas muestras y, con base en un puntaje del 1 al 10, iban evaluándose. Se promovía con 70 puntos.

En cuanto a la fluidez de la escritura, esta se apreciaba a partir de una escala numérica que medía la rapidez desde del tercer curso de primaria, como sigue: tercer curso, 6 palabras por minuto; quinto curso, 8 palabras por minuto; primer curso de educación intermedia, 12 palabras por minuto; segundo curso educación intermedia, 14 palabras por minuto. Esas cantidades eran las normas o mínimos que un alumno debía escribir para ser promovido con una calificación de 70 puntos.

A esas pruebas había que agregar el dictado, práctica fundamental entonces en la clase de Lengua Española. El dictado formaba parte de la rutina escolar. Por igual, la lectura en voz alta de fragmentos literarios selectos. Ambas actividades eran pilares de la evaluación continua y los exámenes finales de los grados.

Los exámenes en la Educación Secundaria eran también muy rigurosos. Para graduarse de bachiller había que someterse a un examen final general preparado por la Secretaría de Estado de Educación, luego de aprobarse las pruebas regulares de cuarto curso. Ese examen consistía en tres tipos de ejercicios:

- 1. Una prueba de composición o redacción sobre un tema sacado a la suerte, en la que el estudiante debía demostrar capacidad para la expresión escrita. Se evaluaba la corrección gramatical, la habilidad ortográfica y la exposición lógica de las ideas.
- 2. Una prueba de interpretación y comentario de un fragmento literario, en la que se apreciaba la expresión oral, la comprensión de las ideas centrales y la rapidez y originalidad en la exposición de un juicio sobre el texto leído.
- 3. Una prueba de exposición oral sobre dos temas sacados a la suerte de un temario de 100 cuestiones básicas, seleccionadas de las clases desarrolladas en las asignaturas correspondientes al plan de estudios de los cuatro años de secundaria.

Mi escolaridad transcurrió acorde con los aires un tanto marciales que circulaban con base en las normas vigentes, estrictamente cumplidas. Si algún logro ha de atribuirse a la educación en tiempos de la dictadura de Trujillo es precisamente ese: la gestión sin falla ni excusa.

Con solo pensar en el hecho de que mi madre dio a luz a 11 hijos y además tuvo dos abortos, y que solo nos criamos seis, tengo que decir que soy un privilegiado; un sobreviviente del medio social y natural de mi región. En el país de entonces la salud, la educación, la alimentación, la electrificación y otros importantes servicios eran muy precarios.

Eran muy bajas la escolaridad y la alfabetización. En esos años se dispuso la escolarización obligatoria, pero no había escuelas ni liceos suficientes. No obstante, los seis hermanos de padre y madre que sobrevivimos pudimos estudiar, fuimos a la universidad y nos hicimos profesionales.

Además del alto grado de obligatoriedad, otro elemento que caracterizaba la educación de esa época era el nivel de estabilidad y continuidad. No había ruptura en el sistema educativo, claro está, porque durante 30 años permaneció el mismo Gobierno.

Era una educación muy programada y estable. No se hablaba de currículo sino de programa. La enseñanza se regía por un programa general de los niveles y los ciclos y un programa para cada área o materia, los cuales permanecían vigentes durante varios años, sin fecha de caducidad preestablecida o provocada por el estado de las ciencias o por situaciones políticas que afectaran la educación dominicana.

Los alumnos de varias generaciones podían decir que aprendieron con el mismo programa, con el mismo texto, con la misma metodología y el mismo profesor y que, por ejemplo, estudiaron con la gramática de Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso, con el álgebra de Baldor, con la historia dominicana de Bernardo Pichardo, con la historia de América de Luis Ulloa o con la física de Mingarro.

Eso tenía el inconveniente de que el currículo no se renovaba acorde con el progreso de las ciencias. Sin embargo, esa falta era subsanada por el énfasis puesto en los maestros. Ellos eran el verdadero programa de clase; ellos eran la escuela; en ellos descansaba la educación del país.

¿Cómo eran esos maestros? Eran seres extraordinarios que no solo impartían clases, sino que eran como nuestros segundos padres. Nos amaban, nos cuidaban, nos castigaban, nos corregían; en fin, nos educaban.

Eran educadores de vocación que se entregaban en cuerpo y alma a su labor. Eran los mejores en sus respectivas materias, condición que le reconocía toda la comunidad. Ser maestro no era una función para profesionales de categorías inferiores.

Eran los mejores. Eran maestros de primaria o de secundaria los mejores intelectuales, escritores, médicos, ingenieros, químicos, físicos, etc. Por ejemplo, en Tamayo, ¿quién no sabe que el maestro Corán era el que sabía más matemática en toda la comarca?

Sin embargo, es preciso aclarar que ese alto nivel de cualificación no se debía solo a la política educativa orientada a la valoración de los educadores. El reducido universo de las escuelas y la población estudiantil contribuía a una educación más selectiva, con alumnos y educadores más preparados y dedicados a su labor.

Estaba también el hecho de que, en esa sociedad, la enseñanza era la actividad que ofrecía más oportunidades a los profesionales mejor cualificados. Era escaso el desempeño en otras áreas productivas o de servicio, y tenían que dedicarse, casi en exclusiva, a la docencia, por lo general, en la secundaria.

Entonces, la docencia universitaria era también muy limitada. Hoy la situación es distinta; ningún ingeniero, médico o abogado de cierto valor buscará un empleo como profesor en un liceo.

Había maestros empíricos, sobre todo en la secundaria; profesionales de calidad de diferentes áreas que por habilitación podían enseñar, luego de recibir algunos cursillos. Pero un buen número de los maestros era titulado en la Escuela Normal fundada por Hostos.

A mediados del siglo XX había recintos de ese tipo en Santo Domingo, Santiago, La Vega, Puerto Plata y Azua. Otros centros se fundaron o adquirieron esa categoría posteriormente, como los de San Pedro de Macorís, San Juan de La Maguana y San Cristóbal.

Había dos tipos de maestros normalistas: maestro normal de primaria y maestro normal de secundaria.

Se accedía a la primera titulación luego de cursar los dos primeros cursos del bachillerato más un tercer curso cuyas asignaturas, especializadas en educación, eran: Lengua española, Higiene escolar y puericultura, Historia y geografía patrias, Psicología educativa, Pedagogía e historia de la educación, Metodología general y especial, Organización de escuelas y legislación escolar, Dibujo, canto y música, Práctica escolar.

La formación del maestro normal secundario era similar a la del maestro normal primario, con la diferencia de que era preciso obtener el cuarto curso conocido como magisterio normal secundario, cuyo plan de estudios era: Lengua española, Psicología educativa, Ciencias de la educación, Historia de la pedagogía, Metodología general y especial, Legislación escolar dominicana, Higiene escolar, Práctica pedagógica.

Los educadores, en su mayoría me educaron maestras, tenían la formación de maestros normalistas. La mayor parte precedía de Neiba, de donde se trasladaban cada semana a Tamayo y se alojaban en casas de amigos o colegas.

En mi época de estudiante son inolvidables algunas maestras de la Escuela Primaria Apolinar Perdomo. Procedente de Neiba, Emelinda Herasme Peña; y de Tamayo, Agripina Cordero de Brito.

Los maestros eran fundamentales. Enseñaban con el ejemplo vivo de su vida y su vocación, como Arcadio Encarnación, quien es el modelo que siempre he tenido en la búsqueda del conocimiento y la capacidad de razonamiento.

En Barahona, donde inicié los estudios secundarios, en el primero del bachillerato, ese profesor era el crisol y la criba que a todos los alumnos provocaba dolor de cabeza por lo difícil de su clase, en la que tanto aprendíamos. Era el reto mayor del liceo que cada día teníamos que superar.

Era impensable que la clase de Historia de América, basada en el texto de Luis Ulloa, *Manual de Historia de la América Española*, con frecuencia considerada como fácil por los estudiantes, se convirtiera en la más difícil de ese grado. Por la manera como Arcadio la impartía, esa asignatura era la más temida por todos; más importante y retadora, incluso que la clase de Álgebra basada en la terrorífica Álgebra de Baldor.

Así instruía a los alumnos: estudien la batalla de Ayacucho. Redacten un comentario. Hagan un croquis, busquen las palabras desconocidas en el diccionario, piensen en los personajes y los acontecimientos, pero no reciten de memoria: razonen, expliquen con palabras propias. Y prepárense para exponer todo eso en la próxima clase y para responder a mis preguntas.

Y así nos enseñaba historia, geografía, lengua, y razonamiento. Eso se debía a la orientación hostosiana aplicada por el profesor, mediante la cual nos guiaba hacia un aprendizaje racional y reflexivo.

Ese profesor fue mi primer encuentro consciente con la explicación de texto vinculada al razonamiento. Arcadio era hostosiano. Se había formado en una Escuela Normal que todavía conservaba el espíritu del maestro puertorriqueño.

Pero el profesor de Historia de América fue también el referente de mi primer encuentro frontal y violento con la política, a mis 16 años.

Manolo Tavárez Justo había organizado un movimiento a escala nacional, orientado a derrocar la dictadura de Trujillo. En enero de 1960 fue develado y la tiranía inició la cacería de sus integrantes.

En Barahona, en esas circunstancias yo asistía al liceo, como era habitual, antes de las ocho de la mañana, a mi clase de Historia de América impartida por el profesor Arcadio Encarnación.

Pero esa vez me encontré con la terrible sorpresa: «¡Se llevaron al profesor!», me anunciaron los compañeros. Desde entonces me acecha el torvo asombro.

Arcadio formaba parte del movimiento conspirativo contra la tiranía. Se lo llevó la policía política del régimen de Trujillo, el tenebroso Servicio de Inteligencia Militar, SIM.

Con su participación en el complot develado, como se conoce ese episodio en la historia dominicana, Arcadio enseñó que cuando el maestro es genuino, en todo aplica su magisterio. No hay diferencia entre las lecciones académicas y los ejemplos de vida que prodiga.

Esa imagen del profesor-texto, lectura, ciencia y conciencia se me grabó para siempre. Desde entonces, quizás, tengo un lado social y político; no olvido que provengo de la lucha social y revolucionaria de la izquierda de los años sesenta, y ese bagaje me acompaña siempre en todas mis actividades.

Es interesante el perfil de Arcadio Encarnación trazado por el periodista y escritor Bonaparte Gautreaux Piñeyro, quien fue su alumno cuando cursaba el bachillerato en Barahona:

«Arcadio Encarnación Palmer o Cáceres era un modelo de hombre elegante y bien vestido pese a su escaso tamaño y la dureza de su rostro que se dulcificaba con una sonrisa brillante, cariñosa, comprensiva.

»Fue uno de mis maestros inolvidables. Profesor de Historia, era un líder importante en la escuela normal (ahora secundaria) presidente Trujillo de Barahona.

»Con sus gestos grandilocuentes y su voz engolada, enseñaba lo que no aparecía en el libro de texto, pero que era fruto de sus estudios.

»Aprendí más filosofía de la historia con Arcadio que en los libros a los que me ha llevado la curiosidad intelectual.

»Su forma de impartir la cátedra de Historia la hizo comprensible, inteligible, digerible, interesante. Era un maestro de la mímica, dominaba el escenario con su voz, con sus gestos, con la profundidad de sus conocimientos, con la grandilocuencia con la que explicaba».

(Periódico Hoy, 7 de septiembre de 2005).

Siempre quise estudiar, no para tener un trabajo y vivir bien, sino para apropiarme de conocimientos profundos. Mi ilusión era ir a la universidad y ser un gran médico, químico o físico. Me gustaban las ciencias, el razonamiento, las teorías. Aspiraba a ser un científico.

En esa vocación, que aún conservo, siempre me ha servido de modelo el profesor Arcadio Encarnación. Fue la imagen más cercana que a los 16 años había tenido de un hombre de ciencias.

TERCERA PARTE

La Educación Secundaria aquí y allá

Ambiente de agitación intelectual y política

El ajusticiamiento de Trujillo, el 30 de mayo de 1961, me apartó por un tiempo del ámbito escolar. La agenda del país cambió radicalmente hacia la lucha política por lograr la libertad y un régimen democrático; y todos los dominicanos fuimos arrastrados, en un bando o en otro, hacia ese horizonte.

Dentro de esa ola, se cerraron por un tiempo las escuelas; los estudiantes nos vimos impedidos de continuar los estudios. En Barahona yo cursaba el Segundo Curso de la Educación Secundaria y no pudimos completar el año de manera regular. Se interrumpieron las clases faltando algunas semanas para los exámenes finales.

Terminamos ese año escolar meses después, hacia septiembre. Se convocaron los exámenes y no estábamos preparados; carecíamos de orientación, no se dieron los repasos, no había libros, nuestras mentes no estaban en eso.

Hasta que nos presentamos a los exámenes y los aprobamos. Antes, me había reunido con varios estudiantes para repasar. Estaba flojo en la asignatura Física General, pero pude prepararla gracias a un amigo estudiante de apellido Castillo, del que siempre estaré agradecido; como él ya había estudiado esa materia. Me prestó su libro, que le devolví el mismo día del examen.

Cursar los dos grados restantes del bachillerato, el tercero y el cuarto, fue para mí una azarosa proeza en las circunstancias de conmoción permanente en la que había entrado el país. Mi vida fue expuesta también a cambios bruscos y a constantes vaivenes. Me mudé de Barahona a Santo Domingo en diciembre de 1961, pero no permanecía en ese lugar. Iba y venía.

Viví sin sitio fijo en varios lugares del país: Monteada Nueva en Polo, Enriquillo, La Isabela en Puerto Plata, Sabana Grande de Boyá, San Juan de la Maguana.

Seguía los pasos del hermano mayor, Fellito, agrónomo de la primera promoción del Instituto Politécnico Loyola de San Cristóbal. Yo era el menor de los hermanos varones y él era mi tutor. Me cuidaba y me ponía a trabajar junto con otros obreros que estaban bajo su dependencia.

Había, entonces, dos tipos de estudiantes: oficiales y libres. En esta última modalidad, el estudiante era exonerado de la asistencia a las clases bajo determinadas condiciones. Se analizaba su expediente para comprobar que merecía ser admitido en esa situación por su historial académico, así como por circunstancias concretas de su vida. Mi caso era que yo trabajaba como ayudante de mi hermano en algunas de sus actividades profesionales.

En el año escolar 1961-1962 me inscribí como estudiante libre para cursar el tercero del bachillerato en el liceo público de San Juan de la Maguana, donde vivía con mi hermano. Ahí aprobé ese grado, luego de cumplir los requisitos de presentarme a exámenes parciales y al examen final.

En mi adolescencia, en esos meses de efervescencia política, me recuerdo fuera de los planteles escolares. Me veo junto a ese hermano en esos diferentes lugares: trabajando, leyendo siempre, pegado a un libro, estudiando por mi cuenta. Siempre he leído, dondequiera y lo que fuere.

En el período escolar 1962-1963 había retornado a la capital y estaba bajo el cuidado de Plinio, otro hermano mayor. En la época era así: los menores estaban bajo la responsabilidad de los mayores; unos y otros conocían ese modelo de comportamiento y cada uno asumía su rol. El menor obedecía, se dejaba orientar;

el mayor orientaba y mandaba. Era la representación del padre y de la madre ausentes, a quienes había que rendirles cuenta.

Yo trabajaba vendiendo servicios funerarios en la funeraria La Altagracia, situada en la calle Bolívar, entonces la más importante de la capital. También participaba de manera activa en actividades políticas y sociales, procurando tratar, como la mayoría de los dominicanos, de definir la situación de desconcierto en que estaba el país luego del ajusticiamiento del tirano Trujillo.

A poco de mi mudanza a la capital en 1961, a los 17 años, fui cautivado por los deslumbrantes faros de sabiduría de una época: Juan Bosch, Juan Isidro Jimenes Grullón, Corpito Pérez Cabral, Dato Pagán Perdomo, Hugo Tolentino Dipp, Franklin Franco, Francisco Henríquez Vásquez (Chito), Emilio Cordero Michel, Pedro Mir, Manolo Tavárez Justo, los hermanos Juan y Félix Servio Ducoudray y Máximo López Molina.

Era el inicio de mi andadura por la vida cuando inesperadamente descubrí los preciados tesoros. Doy testimonio de que fui agraciado con los mejores regalos a los que puede aspirar una juventud ansiosa de saber y de orientación.

Esos personajes, y otros que omito de la misma estirpe, retornaron a la escena pública desde el exilio o la prisión después del ajusticiamiento del dictador. Son grandes intelectuales dominicanos, poseedores de una cultura impresionante acumulada durante lustros de lucha antitrujillista.

En el tenso ambiente de agitación intelectual y política del momento tuve la enorme dicha, como muchos jóvenes de entonces ávidos de fuegos libertarios y cultura, de conocer a esos intelectuales y luchadores de la patria y de escuchar sus charlas, conversatorios y recitales en el Centro Social Obrero, en la universidad, en la Puerta del Conde; dondequiera que brotaran sus oportunos mensajes.

Esos hombres fueron libros vivientes en mi formación y en mis motivaciones. A ellos rindo homenaje y expreso mi eterna gratitud. Solo algunas muestras bastan para aquilatar sus excepcionales talentos de pensadores y escritores.

Bosch es dueño de la mejor prosa política de los años inaugurales y románticos de nuestra democracia. En la alocución del 20 de octubre de 1961, «Hay que matar el miedo», nos llama a romper el cerco del terror en el que se cimentó el régimen de Trujillo; y que, alternándose con el clientelismo, fatalmente ha venido sirviendo de ariete a los gobiernos dominicanos, desde entonces a esta época. Por eso no hay que olvidar este llamado de Bosch.

«Sobre tantas tumbas desconocidas, sobre tantos cuerpos torturados, sobre tantos sufrimientos callados, en los bohíos, en las casas y en los edificios; sobre tanto exilio atormentado, sobre tanto insulto permanente, ¿qué podía esperarse, sino que el pueblo reaccionara como lo está haciendo ahora?

»No hay corazón infatigable para sufrir, no hay pueblo infatigable para padecer agresiones; llega una hora en que no se puede sufrir más y en que no se puede humillar más. Estamos a tiempo todavía, y lo digo para el pueblo dominicano, y lo digo para los gobernantes dominicanos, de emprender una cruzada de corazón limpio y brazo fuerte para matar el miedo en este país, para que termine el miedo del pueblo al Gobierno y a los soldados, para que termine el miedo de los soldados y del Gobierno al pueblo, para que termine el miedo de los opresores a la libertad, y para que termine el miedo de los luchadores de la libertad a sus opresores».

En su obra La *República Dominicana*. *Análisis de su pasado y su presente* (1940) el ilustre médico, sociólogo y político, Juan Isidro Jimenes Grullón parece haber fijado para siempre, de uno solo de sus proverbiales plumazos, la idiosincrasia de los líderes políticos dominicanos, en este en que cincela la psicografía de Trujillo:

«La mediocridad de su inteligencia se muestra compensada por una singular astucia. Incapaz de llegar a la entraña de los problemas y las cosas, su perspicacia le hace adivinar el pensamiento y la actitud de muchos de los que lo rodean. Carece de imaginación creadora en los campos de la especulación científica o de las realizaciones artísticas, pero es hábil en la intriga política y en la construcción de situaciones y escenas que redunden en su provecho. Lento en la palabra y en la ilación de las ideas, se expresa, sin embargo, con precisión y vigor. Ha leído poco y estudiado menos, mas tiene el don de ponderar el valor de los hombres con sus virtudes y sus flaquezas. Su ilustración es pobre: ignora lo que significan las ciencias políticas y económicas; suple, sin embargo, esa deficiencia, con un conocimiento cabal de las técnicas politiqueriles y con el asesoramiento por intelectuales competentes. No tiene elocuencia ni brillo; pero su figura proyecta una personalidad fuerte, poseedora, aun en los momentos de serenidad y silencio, de cierto magnetismo. En ese magnetismo reside, indudablemente, su fuerza lideril».

Redescubrir a Pedro Andrés Pérez Cabral (Corpito), ese luchador y exiliado antitrujillista, gran escritor (novela *Jengibre*, 1940) e investigador de nuestra realidad, es insistir en conocer cómo somos. Y valorar, como él lo hace, el hecho de ser una comunidad mulata, para liberarnos así del complejo negroide heredado de la época colonial, que consiste en querer ser blanco por desprecio al negro y a nosotros mismos.

«El pueblo dominicano constituye la única comunidad mulata entre las sociedades políticas organizadas del orbe. El mulato, abrumadoramente dominante en todos los sectores y clases, forma la gran masa de la población (...) La necesidad o el deseo de pasar por el blanco es una de las consecuencias de la historia de la trata de esclavos y de las discriminaciones y preferencias raciales que, aun en los medios de baja incidencia de los prejuicios racistas, ha redundado en la creación del complejo negroide. Expresiones como "mulato claro", "negro lavado", "color indio", "blanco de la tierra", "tipo canela", "pelo bueno", etc., no revelan otra cosa que la aspiración a ser blanco y, por lo menos, a no ser negro».

(La comunidad mulata, 1964).

El profesor tramposo y el grupo «Come-clase»

Era el año de las elecciones presidenciales celebradas el 20 de diciembre de 1962, en las que Juan Bosch fue electo presidente de la República. Cursaba el cuarto del bachillerato. Había elegido una de las opciones más difíciles: Ciencias Físicas y Naturales.

Me inscribí en el liceo nocturno Eugenio María de Hostos de la ciudad capital, Santo Domingo, ubicado en las ruinas de San Francisco, en el barrio San Antón. En ese mismo recinto escolar, en la tanda diurna, estaba la Escuela Argentina, una de las más importantes de la capital, donde impartían los niveles primario y secundario.

Asistíamos a la tanda nocturna de seis a diez de la noche, estudiantes que, por lo general, trabajábamos durante el día. El trabajo, los estudios y las actividades intelectuales adicionales me mantenían muy ocupado. En ese ambiente culminé mis estudios fundamentales y logré el grado de bachiller. Pero venciendo serias dificultades.

La primera se presentaba en la clase misma, como se narra en esta anécdota: érase una vez un profesor de Física y un grupo de tres estudiantes que le llamaban los «Come-clase» en el liceo nocturno Eugenio María de Hostos de Santo Domingo, en el año escolar 1962-1963.

El profesor tenía la maña de asignar las tareas por un libro y evaluar los trabajos por otro diferente. Solía recurrir a trampas de ese tipo. Con sus engaños mantenía en zozobra a los estudiantes.

Los reprobaba arguyendo que no eran buenos en física, que no se sabían su clase y que no daban para esa ciencia tan, pero tan científica. Les decía: «No soy responsable de vuestra ignorancia».

En fin, hacía muy difícil estudiar y aprobar la materia. El problema que tenía este profesor, sospechaban los estudiantes, era que no quería que ningún estudiante sobresaliera y brillara en la clase por temor a sentirse opacado.

Y aconteció que, una noche, a la hora de la entrega y corrección de la tarea grupal de un problema de física que no viene a cuento precisar, los integrantes del grupo «Come-clase» fueron los primeros en levantar la mano para resolver el problema en la pizarra, como siempre lo hacían, y por eso se les tildaba de «Come-clase».

Uno de ellos presentó la solución global, el resultado final, tal como pedía el texto de Mingarro —por el que oficialmente cursaban la materia de cuarto del bachillerato de Ciencia Física y Naturales— desplegando los elementos necesarios; mientras los demás complementaban la explicación con argumentos y ejemplos.

Los brillantes estudiantes se habían esforzado por encontrar la solución correcta y así la habían presentado. Pero el profesor consideró que la solución propuesta por el grupo era errónea.

Destacó vicios aquí en los vectores, vicios allá en las dimensiones. Y sorprendió a la clase borrando la pizarra y sustituyendo la respuesta que todo el mundo daba por correcta por otra respuesta jamás imaginada, sacada de un manual desconocido.

Aunque correcta, la solución del profesor era totalmente diferente a la esperada y no podía colegirse del texto estudiado. Se produjo tremendo revuelo en la clase. Hubo gran agitación entre los estudiantes; daban señales de descontento y cuestionamientos.

En cambio, el profesor se veía orondo en su asiento, se había lucido con su demostración. En tanto que los estudiantes del grupo «Come-clase» se sentían humillados. Pasaron por idiotas ante sus compañeros.

Pero juraron y prometieron que eso no se quedaría así, y se propusieron descubrir el libro que el profesor había sacado debajo de la manga.

Apartaron una jornada, como si se dispusieran a emprender un largo viaje, para dar con el libro que el profesor de Física utilizaba, además del texto de Mingarro.

Desconfiando de los demás compañeros de curso, los estudiantes del grupo «Come-clase» habían urdido un plan secreto. Cuidaban de que su búsqueda no llegara a oídos del profesor, antes de la siguiente clase.

Se citaron en la intersección de la avenida Mella con la avenida Duarte en cuyos alrededores había numerosas librerías de libros usados, principalmente libros de texto. Era una zona que conocían bien. Estaba cerca del liceo.

Desde ahí se pusieron en marcha ascendiendo la Duarte hasta el parque Enriquillo, tramo que recorrían pensando en que ahí podrían localizar el texto.

Mientras caminaban evitaban chocar con la multitud que solía llenar esa vía comercial. Miraban hacia las abigarradas casetas de los buquinistas, donde junto a variadas baratijas, había montones de libros esparcidos en los umbrales.

En el interior examinaban los estantes repletos de obras heterogéneas y en desorden. Confrontaban el problema planteado en la física de Mingarro con otros semejantes contenidos en libros de Física de Cuarto Curso; comparaban las soluciones aportadas en los diferentes textos; cotejaban los procedimientos usados por Mingarro, los usados por el profesor en su demostración y los contenidos en los libros consultados. A mitad del trayecto se sentían desmoralizados.

Comentaban que dar con ese texto era una tarea ímproba y azarosa. No obstante, sentían que en esa búsqueda estaban aprendiendo más física que en todos sus años de escolaridad. Pero era mucho trabajo. Era como encontrar una aguja en un pajar.

Contaban con poco tiempo. Durante el día trabajaban, como la mayoría de los estudiantes de liceos nocturnos. Pero la gran dificultad era que no sabían cuál libro buscaban. No conocían ni el título ni el autor.

Las únicas referencias que tenían eran las fórmulas que el profesor había copiado en la pizarra. Se guiaban por ellas como con las pobres luces de un candil en la oscuridad.

Pero llegando al parque Enriquillo, en la calle Ravelo, sobrevino el milagro. ¡Eureka!, gritó uno del grupo. No había duda.

Por fin, habían localizado el libro. Ahora faltaba el choque de trenes con el profesor en el aula.

El grupo «Come-clase» llegó temprano al aula, resguardando un extraño objeto. Estaba presto para revelar la trampa del profesor.

Pero no ignoraban que era alguien que sabía muy bien su materia. Era profesor de la UASD en ese entonces, que era mucho decir. No pretendían competir con él. Sabían que ellos eran estudiantes.

Decidieron relajarse y tomar la cosa con calma. El problema que tenían no era de física.

Lo que estaba en juego era su dignidad como estudiantes. Sentían que habían sido desconsiderados.

Y esta vez iban a desquitarse, pero usando maña contra maña. En efecto, cuando fueron a la pizarra plantearon la solución por el nuevo libro de física, omitiendo el texto de Mingarro, sin prevenir al profesor. Era algo que él no se esperaba.

Chequeó y no opinó. Hizo un gesto como de desaprobación. Pero se detuvo. Se dio cuenta de que las operaciones de la pizarra eran las mismas que él tenía en sus notas. La solución, los procedimientos; todo era idéntico.

Y de repente, como se había acordado, uno de los integrantes del grupo mostró ostentosamente a toda la clase el libro desconocido, que habían escondido debajo del pupitre: «¡Este es el texto que usa el profesor: la física de Kleiber!».

Se armó un revuelo en el curso. Miradas acusadoras llovían hacia el profesor, quien se puso pálido cuando vio ese libro en mano de los estudiantes.

Fue sorprendido mansamente. Había caído en su propia trampa. No tuvo más remedio que conceder aquiescencia.

Achacó al olvido no haber indicado ese texto de física. Argumentó que la física de Kleiber no estaba prohibida.

Figuraba como libro de consulta en el programa de la asignatura. Los estudiantes desconocían esa información. No suelen leer el programa.

Luego, el profesor permitió que también utilizaran ese libro, junto al de Mingarro. Trató de apaciguar a los estudiantes y darles confianza.

Pero ya había perdido el respeto. Las trampas del profesor habían sido una terrible experiencia para todos.

La prueba más difícil

Sin embargo, todavía me faltaba la más dura experiencia en ese curso. Era el término del año escolar. Me enfermé hacia el mes de mayo de 1963. Un día mirando hacia la pizarra noté que veía las letras borrosas.

Ese síntoma era parte del cuadro de una enfermedad que recién estaba descubriendo. Sentía un intenso dolor en la nuca. Apenas podía estudiar. Sentía fuertes dolores de cabeza. Los nervios me impedían dormir, me sobresaltaba hasta con el rasgado de un fósforo. Era imposible leer, pensar, vivir. Estaba agotado.

Me encontraba en esa situación cuando iniciaban las pruebas de fin de curso en las diferentes asignaturas. Había interrumpido las clases semanas antes. Temí perder el curso. No podía tomar los exámenes finales.

Había dos tipos de examen: uno para el grado, al final del cuarto curso; otro general, para la obtención del diploma de bachiller; y en ambos había una prueba oral y una escrita en todas las áreas.

No tomé esos exámenes por mi situación de salud y porque en el cuarto grado del bachillerato yo era un estudiante excelente. Tenía méritos para ser exonerado de esa prueba de fin de curso y de la prueba general para graduarme de bachiller; es decir, para «liberar», figura existente entonces en el sistema educativo. Así obtuve el certificado de bachiller con calificación sobresaliente.

Pero la enfermedad había puesto en riesgo mis planes de continuar los estudios universitarios. Por lo pronto, estaba ante mí la tarea de enfrentar la más dolorosa de las pruebas. Era mi gran meta; era la difícil criba que debía superar. Los estudios que había cursado representaban un esfuerzo menor. Hacia eso se encaminaban mis afanes; ese era el crisol al que debía someterme.

El efecto más inmediato de la enfermedad que padecía se reflejó en la pérdida de visión. Acudí al oftalmólogo en el hospital Padre Billini, quien me diagnosticó miopía. Me recetó lentes, con la recomendación de usarlos durante un par de semanas y esperar a ver si disminuían los dolores de cabeza y otros síntomas inquietantes, y volver a verlo.

Así lo hice, volví adonde el oftalmólogo con la visión nuevecita; veía todo bien, como nunca. El doctor comprobó que estaba necesitando lentes desde hacía mucho tiempo. Podía leer letreros sin dificultad, distinguía los rostros de la gente que antes apenas reconocía cuando me pasaban por el lado. La vida era otra. Desde entonces llevo lentes recetados.

También habían disminuido los dolores de cabeza; pero en lo esencial, mi quebranto de salud seguía igual o peor.

Ahí empezó la desgracia. El dolor en la nuca no disminuía a pesar de que empecé a usar, desde los 19 años, unos artefactos para la vista que desde entonces me acompañan. Ese dolor persistente se acompañaba de insomnio y nerviosismo.

El oftalmólogo me había referido a un neurólogo, al excelente doctor Mario Tolentino Dipp, en la clínica Abreu. A los pocos días me recibió ese doctor, quien me examinó y me realizó las pruebas correspondientes.

Conté, a su solicitud, mi vida y padecimiento al doctor Tolentino Dipp. Me desnudé.

Me alimentaba muy mal. Llevaba una vida muy agitada y estudiosa. Vivía en una modesta pensión que incluía alojamiento y alimentación. Ahí consumía solo lo necesario.

No contaba con recursos extras al pago de la mensualidad. Trabajaba durante el día como agente vendedor, pero no siempre conseguía clientes. Mis hermanos mayores me ayudaban con los gastos, pero siempre eran exiguos.

Era el tipo de trabajo que mejor se acomodaba a los estudios. Trabajé primero en una funeraria; luego en una compañía por acciones.

Cursaba el cuarto año del bachillerato por la noche, grado en el que desplegaba un extenuante afán por ser uno de los mejores estudiantes; participaba en los ratos libres en actos políticos y culturales.

Al final de la consulta, el neurólogo me encontró un extremo cansancio. En lenguaje de hoy estaríamos hablando de estrés, que se manifestaba en fatiga, dolor de cabeza, escalofríos; todos los síntomas de una especie de desgaste físico.

En términos más técnicos, y para mí más inquietantes, padecía de neurastenia. Era una rara palabra que tuve que aprender, que fue parte de mi vida durante varios meses y que solo con el paso de los años he venido borrando de mi diccionario.

Esa dolencia amenazaba con llenarme de desaliento, echando por la borda mis sueños de ser un profesional consagrado a los estudios y al conocimiento. Tolentino Dipp me recetó varias medicinas, entre ellas, Neurobión. Me recomendó alimentarme mejor y reposo absoluto.

También me refirió al doctor Emilio Guillén, notable psiquiatra que tenía su consultorio en la misma clínica Abreu. Al parecer, el neurólogo había notado síntomas que no eran de buen augurio para mí.

El doctor Guillén se hizo cargo de mí. Llegué a él como cuando se llega a casa. Me ayudó muchísimo, incluso regalándome la medicina. Pero mi depresión, palabra que no conocía, era alarmante. Había perdido el apetito, el ánimo, veía mi futuro malogrado, me sentía sin vida.

Durante meses asistí a la consulta del doctor Guillén. Me recibía con extrema amabilidad, me recetaba, volvía a regalarme medicinas, pues sabía que yo no podía comprarlas. Me aconsejaba, me prescribía reposo, mejor alimentación.

Era una enfermedad delicada que requería un tratamiento largo. En un momento, el doctor me sugirió que me retirara al campo, adonde mis familiares, en Tamayo, donde alejado del «mundanal ruido» de la ciudad y de las preocupaciones, yo podría recuperarme. Debía seguir el tratamiento, tomándome los medicamentos sin falta, y volver periódicamente para el seguimiento.

Fue la mejor recomendación. Así lo pensaba hacer. Pero cuando me disponía a partir a mi pueblo, en la familia me tomaron cita con otro doctor, por aquello de que en cuestiones de salud es siempre bueno contar con más de un punto de vista médico.

Así conocí al doctor Antonio Zaglul, en la clínica Internacional, también notable psiquiatra. El doctor Zaglul me recibió en varias sesiones. Recurrió a algunos medicamentos tradicionales, pero su terapia consistía, principalmente, en conversar conmigo acerca de mi vida.

Me pedía que le contara sobre mi familia y mi infancia. Yo le narraba, él me escuchaba y tomaba notas, mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo. También ese doctor me recomendó que me fuera al campo por un tiempo, corroborando la opinión del doctor Guillén. Por fin, me retiré a Tamayo siguiendo las recomendaciones de los doctores.

Ahí transcurrían mis días, sintiéndome como un enfermo psiquiátrico desahuciado. Ayudaba a mi padre en los negocios; vagaba en el pueblo en el tiempo libre, confundido, desorientado. Sin horizontes, veía el mundo caérseme encima.

Cada cierto tiempo regresaba a la capital solo para las consultas con el doctor Guillén, el responsable de mi tratamiento. Un tratamiento al que no le veía fin a pesar de que estaba en manos de un excelente especialista, a quien no tengo cómo agradecerle su bondad y apoyo.

También me mantuve en contacto con el doctor Zaglul. Años después, lo visitaba en su hogar junto a otros amigos que nos autoapodábamos «Los pacientes de Zaglul». Las escenas de las consultas con ese psiquiatra inspiraron mi cuento «El psiquiatra loco», dedicado a él, de mi libro de cuentos *Mudanza y acarreo*.

Durante mi estadía en Tamayo en esas condiciones, no cesaba de preguntarme: ¿Qué haré de mí? ¿Qué será de mi vida?

No me veía como comerciante, agricultor o artesano. Esas no eran mis vocaciones. No había acariciado una existencia apartada de los libros y los estudios. El sueño se había convertido en pesadilla.

Me sentía defraudado, deprimido, muerto. Permanecí en mi pueblo en esas condiciones desde agosto de 1963 hasta la guerra el 24 de abril de 1965.

Acción política y lectura urgente

En Tamayo, en retiro por causa de mi enfermedad, me encontraba en la casa de mi madre, el 24 de abril de 1965 a la una de la tarde, escuchando el programa Tribuna Democrática del Partido Revolucionario Dominicano. De repente, se interrumpió la programación, y José Francisco Peña Gómez, secretario general de ese partido, anunció el estallido de una revuelta de un grupo de militares contra el Gobierno de facto presidido por Donald Read Cabral por el retorno a la Constitución de 1963, llamando a salir a las calles en apoyo a esa acción.

Ese llamado me despertó de mi letargo. Me salvó del estado de postración en que me encontraba. Sin pensarlo, sin darme cuenta, sin avisar a nadie ni dar explicaciones, tomé el primer transporte que encontré, a la salida del pueblo.

Me dirigía a Santo Domingo a sumarme a la revolución constitucionalista que recién iniciaba. Resurgí con el impacto que me provocó el anuncio de Peña Gómez. Inexplicablemente, me vi en el camino en compañía de decenas de hombres y mujeres que atendieron al llamado de ese líder. La participación en la guerra durante meses, el fragor de una vida alocada, terrible y miserable completaron mi sanación.

Hay un hecho curioso. Pasé gran parte de los meses de la guerra constitucionalista de abril de 1965 en el Comando Argentina, en el mismo recinto del liceo Eugenio María de Hostos, en que había cursado el cuarto del bachillerato.

Ahí funcionaba el comando del Movimiento Popular Dominicano (MPD), partido de izquierda al cual ingresé en ese momento. Ahí me entrenaba militarmente, custodiaba el recinto, recorría las calles de los alrededores, vigilaba a los soldados norteamericanos que invadieron y ocupaban el país, para apoyar a las fuerzas anticonstitucionalistas e impedir el triunfo de la lucha del pueblo por el retorno a la Constitución de 1963.

Luego de la guerra del 1965, ese recinto escolar fue demolido. En 1992, dentro de los planes de remodelación de Santo Domingo, con motivo de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, las ruinas de San Francisco fueron cavadas por los antropólogos Fernando Luna Calderón y Glenis Tavárez.

Ahí visitaba a esos amigos y comentaba con ellos los momentos en que estuve en ese lugar cuando era estudiante del liceo nocturno Eugenio María de Hostos, y, durante la Guerra de Abril, en el comando del MPD. Pienso cómo la vida da vueltas y ata a uno a un mismo espacio en circunstancias diferentes.

Algunos años después de graduarme de bachiller intenté inscribirme en la UASD para estudiar Economía. Pero esa idea no prosperó. Al igual que otros jóvenes de mi generación, abandoné los estudios para dedicarme a las tareas políticas de la izquierda dominicana. Muchos de ellos jamás volvieron a las aulas, incluidos algunos que ya estaban muy avanzados en sus carreras universitarias.

No continué los estudios universitarios. No por causa de la enfermedad, que después de la Guerra de Abril la había superado, sino porque ya me había comprometido en la acción política como militante del MPD y luego, exiliado en Cuba, con la organización guerrillera que el coronel Francisco Alberto Caamaño organizaba en ese país en el período 1967-1972.

Caamaño y ocho combatientes más desembarcaron el 3 de febrero de este último año en una expedición guerrillera en playa Caracoles, San José de Ocoa. A los pocos días la guerrilla fue aniquilada y solo dos de sus integrantes quedaron con vida: Claudio Caamaño y Hamlet Hermann. El coronel Caamaño fue hecho prisionero y asesinado el 16 de febrero de 1973.

Como integrante de la organización de Caamaño yo había retornado de Cuba el 2 de enero de 1972, en donde permanecí desde 1967, en una misión clandestina. Fui hecho prisionero en el aeropuerto de Santo Domingo y condenado a tres años de prisión, acusado de conspiración, terrorismo y otros delitos contra el Estado dominicano y el Gobierno de Joaquín Balaguer.

Durante esos años de militancia política no regresé a las aulas. Sin embargo, por la necesidad de orientarme y orientar en la lucha política en la que estaba involucrado, leí y estudié intensamente materias y autores muy diversos.

La izquierda dominicana de los años sesenta a la que pertenecí leía con urgencia un tipo de literatura útil a sus ideales, sobre todo a los «clásicos del marxismo»: Marx, Manifiesto comunista y El capital; Engels, El origen de la familia, la propiedad, la familia y el Estado; Lenin, Qué hacer. A Stalin, Cuestiones del Leninismo, aunque no era un clásico como los anteriores.

Luego, a los líderes de la lucha por la liberación nacional: Mao Tse Tung, Sobre la guerra prolongada; Fidel Castro, La historia me absolverá, y Che Guevara, Guerra de guerrillas, un método y El hombre y el socialismo en Cuba. También a los vietnamitas Ho Chi Min y Vo Nguyen Giap, sobre tácticas de guerrilla.

Eran indispensables los manuales de economía política, como el de Nikitín; y de filosofía del materialismo histórico y dialéctico, como el de Afanasiev.

La literatura rusa de orientación revolucionaria era esencial, comenzando por *La madre*, de Máximo Gorki. Después, la del ciclo de la Segunda Guerra Mundial, con novelas como

La batalla por Leningrado, La carretera de Volokolamsk y Un hombre de verdad.

Un género indispensable era el de los testimonios de los mártires revolucionarios, como *Reportaje al pie de la horca*, de Julius Fucik, y *Vivir como él*: Nguyen Van Troi.

También leíamos a los pensadores y libertadores de América Latina: Bolívar, Martí, Juárez, Sarmiento, Rodó, José Ingenieros, José Carlos Mariátegui.

En particular leí con intensidad a José Martí, cuyas obras completas conocí desde 1967 en el período de mi estancia en Cuba. Su prosa, sus versos y su pensamiento me han inspirado permanentemente.

Otro tipo de literatura que nos acompañó en aquellos tiempos de rebeldía fue la poesía de corte social, en gran medida musicalizada. César Vallejo, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Pedro Mir, nos encendían la imaginación.

Eran también necesarias la novelas realistas de América, como las de Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno* y *Los perros hambrientos*; así como las del ciclo de la revolución mexicana, en especial *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Nos permitían aspirar a la reivindicación de la tierra y a la emancipación del campesino.

Entonces leímos mucho ese tipo de libros. Sin embargo, leíamos muy poco sobre las cosas de nuestro país, en particular historia dominicana. Doy testimonio de eso.

CUARTA PARTE

La educación universitaria en París

LICENCIATURAS EN LETRAS MODERNAS Y EN FRANCÉS

Avatares y motivaciones en los estudios

Algunos acontecimientos indeseables, se sabe, como deportación, desengaño y frustración, me llevaron a Francia. De nada de lo anterior me arrepiento; al contrario, debo mucho a aquella etapa de mi vida. Sin ella no hubiese logrado llegar a ese país.

Los duros años de lucha no me fueron tan mal; por lo menos quedé con vida cuando otros no pudieron sobrevivir. Era espesa y terca la horrible mortandad, y hoy agradezco hasta todo el mal que me hicieron, como la deportación a París.

En La Biblioteca, donde evoco aquellos acontecimientos, me persuado, infinitamente, de que el exilio y los estudios en Francia representaron un aporte decisivo durante la etapa más crítica de mi vida.

Hasta entonces, en los planos social y político todo había marchado como la época mandaba: me había dedicado por completo a la causa de los demás.

Pero en el costado personal de mi vida había un gran vacío. No había hecho nada por mí. Por mi vida. Por mi futuro.

Llegué a Francia con ese gran reto y con ansias de vivir y aprender. Me preguntaba cómo sobreviviría en ese medio tan extraño al mío; cómo era la vida, cómo era la gente, cómo eran los franceses.

Llegué con la percepción, más bien con el prejuicio, de que el francés era un ser egoísta y racista. En realidad, no pensaba quedarme en Francia. Pero un inesperado suceso me hizo cambiar de planes, lo cual provocó el efecto de un cambio en mi vida.

A mi llegada, sorpresivamente experimenté un positivo cambio en la apreciación que tenía de los franceses. Me dirigía a un barrio en las afueras de París. El tren me había dejado en la estación Massy Palaiseau y no sabía cuál rumbo tomar para llegar a mi destino.

Estaba detenido y confuso. En eso apareció un señor, un francés, y al notar mi desconcierto me preguntó qué hacía, adónde me dirigía. Le respondí: «Al hogar de refugiados del Cimade, soy exiliado político».

Los franceses eran muy sensibles y solidarios con los exiliados. En el acto, el señor me pidió el equipaje y me dijo que lo siguiera. Era un bulto pequeño con algunas piezas de vestir.

Conversamos durante un largo tramo, él en su perfecto francés parisino, yo en un francés que trataba de usar con desenvoltura. Al llegar a una edificación residencial se detuvo. «Aquí es», me dijo. Nos saludamos y le di infinitas gracias.

El francés no supo lo que su gesto significó para mí. Viví esa experiencia como un suceso trivial que no me canso de evocar por el valor transformador que tuvo en mi conciencia.

El primer francés que traté de cerca se me apareció como un ser generoso y humano, como el que más. Ese primer encuentro me destruyó el cliché que hacía ver a los franceses como gente deshumanizada. Todo estaba en mi visión y en mis creencias. Desde ese instante, desde la lección del francés supe que había llegado a una tierra de asilo donde podía sentar mis reales y pensar en materializar los proyectos que iba acariciando.

Meses después, cuando conocí más de cerca al pueblo francés, entendí mejor el comportamiento solidario de ese ciudadano. Y luego de años de residencia en ese país, y de estudio de su civilización, me convencí, en definitiva, de que Francia es, en efecto, la tierra de la libertad y la fraternidad, quizá no tanto de la igualdad, lemas de la Revolución francesa.

Después de separarme del francés, apenas llegado al lugar de mi destino, la Cimade (Comité Inter Movimientos de Ayuda a los Evacuados), y deshacer el equipaje, conocí a amigos de diversos países; también a exiliados políticos. Con ellos pude aclimatarme rápidamente al nuevo medio, dentro de las precariedades y los obstáculos que acompañaban a los refugiados.

Estaba acosado por la convicción de que había perdido los mejores años de mi vida en aventuras revolucionarias fracasadas. Me sentía desfasado como un escolar en sobreedad, al verme comenzar los estudios universitarios de grado siendo un joven ya muy maduro.

En esa situación estudiar era lo único que daba sentido a mi vida. Me interesaba la literatura y el francés. Quería iniciarme en los estudios de letras y enseñar el idioma galo. Así que opté por inscribirme en dos carreras a la vez: Francés y Literatura.

La decisión tomada implicaba transitar por un riguroso crisol y someterme a cribas de enorme complejidad. Pero eso no me arredraba. Venía curtido del sur y de la lucha política, acostumbrado a enfrentar y vencer obstáculos o, al menos, resistirlos sin dejar la vida.

Estaba lleno de optimismo y aún era joven. Sin excusas ni atenuantes inicié la senda de la formación francesa, para mí nueva y de difícil tránsito.

Había algunas preguntas que iba despejando sobre la marcha. La vocación es una voz que no cesa de interpelarnos. Me preguntaba: ¿Por qué estudiar letras?

Estudiar francés era algo de lo cual no tenía dudas. Es una lengua en la que me inicié en el bachillerato y la amé desde entonces. Aunque, en realidad, salvo lo poco que aprendí en el liceo, nunca más había estudiado con formalidad ese idioma.

Pero siempre estuve apegado a él. Siempre buscaba leer en francés, hablar en francés. Guardo la imagen de mí mismo de aquellos años de juventud tratando de descifrar el francés en el «Mauger Bleu», el manual más utilizado entonces, que conservé luego de haberlo usado en el tercer grado de la educación secundaria cuando frente al inglés y el portugués, que también se ofrecían como opciones, cursé el idioma galo.

En el cuarto del bachillerato seleccioné de nuevo el francés en lugar del portugués, el inglés no figuraba en la carta. Ahí reafirmé mi amor a ese idioma y, de mano del profesor haitiano que lo impartía en mi liceo, adquirí un poco más de dominio.

Años después, ya enrolado en la actividad política como militante de izquierda, también me veo tratando de comunicarme en francés con exiliados haitianos en mi país; leer libros y otros materiales que me caían en la mano escritos en francés, como el periódico *Pekín Informa*.

O, luego de 1967, también me veo tratando de desenvolverme en ese idioma cuando salí del país por tareas políticas propias de mi militancia y viajé por varios países europeos, entre ellos Francia y Alemania. Entonces el francés era ya mi lengua instrumental para la comunicación en el extranjero en los países de cultura no hispánica.

No sé de dónde me vino la vocación por el francés. Ahora que lo pienso, creo que me entró por mi cultura fronteriza allá en el sur del país. Me crie rodeado de haitianos que trabajaban en las plantaciones cañeras del Central Barahona y en las fincas de Tamayo durante el tiempo muerto de la zafra. Ellos hablaban creol, que creíamos era francés, aunque algunos hablaban este idioma.

Todos los propietarios de finca, incluido mi padre, se comunicaban con los haitianos en su idioma. Yo mismo en alguna ocasión palabreaba algo en creole. Cuando crecí y me mudé a la capital entonces conocí a haitianos que hablaban el francés a la perfección.

Más tarde, la militancia política me puso en contacto en Santo Domingo con exiliados haitianos perseguidos por la dictadura de François Duvalier. Incluso, el MPD, partido donde militaba, en un momento me encargó de las relaciones con esos exiliados.

Con ellos trataba de conversar en francés. Me hice amigo de algunos que me daban lecciones, incluso de creol. Cuando me deportaron a Francia, reencontré a algunos de esos exiliados y conocí a otros, con los cuales también me atrevía a ensayar una lengua que no dominaba, pero que amaba, y mediante la cual me comunicaba «comme ci comme ça».

Pero la literatura, ¿por qué me dio por estudiar letras? Aquí la motivación se apoya en un terreno un poco más firme que la que me llevó a estudiar francés, pero igual de azaroso. El albur ocupa una parte importante en ese tipo de opciones.

La carrera de Letras era, quizás, la más fácil entre las vocaciones que se fueron despertando desde mi adolescencia. Hubiese querido ser un gran médico; las ciencias, en particular la física y la química, me fascinaban. No obstante, en la veleidad propia de esa edad había un punto común y seguro: en cualquiera de las áreas de estudio donde mi vocación se anclara quería ser un teórico, un pensador; en definitiva, un escritor.

En realidad, la inclinación hacia los estudios de letras en París se apoyaba en una motivación más concreta y profunda: en el curso de la militancia política me había iniciado como escritor.

Son incontables los escritores que, con base en sus propias experiencias, testimonian acerca de la relación intrínseca entre la vocación por la lectura y la vocación por la escritura. Entre

ellos, el novelista nicaragüense Sergio Ramírez (2019), quien en su ensayo «Aventuras de la lectura (Una reflexión sobre el gozo de leer libros)» incluye una curiosa idea de Borges sobre el libro como extensión de la memoria y la imaginación:

«Sin lector no hay escritor. Son dos caras de una misma moneda. Ya lo dice Borges: "De todos los instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones del brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y la imaginación"».

Yo era lector consagrado, pero eso no bastaba para ser escritor. Tampoco eso explica por qué me decidí por estudiar Letras a mi llegada a París. El asunto es complejo. En realidad, aunque esas vocaciones están conectadas, cada individuo las asume a su manera.

En mi caso, yo mismo no sé cómo eso sucedió. Encerradas en mi caja negra debía de haber otras condiciones que yo desconocía. Pero lo que sabía era que a la par de iniciar los estudios de Letras pensaba continuar la labor literaria iniciada tímidamente años antes.

Así, desde mi llegada a París empecé a emborronar un diario que sirvió de base para mi novela *Los pobladores del exilio*, publicada 30 años después, en 2005. De igual modo, el cuento que escribí en la cárcel y que nunca publiqué era el germen de mi novela *En el atascadero*, cuyo tema central es mi pueblo Tamayo, la cual inicié también desde mi arribo a Francia.

La escritura de esa novela fortaleció mi vocación literaria; también me preparó para soportar el exilio. A medida que el extrañamiento asomaba su siniestro hocico en mi espíritu, mi yo, mi pueblo y mi cultura se hacían más presentes en mi recuerdo y en mi imaginación, mientras escribía esa obra.

El virus de la vocación literaria estaba ya enraizado en mi vida. Las letras eran como algo que me permitía ser alguien cuando pensaba que el tiempo se me había terminado. Era mi tabla de salvación. Las posibilidades de escribir, leer, enseñar e investigar en ese campo abrieron un venturoso horizonte en mi realización personal.

Desde luego, los estudios no eran mi única preocupación. No era un estudiante que disponía de recursos propios o familiares para costearse los estudios y su estadía en Francia. Tampoco un becado que llegó a París a realizar estudios pagados por una institución pública o privada.

Era alguien que fue lanzado como deportado de su país, luego de haber cumplido una condena de tres años de prisión. Por tanto, mi primera preocupación fue mi condición de refugiado.

No era el único que atravesaba por esos problemas. Había miles de exiliados políticos que en los años setenta buscaron refugio en Europa, en especial en Francia, acosados por las dictaduras civiles o militares que durante ese período gobernaban en la mayoría de los países de América Latina.

Entonces, los exiliados políticos dominicanos en Francia sumábamos una treintena. Con el fin de ayudarnos a sobrellevar las dificultades propias de nuestra situación, formamos la Asociación de Exiliados Políticos en Francia, la que integraban, entre otros, Juan B. Mejía y su esposa Elsa, Amaury Justo Duarte, Fernando de la Rosa, Héctor Ortiz y Luis Rosichi.

Particularmente a mí, en los primeros meses me atormentaban problemas como estos: ¿Qué iba a ser de mí en el exilio? ¿Me iba a quedar en Francia? ¿En cuáles condiciones? ¿Cuál sería mi estatus? ¿Cómo iba a vivir? ¿De qué? ¿Cómo conseguir trabajo?

Tenía metas pendientes postergadas durante años. Una de ellas era trabajar, vivir de un trabajo digno, algo que hasta entonces no había hecho, exceptuando los trabajitos de juventud que alternaba con los estudios secundarios. Los estudios universitarios iban a permitirme tener, por fin, de qué vivir mediante un oficio real y permanente.

Había sido militante profesional del MPD y llevaba una vida clandestina. Luego me enrolé en los planes de Caamaño en Cuba, y el tiempo se me fue en entrenamientos, en esperar volver al país en una expedición armada. Pero en mi caso ese proyecto terminó en la prisión y en el exilio.

Mientras tanto, debía buscar un trabajo que me permitiera subsistir y, luego, estudiar. Fue lo primero que hice en Francia, una vez que me di cuenta de que la pequeña ayuda que me daban por mi condición de refugiado era temporal y, a la larga, insignificante.

La otra meta importante era conseguir una mujer, casarme y tener familia. No había hecho nada de eso, exceptuando los amoríos de juventud que no prosperaron y se extinguieron en la flama del ideal revolucionario.

Ambas metas, el trabajo y la esposa, se concretaron inesperadamente, en condiciones jamás sospechadas. A los pocos días de vivir en Francia fui a buscar trabajo a una organización llamada France Terre d'Asile, la cual se dedicaba a ayudar a los refugiados políticos.

Ahí conocí a Amparo Chantada, francesa de origen español, quien era secretaria en esa institución. Ella era militante del Partido Comunista Francés e hija de un refugiado de la guerra civil española y militante del Partido Comunista Español.

Amparo era una madre soltera con un hijo, recién divorciada. También quería retomar los estudios universitarios. Coincidimos en nuestras metas y alineamos las motivaciones.

Nos enamoramos, nos casamos y formamos una familia de dos hijos: Olivier y Ninon. Nos ayudábamos mutuamente.

Amparo, su familia y sus amigos fueron soportes importantes de mi estadía en Francia. Gracias a los vínculos de Amparo

conseguí un trabajo digno en ambiente laboral francés, en el que me libré, en gran medida, de la terrible discriminación.

En la casa de refugiados de la Cimade solo pasé los primeros días de mi exilio, como si el primer francés que conocí me hubiera traído buena suerte. Tuve buena relación con los franceses.

Logré integrarme con ellos durante el tiempo en que residí en Francia. Agradezco mucho a ese pueblo.

Después de esas incógnitas se abrían o se cerraban las perspectivas de realizar estudios en Francia. El ingreso a la universidad no fue tarea fácil. Chocó con varios obstáculos. El primero fue de tipo académico-administrativo.

En mi época, la creencia en la buena fe de las personas todavía tenía un gran valor. La honestidad, la responsabilidad y la confianza eran valores muy apreciados y respetados, tanto por los deudores como por los acreedores en las diversas actividades y situaciones sociales.

Ese estado moral existente fue mi principal aval para mi ingreso en la universidad. No poseía la documentación requerida para ser admitido, ni siquiera el certificado que me acreditaba como bachiller. En ese entonces, las universidades francesas confiaban en la palabra dada por los estudiantes para un préstamo educativo denominado Préstamo de Honor, o para ser admitidos en la institución universitaria, con solo jurar y prometer el cumplimiento de las normas o los acuerdos, cuando el candidato en el momento llenaba los requisitos necesarios.

Ese era mi caso y el de miles de estudiantes extranjeros de América Latina, en especial chilenos, exiliados a raíz de las dictaduras que gobernaban en diversos países, como la de Augusto Pinochet, en esa nación del Cono Sur. Mi probada condición de refugiado político también me sirvió de aval.

Solicité el ingreso, fui admitido provisionalmente bajo la condición de presentar en tres meses la documentación requerida.

Escribí a mi familia para que me enviaran el título de bachiller expedido por la Secretaría de Estado de Educación de República Dominicana, el cual era reconocido en Francia. En el plazo acordado me puse al día en ese aspecto.

Sin embargo, para completar el ingreso a la universidad había otro obstáculo fundamental: el dominio del idioma francés. Debía someterme a un examen de admisión, una disertación oral y otra escrita sobre un tema literario, pero no poseía los niveles de francés requeridos.

En ese momento solo machacaba el francés adquirido en el bachillerato, reforzado con algunas lecturas posteriores y una corta estadía en Francia en 1967. Era un nivel que me permitía comunicarme en la calle; pero el ingreso a la universidad requería el manejo de un francés formal y fluido.

Cuando me informaron de ese requisito sentí que mi aspiración había fracasado. Ni siquiera lo intenté. Me sentí decepcionado. Pero no me resigné. Me recuperé al instante, no me sentí frustrado ni disminuido por ese tropiezo. Pensé en un dicho que encierra una gran verdad, y me dispuse a aplicarlo con firmeza: «No van lejos los de alante, si los de atrás corren bien».

Me propuse aprender francés de manera intensiva y así estar preparado para el examen de admisión. Entonces acudí a Cimade, dependencia del Conseil Œcuménique des Églises, la cual desempeñaba entonces una labor muy importante de apoyo a los extranjeros refugiados en Francia por causa política, sobre todo provenientes de América Latina.

Me dirigí a Madame Casalis, quien junto a su esposo formaba parte de la directiva de la Cimade, en solicitud de ayuda para inscribirme en un curso de francés de verano para extranjeros. Esa señora fue un gran apoyo durante mi estadía en Francia en condición de refugiado político.

Cada vez que necesité encontré en ella y en la Cimade la mano amiga. Incluso cuando obtuve el diploma de profesor de francés para el extranjero ella me propuso que me fuera a trabajar a África. Pero mis planes eran terminar los estudios y regresar a mi país cuando las condiciones políticas lo permitieran.

Cimade me pagó un curso intensivo por seis meses. Durante ese tiempo me sometí a un fuerte plan de estudio y ejercicios de fonética, gramática, escritura y conversación. Así adquirí la preparación necesaria para el examen de admisión en la universidad en septiembre de ese año.

Tomé y aprobé dos pruebas. Primero, una disertación oral acerca de un tema literario extraído de una obra seleccionada al azar de una lista previamente conocida. Esa prueba estaba orientada a evaluar la capacidad de comunicación oral y de razonamiento. Luego, una prueba escrita, también sobre un tema literario, la cual buscaba medir el nivel de escritura y de conocimiento del francés formal y literario.

Gracias al trabajo continuo y denodado, al apoyo recibido y al optimismo que siempre me acompañó, los exitosos resultados fueron desfilando a la vista de todos. Hice un enorme esfuerzo de superación, pero sin la ayuda de otros no hubiese podido cumplir mis metas.

En el período 1975-1979 cursé dos licenciaturas: me inscribí en la Unidad de Enseñanza e Investigación de Estudios Franceses para el Extranjero, en la Universidad París III, Sorbonne Nouvelle, con el fin de obtener la licenciatura en Enseñanza del Francés Lengua Extranjera, y la licenciatura en Letras Modernas.

Desde la reforma de 1968, en la educación superior en Francia las facultades fueron sustituidas por las Unidades de Enseñanza e Investigación (Unités d'Enseignement et de Recherche - UER)

Así quedaban satisfechas mis dos motivaciones. Realizar estudios en torno a esos dos ejes fue una acertada decisión que el tiempo ha ido corroborando y consolidando. No siempre se acierta en la elección de una carrera. Las vocaciones son engañosas y la gente es voluble. De ahí los enormes fracasos al inicio de los estudios de una profesión.

El texto y el comentario compuesto

En La Biblioteca el plan de estudios de las dos licenciaturas integradas se abre ante mí como una amplia y rica carta de ruta que hube de recorrer durante tres años plenos, de 1975 a 1978, y parte de 1979, atravesando extraños y difíciles cribas y crisoles. El plan es un espectro de largo alcance que agrupo en cinco bloques de aprendizaje, unos declarados, otros implícitos. Algunos se imparten en varios niveles; otros, de manera continua.

Uno, de carácter transversal, me introdujo en la dimensión diacrónica, temporal, de los aprendizajes en lengua, literatura y cultura: Edad Media, Renacimiento, Época Clásica, siglos XVIII, XIX y XX. Ha de notarse que no se incluía la Edad Antigua, como si el mundo se iniciara con la civilización francesa.

Otro bloque transversal, me permitió adentrarme en esa civilización, pues, ante todo, era fundamental bañarse en el ambiente de la sociedad francesa del pasado y del presente, desde la formación del pueblo galo hasta el siglo XX: orígenes, evoluciones, revoluciones, transformaciones y mentalidades en las costumbres, las artes, la política, la religión, la tecnología, etc.

Luego, en esos dos anchos asientos del tiempo y la civilización encontraban fundamentos y se afirmaban los aprendizajes verticales: los estudios lingüísticos y literarios, los cuales eran los contenidos duros y los ejes centrales de mi formación.

Los estudios lingüísticos me transportaron al mundo extraordinario de la estructura de la lengua y la comunicación lingüística a través de materias particulares y propias del francés como Gramática del Francés, Antiguo Francés, Práctica y Enseñanza de Expresión Escrita y Oral, Traducción; y materias generales de Lingüística y Semiótica: Lingüística, Fonología, Fonética, Lexicología, entre otras.

En los estudios literarios entré en contacto y me familiaricé con el extenso mundo de la literatura general, la literatura francesa, en especial, la literatura comparada, y opcionalmente, con la literatura de España y de América Latina.

Visto así, de maneral general, el plan de estudios, integrado por más de 30 asignaturas, no revela su principal aporte. Pero si algo distingue mi formación en Francia es que tuve que comenzar desde cero al cursar la licenciatura para adquirir los fundamentos y las prácticas que caracterizan a esa educación: el manejo textual.

Quisiera, por tanto, particularizar este relato, y detenerme en esa dimensión. Adentro, encima y debajo del plan de estudios hay otro bloque transversal de carácter metodológico, que constituyó mi aprendizaje más importante y decisivo en la licenciatura: el texto.

Casi la mitad de las asignaturas correspondían específicamente al manejo del texto en los contenidos de lengua, literatura, enseñanza, traducción, como se muestra en el listado siguiente:

PRIMER AÑO
Taller de lengua francesa
Técnicas de expresión oral
Técnicas de expresión escrita
Taller de literatura francesa
Práctica de manuales de enseñanza del francés

SEGUNDO AÑO
Gramática del Francés contemporáneo I:
Taller de Lingüística francesa I
Técnicas de expresión escrita y oral
Métodos de estudio de una obra literaria

Gramática del Francés Contemporáneo II: Taller de Lingüística Francesa II Práctica de textos de los siglos XVIII y XIX Expresión oral y escrita en Español I Expresión oral y escrita en Español II

TERCER AÑO
Estudio Interdisciplinario de una obra moderna
Problemas teóricos del análisis de textos I
Problemas teóricos del análisis de textos II
Traducción Española, niveles I, II y III

El texto era el núcleo en torno al cual se impartían también las demás asignaturas del plan de estudios. Los diferentes saberes lo tenían como eje central; se orientaban hacia el desarrollo de esa competencia fundamental.

La lengua y la literatura, bases de mis dos carreras, se impartían en función del texto, el cual era, además del contenido, la más importante estrategia aplicada en las clases, que, como se observa en el listado anterior, discurrían en forma de taller, práctica, técnica, análisis y ejercicios de expresión oral y escrita.

Mis profesores no daban mucha importancia a las definiciones. Tampoco solían apelar a ejemplos aislados, descontextualizados, como meros recursos de la conceptualización.

Esos aprendizajes con base en el texto produjeron un gran cambio en mi vida. Cambiaron mi estructura cultural. Permitieron bañarme, de manera concreta, en aguas universales del espíritu humano. Desde entonces desfilaban ante mis ojos imágenes nuevas. Nuevos referentes.

A partir de esas prácticas no me veía solo como el hijo del sur profundo. Claro, mis esencias estaban plantadas en mi pueblo natal, pero había devenido un ser transcultural. Como un árbol que había recibido un injerto de múltiples culturas.

Yo era, como decía Martí de nuestras repúblicas: «Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas».

Y con esa visión martiana estudié en Francia. Así adquirí mi formación en ese país.

Algo parecido me sucedió en Cuba, la patria de Martí, en la década del 60. Residí en ese país durante cinco años, en mi tierna juventud, a los 23 años.

Fue la etapa de búsqueda más importante de mi vida. Fueron momentos interesantes y decisivos que representaron también un significativo injerto cultural.

Esa estadía en Cuba dio lugar a una transculturación decisiva en mi persona, pero en asuntos diferentes y a una edad más temprana. Experimenté una transformación semejante, en profundidad, a la de Francia pero de otra naturaleza.

Martí, cuyas obras había estudiado a conciencia, decía que la patria era ara, no pedestal. De la misma manera, digo yo, si el texto fuera una patria, que lo es para mí, sería crisol y criba; criba y crisol, pues en mi vida he sufrido y he superado las grandes pruebas en el crisol y la criba del texto.

Lo que en otras ciencias es el laboratorio, es el texto en la literatura y en las ciencias del lenguaje. Lo que el horno es para el acero, es el texto para la inteligencia: fragua, experimento, búsqueda. El texto es el territorio del sentido, donde se aprende y desaprende a ser y a vivir. Es donde nos forjamos como seres o nos diluimos como la nada.

Por eso el texto se parece tanto al sur, de donde provengo. Hay que saber entrar en él, saber recorrerlo, para que nos libere sus tesoros, como los tesoros recubiertos de las espesas escorias del desamparo, la ignorancia y el miedo del sur profundo. En ese entendimiento, el aprendizaje de las prácticas ancestrales de la lectura representa el crisol y la criba, fundamentales de mi cultura lugareña y textual.

En Francia y en Europa las prácticas de lectura han sido, desde siempre, las bases de los estudios humanísticos. El conocimiento circula en el texto y a través de este; por consiguiente, las metodologías de enseñanza y aprendizaje se apoyan en la lectura de texto.

Un profesor de historia de Francia, como el que yo tuve, desarrollaba la mayor parte de su clase leyendo y comentando textos de historia de grandes historiadores, como Jules Michelet. Me recordó mucho al profesor Arcadio Encarnación en el liceo de Barahona: ambos usaban la misma metodología: enseñaban los hechos históricos hurgando en el texto y analizando las palabras.

Con base en el texto se impartían todas las asignaturas. En el manejo textual la orientación clave era el comentario compuesto, incluso en asignaturas que, al parecer, demandan ser impartidas en forma teórica y memorística como: Grandes etapas de la civilización francesa y Grandes etapas de la literatura francesa.

Mediante el análisis textual se accedía al conocimiento de la civilización y la historia francesas. Así estudié personajes (no personales) y momentos importantes como Carlomagno, la Revolución francesa y la Comuna de París. Temas como el Renacimiento y la Época Contemporánea en literatura se desarrollaban a través de textos.

A través de sus textos, así llegó ante mí, por ejemplo, un poeta como François Villon (1431-1463), cantándome algunas de sus curiosas poesías con títulos de baladas como «Ballade des femmes de Paris».

El comentario compuesto no figuraba como asignatura en mi plan de estudios: era un método de aproximación al texto. Ese método y el de la explicación de texto son los más usuales en el bachillerato francés y en los cursos iniciales de la licenciatura.

En mi formación, ambos métodos jugaron un papel principal. Tuve la suerte de iniciarme en su aplicación por el hecho de haber llegado a Francia siendo bachiller y haber comenzado los estudios superiores desde cero.

En la licenciatura que cursaba para profesor de francés esos enfoques de manejo del texto fueron fundamentales. Formaban parte de la orientación didáctica que se aplicaba: nocional comunicativa.

La orientación consistía en enseñar la lengua con base en determinadas funciones comunicativas de uso común. Estas se impartían a través de estrategias y actividades que se asemejaran a situaciones concretas de la vida real.

Se privilegiaba la comunicación oral a partir del concepto de acto o acción de habla o de palabra, pero los principios acerca del texto y la práctica de análisis, basados en el concepto de acto de comunicación, valían también para la comunicación escrita.

El comentario compuesto es una práctica textual que tiene por antecedente la larga y rica tradición de lectura e interpretación de textos escritos, conocida según la época con diversos nombres: retórica, exegética, hermenéutica, filología, semiótica, análisis literario, análisis del discurso, etc.

El fundamento de ese enfoque de enseñanza de la lengua era la pragmática, orientación de procedencia anglófona que entonces emergía con grandes expectativas. Aunque en Francia el enfoque pragmático venía desde antes, sobre todo a partir de los trabajos del lingüista Emile Benveniste.

El comentario compuesto, que parte de antecedentes más antiguos, en la época de mis estudios se había actualizado con los aportes de las nuevas orientaciones lingüísticas. Las dos acciones discursivas que implica ese enfoque dan lugar a su nombre: lectura sistemática de un texto; producción de otro texto en torno al texto leído.

El comentario compuesto es un gran ejercicio integral de activación cultural. Su realización implica poner en tensión capacidad lectora, talento, originalidad y múltiples saberes que giran en torno al texto: lengua, literatura, cultura, historia, etc.

En la Biblioteca despliego diversos manuales del comentario compuesto usados durante la licenciatura. Existe una extensa bibliografía acerca de ese método, en la que se ofrecen útiles orientaciones.

Tomo uno, el más antiguo que poseo, muy utilizado en Francia en la época de mis estudios en ese país: *Le commentaire composé de los autores Serge Auffret y Hélène Auffret* (1968).

Desde entonces había subrayado varios pasajes de ese texto, de los cuales resalto algunos conceptos:

La metodología del comentario (...) no escapa a la regla común, la estructura general del comentario es la de toda disertación; implica una introducción, un cuerpo del trabajo y una conclusión (...). Así, el comentario se organiza en cuatro tiempos esenciales:

I. La introducción.

Esta combina dos aspectos (...)

- 1. Situar el texto con precisión (...)
- 2. Plantear un tema director que orientará la continuación del desarrollo.

II. El estudio del movimiento del texto.

El segundo momento del comentario consiste en el estudio de la composición del texto.

- 1. Definir esa composición.
- 2. Justificar esa composición.

III. El estudio continuo de un texto.

1. Su movimiento: (...) atrapar el movimiento general del texto. Es decir (...) la sucesión de los desarrollos identificados en el estudio de la estructura (...).

- 2. Sus características. El comentario continuo debe ser un conjunto coherente y unido (...): guardar constantemente el contacto con el texto, pero a una justa distancia, que hace que uno no se pierda en el detalle (...), las observaciones deben constituir un haz convergente.
- Su organización: la necesidad conjunta del análisis y de la síntesis conducen a organizar el desarrollo en párrafos sucesivos.
- 4. Su contenido: (...), se comienza por despejar el tema tratado por el autor.

Se trata de:

- a) Elucidar todo lo que crea dificultad.
- b) Dar valor al fondo y a la forma al mismo tiempo.

IV. Conclusión del comentario.

- 1. Su objeto.
 - a) Reagrupar las verdades descubiertas en el curso del desarrollo.
 - b) Situar el tema en una perspectiva más amplia a fin de que se esclarezca la singularidad del texto.
- 2. Su organización... Hay dos tiempos sucesivos de la conclusión: reagrupamiento y profundización.

Síntesis:

«...comentar un texto es hacer la elección de una determinada perspectiva, de un determinado esclarecimiento del texto. La introducción ha planteado la perspectiva, el estudio del movimiento y el comentario continuo han profundizado el punto de vista. La conclusión va, pues, a servir para retomar y ordenar definitivamente los descubrimientos sucesivos, los progresos derivados de la búsqueda. La dirección es aquí de reconectar los hilos de la introducción, de marcar la continuidad del punto de vista sin caer en la monotonía de la repetición».

Como se observa, la aplicación del comentario compuesto requiere de algunos procesos. Es preciso agotar, por lo menos, dos etapas: lectura de un texto y producción de un comentario.

La primera etapa, la lectura, es un proceso que comprende diversos momentos y actividades que representan niveles de profundización.

En un primer momento es preciso leer con detenimiento el texto hasta memorizarlo; determinar el género, el propósito del texto, la estructura expositiva, los registros del estilo literario, etc.

En un segundo momento es preciso plantearse las preguntas que permitan identificar las ideas o los mensajes que constituyen los grandes ejes del texto. Y entonces, en función de los ejes identificados, relacionar y determinar, mediante el análisis, el plan o esquema del texto, los aspectos léxicos, gramaticales y enunciativos.

En un tercer momento se debe determinar una problemática general suscitada por el texto: leer es entonces saber plantearse los problemas concernientes al tema, al conflicto abordado, al estilo, a la corriente literaria, o cualquier otro aspecto relacionado con un eje central del texto, previamente planteado.

La segunda etapa del comentario compuesto consiste en producir un comentario o disertación del texto leído. Esa producción también implica un proceso de realización de varias tareas: elaborar con antelación un plan de redacción; redactar y desarrollar el problema central identificado, con apoyo en los diversos recursos identificados y seleccionados en la primera parte y que guarden relación con la idea que orienta el desarrollo del texto; por último, realizar una disertación o exposición oral.

La redacción y la exposición oral deben llenar dos requisitos: ser metódicamente estructuradas y ser originales. En su realización deben combinarse la objetividad y la subjetividad. En Francia, en las pruebas finales para graduarse de bachiller en cualquiera de las opciones, la disertación escrita y oral es un requisito indispensable. La disertación requiere seguir una metodología estricta. Su estructuración descansa, por lo regular, en cuatro etapas, las cuales son propias de toda disertación, según las normas heredadas de la retórica antigua, pero adaptadas a ese ejercicio escolar: *inventio, expositio, elocutio, actio*.

En ese proceso cuenta la memoria como una quinta etapa, implicada en el mismo *actio* como mecanismo y apoyo de recordación, como parte del momento de actuación del orador, como activación del contenido del discurso.

El trabajo escrito, que es la base del oral, comprende, en primer lugar, una introducción en la cual se debe situar el texto leído y plantear el tema director que orienta el desarrollo. Situar un texto implica indicar la plaza de ese texto en relación con otro texto del mismo autor o el trozo leído en relación con la obra. El tema principal es el concepto o la perspectiva por desarrollar en el cuerpo del texto.

El desarrollo es la parte central de la disertación. Aquí se justifica el tema del trabajo con la presentación de los motivos de la línea de lectura seguida; se explica el movimiento del texto leído, que son los aspectos que se tratan en el desarrollo; se hace un estudio seguido abarcador de los aspectos relevantes a fin de apuntar el rasgo característico principal que expresa el sentido del texto, que sería como: «la verdad íntima del texto».

La conclusión es esencial. Sin ella nada de lo anterior tendría valor. Tiene por misión reagrupar los grandes hallazgos del análisis textual, con énfasis en el sentido principal, el punto de vista central del autor del comentario en torno a la obra, así como sus grandes aportes.

En el comentario es preciso enunciar, de un solo trazo, la perspectiva general y de mayor alcance, que permita esclarecer la singularidad del texto. Esa perspectiva podía ser una época, una escuela o un movimiento, una ideología o un proceso artístico general.

Visto así, el comentario compuesto no es una simple lectura metódica que sigue el orden lineal del texto. Es, ante todo, una lectura interpretativa, personal, que no sigue el orden lineal. Sin embargo, es una lectura minuciosa, ordenada y profunda del texto.

El proceso de análisis parte de los aspectos formales hacia la significación o el sentido del texto; pero en la disertación se procede a la inversa: se parte del sentido. La exposición se centra en hacer emerger el sentido principal y sus implicaciones; y en esa búsqueda se recurre a los elementos formales del texto como simples apoyos para la explicación o justificación del mensaje.

El comentario compuesto era la disciplina escolar, algo así como lo fue la clase de retórica hasta principios del siglo XX, que servía de base a todas las invenciones en torno a la lectura del texto. Claro, la doxa era un conocimiento básico, fundamental, no se evidenciaba en los trabajos de profundización del texto. Pero era el punto de partida sin cuyo dominio ningún autor podía alardear de ser especialista en una rama cualquiera de las ciencias del lenguaje.

El comentario compuesto fue, pues, un aprendizaje básico en mi formación universitaria en el grado de licenciatura. Era el método de lectura y análisis por excelencia al proporcionar las estrategias y técnicas para la manipulación y el dominio del texto.

Su aplicación representó un gran crisol en mis estudios lingüísticos y literarios. Posteriormente ha sido de gran utilidad en mi ejercicio profesional como profesor de lengua y literatura, investigador y escritor.

Ahora, ¿cómo se aprenden las técnicas del comentario compuesto? La respuesta inmediata es leyendo las obras con atención. Pero el propósito académico requiere de aprendizajes formales. Numerosos autores publican manuales sobre la materia y proponen recomendaciones metodológicas y detalladas, con ejemplos muy útiles.

Pero en general, los autores concuerdan en que el comentario compuesto requiere de tres pasos fundamentales: un análisis detallado, un trabajo de síntesis y la preocupación por la escritura.

Esas recomendaciones fueron de gran provecho para mí. Pero el aprendizaje fundamental tuvo lugar en el manejo del comentario compuesto a través de trabajos prácticos en las clases. Durante la licenciatura, la práctica de análisis y comentario de texto era esencial; no se limitaba a una clase, a una asignatura. Era un método que se aplicaba en todas las asignaturas.

En ese sentido, entre las actividades de evaluación, la conocida como Trabajo Práctico (TP) era el componente más importante. En la evaluación continua era el gran crisol de mi formación. Cada semana teníamos que analizar obras y producir comentarios orales y escritos.

En la evaluación periódica y en la final el comentario compuesto era también la gran criba. En los exámenes y en las exposiciones finales de los períodos y del año escolar, que duraba nueve meses, estábamos compelidos a demostrar el dominio de las competencias propias del análisis e interpretación del espacio del texto.

Quiero remarcar este término, año escolar, pues, entonces esa era la duración del tiempo en la universidad, no se conocía el trimestre, el cuatrimestre o el semestre como ahora.

Una formación equilibrada en lingüística y literatura

El hecho de cursar dos licenciaturas a la vez, enseñanza del francés y letras modernas, me permitió adquirir una formación equilibrada en lingüística y literatura. A partir de determinados cursos había la opción de decantarse hacia una u otra especialidad.

Algunos compañeros de estudio se decidieron por continuar la especialidad en lingüística. Yo opté por la especialización en literatura, de ahí que, además de la licenciatura en Enseñanza del Francés, obtuve la licenciatura en Letras Modernas. Pero todos teníamos en los dos primeros años la base común de lingüística y literatura y, en general, de las ciencias del lenguaje.

Además, desde mediados de la década de 1950, cuando la lingüística fue ganando terreno en las ciencias del lenguaje y disciplinas afines, no había separación entre los estudios de lengua y de literatura. Tampoco la hubo en la época de apogeo de la filología. Por tanto, alguien que estudiara letras debía tener dominio tanto de los elementos de la literatura como de la lingüística.

La Lingüística era en los años 60, por demás, no solo una asignatura o una especialidad. Se había impuesto como enfoque, método y conocimiento de las humanidades, al permear a disciplinas como la Antropología, la Sociología y la Psicología.

Con mayor razón, en la modalidad de la lingüística aplicada en la enseñanza de la lengua, que es una de mis áreas de estudio, la lingüística ejercía una enorme influencia. La enseñanza de las lenguas era cada vez menos didáctica, a pesar de la fuerte corriente didáctica en nuestra carrera en la Universidad de París III. Había dos corrientes: Robert Galisson, director del departamento, estaba orientado más hacia la lingüística aplicada; Sophie Moirand, profesora, tendía más hacia la didáctica de la lengua.

En cuanto a los estudios literarios, estos eran menos historia literaria y poética general y más análisis de texto; y la semiótica, la pragmática y otras disciplinas más recientes, eran, en lo fundamental, de base lingüística.

Así, por ejemplo, en 1976 se publicó una obra pionera en una disciplina que con el tiempo iba a imponerse como uno de los enfoques más modernos en el estudio del texto: *Initiation aux méthodes de l'analyse du discours*, de Dominique Maingueneau.

Entonces la consultamos ávidamente, pues su aparición vino como anillo al dedo cuando estábamos familiarizándonos con el manejo del texto con base en el comentario compuesto. Hoy reviso esa obra en La Biblioteca y me doy cuenta de que la tengo subrayada. Aparece en un subrayado la definición de esa disciplina:

«El análisis del discurso tiene la especificidad de tratar de construir modelos de discurso, articulando esos modelos con las condiciones de producción...».

En otro subrayado se descubre la distinción de esa disciplina con respecto a la lingüística saussureana en el estudio del discurso:

«Una cosa es segura, establecer una línea de definición no concierne solamente a la lingüística, sino más bien a una teoría del discurso».

En otro tengo también coloreada la parte correspondiente a la alineación de la nueva disciplina a la orientación translingüística del discurso propuesta por Emile Benveniste y por la pragmática:

«Desde el punto de vista completamente pragmático, en este libro entenderemos por "discurso" esencialmente a organizaciones transoracionales que dependen de una tipología articulada a las condiciones de producción sociohistóricas».

A partir de esa obra, el análisis del texto dejó de ser el producto de una acumulación de prácticas heredadas de la tradición de lectura; dejó de ser también una simple técnica de abordaje del texto en el medio escolar. Se había creado una nueva disciplina con pretensiones de erigirse en ciencia, que ampliaba y fortalecía el campo de estudio e investigación del texto.

Desde que en aquellos años consulté la obra de Maingueneau me inscribí en esa orientación de la lingüística. Desde entonces he desarrollado todas mis investigaciones en esa disciplina, enriquecida con otras disciplinas de las ciencias del lenguaje y los aportes en el análisis del discurso de autores posteriores.

En la tipología de textos, aún en ciernes, por una herencia de la tradición renovada por la modernidad, el texto literario era el principal laboratorio de las teorías y los ensayos de análisis emergentes. Por ejemplo, la clase de Gramática consistía en el estudio de los temas gramaticales a partir de textos literarios. Esa asignatura se ofrecía como taller. Era impartida por la profesora Wagner, con base en texto gramatical escrito por ella, y la profesora Pinchon, dos autoridades francesas en la materia.

En esa asignatura no se procedía por definición. Para estudiar las categorías gramaticales, tales como el sustantivo, el verbo, el adjetivo y el adverbio, se aplicaban los procedimientos de primero leer y comprender un texto, comentar lo leído y luego detenerse en los aspectos gramaticales. Entonces se procedía a reconocer, inventariar y analizar esas categorías.

Desde esos ejercicios, el texto se convirtió en un escenario físico y concreto real. Leer no se limitaba a sobrevolar la página para capturar contenidos. Tampoco era solo un acto de placer, que siempre lo ha sido para mí, sino también un ejercicio técnico.

Leer es, así, una labor exhaustiva de conocimiento y apropiación de la estructura y el funcionamiento del texto. Significa la adquisición y el dominio de una competencia esencial en los estudios de las letras y de las humanidades.

En mis estudios de letras era un ejercicio constante y sostenido: en diferentes textos explicábamos el valor de uso, término clave en esa gramática, que adquirían las categorías empleadas en los contextos comunicativos y lingüísticos. Cada tema de esa gramática era reconocido, analizado y explicado con base en la lectura de una página de un autor importante de la literatura francesa.

En esos estudios, la práctica textual estaba asociada a la orientación educativa en las materias teóricas y metodológicas: lingüística, fonética, lexicología; didáctica de la lengua; enseñanza de la expresión oral y la expresión escrita, etc.

En ese dominio era preciso desplegar una amplia utilería de conceptos y técnicas. Hubo que repasar el concepto mismo de texto, incorporar los de gramática, discurso, argumentación, los cuales fueron remozados, modernizados.

Hubo que introducir una enorme cantidad de nuevos conceptos traídos y llevados por las disciplinas y las investigaciones que se sucedían: campo semántico, valor de empleo o de uso, registro de habla y de lengua, código elaborado, código restringido, etc.

El auge de la lingüística daba lugar al fortalecimiento de la cultura textual. El texto fue el lugar privilegiado de la transferencia de los aportes de esa ciencia a las prácticas didácticas en lengua y literatura. No hubo desde entonces separación entre los estudios de lingüística y los literarios, puesto que ambos se apoyaban en el texto como espacio de significación y manifestación de la lengua.

Se produjo una eclosión de los enfoques de aproximación al texto, los cuales tenían a la lingüística como base. El relato se vio reinterpretado por estudios que se inspiraban de esa perspectiva, al enfatizar aspectos como la relación semiótica del significado y el significante. El papel de Rolland Barthes fue capital en ese tipo de estudios a través de sus trabajos sobre el análisis del relato.

En el estudio de la poesía se reincorporaron desde la lingüística los componentes retóricos con figuras como metáforas y metonimias. Era emblemático en ese modelo el análisis lingüístico del soneto de Baudelaire «Los gatos», realizado por Roman Jakobson y Claude Lévi-Strauss. La distribución de los aspectos semánticos y sintácticos del poema en dos ejes de relación, el metafórico y el metonímico, se apoyaba en los conceptos de relación paradigmática y relación sintagmática de la lingüística saussureana.

Los aspectos fonéticos, léxicos y sintácticos de las obras fueron revalorizados, a la par que los tradicionales procedimientos retóricos y poéticos. El estudio de la métrica y del ritmo, además del relato, se enriqueció a partir de las numerosas obras denominadas «retórica», «poética», «semiótica», «semántica», «análisis del discurso». Esas denominaciones fueron diferentes aproximaciones al texto.

Con las herramientas de la lingüística nos adentramos en Francia en los estudios literarios. Y la literatura, bajo el formato del texto, ya no fue material de apoyo sino objeto de lectura y de aplicación del comentario compuesto, y en general de las competencias de análisis e interpretación de textos. Se manejó el texto académico en el estudio de la lingüística, las ciencias sociales y la filosofía, pero con estrategias de lectura diferentes.

El análisis del texto literario, complementado con asignaturas y temas de lingüística y civilización francesa, también me permitió aumentar el dominio de la lengua y la cultura francesas. En ese aprendizaje no faltaban algunas lecciones indispensables de iniciación.

En lingüística nos servimos de varios autores importantes, pues era el conocimiento mayor de la época, comenzando por el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure (1916). Utilizamos mucho un texto de introducción a la lingüística recientemente publicado y que causaba gran impacto en los cursos de licenciatura: *Éléments de linguistique générale*, de André Martinet.

Cuando realizábamos la lectura en voz alta, era fundamental ejercitarse en la pronunciación, tomando en cuenta el sistema eufónico, rítmico y métrico del francés recogido por algunos manuales conocidos como los de Monique Leon, Jean Mazaleyrat, Michel Gauthier y Maurice Grammont, autor este último de un texto fundamental sobre métrica francesa: *Petit traité de versification francaise*.

A escala elemental, también incursionamos en el sistema de la lengua latina. Era indispensable tener nociones acerca de la lengua que sirvió de base al francés, y para eso nos apoyamos en un texto de los especialistas Simone Deleani y Jean Marie Vermander.

De igual manera, fue de gran utilidad conocer algo del antiguo francés, elementos adquiridos, basados también en el texto de un también gran especialista en esa área de la lengua francesa, Gerard Moigney. Y en esa orientación, y para ampliar los conocimientos, se procedió a una comparación con el español basada en el texto de un especialista en Francia del español clásico.

Aquí fue necesario cursar varios niveles de traducción del francés al español y viceversa. Fue también importante para conocer otras literaturas, el estudio de la literatura comparada. Durante la licenciatura se leyeron obras de otras culturas, pero traducidas al francés.

Canon literario

Leíamos y estudiábamos las obras literarias de los autores franceses imbuidos de la idea, —así nos la enseñaban— de que era una literatura propia de uno de los países más importantes del mundo. Y aprendíamos a apreciar esos textos conscientes de que no se trataba solo de una literatura de un país, sino que estábamos ante una literatura universal.

En Francia, en los programas del bachillerato y de licenciatura en Letras, se ha establecido un canon de las obras de la literatura francesa que es preciso leer y analizar, en el cual se incluyen autores indispensables de cada siglo. Valgan algunos ejemplos:

Siglo XVI: *Pantagruel*, François Rabelais; *Essais*, Michel de Montaigne.

Siglo XVII: L'avare, Molière; La Princesse de Clèves, Madame de Lafayette; Les Caractères ou mœurs de ce siècle, Jean de La Bruyère.

Siglo XVIII: *La Double Inconstance*, Pierre de Marivaux; *L'Ingenu*, Candide, Voltaire.

Siglo XIX: Las obras son numerosas: La Chartreuse de Parme, Stendhal; Eugénie Grandet, Le Père Goriot, Honoré de Balzac; Hernani, Les Misérables, Victor Hugo; L'Assommoir, Émile Zola; Les chats, Correspondances, Charles Baudelaire; Madame Bovary, Gustave Flaubert.

Siglo XX: *L'immoraliste*, André Gide; *Varietés*, Paul Valéry; *Voyage au bout de la nuit*, Louis-Ferdinand Céline...

Dentro del canon establecido en el programa, el estudio de la literatura francesa cubría los períodos y las corrientes de esa literatura. Pero ¡atención!, esos conocimientos no consistían en lecciones sobre crónicas y movimientos literarios. Eran impartidos desde la lectura de los textos, aunque no se desdeñaban los manuales o los textos de consulta, como, por ejemplo, en la literatura medieval una obra útil de P. Y. Badel, o en la literatura barroca, de Claude-Gilbert Dubois.

Dos textos, *La Chanson de Roland* y *Aucassin et Nicolette*, representan el esplendor del relato caballeresco en la literatura francesa de la Edad Media; cantar de gesta, el primero; fábula o novela amorosa, el segundo.

La Chanson de Roland inmortalizó al heroico Roland, caballero fiel y orgulloso de servir a su soberano, Carlomagno, rey de los francos, en su lucha por la conquista y expansión de la cristiandad ante los sarracenos o musulmanes aposentados en el sur de España.

Otra época y otra escuela, la literatura barroca, nos trae textos extraños, maravillosos, recogidos en la *Anthologie de la poesie baroque* de Jean Rousset. A través de poemas de un tipo de literatura francesa escrita en antiguo francés entre el Renacimiento y el Clasicismo, descubrí dos características que me impactaron para siempre.

Una es la visión de la metamorfosis del mundo, de las transformaciones constantes, mediante enormes contrastes e imágenes de cambios. Animales que cambian de plumaje, el agua que fluye interminablemente y el espejo que irradia luz y refleja una realidad inestable.

La otra característica es la imagen cruda y terrible de la muerte y del muerto, 1560-1660, en una época en que el mensaje cristiano de celebración de la muerte como salvación en el más allá, era todavía un dogma que se predicaba al pie de la letra.

Algunos títulos de poemas bastan para hacerse una idea del estado de esa mentalidad de disfrute ante el espectáculo de la muerte: «Un templo hecho de muertos», «Sobre la muerte», «Sobre la tumba del creyente».

En la literatura del Renacimiento me impactaron de manera imperecedera, por la originalidad y los ideales humanistas, los textos *Pantagruel*, de François Rabelais, y *Ensayos*, de Michel de Montaigne. *Pantagruel* representa el realce de las ciencias, de las artes y del nuevo ser humano dechado de virtud, por oposición a la vieja sociedad medieval dominada por la escolástica y la férula clerical.

En esa obra es enorme la fantasía de lo grotesco; arte e ideología se aúnan en un despliegue de ironía y burlesco extremo. Pero los *Ensayos* de Montaigne plasman el ideal humanista mejor concebido por escritor alguno a través de la proyección de un género humano, a la vez sabio y bello, a imagen del estilo elegante y conceptuoso de la prosa del creador del ensayo como género literario moderno.

Igualmente, fue enorme la alegría e infinita la sorpresa de encontrarme en la época clásica con textos, en la línea de los ensayos de Montaigne, como *Les Pensées* de Blaise Pascal. O el teatro de Molière, el padre del arte dramático en Francia, en obras de la talla de *Le Tartuffe*, *L'avare*, y *Dom Juan*.

Un autor especial para mí es Jean Jacques Rousseau, en *Les confessions*, obra autobiográfica como nunca otra, que inicia con esta percutante presentación:

«He aquí el único retrato de un hombre, pintado exactamente de acuerdo con mi naturaleza y en toda su verdad, que existe y que probablemente no existirá jamás».

No hay dudas de que el estilo confesionario, autobiográfico, que con frecuencia utilizo en mis obras, tiene mucho de esa obra del autor de *Emilio* y del *Contrato Social*.

Apreciar la literatura de ideas fue para mí una gran oportunidad leyendo y estudiando obras que combinan la realidad

y la ficción, el pensamiento, el estilo y la crítica de la sociedad. De ahí me vino, quizás, la pasión por el ensayo, que ya me había insuflado Montaigne. Es lo que logré conseguir en un conjunto de obras del siglo XVIII de los géneros ensayo o novela de tesis.

Voltaire me permitió valorar y disfrutar la literatura crítica a través de dos obras que por los títulos indican el recurso de la ironía magistralmente empleado con respecto a lo extraño y exótico de otras culturas: *L'Ingenu* y *Candide*.

Montesquieu completa en *Les Lettres persanes* la mirada del extraño de Voltaire, «El Huron», en suelo nativo. Para el autor de *El espíritu de las leyes* solo cambia la perspectiva, la del nativo francés en suelo persa.

Tuve un invaluable aprendizaje en otras facetas de la crítica social y de la prédica del ideal libertario en el siglo XVIII en las obras *La Princesse de Clèves*, de Madame de Lafayette; *Les Liaisons dangereuses*, de Pierre Choderlos de Laclos; *Les infortunes de la Vertu*, del Marqués de Sade; y *La Double Inconstance* de Pierre de Mariyaux.

En las épocas moderna y contemporánea (siglos XIX y XX) es cada vez mayor la producción literaria y las obras de equiparable alto valor de calidad. La selección se hace más compleja.

En esta breve crónica del plan de estudios solo se incluyen los autores y las obras que acompañaron mi formación en el nivel de la licenciatura en mis estudios de letras en Francia.

Campo semántico y cultura

Para ilustrar una metodología del análisis textual, entonces en boga, quisiera referirme a dos experiencias en la elaboración de un campo semántico, formadas con base en dos poemas de Charles Baudelaire. El interés de mostrar ese tipo de análisis estriba en que me reveló los límites de la experticia en el análisis literario: la cultura.

En un primer ejercicio leímos y analizamos el poema «Los gatos» en la clase de francés con ayuda de un profesor experto en la materia, para aprender a diseñar un campo semántico a partir de la palabra gato.

Leamos ese poema en una traducción al español:

«Los amantes fervientes y los sabios austeros adoran por igual, en su estación madura, al orgullo de casa, la fuerza y la dulzura de los gatos, tal ellos sedentarios, frioleros.

Amigos de la ciencia y la sensualidad, al horror de tinieblas y al silencio se guían; los fúnebres corceles del Erebo serían, si pudieran al látigo ceder su majestad. Adoptan cuando sueñan las nobles actitudes de alargadas esfinges, que en vastas latitudes solitarias se duermen en un sueño inmutable.

Mágicas chispas yerguen sus espaldas tranquilas, y partículas de oro, como arena agradable, estrellan vagamente sus místicas pupilas».

El poema me llenó de emoción y me permitió penetrar en las sutilezas del arte de Baudelaire en la descripción de un felino que nos llena de intriga, pero no sabemos por qué. ¡Cuánta profundidad en la visión acerca de los gatos en esos versos!

En el análisis, esquematizamos en forma de árbol todos los rasgos significativos que en el poema se asocian, directa o indirectamente a ese animal. La tarea me pareció fácil y muy instructiva. No tuve mayor dificultad, quizás porque «gato» es una palabra concreta y se trata de un animal doméstico muy familiar.

¿Quién no sabe lo que es un gato? Me gustan los gatos, los conozco y los he tratado con cariño desde que en mi infancia se paseaban como dueños y señores en el hogar materno y en el vecindario de Tamayo.

El poema, aun en estilo metafórico, culto y elocuente, dice lo que comúnmente se piensa de un gato: le gusta la soledad, el silencio, la oscuridad, las tinieblas, y es un animal que refleja orgullo, dignidad y respeto. Me fue bien en la realización del campo semántico.

Luego, repetimos el ejercicio, esta vez para realizarlo en la casa, basado en el poema «Brumas y lluvias», también de Baudelaire. He aquí una traducción en español:

«¡Oh, finales de otoño, inviernos, primaveras cubiertas de lodo, ¡Adormecedoras estaciones!, yo os amo y os elogio Por envolver así mí corazón y mi cerebro Con una mortaja vaporosa y en una tumba baldía.

En esta inmensa llanura donde el austro frío sopla, Donde en las interminables noches la veleta enronquece, Mi alma mejor que en la época del tibio reverdecer Desplegará ampliamente sus alas de cuervo.

Nada es más dulce para el corazón lleno de cosas fúnebres, Y sobre el cual desde hace tiempo desciende la escarcha, ¡Oh, blanquecinas estaciones, reinas de nuestros climas!

Que el aspecto permanente de vuestras pálidas tinieblas, —Si no es en una noche sin luna, uno junto al otro, El dolor adormecido sobre un lecho cualquiera».

En esta ocasión teníamos que elaborar un árbol semántico a partir de las palabras referidas a las estaciones, particularmente al frío invernal. Esta vez, de inmediato, encontré serios escollos en la creación de ese campo semántico. No me fue tan bien. Reprobé ese trabajo.

La dificultad no era de lengua. Entendía el fraseo del poema. Entendía los significados de las palabras. Tampoco tenía problemas de comprensión literal del texto en francés.

El problema consistía en que no lograba situarme en el contexto cultural y apropiarme a cabalidad del sentido del texto. Mis referentes no eran cercanos a los referentes evocados por Baudelaire en ese texto acerca de las estaciones del año.

El invierno, descrito en estos versos, era la estación reina:

«En esta inmensa llanura donde el austro frío sopla, Donde en las interminables noches la veleta enronquece, Mi alma mejor que en la época del tibio reverdecer Desplegará ampliamente sus alas de cuervo».

El poema describe un ambiente de frío invernal en Francia, brumoso y lluvioso. En ese clima helado se vive un encierro hogareño durante largas jornadas nocturnas y somnolientas en el cual se siente a gusto el poeta, en contraste con «la época de tibio reverdecer», que alude a la primavera.

Mi experiencia cultural era ajena —en ese momento— a ese contexto natural y cultural del poema de Baudelaire y no podía crear el campo semántico penetrando en las imágenes de las experiencias plasmadas en el texto. Yo soy un ser caribeño que recientemente residía en Francia; un sujeto nacido y criado en un clima luminoso y caliente, en el sur de República Dominicana, donde el verano es el dios de las estaciones.

Entonces, el campo semántico era un concepto muy novedoso. Apenas se comenzaba a utilizar como técnica de análisis y comprensión de textos.

En 1972 Oswald Ducrot y T. Zvetan Todorov habían publicado una obra que fue recibida con mucho entusiasmo en el mundo académico: el *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*.

Aquella vez consulté esa obra para la realización de ese segundo ejercicio de campo semántico. Leí estos conceptos que entonces había subrayado y que ahora releo en La Biblioteca, más de cuarenta años después:

«El método de análisis de los campos semánticos elaborado por el alemán J. Trier permite demostrar que la articulación de una misma región nocional puede variar según las lenguas o los estados sucesivos de una misma lengua».

«Con énfasis aún mayor el norteamericano B. L. Whorf sostiene que cada lengua —o grupo de lenguas— está indisolublemente unida a cierta representación del mundo, que es inconcebible fuera de esa lengua».

En los dos párrafos antes citados se repite el mismo concepto relativo al campo semántico, aunque expresado por dos autores diferentes con distintas palabras. En el primero, campo semántico implica una región nocional, un conjunto de rasgos significantes, que «puede variar según las lenguas o los estados

sucesivos de una misma lengua»; en el segundo, ese concepto «está indisolublemente unido a cierta representación del mundo, que es inconcebible fuera de esa lengua».

Comprendí, a fuerza de fracasar en el análisis de un texto, que el campo semántico no es una simple técnica. La aplicación de ese concepto requiere el dominio de una lengua, pero eso no basta. Requiere capacidad de análisis textual, pero eso no basta. Requiere, ante todo, el dominio de una cultura, en cada estado de una lengua. Esa cultura es lo que me faltaba para interpretar y asignar sentido al poema «Brumas y lluvias» de Baudelaire.

Desde entonces y ante ese fracaso, me persigue el enfoque basado en el concepto cultura de la lengua, que lleva el título de una de mis primeras obras, *La cultura de la lengua* (1986), que escribí en los primeros años de mi regreso de Francia, quizá, espoleado por esa experiencia de análisis de un texto, mediante la aplicación del complejo concepto de campo semántico.

Un ambiente universitario afable y laborioso

El ambiente en las universidades francesas del tiempo en que estudié en París era similar al que, en general, reinaba en el país galo. Se vivía la etapa de transición posgaullista, luego del fallecimiento de Charles De Gaulle en 1970, caracterizada por la necesidad de reafirmar la V República y de producir los cambios requeridos por el nuevo período histórico.

El statu quo vigente en la sociedad francesa era el producto del compromiso entre los ideales y las conquistas. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando inicia el período gaullista, los logros habían sido muy importantes, pero también las aspiraciones pendientes.

Había pasado el impactante movimiento estudiantil de mayo de 1968. Era el momento de cosechar las reivindicaciones logradas, aunque nunca faltaban los reclamos de los estudiantes.

Quiero remarcar los dos adjetivos que mejor describen el ambiente durante aquellos años en el plano estrictamente universitario: afable y laborioso.

Las relaciones interpersonales eran amables y respetuosas. Había un trato amistoso entre los estudiantes; y cortés entre profesores y estudiantes.

Las clases eran laboriosas y colaborativas. Todos estábamos centrados en torno al propósito que nos convocaba: el académico.

En el aula las relaciones eran solo académicas. Funcionaban con base en el reconocimiento de los roles desempeñados por los profesores y los estudiantes y la misión que los unía.

Nos vinculaba el proceso enseñanza-aprendizaje. Cada uno sabía su rol y lo cumplía con plenitud, sin confusión de ningún tipo.

En el marco del aula, en las actividades ordinarias y en las evaluaciones, nadie podía contar con privilegio o flexibilidad en cualquier tipo de relaciones personales. Luego, fuera del aula, cada uno vivía su mundo privado y se relacionaba con el otro como mejor lo entendía.

Yo no tenía claro ese tipo de relación a mi ingreso a la universidad francesa. Fue algo que tuve que aprender, al ser parte significativa de mi formación, como se muestra en la experiencia siguiente.

En París, un sábado me encontré en la calle con mi profesor de lingüística, monsieur Le Goffic, vestido de manera informal con gorra, jean y tenis. Por lo general, iba trajeado a la clase.

Había un mitin de izquierda en el centro de la ciudad. Yo era refugiado político, de izquierda, y participaba en algunas actividades de protesta.

El profesor, ahí me percaté, también militaba en la izquierda y asistía al mitin. Al vernos nos reconocimos y nos saludamos. Durante un buen rato marchamos juntos en la multitud.

El lunes siguiente nos reencontramos en la clase. Fijé mi mirada en él, esperé que me mirara y que hiciera algún gesto particular hacia mí, como señal de que nos conocíamos y de que éramos camaradas. Esperaba, quizá, que como se estila en Santo Domingo en semejante situación, poniéndome el brazo en los hombros o chocándome las manos, me dijera algo como: «Oye, pana, qué bien estuvo la marcha».

Tremenda decepción, el profesor ni me miró, me ignoró. Evadió darme el trato que esperaba. Para él era uno más en la clase. Impartió su lección, dio las orientaciones, asignó las tareas para el siguiente encuentro, y ¡abur!

Así era ese sistema. Así estudié en Francia. El profesor te orienta lo necesario, pero no está ahí para que le preguntes y repreguntes lo que se te ocurra. Te asigna tareas, te las corrige, te evalúa, te reorienta agregando alguna retroalimentación. Pero te deja solo para que hagas tu trabajo, para que te responsabilices de tu propio aprendizaje.

No se confunden las relaciones. Tuve que acostumbrarme a descifrar el mensaje del vínculo entre profesor y estudiante como con las palabras de la canción de Manzanero: «Entre tú y yo no hay nada personal». Lo personal no aplica; tampoco el cuento de que somos compañeritos.

A raíz de esa experiencia con ese profesor aprendí, con dolor, algo que me sirvió en gran medida en mi carrera de profesor universitario: no se pueden confundir ni los roles ni las relaciones entre el profesor y el estudiante. En el aula, él es profesor; el estudiante es estudiante. Lo personal no cuenta. Las relaciones particulares entre ambos no deben influir en las relaciones académicas.

Ese suceso me produjo desengaño y desilusión por no conocer los códigos de la cultura francesa y, en específico, de los estudios universitarios en ese país. Para nosotros los latinoamericanos, ese tipo de relación nos crea dificultades.

Estamos acostumbrados a una mayor interacción personal, directa y espontánea. Entre nosotros se establecen relaciones muy fácilmente; pero lo malo de eso es que, comparados en los vínculos de cercanía, suelen desvirtuarse los procesos formales, académicos y de otros tipos.

En Francia yo tenía que contar solo conmigo mismo, sin familiares, amigos o colegas que se fijaran en mí y me ayudaran. Fue la gran lección que me dejó ese profesor.

Tenía colegas. En los cursos de la licenciatura de Enseñanza del Francés todos éramos extranjeros, pues era una carrera destinada a estudiantes que querían ser profesores de francés en sus respectivos países. En los cursos de la licenciatura de Letras Modernas había extranjeros y franceses.

Recuerdo con nostalgia a algunos compañeros de estudio de diversos países, incluidos franceses. Entre los extranjeros había unos cuantos estudiantes con quienes me juntaba con frecuencia en la biblioteca y compartíamos los materiales de lectura y la realización de las tareas de las clases.

El español Carlos y yo siempre estábamos juntos por simpatía personal y porque hablábamos el mismo idioma; nos equilibrábamos en el trabajo. De igual modo me juntaba mucho con la española Josefina; a expensas de mis esfuerzos, ella estaba siempre despistada. Con quienes mejor trabajaba era con las austríacas Elfi y Carola, muy laboriosas; también con la vietnamita Mai, muy aplicada, con quien además hice una bella amistad; a veces me invitaba a su casa, estaba casada y tenía una hija. Pero Victoria, norteamericana, era la que más me ayudaba con las tareas, tenía un nivel superior a todos nosotros en la clase. Ya había sido profesora de francés en su país.

A pesar de esas ayudas privadas, al margen de la dinámica de las clases, cada uno tenía que fajarse sin rescatarse el uno del otro, pues la evaluación no se hacía a bulto aunque se trabajara en grupo, sino individualmente, por el rendimiento de cada estudiante.

Yo siempre estaba atareado tratando de aprobar mis materias, aunque fuera con una calificación de C. Era un estudiante de B promedio; a veces sacaba una A, otras una C, pero por lo regular oscilaba en B.

No estaba seguro del resultado. Cuando un profesor me entregaba un trabajo corregido, temblaba. Casi todos temblábamos. Desde que al devolvernos el trabajo decían la fórmula «buen esfuerzo, pero...», ya sabíamos que nos había ido mal.

Nunca reprobé una asignatura, era lo principal, aunque no siempre me iba bien en las tareas asignadas. Ahí aprendí algo que ya sabía por mis experiencias de vida y que el tiempo me reafirmó en esa convicción: que una cosa es ser buen estudiante y otra es ser buen profesional y tener éxito.

La profesora Geneviève era diferente. Ella, una cincuentona, parecía una veinteañera: mujer bella, de ojos azules, en extremo brillantes. Enjuta, totalmente plana, pero no debilucha. Aunque, nos daba la impresión de que cuando caminaba se iba a caer o quebrar.

Me impartió varias signaturas de expresión oral y escrita. Era experta, con mucha experiencia en métodos y técnicas de enseñanza del francés.

Era partidaria de la Escuela Activa. Nos dejaba trabajar solos, bajo su guía, discretamente administrada. Planificábamos, realizábamos proyectos de clase, investigábamos.

En fin, a veces pensábamos que no teníamos maestros. Con ella aprendimos más que con los demás profesores.

Su evaluación era más cualitativa. De cumplimiento de tareas y por producto. De ella adquirí esa visión en la enseñanza, que luego por años apliqué a través del enfoque por competencia en las aulas dominicanas, en mis clases de Lengua y Literatura, y como planificador curricular.

La profesora Geneviève y una amiga francesa, Nicole, de la licenciatura en Letras Modernas, me hacían sentir muy cómodo en medio de ese ambiente educativo tan rígido, metódico, riguroso.

Coincidencia: Nicole y yo nos conocimos y nos juntábamos mucho en la Biblioteca Santa Geneviève en el centro de París, muy cerca de la universidad donde estudiábamos.

Junto a Nicole me sentía relajado. Nuestra relación era de estudiantes; de conversar de literatura, de hablar de los estudios, de cosas extrañas que a ella interesaban, etc. Nos sentíamos bien juntos. Nada más.

Nicole no se tomaba mucho afán y molestia con los estudios. Tenía la filosofía de vivir más, de tener más experiencias en el mundo. A ella no le importaban las notas. No estudiaba para hacer tareas y solo graduarse, sino por placer, porque le gustaba.

No tenía prisa, aunque tenía muy clara su meta de terminar los estudios y tener una carrera. Pero era joven, tenía 23 años.

De hecho, un día desapareció. No la vi más en el aula ni en la biblioteca durante un largo tiempo. Al año reapareció. Me dijo que se había ido de viaje a Brasil y a otros países de Suramérica.

Llegó con una transformación física y de vestuario. Originalmente ella era rubia, pero ahora era morena y tenía una facha de mujer latinoamericana. Usaba poncho y sandalias típicas de esa región. Había tenido novio y, sobre todo, se había iniciado en las artes adivinatorias mediante la práctica de la quiromancia, el horóscopo y el tarot.

Prosiguió los estudios, pero nuestras pláticas giraban ahora acerca de los astros, los signos zodiacales, las cábalas y los albures de la vida. Creía en la suerte y en el destino. Me deleitaba escuchándola, sorprendido de su transformación.

Así descubrí por qué Nicole y yo nos llevábamos tan bien. Ella quería hacer lo que yo había hecho. Vivir antes de estudiar; complementar los estudios con otras experiencias. Además, yo creía en cosas extrañas, cosas mágico-religiosas aunque lo encubriera y negara; de las razones por las que soy sureño y tamayero. Nicole fue un gran aprendizaje.

Ese ambiente amigable y tranquilo, en particular entre los estudiantes, fue un elemento fundamental que contribuyó a mi aprendizaje. No había intriga, recelo, discriminación o fobia de algún tipo.

Ese clima me permitió adquirir sin sobresaltos un bagaje conceptual y metodológico sobre la lengua y la literatura que no venía envuelto solo en teorías, historias, corrientes o movimientos literarios. Todo eso se decía en el mismo trabajo textual, a través del proceso de análisis e interpretación de las obras.

Durante esos estudios, además de los aprendizajes señalados, pude comprender y valorar la larga y fecunda tradición cultural y literaria francesa, la cual ha producido grandes obras que han ejercido una influencia decisiva en todo el orbe.

Consciente de ese legado, la sociedad francesa valora su literatura, sus obras, sus escritores. Se siente orgullosa y comprometida con su cultura, su lengua y su literatura, y se empeña en enseñarlas y difundirlas.

Eso puede ser constatado por cualquiera que haya estudiado en un liceo o en una universidad francesa, en Francia o en el extranjero. Una rápida ojeada a la bibliografía obligatoria y la optativa es reveladora de la cantidad de autores y obras requerida en los estudios en Francia en la carrera de Letras en el nivel universitario.

Incluso, en los estudios secundarios es grande la bibliografía literaria que los estudiantes deben leer y conocer para obtener el título de bachiller. Sin embargo, no se leen obras en el ámbito académico al azar y sin propósitos determinados.

En el liceo y en la universidad la clase de Literatura se rige por un canon o lista de obras consideradas como obligatorias. Es preciso leerlas y prepararse para comentarlas en pruebas orales y escritas que operan como cribas indispensables en la promoción académica.

Sin embargo, la lectura de ese tipo de obras responde a un propósito superior: es una manera de afirmar y realzar la cultura de un pueblo. Hay textos que se leen como obras-culturas, no solo como literatura, y no solo por su calidad literaria. Son aquellas que, además de la calidad y junto al valor literario, encierran un extraordinario valor cultural: recrean y guardan profundamente los rasgos más característicos y genuinos de una sociedad.

Nunca he podido darme cuenta, en definitiva, del valor de las experiencias adquiridas en la licenciatura. Pero mayor satisfacción me producía saber que el grado cursado era solo el inicio de mi formación universitaria en Francia.

Fue inmenso el regocijo cuando en 1978, a los 34 años, había logrado dos licenciaturas. Una en Letras Modernas, otra en Enseñanza del Francés Lengua Extranjera.

Cada vez que en La Biblioteca hurgaba en las notas de clase de la licenciatura vibraba al evocar el momento en que pude exclamar: ¡Por fin, tengo un título universitario!

En adelante, nada detendría mi desarrollo académico. La maestría y el doctorado sucedieron, sin interrupción, a la licenciatura.

LA MAESTRÍA EN LETRAS MODERNAS

Notas de clase del Seminario Semiología del texto

Cursar el posgrado para la obtención del diploma de la maestría es, por lo regular, un proceso complejo y difícil. Lo fue en mi época y en las condiciones en que realicé esos estudios. Este relato se focalizará en ese nivel de estudios en París y en los resultados obtenidos. Y, en especial, en el seminario en el que aconteció el proceso de formación que culminó en ese grado universitario.

Alcanzar el grado de magíster o maestro resulta ser una meta inalcanzable para un alto porcentaje de los aspirantes. El doctorado suele ser un obstáculo infranqueable para casi la mayoría de quienes se inscriben en ese nivel de estudios, que de por sí suele ser una minoría.

Es, por tanto, interesante, compartir los afanes de estudio de un maestrando exitoso, antes de obtener el diploma. Es lo que me propongo en este relato, al narrar el proceso de aprendizaje que me preparó para alcanzar ese resultado en el Seminario Semiología del texto y métodos de la crítica contemporánea, en la Universidad de París III durante el año lectivo 1978-1979, impartido por el profesor Michel Gauthier.

El seminario era el curso principal de la maestría. Los aprendizajes ahí adquiridos en semiología, semiótica y los métodos de

la crítica literaria fueron determinantes en mi formación. Esas disciplinas eran las más actuales en las ciencias del lenguaje; acumulaban los más importantes saberes, concentraban el aprendizaje fundamental y más relevante.

En notas manuscritas en una mascota amarilla conservo el contenido del seminario. Con la celosa complicidad de La Biblioteca, que las alojó en su seno, las cuidó y conservó intactas, he guardado esas notas de clase como un maravilloso tesoro.

Cuando las abro me invade la nostalgia. Las releo guiándome por las ralladuras, los tachones y los dibujos. Ahora las redescubro y limpio de las escorias del tiempo y el olvido. Me veo tendido sobre las páginas, ocupado y doblegado en un esfuerzo de recuerdo e imaginación, remontando al tiempo de su elaboración.

Son marcas que hoy resurgen con vibrante actualidad como elocuentes testigos del intenso crisol que representó el trabajo intelectual y académico desplegado en el seminario durante tres trimestres, del 18 de octubre de 1978 a finales de junio 1979, el cual culminó con éxito en julio en la maestría en Letras Modernas, criba augural de muchos más y mejores logros.

Esos esfuerzos son testimonios fehacientes de mis mejores aprendizajes. Su cronología está grabada al inicio de cada página de mis notas. Al visualizarla puedo recrear y leer, como reproducida en una fotografía, la fecha de cada clase marcada en la parte superior izquierda de la pizarra. Y así verme, puntual e inmancablemente, cada miércoles durante tres horas, de 2:00 a 5:00 p.m., en el aula BL03 de la Universidad París III.

Cuando recorro las notas de clase tomadas en vivo en mi activa participación en el seminario de semiología y semiótica; cuando evoco el arduo proceso de elaboración de los múltiples productos generados, sobre todo la tesis acerca del relato en la nueva novela francesa, lleno de asombro me doy cuenta de que el programa de maestría desarrollado representó y aún representa una invaluable fábrica de aprendizaje.

Ese programa se articuló con base en dos pilares de los estudios modernos en las ciencias del lenguaje: semiología del texto y métodos de la crítica contemporánea.

El primer componente resultó ser básicamente semiología: un denso y variado crisol de conceptos y teorías acerca del signo. El segundo, más bien semiótica del texto: rigurosa criba de lectura e interpretación de muestras ejemplares de la práctica contemporánea del análisis y la explicación del texto.

La cronología y el programa del seminario conforman la organización y el contenido de esta obra. Cada artículo es un tramo de las anotaciones de aquella inolvidable experiencia de aprendizaje.

En ella recupero los productos generados durante las sesiones y las actividades de esa inigualable experiencia de aprendizaje: notas de clase, trabajos prácticos y reseñas de lectura de los más destacados semiólogos y semióticos leídos y estudiados durante los cursos del seminario.

Esos son documentos que todavía conservan, en lo esencial, la prístina vigencia de aquellos días en las orientaciones y en los contenidos principales. He querido ser lo más fiel posible en la versión de esos viejos y acariciados textos que hoy dejo a la consideración del lector en esta obra. Su manipulación se ha limitado a traducirlos del francés, revisarlos y ajustarlos al formato en que ahora se presentan, actualizando o agregando algunos datos por amor del entendimiento.

Nada mejor que el relato de aprendizaje para contar todo eso. Es un modo adecuado y significativo para revivir las experiencias de superación de un individuo y una vida; en específico, de retornar en el tiempo hacia los hitos y los esfuerzos de mi formación universitaria.

Este relato me compromete también con el ambiente humano de aquel tiempo, que busco recrear a través de tenues pinceladas de significativos eventos en Francia, en mi patria, en el seno de mi familia y en el aula. En este relato también quiero rendir tributo

a mis profesores de la Universidad París III, en especial a quien describo como modelo de maestro, el profesor Michel Gauthier, conductor del seminario y orientador de mi tesis de maestría; y manifestar afectos a mis colegas estudiantes del Instituto Francés de Profesores para el Extranjero (I.F.P.E.)

Hay cursos, cursillos y lecciones importantes que un estudiante podría conservar con agrado y gratitud en la memoria de su formación. Pero lo que aquí evocamos no es uno de esos eventos interesantes que suelen impactarnos en la escuela o la universidad en la etapa de nuestro crecimiento académico. Se trata de algo más valioso: ese seminario ha sido el acontecimiento más importante de mi vida intelectual.

Representa la fragua forjadora de los fundamentos de mis estudios en las ciencias del lenguaje. Es, a la vez, el cuenco del virtuoso crisol y el tejido de la fina criba, que me lanzaron, definitivamente, al terreno del dominio del conocimiento y el manejo de la utilería en las más relevantes áreas de las humanidades. Significa la brújula que orientó mis andanzas, que llenó de sentido mis futuros retos y metas en el campo del saber humanístico.

Trimestre octubre-diciembre de 1978

18 de octubre

El profesor Gauthier y don Semeión

Era el primer día del seminario de la maestría en Letras Modernas. En el aula éramos unos 30 estudiantes. Impacientes por estrenarnos como maestrantes, desde muy temprano fuimos llegando y conversando mientras esperábamos la hora. Algunos nos conocíamos; habíamos cursado la licenciatura o nos habíamos encontrado en el campus universitario.

A las dos de la tarde apareció un señor con un maletín, que a todas luces era el profesor. Sin protocolo alguno saludó con tímidos gestos y voz suave, al tiempo que, apenas colocándose en su asiento, se presentó de manera lacónica: «Profesor Gauthier». Luego sugirió que, a su vez, cada participante se presentara brevemente.

El profesor Michel Gauthier era calvo, alto, delgado. Vestía con sobriedad y elegancia; llevaba un traje azul. Era de talante vivaz. Tenía una mirada penetrante y movimientos rápidos y seguros, pero tranquilos y pausados.

Sin embargo, en contraste con su aparente serenidad, y para sorpresa nuestra, inició la clase exhibiendo la fuerza y el volumen de un vibrante vozarrón. Su voz llenaba toda el aula y se escapaba hacia el pasillo. Se extendió en el tema de los estudios en las ciencias del lenguaje. Desde entonces ese término, que había acuñado en mi diccionario personal desde la licenciatura, se convirtió en una herramienta cotidiana de los nuevos aprendizajes y de mi futuro desempeño profesional.

Luego, con calma, de pie, moviéndose en el aula, recorriéndola de punta a cabo, el profesor se aplicó en una amplia disertación, en la cual, a grandes rasgos, definía las ciencias del lenguaje. Explicaba en qué consistían.

Apuntaba las amplias e integradoras perspectivas de esas ciencias. Nombraba las más importantes: la lingüística, los estudios literarios y la semiología. Las relacionaba con disciplinas afines, como la filosofía, las ciencias sociales y las ciencias cognitivas.

En fin, en el campo particular de la semiología enumeraba las principales orientaciones y las escuelas en el mundo. En Francia, en específico, señalaba a los más reconocidos especialistas en semiología y en semiótica.

No obstante su talante magistral de profesor universitario, Gauthier encarnaba a la perfección el maestro de primaria en el escenario de la enseñanza superior. Era un digno ejemplo de la enraizada cultura de la disertación, el dictado, la escritura y la copia en la escuela francesa.

Sin embargo, sembró el pánico entre sus estudiantes cuando en la parte introductoria, en ese primer día de clase del seminario, plantó en la pizarra el extraño y estelar vocablo griego que, a todos desconcertó: σημειον.

Desde entonces, don Semeión, que así empezamos a llamar a ese respetable sujeto, se convirtió para los estudiantes no solo en la palabra en torno a la cual giraba el aprendizaje, sino en el personaje principalísimo de una historia que nos inventábamos y referíamos en cada encuentro, en la cual, como en una fábula griega, el gigante don Semeión se aparecía cada mañana a la ciudad y con su enorme voz despertaba a los habitantes. Y así era el logos que comandada el destino de la gente, guiándole en la mente y las acciones.

Era una historia divertida que nos hacíamos para no sufrir y desesperar en ese momento inolvidablemente desconcertante. Los estudiantes nos quedábamos boquiabiertos. Nunca habíamos escuchado esa palabra.

No sabíamos pronunciarla ni escribirla, y mucho menos conocíamos su significado. Estábamos un tanto asustados, un tanto sorprendidos y maravillados.

Sin embargo, a través de ese vocablo nos iniciamos en la especialidad de los estudios del lenguaje y de los signos. Llenos de aprensión, comentábamos *sotto voce*. «Habrá que estudiar griego para conocer la etimología de la palabra».

El profesor sintió el murmullo y se apresuró a tranquilizarnos.

—No se preocupen por don Semeión que de eso trata el curso. Olvídense de estudiar por etimología. Aquí le vamos a torcer el pescuezo, zarandeándolo de aquí para allá y poniéndolo al nivel de un individuo común. Y entonces, así sabrán de sobra que semeión (con minúscula) equivale a *signe* en francés, a signo en español y a *segno* en italiano. Así de simple.

Hay otras palabras parecidas y del mismo nivel —continuó, como exorcizando del vocablo griego—: señales, iconos y símbolos, etc., pero hay tiempo de conocer el extenso vocabulario semiológico y todo el mundo semiótico.

Ahora lo importante es saber que todos esos términos se refieren al significado, a la significación. Sea a través de las palabras, de los objetos o de cualquier cosa. Y ese significado nos remite a la realidad, al mundo. Pero no digamos más por ahora.

Era demasiado para el primer día. La impactante personalidad del profesor y el apabullante desconcierto suscitado por don Semeión habían rebosado mis sensaciones. Me sentía agotado.

Sentado en mi butaca de la tercera línea exhalaba mis sorpresas y temores, rodeado de mis dos amigos, el español Carlos y la francesa Nicole, compañeros de estudio durante la licenciatura. Les comentaba mis aprensiones acerca del futuro en esta materia, encadenada a don Semeión.

Carlos, Nicole y yo éramos afines en muchas cosas. Ellos formaban una pareja de novios devotos del amor y, como yo, amantes de los estudios, la literatura y la lingüística.

Prisioneros del gigante don Semeión no hablamos más que de él en nuestras charlas, en el aula y fuera de ella, como la representación ideal y lejana de las ciencias del lenguaje, que en el seminario se focalizaban en la semiología, la semiótica y los estudios del texto.

Ellos me confortaban expresando la seguridad de que el profesor Gauthier era un capitán que, por su preparación y sus habilidades de buen maestro, sabría llevarnos a puerto seguro. Era algo que no dejaba de reconocer, y era mi gran alivio, en este viaje por la ruta de don Semeión.

Me consolé cambiando de tema y compartiendo con los amigos un motivo que me llenaba de alegría, ajeno a ese fantasma. Había llegado al aula rebosante de optimismo.

Tenía sobradas razones para mi buen estado de ánimo en ese primer día de clase de la maestría: había aprovechado al máximo los tres años de exilio en Francia.

En la misma universidad, París III, Sorbonne Nouvelle, había cursado la licenciatura en Enseñanza del Francés Lengua Extranjera y estaba cursando una segunda en Letras Modernas. La maestría recién iniciada iba a conducirme a un más alto nivel en mi formación.

Tenía familia. Una mujer, con quien deseaba tener hijos pronto. Tenía trabajo. Siempre me preocupé por obtener los recursos que dieran soporte económico a mis aspiraciones más trascendentes. Con lo que ganaba, podía apoyar a mi familia y continuar mis estudios.

En el departamento de envío de los diarios *Le Monde, France Soir* y otras empresas de la prensa, según donde me asignaran, despachaba periódicos de diez de la noche a seis de la mañana. Era una jornada nocturna muy dura, pero me sentía bien y contento. No me sentía discriminado por parte de los colegas franceses del trabajo.

Era aún joven, 33 años, y estaba en salud. Era feliz. Y, sobre todo, me encontraba en la plenitud de mi capacidad, energía y voluntad para alcanzar las metas que me había propuesto.

Pero el acontecimiento que más me llenaba de optimismo y alegría procedía de mi país, República Dominicana: terminaron los terribles gobiernos de Joaquín Balaguer, el responsable de la muerte, la desaparición y el exilio de miles de dominicanos.

Hubo elecciones presidenciales el 16 de agosto de 1978. Balaguer buscaba reelegirse para un cuarto mandato. Pero el pueblo le dijo no. Estaba harto de los desmanes de sus gobiernos durante doce años. Triunfó Antonio Guzmán Fernández, candidato del Partido Revolucionario Dominicano, entonces presidente de República Dominicana.

En el exilio dominicano en Francia hubo una explosión de alegría y esperanza. Festejamos ese acontecimiento con renovado brío y entusiasmo; como cuando el pueblo festejó la caída de Trujillo y sus remanentes.

Era una hora muy esperada en toda la población dominicana. Muchos desesperaban en la cárcel y el exilio, pensando que jamás veríamos el fin del oprobioso régimen de Balaguer. Hubo un renacer de las energías aletargadas.

Sobre todo, luego de conocerse que el presidente Guzmán acababa de firmar la ley de amnistía mediante la cual se excarcelaban los presos políticos y se permitía el regreso al país de los exiliados.

Esa ley cambiaba mi situación en Francia. Durante tres años viví con residencia y pasaporte de refugiado político, sometido a ese estatuto legal. Estaba bajo el amparo de las Naciones

Unidas. Era un invitado del Gobierno francés bajo el control de la Prefectura de París. Podía viajar a cualquier país menos a República Dominicana.

Ahora tenía la opción de cambiar ese estado. Retornar a mi país o quedarme viviendo en Francia en las condiciones regulares de los extranjeros. Y sin pensarlo, decidí continuar en Francia.

La mayoría de los dominicanos compañeros de exilio retornó inmediatamente. Pero yo no. Por primera vez en mi vida tenía en mis manos la decisión de vivir en el extranjero. Ahora era un simple inmigrante, por voluntad propia.

¡Qué milagro tan grande es sentirse libre!

◆0◆

25 de octubre

Semiología y semiótica

El profesor Gauthier brillaba por una disertación de variada tonalidad: calma y fluida a la vez que segura y enérgica.

Sin embargo, no era una expresión monótona ni aburrida. Salpicaba sus intervenciones académicas de curiosas digresiones sobre la vida de personajes importantes relacionados con el tema o de anécdotas sobre acontecimientos de la vida social e intelectual de Francia.

También, con frecuencia, sus palabras y sus miradas interpelaban al auditorio. A través de alusiones y preguntas motivaba la participación de los estudiantes y el intercambio de opiniones en la clase.

Las explicaciones eran bien documentadas. Había riqueza en el tratamiento de los temas. Se destacaba el manejo de abundantes

referencias bibliográficas relacionadas con las diferentes vertientes de estudio de los sistemas semiológicos y semióticos.

Seguir y aprovechar esas clases era un reto que mis amigos Carlos, Nicole y yo asumíamos con tesón. Asiduamente nos dábamos cita en la biblioteca de la universidad. Ahí, entre entusiasmados y temerosos, comentábamos lo bueno y lo malo de la situación: tener que leer y estudiar mucho para poder seguir el ritmo del profesor y entender la mitad de lo que decía.

El programa del seminario comprendía dos grandes ejes, semiología y semiótica, delimitados en temas fundamentales, entre ellos: fundamentos y perspectivas de la semiología, semiótica del texto, relación entre la lingüística y la estilística, prácticas de explicación de textos y grandes autores en la semiología y la semiótica.

La distinción terminológica entre semiología y semiótica me invitó a aguzar el entendimiento. El profesor fue estableciéndola quedamente y sobre la marcha, con breves conceptos y algunos ejemplos. Tuve que avivarme para comprender algo nuevo y ajeno a mi acervo educativo.

Pero había que captar no solo las palabras del profesor, sino también imaginar todo el contorno de sus explicaciones. Si no, la comprensión se me escapaba; máxime cuando las referencias principales, tan desconocidas por mí como la materia de estudio misma, eran de autores europeos cuyos proyectos respondían, en principio, al concepto de semiología.

En un momento el profesor afincó, con voz firme, aumentando el volumen de su vozarrón, el concepto madre y fundador: semiología es el estudio general y abstracto de los signos en un sistema o en un conjunto de sistemas.

La semiología trata de los sistemas y las clases de signos; de la interrelación de los signos en diversos sistemas: lingüístico, antropológico, artístico y filosófico, etc. La perspectiva semiológica es una percepción de los signos como elementos de un sistema general.

Se ocupa del concepto de los signos y de su tipología. Es, por tanto, un estudio paradigmático de los signos al considerarlos agrupados o formando serie con otros signos.

La observación de la relación vertical de las palabras frío y caliente, consideradas como integrantes del grupo de los sustantivos en español o en francés, es un ejemplo de la perspectiva semiológica.

Son unidades lexicales constitutivas de los sistemas lingüísticos correspondientes, que, al ser de la misma categoría gramatical, se asocian o relacionan verticalmente en el paradigma o clase de los sustantivos. Así:

Español / Sustantivos Francés / Sustantivos

frío froid caliente chaud

La semiología también trata de los signos en los sistemas no lingüísticos: la pintura, la música, el alfabeto, la sociedad en general; de los tipos de signos, sus significados y sus funciones.

En cambio, la semiótica se ocupa del estudio de un subsistema de signos particular y concreto dentro de un sistema general. Por ejemplo, el sistema lingüístico se sitúa en el ámbito de la semiología; mientras que el enunciado, el texto y el discurso atañen a la semiótica.

En esas dimensiones las unidades se agrupan en sintagmas y se relacionan en forma horizontal. Y, por tanto, se estudian en su funcionamiento y significación.

Así, la relación entre frío y caliente en un enunciado en español y en francés:

Español: El agua fría es tan agradable al paladar como el agua caliente.

Francés: L'eau froide est plus agréable au goût (au palais) que l'eau chaude.

Esas unidades se pueden analizar aquí desde varios niveles de la relación horizontal:

Nivel sintáctico: en ambas oraciones agua es sujeto y núcleo del sintagma nominal; caliente es complemento y forma parte del sintagma verbal.

Nivel (lógico) semántico: En la oración en español es una comparación de semejanza o equiparación (es tan... como) se comunica la idea de que el agua fría es igual de agradable al paladar que el agua caliente.

En la oración en francés es una comparación de contraste o diferenciación (es más... que) se comunica la idea de que el agua fría es más agradable al paladar (au goût) que el agua caliente.

Emile Benveniste, como se verá más detalladamente, es el principal abanderado de esa distinción entre semiología y semiótica. La primera estudia los signos abstractos en sistemas generales: lenguas, sistemas icónicos y gráficos, comunicaciones animales, comunicaciones informáticas, etc.; la segunda, las manifestaciones concretas o particulares de los sistemas generales: un discurso, un texto, una pintura, una manifestación cultural de cualquier índole.

En la presente obra se asume la distinción señalada por Benveniste y adoptada en el seminario. Hay, desde luego, otras concepciones acerca de esa distinción. En el seminario se estudiaron varias.

Así, Thomas Albert Sebeok (1920-2001), en su «Nota terminológica» a la obra *Fundamentos de la teoría de los signos*, de Charles Morris, fija la distinción con base en el simple uso terminológico en dos escuelas pioneras en esos estudios: la escuela europea francófona, cuyo fundador fue Ferdinand de Saussure, emplea el término semiología; en tanto que la anglosajona, en particular norteamericana, encabezada por Peirce, el término semiótica.

Ahora, por entre las grafías de mis notas siento brotar la voz del profesor Gauthier, expositor principal y responsable del curso: ahí están los dos tipos de relación entre los signos que fundan las dos vertientes de una misma disciplina.

En resumen, el profesor enfatizó, escuchen bien: la semiología estudia las unidades constitutivas de los sistemas y su relación en los paradigmas que los conforman; la semiótica estudia las unidades funcionales en un sistema y la relación entre sí, en el sintagma, la oración, el texto, el discurso.

Luego de la distinción entre semiología y semiótica, el profesor introdujo el tema de los tipos de estudios semiológicos, al indicar que había cuatro linajes que agrupaban a los más reconocidos semiólogos.

Propuso las disciplinas y en ellas algunos de los autores principales: Antropología: Maus, Dumézil, Lévi-Strauss, Vernant; Lingüística: Saussure, A. Meillet, Marcel Cohen, Benveniste, David Cohen; Filosofía: Platón, Aristóteles, la Gramática de Port Royal, Peirce, Morrison; Historia del arte: Cassirer, Henri Focillon, Elie Faure, Malreaux, Dutruit.

Esperaba ansioso las siguientes lecciones del profesor Gauthier. Pero ya valoraba el conocimiento de esos enfoques como un inapreciable caudal de prometedores aprendizajes.

◆0◆

8 de noviembre

Semiología antropológica

En La Biblioteca debo hacer grandes esfuerzos para descodificar e interpretar mis apuntes del seminario. Están repletos de borrones y tachones que delatan la improvisación y la rapidez de la escritura en la acción de aprendizaje durante las clases.

En ocasiones, párrafos enteros son ilegibles, pero nada impide que la emborronada libreta ceda a librarme, trazo tras trazo, el novedoso e interesante contenido del encuentro dedicado a la semiología antropológica en Francia, cuyos autores presentamos a continuación, con las imprescindibles actualizaciones desde la época de aquel seminario a la fecha de hoy.

Marcel Mauss: Ensayo sobre el don

Marcel Mauss (1872-1950) fue sociólogo, etnólogo, antropólogo. Sobrino de Émile Durkheim, el fundador de la sociología en Francia, Mauss es considerado el padre de la etnología francesa. Para Mauss la antropología estudia el conjunto de las sociedades humanas. Su obra cumbre es *Ensayo sobre el don* (1925), que trata acerca de los regalos o intercambios no mercantiles en las sociedades arcaicas, como se observa en estos pasajes:

«En las economías y los derechos anteriores a los nuestros, nunca se observan, por así decirlo, simples intercambios de bienes, riquezas y productos en un comercio llevado a cabo entre individuos. Ante todo, no son los individuos, sino las colectividades las que se comprometen unas con otras, las que intercambian y asumen contratos.

»Las personas que intervienen en el contrato son personas morales: clanes, tribus y familias que se enfrentan y se oponen, ya sea en grupos que se encaran frente a frente en el mismo terreno, ya sea por intermedio de sus jefes, ya sea de ambas formas a la vez.

»Además, lo que intercambian no son solo bienes y riquezas, muebles e inmuebles, cosas económicamente útiles. Intercambian, ante todo, cortesías, festines, ritos, colaboración militar, mujeres, niños, danzas, fiestas, ferias en las que el mercado no

es más que uno de los momentos y la circulación de las riquezas no es más que uno de los términos de un contrato mucho más general y mucho más permanente. Por último, esas prestaciones y contraprestaciones se realizan de forma más bien voluntaria, a través de presentes o regalos, aunque en el fondo sean rigurosamente obligatorias, a riesgo de desatarse una guerra privada o pública. Proponemos denominar todo este sistema de prestaciones totales».

Esta estrofa, colocada como epígrafe de esta obra, refleja ese espíritu de reciprocidad de esos intercambios:

«Hay que ser un amigo para su amigo y devolver regalo por regalo; hay que tener risa por risa y falsedad por mentira».

Son fundamentales otras obras de Mauss como *Manual de etnografía* (1947) y *Antropología y sociología* (1950), en general, compiladas por sus discípulos en vida del autor o póstumamente, basados en trabajos que publicó en revistas. En sus trabajos se destacan tres interesantísimas ideas desde el punto de vista de la semiología antropológica, que integran en el ser humano lo social, el lenguaje y la comunicación no lingüística, en particular la gestual:

- 1. Nada se entiende de los seres humanos sí, en primer lugar, no se les ve desde el punto de vista de su sociabilidad.
- 2. En todos los comportamientos humanos hay un intercambio simbólico, un intercambio de signos.
- 3. Todos los comportamientos humanos sin excepción tienen un aspecto de lenguaje simbólico gestual: la forma de caminar, los movimientos, las formas de sociabilidad, el movimiento de la cabeza, etc.

Marcel Jousse: el gesto es el ser humano

Marcel Jousse (1886-1961) jesuita, antropólogo y lingüista francés, alumno de Marcel Mauss, explora en sus investigaciones una maravillosa dimensión del ser humano: el gesto y el mimismo. Es un mundo de percepciones que nadie como él se dedicó a estudiar.

En los gestos radica y de ellos fluye la energía viva que propulsa nuestra condición de seres humanos. Una ciencia se ocupa de su estudio: la antropología del lenguaje, que abarca en conjunto, las expresiones humanas o las gesticulaciones significativas.

La antropología de este autor es semiología antropológica cuyo principal aporte radica, a nuestro entender, en la idea de que el gesto es la fuente del ritmo; comenzando por el ritmo biológico, el cual se transforma y manifiesta en el ritmo melódico y en el ritmo lingüístico.

La antropología del lenguaje es para Jousse una ciencia más amplia y rica que la lingüística, puesto que esta última se ocupa solo del estudio de las lenguas en sus manifestaciones orales y escritas; mientras que la ciencia jousseana estudia tres áreas del lenguaje humano en las cuales están incluidas las realizaciones lingüísticas y otras más: el mimetismo (imitación) humano, el cinemimetismo (mimetismo de los movimientos) y el fonomimetismo (mimetismo de los sonidos).

La antropología del gesto es el campo de investigación al que Jousse se dedicó en sus cátedras en la Sorbona y la Escuela de Altos Estudios con base en un planteamiento fundamental: el gesto es el ser humano. En su obra *La antropología del gesto*, en tres volúmenes, el autor llama gestos a todos los movimientos que se ejecutan en el cuerpo.

Algunas afirmaciones novedosas y desafiantes en sus trabajos antropológicos son:

- 1. La expresión humana tiende a hacerse cada vez más finamente expresiva por el ritmo biológico y por el ritmo melódico;
- 2. La garganta es el centro del estilo oral y del ritmo melódico: la palabra rítmica;
- 3. Los gestos de la articulación de la palabra son idénticos a los gestos de la manducación; ambos tipos tienen a la boca como centro.

De ahí el juego semántico articulación-manducación, manducación-articulación. Eso implica que, al usar la boca, al hablar y articular los sonidos, el hablante se come la palabra como se come los alimentos al manducar. A partir del estudio de esas dimensiones Jousse descubre valores no estudiados por otros investigadores. Su obra representa un novedoso enfoque y un gran aporte al conocimiento semiológico y antropológico.

Georges Dumézil: las tres funciones de las sociedades indoeuropeas

Georges Dumézil (1898-1986), filólogo y antropólogo francés, fue un gran comparatista cultural y lingüístico. Conoció y habló diversas lenguas. Investigó el parentesco formal y el valor de civilización de las lenguas indoeuropeas: latín, griego, sánscrito.

Sin embargo, el mito es su tema central. Fue un gran mitólogo. Estudia los mitos religiosos como un fenómeno banal. Para Dumézil un mito es igual a una etiología, un origen y una causa, y una estructura. El mito es una historia, un relato más, una estructura.

Sus grandes aportes semióticos y antropológicos se centran en el estudio de la ideología tripartita de los mitos indoeuropeos, que expone en la obra *Mito y epopeya I. La ideología de las tres funciones en las epopeyas de los pueblos indoeuropeos*; así como en la descripción de la estructura trifuncional de esos mitos, en la obra *Los dioses soberanos de los indoeuropeos*, en

la cual destaca: la función soberanía, la función guerrera, y la función alimenticia.

En esta obra afirma el autor: «La teología de las tres funciones no es una creación de los indoiranios. Entre los indoeuropeos occidentales, los romanos más antiguos y los umbríos mantienen una variante muy estructurada, como también hacen, con innovaciones más considerables, los pueblos germánicos y los pueblos célticos, en especial los más conocidos, los escandinavos y los irlandeses. Los griegos, críticos e inventores, situados en la franja de las grandes civilizaciones del Mediterráneo oriental, sin duda presentan aplicaciones importantes y variadas, aunque entre ninguno de ellos sea ya el marco general de reflexión».

A través del análisis semio-antropológico muy detallado de textos fundamentales de diferentes tipos (prosa, poesía, canciones, himnos, etc.), Dumézil resalta esas funciones en las diversas sociedades indoeuropeas, las cuales representan el conjunto de actividades que desempeñan los grupos y los individuos; pero sobre todo, son los espacios de poder de las clases o las castas y de repartición de los roles de subordinación y dominación.

La función soberanía es ejercida por la clase social más alta: la de gobernantes, sacerdotes y juristas. Esa función se subdivide en la función mágico-religiosa y la función militar. Desde época muy antigua aparece la oposición religioso-militar. La función guerrera es desempeñada por la clase de guerreros, bajo las órdenes de los gobernantes. La función alimenticia es la de los agricultores, pastores y, en general, de la gente de trabajo físico y productivo.

Los diversos panteones indoeuropeos son estructurados de la misma manera. Hay dioses que actualizan las tres funciones. En los dioses griegos: la función soberanía, relacionada con los sacerdotes; la función guerrera, ejercida por Ares: dios; y la función alimenticia, que corresponde a Deméter, dios. Dumézil pone en evidencia las homologías en la repartición de los panteones

hindúes y latinos. La función de soberanía es ejercida por la actividad mágico-religiosa y la actividad militar.

Las sociedades indoeuropeas en las eras mitológicas se estructuraban jerárquicamente con base en esas tres grandes funciones, que las sociedades actuales han heredado y continúan en lo fundamental, a pesar de las grandes transformaciones que la humanidad ha experimentado desde entonces hasta las épocas modernas y posmodernas.

Claude Lévi-Strauss: cumbre de la antropología semiótica y estructural

Claude Lévi-Strauss (1908-2009) era antropólogo, filósofo y etnólogo. Desde mediados del siglo XX ha sido el más importante antropólogo francés; sin embargo, se inició como filósofo. En su obra *Tristes trópicos* (1955) explica cómo fue su comienzo en la antropología y la etnología:

«Mi carrera se resolvió un domingo de otoño de 1934, a las nueve de la mañana, con una llamada telefónica. Era Célestin Bouglé, en ese entonces director de la Escuela Normal Superior. Desde hacía algunos años me dispensaba una benevolencia un poco lejana y reticente; en primer lugar, porque yo no era un exnormalista, luego y, sobre todo, porque, aun si lo hubiera sido, no pertenecía a su equipo, por el cual él experimentaba sentimientos muy exclusivos. Sin duda, no pudo hacer una elección mejor, pues me preguntó bruscamente: "¿Siempre tiene el deseo de practicar etnografía?". "Desde luego". "Entonces presente su candidatura como profesor de sociología en la Universidad de São Paulo. Los suburbios están llenos de indios, y usted les podrá consagrar los fines de semana. Pero es necesario que dé su respuesta definitiva a Georges Dumas antes del mediodía".

»El Brasil y la América del Sur no significaban demasiado para mí. No obstante, veo aún con gran nitidez las imágenes que inmediatamente evocó esta proposición inesperada. Los países exóticos se me aparecían como lo opuesto a los nuestros; el término de "antípodas" encontraba en mi pensamiento un sentido más rico e ingenuo que su contenido real.

»(...) Preparaba mi agregación en filosofía. Hacia ello me impulsaban tanto una verdadera vocación como la repugnancia que había experimentado frente a los estudios que había intentado hasta el momento (...). Empero, adivino causas más personales de la rápida repugnancia que me alejó de la filosofía y me hizo aferrarme a la etnología como a una tabla de salvación».

En esa obra Claude Lévi-Strauss se apartó de los relatos de viaje anecdóticos y pintorescos frecuentes en la literatura francesa desde siglos atrás, acerca de civilizaciones consideradas salvajes y exóticas. No obstante, se nota aquí la nostalgia por las sociedades inmovilizadas; de ahí su interés por los ritos y los mitos amazónicos. En la Amazonia la civilización desaparece y permanece estable. Él ama esa civilización. En su obra referente al sabio, en la estructura de parentesco las mujeres son objetos de cambio entre las familias o los clanes. El sistema de parentesco determina un lenguaje.

Para el autor, los comportamientos humanos son de naturaleza simbólica. Lee los hechos culturales como hechos simbólicos, tratando de descubrir una gramática universal de la mitopoética. Mitos: Edipo, Percival, Amerindio. Estudia los comportamientos gestuales y técnicos del cuerpo. La manera de caminar, los movimientos. Formas socializadas: movimientos de la cabeza, la manera de hacer el amor, pues en todos los comportamientos humanos hay un aspecto de intercambio simbólico. Intercambios preferidos por nuestros contemporáneos, ya que se intercambian los signos como mercancías.

Entre los antropólogos franceses, Lévi-Strauss es quien mejor ha hecho posible el diálogo de saberes entre las ciencias sociales y las ciencias del lenguaje, a partir de temas de la cultura como el sistema de parentesco y de los mitos, con base

en los enfoques de la semiótica y el estructuralismo. En antropología impuso la orientación de la semiótica de cariz semántico y estructuralista, con obras como: *La estructura elemental del parentesco* (1949); *Tristes trópicos* (1955; *Antropología estructural I* (1958); *El pensamiento salvaje* (1962); la serie de títulos *Mitológicas I* (1964); *Mitológicas II* (1968); *Mitológicas IV* (1971) y *Antropología estructural II* (1973).

Dada la vigencia del estructuralismo desde mediados del siglo XX, en gran parte bajo el influjo de la lingüística de Ferdinand de Saussure, era difícil practicar una semiótica, una poética, una crítica literaria, un análisis del discurso, una sociología, una antropología, que no fueran estructuralistas. Importantes autores de la época pertenecientes a otros campos de estudio, en particular a la antropología, abrazaron el estructuralismo. El caso más notable es el de Lévi-Strauss, como lo afirma Jean-Claude Coquet: «Con C. Lévi-Strauss, era la "extensión de la teoría saussureana a la sociología"».

Jean-Pierre Vernant: el gran historiador y mitólogo de la Grecia antigua

Cuenta Jean-Pierre Vernant (1914 -2007) en su obra *Mito y pensamiento en los griegos* que la palabra «coloso» no tenía para los griegos el sentido actual de efigie de dimensión gigantesca, «colosal». En su origen, la palabra no se refiere al tamaño sino a la posición: la idea de algo erigido, de pie, dentro del vocabulario griego de la estatua. La fijación y la inmovilidad eran también suplicios que soportaban esas divinidades de piedra antropomorfas.

«A través del coloso, el muerto remonta a la luz del día y manifiesta a los ojos de los vivos su presencia». Los griegos pusieron toda la filosofía humana en los colosos; eso cuentan las mitologías y es de creerse. Un coloso es un filósofo meditando en una tumba o en el desierto. Así se dijo, así es.

Vernant es un antropólogo, filósofo e historiador francés de la Grecia antigua, en particular, es el gran mitólogo de esa cultura. Estudia los mitos en importantes obras como *El universo*, los dioses, los hombres y en *El relato de los mitos griegos*. Estudia también la mentalidad griega en otras obras como *Los orígenes del pensamiento griego, Mito y pensamiento en la Grecia antigua, Mito y religión en la Grecia antigua*, en las cuales explica la historia, las monarquías, la cultura y el desarrollo tecnológico y científico de esa civilización.

Así explica él su inicio a esta disciplina, en la continuidad de otros grandes mitólogos franceses que le precedieron: «Después de Dumézil y de Lévi-Strauss, la fiebre de los estudios mitológicos se había apoderado de un puñado de helenistas del que formaba parte, y nos habíamos lanzado a la exploración del mundo legendario de la antigua Grecia».

En realidad, para Vernant el estudio de los mitos griegos era sobre todo un juego y una afición, que compartía con sus nietos a quienes contaba viejas historias de los griegos. Por eso, el título original que quiso poner a su libro *El universo*, *los dioses*, *los hombres*. El relato de los mitos griegos era: «Érase una vez...».

Porque, así como un relato, en forma narrativa y como una imitación de los relatos que estudia, él se adentra en el análisis profundo y detallado de la mitología griega. «El relato mítico, a diferencia del texto poético, no solo es polisémico en sí mismo por sus múltiples planos de significación».

Por tanto, su obra es tan mítica como los mitos que estudia, los cuales empiezan así: «¿Qué había antes de que existiera el mundo? Los griegos contestaron esta pregunta mediante unos relatos y unos mitos».

Y a continuación nos dice el autor que al principio existió el Vacío y el Caos. En el subsuelo de la Tierra existía el Caos. Luego aparece la Tierra, Gea. Después del Caos y la Tierra aparece Eros.

Sin necesidad de apareamiento, sino de sí misma, la Tierra que es femenina y madre, pare a una importante criatura: el Cielo. A continuación, trajo al mundo el agua. Y, así, pero más tarde, aparece Cronos, el hijo más joven de la Tierra y a la vez el más audaz...

Luego aparecieron los dioses y la guerra entre ellos, de la soberanía de Zeus y de las edades del mundo. Historia maravillosa según las edades de Hesíodo: Edad de Oro-hombre masculino; Edad de Plata; Edad de Bronce; Edad de Hierro. En la Edad de Oro los hombres y los dioses sin mujeres nacen directamente de la tierra que consume los frutos sin trabajar. Ellos no mueren. En la Edad de Bronce los hombres tienen el derecho a una inmortalidad personal. Los héroes son inmortales.

La Edad de Hierro es la edad de los hombres prometeos. Da a los hombres el privilegio de los dioses de la posesión del fuego bajo un contrato: el sacrificio que une los hombres a los dioses. Los hombres ya no nacen de la tierra (Edad de Oro) sino de las entrañas de una mujer. Se nutren del trabajo de la tierra y son mortales. Esos tres aspectos, la mujer, el trabajo y la muerte, están asociados en la mitología a la desgracia de los hombres.

La mitología es el tema más frecuente y seductor en este autor. Pero en conjunto, Vernant trata de restablecer los fenómenos de la civilización de la Grecia antigua en su complejidad, al establecer cómo todos los códigos sociales se articulan unos con otros. Es un autor fundamental, muy asequible en su estilo, y la mayoría de sus obras está traducida al español.

Marcel Detienne y la escuela antropológica francesa

Se podría decir que con el fallecimiento de Marcel Detienne (1935-2019), el 21 de marzo de 2019, desaparecieron los principales exponentes de la escuela antropológica francesa, que se extendía de Mauss, Jousse, Dumézil, Lévi-Strauss, Vernant a Detienne. Es una escuela muy coherente en estos tres sentidos:

- 1. Estaba conformada por autores de los siglos XIX y XX que, en general, compartían la perspectiva etnocéntrica e imperialista europea de donde estudiaban las sociedades y las culturas de otras épocas y áreas geográficas.
- 2. El concepto de antropología se aplicaba al conjunto que abarca la sociología, la etnología y la antropología cultural, por oposición a la antropología física, que se ocupa de la descripción de razas, etc.
- 3. El punto de vista central en todos esos autores es la valoración del carácter simbólico y comunicativo en los seres humanos. De ahí, la perspectiva semiológica en el tratamiento de la cultura.

En esa orientación se sitúan los trabajos de Detienne, un antropólogo y filósofo belga, pero formado en París, discípulo de Jean Pierre Vernant y su compañero de trabajo en múltiples proyectos; autor de vasta producción en el estudio de la mitología griega, al igual que su maestro, como lo atestiguan algunas de sus más trascendentales obras, en las cuales se replantean constantemente sus propias hipótesis: Los jardines de Adonis. La mitología griega de los aromas; Los maestros de verdad en la Grecia arcaica; La invención de la mitología; Los griegos y nosotros; La muerte de Dionisos.

Una cuestión que Detienne se plantea es la presencia o la ausencia de la escritura en una civilización dada. Le interesa la incidencia de la escritura en el pensamiento mítico. Y lo más importante: el caso de una civilización en la que la escritura es reciente y hay coexistencia, yuxtaposición, de una tradición oral y una tradición escrita.

La memoria no funciona del mismo modo en las civilizaciones sin escritura y en las que tienen escritura. En las carentes de escritura existe una élite social que memoriza por todos; una estructura particular del texto que facilita la memorización.

Esa antropología es inseparable de la semiología. Guarda estrecha relación con la lingüística. Se enfatizan aspectos diversos del comportamiento humano que exploran códigos comunicativos y simbólicos.

◆0◆

15 de noviembre

Semiología lingüística

Hoy es un día de gran emoción en mi vida. Mi mujer me sorprendió en las primeras horas de la mañana anunciándome la maravillosa noticia de que estaba embarazada. Eso me ha hecho muy feliz. Por fin iba a ser padre por primera vez a los 35 años.

En el seminario, el tópico de este día giraba en torno a las diversas concepciones acerca del signo, para dar inicio así al estudio de los grandes semiólogos y semióticos. Las teorías de Peirce, Saussure, Benveniste y otros relevantes autores eran temas específicos que se irían abordando en los sucesivos encuentros.

Estamos entrando en el plato fuerte de las clases, me comentó el amigo Carlos.

El profesor Gauthier dictaba sus clases en forma pausada, palabra por palabra, sílaba tras sílaba, casi deletreando, como si los estudiantes de la maestría fuéramos alumnos de primaria.

De tanto en tanto recurría a la pizarra, de donde repetía con tono enfático conceptos claves, mientras en letras redondas dibujaba con fuertes trazos nombres propios, fechas y palabras difíciles de escribir según la ortografía francesa, o extrañas porque procedían de otros idiomas.

En la semiología lingüística escuché con extrañeza por primera vez el nombre del lingüista francés Michel Bréal.

Hay autores imprescindibles en una disciplina de estudio. Uno de esos es Ferdinand de Saussure en la lingüística, con la obra *Curso de lingüística general* (1915). Pero lo es también, Michel Bréal (1832-1915), inspirador de Saussure con su *Ensayo de semántica* (1897). La semántica es la parte de la ciencia del

lenguaje que trata de la significación: zona de contacto entre el sistema de la lengua y la realidad.

Ese autor francés, además de ejercer una influencia reconocible en el padre de la lingüística moderna, es considerado el padre de la semántica moderna con la referida obra, de la cual copiamos tres interesantísimas y pioneras ideas sobre el valor intelectual o semántico de la lengua, expuestas, además, y no es lo de menos, en un estilo didáctico, sencillo y ameno.

a) Sobre los nombre de las cosas: nombramos de forma incompleta e inexacta.

Bréal se pregunta lo mismo que Platón en *Crátilo*, ¿cómo las personas dan nombre a las cosas? He aquí una de sus respuestas:

«De todo lo anterior podemos sacar una conclusión: no hay duda de que el lenguaje designa las cosas de forma incompleta e inexacta. Incompleto: porque no hemos agotado todo lo que se puede decir del Sol cuando hemos dicho que brilla, o del caballo cuando hemos dicho que corre. Inexacto, porque no se puede decir del Sol que brilla cuando está acostado, o del caballo que corre cuando está en reposo, o cuando está herido o muerto.

»Los sustantivos son signos adheridos a las cosas: apenas contienen la parte de verdad que un nombre puede contener, parte necesariamente tanto más pequeña cuanto más real tenga el objeto. Lo que hay en nuestros lenguajes más adecuado al objeto son los sustantivos abstractos, ya que representan una simple operación de la mente: cuando tomo las dos palabras compresibilidad, inmortalidad, todo lo que hay en la idea está en la palabra. Pero si tomo un ser real, un objeto existente en la naturaleza, será imposible que el lenguaje incluya en la palabra todas las nociones que este ser o este objeto despierta en la mente. El idioma tiene que elegir. Entre todas las nociones, el lenguaje elige una sola: crea así un nombre que no tarda en convertirse en signo».

b) Sobre el lenguaje y la realidad: las palabras resumen un funcionamiento del espíritu.

«Acostumbrados como estamos al lenguaje, no imaginamos fácilmente la acumulación de trabajo intelectual que representa. Pero para convencerse de ello basta con tomar una página de cualquier libro y recortar todas las palabras que, sin corresponder a ninguna realidad objetiva, resumen un funcionamiento del espíritu. Casi nada quedará de la página así tachada. El campesino que habla del clima o las estaciones, el comerciante que elogia su surtido de alimentos, el niño que trae sus notas de conducta o progreso, se mueven en un mundo de abstracciones. Las palabras número, forma, distancia, situación... son todos conceptos de la mente. El lenguaje es una traducción de la realidad, una transposición donde los objetos ya están generalizados y clasificados por el trabajo del pensamiento».

c) Sobre la importancia del lenguaje en la educación

«No hay razón para temer que alguna vez menospreciemos la importancia del lenguaje en la educación de la humanidad. Podemos confiar en el sentimiento de las madres en este punto: su primer impulso es hablar con el niño, su primera alegría al escucharlo hablar. Luego vienen los maestros de todos los grados, de todo tipo, cuyo arte en cada uno supone el lenguaje, si es que no se confunde del todo con él. En todos los países, en la antigüedad como ahora, en China e India como en Atenas y Roma, el lenguaje proporciona tanto el instrumento como el material para la primera enseñanza».

Es interesante esta información:

En 1997 se cumplía el centenario del *Ensayo de semántica:* Ciencia de las significaciones, de Michel Bréal. Para conmemorarlo, Marcos Martínez y Dolores García Padrón encabezaron como presidente y secretaria, respectivamente, un grupo de colegas de la Universidad de La Laguna que organizó el Congreso Internacional de Semántica, celebrado en octubre de ese año. El resultado del evento son las nutridas actas en dos tomos

con las conferencias plenarias de Coseriu, Benjamin García-Hernández, Geckeler, Francisco Rodríguez Adrados, Salvador Gutiérrez Ordoñez, Ramón Trujillo y Wotjak.

Luego escuché otro nombre clave en la lingüística francesa: Antoine Meillet (1866-1936), un gran comparatista que amplió el marco de la clasificación genealógica de las lenguas indoeuropeas. Por su intermediación Marcel Cohen y Emile Benveniste conocieron a Saussure, en la época en que el padre de la lingüística moderna fue profesor en Francia.

Marcel Cohen (1884-1974) fue un prolífico lingüista francés, especialista en lenguas semíticas, a las que dedicó varias de sus investigaciones. Como Meillet, era un gran comparatista e indoeuropeísta, orientación plasmada en la obra *Introducción al estudio comparativo de las lenguas indoeuropeas* (1903).

En ella trabaja el parentesco lingüístico basado en la morfología de las lenguas, que es, para ese autor, la parte más relevante de una lengua. Por tanto, es un fiel continuador de la visión morfológica de Saussure.

En sus últimas producciones se dedicó a mirar el comportamiento del francés. Produjo varias obras sobre ese tema, a las que dio el título común: mirada a la lengua francesa.

En ese proyecto fueron aspectos importantes la escritura y el estilo. Para Cohen la escritura tiende a establecer correspondencias reglamentadas entre la lengua (fenómeno oral) y la escritura: fonema-escritura. En una civilización oral puede existir una forma literaria.

Gracias a la escritura, el siglo XIX se caracterizó por dar una gran difusión a la imagen. La reproducción de las imágenes fue considerada como una revolución más crucial que la invención de la imprenta, para el desarrollo del pensamiento humano y el pensamiento científico.

Por su parte, Thomas A. Sebeok aborda la semiología en la relación entre comunicación humana y comunicación animal,

con lo que amplía los conocimientos de la comunicación animal a través de la zoosemiótica, disciplina en la que produjo importantes aportes. En ese sentido se aproxima a Emile Benveniste, pionero en el tema.

David Cohen (1922-2013) trabajó la noción de dialecto: geográfico-sociocultural. Afirmaba que en una misma ciudad había formas lingüísticas en función de las capas sociales. El *stock* lingüístico para cada uno puede ser diferenciado. Pero a lo interior de cada dialecto, cada uno dispone de varios registros de lengua.

Existe un dialecto común, social —son los lenguajes sociales: geográfico, sociocultural y conversacional— ligado a la conversación. Pero también un dialecto individual, el idiolecto: lenguaje individual. Sin embargo, en los hechos lingüísticos no existe un yo esencial. El yo es un modo de existencia en relación con el otro.

Cada uno de nosotros pertenece a grupos sociales diferentes: social, profesional, etc. Lo que hace el idiolecto es el reagrupamiento en cada quien de todos esos dialectos.

Las funciones del lenguaje se trataron a partir de autores como Otto Jespersen, *El lenguaje* (1922); André Martinet, *Elementos de lingüística general* (1970), y Roman Jakobson, *Cuestiones de poética* (1973).

La bibliografía citada por el profesor era amplia. Pero él quiso restringir su estudio al marcar con tiza color rojo en la pizarra los autores y las obras fundamentales.

En adelante, en el seminario se alternaban los temas generales con el estudio específico de esos autores. Las evaluaciones se pusieron en pie en los temas generales: control de la participación en las clases, trabajos semanales y un final del seminario. Cuando la clase giraba en torno a un autor, había control de lectura: fichas técnicas, reportes escritos, exposiciones orales y participación en los intercambios.

Desde esta jornada del seminario, nos sometimos a un plan de estudio de los semiólogos y semióticos señalados por el profesor. Se comenzó por los lingüistas; entre ellos, el principal, Saussure.

22 de noviembre Ferdinand de Saussure

El profesor nos recomendó leer primero el *Curso de lingüística general* (1916) de Ferdinand de Saussure (1857-1913), pues la orientación del seminario privilegiaba la semiología de base lingüística, rasgo que, en general, distingue a las ciencias del lenguaje de otras ciencias.

Y en esa semiología Saussure es fundamental. Él nombra semiología a la ciencia general de los signos.

Durante la licenciatura había leído algo del lingüista ginebrino, y en el seminario su nombre se me hizo familiar. ¿Pero por dónde empezar el estudio de Saussure?, me preguntaba y preguntaba a Carlos y a Nicole cuando los tres acogimos gustosos la tarea de presentar en clase una especie de iniciación a la lectura de ese autor.

Sin dudas, por el texto del curso, coincidimos los tres. Pero son tantas las ediciones de esa obra que no sabríamos cuál utilizar. Fue un dilema que resolvimos indagando en la biblioteca de la universidad y en las librerías cercanas en el Barrio Latino.

Desde esa búsqueda, en La Biblioteca conservo varias ediciones del curso, que ahora redescubro actualizando estas notas del seminario. En particular, había dos que nos creaban el dilema, una en español y otra en francés.

La primera es una decimosegunda edición en español de 1973 de la Editorial Losada basada en la primera edición de 1945 con traducción del francés, prólogo y notas del célebre lingüista español Amado Alonso. La segunda, en francés, era de 1976, de la Editorial Payot. Es una reproducción de la edición de 1972 de la misma casa, edición crítica preparada por Tulio de Mauro, célebre lingüista italiano que en su país fue quien tradujo a esa lengua por primera vez el *Curso de lingüística general*.

El contenido de las dos versiones es el mismo. Ambos editores destacan exactamente la inscripción de los créditos a los redactores de la obra póstuma de Saussure: «Publicado por Charles Bally y Albert Sechehaye con la colaboración de Albert Riedinger». Por tanto, mis amigos y yo nos quedamos con las dos ediciones, sobre las cuales presentamos nuestro trabajo en el seminario.

En estas notas, al revisar lo que llevo resaltado en ambos textos, tomo del prólogo de Amado Alonso esta observación importantísima para situar la orientación positivista de la lingüística de Saussure, que, en definitiva, representa un valor translingüístico agregado:

«El *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure es el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo; el más profundo y a la vez el más clarificador; es la suya una posición científica positivista, sí; pero la doctrina de Saussure es algo más que el resumen y coronación de una escuela científica superada…».

Amado Alonso no olvida la parte personal en el trabajo del lingüista y su contribución al progreso de la ciencia, una de cuyas virtudes originarias es la de: «fecundar el pensamiento lingüístico...».

El prólogo de Tulio de Mauro destaca también aspectos originales en la obra de Saussure. En este yo había subrayado varios fragmentos. Uno apunta el alcance translingüístico del curso: «Se sabe, de otra parte, cuánto la lingüística, la semiología y la antropología de nuestro tiempo deben a Saussure. Conceptos y temas contenidos en el *Curso de lingüística general*

han sido utilizados en el centro de diferentes direcciones de investigación».

La pronunciación de la palabra guerra por un hablante, ejemplo que Tulio de Mauro toma de Saussure, enfatiza la dimensión translingüista de la lengua:

«Él invita a sus alumnos a prestar atención a un individuo que está hablando y que exclama, por ejemplo: "¡La guerra, le digo, la guerra!"».

La diversidad de interpretación que esa expresión suscitaba dio lugar a que Saussure pensara que se trataba del habla como acto individual. Y, para apartarse de esta, en su lugar propuso que la lingüística debía tomar como objeto la lengua, fenómeno social, más estable y objetivo que el habla.

Sin embargo, Tulio de Mauro señala dos aspectos que reenvían la discusión al ámbito translingüístico, el contexto y el discurso:

«...guerra varía porque hay en otros contextos, matices diferentes»; «...es justamente en el discurso concreto que, como locutores y auditores, reconocemos de una ocurrencia a la otra, las diferentes repeticiones de guerra precisamente como repeticiones...».

La dimensión translingüística del curso se nos hace más evidente cuando revisamos las páginas subrayadas y las anotaciones nuestras en las dos ediciones indicadas. Ferdinand de Saussure elaboró su teoría semiótica y su lingüística partiendo de diversos saberes constituidos, algunos nombrados de forma explícita; otros, implícitamente.

Entre 1906 y 1911 Saussure elaboró un proyecto general de signos basado en los cursos que impartió en la Universidad de Ginebra, recogidos póstumamente en la obra *Curso de lingüística general*. El uso actual del término semiología procede de esa obra.

Saussure afirma que la ciencia del lenguaje, en específico la lingüística, no será sino una parte de una ciencia más vasta que denominó semiología. Considera el estudio de la lengua por las

formas. Excluye el sentido en ese estudio. Estudia el lenguaje en el plano estrictamente formal, pero también social. Lo que interesa a Saussure es el fenómeno humano.

Lingüística y ciencias del lenguaje (ciencias conexas)

El «Capítulo II Materia y tarea de la lingüística, sus relaciones con las ciencias conexas» implica que, además de la semiología, la lingüística forma parte del conjunto de las ciencias del lenguaje existentes en la época de Saussure, que él denomina ciencias conexas. Esa parte del curso está dedicada a deslindar las tareas de la lingüística en relación con esas ciencias.

La inclusión de la lingüística en las ciencias del lenguaje y ciencias conexas se evidencia cuando el autor sitúa la materia de su obra en el conjunto de «todas las manifestaciones del lenguaje humano», correcta o incorrecta, oral y escrita, de todos los pueblos, épocas o períodos:

«La materia de la lingüística está constituida en primer lugar por todas las manifestaciones del lenguaje humano, ya se trate de pueblos salvajes o de naciones civilizadas, de épocas arcaicas, clásicas o de decadencia, teniendo en cuenta, en cada período, no solo el lenguaje correcto y el "bien hablar", sino todas las formas de expresión. Y algo más: como el lenguaje no está la mayoría de las veces al alcance de la observación, el lingüista deberá tener en cuenta los textos escritos, ya que son los únicos medios que nos permiten conocer los idiomas pretéritos o distantes».

Y en sus tareas, necesariamente tiene que trabar relaciones de colaboración con otras ciencias, cuyos límites con la lingüística no son muy definidos: «La lingüística tiene conexiones muy estrechas con varias ciencias, unas que le dan datos, otras que se los toman. Los límites que la separan de ellas no siempre se ven con claridad».

En diferentes capítulos de esa obra, cuando se tratan aspectos específicos de la lengua, Saussure busca precisar las relaciones de la lingüística con las diversas ciencias que se relacionan con el lenguaje. En este capítulo él trata de definir en forma general las relaciones con algunas de esas ciencias, tal como concebía esas ciencias o como ellas existían en su época, lo cual no quiere decir que los perfiles que él les asignaba entonces sean los mismos que en la actualidad.

Etnografía, prehistoria, antropología

«Por ejemplo, la lingüística tiene que diferenciarse cuidadosamente de la etnografía y de la prehistoria, donde el lenguaje no interviene más que a título de documento; tiene que distinguirse también de la antropología, que no estudia al hombre más que desde el punto de vista de la especie, mientras que el lenguaje es un hecho social».

Sociología y psicología

«Pero ¿tendremos entonces que incorporarla a la sociología? ¿Qué relaciones existen entre la lingüística y la psicología social? En el fondo todo es psicológico en la lengua, incluso sus manifestaciones materiales y mecánicas, como los cambios fonéticos; y puesto que la lingüística suministra a la psicología social tan preciosos datos, ¿no formará parte de ella? Estas son cuestiones que aquí no hacemos más que indicar para volver a tomarlas luego».

Fisiología

«Las conexiones de la lingüística con la fisiología no son tan difíciles de desenredar: la relación es unilateral, en el sentido de

que el estudio de las lenguas pide aclaraciones a la fisiología de los sonidos, pero no se las proporciona a su vez. En todo caso, la confusión entre las dos disciplinas es imposible: lo esencial de la lengua —ya lo veremos— es extraño al carácter fónico del signo lingüístico».

Filología

«En cuanto a la filología, ya hemos llegado a un acuerdo seguro: es netamente distinta de la lingüística, a pesar de los puntos de contacto de las dos ciencias y de los servicios mutuos que se prestan».

En las relaciones interdisciplinarias así establecidas, el propósito de Saussure era delimitar el objeto de la lingüística y las tareas que le competían, en una perspectiva de complementariedad con otras ciencias en el estudio del lenguaje y de la lengua.

Ese autor nunca se propuso excluir otras ciencias que se interesaran por la lengua. Y esto se explica porque para Saussure, el lenguaje humano tiene diversas manifestaciones.

La lingüística comparte datos dispersos y heterogéneos con algunas. Con otras, los mismos objetos, pero desde perspectivas diferentes: el lenguaje, la lengua y el habla.

La perspectiva translingüística es evidente en la formación de la ciencia que a partir de ese autor es conocida como lingüística moderna. Entre las ciencias se destacan: la semiología, las ciencias del lenguaje, la filosofía, la sociología, la psicología, la economía, las ciencias naturales, la física en particular, y las ideas semióticas de su época.

Los más importantes conceptos lingüísticos están revestidos de esos conocimientos. Se observan también numerosas comparaciones y metáforas provenientes de oficios, juegos y saberes comunes, como el ajedrez.

Se ha planteado, y así aparece en las dos ediciones del curso aquí utilizadas, la vinculación de la lingüística saussureana con el racionalismo cartesiano y con el positivismo compteano. Eso se observa en muchos de los conceptos usados por Saussure.

El modelo de las ciencias objetivas y experimentales está presente en el requerimiento de expulsar del objeto de la lingüística todo aquello que sea heteróclito, como el lenguaje; o individual, como el habla, con lo que quedaría solo la lengua como objeto de estudio, erigida en sistema de signos, social y observable.

Las ciencias y las orientaciones epistemológicas presentes en el curso expresan las diversas relaciones de la lengua y, por tanto, de la lingüística con las demás manifestaciones de la cultura que conforman lo que en la actualidad se conoce como la ecología lingüística, que no es sino un contexto translingüístico de gran espectro.

Lingüística y semiología

En el curso Saussure definió la semiología, nombre que adoptó en lugar de semiótica, como la ciencia que estudia la vida de los signos en la sociedad, con la lingüística como una parte de la semiología:

«Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social. Tal ciencia sería parte de la psicología, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos semiología (del griego semeión "signo"). Ella nos enseña en qué consisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general».

El núcleo de la lingüística saussureana es la lengua como sistema de signos. Su concepción general es la de una semiología lingüística.

El signo de Saussure se apoya en estos conceptos:

I. El signo lingüístico es una forma y un simbolismo. La cosa o lo real no forma parte de este; tampoco nada material o físico:

«Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica. La imagen acústica no es un sonido material, cosa puramente física, sino una huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos...».

II. El signo es la unión del significado y el significante, términos que utiliza en reemplazo de los de concepto e imagen acústica:

«Llamamos signo a la combinación del concepto y de la imagen acústica: pero en el uso corriente este término designa por lo general la imagen acústica sola, por ejemplo, una palabra: árbol, etc. Si llamamos signo a árbol, no es más que gracias a que conlleva el concepto "árbol", de tal manera que la idea de la parte sensorial implica la del conjunto.

»La ambigüedad desaparecería si designáramos las tres nociones aquí presentes por medio de nombres que se relacionen al mismo tiempo que se opongan. Y proponemos conservar la palabra signo para designar el conjunto, y reemplazar concepto e imagen acústica, respectivamente, con significado y significante; estos dos últimos términos tienen la ventaja de señalar la oposición que los separa, sea entre ellos dos, sea del total del que forman parte. En cuanto al término signo, si nos contentamos con él es porque, sin sugerirnos la lengua usual cualquier otro, no sabemos con qué reemplazarlo.

»El signo lingüístico así definido posee dos caracteres primordiales. Al enunciarlos vamos a proponer los principios mismos de todo estudio de este orden».

Esos principios o leyes del signo son dos: uno indica el carácter arbitrario de la relación entre el significado y el significante; el otro, el carácter lineal del significante.

III. Primer principio: lo arbitrario del signo

«El lazo que une el significante al significado es arbitrario; o bien, puesto que entendemos por signo el resultante de la asociación de un significante con un significado, podemos decir de manera más simple: el signo lingüístico es arbitrario.

»Así, la idea de sur no está ligada por relación alguna con la secuencia de sonidos s-u-r que le sirve de significante; podría estar representada por cualquier otra secuencia de sonidos. Sirvan de prueba las diferencias entre las lenguas y la existencia misma de lenguas diferentes: el significado "buey" tiene por significante *bwéi* de un lado de la frontera franco-española y *böf* (boeuf) del otro; al pasar la frontera francogermana es *oks* (Ochs).

»El principio de lo arbitrario del signo no está contradicho por nadie, pero suele ser más fácil descubrir una verdad que asignarle el puesto que le toca. El principio enunciado con anterioridad domina toda la lingüística de la lengua; sus consecuencias son innumerables. Es verdad que no todas aparecen a la primera ojeada con igual evidencia; hay que darles muchas vueltas para descubrir esas consecuencias y, con ellas, la importancia primordial del principio».

IV. Segundo principio: carácter lineal del significante

«El significante, por ser de naturaleza auditiva, se desenvuelve únicamente en el tiempo y tiene los caracteres que toma del tiempo: a) representa una extensión, y b) esa extensión es mensurable en una sola dimensión: es una línea.

»Este principio es evidente, pero parece que siempre se ha desdeñado el enunciarlo, sin duda porque se le ha encontrado demasiado simple; sin embargo, es fundamental y sus consecuencias son incalculables: su importancia es igual a la de la primera ley. Todo el mecanismo de la lengua depende de ese hecho (ver pág. 147). Por oposición a los significantes visuales (señales marítimas, por ejemplo), que pueden ofrecer complicaciones simultáneas en varias dimensiones, los significantes acústicos no disponen más que de la línea del tiempo; sus elementos se presentan uno tras otro: forman una cadena. Este carácter se destaca de inmediato cuando los representamos por medio de la escritura, en donde la sucesión en el tiempo es sustituida por la línea espacial de los signos gráficos».

V. Inmutabilidad y mutabilidad del signo

«El carácter inmutable y a la vez mutable de la lengua es uno de mis grandes aprendizajes en mis estudios lingüísticos. La inmutabilidad y la mutabilidad son conceptos que definen no ya el vínculo interno del signo lingüístico; plantean la situación de permanencia y cambio constante de la lengua en la sociedad».

Inmutabilidad del signo lingüístico

«De hecho, ninguna sociedad conoce y jamás ha conocido la lengua sino como un producto heredado de las generaciones precedentes y a tomar como tal. Por eso, el problema del origen del lenguaje no tiene la importancia que se le atribuye generalmente. Ese ni siquiera es un problema por plantear; el único objeto real de la lingüística es la vida normal y regular de un idioma ya constituido. Un estado de lengua dado es siempre el producto de factores históricos, y esos factores son

los que explican por qué el signo es inmutable, es decir, resiste a toda sustitución arbitraria».

«¿Cómo se transmiten las instituciones (sociales)? He aquí la cuestión más general que envuelve la de la inmutabilidad.

»La lengua forma cuerpo con la vida de la masa social, y la masa, al ser naturalmente inerte, aparece ante todo como un factor de conservación.

»Precisamente porque el signo es arbitrario no conoce otra ley que la de la tradición, y precisamente por fundarse en la tradición puede ser arbitrario».

Mutabilidad del signo lingüístico

«El tiempo, que asegura la continuidad de la lengua, tiene otro efecto, en apariencia contradictorio con el primero: el de alterar más o menos rápidamente los signos lingüísticos, de modo que, en cierto sentido, se puede hablar a la vez de la inmutabilidad y la mutabilidad del signo lingüístico».

«La alteración en el tiempo adquiere formas diversas... Sean cuales fueren los factores de alteración, ya obren aisladamente o combinados, siempre conducen a un desplazamiento de la relación entre el significado y el significante.

»Una lengua es radicalmente incapaz de defenderse contra los factores que desplazan minuto tras minuto la relación entre significado y significante. Es una de las consecuencias de lo arbitrario del signo».

«Para hacer ver bien que la lengua era pura institución, Whitney ha insistido con toda razón en el carácter arbitrario de los signos; y con esto ha situado la lingüística en su eje verdadero. Pero Whitney no llegó hasta el fin y no vio que ese carácter arbitrario separa radicalmente a la lengua de todas las demás instituciones. Se ve bien por la manera en que la lengua evoluciona; nada tan complejo: situada a la vez en la masa social y en el tiempo, nadie puede cambiar nada en ella; y, por

otra parte, lo arbitrario de sus signos implica teóricamente la libertad de establecer cualquier posible relación entre la materia fónica y las ideas.

»La continuidad del signo en el tiempo, unida a la alteración en el tiempo, es un principio de semiología general....

»Pero ¿en qué se funda la necesidad de cambio? En que no hemos distinguido los diferentes factores de alteración.

»...El tiempo altera todas las cosas; no hay razón para que la lengua escape a esta ley universal».

Ahí están reseñados los aspectos más distintivos de la semiología de Ferdinand de Saussure, la cual no se circunscribe a la lengua. En ella participan, además, fundamentos diversos: biológicos, psicológicos, sociológicos, filosóficos, etc.

Los elementos de esa semiología deben ser cotejados con los que caracterizan la semiótica de Charles Sanders Peirce, pues son autores contemporáneos. Hay diferencias notables entre la concepción del signo del uno y del otro.

La propuesta semiótica de Peirce y la de Saussure son muy diferentes. Esos autores, aunque en principio concuerdan en postular una ciencia de los signos, en las orientaciones que adoptan la enrumban por dos trayectorias distintas, como si un mismo saber tuviera dos comienzos y dos versiones diferentes.

Las diferencias comienzan por el nombre. Peirce habla de semiótica y Saussure de semiología. El primero adscribe la semiótica a la lógica y a la metafísica; el segundo la semiología a la psicología. Saussure expone su semiótica como un sistema conceptual completo mediante el cual funda una ciencia, mientras que Peirce no construye un sistema semiótico acabado. A través de textos dispersos plantea una serie de elementos que no arriban a constituir un todo.

La semiótica de Peirce tiene como fin el conocimiento lógico y trascendental, vale decir, metafísico, del ser humano. En tanto, la semiología de Saussure tiene como finalidad el estudio científico de la lengua por oposición al habla, vale decir, al discurso.

Ese radical cambio de perspectiva se fundamenta en el principio básico de la semiología y la lingüística de Saussure: lo arbitrario del signo.

La arbitrariedad como base de la relación entre el significado y el significante es el criterio más innovador y distintivo de la semiología de Saussure y el que la separa definitivamente de la semiótica de Peirce.

Sin ignorar esas y otras diferencias, sin obviar las especificidades de la semiótica de Peirce y de la semiología de Saussure, es oportuno considerar que ambos autores son, en la época moderna, los principales referentes en los estudios sobre el signo, tanto por la antigüedad como por la trascendencia de sus respectivos proyectos semióticos.

29 de noviembre Emile Benveniste

Emile Benveniste puede ser considerado como uno de los fundadores de la semiología lingüística moderna. En el seminario, el profesor apuntaba el lugar señero que él ocupaba en lingüística en Francia: «En Francia, la lectura de los grandes semiólogos de base lingüística no puede evitar incluir, después de Saussure, a Emile Benveniste, sirio-francés (1902-1976)».

En la universidad, ese autor se estudiaba en maestrías sobre todo, pues en la licenciatura se recomiendan numerosas obras de introducción a la lingüística, entre ellas la de André Martinet, *Elementos de lingüística general*.

En La Biblioteca, donde releo mis apuntes del seminario para esta obra, Benveniste goza de un cariño especial. Aquí él es como aquellas personas amigas o de la familia a quienes uno les «saca la comida aparte».

Desde aquel tiempo ocupa un lugar preferencial. En mis lecturas acerca del lenguaje es el autor cuyas obras leo con más disfrute.

Entre los textos de esa estirpe, dejando de lado las obras literarias, los trabajos de Benveniste son los más leídos, frecuentados, manoseados, estrujados, resaltados, consultados, citados, referidos, aprendidos, integrados a mi formación.

En una disciplina como la lingüística, que, por los dogmatismos imperantes, por lo general, no deja mucho margen a la manifestación viva y real del estilo y el espíritu de la individualidad de los lingüistas, la producción de Benveniste es la más inspiradora por ser ejemplo de aporte personal de inteligencia y modelo de estudio, interpretación, crítica, originalidad y creatividad.

En fin, Benveniste, cuyas líneas tengo resaltadas con marcadores de diversos colores, es el autor que más ha influido en mi vocación lingüística y translingüística. Él ha producido extraordinarios aportes en los estudios del lenguaje.

Sus concepciones se demarcan de la semiología de Peirce y de Saussure. También de las orientaciones como el estructuralismo o el generativismo posteriores a este último autor, a quien se le atribuye ser el fundador de la lingüística moderna.

Benveniste representa en la lingüística contemporánea una orientación diferente. No produjo un texto único, como en los casos de Saussure y Morris, que como un todo abarcaran su teoría completa sobre el lenguaje. Tampoco se podría decir que su semiología y su lingüística constituyan un sistema cerrado y acabado.

Sin embargo, su obra en dos volúmenes *El vocabulario de las instituciones indoeuropeas* debe considerarse como un trabajo de tipo excepcional de la lingüística y la semiología comparadas de las lenguas y las culturas indoeuropeas.

Aquí él expone un saber que se relaciona estrechamente con otros saberes. Y, consciente de que es un trabajo difícil de comprender para un lingüista a secas, se esfuerza por rebasar los límites de esa ciencia.

Aclara el propósito, al establecer una delicada distinción entre significación y designación: «Nosotros esclareceremos la significación; otros se encargarán de la designación».

Luego extiende las manos a otros especialistas: «Los historiadores y sociólogos verán mejor entonces qué pueden ellos retener de los presentes análisis en los cuales no entra ningún presupuesto extralingüístico».

Sin embargo, a pesar de la precisión acerca de que su labor no entra en el terreno extralingüístico, el carácter translingüístico de esa obra es indudable. Es una clara manifestación de ese tipo de enfoque. Él encarna una translingüística de base lingüística.

Desde la lengua, desde las palabras, el lingüista busca interpretar por la significación, la formación y el funcionamiento de las sociedades indoeuropeas, al proponerse «estudiar la formación y organización del vocabulario de las instituciones».

A través del estudio comparado de las palabras y sus significaciones relacionadas con la economía, el parentesco, la sociedad (vol. 1); el poder, el derecho y las religiones (vol. 2), Benveniste reconstruye el itinerario de la formación de la cultura occidental, relacionando sociedades y épocas diferentes.

Si en la lingüística postsaussureana existe un trabajo aplicado de vocación translingüística trascendente y de una utilidad capital, ninguno es comparable con la de Benveniste. Sin embargo, el Benveniste más conocido no es el de esa obra monumental. Es el de sus estudios de lingüística general publicados en dos volúmenes bajo el título de *Problemas de lingüística general*.

En su mayoría, esos estudios relacionan la lengua con áreas extralingüísticas, pero desde la lengua y el punto de vista del lingüista. Hay estudios intralingüísticos, pero pocos, como los que se refieren a determinadas formas del francés: «Las relaciones de tiempo en el verbo francés» o «El antónimo y el pronombre en el francés moderno».

En ese sentido, se puede decir que en sus trabajos Benveniste enfatiza más los análisis relacionados con las condiciones de uso de la lengua, que los relacionados con las condiciones de uso de las formas, una distinción propia de ese autor.

Y esa opción representa en lingüística una orientación que tiende a relacionar la lengua con las diversas situaciones de uso y significación en la sociedad. Es lo que hace de ese autor uno de los exponentes más conscientes y probados de la perspectiva translingüística en las ciencias del lenguaje.

Algunos ensayos de Benveniste, dentro del conjunto de los valiosos trabajos acerca de los problemas generales de la lengua, permiten valorar el original esfuerzo de ese autor para relacionar la lengua con otras manifestaciones de la cultura, y por esa vía acercarse a la construcción de una perspectiva translingüística en los asuntos del lenguaje. De ahí que, las relaciones entre los signos, y entre el signo y el discurso, son en ese autor las preocupaciones mayores y las áreas de trabajo privilegiadas.

En el trabajo «Semiología de la lengua» (1969), Benveniste revisa los proyectos semióticos de Peirce y Saussure, «dos genios antitéticos» que «en completa ignorancia el uno del otro y aproximadamente el mismo tiempo, han concebido la posibilidad de una ciencia de los signos».

Benveniste habla de «principio semiológico» y de «sistemas semióticos». Para él la semiología se refiere a la teoría general de los signos, que establece una relación paradigmática intersignos. Aquí se habla de tipos o sistemas de signos y sus características.

La semiótica, en cambio, se refiere a un sistema restringido de signos, a un sistema en particular, cuyos elementos están correlacionados entre sí y son interdependientes. Aquí se habla de relación sintagmática intrasignos, en un mismo sistema de signos.

En esa distinción, los modelos de Peirce y de Saussure corresponden a la semiología. En ambos se observa un problema fundamental no resuelto por ninguno de esos grandes fundadores de la teoría de los signos: «¿Cuál es el lugar de la lengua entre los sistemas de signos?».

Esa pregunta sitúa la lengua en relación con todas las manifestaciones de la sociedad que pudieran pertenecer a la categoría de signos. Pero según Benveniste, el problema consiste en que ninguna de esas orientaciones semiológicas plantea con claridad la naturaleza de esa relación.

La semiología de Peirce no aporta nada en esa dirección. Benveniste la descalifica porque a pesar de representar un obstinado esfuerzo que el autor norteamericano emprendió durante toda su vida a través de una «masa enorme de notas» hasta construir un «álgebra universal de relaciones», de esa «inmensa arquitectura lógica» solo se retiene la clasificación de los signos, en la que se destaca la tríada ícono, indicio y símbolo.

Benveniste reprocha a la semiología de Peirce la carencia de fundamento lingüístico: la lengua no figura entre sus elementos básicos; tiene un estatus indeterminado en esa trilogía de signos. No se sabe en cuál de los tres tipos de signos ubicarla. Afirma:

«En lo que concierne a la lengua, Peirce no formula nada preciso ni específico. Para él la lengua está en todas partes y en ninguna. Nunca se interesó en el funcionamiento de la lengua; si acaso le prestó atención. La lengua se reduce a palabras, y estas son efectivamente signos, pero no se distinguen por una categoría distinta a los demás signos o a una especie constante. Las palabras pertenecen, en su mayoría, a los "símbolos"; algunas son "indicios". Por ejemplo, los pronombres demostrativos; y a ese título estos serán clasificados junto con los gestos que remiten a esa cualidad, como los gestos de marcar o señalar».

Otra es la situación de la lengua en la semiología de Saussure. Benveniste destaca el fundamento lingüístico en la obra de ese autor. Es lo que distingue su semiología de la de Peirce:

«En esto Saussure se presenta, de inmediato, en la metodología como en la práctica, en la exacta oposición de Peirce. En Saussure la reflexión procede de la lengua y toma la lengua como objeto exclusivo. La lengua es vista por ella misma, a la lingüística se le asigna una triple tarea: 1) describir en sincronía y en diacronía todas las lenguas conocidas; 2) descubrir las leyes generales que operan en todas las lenguas; 3) delimitarse y definirse ella misma».

Sin embargo, haber fundado la semiología lingüística no basta; Saussure dejó sin despejar dos problemas importantes: 1) la relación de la lingüística con la semiologia; 2) el lugar del signo lingüístico frente a los demás signos. Benveniste observa indecisión y ambigüedad en los planteamientos de Saussure en esos aspectos.

Acerca del primer problema, la relación de la lingüística con la semiología afirma:

«El pensamiento de Saussure, muy afirmativo sobre la relación de la lengua con los sistemas de signos, es menos claro sobre la relación de la lingüística con la semiología, ciencia de los sistemas de signos».

Saussure fundamenta esa relación en la arbitrariedad del signo lingüístico: «Lo que une la lingüística a la semiología es ese principio, colocado en el centro de la lingüística, de que el signo es "arbitrario"».

Pero al parecer, Benveniste considera insuficiente ese criterio de lo arbitrario, que es el corazón de la semiología de Saussure, pues, aunque lo destaca, razona como si él hubiese dejado indefinida la relación de la lengua con otro sistema de signos.

«Así, aun afirmando con claridad la idea de que la lingüística tiene una relación necesaria con la semiología, Saussure se abstiene de definir la naturaleza de esa relación, sino por el principio de lo "arbitrario del signo" que gobierna el conjunto de los sistemas de expresión y, en primer lugar, la lengua».

Acerca del segundo problema, el lugar del signo lingüístico frente a los demás signos, las observaciones de Benveniste apuntan a subrayar la dificultad dejada por Saussure:

«En cuanto a los sistemas que, con la lengua, se relacionan con la semiología, Saussure se limita a citar algunos rápidamente, sin agotar, además, la lista, puesto que no avanza ningún criterio de delimitación: "la escritura, el alfabeto de los sordomudos, los ritos simbólicos, las formas de cortesía, los signos militares"».

«¿Puede uno verdaderamente colocarlos en el mismo plan que la lengua? Ellos no se mantienen en una relación semiológica sino por intermediario del discurso...».

«Es hora de abandonar las generalidades y de abordar en fin el problema central de la semiología, el estatus de la lengua entre los sistemas de signos».

De inmediato Benveniste plantea la significancia como el criterio básico que funda la semiología y une esos sistemas:

«El carácter común a todos los sistemas y el criterio de su pertenencia a la semiología es su propiedad de significar o significancia, y su composición en unidades de "significancia, o signos"».

He aquí la clave de la semiología de Benveniste: los signos deben significar entre ellos y con respecto a las referencias; deben relacionarse según la jerarquía de esas significaciones. Eso implica colocar en la escala del discurso la dimensión semiótica, la relación entre los signos no lingüísticos con el signo lingüístico.

En ese orden, enumera y define los tres elementos que caracterizan un sistema semiológico: modo operatorio, dominio de validez y naturaleza y número de los signos.

Enseguida, basado en esas características plantea el tipo de relación entre los sistemas semiológicos. Para eso plantea una primera condición: «Es preciso que la relación planteada entre los sistemas semióticos sea por su parte de naturaleza semiótica».

Luego plantea la segunda condición: «Se trata de determinar si un sistema semiótico dado puede interpretarse por él mismo o si necesita recibir su interpretación de otro sistema».

Y he aquí una ley que constituye uno de los hallazgos más valiosos en semiótica, nombre que como se ha podido observar, Benveniste emplea a la par que utiliza el de semiología:

«La relación semiótica entre sistemas se enunciará entonces como un nexo entre SISTEMA INTERPRETANTE Y SISTEMA INTERPRETADO».

Era el tipo de relación que faltaba en la semiología de Saussure entre la lengua y los demás signos y la cultura en general, que Benveniste declara categóricamente:

«Es la que poseemos en gran escala entre los signos de la lengua y los de la sociedad: los signos de la sociedad pueden ser íntegramente interpretados por los de la lengua, no a la inversa. De suerte que la lengua será el interpretante de la sociedad».

La sociedad entera, junto con sus signos no lingüísticos, es también interpretada por la lengua:

«Podemos inferir ya que los subsistemas semióticos interiores a la sociedad serán lógicamente los interpretados de la lengua, puesto que la sociedad les contiene y que la sociedad es interpretada por la lengua».

La relación entre la lengua, signo interpretante, con los demás signos, signos interpretados, se fundamenta en un hecho: «La lengua ocupa una situación particular en el universo de los sistemas de signos».

Esa situación particular de la lengua había sido precisada ya por Benveniste en un trabajo anterior publicado en 1968, «Estructura de la lengua y estructura de la sociedad», en el cual formulaba y ampliaba el concepto acerca del estatus de interpretante de la lengua respecto de la sociedad:

«Consideramos aquí la lengua solamente como medio de análisis de la sociedad. A este fin les colocamos en sincronía y en una relación semiológica, la relación de interpretante y de interpretado. Y formularemos dos proposiciones conjuntas: en primer lugar, la lengua es interpretante de la sociedad; en segundo lugar, la lengua contiene la sociedad.

»La justificación de la primera proposición: la lengua como interpretante de la sociedad, es dada por la segunda: la lengua contiene la sociedad. Eso se verifica de dos maneras: primero, empíricamente, del hecho de que uno puede aislar la lengua, estudiarla y describirla por ella misma sin referirse a su empleo en la sociedad, ni en sus relaciones con las normas y las representaciones sociales que forman la cultura.

»Mientras que es imposible describir la sociedad, describir la cultura, fuera de sus expresiones lingüísticas. En ese sentido, la lengua incluye la sociedad, pero ella no está incluida en esta.

»En segundo lugar, y volveré sobre ese punto en un momento, la lengua suministra la base constante y necesaria de la diferenciación entre individuo y sociedad. Digo la lengua misma, siempre y necesariamente.

»Concederemos, pues, que la lengua interpreta la sociedad. La sociedad llega a ser significante en y por la lengua, la sociedad es el interpretado por excelencia de la lengua».

¿Cuál es la razón lingüística que, según Benveniste, asigna a la lengua la función de intérprete de la sociedad?

«Ahora, ¿qué es lo que asigna a la lengua esta posición de interpretante?

»Es que la lengua es —se sabe— el instrumento de comunicación que es y deber ser común a todos los miembros de la sociedad. Si la lengua es un instrumento de comunicación o el instrumento mismo de la comunicación, es porque ella está investida de propiedades semánticas y funciona como una máquina de producción de sentido, en virtud de su estructura misma. Y aquí estamos en el corazón del problema. La lengua permite la producción indefinida de mensajes en variedades ilimitadas. Esa propiedad única se debe a la estructura de la lengua, que está compuesta de signos, de numerosas unidades de sentido, pero en número limitado, que entran en combinaciones regidas por un código y que permiten un número de enunciaciones que rebasa todo cálculo, y lo hace, necesariamente, de más en más, porque el efectivo de

los signos va siempre en crecimiento y porque las posibilidades de utilización de los signos y de su combinación se acrecientan en consecuencia».

«Es gracias a ese poder de transmutación de la experiencia en signos y de reducción categorial que la lengua puede tomar por objeto, no importa cuál orden de hechos y hasta su propia naturaleza. Existe un metalenguaje, y no existe una metasociedad.

»La lengua rodea por todas partes a la sociedad y la contiene en su aparato conceptual, pero al mismo tiempo, en virtud de un poder distinto, ella configura la sociedad al instaurar eso que se podría llamar el semantismo social. Esta es la parte de la lengua que más a menudo ha sido estudiada. Consiste, sobre todo, pero no en exclusividad, en designaciones, en hechos de vocabulario. El vocabulario suministra aquí una materia muy abundante en la cual beben a manos llenas los historiadores de la sociedad y la cultura. El vocabulario conserva los testimonios irremplazables sobre las formas y las fases de la organización social, sobre los regímenes políticos, sobre los modos de producción que han sido sucesiva o simultáneamente empleados, etc.

»Como ese aspecto es el mejor explorado de la relación entre la lengua y la sociedad, de la lengua como conjunto y como sistema de designación, por consiguiente, constante, constantemente renovada, ampliada, no insistiremos sobre ello».

Esa relación entre sistema interpretante, la lengua y los sistemas interpretados, la sociedad y los demás sistemas de signos, establece una jerarquía semiótica, a partir de la cual Benveniste anuncia una nueva teoría semiológica:

«Tenemos ahí un principio general de jerarquía, propio a ser introducido en la clasificación de los sistemas semióticos y que servirá para construir una teoría semiológica».

Esa jerarquía de la lengua está asegurada por un conjunto de características funcionales que solo ese sistema semiótico reúne. Al hacer el estado de estas, Benveniste describe la semiótica de la lengua desde dos dimensiones: la lengua y el discurso.

La conceptualización de ese autor pone de manifiesto el proceso en el que participan esas dimensiones: la lengua se manifiesta en la enunciación; consta de unidades distintivas o signos, es recibida y producida por los hablantes con base en los mismos valores de referencia; es la base de la comunicación intersubjetiva.

También la lengua combina una doble significancia. De una parte, el modo semiótico, expresado por la unidad del signo lingüístico constituido por el significado y el significante basado en la relación de arbitrariedad. Por otra parte, el modo semántico, expresado en el discurso, plano en que la lengua es asumida por los hablantes y funciona como productora de mensajes en contacto con la referencia y todo el universo que envuelve el discurso.

Al comparar la lengua con los demás sistemas semiológicos en relación con esos dos modos, afirma Benveniste:

«La lengua es el único sistema en el cual la significancia se articula sobre la base de esas dos dimensiones. Los otros sistemas tienen una significancia unidimensional: o semiótica (gestos de cortesía), sin semántica; o semántica (expresiones artísticas), sin semiótica. El privilegio de la lengua es el de comportar a la vez la significancia de los signos y la significancia de la enunciación».

Al proponer ese enfoque, Benveniste no olvida los aportes de Saussure al afirmar: «Cuando Saussure definió la lengua como sistema de signos, puso el fundamento de la semiótica lingüística».

Tampoco cuando se refiere a la noción de valor en su teoría lingüística:

«Él señaló que la economía, como la lengua, es un sistema de valores: he aquí otro término que es un término fundamental...», «...una tercera noción que está ligada a la noción de valor es la noción de intercambio».

Sin disminuir el debido reconocimiento a Saussure, Benveniste plantea la dificultad que acarreó el hecho de que ese gran lingüista haya postulado la lengua como principio único de la lingüística, su objeto de estudio, y que esta se limitara a ser un sistema de signos, que relega el habla y el discurso:

«Pero vemos ahora que, si el signo corresponde bien a las unidades significantes de la lengua, no se puede erigir en principio único de la lengua en su funcionamiento discursivo. Saussure no ignoró la oración, pero visiblemente ella le creaba una grave dificultad y la reenvió al "habla"».

De esa manera, reducida al signo, Saussure bloqueó su propia semiología: «La semiología de la lengua ha sido bloqueada, paradójicamente, por el instrumento mismo que la creó: el signo».

Es preciso rebasar ese atasco que representa la primacía absoluta del signo: «En conclusión, hay que rebasar la noción saussureana del signo como principio único...».

Benveniste se propone rebasar la noción de signo lingüístico en la semiología de Saussure a través de la semantización de la lengua mediante dos procedimientos: el primero es por el análisis intralingüístico que desemboca en la significancia, en el discurso, dimensión que él denomina semántica; el segundo es por el «análisis translingüístico de los textos, de las obras, merced a la elaboración de una metasemántica que será construida sobre la semántica de la enunciación».

- «—En el análisis intralinguístico, por la apertura de una nueva dimensión de significancia, la del discurso, que llamamos semántica, desde ahora distinta de la del signo, y que será semiótica».
- «—En el análisis translingüístico de textos, de obras, para la elaboración de una metasemántica que se construirá sobre la semántica de la enunciación».

Al proponer las dos vías de análisis indicadas para resolver las dificultades de la lingüística saussureana, Benveniste plantea una semiología de «segunda generación» que a la vez someta a revisión los aspectos principales de la lingüística moderna y aporte nuevas perspectivas.

Y lo primero que ese autor hace es situar la lengua y, por tanto, la lingüística, desde el interior del sistema mismo, en una perspectiva marcadamente translingüística que reintroduce el discurso, el habla, en la lingüística de Saussure, como dimensión intrínsecamente fundamental de la lengua.

En el discurso otorga un valor primordial a la enunciación como proceso en el cual el hablante se apropia de la lengua. Prioriza la dimensión semántica de la lengua, contrario a la formal en Saussure.

Esa solución es replanteada por Benveniste en su ensayo «El aparato formal de la enunciación», uno de los textos más conocidos y utilizados de ese autor desde su publicación por primera vez en 1970 basado en dos principios: «condiciones de uso de las formas» y «condiciones de uso de la lengua».

El autor señala el procedimiento habitual en la descripción morfosintáctica de las lenguas. Afirma:

«Todas nuestras descripciones lingüísticas consagran un lugar a menudo importante al "empleo de las formas". Lo que se entiende por esto es un conjunto de reglas que fijan las condiciones sintácticas en las que las formas pueden o deben aparecer normalmente, por pertenecer a un paradigma que abarca las elecciones posibles. Estas reglas de empleo están articuladas con reglas de formación previamente indicadas, de manera que se establezca cierta correlación entre las variaciones morfológicas y las latitudes combinatorias de los signos (concordancia, selección mutua, preposiciones y regímenes de los nombres y los verbos, lugar y orden, etc.)».

Luego, el lingüista introduce esta distinción disidente:

«Desearíamos, con todo, introducir aquí una distinción en un funcionamiento que ha sido considerado desde el ángulo exclusivamente de la nomenclatura morfológica y gramatical. Las condiciones de empleo de las formas no son, en nuestro concepto, idénticas a las condiciones de empleo de la lengua. Son en realidad mundos diferentes, y puede ser útil insistir en esta diferencia, que implica otra manera de ver las mismas cosas, otra manera de describirlas e interpretarlas».

Para ese autor la lengua es el sistema general, es «un mecanismo total y constante», mientras que la morfología y la sintaxis que conforman la estructura de una lengua, son un «conjunto de reglas que fijan las condiciones sintácticas», o modelos diversos de describir la lengua.

Para el autor, las condiciones de empleo de la lengua se logran mediante su semantización. Y esto se consigue mediante la conversión de la lengua en discurso. Y eso es posible por la enunciación: «La enunciación es esta puesta en funcionamiento de la lengua por el acto individual de utilización».

Es el acto de apropiación de la lengua por el locutor. Acto que implica que la lengua se convierta en discurso: «La enunciación supone la conversión de la lengua en discurso».

Pero también, que el habla deje de ser individual y se convierta en un acto social, puesto que en el mismo acto se introducen al locutor y al interlocutor, así como las condiciones de utilización de la lengua.

La enunciación se manifiesta por una primera característica: adquiere la forma del diálogo. Es oportuno detenerse en ese proceso en el que intervienen dos figuras, el locutor y el interlocutor:

Lo que caracteriza la enunciación es la acentuación de la relación discursiva con el interlocutor, sea este real o imaginario, individual o colectivo.

Esta característica plantea por necesidad eso que puede llamarse cuadro figurativo de la enunciación. Como forma de discurso, la enunciación coloca dos «figuras» igual de necesarias, una como fuente, otra como fin de la enunciación. Es la estructura del diálogo. Dos figuras en posición de parejas son, de manera altenativa, protagonistas de la enunciación. Ese cuadro es dado necesariamente con la definición de la enunciación.

Un conjunto de ideas complementarias a las expuestas hasta aquí, planteadas por Benveniste en otros trabajos, van perfilando esa visión que atraviesa el sistema de la lengua y trascienden hacia la persona, la sociedad, la comunicación, el discurso.

En el ensayo «De la subjetividad en el lenguaje», publicado en 1958, Benveniste extiende su búsqueda internándose en áreas como la psicología, la filosofía, las ciencias sociales, etc., a partir de una serie de conceptos que desbordan la lingüística y, por tanto, la sitúan en una perspectiva translingüística:

El discurso es el lenguaje en acción: «El discurso es el lenguaje puesto en acción».

El lenguaje transforma al hombre en sujeto: «Es en y por el lenguaje que el hombre se constituye en sujeto; por el lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de "ego"».

La subjetividad equivale a ser sujeto hablante: «La "subjetividad" de la cual tratamos aquí es la capacidad del locutor de colocarse como "sujeto"».

No hay conciencia de sí sin el otro: «La conciencia de sí no es posible, sino que se experimenta por contraste. Yo no empleo "yo" sino dirigiéndome a alguien, que será en mi alocución un "tú"».

La persona se constituye en el intercambio del diálogo: «Esta condición del diálogo, la que es constitutiva de la persona, pues ella implica una reciprocidad en la que "yo" deviene "tú" en la alocución de ese que a su vez se designa por "yo"».

En esos ensayos de investigación y reflexión de Benveniste se advierte una búsqueda innovadora orientada a rebasar las dimensiones del signo en general y del signo lingüístico en particular, de cara a la constitución de un enfoque cabal acerca de los diversos problemas de la lengua.

Solo hay que ojear los temas que vinculan la lengua con otras dimensiones de la cultura en la obra *Problemas de lingüística* general para percatarse de la perspectiva translingüística de la semiología de Benveniste: comunicación animal y humana, pensamiento y lengua, lenguaje y psicoanálisis, lenguaje y lógica, lenguaje y subjetividad, lenguaje y civilización (vol. I); lenguaje e historia, lenguaje y semiología, lenguaje y experiencia humana, lenguaje y enunciación, lenguaje y experiencia, lenguaje y

estructura de la sociedad, lenguaje y ciencia, lenguaje y ciudad (vol. II).

Así, desde esos aportes, hubo un renacer de la semiología, la semiótica y la lingüística. Sobre los ijares de la semiología lingüística de doble dimensión propiciada por este autor, en las ciencias del lenguaje ha prosperado la apertura hacia el discurso, los textos, las obras y otros sistemas semióticos sociales, para potenciar el valor translingüístico de la lengua.

◆0◆

5 de diciembre

Semiología estética

Recuerdo al profesor Gauthier en el seminario como un erudito que no presumía de serlo. Era un hombre sencillo, humilde y sumamente amable y cortés. Poseía un alto nivel académico; era doctor en letras francesas; experto en el sistema rítmico y métrico del francés.

Carlos y yo no parábamos de criticarlo susurrando en la clase cosas sobre él por su extraña humildad: no parece un doctor, lleva un maletín viejo y desvaído; no viste con atuendos impresionantes; el traje es, al parecer, el mismo de siempre.

Y, sobre todo, no habla de sí, de sus estudios, de sus trabajos, sino de los trabajos de otros autores, cuya lectura comparte con sus estudiantes. Viene con sus apuntes de clase de donde va extrayendo datos y conceptos, y cargado de libros que deposita en su mesa y empieza a citar como un maestrito de escuela.

Ahora, en su exposición se adentraba por los extraños caminos de la semiología estética, que los estudiantes escuchábamos con ávido interés. Yo apuntaba febrilmente en la libreta, sin dejar de escuchar, los impresionantes nombres de un grupo

conformado por filósofos e historiadores de artes que postulan una semiología de base artística.

En ese momento el profesor recurre a sus apuntes de clase y nos va dictando pasajes de los autores seleccionados a la vez que va apuntalando ciertos conceptos.

La relación entre la imagen y el lenguaje humano es cara, en particular para el filósofo Ernest Cassirer en su obra *La filosofía de las formas simbólicas*, en la que afirma: «De este modo todo pensamiento verdaderamente riguroso encuentra su apoyo en la simbólica y en la semiótica».

En esa orientación se sitúan también los historiadores del arte. No obstante, ese autor prioriza el lenguaje y luego considera el mito, el arte y el conocimiento.

Para Henri Focillon (1881-1943), la obra de arte es forma y a la hora de crearla, contemplarla o estudiarla, es lo primero a considerar. Esa idea acerca del carácter formal del arte se fundamenta en dos ideas más generales que expresan una filosofía de la forma de la vida y la naturaleza.

Afirma ese autor, aquí el profesor anota la cita en la pizarra, quizá por ser extensa: «La vida es forma, y la forma es el modo de vida. Las relaciones que unen las formas entre ellas en la natura-leza no podrían ser pura contingencia, y lo que llamamos la vida natural se evalúa como una relación necesaria entre las formas sin las cuales la naturaleza no sería tal. De igual modo, para el arte. Las relaciones formales en una obra y entre las obras constituyen un orden, una metáfora del universo».

Elie Faure (1873-1937) en *Esprit des formes* (El espíritu de las formas) hace de las formas la esencia del arte, de todo arte, desde los mitos antiguos en todas las civilizaciones hasta las obras de arte y la literatura moderna. La forma tiene la misión de reivindicar a las sociedades del caos original a través de las obras de arte.

Para ese autor, el motivo de la obra de arte es su armonía y su ritmo; el primero le da unidad espacial, el segundo el acuerdo

en el tiempo con los astros, con nuestros pasos y nuestros corazones. Y esa forma, constituida por esos componentes, es solo un recurso para atravesar la superficie y tocar a nuestro espíritu humano.

La visión de Pierre Francastel (1900-1970) sobre el arte, en sus obras *Peinture et societe 1* (Pintura y sociedad) y *Peinture et societe 2*, es más compleja. Su perspectiva es novedosa y distinta a la crítica de arte de su época.

En sus trabajos une la historia del arte, la antropología y la sociología. Establece un vínculo entre arte, cultura y sociedad para así proclamar que el arte es un sistema socialmente significante. El ocaso del Renacimiento, por ejemplo, le inspira esta reflexión: «El espacio del Renacimiento dejó de existir, al no satisfacer ya ni los conocimientos ni las costumbres de las naciones».

André Malraux (1901-1976) es un hombre polifacético: escritor, político, crítico de arte. En diversas obras de historia y crítica de arte ha sostenido tres ideas fundamentales:

- 1) El arte no es belleza ni sujeción a reglas; lo que lo caracteriza, no importa su origen o época, es el diálogo del ser humano y un objeto mediante el cual el hombre entra en comunicación con lo más profundo de sí mismo.
 - 2) El arte es un objeto, históricamente, inscrito en una época.
- 3) El mundo del arte es un mundo de sentidos en el que participan obras del pasado y obras contemporáneas.

Esos autores tratan distintos aspectos del arte. Pero lo importante es que todos relacionan la imagen (sobre todo plástica) y el lenguaje oral.

Esos tipos de comunicación se distinguen en las formas, pero tienen en común la búsqueda de la significación por medios diferentes. Consideran a la imagen como un lenguaje distinto al lenguaje oral; a veces contrapuesta, a veces, complementaria.

◆•

13 de diciembre

Semiología filosófica

Algunas de las notas tomadas en las clases en torno a la semiología filosófica bastan para retrotraer la cronología al estado del pensamiento semiológico explorado en el seminario. En La Biblioteca voy trasladando directamente a la computadora las fichas redescubiertas y reelaboradas.

En los apuntes sobresale el hecho de que ese tipo de semiología de base filosófica, en su mayoría, y anterior a la lingüística moderna, contaba con autores importantes en Francia. Aquí están los antecedentes de la gramática lógica de Port Royal y las bases de las funciones sintácticas sujeto y predicado.

Dos problemas están presentes en los trabajos de los principales exponentes de ese tipo de semiología, la cual ocupaba un lugar privilegiado entre nuestras lecturas: el origen del lenguaje y la relación entre el pensamiento y el lenguaje.

En la antigüedad griega, la obra *Crátilo*, de Platón, es un lejano y prestigioso antecedente de las ciencias translingüísticas, en la cual están implícitos varios dominios del conocimiento relacionados con el lenguaje.

Ahí la lengua y el signo lingüístico están en juego, pero la indagación principal se orienta hacia la búsqueda de la esencia de las cosas. Por tanto, corresponde más propiamente a la filoso-fía del lenguaje.

Crátilo es una reflexión semiológica de carácter ético y metafísico. El problema planteado por Platón es el estatus de los nombres ante el conocimiento de la esencia de las cosas. Los nombres son signos de las cosas falsas o verdaderas de las que son o no son reales.

Platón apunta hacia la significación como una esencia de las cosas, que los nombres deben reflejar. Si los nombres designan lo que son las cosas, las cosas como son, son nombres verdaderos. Si se les asignan a las cosas que no son, los nombres son falsos.

Para Platón los nombres deben parecerse a las cosas. La motivación principal de la nominación es la semejanza con la cosa, con su esencia. Se busca una cercanía entre la palabra y la cosa lo más apropiada a la naturaleza de la cosa.

Es importante observar cómo se plantea en *Crátilo* la relación entre el signo y el discurso: el discurso está implícito. A través de él se habla del signo, pero no está tematizado.

Incluso, tanto el signo como el discurso solo sirven para revelar o encubrir la esencia de las cosas, cuando Sócrates dialoga con Hermógenes sobre los nombres de las cosas y, en particular, acerca de sus verdaderos nombres.

La obra de Aristóteles, *Sobre la interpretación*, es, luego de *Crátilo*, la que en la antigüedad planteó con mayor claridad, desde una perspectiva filosófica, el origen y la esencia de la lengua.

En general, las obras de Aristóteles abarcan diversos dominios que entran de lleno en el campo translingüístico: poética, retórica, lógica, semiótica.

El texto *Sobre la interpretación* es un entrecruzamiento de filosofía, lógica, semiótica y lingüística. La reflexión se encamina hacia la búsqueda de las significaciones a partir de los signos (sonidos, escritura, nombres, verbos). Así, los nombres significan y los verbos cosignifican.

En el seminario, la obra *Varia lingüística* (1970) nos ayudó a fortalecer la línea de reflexión sobre el lenguaje. Su relectura fue de gran provecho en La Biblioteca, durante la reelaboración de estas notas.

A través de ella pude entrar en contacto con los escritos de Pascal, Maupertuis, Condillac, Rousseau, Du Marsais y Adam Smith, entre otros pensadores de los siglos XVII y XVIII. Los compiladores de los textos incluidos en *Varia lingüística* colocan

a esos autores dentro de la perspectiva denominada por ellos «lingüística precientífica».

Condillac (1749) nombra lenguaje de la acción al conjunto de signos mediante los cuales la gente se comunicaba antes del lenguaje articulado:

«Los gestos, los movimientos del rostro y los acentos inarticulados, he ahí, Monseñor, los primeros medios que los hombres tuvieron para comunicar sus pensamientos. El lenguaje que se forma con esos signos, se nombra lenguaje de acción».

Rousseau escribió en 1750 un célebre texto premiado en su época, *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, en el que trae una idea original: el primer medio de comunicación de los seres humanos fueron los sentidos:

«Enseguida que uno fue reconocido por otro, por otro ser sintiendo, pensando y semejante a él, el deseo, o la necesidad de comunicarle sus sentimientos y sus pensamientos le hicieron buscar los medios. Esos medios no podían extraerse sino de los sentidos, los solos instrumentos por los cuales un hombre pudiera actuar sobre un otro. He ahí pues la institución de los signos sensibles para expresar el pensamiento».

Maupertuis (1768) se inscribe en ese mismo pensamiento, nombrando a esos signos, la primera Lengua del hombre:

«Si se pudiera remontar hasta los tiempos en que los hombres no tenían aún ningún lenguaje, ellos trataron primero de expresar sus necesidades más urgentes; y algunos gestos y algunos gritos bastaron para eso. Esa fue la primera lengua del hombre».

Esos temas son hoy tabúes para los lingüistas, que desde la lingüística de Saussure sacaron esas preocupaciones de la agenda de la llamada lingüística científica moderna. De igual manera, los diversos mitos fundacionales y religiosos sobre el origen de la humanidad y de las lenguas, como el de la torre de Babel y el del diluvio universal.

Son tópicos que incomodan a los investigadores de hoy, pero que fueron las interrogantes de otras épocas y son en la actualidad las creencias comunes de la gente.

En el siglo XVII hubo una reflexión muy productiva sobre el lenguaje, que fecundó en los siglos venideros en la gramática, la semiótica y la lingüística. La gramática de Port-Royal y John Locke son dos ejemplos de ese pensamiento que hoy debe ser retomado en la translingüística.

De igual modo, el florecimiento de la semiótica en el siglo XX, cuyos lejanos antecedentes se encuentran en los textos citados de Platón y Aristóteles, tiene en esa gramática y en la *Lógica* de Port-Royal sus apoyos más decisivos. Foucault destaca la teoría del signo en esos dos textos.

En el pensamiento sobre el lenguaje, los aportes de la *Gramática general y razonada* de Port Royal (1660) trascienden los de cualquier otro texto de los siglos pasados. Desde entonces, su influjo en las ciencias del lenguaje, en la filosofía, en la lógica, no ha cesado de crecer, como lo afirma Michel Foucault en la introducción a una moderna reedición de dicha gramática.

«Muchas características de la lingüística moderna están relacionadas con la gramática de Port-Royal y, en general, todas aquellas gramáticas razonadas cuya dinastía se extendió a lo largo de la era clásica, desde mediados del siglo XVII».

Del inglés John Locke es fundamental el *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1689). Ahí el autor se detiene a destacar la facultad de razonamiento del ser humano, al establecer la relación con la capacidad de producir ideas y usar sonidos articulados:

«El hombre tiene disposición para formar sonidos articulados»; «estos sonidos se pudieran establecer como señales de las ideas alojadas en su mente»; «imaginar, aprehender, comprender, adherir, concebir, inculcar, disgusto, perturbación, tranquilidad, etc., son en su totalidad palabras tomadas de las

operaciones de las cosas sensibles y aplicadas a ciertos modos de pensamiento».

El seminario no podía abstraerse del pensamiento semiológico actual, presente en autores esenciales que no pudimos leer en su mayoría por falta de tiempo y, también, por qué no confesarlo, la mayoría de nosotros no estaba al nivel de la complejidad de los textos.

La obra *Estractus filosófico*, del alemán Ludwig Wittgenstein, es crucial para la búsqueda translingüística que nos ocupa. *El prólogo*, firmado por el autor en 1918, plantea el problema filosófico en términos de la claridad en el lenguaje:

«El libro trata de problemas de filosofía y muestra, al menos así lo creo, que la formulación de estos problemas descansa en la falta de comprensión de la lógica de nuestro lenguaje. El significado del libro puede resumirse en cierto modo en lo siguiente: todo aquello que puede ser dicho, puede decirse con claridad; y de lo que no se puede hablar, mejor es callarse».

Pero el significado es la finalidad de lo que el autor denomina la lógica del lenguaje, como se observa en estas expresiones:

«El pensamiento es la proposición con significado». «El hombre posee la capacidad de construir lenguajes en los cuales todo sentido puede ser expresado sin tener una idea de cómo y qué significa cada palabra».

Es una lógica del lenguaje inaprensible, puesto que, según este autor, el lenguaje es un disfraz del pensamiento: «Es humanamente imposible captar de inmediato la lógica del lenguaje». Y la razón es que el lenguaje es un disfraz del pensamiento:

«El lenguaje disfraza el pensamiento. Y de tal modo, que por la forma externa del vestido no es posible concluir acerca de la forma del pensamiento disfrazado; porque la forma externa del vestido está construida con un fin muy distinto que el de permitir reconocer la forma del cuerpo. Los acomodamientos tácitos para comprender el lenguaje corriente son enormemente complicados».

El profesor nos motivó a estudiar a algunos autores franceses de la época reciente, con énfasis en estos nombres: Michel Foucault, Jacques Derrida, Michel Serres y Gilles Deleuze.

En el seminario de la maestría esos autores fueron comentados a vuelapluma. Desde entonces, despertaron un vivo y continuo interés, que fuimos cultivando y profundizando en el doctorado.

Sin embargo, en el tema de la semiología de base filosófica no se podía postergar el estudio detenido de tres autores inscritos en la lista del profesor como elementos esenciales del contenido y las evaluaciones del seminario: Peirce, Morris y Eco.

20 de diciembre Charles Sanders Peirce

Descubro con extrema curiosidad en un ángulo apartado de La Biblioteca, ahí donde tengo localizados los libros muy especializados y de usos reservados, *Ecrits sur le signe* (Escritos sobre el signo), de Charles Sanders Peirce (1839-1914). Noto, al abrir la obra, por algunos dobleces y coloreados, que en otro tiempo yo había recorrido las páginas de ese texto.

Era una edición reciente en el momento del seminario. Recuerdo que en su exposición sobre ese autor dijo el profesor Gauthier:

«Peirce es un desconocido en Francia, pero este mismo año acaba de salir una obra que recoge sus trabajos, y que es indispensable leer».

Desde entonces debí interesarme por los datos sobre el libro. Es una edición de 1978 a cargo de Gerard Deledalle, quien tradujo la obra del inglés al francés, hizo la selección de los textos, varios de ellos inéditos, y realizó las anotaciones de los escritos de Peirce.

Algunos datos sobre el autor están en esas anotaciones de Gerard Deledalle, de los cuales tomo los más superficiales. Peirce, norteamericano, graduado de Harvard, fue el fundador de la semiótica declarada y sistematizada, tal como hoy se conoce.

Ese autor representa el hito más importante de donde arranca una disciplina establecida a partir del concepto de signo desde una perspectiva de base no lingüística. La lengua y el discurso están subsumidos implícitamente.

Semiótica es el nombre usado por Peirce para su ciencia sobre los signos. Es también, como señala Morris, el nombre preferido en el ámbito anglófono, mientras que en el ámbito francófono el nombre es semiología. Sin embargo, para nosotros, acorde con la distinción asumida en esta obra, aquí semiótica debe leerse como semiología.

Peirce propone la descripción general y abstracta de los signos. Asimismo, Morris y Eco, quienes, además, al igual que Peirce, fundamentan esa disciplina en la lógica. Por esas razones los tres autores se tratan en esta obra bajo la rúbrica de la semiología filosófica.

La semiótica de Peirce se constituyó como un sistema general que, indistintamente, abarca todos los tipos de signos. Hacer de la semiótica una ciencia de ciencias era el objetivo principal de Peirce.

Un conjunto de saberes presentes en forma explícita o implícita le permite acercarse a esas miras. Su perfil transdisciplinario le permite viajar de un saber a otro.

Esa vocación procede del entrecruzamiento de inclinaciones y motivaciones en la vida del autor. Peirce expuso sus teorías sobre el signo a través de diversos tipos de textos (cartas, conferencias, ensayos, fragmentos, libros, etc.), basado en disciplinas también diversas (lógica, filosofía, psicología, química, geografía, matemática), los cuales vieron la luz de forma póstuma en su integralidad entre 1931 y 1953.

Lógico de formación, Peirce reinterpretó la lógica como semiótica en un sistema integrado por cuatro componentes:

- 1. Un concepto general de la semiótica equivalente a la lógica: «La lógica, en su sentido general, como creo haberlo mostrado, no es sino otro nombre de la semiótica. La doctrina casi necesaria o formal de los signos».
 - 2. Una teoría del signo que abarca tres conceptos:
 - a) Signo o representamen, emitido por alguien:
- «Un signo o representamen es cualquier cosa que ocupa el lugar para alguien de cualquier cosa bajo cualquier tipo de relación o a cualquier título».
 - b) Interpretante o signo recibido por alguien:
- «Él se dirige a alguien, es decir, crea en el espíritu de esta persona un equivalente o tal vez un signo más desarrollado. Ese signo que él crea lo llamo interpretante».
 - c) El objeto que representa:
- «Ese signo ocupa el lugar de cualquier cosa: es su objeto»; «pero para que una cosa sea un signo, es necesario, como se dice, que ella "represente" otra cosa distinta a ella, llamada su objeto».
- 3. Tres ramas de la semiótica: gramática, lógica y retórica: «Del hecho que todo *representamen* está ligado a tres cosas, el fundamento, el objeto y el interpretante, la ciencia de la semiótica tiene tres ramas».
- a) Gramática: estudia la significación. «La primera es eso que Duns Scot llama la *grammatica speculativa*. Nosotros podemos llamarla gramática pura».
- b) Lógica: estudia el objeto: «La segunda es la lógica propiamente dicha».
- c) Retórica: su tarea es estudiar la manera cómo un signo o palabra da lugar a otro o cómo un pensamiento produce otro: «La tercera, siguiendo la manera en que Kant conserva las viejas

asociaciones de palabras cuando busca una nomenclatura para nuevas concepciones, la llamó retórica pura».

4. Una clasificación muy exhaustiva de los signos en nueve clases, que resultan diez en la combinación: cualisigno, sinsigno, legisigno, ícono, indicio, símbolo, rema, decisigno o dicente y argumento.

En esa clasificación se destacan los signos que se refieren al objeto: ícono, indicio y símbolo.

- a) Ícono: «Un ícono es un signo que reenvía al objeto que denota simplemente en virtud de los caracteres que él posee, que ese objeto exista realmente o no».
- b) Indicio: «Un indicio es un signo que reenvía al objeto qué denota porque es realmente afectado por ese objeto».
- c) Símbolo: «Un símbolo es un signo que reenvía al objeto que denota en virtud de una ley, de ordinario una asociación de ideas generales, que determina la interpretación del símbolo por referencia a ese objeto».

En síntesis, la contribución de Peirce a la teoría del signo se presenta en estos aportes:

Primero: la creación de una ciencia de los signos a partir de la lógica.

Segundo: la conceptualización con base en tres dimensiones: signo o *representamen*, signo interpretante y objeto o cosa que representa.

Tercero: la distinción de tres ramas de la semiótica: la gramática, la lógica y la obra retórica, cada una con un objeto de estudio definido.

Cuarto: el haber erigido una taxonomía exhaustiva de las clases de signo en número de 10 tipos.

Quinto: una clasificación exhaustiva de las unidades semiológicas en la que se destacan tres tipos de signos: el ícono, el indicio y el símbolo.

Más allá de una comprensión y descripción como la que hemos ensayado, la interpretación de esa semiótica precisa de algunas explicaciones.

Peirce no era lingüista sino filósofo, en específico lógico, y su fin era más general.

El signo ocupa el lugar de otra cosa, de su objeto y, por tanto, su ámbito es la significación. En esa visión, el signo es un médium para la búsqueda de la significación, del sentido de las cosas.

Sin embargo, el fundamento de Peirce no se circunscribe al campo puramente semiótico. Su propósito es lograr una nueva expresión de la Idea, antiguo concepto platónico:

«Por referencia a una suerte de idea que he llamado alguna vez el fundamento del *representamen*. Hay que entender "idea" aquí en una suerte de sentido platónico, corriente en el lenguaje de todos los días; quiero decir en el sentido en que decimos que un hombre capta la idea de otro hombre; o decimos, cuando un hombre se recuerda de lo que pensaba antes, que se recuerda de la misma idea; o decimos, cuando un hombre continúa pensando en algo, aun sea una décima de segundo, en la medida en que el pensamiento continúa siendo coherente durante ese tiempo, es decir, teniendo un contenido semejante, que él tiene la misma idea, y que esta idea no es a cada momento una nueva idea».

La metafísica es así el objeto último de la semiótica de Peirce. A ese respecto afirma Gerard Deledalle en sus comentarios a la obra de ese autor:

«Uno puede concebir que un lingüista o un semiótico tenga una metafísica explícita o implícita sin relación con las búsquedas a las cuales se aplica, como el matemático o el arquitecto. Pero si esta metafísica es el principio rector de su obra, parece difícil —sino deshonesto— evitarla. Sin embargo, ese es el caso de la metafísica de Peirce. Ella es una metafísica de los signos».

Y esa metafísica se destaca, según ese autor, en tres ideas expresadas por Peirce acerca de la relación entre el signo y el ser humano:

«La primera es que el hombre no parece tener el poder de aprehender su "yo" por introspección», sino a través del signo.

«La segunda razón es que el hombre piensa por signos. Si el pensamiento no se manifestara por signos, fuera irreconocible».

«La tercera razón es que el hombre es un signo. Cada vez que pensamos, tenemos presente a la conciencia una representación que sirve de signo».

Como se observa, con la semiótica de Peirce, la humanidad redobló el esfuerzo para aprehender el sentido y tratar de responder a la antigua pregunta de los presocráticos, que es la misma que desemboca en la búsqueda de la esencia del ser y las cosas, y que conlleva, al final, a la razón teleológica y sagrada del universo.

Se esté o no de acuerdo con esa visión, hay que convenir, sin embargo, en que con la semiótica de Peirce la humanidad elevó el nivel de conocimiento y reflexión sobre los signos, la significación y el sentido. La inclusión de disciplinas como la gramática, la lógica y la retórica acerca esa semiótica a las ciencias del lenguaje.

El discurso, aún no declarado, está presente permanentemente en la conceptualización de Peirce cuando habla de los sujetos que emiten y reciben los signos. De base no lingüística, acaba por incluir la lengua en el conjunto de signos establecidos por ese autor.

La dimensión translingüística de esa semiótica es, sin lugar a duda, un rasgo fundamental que la hace cada vez más actual y permanente. Trimestre enero-marzo de 1979

10 de enero

Grandes retos

Iniciábamos el segundo trimestre del seminario. Me había ido bien y aprendí cosas nuevas y como nunca en el trimestre octubre-diciembre.

Sin embargo, retornaba al aula con pensamientos graves e inquietantes. Nadie sabía qué nos esperaba en 1979. Recibía ese nuevo año 1979 como un libro abierto repleto de grandes retos.

El profesor Gauthier aprovechó este primer día del año para el recuento del año anterior y planificar las actividades siguientes: los temas, las tareas, las evaluaciones.

En octubre de 1978, cuando iniciamos, éramos una treintena en el seminario. De regreso a las clases, luego del asueto navideño, observaba que éramos mucho menos: 23.

Los que faltaban fueron quedándose en el camino; y aún el crisol de los trabajos del seminario (la asistencia a las clases, sin contar la vida fuera del aula) no ha completado su ciclo. Las cribas que representan el trabajo final y de la tesis de maestría todavía no se mostraban a la vista.

Era un gran reto para mí perseverar y triunfar. Pues, además de estudiar, trabajaba y tenía familia, que, en definitiva, eran mis compromisos principales. Muchas veces el horario de las clases chocaba con esas responsabilidades.

Por demás, a menudo estaba cansado, y hasta desanimado. Quizá me sentía así, algo pesimista, porque ese día guardaba para mí una especial significación que se remontaba a mis años sobrios.

El 10 de enero de 1975 cumplí mi condena de prisión de tres años en la cárcel La Victoria en mi país. No me pusieron en libertad ese día.

En violación a la orden judicial, la policía me trasladó a la cárcel preventiva del ensanche La Fe. Ahí supe que el Gobierno de Balaguer, y Balaguer personalmente, no me iban a poner en libertad, y que la decisión era deportarme hacia Francia, acción cumplida el 13 de enero de ese año. Pero como reza el dicho popular, no hay mal que por bien no venga.

Eran momentos en que me sometía a un cúmulo de interrogantes esenciales. Ahora en el seminario recordaba ese episodio con ironía. Me sentía reconfortado, recompensado. Los esfuerzos habían valido la pena.

Aunque seguir estos estudios no era fácil. Eran estudios voluminosos y complejos. Eran difíciles. Cursarlos exigía fuertes esfuerzos del entendimiento y del cuerpo.

Escuchando el recuento del profesor sentía que me estaba haciendo semiótico. Pensaba y soñaba en el mundo de los signos, por obra y gracia del gigante don Semeión. Me brotaban preguntas, a medida que asistía al seminario, que definitivamente marcaron mi formación y mi vida.

A través de ellas me hacía sensible a la lengua y a las formas. Cómo saber si las palabras son las mismas en lenguas distintas; si semeión, *signe* y signo son una misma palabra o si son tres; si en esas palabras de lenguas distintas los conceptos que encierran son los mismos o son distintos.

Por el momento, debí conformarme con las claras y entendibles explicaciones del profesor Gauthier. Él hablaba, enfatizaba algunos conceptos, algunos hechos; gesticulaba, anotaba en la pizarra. Mencionó los signos que forman parte de la categoría de semeión: signos químicos y signos místicos en torno a la figura de Dios.

Ser padre me llenaba de esperanza y temor. De hecho, era una meta que ya está en camino. La mujer estaba embarazada, espera dar a luz hacia finales de agosto o principios de septiembre. Parece que será una hembrita: pero en cualquier caso, sea hembra o varón, ya estamos barajando nombres.

Seguir con trabajo es un desafío principal. Mantener el que tengo es primordial. Hay mucho desempleo en Francia en el Gobierno del presidente Giscard d'Estaing y el primer ministro Raymond Barre. El paro laboral se calcula en millón y medio y no para de crecer.

Vivíamos un período de gran crisis, social y económica, de parálisis de la economía, de supresiones de empleo, de enorme descontento de la población, de huelgas incesantes y numerosas de los sindicatos.

Por el momento, tengo trabajo y puedo seguir los estudios, tratando de lograr la maestría, un reto superior, puesto que en él se jugaba mi futuro y mi vida.

Mientras pensaba en esa situación, mi atención no perdía nada importante de la clase. El mensaje del profesor era resonante. Escuchaba y mi mano movía el bolígrafo, registrando, releyendo sobre la marcha, tachando, anotando.

Eran intensas sesiones de cuatro horas por semana de amplia y profunda actualización en las ciencias del lenguaje en las que se revisaron los fundamentos lingüísticos, filosóficos y antropológicos de los estudios literarios contemporáneos.

Pero yo quería ir más lejos. Llegar no tanto al sentido profundo de esos términos, sino a los sentidos vividos a través de la experiencia personal en la observación y el contacto de esas palabras en el mundo y de las cosas. En la ciudad de París, a mi paso cada día brotaban imponderables percepciones inéditas de esas palabras y sus significaciones. Como latidos insondables se multiplicaban los llamados, como si solicitaran mi atención todos los signos de la vida.

No sé qué me provocaba ese indefinible estado de experimentación y asombro ante todas las cosas; mezcla de beatitud casi angelical y de morbosa agitación en la contemplación de las profundidades más trascendentes y de las superficies más profanas.

Miraba los vitrales de los antiguos edificios y en ellos descifraba recónditos mensajes de una historia que se despejaba ante mí. Me detenía en las tiendas y en los escaparates se dibujaban figuras y movimientos. Encontraba interesantes y atractivos motivos en la observación de los transeúntes, en los cursos formales de la universidad y en los innúmeros libros exhibidos en los quioscos, las librerías y las bibliotecas que se multiplicaban por doquier en París.

No eran estudios rutinarios. Fueron grandes pruebas para alguien que venía de tan lejos, con tantas dificultades y pasado de edad. Fueron crisoles y cribas que tuve que enfrentar con dedicación y esfuerzos extremos.

En el inicio de ese nivel de estudios la red de dificultades era no solo evidente, sino inquietante. En los días siguientes, esas palabras se habían quedado rondándome el entendimiento. Trataba yo de aprehender sus sentidos plenos y su correcta pronunciación.

Nada es tan transversal como el saber metodológico de la maestría. Dos seminarios garantizaron el manejo general y técnico del texto: Métodos de la Crítica Contemporánea; y Semiología del Texto. La tesis de maestría solo aspiraba a la demostración de la adquisición de esos saberes.

Todo eso me decía: «Manuel, todavía te falta mucho; debes estudiar más, conocer a mucho más autores. No solo los de la clase, sino otros más». Y entre unos y otros, la lista era interminable. Sin embargo, algunos eran esenciales, como Charles

Morris, que el profesor nos había asignado como tarea para las vacaciones navideñas y que, en enero, de vuelta a clase, teníamos que exponer en el aula.

◆0◆

17 de enero

Charles Morris

El profesor introdujo esa jornada del seminario glosando algunos aspectos de la obra del autor Jean François Lyotard, desviando temporalmente la prioritaria atención de la clase, que estaba reservada para un personaje previsto: Charles Morris (1901-1979), quien justo acababa de fallecer el 15 de enero y estaba muy fresco en la memoria de los estudiantes.

Morris era el autor asignado para los trabajos de este día y al que todos los estudiantes habíamos estudiado. Además, en ocasión de su deceso, la prensa había hecho un despliegue de su biografía y de sus aportes en la ciencia de los signos.

Cuando el profesor hablaba de Lyotard, yo notaba una aparente inexplicable digresión. Es lo que anoté en el cuadernillo de la clase. Qué tiene que ver ese autor con el asignado para hoy, me preguntaba.

Sin embargo, luego, en el desarrollo de la clase me daba cuenta de que había sido una sabia y, diría yo, bien premeditada digresión; como otras tantas a las que nuestro orientador nos había acostumbrado.

En La Biblioteca encuentro la obra *Discours*, *Figure* (1971) de Lyotard, avecinando a la de Peirce en una categoría de obras marcadas con una plaquita en la que se puede leer «Filosofía del lenguaje», en la que también se encuentran: Austin, Searle, Foucault, Derrida, entre otros.

Algunos renglones de esa obra coloreados por mí, no sé cuándo ni por qué, me confirman la oportuna referencia a ese autor por parte del profesor. Descubro una interesantísima reflexión de naturaleza translingüística en la que se relacionan el discurso, la figura y el símbolo de Lyotard con la semiología de Morris.

Parecería que el símbolo rebasa al discurso para limitarse a una mirada, a un ver: «El verdadero símbolo da qué pensar, pero primero él se da a "ver"». Luego nos damos cuenta de que el discurso contiene al símbolo, el cual es imposible sin el discurso:

«Pero el silencio de lo bello, del sentir, silencio de antes de la palabra, silencio en el seno de la palabra, es imposible, no es posible pasar del otro lado del discurso. Solo en el interior del discurso se puede pasar a la figura y en la figura».

En cualquier relación entre signos, y entre el signo y lo referencial, es fundamental esta afirmación de Lyotard: «No es posible pasar del otro lado del discurso». La razón es que el lenguaje incluye lo gestual y lo visible. El ojo ve por la palabra:

«El ojo está en la palabra porque no hay lenguaje articulado sin la exteriorización de un "visible", pero también porque hay una exterioridad al menos gestual, "visible", en el seno del discurso, que es su expresión».

Pero también, porque el discurso no es solo comunicación, es también expresión:

«¿Y qué cree usted que es el discurso? La fría prosa casi no existe, salvo en el nivel más bajo de la comunicación. Un discurso es espeso. Él no solamente significa, él también expresa. Y si él expresa, es que hay en él movimiento, fuerza, para levantar la tabla de las significaciones...».

Y claro, en la expresividad, el discurso se vale de la metáfora y de los demás recursos mediante los cuales la figura o el símbolo se manifiestan en su interior, permitiendo ver, oír e incluir el mundo exterior.

Afirma Lyotard, «y entonces se verá cómo la exterioridad, la fuerza, el espacio cerrado pueden estar presentes en la interioridad, en la significación cerrada» del discurso.

Ahí reside el concepto translingüístico de esa obra: pasar de la lengua, sistema cerrado, hacia el mundo exterior contenido en el discurso, que se conecta con las figuras, los símbolos y los signos que representan o significan y que remiten a las cosas, a los referentes de la realidad.

Así viajamos del signo al discurso, el trayecto que recorre la semiótica de Morris. Es lo que el profesor había tratado de decirnos al poner en relación, aunque de forma indirecta, a los dos autores, para luego concentrar el grueso de su disertación en la semiología de Morris.

Señalaba el profesor que Morris era estadounidense, como Peirce. En la orientación de la semiótica de este último, en nuestra idea de semiología, es el autor del siglo XX que más ha marcado la reflexión teórica con su obra *Fundamentos de la teoría de los signos*, primera edición de 1938.

En el prefacio Morris señala la narratividad de su semiótica cuando se refiere al «contexto que le precedió»: el trayecto temporal recorrido desde sus primeros escritos, su tesis doctoral y los autores que usa como referencia, entre los que destacan: Bertrand Russell, Charles Peirce, Rudolf Carnap, Ernst Cassirer, Edward Sapir, Manuel Andrade, Leonard Bloomfield y la obra *El significado del significado* (1923) de C. K. Ogden y I. A. Richards.

En esas referencias no aparece Ferdinand de Saussure, cuando el *Curso de Lingüística General* había sido publicado en 1916. Existe una sola mención a ese autor en la obra de Morris y es asumida por el editor Thomas A. Sebeok en su «Nota terminológica».

Evidentemente, el autor que mayor influjo ejerció sobre Morris fue Peirce, a quien cita repetidas veces. He aquí solo dos contextos de *Fundamentos de la teoría de los signos* en los que se resaltan la presencia del autor de *Escritos sobre el signo*:

En el primero Morris realza la semiótica de Peirce, que juzga sin «parangón en la historia», a la vez que asume el concepto de interpretante de su antecesor:

«Charles S. Peirce, cuyo trabajo no tiene parangón en la historia de la semiótica, llegó a la conclusión de que, en último término, el interpretante de un símbolo ha de buscarse en un hábito y no en la reacción fisiológica inmediata que el vehículo sígnico evocó o en las imágenes o emociones concomitantes, una doctrina que allanó el camino al énfasis actual en las reglas de uso».

En el segundo, Morris emplea la terminología y la clasificación de Peirce acerca de determinados tipos de signos: sinsigno y legisigno:

«El asunto puede ser enfocado en términos de la distinción de Peirce entre sinsigno y legisigno: un sinsigno es un algo particular que funciona como signo, mientras que un legisigno es una "ley" que funciona como signo».

La semiótica de Morris, en la perspectiva de la de Peirce, es de base no lingüística. Se fundamenta en la lógica, pero también se sitúa en una amplia corriente de la filosofía del lenguaje, en particular en el positivismo lógico bajo la influencia de autores ingleses como Bertrand Russell.

A ese título, la semiótica de Morris entra de lleno en el campo de las ciencias del lenguaje, aun con más propiedad que la semiótica de Peirce. Alude el lenguaje y el discurso en forma mucho más implícita que su predecesor. Por tanto, representa un gran aporte para el abordaje del signo como hecho translingüístico. No incluye de manera explícita en su reflexión el discurso ni apela al análisis de texto, pero todo eso está implícito como parte del conjunto de su semiótica.

En esa semiótica se destacan tres componentes: la definición de la semiótica, la definición del signo y la división de esa ciencia en tres ramas: semántica, sintaxis y pragmática.

La definición de la semiótica

«La semiótica como ciencia utiliza signos especiales para establecer determinados hechos acerca de los signos; es un lenguaje para hablar de signos».

Con algunas variaciones, la definición de la semiótica procede de Peirce. La semiosis formada por la tríada: signo o *designatum*, interpretante y objeto o intérprete.

Los tres componentes de la semiótica son inseparables y solo tienen valor como partes del conjunto semiótico:

«Debería quedar claro que los términos "signo", "designatum", "interpretante" e "intérprete" se implican mutuamente, puesto que solo son formas de referirse a aspectos del proceso de semiosis».

«Las propiedades que conlleva ser un signo, un designatum, un intérprete o un interpretante son propiedades relacionales que las cosas asumen al participar en el proceso funcional de semiosis».

La definición del signo y los demás componentes de la semiótica

- a) El signo es: algo considerado por un interpretante como signo de algo.
- b) El interpretante es: algo evocado por algo que funciona como signo.
- c) El objeto es: algo interpretado o tomado en consideración como algo.
- «... algo es un signo si, y solo si, algún intérprete lo considera signo de algo; la consideración de algo es un interpretante solo en la medida en que es evocado por algo que funciona como un

signo; un objeto es un intérprete solo si, mediatamente, toma en consideración algo».

Son importantes estas precisiones:

- los objetos son las referencias de los signos,
- los signos tienen como función designar los objetos y, por tanto, requieren de estos,
- no existe una clase especial de los objetos semióticos.

Son semióticos todos los objetos ordinarios, bajo la única condición de que participen de la semiótica:

«Los objetos no necesitan ser referidos por signos, pero no hay designata a menos que se produzca esa referencia».

«La semiótica, por tanto, no se ocupa del estudio de un tipo de objeto particular, sino del estudio de los objetos ordinarios en la medida en que (y solo en la medida en que) participan en la semiosis».

División en tres ramas: semántica, sintaxis y pragmática

Lo más significativo de los aportes de Morris es la división de la semiótica en tres ramas: semántica, pragmática y sintaxis. Esa clasificación fue inspirada por los trabajos de los filósofos anglosajones del lenguaje que precedieron a Morris, como Bertrand Russell.

Sin embargo, es evidente la semejanza de esa división de Morris con la división establecida por Peirce en su semiótica: gramática, lógica y retórica. Tomada con prudencia, la equivalencia entre los dos grupos de disciplinas sería algo así como: la gramática de Peirce es la sintaxis de Morris, la lógica es la semántica y la retórica es la pragmática.

En la semiótica de Morris las tres ramas son inseparables:

«La semiótica cuenta con tres ramas subordinadas, sintáctica, semántica y pragmática, que se ocupan, respectivamente, de las dimensiones sintáctica, semántica y pragmática de la semiosis».

«"Signo" es un término estrictamente semiótico, que no puede definirse de forma aislada ni en la sintaxis, ni en la semántica, ni en la pragmática; solo podrá decirse que todos los términos que se utilicen en estas disciplinas serán términos semióticos si se utiliza "semiótica" en su acepción más amplia».

Son esenciales las definiciones de las ramas de la semiótica de Morris, pues implican una perspectiva translingüística en el estudio del signo que en algún modo incluye el discurso:

a) Semántica es el estudio de la relación entre los signos y los objetos:

«Pueden estudiarse las relaciones de los signos con los objetos a los que son aplicables. Esta relación recibirá el nombre de dimensión semántica de la semiosis, y la simbolizaremos con el signo "Dsem"; el estudio de esta dimensión se denominará semántica».

Más adelante, en el capítulo correspondiente, amplía la definición de la semántica, como relación entre los signos con sus designata u objetos:

«La semántica se ocupa de la relación de los signos con sus designata y, por ello, con los objetos que pueden denotar o que, de hecho, denotan. Como sucede con las restantes disciplinas que se ocupan de los signos, se puede hacer una distinción entre sus aspectos puros y descriptivos: la semántica pura proporciona los términos y la teoría necesarios para hablar de la dimensión semántica de la semiosis, mientras que la semántica descriptiva se interesa por aspectos reales de esa dimensión».

b) Pragmática es la relación de los signos con los intérpretes:

«Pero el objeto de estudio también puede ser la relación de los signos con los intérpretes. En ese caso, la relación resultante se denominará dimensión pragmática de la semiosis, y la simbolizaremos como "DP"; el estudio de esta dimensión recibirá el nombre de pragmática».

Es relevante esta explicación de Morris acerca de la pragmática, campo de estudio que ha adquirido un gran auge en los últimos decenios con base en filósofos anglosajones del lenguaje como Austin y Searle:

«Es obvio que el término "pragmática" se ha acuñado haciendo referencia al término "pragmatismo". Resulta plausible suponer que la significación permanente del pragmatismo resida en el hecho de que ha prestado una atención más directa a la relación de los signos con sus usuarios de la que previamente se le había concedido, así como por haber valorado con mayor profundidad que nunca la pertinencia de esa relación para la comprensión de las actividades intelectuales».

Morris declara la fuente de donde procede su concepción de la pragmática, comenzando con Peirce:

«El término "pragmática" permite subrayar la significación de los logros de Peirce, James, Dewey y Mead en el campo de la semiótica. Al propio tiempo, "pragmática", como término semiótico estricto, requiere su propia formulación. Por "pragmática" se entiende la ciencia de la relación de los signos con sus intérpretes».

Esta precisión es de suma importancia: no confundir la pragmática propia de los estudios semióticos y del lenguaje con el pragmatismo de William James y de John Dewey, filosofía que proclama la eficacia, la utilidad y los resultados prácticos y verificables como criterios de la verdad y de los comportamientos humanos:

«La "pragmática" ha de diferenciarse entonces del "pragmatismo", así como el adjetivo "pragmático" debe diferenciarse de "pragmatista". Habida cuenta de que la mayoría de los signos, si no todos, tienen como intérpretes seres vivos; para caracterizar con precisión la pragmática bastará con decir que se ocupa de los aspectos bióticos de la semiosis, es decir, de todos los fenómenos psicológicos, biológicos y sociológicos que se presentan en el funcionamiento de los signos. La pragmática cuenta también con sus aspectos puros y descriptivos; la pragmática pura se ocupa de intentar desarrollar un lenguaje en el que se pueda

hablar de la dimensión pragmática de la semiosis; la pragmática descriptiva se interesa por la aplicación de este lenguaje a casos específicos».

La asimilación de la retórica aristotélica a la pragmática es un dato que ayuda a entender cómo aquella disciplina de la antigüedad griega sirve de fundamento a otra moderna: la semiótica.

«Históricamente, la retórica puede considerarse como una forma restringida y temprana de pragmática; por otro lado, el aspecto pragmático de la ciencia ha sido un tema recurrente entre los divulgadores e intérpretes de la ciencia experimental. La referencia al intérprete y a la interpretación es común en la definición clásica de los signos. Aristóteles, en *De interpretatione* habla de las palabras como signos convencionales de pensamientos que todos los hombres tienen en común».

c) Sintaxis es la relación entre los signos entre sí:

La sintaxis, tercera rama de la semiótica de Morris, es también objeto de una conceptualización detallada. Morris justifica esta rama con base en tres contextos de la relación entre los signos: signos claramente relacionados con otros; signos aparentemente aislados; signos relacionados en potencia o en actos:

«Puesto que la mayoría de los signos están claramente relacionados con otros signos, puesto que muchos casos de aparentes signos aislados resultan no ser tales una vez sometidos a análisis, y puesto que todos los signos están en relación, en potencia si no en acto, con otros signos...».

El autor afirma que la sintaxis es, en relación con las dos comentadas con anterioridad, la dimensión más conocida y de mayor desarrollo:

«La sintaxis, considerada como el estudio de las relaciones sintácticas de los signos entre sí haciendo abstracción de las relaciones de los signos con los objetos o con los intérpretes, es la más desarrollada de todas las ramas de la semiótica. Una gran parte del trabajo realizado en la lingüística propiamente dicha ha partido precisamente de esta perspectiva, aunque a menudo inconscientemente y con múltiples confusiones».

La vinculación de su semiótica con los estudios del lenguaje es explícita en el aspecto de la sintaxis. Reconoce que es un área consagrada por la tradición gramatical y por la lingüística.

Pero en la semiótica es una dimensión tan importante como la semántica y la pragmática. Si faltara una de las tres no habría semiosis.

«...Parece correcto establecer una tercera dimensión de la semiosis tan importante como las dos anteriormente mencionadas. Esta tercera dimensión se denominará dimensión sintáctica de la semiosis, se simbolizará como "Dsin" y su estudio recibirá el nombre de sintaxis».

Morris resume el metalenguaje de su semiótica en estos términos:

«En un sentido amplio, cualquier término de la sintaxis, la semántica o la pragmática es un término semiótico; en un sentido restringido, solo son semióticos aquellos términos que no pueden definirse aisladamente en ninguno de los diversos campos componentes. En el sentido estricto, "signo", "lenguaje", "semiótica", "semiosis", "sintaxis", "verdad", "conocimiento", etc., son términos semióticos. ¿Qué se puede decir del término "significado"?».

Es oportuna esta extensión del concepto de signo. Nada es de manera intrínseca un signo. Es signo cualquier objeto que reúna la condición de ser mediador entre algo y algo:

«Nada es intrínsecamente un signo o un vehículo sígnico, sino que se convierte en tal solo en la medida en que permite que algo tome en consideración algo a través de su mediación».

Es también importante el concepto de significado en la semiótica de Morris, en la cual se habla «...de la intersubjetividad potencial de cada significado». El significado no es algo preexistente al signo. Es un concepto semiótico que está determinado por las «reglas de uso».

No existe en la naturaleza ni en las cosas. Se coloca en el intercambio entre el signo y el intérprete. Es de carácter procesual e intersubjetivo. Aquí Morris se acerca al discurso, pero no logra avanzar hacia esa dirección cuando afirma:

«Los significados no han de situarse como existencias en cualquier lugar en el proceso de semiosis, sino que han de caracterizarse en términos de este proceso globalmente considerado. "Significado" es un término semiótico y no un término en el lenguaje objetual; decir que existen significados en la naturaleza no supone afirmar que exista una clase de entidades equiparables a árboles, rocas, organismos y colores, sino que tales objetos y propiedades funcionan dentro de procesos de semiosis».

«En resumen, puesto que el significado de un signo viene exhaustivamente especificado por la averiguación de sus reglas de uso, el significado de cualquier signo es en principio exhaustivamente determinable por la investigación objetiva. Puesto que es entonces posible, caso de que parezca juicioso estandarizar ese uso, el resultado es que el significado de cada signo es potencialmente intersubjetivo».

Es fundamental el papel que Morris asigna a la semiótica, en una tradición que une a Peirce con Saussure: intérprete de las ciencias:

«En el desarrollo de la semiótica las disciplinas que ahora son habituales bajo los nombres de lógica, matemática y lingüística pueden ser reinterpretadas en términos semióticos».

Pero la semiótica no es solo intérprete, es la ciencia de las ciencias, de la que todas las demás forman parte. Obsérvese en los siguientes pasajes el amplio campo de saberes que reúne la semiótica.

Lógica

«Las paradojas lógicas, la teoría de los tipos, las leyes de la lógica, la teoría de la probabilidad, la distinción de deducción,

inducción e hipótesis, la lógica modal, todos estos temas pueden ser considerados dentro de la teoría de los signos».

Matemática

«En la medida en que la matemática es conocimiento de las estructuras lingüísticas, y no se identifica simplemente con algunas (o todas) de tales estructuras, también puede considerarse parte de la semiótica».

Lingüística

«La lingüística entra, a todos luces, dentro del dominio de la semiótica, puesto que se interesa en la actualidad por ciertos aspectos de las estructuras sígnicas complejas, que constituyen los lenguajes en el sentido semiótico pleno del término. Es posible que la situación aceptadamente insatisfactoria que se arrastra con respecto a términos como "palabra", "oración" y "parte del discurso", pueda clarificarse en términos de las funciones sígnicas que cumplen los diversos recursos lingüísticos. Los proyectos antiguos de una gramática universal adquieren una nueva y defendible forma cuando se traducen al estudio de la forma en que todos los lenguajes realizan similares funciones sígnicas mediante el uso de los diferentes recursos. La lógica, la matemática y la lingüística pueden quedar del todo absorbidas en la semiótica».

Estética

«En la medida en que la estética estudia cierto funcionamiento de los signos (tales como los signos icónicos cuyos designata son valores), se trata de una disciplina semiótica con componentes sintácticos, semánticos y pragmáticos, y la distinción de estos componentes ofrece una base para la crítica estética».

Sociología

«La sociología del conocimiento es también parte clara de la pragmática, y lo mismo se puede decir de la retórica».

El antiguo trivium: lógica, retórica y gramática:

«La semiótica es el marco en que se pueden insertar los equivalentes modernos del antiguo *trivium* formado por la lógica, la retórica y la gramática».

Ciencias sociales y humanas

«Ya se ha sugerido que la psicología y las ciencias sociales humanas pueden encontrar parte (si no la totalidad) de la base de su distinción de las restantes ciencias biológicas y sociales, en el hecho de que se ocupan de respuestas mediadas por signos».

Unificación de las ciencias sociales y las ciencias de la naturaleza:

«El propio desarrollo de la semiótica constituye una etapa en la unificación de las ciencias que total o parcialmente se ocupan de signos; puede también desempeñar un importante papel en la superación de la división entre las ciencias biológicas, por un lado, y las ciencias psicológicas y sociales humanas por otro, y al propio tiempo arrojar nueva luz sobre la relación de las denominadas ciencias "formales" y "empíricas"».

Disciplinas humanísticas

Además de las ciencias, para Morris la semiótica tiene por igual implicaciones humanísticas y se aplica a las disciplinas humanísticas.

Afirma:

«Los signos sirven para otras cosas que para adquirir conocimiento, y la semiótica descriptiva es más amplia que el estudio del lenguaje de la ciencia. Correspondiendo a los diversos

propósitos que cumplen los signos, existen lenguajes más o menos especializados que siguen en alguna medida las diversas dimensiones de la semiosis».

Poesía y artes

Y a seguidas plantea la aplicación de la semiótica a la poesía y las artes:

«La poesía lírica tiene una sintaxis y usa términos que designan cosas, pero la sintaxis y los términos se usan de manera que, para el lector, lo que destaca, son valores y estimaciones. Las máximas de las artes aplicadas se basan en proposiciones verdaderas relevantes para el cumplimiento de ciertos propósitos ("para lograr x, haga esto y esto"); los juicios morales pueden, de forma semejante, tener un componente empírico pero además, asumen la deseabilidad de alcanzar cierto objetivo y de aspirar a controlar la conducta ("Usted debería vacunar a su hijo"; es decir: "Considerando que se da por sentado el objetivo de alcanzar la salud, la vacunación es en las presentes circunstancias la forma más segura de realizar ese fin, así que hágalo")».

Filosofía

No se puede dejar de resaltar el último tramo de la semiótica de Morris, en el cual el autor asigna a su ciencia la misión de cumplir el espacio que la filosofía dejó de desempeñar en la comprensión de las actividades humanas:

«La semiótica proporciona una base para la comprensión de las principales formas de actividad humana y para su interrelación, puesto que todas estas actividades y relaciones se reflejan en los signos que median esas actividades. Tal comprensión es una ayuda efectiva para evitar que se confundan las diversas funciones que realizan los signos. Como dijo Goethe, "uno no puede realmente pelearse con cualquier forma de representación",

siempre y cuando, naturalmente, la forma de representación no esconda lo que no es. Al darse esa comprensión, la semiótica promete cumplir una de las tareas que por tradición se ha considerado empeño filosófico. La filosofía ha pecado a menudo de confundir en su propio lenguaje las diversas funciones que realizan los signos. Pero la idea de que la filosofía debe aspirar a penetrar en las formas características de la actividad humana y ha de afanarse por lograr el conocimiento más general y sistemático posible, forma parte de una larga tradición. Esta tradición aparece en forma moderna en la identificación de la filosofía con la teoría de los signos y la unificación de la ciencia, es decir, con los aspectos más generales y sistemáticos de la semiótica pura y descriptiva».

En esa identificación de la filosofía con la semiótica Morris asigna dos retos fundamentales a la semiótica:

- a) En la tradición, la teoría de los signos era obra de la filosofía; en los tiempos modernos, ese campo es ocupado por la semiótica.
- b) En consecuencia, la semiótica de hoy, como ayer la filosofía, aspira a constituirse en ciencia de ciencias, a ser el espacio de la unificación de las ciencias.

En fin, la semiótica es concebida por Morris con el estatus de la ciencia de las ciencias. Y en esas ciencias de ciencias se sitúan las ciencias del lenguaje. Su propósito es la unificación de las ciencias.

En la semiótica pueden tener cabida las más diversas disciplinas del conocimiento, en la medida en que todas, además de ser objetos sígnicos, comportan una semántica, una sintaxis y una pragmática.

Los elementos resaltados en la obra *Fundamentos de la teoría de los signos* sitúan los principales aportes de Charles Morris a la semiótica:

Amplió y profundizó el campo de estudio de esa disciplina y en gran medida superó a su maestro, Charles Sander Peirce.

Hizo posible el surgimiento de una translingüística basada en los tres componentes de su semiótica: semántica, sintaxis y pragmática.

Trató de unir la teoría del signo a las diversas áreas de las ciencias del lenguaje.

En fin, produjo conceptos e ideas que, en lo fundamental, conservan su vigencia y están a la espera de una comprensión y aplicación aún más fecundas que las que hasta hoy han tenido.

◆0◆

24 de enero

Umberto Eco

En el relato de estas experiencias académicas, La Biblioteca es mi cómplice, mi *alter ego*. Es testigo esencial y protagonista de primer orden de un hecho, bajo las circunstancias reservadas a un autor intelectual.

Sin su fundamental apoyo e intervención no fuera posible lo que aquí va sucediendo. En los acontecimientos de esta índole obran el recuerdo y la imaginación. Pero sin que lo narrado sea una fantasía o una ficción propiamente dicha, sino la obra del entendimiento, es preciso recurrir a datos y juicios firmes y seguros, o por lo menos verosímiles.

En el seno de La Biblioteca se alojan esos grandes tesoros. Los voy mamando y revelando como los mejores hallazgos. Y aquí los dejo plasmados con cierto revestimiento y adulteración, fruto de la superposición de las épocas y la confusión de percepciones.

Sus aportes al tejido de esta trama son múltiples. Ella me ayuda a recordar las notas tomadas en plena acción del seminario, a complementarlas y a restaurar detalles omitidos.

Es el soporte principal de la inserción de informaciones no escritas que van fluyendo de mi memoria. Es también la fuente y el transporte de los datos que voy agregando de manera natural en el mecanismo de la redacción.

A través de los libros, de la magia de su presencia, del milagro que se realiza al contacto con ellos, puedo yo, respirando el rancio olor de las páginas, recorrer el aula del seminario y sentir el eco de las palabras del profesor Gauthier.

Escucho su estentórea voz cuando, esta vez, nos habla de la semiótica en Italia. Es un país, dice, de una gran tradición cultural y de un gran desarrollo de las ciencias del lenguaje, que datan de la Antigüedad y el Renacimiento.

Su exposición se detenía en épocas más recientes. Ahí capto el nombre del gran humanista Giambattista Vico (1668-1744) y de su obra principal, *Principios de ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*, en la cual ese autor plasma, como expresión del mundo, una interesante semiología integrada de filosofía, lenguaje, ciencia y religión.

Pero la voz del profesor se empinaba cuando se refería al lugar alcanzado por ese país en el siglo XX, en los estudios sobre el signo. Hay grandes semiólogos y semióticos, comparables con los de cualquier sitio del mundo donde esa ciencia haya alcanzado el máximo esplendor. Específicamente, hizo alguna comparación entre Italia y Francia, en esa época dos grandes polos de estudio de las ciencias del lenguaje.

En la actualidad, sin dudas, sentenció, hay que mencionar a Umberto Eco como el más destacado, entre los más importantes semióticos y semiólogos italianos. Enseguida delineó sus trabajos. Nos los recomendó de manera enfática, precisando que abruptamente él se destacó en menos de una década con la publicación de una serie de obras fundamentales: *Apuntes para una semiótica de la comunicación visual*, 1967, y *La estructura ausente*, 1968. *La forma del contenido*, 1971; *El signo*, 1973.

Desde entonces, Eco es un autor a quien, por igual, se le ha tildado de semiólogo y semiótico (y así hablaremos aquí), las dos ramas de estudio del signo. Las dos orientaciones están presentes en sus obras.

Como semiólogo, es un teórico y un académico que elabora o reproduce conceptualizaciones sobre el signo. Como semiótico realiza estudios y análisis de subsistemas particulares: texto literario, comunicación, publicidad, moda, artes, etc.

La orientación de la semiótica (y la semiología) de ese autor es ecléctica, sobre todo de base no lingüística. Se fundamenta en la lógica y sigue las orientaciones de Peirce y Morris. Por eso debe ser estudiada en relación con la de esos autores. Pero también se nutre de la semiología de orientación saussureana y de la escuela francesa.

Así, esa semiótica se sitúa en una perspectiva translingüística ecléctica. Es un conjunto de ideas y aplicaciones sígnicas procedentes de la lógica en las que la lengua y el discurso están imbricados.

Contrariamente a Peirce y Morris, los mentores principales de su semiótica y su semiología, Eco no tiene la pretensión de constituir un sistema de signos, una ciencia o una teoría general de los signos. Es un autor de tratados de semiología desde una perspectiva escolar y de divulgación científica. Es también un excelente aplicante de la semiótica.

Al escuchar esa apreciación sobre Eco aguzo los oídos y me levanto del asiento, como sorprendido de la afirmación del profesor. Entiendo por eso que el italiano no es un creador de ideas acerca del signo.

Más bien es un académico que explica, amplía y contextualiza las teorías de otros autores. Esa orientación de divulgación se manifiesta en el abordaje de aspectos como: la comunicación, la teoría de la información, la teoría matemática de la información, los problemas de estética, la significación, el triángulo semántico, la semántica lingüística, la semántica filosófica.

Dos importantes textos de Eco, *Tratado de semiótica general* y *La estructura ausente*, son prontuarios académicos que recogen los temas fundamentales de la semiología, entre los que se destacan:

- a) la división en semántica, sintáctica y pragmática,
- b) la unidad mínima del signo, la clasificación de los signos,
- c) la comunicación animal, los signos utilizados por los seres humanos,
- d) los signos no lingüísticos, signos visuales, los signos objetuales, arquitectónicos, espaciales, la antropología cultural, los signos emitidos no intencionalmente,
- e) el comportamiento como comunicación social, los signos poéticos, los signos icónicos, estructura de los signos lingüísticos, puente entre lingüística y semiología, semánticas estructurales y generativas,
- f) los problemas filosóficos del signo: filosofía, filosofía del lenguaje, etc.

Tratado de semiótica general es un manual que ofrece rica y diversa información a los estudiantes, y que, como el autor afirma en el prólogo, retoma los temas de obras anteriores.

En ese texto Eco trata todos los asuntos semiológicos en forma didáctica y sistemática. Inicia las lecciones desde los orígenes y la definición de esa disciplina. Parte de los griegos. Prosigue con los trabajos de Peirce, Saussure y Morris. Culmina con los trabajos de autores contemporáneos, en especial franceses, como Barthes y Lévi-Strauss.

La tabla de materias de *La estructura ausente*, obra que proyectó a Eco al inicio de su producción en los años sesenta, revela la orientación propedéutica.

En ella aborda temas generales como el campo semiótico, los umbrales de la semiótica, los métodos de la semiótica, estructura y estructuralismo, el universo del sentido, los códigos visuales, el signo arquitectónico, con algunas manifestaciones en arquitectura, cine y pintura.

La obra *Signo* es una muestra reveladora de cómo ese autor va construyendo la narratividad de la semiótica, a través de tramos conceptuales pedagógicamente jerarquizados de lo simple a lo complejo.

Inicia utilizando el procedimiento socrático en *Crátilo* que consiste en tratar de dar un nombre apropiado a las cosas. Para eso se vale de un ejemplo cotidiano: un señor siente un malestar y quiere saber qué es, cómo lo nombra:

«Supongamos que el señor Sigma, en el curso de un viaje a París, empieza a sentir molestias en el "vientre". Utilizo un término genérico, porque el señor Sigma por el momento tiene una sensación confusa. Se concentra e intenta definir la molestia: ;ardor de estómago?, ;espasmos?, ;dolores viscerales? Intenta dar nombre a unos estímulos imprecisos; y al darles un nombre los culturaliza, es decir, encuadra lo que era un fenómeno natural en unas rúbricas precisas y "codificadas"; o sea, que intenta dar a una experiencia personal propia una calificación que la haga similar a otras experiencias ya expresadas en los libros de medicina o en los artículos de los periódicos. Por fin descubre la palabra que le parece adecuada: esta palabra vale por la molestia que siente. Y dado que quiere comunicar sus molestias a un médico, sabe que podrá utilizar la palabra (que el médico está en condiciones de entender), en vez de la molestia (que el médico no siente y que quizás no ha sentido nunca en su vida). Todo el mundo estará dispuesto a reconocer que esta palabra, que el señor Sigma ha individualizado, es un signo, pero nuestro problema es más complejo».

Luego, Eco extrae la enseñanza de esa situación: la sociedad funciona a través de un sistema de signos que permiten a Sigma comunicar:

«Por el momento, lo que nos interesaba subrayar era que un individuo normal, ante un problema tan espontáneo y natural

como un vulgar "dolor de vientre", se ve obligado a entrar inmediatamente en un retículo de sistemas de signos...; la sociedad en la que Sigma vive y se constituye como ser humano no es otra cosa que un complejo sistema de sistemas de signos. En una palabra, ¿Sigma hubiera podido tener conciencia racional de su propio dolor, posibilidad de pensarlo y de clasificarlo, si la sociedad y la cultura no lo hubieran humanizado como animal capaz de elaborar y de comunicar signos?».

Después, el autor recurre al diccionario como instrumento didáctico para hacer comprender al lector el concepto de signo. La narratividad del concepto es así explorada en tres diccionarios y 36 acepciones:

Para evitar parcialidades, construiremos una palabra ideal, signo, deduciéndola de las distintas acepciones tomadas de tres buenos diccionarios: Devoto Oli, Le Monnier (10 acepciones), Zanichelli (17 acepciones) y Garzanti (9 acepciones).

Algunas de las acepciones son signo, síntoma, indicio; cualquier trazo o huella visible que deja un cuerpo sobre una superficie; gesto, acto o cosa similar que pone de manifiesto una determinada manera de ser o de hacer; contraseña, elemento distintivo; marca, línea; expresión gráfica, punto, línea, recta, curva; (en lingüística) proceso mediante el cual un concepto (o un objeto) se representa por medio de una imagen acústica; procedimiento visual que se refiere a una emisión fónica, a un concepto, a un objeto, a una palabra, tales como las letras del alfabeto (o grafemas), los símbolos gráficos subsidiarios (signos diacríticos), los signos de la notación musical, del alfabeto morse, braille y otros; símbolo, entidad figurativa u objetual que se refiere a un valor, a un acontecimiento; enseña, bandera, etc.

En esa narratividad Eco se detiene en la lectura de la semiótica de Peirce, Morris y otros autores. La clasificación de los signos es una tarea que ocupa la mayor parte de esa obra, de acuerdo con un interés académico, no teórico, pues por lo

general se limita a repetir la clasificación de los pioneros de la semiótica.

Aquí repite la clasificación de Peirce:

«Peirce creía que el signo mantenía relaciones precisas con el objeto y se podía dividir en indicios, íconos y símbolos.

»El ícono es un signo que tiene conexión física con el objeto de que indica, como en el caso de un dedo que apunta a un objeto, una banderola para señalar la dirección del viento, el humo como síntoma que indica la presencia de fuego e incluso los pronombres demostrativos como "este" y los nombres propios y comunes, en cuanto se utilizan para indicar un objeto.

»El ícono es un signo que hace referencia a su objeto en virtud de una semejanza, de sus propiedades intrínsecas, que de alguna manera corresponden a las propiedades del objeto». Como más tarde dirá Morris, un signo es icónico en cuanto posee las propiedades de su denotado.

»Así, son íconos una fotografía, un dibujo, un diagrama, y también una fórmula lógica y, sobre todo, una imagen mental.

»El símbolo es un signo arbitrario, cuya relación con el objeto se determina por una ley; el ejemplo más apropiado es el del signo lingüístico».

Aquí adopta la semiótica de Morris, en lo relativo a considerar tres dimensiones en los signos: semántica, sintáctica y pragmática:

«Morris (1946) ha propuesto una distinción entre las maneras de considerar un signo, que ha sido ampliamente aceptada en los medios científicos. El signo puede tomarse en consideración desde tres dimensiones: semántica, el signo se considera en relación con lo que significa; sintáctica, el signo se considera como susceptible de ser insertado en secuencias de otros signos, según unas reglas combinatorias; pragmática, el signo se considera en relación con sus propios orígenes, los efectos sobre sus destinatarios, la utilización que hacen de ellos, etc.».

Luego adopta de Roman Jakobson el esquema del proceso de comunicación emisor-receptor:

«El signo se utiliza para transmitir una información, para decir, o para indicar a alguien algo que otro conoce y quiere que lo conozcan los demás también. Ello se inserta en un proceso de comunicación de este tipo: fuente - emisor - canal - mensaje - destinatario».

Como Jakobson, Eco cita y aprovecha a los autores más importantes en semiótica, lingüística y otras áreas afines para elaborar un texto que representa un enorme esfuerzo de relectura, reinterpretación y comunicación del saber semiótico constituido para construir así una narratividad propia del discurso académico, que consiste en la transmisión y divulgación del conocimiento mediante la cátedra, los tratados, etc.

En síntesis, la labor de Eco plasmada en sus obras testimonia el titánico esfuerzo académico de ese gran erudito para reproducir y divulgar todo cuanto atañe al signo. Se nutre de autores, obras y problemas e incorpora su propia interpretación de la semiología y la dota de una infinita dimensión translingüística.

◆0◆

31 de enero

Consubstancialidad en el signo

En esos primeros días de 1979 se había apoderado de mí, como nunca, una infinita sed de aprendizaje. Esa efervescencia del deseo de saber sucedía luego de escuchar las lecciones en el seminario.

El Gauthier profesor no cesaba de atormentarnos con nuevas y más difíciles cuestiones que ocupaban el centro de las diferentes áreas del conocimiento. Esta vez, citando a autores extraños de las ciencias del lenguaje, traía a nuestro conocimiento el espectro de los postulados epistemológicos de la consubstancialidad.

Exponía las vías fundamentales de exploración de los hechos semiológicos: relación entre signo y significación, lenguaje y pensamiento, estructura e historia y determinación interior y exterior.

Eran temas desconocidos e interesantes, pero también complicados e inquietantes. Para empezar, de sopetón, tomándonos desprevenidos, abordó el primer postulado aclarando previamente, quizás para calmar nuestra angustia, que eso era como hablar, en términos saussureanos, de la relación entre significante y el significado.

La consubstancialidad en el signo es un asunto de por sí difícil. Pero era como darnos con un mazo en la cabeza, al hablarnos de eso en lenguaje esotérico; como se habla en el cristianismo de la consubstancialidad o unidad de las tres divinas personas (Padre, Hijo y Espíritu Santo).

No sé cómo decir eso en semiología, siguiendo ese ejemplo tomado del cristianismo. Mis notas no están claras. No pude captar de manera nítida la idea. Era un asunto real pero inaprensible, por lo menos, escuchado así, por primera vez y de la forma en que el profesor lo dijo, sobre todo porque apenas estábamos reiniciando las clases luego del asueto navideño.

En general, dos o más cosas son consustanciales entre sí cuando son de la misma sustancia o esencia y, por tanto, la una no puede existir sin la otra, son inseparables. La consubstancialidad del signo implica, primero, que no hay significación sin signos. También que los fenómenos semiológicos no pueden ser analizados considerando la forma y el contenido por separado.

Sin embargo, por ejemplo, en *Crátilo* de Platón no hay relación de homología entre el significado y el significante. En el siglo XVIII, se dice, hay una relación convencional.

La consubstancialidad entre esos dos aspectos es una idea presente en la semiología de Saussure, pero sin nexo de sustancia ni esencia; se relacionan en forma arbitraria. Paul Valéry también criticó la idea de separar la forma y el contenido.

En los formalistas rusos también es una idea presente, un elemento no existe sin el otro. En literatura los primeros en oponerse a la separación fueron ellos; sustituyeron el concepto de forma/contenido por el concepto de forma como significante.

Para los formalistas rusos la distinción entre forma y contenido no es sostenible. La significación no es accesible sino por el signo; ella no puede concebirse como dándose ella misma: el signo puede ser mediador de la significación; el signo puede ser el actualizador de la significación.

En el estudio de esa relación hay diferencias en las teorías modernas. Los aportes más importantes en ese sentido provienen de los informáticos y los lingüistas.

Entre los informáticos se destaca la teoría de la información de Ralph Harley (1888-1970), la cual reposa en estos axiomas:

- La cantidad de información asociada a una señal es tanto más grande cuanto más débil es la ocurrencia de la señal, (porque la frecuencia es más fuerte).
- La cantidad de información asociada a una señal es más grande mientras más grande es el número de señales del sistema, (porque la frecuencia es más débil). Un signo se opone a su propia ausencia: una luz está alumbrada o ella no lo es.

Harley plantea dos casos:

- 1. La más pequeña información es aquella que es aportada por uno de los dos signos correspondientes al sistema binario cuando las señales de ese mismo sistema tienen la misma posibilidad de aparición. Unidad de información: la información aportada por la realización de una señal=un bit (contracción del inglés).
- 2. La frecuencia de uno de los signos del sistema binario es más fuerte que la del otro. El signo menos frecuente aportará

mayor cantidad de información. Tres unidades por la menos frecuente; una unidad por la más frecuente.

Pero entre los informáticos el modelo más conocido es el de Claude E. Shannon (1916-2001), fundador de una teoría matemática de la información en su obra *Una teoría matemática de la comunicación*, 1948. Su campo de estudio es la ingeniería electrónica y la telecomunicación.

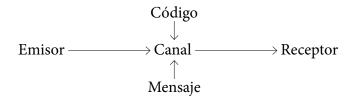
Shannon distingue dos tipos de ruido: el ruido de fondo, que se debe a la estructura del universo (todos los ruidos que pululan en el espacio) y el ruido aleatorio, que se introduce y perturba la relación entre el emisor (E) o el aparato electrónico que emite y el receptor (R) o el que recibe.

Ese autor busca actuar sobre cada uno de los componentes del sistema para optimizar la comunicación. Su interés es optimizar el código de comunicación electrónica al disminuir el ruido aleatorio: todo lo que puede perturbar la comunicación.

Pero su teoría no afecta el referente ni la significación. No se interesa por lo que pasa del lado del elemento humano.

El proceso de información discurre en esta dirección: con base en un código común, compartido entre el E y el R, la señal parte del E, circula por el canal, llega al R, que decodifica la información contenida en la señal, y luego la convierte en mensaje que ha sido recibido por el E.

Ese proceso ha sido sintetizado en el siguiente esquema:



Desde Saussure, la teoría de la consubstancialidad entre el signo y la significación y entre el significado y el significante se

ha ido consolidado, en especial, a través de los trabajos de los lingüistas.

Roman Jakobson se interesa en el referente y la significación; continúa el modelo de Shannon y lo aplica a la lingüística, al agregarle lo que denomina las seis funciones del lenguaje.

1. Destinador (función emotiva), 2. destinatario (función conativa); 3. código (función metalingüística); 4. canal (función fática); 5. mensaje (función poética); 6. referente (función referencial).

Función metalingüística: cada vez que la lengua se retorna sobre ella misma. Es una función por extensión; existe cada vez que una ciencia se retorna sobre ella misma.

Es esencial el concepto de la doble articulación de André Martinet en el marco de la relación entre significado y significante. Este autor ofrece una distinción fundamental entre las unidades significativas, los morfemas, en número no restringido; y las unidades distintivas, los fonemas, unidades limitadas en número restringido.

Otto Jespersen plantea el problema desde el punto de vista de la comunicación: cada interlocutor es, de forma alternativa, locutor y auditor en la fase de producción y en la de comprensión. Para que haya la comprensión debe haber un compromiso entre los dos.

La estructura misma de la lengua obliga a ese compromiso. La inteligibilidad se realiza por el hecho de que con un número restringido de unidades distintivas (fonemas) se pueden construir unidades significativas en número ilimitado.

En el funcionamiento de la lengua, esas oposiciones se realizan con base en series binarias, sobre todo mediante los procedimientos de elisión y conmutación. Fenómeno de la elisión u omisión: signo 0, o ausencia de un signo del mismo paradigma. Fenómeno de la conmutación: signo A versus signo B, o presencia de otro signo del mismo paradigma y sustitución del primero.

Para Saussure, en el marco del signo, no existe relación necesaria entre significante y significado. La relación es arbitraria. Saussure insiste: la lengua es un conjunto. Es un conjunto que impone a los otros campos de la percepción un corte lexical del mundo de los fenómenos.

Así, pues, el primer punto saussureano sobre la relación entre significado y significante en el signo es arbitraria.

Esos son algunos de los tantos autores que, desde diversas perspectivas concuerdan en la idea de la consubstancialidad del signo y la significación, del significado y el significante, de la forma y el contenido. En esta época, la idea contraria, es decir, la separación de ambos términos, parece ser un enfoque ya rebasado.

◆0◆

7 de febrero

Historicidad entre el pensamiento y el lenguaje

Hoy es un día memorable en mi vida, seré padre de una niña. Fue una noticia que mi mujer y yo recibimos con profunda alegría y que llenó nuestro hogar de felicidad y esperanza.

Este día llegué con nuevo brío y propósito al seminario, entusiasmo que compartí con mis amigos Carlos y Nicole, una pareja joven; él de unos 24 años, ella de 23, que se sintió contagiada con la buena nueva que le transmití, y manifestó que también deseaba la llegada de un nuevo miembro que alegrara y fortaleciera la unión que formaban y le diera sentido de familia.

Tan pronto como el obstetra estableció el sexo, nos pusimos a pensar en el nombre de nuestra futura hija. Mi mujer y yo habíamos acordado que, si nuestro descendiente era varón, ella se encargaría del nombre, y si era hembra, me encargaría yo.

Ocupado en esa entrañable y bella tarea, me encuentro en la clase dándole vueltas a la cabeza, barajando nombres femeninos, mientras escucho al profesor disertar sobre los postulados semiológicos.

Hay un segundo postulado semiológico —dijo— que es de capital importancia: la historicidad del pensamiento y el lenguaje, el cual está relacionado de manera directa con el postulado anterior.

Aquí, el problema es el siguiente: cómo el lenguaje y el pensamiento están intrínsecamente vinculados. La psicología y la antropología de las formas simbólicas y del lenguaje se ocupan de esclarecer ese tema.

El tema de la relación entre el signo y el pensamiento fue planteado por Guillermo de Humboldt (1767-1835): nuestra concepción del mundo está determinada por la estructura de la lengua; y por B. F. Whorf (1897-1941): nuestra estructura de pensamiento depende de la estructura de nuestra lengua.

En ese sentido, en una nueva teoría de la traducción la lengua se opone a la traducción; nosotros traducimos a pesar de las lenguas, puesto que uno lo hace por la vía del referente.

Ejemplo clásico: los colores del arcoíris no son separados igualmente por todas las lenguas. Los elementos primarios son separados de modo diferente; azul: azul marino/azul marino claro; verde: verde claro/verde oscuro. Los cortes en esos colores no se realizan de igual manera en todas las lenguas.

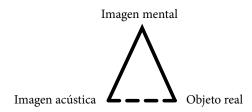
Los colores del arcoíris son identificados en mayor o menor cantidad, con mayor o menor variedad en las tonalidades en diferentes lenguas. Ese ejemplo es la manifestación de un concepto cuya aplicación se extiende a múltiples hechos de lo real: hay un pensamiento en la lengua.

Desde el punto de vista de la semiología, la formación de ese concepto interviene en la relación entre significado y referente: no se comprende la naturaleza de la lengua si no se asocia el significado al referente. El significado remite a un modo de

representación, sea conceptual, sea visual. El significado es inmanente a la lengua. El referente remite al mundo de los objetos.

Esas relaciones están representadas en el triángulo semiótico de C. K. Ogden e I. A. Richards (1925):

EL TRIÁNGULO SEMIÓTICO



Otros autores como S. Ullmann (1962) retoman ese triángulo y representan esos conceptos en estos tres términos:

- a) significante: sonido de las palabras, el dibujo, una imagen, es el aspecto físico o concreto,
- b) significado: noción, idea, la parte conceptual del signo,
- c) referente: parte de la realidad a la que el signo hace referencia.

En la semiología de Saussure, la relación se establece entre A y B de manera arbitraria. El triángulo semiológico se reduce a la línea formada por esos dos términos.

La lengua consiste, sin excepción, en ese vínculo. Y de eso se ocupa la lingüística saussureana.

No hay relación entre A y C ni entre B y C. El referente está excluido de esa semiología. Se menciona de soslayo en la definición de la lengua como hecho social y el contenido psicológico del significante.

Los esfuerzos de la lingüística y de otras ciencias del lenguaje posteriores a Saussure se han orientado, en gran medida, a restablecer el triángulo semiológico. La propuesta semiológica de Benveniste se sitúa en esa vía de investigación.

La psicología y la antropología traen valiosos aportes al abordaje de la relación entre lenguaje y pensamiento. Por ejemplo, Ignace Meyerson trata ese problema y se sitúa entre la psicología, la filosofía y la antropología.

Ese autor es de formación marxista. Pero para él, el marxismo ha relativizado al hombre sin explicar la especificidad mental de cada cultura.

Él estudia las funciones psicológicas en cuatro categorías: percepción, memoria, inteligencia y voluntad. Las obras humanas se refieren a todo lo que hace el ser humano, cualquiera que sea la naturaleza.

Meyerson dice que todas las filosofías historicistas, entre ellas el marxismo, presentan a contrapié al hombre universal del siglo XVIII como modelo de razonamiento. Pero se trata aquí de un trabajo de relativización o estandarización que ha ignorado el trabajo de la psicología individual.

El hombre primitivo no se define jamás por algo interior sino por los aspectos físicos y funcionales en la sociedad. La interioridad ha sido creada en Grecia, fabricada. Meyerson dice que la literatura tiene, en ese sentido, una actividad formadora del hombre occidental.

Su psicología histórica se propone resolver esa dificultad. Afirma que el hombre es un animal acumulador. Acumula sus experiencias como acumula sus objetos.

El hombre no parte nunca de cero como lo hacen las abejas y todos los animales (a excepción de él). Esta es una idea retomada por la antropología contemporánea. Cada vez que el hombre inventa un objeto inventa un comportamiento. Uno y otro son solidarios.

De ahí que Meyerson proponga el inventario de las funciones psicológicas y el inventario de las obras. Sin embargo, él observa que la correspondencia no se realiza de manera automática. La función psicológica es una estructura mental. Las estructuras mentales son históricas.

Para comprenderlas es necesario analizar, interrogar las obras de los hombres: los objetos. El método de Meyerson se funda en un examen cruzado de las obras y sus funciones. Entre las dimensiones del psiquismo universal, aparte de las funciones, la memoria, la percepción, la voluntad y la inteligencia existe la persona.

En la sociedad primitiva la persona se define por el cuerpo social, exterior al individuo. Es portadora de un rol social: marino, pescador, etc. En la sociedad evolucionada la persona está definida por la interioridad del individuo. La poesía lírica, y en particular la obra de Safo, ha contribuido a crear la categoría de la persona.

Meyerson muestra que la literatura es uno de los objetos construidos por el hombre para recrearse y dar sentido a su dimensión interior. El hombre se inventa a sí mismo por su literatura.

Pero el hombre también puede destruirse por su literatura: la Nueva Novela. Con la destrucción del personaje se procede al cuestionamiento de la persona.

La función interior es el resultado de la noción de persona, y esta del concepto de ciudad democrática. La persona se constituye igual a través de los nuevos géneros literarios. Ejemplo: Safo.

La literatura deja de ser un entretenimiento; ella es constructora de la persona. La Nueva Novela es destructora de la persona en el sentido tradicional: en cuanto se opone a la noción del tiempo lineal, a la antigua categoría del personaje y a la tradicional estructura del relato.

El pensamiento religioso es la fuente de todos los otros pensamientos. La forma antigua de la cual las otras formas derivaron. Desde el siglo XIX el hecho religioso ha sido analizado así en tres dimensiones: el rito, el mito y la representación.

Del rito va a derivarse el teatro y la danza. Del mito van a derivarse todas las formas de relato: epopeya, novela, relato histórico. De la representación, todas las formas plásticas: pintura, escultura y algunas danzas.

Georges Duby y Robert Mandrou se unieron a Meyerson y retomaron su orientación. En esa perspectiva plantean varios conceptos interesantes: el carácter relativo de la máquina biológica del hombre; la percepción del tiempo en función de la lengua materna; la categoría de la persona como interioridad de cada individuo en la sociedad moderna. Los individuos se definen por sus funciones sociales en las sociedades arcaicas.

André Leroi-Gourhan se acerca a la indagación sobre las capacidades de los seres humanos en varias obras, entre las que se destacan *Le geste et la parole I. Technique et langage* y *Le geste et la parole II. La memoire et les rythmes*.

Para ese autor existe el lenguaje «natural» del hombre y luego existe el conjunto de lenguajes en el sentido metafórico que él inventa: pintura, música, matemática, etc. Y así, todos los pensamientos que tienen el triple aspecto: formas del pensamiento, sistemas de signos y dominios de los objetos.

Nietzsche en *El origen de la tragedia* relaciona la máscara con el personaje sagrado. En el teatro latino las máscaras tenían nombres. Larva significa los anónimos de los infiernos. Phersu es el personaje de las tumbas, guardián de los infiernos, igual a Proserpina.

El nombre persona deriva de *phersu* y persona ha adquirido las significaciones siguientes: máscara de teatro, personaje, persona, igual a alguien.

En francés, a diferencia del español y el italiano, persona designa también la ausencia de persona.

Lucien Levy-Bruhl, en su obra *La mentalidad primitiva*, identifica esa mentalidad con la mentalidad religiosa. La mentalidad primitiva es en esa sociedad un modo de pensamiento

principalmente religioso: todos los gestos, todos los aspectos son signos de un más allá.

Es un mundo en el cual nada es lo que es, sino un signo del más allá. Los artesanos estaban considerados como intermediarios del más allá.

Para Levy-Bruhl la mentalidad primitiva comporta el prelogismo y el espíritu de participación. El prelogismo excluye la lógica aristotélica. Esa tesis es criticada hoy como una manifestación extrema del etnocentrismo europeo.

En el transcurso del tiempo se ha relativizado la lógica aristotélica. Hay tantas mentalidades primitivas como civilizaciones. Se ha pasado de la epistemología de la similitud a la de la diferencia.

¿Cómo ha hecho el hombre para escapar del pensamiento religioso? El estudio del pensamiento religioso es central para los antropólogos.

Marcel Mauss afirma que el signo religioso es fundamentalmente ambiguo. Ejemplo: trozo de piedra que representa a Dios: 1) el Dios reside ahí; 2) el Dios está en el más allá.

Para Mauss, esa ambigüedad va a ser agrandada por el espíritu humano.

◆0◆

14 de febrero

Anatomía de la evolución de las series culturales

Escisión, división, bifurcación. El profesor dudaba acerca de con cuál de esos términos debía explicarnos de forma sencilla el tercer postulado semiológico que denominó: «Anatomía de la evolución de las series culturales».

Pero cuando quiso precisar de qué se trataba, complicó aún más el problema al ampararse en la biología, al utilizar la extrañísima palabra escisiparidad: la forma de reproducción asexual en la que esta se lleva a cabo por fisión o escisión del individuo progenitor en dos o más partes.

Visiblemente embarazado por haber apelado al complicado símil en base a la metáfora conceptual centrada en esa palabra, se corrigió: el asunto es sencillo, es el estudio de los fenómenos semiológicos desde dos perspectivas: 1) la relación entre la historia y la estructura; 2) la determinación externa y la determinación interna del fenómeno.

Así entendimos que en semiología, para la descripción de un sistema o un hecho particular, se procede según dos enfoques esenciales: uno consiste en oponer la estructura a la historia (el origen y la evolución); el otro, lo interno, lo externo.

Luego, el profesor intentó recuperar su talante de excelente expositor, y de hecho lo logró, al colocar en la pizarra un ejemplo de un hecho lingüístico en francés (aquí en español) como manifestación de la relación estructura/ historia:

Conciernen al estudio de la estructura gramatical estos dos empleos del verbo suicidar: el modal y el temporal.

Ejemplos:

Empleo modal:

«Juan se habría suicidado».

Condicional compuesto. Es el modo hipotético.

Empleo temporal:

«Me dijeron hoy que ayer Juan se había suicidado». Pluscuamperfecto.

Otros hechos lingüísticos ilustran los dos usos: «Venía del trabajo».

Aquí, el imperfecto es forma verbal codificada en el uso, junto con otras formas, para expresar una determinada fracción de la temporalidad.

«Venía a solicitarle un servicio».

Pero aquí el imperfecto expresa también la distancia psicológica: su uso aporta un matiz, una atenuación a una aserción en este enunciado.

Ese uso se opone a este presente:

«Vengo a solicitarle un servicio».

Cuando el imperfecto expresa el pasado, denota el empleo temporal; cuando expresa la distancia psicológica, denota el empleo modal.

Luego concierne al estudio de la evolución gramatical de esos empleos indagar y dar cuenta de cómo se ha llegado a esas formas en español, desde la perspectiva de la gramática histórica.

Las perspectivas de estudio señaladas, estructura *vs.* historia y lo interno vs. lo externo, son opciones que los científicos utilizan, a veces de manera aleatoria, adoptando las variantes combinatorias posibles.

Karl Popper ve la evolución de la especie por hechos de continuidad, mientras que Thomas Kuhn ve la evolución de la especie por hechos de ruptura.

Sin embargo, Jurgen Habermas ve la evolución de la especie a la vez por la continuidad y la ruptura; al igual que en la teoría marxista, en la cual se considera la evolución humana como el paso de lo cuantitativo a lo cualitativo.

Otros, antes que Habermas, han empujado esa teoría, en la óptica marxista en los estudios estéticos; son los casos de Th. Adorno y W. Benjamin.

En cambio, Michel Foucault se orienta hacia la búsqueda de la lógica interna de una forma de pensamiento, de un lenguaje, de una matriz-objeto.

En la perspectiva de las relaciones entre las categorías historia/estructura y determinación interna/determinación externa, en ese autor se trata de saber en su obra *Les mots y les choses* (La palabras y las cosas), si se puede aprehender al mismo tiempo la historia y la estructura de un fenómeno.

En esa obra Foucault propone una episteme: una estructura, un código dado. Sostiene que uno puede aprehender determinado episteme representado por la estructura interna de un fenómeno; pero no se sabe cómo se pasa de ese episteme a otro, a la exterioridad de ese fenómeno.

Frente a él están los marxistas J. P. Sartre y L. Althusser, quienes privilegian la determinación externa de los fenómenos.

En la semiología lingüística, Ferdinand de Saussure aplica esos dos enfoques en el estudio de la lengua, tomando en cuenta en ambos los dos términos. El primero es el que se conoce como la relación entre diacronía y sincronía. Él privilegia la sincronía, es decir, el sistema en un determinado estado.

El segundo enfoque es la relación entre la estructura interna y el contexto sociohistórico de la lengua. Es lo que se conoce como lingüística interna y lingüística externa. Él privilegia la lingüística interna.

Pero para la escuela de Praga, el problema de la relación historia/ estructura ha sido planteado y resuelto hace 50 años: Trowbeskoy, Jakobson, Mukařovský, traducido en la revista *Change*.

Este último define una estructura como un momento de una evolución.

La relación estructura/historia ha sido planteada en la literatura por la poética, la semiótica textual, la sociología de la literatura y la historia literaria, asunto que el profesor decidió tratar en la siguiente cita del seminario.

◆0◆

21 de febrero

Estructura e historia en la literatura

¿Quién sabe cuál es el origen y la evolución de la obra literaria? ¿Cuál es su estructura actual? ¿Qué es lo interno y qué lo externo en la literatura?

Eran preguntas que el profesor lanzó como dardos envenenados tan pronto llegó al aula. Se apareció en esta sesión con sus apuntes de la cátedra en la mano, como si recién los hubiera escrito o los estuviera revisando en el trayecto al salón de clase.

Se habría detenido en el salón de los profesores, como sucedía con frecuencia. Ahí llegaba temprano y se entretenía con sus colegas, tomaba un té caliente y echaba un vistazo a sus papeles minutos antes de entrar al aula. Era puntual y obligaba a los estudiantes a serlo también.

En otras ocasiones tenía sus apuntes en el maletín y, mientras los entresacaba de los tantos papeles y libros que llevaba, daba tiempo a que nos acomodáramos y preparáramos para escucharlo. Pero esta vez nos sorprendió apenas entró al curso con semejantes interrogaciones.

Eran preguntas retóricas de motivación del tema. Sin esperar respuestas leyó en sus notas una afirmación un tanto tremebunda. Espetó que en la literatura no se podía hablar, como en otros dominios, de origen, estructura, plano interno y plano externo.

En ese ámbito son más enrevesados los caminos que conducen, por ejemplo, en la ciencia, a distinguir entre una cosa y la otra. Afirmaba el profesor una idea que la clase entera, un poco embelesada con sus palabras, aprobaba moviendo la cabeza con signos de aquiescencia: no hay medios hoy en la literatura de poner esas determinaciones en relación significativa.

En adelante, toda su disertación del día consistió en la ampliación de esa idea.

En literatura no hay tampoco modo de disociar estos dos tipos de relaciones: historia/estructura y determinación externa/ determinación interna. La relación evolución/estructura, si es que podemos establecerla, lleva por necesidad al otro tipo de relación.

Por lo pronto, en la averiguación de esas relaciones solo podemos apoyarnos, con cierta probabilidad de acierto, en una casuística interminable, atendiendo a los géneros, las obras y los autores. Los ejemplos sobran.

Tomemos el caso del diario íntimo, que al parecer es proclive a la vinculación de la determinación interna y la externa. Acerca de eso hay un curso de Ignace Meyerson. Existen dos diarios íntimos del mismo año 1885, uno de Stendhal, otro de B. Constant.

Las interrogantes que habría que hacerse en torno a esa categoría de género literario son del tipo: ¿Dónde reside el factor determinante de la aparición de ese género en esa época? ¿Un diario íntimo no es un reflejo de la vida y la psicología del personaje?

En el estudio científico de la narratividad literaria ha sido muy productivo el tema de la relación entre estructura e historia. En los métodos actuales del análisis del relato es común recurrir a procedimientos derivados de esas perspectivas.

Siegfried J. Schmidt, desde la visión de una ciencia constructivista de la literatura, se propone una teoría y una práctica que buscan establecer una relación significativa entre ambos términos, al integrar diversos aspectos: cognitivo, afectivo y situacional.

En el análisis semiótico de los relatos hay tres dominios de investigación que enfatizan la estructura en detrimento de la historia:

a) El análisis de las técnicas del relato (R. Barthes).

- b) El análisis de las leyes o regularidades que rigen el universo narrativo (Cl. Bremond); o de la lógica de las acciones o de la acción (T. Todorov); o de la lógica de las relaciones posibles entre los personajes (E. Souriau, J. A. Greimas).
- c) El análisis de las relaciones entre unidades narrativas y sus manifestaciones en el discurso: relación historia-relato-discurso (G. Genette).

Los autores mencionados se plantean algunos problemas de la gramática narrativa y textual. Una rápida lectura de textos en una selección de estudios permite despejar dos tendencias: la sintáctica y la semántica.

En la primera tendencia, Bremond tiende a la constitución de una gramática narrativa (sintáctica) independiente de la semántica. Esa posición se sitúa en la tradición de V. Propp.

En esa tendencia se integra un vocabulario de base de carácter universal, no desprovisto de significación en el aspecto gramatical y en el semántico, verbigracia: degradación/mejoría, mérito/demérito.

Aquí hay que entender la sintaxis no en término formal como en la gramática de la lengua, sino en término lógico-secuencial en la estructura de las acciones y los personajes. Es lo que se entiende cuando se habla de la gramática de un relato.

En ese sentido se ha desarrollado la semiótica del texto de los autores citados y, en general, de los estudios contemporáneos del relato en el cuento, en la novela, etc.

La segunda tendencia reúne, al parecer, a investigadores alrededor de la hipótesis de que las reglas de la gramática narrativa son a la vez semánticas y sintácticas. Los análisis de texto en esta tendencia son siempre narrativos (sintácticos) y semánticos. Es una tentativa de unir el riguroso análisis semántico de Lévi-Strauss y el sintáctico de Propp.

La perspectiva de la semiótica narrativa considerada en el seminario consistía en el estudio a la vez de la estructura y de la historia del relato. En la estructura se tomaron en cuenta tres componentes: narración, descripción y diálogo. Esas modalidades se observaron en dos modelos: el tradicional y el moderno.

El paradigma de la narrativa tradicional está conformado por las convenciones novelescas empleadas por Balzac (1799-1850) en el conjunto de obras que denominó la *Comedia humana*, en el que se destacan: *Eugenia Grandet*, *La búsqueda del absoluto*, *Papá Goriot* y *Las ilusiones perdidas*.

Balzac es el iniciador y máximo representante de la estética realista: se hace hablar a los personajes en función de su condición social o profesional. Sin embargo, cuando se trata de la descripción o la narración se emplea la escritura más noble.

Hay, pues, una disparidad entre esos dos discursos. Los textos son discordantes. No hay correspondencia textual entre la descripción y la narración por un lado y el diálogo por el otro.

En Francia el primero que se planteó resolver ese problema fue Flaubert. En *Madame Bovary*, según la estética realista, los personajes hablan según su condición. Pero a partir de *Salambó* ese autor no describe más que lo que pueden ver sus personajes.

Por la vía de la narración indirecta y libre, el monólogo interior y el diálogo, Flaubert logra resolver la disparidad textual entre la descripción-narración y el diálogo. La solución técnica a ese problema narrativo es aportada por él mediante el paso de la narración al diálogo por la vía del estilo indirecto libre y el monólogo interior.

Entre la narración y el diálogo los intermediarios son el estilo indirecto libre y el monólogo interior. Con gran velocidad, se pasa del uno al otro en una misma frase o en dos o tres frases.

Luego de Flaubert, es Édouard Dujardín en *Les lauriers sont coupés* (Han cortado los laureles) quien potencializa el monólogo interior. En *Ulises*, Joyce lo toma de este; luego, Valéry Larbaud, de Joyce. Esos tres autores encontraron el monólogo interior en Flaubert y, sucesivamente, el uno en el otro.

En ese sentido se aplica la afirmación de G. Bachelard: hay una epistemología de la obra literaria como hay una epistemología de la obra científica. Se escribe en función de lo que le precede. Se hacen descubrimientos científicos en función de los precedentes.

A veces es difícil seguir patrones anteriores. Hay "obstáculos epistemológicos" según Bachelard, que se imponen. Es el caso del apóstrofe como modalidad narrativa.

En Louis-Ferdinand Céline, en *Voyage au bout de la nuit* (Viaje al fin de la noche) hay un acento de apóstrofe. Él interpela, nos escupe el texto, en un uso difícil de reutilizar, incluso para Proust.

En el estilo del apóstrofe encontramos cercano a Céline a Alphonse Boudart. Él se dirige a nosotros en su novela principal: *La cerise*.

Hay otras técnicas que han sido usadas para solucionar las dificultades narrativas, como son el manejo del tiempo en Raymond Queneau en *Un rude hiver* y *Loin du Rueil*; y Boris Vian en *Ecrire* des jours y *L'arrahe Coeur*.

Vian y Queneu usan en la narración y la descripción el pretérito perfecto simple. En el diálogo, el pretérito perfecto compuesto.

Ellos usan estos dos modelos narrativos correspondientes a las formas del verbo en francés: *passé simple* (pretérito perfecto simple) e *imperfect* (imperfecto); *passé composé* (pretérito perfecto compuesto) y presente.

En esos modelos, el empleo de las formas verbales no se excluye. Corresponden a la distinción planteada por Emile Benveniste en su obra *Problemas de lingüística general*: tiempos de la historia (*passé simple e imperfect*) y tiempos del discurso (*passé composé y present*). Son formas que expresan la lejanía temporal y la cercanía con respecto al locutor (yo).

Lejanía, como en estas expresiones en el estilo reportado, situadas en el ámbito del *passé simple*: *L' année d'avant* (el año

anterior): tres días antes - la víspera - ese día - el día siguiente - cinco días después - el año después.

Cercanía, en estas otras, del ámbito del *passé composé*: *L'année dernier* (el último año): Hace tres días - ayer hoy - mañana - en cinco días - el año próximo.

Queneau y Vian arrecian la separación entre el pretérito perfecto simple y el pretérito perfecto compuesto debido a que ellos son escritores del estilo pretérito perfecto simple.

Otro elemento de la sintaxis narrativa difícil de realizar es el diálogo verosímil en los escritores que usan frases largas. Los diálogos son por lo regular realizados en frases cortas y en frases incompletas. La astucia de Queneau y Vian es la de utilizar la frase corta incisiva en los diálogos y en la narración.

El estudio de las modalidades breve/extenso en el fraseo es fundamental en el análisis del relato. Es tema indispensable en la perspectiva de la relación entre estructura e historia, pero sobre el cual no abundamos en este apartado, pues corresponde a la relación entre lingüística y estilística.

◆⊙◆

28 de febrero

Lingüística y estilística

Llegué al aula entusiasmado con la fascinante búsqueda del posible nombre de mi hija. No había dicho nada a mi mujer de mis hallazgos. Mucho menos los había comentado con Carlos y Nicole, amigos con quienes solía compartir cosas no solo de los estudios.

En el trabajo tenía tiempo para pensar en eso. Realizaba una actividad mecánica que duraba toda la madrugada, entraba a las diez de la noche y salía a las seis de la mañana.

En ese lapso no hacía más que pensar en eso, mientras tomaba los periódicos en la boca de la estera eléctrica que los transportaba desde la prensa; los doblaba y enrollaba; manejaba el cordel y la cuchilla para amarrarlos con un nudo especial; los depositaba en un carrito para que el personal de transporte los tomara y acarreara en enormes camiones hacia las terminales de tren con destino a toda la geografía de Francia.

Esas fastidiosas e interminables horas pasaban volando, pensando en el nombre de mi hija. Lo más importante era que ya me había fijado un criterio: tenía que ser un nombre que se escribiera y pronunciara de manera semejante en francés y en español. Por eso la búsqueda era tan delicada. Pero había tiempo, el nacimiento estaba previsto para fin de julio o comienzo de agosto.

Importaba, por el momento, concentrarme en los estudios. Mi meta para ese año era hacer de un camino dos mandados: ser padre y lograr el diploma de la maestría.

En el seminario todavía faltaba transitar por mucho contenido. Agotamos el primer eje de la relación entre semiología y semiótica, el más amplio y general, sobre todo de carácter teórico.

Esta vez nos adentrábamos de manera gradual en el segundo eje, más concreto que el anterior. El profesor era indetenible en su desarrollo. Nos iba metiendo por los meandros de la relación entre dos disciplinas complementarias: la lingüística y la estilística.

En la descripción de esa relación, afirmaba con cierto laconismo pues eran temas ya conocidos, "seguiremos la trilogía conceptual saussureana y distinguiremos con claridad tres niveles de análisis: lenguaje y estilo, lengua y estilo y habla y estilo".

1. Lenguaje y estilo

En su lingüística Saussure tomó palabras ya existentes: lenguaje, lengua, habla. La lingüística del lenguaje fue ocultada por la lingüística histórica, la lingüística de la lengua. Por igual, la lingüística del habla fue postergada por la lingüística de la lengua.

Sin embargo, en este primer nivel de la relación entre lingüística y estilística hay que entender el lenguaje como una gramática general que expresa los universales de las lenguas. El lenguaje remite a lo que las lenguas humanas tienen de común.

En el nivel del lenguaje, la estilística es una potencia metalingüística que se manifiesta en la labilidad y en la subjetividad de los hablantes como parte de los universales lingüísticos, los cuales no se limitan a los aspectos formales como el carácter fónico, el significativo y el sistémico de las lenguas.

El tema de los universales lingüísticos toca diversos aspectos, entre ellos los que conciernen a los sujetos hablantes. Son temas, junto a los formales, los biológicos y los racionales, planteados por diversos autores, entre ellos Noam Chomsky, a partir de la tesis del carácter innato del lenguaje y la búsqueda de una gramática universal, y J. Greenberg en la obra *Essays in universals*.

Las lenguas no son sino la actualización del lenguaje. El lenguaje se tiene como un código general; las lenguas como subcódigos.

El lenguaje es estudiado, primero por la gramática general, la cual fue postulada en el siglo XVII por la *Gramática* de Port-Royal, se puso de moda con Saussure y adquirió enorme vigencia en el siglo XIX en la época de Saussure con la gramática comparada.

Frente a esa lingüística del lenguaje, la estilística del lenguaje se sitúa como semiología y se plantean problemas como este: ¿cuál es ese discurso lingüístico o ese del lenguaje de la lengua, en relación con otros discursos o lenguajes: pintura, matemática, etc.?

Diversos autores han tratado el problema: Peirce, Jakobson, Benveniste. Peirce considera que todos los signos pueden ser clasificados en signos indiciales (indicios): yo, tú, aquí, allá; signos representativos (icónicos); en la lengua, las onomatopeyas; signos referenciales: todas las palabras, signos saussureanos.

Los sistemas de signos son más o menos potentes. Son metalingüísticos: las palabras de un sistema utilizadas para hablar de otro sistema.

Henri Wallon, psicólogo francés (1879-1962) clasifica los signos en indicios: un humo denota fuego, el humo remite al fuego; síntomas: indicios que no adquieren sentido sino reagrupados, múltiples; signos: los signos del lenguaje; símbolos: los objetos simbólicos, como la cruz, etc., que guardan relación con un conjunto de fenómenos.

Otro problema importante es: ¿Cuáles son los rasgos de una estilística (discurso) del lenguaje, diferenciadores de otros discursos: pintura, matemática, etc.? En esa pregunta radica la estilística del lenguaje: en la búsqueda de los rasgos de esos sistemas.

La estilística del lenguaje es la potencia metalingüística, presente en J. Leymarie en *L' Esprit de la lettre dans la peinture* y en Michel Butor en *La Modification*. Es también la labilidad: la significación o el sentido de una palabra depende en último caso del intercambio dialogado. No tiene un valor de sentido intrínseco. Se puede decir otra cosa diferente a los sentidos que corrientemente se les atribuyen a las palabras.

Por último, forma parte de esta estilística la subjetividad planteada por Benveniste en *Problemas de Lingüística General*, T. I, en especial en su estudio «El hombre en su lengua»; planteada también por Jakobson en «Los conmutadores, las categorías verbales y el verbo ruso», en su obra *Ensayos de lingüística general*.

Benveniste ha sido el que más ha desarrollado el problema de la subjetividad en los dos modos de articulación, discurso e historia, que ya mostramos con anterioridad en otro tema con este ejemplo:

- Discurso: alguien que toma la palabra: el modo «yo», aquí, ahora (puntos de anclaje del pensamiento: hoy..., el último año, hace tres días, mañana, en tres días, el año próximo, ayer, hoy).

- Relato-historia: el modo «él» (puntos de anclaje del pensamiento: aquel día, el año anterior «precedente», tres días antes, la víspera, aquel día, el día siguiente, tres días después, el año después o siguiente).

2. Lengua y estilo

En este segundo nivel de la relación entre estilística y lingüística se parte del hecho de que la lingüística de la lengua se ha cumplido bajo dos modos: como gramáticas particulares y como gramáticas comparadas.

La gramática de una lengua particular, las gramáticas de las lenguas son antiguas, como son las gramáticas del griego y el latín. La gramática comparada es una conquista del siglo XIX. Ambas permiten hablar de una estilística interna, propia de una lengua y de una estilística comparada de las lenguas, relacionada con la traducción.

2.1. Estilística interna de las lenguas particulares.

La estilística interna de una lengua se manifiesta en la dialectología, la cual comporta tres niveles:

- a) Dialectología horizontal o geografía lingüística de diferentes dialectos de un país. Edmond y Gillieron han sido en Francia los fundadores del *Atlas Lingüístico Francés (A.L.F.)*. La mayoría de los países europeos tiene su atlas lingüístico.
- b) Dialectología vertical. Se apoya en conceptos de código restringido y código elaborado por Basil Bernstein en el ámbito escolar en obras como *Clases, códigos y control II. Hacia una teoría de las transmisiones educativas*. También en la obra de William Labov, *Modelos sociolingüísticos*, en la que estudia los diferentes dialectos en las diferentes capas o clases sociales.

Este último autor propuso una dialectología vertical para responder a un fin pedagógico. Pero además de ese interés, su trabajo ha servido para mostrar el estatus de la lengua en relación con los diferentes sectores de la sociedad. Hay dialectos sociales que no son los que existen en la escala de la geografía.

c) Dialectología funcional. Esta fue inaugurada por los formalistas rusos, entre los cuales figura Roman Jakobson. Para especificar lo que es literario en las obras literarias, ellos parten de un criterio que sirve de base a la dialectología funcional: la oposición entre uso literario y uso conversacional de la lengua.

Pero hoy no se está de acuerdo con esa clasificación. Ahora se habla de situación de comunicación: no existe uso neutro o jerárquico de la lengua. Y en esta nueva visión, las situaciones de comunicación conforman un cuarto nivel de la dialectología y por consiguiente otras manifestaciones estilísticas de los hablantes.

2.2. Estilística comparada de las lenguas.

La estilística comparada se apoya en varias dimensiones. Una es, como se plantea en la estilística de Charles Bally, discípulo de Saussure, la idea del relativismo lingüístico, según la cual las lenguas participan del «espíritu» de las naciones. Cada lengua corresponde a una cultura y a una manera de pensar particular.

Desde luego, queda fuera la idea de que hay lenguas afectivas y lenguas intelectuales, conceptos hoy inaceptables. No existen lenguas emotivas ni intelectuales. Una lengua es una potencia de decir las cosas de una cierta manera. Toda lengua puede devenir la lengua de una civilización dada.

La visión de la estilística comparada que asimila la lengua y el espíritu, la lengua y la cultura, es replanteada por Franz Boas. Su antropología lingüística se sustenta en un relativismo cultural, por oposición al universalismo absoluto, el cual opone pueblos y culturas salvajes a pueblos y culturas civilizadas.

En esa misma tendencia de Boas se inscribe Edward Sapir, para quien el pensamiento está determinado por el lenguaje y, por tanto, cada lengua es una forma de pensar.

En Norteamérica la lingüística de Bloomfield responde a la orientación denominada distribucionalismo y es otra vertiente de la estilística comparada. Esa escuela se reconoce en otras manifestaciones en el pensamiento de Humboldt y el de B. L. Whorf en su obra *Language, Thought and Reality*. El punto de partida es que el lenguaje descompone la realidad.

Hay también una estilística comparada que funciona como estética de la traducción, en la cual coexisten dos polos: uno consiste en tratar de naturalizar el texto extranjero y adaptarlo lo más posible a la lengua a la que se traduce; el otro se empeña en guardar suficientes indicios del carácter extranjero del texto, para hacer ver que es extranjero.

Esas son dos experiencias límites. Son dos estrategias límites. Los traductores que se sitúan entre las dos son los traductores menos buenos. Georges Bataille y Pierre Klossowski están de acuerdo en decir que lo más interesante es la experiencia del límite.

Densa y agotadora fue esta jornada del seminario. Terminó pasada la hora, cuando el profesor nos despachó sin dar el tema por concluido, cuenta de que en sus apuntes todavía le quedaba un tema importante por tratar, habla y estilo: «El miércoles continuaremos la relación entre lingüística y estilística».

7 de marzo

3. Habla y estilo

En el seminario el profesor no hablaba de sus asuntos personales ni se refería a temas ajenos a la materia que impartía. Pero esta vez hizo una excepción. Abrió un paréntesis para comunicarnos una información que afectaba nuestras clases.

De manera temporal habrá cambio de aula. Ese espacio de la universidad iba a ser utilizado en las elecciones cantonales que iban a celebrarse en Francia los días venideros de marzo. Aprovechó el anuncio para informarnos en qué consistían esas elecciones, que al menos yo desconocía. Un cantón era una circunscripción electoral muy importante. Una ciudad y una comunidad reunían varios cantones donde se agrupaban los barrios, los parajes y otras unidades territoriales menores que los municipios y las provincias.

En las elecciones estaban en juego los consejos departamentales y los miembros que los integran. Era un verdadero poder. Esta vez, el aspecto más relevante de esas elecciones era que desde hace muchos años la izquierda no tenía una gran representación. Ahora, agrupada en la Unión de la Izquierda, era la favorita.

El profesor cerró el paréntesis y retomando el hilo de la clase recapituló lo dicho del encuentro anterior. El primer criterio de la estilística era identificar la lingüística a la lengua y la estilística al habla con base en la antinomia saussureana lengua versus habla.

Existe una estilística de la lengua. Igualmente existe una estilística del habla.

La lingüística se ocupa de la lengua mientras la estilística del habla y sus manifestaciones: enunciación, enunciado, texto. Entre esas disciplinas no hay estatus jerárquico; son interdependientes y complementarias.

Sin embargo, esa relación no era tan simple. Había que introducir un segundo criterio: el papel de lo individual y, en particular, de lo expresivo en la conformación del estilo.

¿Cómo separar la lengua de la enunciación, el enunciado y sus diversas expresiones? Existe un plexo de relaciones entre esas dos ciencias.

Lingüística y estilística participan, de alguna manera, del mismo objeto de estudio. La lengua actualiza el habla. El habla actualiza la lengua.

Ambas disciplinas se ocupan de realidades planteadas por los grandes científicos de la estilística como Charles Bally y Leo Spitzer (1948). El profesor hablaba mostrándonos las obras de esos autores, cuyos nombres conocí por primera vez. Desde entonces me interesé por la estilística.

Vale la pena citar, dijo, esta definición de la estilística de Charles Bally (1909): «Ella estudia el valor afectivo de los hechos organizados del lenguaje, y la acción recíproca de los hechos expresivos que concurren a formar el sistema de los medios de expresión de una lengua».

En esa definición de Bally el profesor enfatizó tres conceptos: «valor afectivo», «hechos expresivos» y «medios de expresión».

Esos conceptos le permitieron afirmar que la estilística era una ciencia de los hechos del habla cuyo objetivo es restituir la lengua a través de sus manifestaciones. En cambio, la lingüística es una ciencia del sistema de la lengua cuyo objetivo es actualizar el habla mediante la concreción de la lengua.

Dicho así me parecía un trabalenguas, pero era la gran verdad de la encrucijada en la que se sitúa la estilística. El estilo, es una manifestación del habla como hechos. Es hecho del habla. El habla es una manifestación de la lengua como hechos. Es hecho de lengua.

Sin embargo, apuntaba el profesor, el estilo es un hecho individual, pero a la vez social. Esa era una afirmación capital.

En esa relación hay que considerar el conjunto de los componentes translingüísticos, tales como el sujeto hablante, la sociedad, la creatividad, sin los cuales no existe la lengua y, por tanto, la estilística.

En ese sentido, la separación o distinción entre lingüística y estilística ha sido cuestionada por la aparición de la lingüística de la enunciación y del discurso en la que lo individual y lo social son inseparables.

Un tercer criterio para abordaje de la relación entre habla y estilo nos retornaba al postulado de consubstancialidad entre el signo y la significación, entre significado y significante, entre forma y contenido.

Dos ideas estaban en juego: una es que ambos términos se dan con anterioridad como realidades separadas; la otra es que ambos términos son inseparables y fruto de la obra del hablante.

La primera ruptura con respecto a la primera idea se realiza a costa de la antigüedad griega y latina, desde cuando se impuso la separación entre forma y contenido. La idea clásica era que el contenido (la idea, la cosa) era algo dado primero a la lengua.

En la literatura clásica, el motivo, el tema, preexistían como hecho anterior a la escritura, a la obra. La tarea del escritor sería entonces encontrar «una forma a esa idea», como afirma Barthes en su obra *S/Z*, refiriéndose a la novela clásica.

Hay numerosos ejemplos de esa división en los trabajos actuales, entre ellos la obra de Michel Riffaterre (1972). Para ese autor un texto literario es una serie o cadena de elementos lingüísticos; pero hay textos que tienen un valor estilístico y otros que no lo tienen. Hay que separar los elementos lingüísticos y los estilísticos.

La distinción entre la forma y el fondo ya no es aceptable. Los formalistas rusos se oponen; para ellos hay forma significante. Paul Valéry también se opone a la separación. No hay cambio de forma sin cambio de contenido.

Una idea reiterada en la cátedra del profesor es que la distinción entre la forma y el fondo ya no es aceptable. Prima aquí la inseparabilidad entre ambos términos.

Otra idea, referida a la literatura es que no hay nada en un texto literario que no sea estilo, que no haga estilo. Todo texto era fruto de un trabajo de forja del estilo del escritor.

En la discusión en el seminario esos eran conceptos con los que Gauthier se identificaba y que, de alguna manera, todos compartíamos.

Pero hay un cuarto criterio de abordaje de la estilística: la distinción entre lo obligatorio y lo no obligatorio en la conformación del estilo.

El concepto en juego aquí es el de la lengua como conjunto de normas obligatorias para todos los hablantes. En ese sentido, se concibe el estilo como libertad frente a la lengua.

Las opciones que suelen plantearse como atenuación de ese conflicto son dos: 1) reducir la búsqueda de libertad (el estilo), ahí donde la gramática no es obligatoria; 2) reducir la necesidad de la norma (el no estilo), ahí donde la gramática es obligatoria.

Dentro del criterio obligatoriedad versus libertad, se encuentra este otro, un quinto, que, al parecer, denota el hecho estilístico: distinción entre estilo breve y estilo extenso.

La gramática generativa se apoya en un hecho, los enunciados nucleares de la oración son los simples, los primarios: La oración es igual a un sintagma nominal más un sintagma verbal: O = Sn + Sv

La gramática transformacional se apoya en otro hecho lingüístico, en los enunciados «transformados», o sea, los complejos, los derivados: las oraciones compuestas de cualquier tipo, los complementos de la oración, directo, indirecto y circunstancial, así como las demás estructuras.

Richard Ohmann toma dos textos y los segmenta en oraciones breves y largas para determinar dos tipos de estilos: breve y extenso.

Toma uno de Hemingway: 15 líneas y cinco frases cortas. Responde a la estructura de la gramática generativa: frases cortas.

También toma un texto de Faulkner: distancia entre estructura profunda y estructura superficial. Frases largas: 15 líneas y una frase. Responde a la estructura de la gramática transformacional.

Ohmann juzga que el segundo, Faulkner, es un estilista, mientras que el primero no lo es.

Sin embargo, para el profesor Gauthier no se puede decir que Faulkner sea un estilista porque utilice frases largas y Hemingway no porque utilice frases cortas que pretenecen a la gramática generativa. La libertad del estilo no se limita a la elección de un tipo de enunciado o de otro. Es una gran debilidad del behaviorismo el creer que es complejo y derivado eso que es simple. Es la misma debilidad de la gramática transformacional cuando dice que la frase compleja deriva de la frase simple, de la gramática generativa.

Es una teoría que se apoya en la adquisición del lenguaje en los niños. El niño mostraría su evolución lingüística de esta forma: palabra-oración: «papá», luego enunciados de dos o tres términos por yuxtaposición primero, enseguida por coordinación, (y) que introduce la causalidad, y finalmente por subordinación (L. Lentin, *Revue Langue Française* «adquisición de la sintaxis por el niño»).

Otra orientación, un sexto criterio, aborda el estilo según la distinción entre lo concreto y lo abstracto. Ese es un criterio habitual en la distinción entre uso culto y uso popular de la lengua. Lo popular se identifica con lo concreto, lo culto con lo abstracto.

Esa distinción opera también en otros niveles de uso, como los relacionados con las capacidades de razonamiento. La abstracción en el lenguaje aumenta con las edades y con los grados de maduración de los sujetos. Eso se manifiesta en el léxico y en las estructuras gramaticales.

Un enunciado concreto sería este de carácter analítico: «La señora ha dado una pastilla a Manuel».

Las operaciones de abstracción de ese enunciado responderían al uso de palabras gramaticales en lugar de las palabras lexicales:

- 1. Ella, pronombre personal = La señora: «Ella ha dado una pastilla a Manuel».
- 2. Él, pronombre personal; le, pronombre personal átono = a Manuel: «La señora ha dado a él una pastilla»; «La señora le ha dado una pastilla».
- 3. La, pronombre personal átono = Una pastilla: «La señora la ha dado a Manuel».
 - 4. Otra manera es la oración sintética: «Ella se la ha dado».

Oponer la norma a la desviación, séptimo criterio, ha sido el criterio más común para determinar el hecho estilístico. Para pocas personas el estilo es una desviación en relación con la lengua.

De eso se derivan metáforas de mucho prestigio: la lengua es igual a la cárcel, a las reglas, las leyes y los preceptos, etc.; la literatura es igual a infracción, violación, rebeldía, libertad, etc.

En la dicotomía norma versus desviación se introducen criterios funcionalistas que tratan de tipificar los diferentes usos de la lengua. Entre las tipologías se destaca la de Roman Jakobson, a la que hemos hecho referencia antes: las funciones del lenguaje.

Según ese autor, la función poética es lo que llama la atención del lector sobre la textualidad, la forma de la lengua.

En este campo es importante recurrir a los aportes de las teorías de la información y la comunicación de autores como Márkov, Harley. M. Hopkins y Roman Jakobson.

Es interesante la relación entre lingüista y frecuencia, lingüística y matemática: la cifra matemática. El trabajo lingüístico y el matemático quedaron relativamente separados. Pero Shannon unió, en 1948, las dos disciplinas; propuso el esquema de la comunicación antes señalado:

Código 1
$$\longrightarrow$$
 (E) \longrightarrow Canal \longrightarrow (R) \longrightarrow Código 2
Mensaje

Otro teórico de la comunicación, Benoit Mandelbrot, proviene de la teoría de Shannon. Pero él introduce en la lingüística la teoría de Jespersen, la cual plantea dos tipos de exigencia: la economía, exigencia del locutor; la inteligibilidad, exigencia del auditor.

Mandelbrot demostró que la exigencia de la inteligibilidad es la invariabilidad. Él muestra también que el lenguaje realiza el compromiso entre el locutor y el auditor en su estructura interna. Por primera vez se tiene la representación matemática de la doble articulación. Es de él que Martinet retoma la doble articulación en *Elementos de lingüística general*.

Mandelbot dice que esa teoría de la información es aplicable a la teoría del juego. Cuando se realiza un estudio del texto desde el punto de vista de las frecuencias, eso corresponde al orden estadístico. Ahí no se toma en cuenta el sentido. Es necesario un trabajo de probabilidad para interpretar la estadística (leyes).

Mandelbot habla de probabilidades macroscópicas. Ejemplo: en el francés el 17 % del léxico está formado de adjetivos. Es la estructura del francés. También de probabilidades microscópicas: 7.5 % del vocabulario de los textos son adjetivos. Es el uso del francés.

Tratando el tema de las probabilidades macroscópicas y las microscópicas, el autor aborda la relación entre el repertorio y el mensaje. Plantea un esquema de probabilidades, según el cual en un texto el auditor (o el lector) espera sucesivamente una primera palabra, una segunda palabra, una tercera palabra.

En ese esquema de probabilidad aparece que, con suerte, las últimas palabras o las palabras que siguen son las esperadas. La predictibilidad de una palabra aumenta en función de su lugar en la cadena hablada. La última palabra es casi innecesaria, mientras que la primera es indispensable.

Hay ejemplos de aplicación de la probabilidad en textos antiguos y modernos desde el punto de vista de la frecuencia, la cuantificación, la estadística y la distribución de los vocablos. Es un tema de la estilística determinar la relación entre la norma y la desviación.

En esa relación hay diversos puntos de vista. Jean Cohen, en su obra *Lenguaje poético de la música*, considera que la variación que hacen los poetas está basada en un cierto número de desviaciones en relación con la norma (la media).

En los enfoques aquí revisados y los aspectos considerados, acerca de la relación entre lingüística y estilística, puede

afirmarse que hay una lingüística y una estilística del lenguaje, de la lengua y del habla.

La oposición entre lengua y habla implica la oposición entre la lingüística saussureana y la nueva lingüística, más abierta hacia las otras ciencias. Una lingüística del habla.

Aquí hay que repasar el esquema de Saussure: lenguaje, igual a virtualidad y potencialidad. Sobre todo, la antinomia lengua/ habla: lengua: institución, social, exterioridad, competencia; habla: comportamiento, individual, interioridad, performance.

Sin embargo, varios autores han modificado ese esquema. Coseriu habla de lengua, norma, habla. Él introduce la noción de norma al lado de las de lengua y habla. Benveniste se refiere al habla como discurso: acto-objeto; enunciado-objeto-producto; enunciación-acto-máquina.

◆0◆

14 de marzo

Prácticas de explicación de textos

Durante la licenciatura había aprendido la técnica de tomar apuntes de clase. No perdía una palabra ni un movimiento del profesor. Mi escucha del francés era lo suficiente buena como para seguir las clases sin perturbación; comprender con agilidad, captar lo esencial, reflexionar y anotar.

El texto se convirtió así en contenido y en metodología de los cursos. En la maestría esa práctica se afirmó con fundamentos declarados. Es un nivel que se orientaba a la formación metodológica.

Era esencial el desarrollo de capacidades para el manejo de una amplia gama de saberes metodológicos generales y de conceptos, métodos y técnicas específicos de la especialización del seminario y de la tesis en Letras Modernas.

Acorde con la orientación metodológica se procedió a realizar cortes en los conocimientos. Y así, por costumbre, se nombró semiología a la parte desarrollada con anterioridad, aunque la semiótica nunca estuvo ausente. Se ha denominado métodos de la crítica contemporánea (semiótica del texto) a la parte que aquí comienza, sin que eso quiera decir que no se hable de semiología.

Esa distinción solo indica el énfasis dado a las dos vertientes tratadas del estudio de los signos. Esa lógica es la que también rige esta obra, la cual es más bien de índole didáctica y metodológica.

En principio, hay una distinción conceptual entre semiología y semiótica. Esa es la hipótesis con la que se había trabajado en el seminario, y que aquí hemos asumido. Aunque, claro está, sin doctrina categórica ni definitiva. Ni el profesor ni los participantes hemos tratado de construir una conceptualización al respecto.

La distinción se enmarca en la relación planteada por Saussure entre lengua (sistema) y habla (manifestación del sistema) en el uso: discurso y texto.

El concepto manejado aquí puede explicarse sucintamente. Es semiología la descripción de sistemas generales de signos; es lo que se proponen Peirce, Saussure, Morris y Benveniste.

Es semiótica la descripción de subsistemas dependientes de los sistemas generales, considerados en situaciones concretas como habla, discurso o texto. Es la orientación que se observa en exponentes esenciales de la crítica contemporánea que aquí estudiamos, entre ellos Barthes, Greimas y Kristeva, autores que inscriben sus trabajos en el marco de la semiótica del texto, no solo literario sino de toda índole.

Este eje del seminario que a continuación tratamos se desarrolló en torno a prácticas textuales. Y en ese sentido se priorizaron los ejercicios de análisis y explicación de textos.

En este tramo también hubo teoría aplicada al manejo del texto. Se expusieron diversos enfoques, antiguos y modernos, acerca de las prácticas de la explicación del texto.

Se consideró, en primer lugar, la retórica en la antigüedad griega, en particular los aportes de los sofistas. Estos son ejemplos del manejo retórico, entre otras cosas, por la habilidad de producir dos discursos diferentes sobre el mismo tema. Ellos podían defender a un acusado y hacer que lo condenaran, contraponiendo los mismos argumentos. Emitían dos discursos opuestos y de igual fuerza. Esa potencia oratoria le sirvió a Aristóteles para la fundación de su tratado de retórica.

La retórica es, desde entonces, un arte de la palabra que comprende una teoría de la argumentación, una teoría de las figuras de estilo y una teoría de las construcciones gramaticales. Esas tres teorías son solidarias e inseparables. Las tres se desarrollaron con creces.

En la teoría de las figuras de estilo se enfatizaron la comparación: puesta en relación explícita de la analogía entre dos términos por medio de útiles lingüísticos formales, «como», «parece», etc.; y la metáfora: puesta en relación de la analogía entre dos términos sin la intervención de útiles lingüísticos formales.

Al lado de esas teorías hay una cuarta: la de las técnicas prosódicas. Esta teoría implica una pedagogía fundada en la idea de que el trabajo del orador o del escritor se aprende, si se interiorizan esas teorías. Los modos de la creación se aprenden, pero hay que recibir la visita de la inspiración para que el logo produzca una fructífera creación.

Duby y Mondrou hablan de eso en su trabajo sobre el siglo XVI, y esclarecen la idea de que la gente del siglo XVI no vive como una contradicción el hecho de aprender a escribir y el hecho de la inspiración necesaria.

En el siglo XIX se llegó a una toma de conciencia de esta contradicción: el talento es imprescindible, aprendido por los estudios, pero también el genio como don natural. En la Antigüedad, la originalidad no era retenida como valor. Hay que esperar al Romanticismo para que la originalidad sea tomada como criterio estético.

El arte moderno se apoya en la imaginación, no en la imitación. En la recreación y la reproducción. No ya en la contemplación pasiva, como en el Romanticismo.

Ese breve recuentro histórico sirve para ilustrar el hecho que las prácticas del texto, desde la Antigüedad a la época actual, se han ido imponiendo mediante la conceptualización y aplicación de diversas orientaciones. La explicación de texto de los clásicos tenía por objeto interiorizar los medios retóricos; mientras que la explicación de los textos modernos, tal como se aplica en los liceos franceses, tiene por objeto la reducción del texto, su reproducción.

La explicación de los textos modernos se orienta por dos teorías, ambas de base lingüística. Una se apoya en la lingüística estructuralista de la lengua y el enunciado; la otra en la lingüística de la estructuración, enunciación y el discurso.

En el primer tipo, en la explicación de texto lo más importante es la estructura. Un ejemplo de explicación mediante la estructura es la aplicación del concepto de función poética de Roman Jakobson cuyo objeto es llamar la atención del lector acerca de la lengua de la obra a través del análisis de los niveles lingüísticos, que en un poema son: fónico, morfológico, léxico, prosódico.

En esa orientación el poema y su lectura son percibidos como jerarquía dinámica de factores en tensión. Jean Peytard, en su obra *Lingüística y enseñanza del francés*, pone en práctica la idea de Jakobson según la cual la rima no es un problema solo métrico sino también gramatical.

Otras categorías de la visión estructuralista en la explicación de un texto son: registro literario, registro popular, registro administrativo.

Lo que hay que entender es cómo esos componentes juegan entre ellos para hacer el texto. De igual modo: narración, descripción, diálogo.

El seminario enfatizó la orientación semiológica y semiótica desde la perspectiva estructuralista; por eso no se aborda específicamente la orientación del discurso y la enunciación. Sin embargo, esas dimensiones fueron estudiadas como modernas expresiones de la semiótica de texto.

Se trató la aplicación de los fundamentos semiológicos, estilísticos y retóricos estudiados con anterioridad en los trabajos específicos de semiótica textual y literaria de los integrantes de la semiótica de París y en otros autores como Bajtín y Lotman. Es lo que ha de observarse a continuación.

◆0◆

21 de marzo

Escuela Semiótica de París

En La Biblioteca, en la búsqueda en la que estoy dedicado a tiempo completo, me deleito revisando obras, viajando por el ciberespacio tras textos imprescindibles no impresos, haciendo anotaciones de las maravillas que voy encontrando, redactando borradores y revisando lo que voy dejando en pie para este libro.

Hago un paréntesis para prestar atención a La Biblioteca. Tengo que dirimir una querella con ella. No te dogmatices, no te dogmatices, tengo que repetirle. Poco a poco ella se ha vuelto recelosa ante la amplitud de la investigación. No le gusta el giro que ha ido tomando. No por la investigación en sí, a la que ella nunca se opondría. Es mi mejor aliada.

Pero cada vez más tengo que atravesar, desvirtuar, modificar la naturaleza de papel de la que estaba hecha únicamente al inicio; tengo que ensancharla a través del medio virtual. Vive el cambio como una deslealtad, como una traición ¡Por Dios, hasta las bibliotecas se vuelven dogmáticas!

Incluso, con frecuencia doy de baja a parte de los miembros de su colmena, libros obsoletos a los que el tiempo se les vino encima, obras sobrantes, a veces repetidas, que más bien son estorbos y desechos, textos de mejor y más fácil manejo en las pantallas del computador o la tableta, como son la enorme cantidad de autores clásicos colocados en línea por las grandes bibliotecas *urbi et orbi*.

Eso, ha de suponerse, no es del agrado de La Biblioteca, que, aunque hace constantes esfuerzos por renovarse y estar al día acorde con los tiempos, nunca podrá competir con esa avalancha de novedades acarreadas por el mundo digital.

Estas son anotaciones de un nuevo momento de aprendizajes, provocadas por la lectura de autores destacados en los trabajos de semiótica del texto. El profesor hizo una revisión general y fragmentaria de esos autores, solo para indicarnos las tareas que debíamos cumplir en el seminario.

Sin embargo, nos recomendó que siguiéramos ampliando el universo con nuevas y más profundas indagaciones; y a seguidas desplegó sus apuntes de la cátedra, al colocar en la pizarra una extensa bibliografía sobre el tema.

Hojeo la obra *Semiotique*: *L'École de Paris* (Semiótica: La Escuela de París) de la autoría de varios semióticos, bajo la coordinación de Jean-Claude Coquet (1928). Al anotar ese título, evoco los demás títulos revisados en el seminario en relación con el arte, la literatura o el mejor manjar. Esa es la semiótica. El saber que provoca un inmenso placer.

Así llegamos al puerto de desembarque de la semiótica del texto. El seminario se vistió de gala para dar la bienvenida a la semiótica en Francia, en específico con el tema central de esa ciencia: la consubstancialidad entre el significante y el significado.

Ningún semiótico francés de la época se inscribe en la separación de los dos términos. La llamada Escuela Semiótica de París así lo ilustra. Durante varias jornadas, esa escuela y los autores más destacados fueron objeto de estudio y discusión en el seminario.

La principal característica de esa semiótica, que en algunos autores como Barthes conservan el nombre de semiología, es que se ha desarrollado con base en el análisis y la explicación del texto, en particular el texto literario. Esa orientación ha sido mi principal inspiración, mi mayor aprendizaje en el seminario de semiología y semiótica.

Semiotique: L'École de Paris es una obra que, aunque publicada en fecha posterior al seminario (1982) recoge trabajos de los años 60 y 70. Los proyectos a los que alude esa obra comparten valores equiparables: son de base lingüística, proceden de Europa y sobre todo de habla francesa, y en los tiempos modernos son los principales responsables del apogeo de la ciencia de los signos.

En la Francia de aquella época, los estudios lingüísticos y literarios en su mayoría abrazaban las perspectivas semiótica y estructuralista. Era la orientación más o menos compartida en las diversas áreas de las ciencias del lenguaje: artes, literatura, lingüística, filosofía, antropología, sociología, psicología, etc.

Sin embargo, ese semi-estructuralismo francés se distinguió, con respecto a otras corrientes europeas, por plasmar un determinado concepto del análisis, el cual giraba en torno a la significación del texto o el discurso.

Pues bien, al consultar la obra *Semiótica: La Escuela de París* amplío la indagación acerca de los estudios lingüísticos, literarios y semióticos en Francia. Por el momento interesa la visión general; luego, los detalles acerca de los autores más representativos de esas importantísimas disciplinas de las ciencias del lenguaje.

Algunos autores están más centrados en la lingüística, otros en el estudio de los signos y otros en la retórica, la poética o el análisis del discurso. Pero todos forman lo que se conoce como la semiótica de París, que en su conjunto es de base lingüística.

Por lo tanto, habría que comenzar por establecer las influencias de Ferdinand de Saussure, Emile Benveniste y otros lingüistas en la denominada *Semiótica: La Escuela de París*.

Sin dudas, la mayor influencia ha sido la de Saussure, pero Benveniste representa un aporte muy significativo. Este último es responsable, en gran medida, de la renovación de los estudios del lenguaje a partir de la segunda mitad del siglo XX, al contribuir de manera notoria a la superación de la lingüística y la semiótica heredadas de Saussure.

¿En qué consistió el cambio? Pues ya lo hemos destacado al tratar la semiología de Benveniste: por un lado, en la semantización interna de la lengua al orientarla hacia la dimensión del discurso, la cual era considerada solo como sistema de formas; por el otro, en la incorporación de las obras y los textos en el análisis, proceso que orienta y amplía el análisis lingüístico, antes limitado al sistema, hacia la dimensión translingüística.

Esa doble innovación fue asumida por la semiótica en la Francia de aquella época, por la apropiación no necesariamente directa, pero cierta, porque los trabajos de Benveniste han influido sobremanera en las ciencias del lenguaje de ese país.

El primer aporte de Benveniste es el que plantea Jean-Claude Coquet en el ensayo «La Escuela de París» contenido en la mencionada obra: el concepto de semiótica como sistema de significación, especificidad que distinguía la semiótica en aquella época en Francia:

«Una entrevista de Umberto Eco sobre su libro *La estructura ausente* comenzaba por esta definición: "La semiótica es la ciencia de los signos". El Petit Robert lo dice igualmente, en su primera edición: "Teoría general de los signos". Para la Escuela de París la definición es otra. La semiótica tiene por proyecto establecer una teoría general de los sistemas de significación. Para algunas semióticas, el signo es primero un objeto observable; en la perspectiva de la Escuela de París es primero un objeto construido».

Así, bajo ese nombre Coquet se plantea delimitar la semiótica francesa de otras escuelas en el mundo, la cual no se limitaría al estudio de los signos como algo dado, sino que se daría como propósito construir el signo desde la perspectiva de la significación.

El segundo aporte de Benveniste es el hecho que esa semiótica toma al discurso, a las obras, a los textos, como objetos de sus reflexiones y análisis. La define como discurso y como análisis de discursos. Eso se observa en los capítulos de la obra *Semiótica:* La Escuela de París, formados con los trabajos de conocidos semióticos, quienes ofrecen diversos campos de aplicación de esa semiótica: literario, político, religioso, etc.

La aplicación de la semiótica al discurso literario, a la literatura, es tratada por Michel Arrivé, en su ensayo «Semiótica literaria». Ese autor traza un panorama en el que engloba y amalgama los trabajos consagrados a los análisis del texto en sus diferentes vertientes, considerados todos como análisis semióticos: lingüística, poética, retórica, estilística, etc. Las diferencias entre unos y otros consisten, en esencia, en que unos son estructuralistas, y entonces el texto es dado como algo predeterminado, terminado, cerrado; mientras que otros son posestructuralistas, y para estos el texto es un espacio abierto y en constante construcción.

El discurso político es abordado por Eric Landowsky y Claude Chabrol en el ensayo «El discurso del poder. El discurso político». Los autores consideran como de carácter semiótico los trabajos que se realizan en ese campo: «Entre los hechos de lenguaje que la semiótica está llamada a tomar en consideración desde el momento en que ella se propone dar cuenta de los fenómenos de la comunicación social —y, en especial, entre los campos de aplicación de la socio-semiótica discursiva que considera aquí mismo Claude Chabrol— todo el mundo admitirá sin duda que el discurso político tiene naturalmente su plaza».

Se incluyen en la semiótica tres tipos de abordajes: el pragmático, el temático y el retórico.

J. Delorme y P. Goltrain, en «El discurso religioso», se encargan del tratamiento semiótico del discurso religioso. El análisis de los Evangelios es el principal ejercicio de aplicación. Y en este, varios tipos de discursos: profético, apocalíptico, litúrgico, teológico, mítico, diabólico.

Esas manifestaciones de la semiótica de París se inscriben de lleno en la perspectiva translingüística, independientemente de las aproximaciones metodológicas específicas y de los dos puntos de vista prevalecientes en esa época: estructuralismo versus posestructuralismo.

En cualquiera de sus manifestaciones esa semiótica es de base lingüística. En este sentido, en Francia tiene una narrativa que arranca en 1960 con la investigación lingüística en torno a la Sociedad de Estudio de la Lengua Francesa. Pero Saussure ofrecía el marco teórico de partida. Afirma Coquet:

«Si hemos insistido en el rol fundamental de Saussure, es porque a él le toca el haber suministrado los primeros conceptos operativos de los que se sirvió la semiótica: lengua/habla y significado/significante».

En lingüística los aportes de Ferdinand de Saussure fueron fundamentales, pero también los de reputados lingüistas franceses como Michel Breal, quien en la Escuela de Altos Estudios acogió a un joven y todavía no tan conocido profesor de gramática comparada durante diez años en esa institución, de 1981 a 1991: Ferdinand de Saussure.

En la misma Escuela de Altos Estudios se destacaban otros tres grandes lingüistas franceses, contemporáneos de Saussure: Maurice Grammont, Antoine Meillet y Charles Bally. Meillet fue el profesor y mentor de Emile Benveniste.

La época señalada recibió también las influencias de los trabajos del Círculo Lingüístico de Praga, en el cual se destacaron N. Trubetzkoi y Roman Jakobson; así como los trabajos de la Escuela o el Círculo Lingüístico de Copenhague, cuya cabeza fue Louis Hjelmslev, autor de la glosemática, que reelaboró el dualismo significante/significado de Saussure, al introducir las nociones expresión/contenido.

Influyeron de manera notable en aquellos años los norteamericanos Charles Peirce, cuya semiótica es la piedra angular de esa disciplina; Leonard Bloomfield, quien se relacionó con Saussure y fue el mayor representante del estructuralismo lingüístico en ese país; Z. Harris, quien inició la gramática transformacional y Noam Chomsky, el autor de la gramática generativa y transformacional.

También incidieron los formalistas rusos, con el modelo de análisis estructural de cuento de Vladimir Propp, y la lingüística y la teoría de la literatura de Mijaíl Bajtín.

En su juventud, Emile Benveniste tuvo preocupaciones estructuralistas. En 1968 expresa su sorpresa de que a los cuarenta años de surgir el estructuralismo lingüístico (se refiere al Círculo Lingüístico de Praga, fundado en 1926), esa orientación estuviese en boga, pero como un estructuralismo mal entendido:

«Para un lingüista que está habituado a practicar el trabajo lingüístico y que bien temprano ha tenido, es mi caso, preocupaciones estructuralistas, es un espectáculo sorprendente la moda de esta doctrina, mal entendida, descubierta tardíamente y en un momento en que el estructuralismo en lingüística es para algunos algo rebasado. En mi obra, yo esbocé de manera breve la historia, en cierto sentido lexical, de ese término. En este año 1968, la noción de estructuralismo cumple cuarenta años. Es mucho —dice en tono irónico— para una doctrina en una ciencia que va muy rápido. Hoy, un esfuerzo como el de Chomsky se dirige contra el estructuralismo. Su manera de abordar los hechos lingüísticos es exactamente inversa».

Benveniste ha insistido sobre ese punto: el estructuralismo no fue obra de Saussure, aunque los fundadores de esa corriente en 1928, N. Troubetzkoy y R. Jakobson, encontraron elementos en Saussure y tomaron a ese autor como antecedente de su doctrina. Pero Saussure «jamás empleó en un sentido doctrinal el término "estructura"».

El investigador y escritor no suele establecerse cuando publican sus obras, sino años después. La vecindad cronológica entre los autores es solo un indicador de la presencia de un autor en otro autor; la intertextualidad es por lo general compartida por todos y entre todos.

Por ejemplo, tres autores de esa escuela presentan esta característica en la actividad bibliográfica: la sucesión. Cuando uno llega a su esplendor, el otro inicia su labor. Se destaca el hecho que Barthes ejerció una evidente influencia en Greimas y Kristeva. Lo inverso no es demostrable, pero Barthes los nombra en algunos de sus trabajos.

Cuando Greimas se impuso en la semiótica francesa, Barthes ya había escrito sus más notables trabajos. Ahí empalmaba Greimas, como un relevo, con sus trabajos fundamentales, que comenzaron en 1966.

Cuando Barthes murió, Kristeva emergía como una de las intelectuales más imponentes en las universidades francesas. Pero cuando Greimas ya era el semiótico más importante de lo que se ha denominado la Escuela Semiótica de París, que define la semiótica como un «proyecto de establecer una teoría de sistemas de significación», según Coquet, Kristeva iniciaba sus trabajos de semiótica y de otros géneros.

De todas maneras, en aquellos años existió un diálogo de saberes y orientaciones entre los autores más relevantes, no solo franceses sino de todas partes. Era imposible no leer lo que el competidor escribía; era imposible no estar al corriente de las investigaciones de los demás. Eso se traducía en alusiones al trabajo del otro, la mayoría de las veces indirectas.

Independientemente de la orientación asumida, los más destacados autores se beneficiaron de las múltiples influencias de las

distintas disciplinas desarrolladas antes y durante sus respectivas producciones. Las referencias mencionadas y las influencias de todo tipo, aun no mencionadas, están presentes en sus obras.

La semiótica, en particular, heredó una larga tradición. No se formó de la nada. Procedía de una tradición que comenzó en la antigüedad grecolatina, se prolongó en los siglos siguientes y se constituyó de manera formal con los trabajos de Peirce y de Saussure. Surgió, pues, de una larga historia, de mucho estudio y muchos conocimientos, de una extensa y bien cultivada tradición. Porque, nadie se llame a engaño: quien hoy como ayer se propusiera ser científico tendría que proseguir la cadena del conocimiento.

Ahora, ¿qué hay en común entre las semióticas de todos esos autores? ¿Cómo eran? ¿Cuáles aspectos las diferencian?

Las semejanzas y diferencias entre ellos se pueden observar en forma pertinente, en tres niveles que indicamos de manera asistemática, quizás, para no parecer demasiado estructuralista y semiótico, que aún lo soy en alguna medida: la teoría de los signos, el campo de aplicación y la metodología.

La adscripción a la semiótica de la lingüística de Saussure y al estructuralismo lingüístico de los años veinte son referentes teóricos que se deben precisar. Esos son los puntos de partida de los proyectos semióticos de esos autores, que cada uno asumió a su manera.

Todas las corrientes semióticas tienen también en común el concepto de que la semiótica es una disciplina orientada a la construcción de una teoría y una práctica de la significación. A partir de ese criterio, la significación, y el trabajo en el espacio del discurso, el texto, aun dentro de la orientación estructuralista, la semiótica de París, en conjunto, es de base lingüística y a la vez translingüística en la vía planteada por Benveniste: «El análisis translingüístico de textos, de obras, para la elaboración de una metasemántica que se construirá sobre la semántica de la enunciación».

Sin embargo, Benveniste fue leído y asumido desde el estructuralismo. Hasta el psicoanálisis y el marxismo fueron, en alguna medida, estructuralistas. Solo algunos pensadores escaparon a esa orientación.

En la época, incluso la dimensión semántica del lenguaje, no ya la dimensión formal, en lo fundamental estuvo bajo la impronta del estructuralismo. Los estudios literarios, la poética y el análisis del discurso por lo regular respondían a esa doxa, la cual se enseñoreó en las academias y en las editoriales. El mismo Coquet contribuyó a expandirla a través de sus trabajos, en particular en su obra Semiótica literaria. Contribución al análisis semántico del discurso, 1973.

Realicé mis estudios en Francia en el momento de apogeo del semiestructuralismo. Fue la época más productiva de los estudios del lenguaje, sobre todo a partir de los trabajos de Barthes, Greimas, Kristeva, Todorov y Genette, quienes fueron los más relevantes exponentes de esa orientación.

En esa nómina no se incluye, de manera deliberada, a Henri Meschonnic, puesto que no corresponde a esa rúbrica sino al posestructuralismo y a una poética que se inscribe contra la semiótica; y con base en la cual culminé mis estudios en el nivel de doctorado.

◆0◆

28 de marzo

Rolland Barthes

Con estas retadoras preguntas inició el profesor el comentario sobre la obra de Roland Barthes (1915-1980): ¿Quién en el mundo de las letras no cita o se refiere a Barthes hasta sin conocerlo y haberlo leído? ¿Y cómo no estudiarlo en el seminario como un autor central?

Tardé en reaccionar, llegué a la clase con la mente ocupada en otro asunto, las elecciones cantonales, que tuvieron lugar como estaba previsto. La Unión de la Izquierda ganó con más del 50 %.

François Mitterrand lideraba el programa común de las izquierdas francesas, imponiendo su sello personal plasmado en el lema con que se identificaba: «La fuerza tranquila». Desde ahora estaba asegurada su victoria como presidente de Francia.

Las cantonales fueron una esperanzadora prueba para las congresuales y las presidenciales del año siguiente. La izquierda, donde yo me ubicaba, emergía de manera arrolladora.

El profesor no habló de ese tema, aunque era lo más importante de la actualidad. Continuó refiriéndose a Barthes, quien en Francia se destaca como el más renombrado semiólogo y semiótico de la época contemporánea.

Mencionaba alguna de sus obras: El grado cero de la escritura (1953), Michelet (1954), Mitologías (1957), Sobre Racine (1963), Ensayos críticos (1964), Elementos de semiología (1965), Introducción al análisis estructural de los relatos (1966), Crítica y verdad (1966), El sistema de la moda (1967).

Él es el primero, entre los integrantes de la Escuela Semiótica de París, que tuvo, en época más temprana, una mayor proyección intelectual en Francia y en el mundo. Tras las huellas de Lévi-Strauss surgió con una propuesta estructuralista que erosionaba el estructuralismo en su propio seno.

Barthes penetró en los ámbitos académicos y editoriales de una época hasta el punto de volverse una moda y un signo no solo de conocimiento especializado, sino también de cultura general. Quizás por eso no he sido barthesiano; pero sus obras ocupan una plaza singular en La Biblioteca porque es un autor obligado para alguien que se dedique a las letras y a la lingüística.

Además, no ser barthesiano no implica que Barthes no me haya inspirado en gran medida en mis textos académicos y en mis obras literarias. Es un exponente ejemplar de la perspectiva translingüística, en la cual me sitúo.

En la reflexión y en la práctica acerca de la lengua y de los signos no hay un autor que se haya manejado con mayor apertura. Él es dueño de una amplia formación humanística, incorpora saberes diversos a partir del concepto de semiología de los objetos y transforma las estructuras abstractas de los signos en discursos.

En sus 65 años de vida vivió y conoció todo el movimiento intelectual francés y europeo desde la Primera Guerra Mundial, pero también todas las orientaciones literarias y lingüísticas. Fue licenciado en Filología Clásica. En 1962 fue nombrado director de estudios de L´École Practique des Hautes Ètudes, y en 1977 profesor de Semiología Literaria en el College de France.

Disfruto con pasión varias obras de Barthes plenamente translingüísticas: *Fragmentos de un discurso amoroso*, *Crítica y verdad*, *El grado cero de la escritura* y *S/Z*. Me seducen por el estilo original y la agudeza en el tratamiento de temas conocidos en la tradición literaria.

Crítica y verdad, obra de la cual tengo resaltados varios fragmentos en color rosado, representa una enseñanza inolvidable en el cultivo de la libertad de la crítica literaria. Ahí Barthes se rebela contra los dogmas de la crítica tradicional y las preceptivas literarias. Critica, en particular, el arsenal de conceptos en los que se fundamenta el dogma de la verosimilitud, constituido por las reglas de lo verosímil: objetividad, gusto, claridad.

Afirma Barthes:

«Tal es lo verosímil en 1965: hay que hablar de un libro con "objetividad", "gusto", "claridad". Esas reglas no son de nuestro tiempo: las dos últimas vienen del siglo clásico, la primera del siglo positivista».

La distinción barthesiana entre la ciencia de la literatura y la crítica literaria fue fundamental para mí en un momento en que quería apropiarme de esas distinciones:

«Se puede proponer llamar ciencia de la literatura (o de la escritura) ese discurso general cuyo objeto es, no tal sentido, sino la pluralidad misma de sentidos de la obra, mientras que la crítica literaria, este otro discurso que asume abiertamente, con sus riesgos, la intención de dar un sentido particular a la obra. Esa distanciación no es, sin embargo, suficiente».

La obra *El grado cero de la escritura* es un conjunto de ensayos que gira en torno al lenguaje, la escritura, el estilo. Ese es también un texto que me marcó. Lo he incorporado a mis prácticas, de alguna manera, como me doy cuenta releyendo una serie de conceptos fundamentales resaltados en crayón.

Del ensayo «¿Qué es la escritura?», estas expresiones me han sido, en particular, provechosas:

«La lengua está pues debajo de la literatura. El estilo está casi más allá: imágenes, una manera, un léxico nacen del cuerpo y del pasado de un escritor y devienen poco a poco los automatismos mismos de su arte».

«Lengua y estilo son fuerzas ciegas; la escritura es un acto de solidaridad histórica».

«La escritura es precisamente ese compromiso entre una libertad y una memoria...».

«...La escritura es, pues, esencialmente la moral de la forma, es la elección de la atmósfera social en la cual el escritor decide situar la naturaleza de su lenguaje».

Otro texto original y sugerente es *Fragmentos de un discurso amoroso*. ¿Cuántas veces he leído y citado esa obra? Es crucial para entender el discurso del amor. Aquí solo retengo unas líneas alcanzadas por mi mirada en una página doblada en una esquina:

«Históricamente, el discurso de la ausencia lo pronuncia la mujer: la mujer es sedentaria, el hombre es cazador, viajero; la mujer es espera, el hombre es rondador (navega, rúa). Es la mujer la que da forma a la ausencia, quien elabora su ficción, puesto que tiene el tiempo para ello... Se sigue de ello que en todo hombre que dice la ausencia del otro, lo femenino se

declara: este hombre que espera y sufre está milagrosamente feminizado».

Son geniales esas palabras. Por eso, la interpretación semiótica de los discursos en términos de figuras, símbolos, códigos, etc., debe mucho a Barthes. Para él la cultura está organizada por patrones de comportamientos que se describen mediante esos tipos de unidades que la literatura expresa de manera arquetípica. En los inicios de mis estudios literarios esa orientación me impactó.

Después no, y ahora menos, porque sentía, entendía, que el discurso era reducido a determinadas etiquetas, a ciertos comodines, clichés, esquemas, como el hecho de identificar la ausencia con lo femenino; aunque entiendo que ese proceder hermenéutico aún sigue teniendo cierta validez.

En *Fragmentos de un discurso amoroso* algunas expresiones son excelentes ejemplos de interpretación de los sentidos del discurso amoroso a través de figuras y códigos:

«Se puede llamar a estos retazos del discurso figuras.

»Pero el que sostiene este discurso y desglosa los episodios... sabe solamente que lo que pasa por la cabeza en ese momento está marcado, como la señal de un código (en otro tiempo fue el código del amor cortesano, o La carta del país de Tendre).

»Cada uno puede llenar ese código según convenga a su propia historia; magra o no, es necesario que la figura esté allí, que el lugar (la casilla) le esté reservado».

Los códigos son los elementos más distintivos de la semiótica de Barthes. Estos transforman su semiótica en una hermenéutica. Representan un proyecto total de interpretación de los textos en la búsqueda de sentidos, aplicado a un amplio campo de estudios: la lengua, la literatura, en particular los relatos, los mitos, las modas.

En la obra *S/Z* (1970) Barthes analiza *Sarrasine*, obra de Balzac. Ese estudio es un aporte fundamental desde la perspectiva de la aplicación de los códigos definidos como voces y saberes que confluyen en un texto.

En S/Z el código es «una perspectiva de citas, un espejismo de las estructuras...; cada código es una de las fuerzas que pueden ampararse del texto (de los cuales el texto es una red), una de las voces de las cuales es tejido el texto. Paralelo a cada enunciado se dirá en efecto que voces en off se escuchan: son los códigos...; el concurso de voces (códigos) forman la escritura, espacio estereográfico donde se cruzan los cinco códigos».

En Sarrasine, Barthes identifica cinco códigos en función de las dimensiones semióticas, retóricas, literarias, culturales, psicológicas que operan en su análisis: 1) los diferentes términos (formales) o el código hermenéutico; 2) los semas; 3) el campo simbólico; 4) los comportamientos; 5) los códigos culturales, que incluyen aspectos históricos, psicológicos, literarios, entre otros. Además, está el código irónico.

Los códigos son estas voces: «Voz de la Empiria (los proairetismos), Voz de la Persona (los semas), Voz de la Ciencia (los códigos culturales), Voz de la Verdad (los hermeneutismos), Voz del Símbolo».

En los trabajos de Barthes es fundamental la integración de saberes humanísticos pertenecientes a los más diversos dominios de las ciencias del lenguaje. Es un método que ese autor cultiva en gran medida en sus producciones. El concepto de código forma parte de esa perspectiva.

Communications es una publicación famosa entre especialistas en ciencias sociales y humanidades que pone de relieve el enfoque semiótico. Representa un testimonio del florecimiento de la semiología o la semiótica en Francia. Pero también de la orientación transdisciplinaria de base translingüística.

Algunos números de esa revista científica bastan para entender la orientación múltiple, diversa, pero a la vez rigurosa, de la semiótica en Francia, en particular de Barthes. En el número 4 (1964), titulado «Recherches sémiologiques» se exponen trabajos de reconocidos autores en diferentes áreas: Claude Bremond: «Le message narratif»; Tzvetan Todorov: «La description de la

signification en littérature», «Roland Barthes, Rhétorique de l'image»; Christian Metz: «Le cinéma: ¿langue ou langage?».

El contenido principal de ese número es el famoso texto de Roland Barthes, *Éléments de sémiologie* (Elementos de semiología).

El número 8 de *Communications* (1966) se titula también «Recherches sémiologiques» y contiene íntegramente como trabajo principal el texto de Barthes, también muy conocido: «Analyse structurale du récit» (Análisis estructural del relato).

Otro número de esa revista, el 16 (1970), se titula «Recherches rhétoriques» y en este también el trabajo principal corresponde a Barthes, «L'ancienne rhétorique» (La antigua retórica).

La página de presentación del número 4 de *Communications* está firmada por Barthes. En esta es importante retener los conceptos de procedencia saussureana fundadores de la semiología en Francia planteado por ese autor:

«Semiología: la palabra es propuesta aquí en un espíritu de confianza, pero también de moderación. En su sentido actual y al menos para nosotros, europeos, data de Saussure: "Puede concebirse una ciencia que estudia la vida de los signos en el seno de la vida social...; nosotros la nombraremos semiología"».

Pero también lo dicho en este otro pasaje, en el cual Barthes invierte la relación propuesta por Saussure entre semiología y lingüística al afirmar que «la semiología es la que forma parte de la lingüística»:

«Hay, en suma, que admitir la posibilidad de invertir la proposición de Saussure: la lingüística no es una parte, aun sea privilegiada, de la ciencia general de los signos; la semiología es la que forma parte de la lingüística: muy precisamente esta parte que se encargaría de las grandes unidades significantes del discurso; de esa manera aparecería la unidad de las investigaciones que se llevan a cabo en la actualidad en antropología, en sociología, en psicoanálisis y en estilística, alrededor del concepto de significación».

Barthes también se aparta de Saussure al postular que «el objeto de la semiología es el estudio de las grandes unidades significantes del discurso», pues se sabe que el objeto de la semiolingüística saussureana es la lengua.

Con esas modificaciones, Barthes permanece fiel a la semiología de Saussure. De ese autor conserva, incluso, el nombre de la disciplina, al distinguirlo del término semiótica utilizado en inglés, tal como aparece en el texto «Semántica del objeto» (1964):

«La semiología, o como se la denomina en inglés, la semiótica, fue postulada hace ya 50 años por el gran lingüista ginebrino Ferdinand de Saussure, quien había previsto que un día la lingüística no sería más que una parte de una ciencia, mucho más general, de los signos, a la que llamaba precisamente "semiología"».

Sin embargo, la lingüística es solo un punto de partida que permite a Barthes extraer los conceptos delimitados por Saussure en torno a la lengua, los cuales luego extrapola a otros objetos semiológicos. En la obra *Elementos de la semiología* el autor explica el proceso mediante el cual los conceptos limitados de la lengua en el *Curso de lingüística general* pueden ser válidos para todos los sistemas de significación:

«En su *Curso de lingüística general*, publicado por primera vez en 1916, Saussure postulaba la existencia de una ciencia general de los signos, o semiología, de la cual solo una parte correspondería a la lingüística. En términos generales la semiología tiene por objeto todos los sistemas de signos, cualquiera que fuere la sustancia y los límites de estos sistemas: las imágenes, los gestos, los sonidos melódicos, los objetos y los conjuntos de estas sustancias —que pueden encontrarse en ritos, protocolos o espectáculos— constituyen, si no "lenguajes", al menos sistemas de significación».

La semiología de Barthes es en esencia de base lingüística. Su punto de partida es, en principio, la semiología lingüística de Saussure. Sin embargo, sin renunciar al fundamento lingüístico, se nutre también del fundamento lógico de la semiótica de Peirce.

Pero más aún, su semiótica es una ciencia de los signos diferente en aspectos claves a los más relevantes proyectos semióticos del pasado. Es también una semiología de base translingüística y translógica, actualizada y ampliada.

Es la semiología de su época, y en particular la semiología que sirve de marco a la semiótica de París. Se aplica a múltiples objetos denominados objetos o signos semiológicos. Reúne a las más variadas disciplinas: literatura, lingüística, lógica, teoría de la información, antropología, etc.

En el siguiente pasaje de *Elementos de semiología*, Barthes caracteriza su semiología como un conjunto de disciplinas integradas:

«Pero este proyecto semiológico ha recibido desde hace varios años una gran actualidad, una nueva fuerza, porque otras ciencias, otras disciplinas anexas, se han desarrollado considerablemente, en particular la teoría de la información, la lingüística estructural, la lógica formal y ciertas investigaciones de la antropología; todas estas investigaciones han coincidido para poner en primer plano la preocupación por una disciplina semiológica que estudiaría de qué manera los hombres dan sentido a las cosas».

La translingüística es el rasgo más relevante de la semiología de Barthes. Es un concepto que el autor emplea y define al referirse a la moda como «estudio de sustancias mezcladas de lenguaje»:

«Cuando el lenguaje entra como regulador en el sistema de signos de la ropa, aparece lo que se denomina la moda. Así, el lenguaje convierte a la ropa en nomenclaturas, pero sobre todo en una verdadera retórica que se despliega en los escritos de moda. Podría decirse que la moda no es un sistema semiológico puro, porque se da como un sistema de signos con mezcla de

lenguaje; a este estudio de sustancias mezcladas de lenguaje se le da el nombre de translingüística».

Es oportuno insistir en la semiología translingüística que Barthes inaugura en *Elementos de semiología* cuando, fiel al postulado de la primacía de lo lingüístico, hace de la semiología una ciencia universal de la significación que se extiende a un amplio campo de estudio: el mito, la literatura, el relato, la moda, etc.

El procedimiento de traslación o reescritura de lo lingüístico a lo semiológico consiste en hacer aflorar de la lingüística los conceptos analíticos que aplica a otros sistemas no lingüísticos:

«Los elementos que aquí presentamos no pretenden sino que afloren de la lingüística los conceptos analíticos que *a priori* consideramos idóneos, por su generalidad, para comenzar la investigación semiológica».

¿Cuáles conceptos recupera de la lingüística? La tabla de materia de esa obra los contiene: lengua y habla, significado y significante, sintagma y sistema, denotación y connotación.

Desde su aventura semiológica, entre los grandes aportes de Barthes se destaca su reinterpretación de los conceptos de lengua y habla, en la que «la distinción saussureana corre el peligro de sufrir modificaciones».

La adaptación de los conceptos de la lengua al sistema de la moda constituye una reelaboración translingüística: en el vestido no existe habla, solo lengua:

«Solo es posible prever que, para algunos de estos hipotéticos sistemas, cierta clase de fenómenos pertenecerán a la categoría Lengua, mientras que otros pertenecerán a la categoría Habla, advirtiendo que este paso semiológico, la distinción saussureana, corre el peligro de sufrir modificaciones, las cuales se pondrán de inmediato en evidencia. Pensemos, por ejemplo, en el vestido. Es necesario distinguir aquí tres sistemas diferentes, según la sustancia inherente a la comunicación. En el vestido escrito, es decir, descrito por una revista de modas a través de lenguaje articulado, no existe, por así decirlo, "habla": el vestido X no

corresponde nunca a una realización individual de las reglas de la moda, es un conjunto sistemático de signos y reglas: es una lengua en estado puro».

En ese texto importa mucho también retener la reinterpretación de Barthes de los conceptos significado y significante del signo lingüístico, según Saussure. Lo primero es que Barthes habla de signo lingüístico versus signo semiológico. Lo segundo es que existen signos semiológicos, como el vestido y la comida, los cuales no tienen significados, sino funciones y utilidad. Él les llama signos utilitarios y funcionales.

«Esto permite, quizá, entrever la naturaleza del signo semiológico en relación con el signo lingüístico. Al igual que su modelo, el signo semiológico está también compuesto por un significante y un significado (en el código de circulación, por ejemplo, el color de un semáforo es una orden de circulación), pero se separa de él en cuanto a sus sustancias. Muchos sistemas semiológicos (objetos, gestos, imágenes) tienen una sustancia de la expresión cuyo ser no está en la significación; suelen ser objetos de uso, separados de la sociedad con fines de significación: el vestido sirve para protegerse, la comida para nutrirse, aunque sirvan también para significar. Propondremos llamar a estos signos semiológicos de origen utilitario y funcional, función-signo. La función-signo da testimonio de un doble movimiento que hay que analizar».

En esa búsqueda, Barthes, que no era en sí lingüista, sino un profesor de letras y un humanista bien empoderado del bagaje cultural universal, tomó los conceptos de la lingüística estructuralista de entonces, y con sello propio articuló un ambicioso proyecto semiológico.

La semiología de Barthes es una ciencia ecléctica que rebasa los límites de la lengua, en la cual convergen diversos soportes teóricos y metodológicos: lingüística de la lengua, la lingüística del discurso, la retórica, filosofía. Entre los soportes es preciso incluir la extensa tradición de las letras y la cultura europeas,

la cual permite a ese autor teorizar costumbres, hábitos y artes cotidianos como la moda y convertirlos en signos semiológicos.

Esa tradición se nutre de la modernidad y la tradición. Por eso su semiología es también letras clásicas, prácticas hermenéuticas y retóricas antiguas a la par que modernidad en los conceptos lingüísticos.

La retórica es fundamental en esa semiología, disciplina que Barthes cultivó en sus análisis y enseñó en sus cátedras. Su texto «L'ancienne rhétorique» (La antigua retórica), publicado en *Communications* 16 (1970), es fruto de «un seminario dictado en L'École Pratique des Hautes Études en 1964-1965»:

«La retórica de la que se tratará aquí es ese metalenguaje (cuyo lenguaje-objeto fue el "discurso") que reinó en Occidente desde el siglo V antes de Cristo hasta el XIX después de Cristo».

Los procedimientos analíticos del discurso, que ahí se emplean con moderación, están enraizados en aquella ciencia del arte de hablar y persuadir de los griegos y los romanos.

Barthes detalla las dimensiones translingüísticas de una disciplina que incluye, además de la lengua, múltiples prácticas culturales:

- una técnica o arte de persuasión,
- una enseñanza: el arte retórico aprendido por vía personal,
- una ciencia: un campo de observación del lenguaje, una clasificación, la lista de las figuras retóricas, un metalenguaje,
 - un cuerpo de prescripciones morales,
- «una práctica social: la retórica es aquella técnica privilegiada (porque hay que pagar para adquirirla) que permite a las clases dirigentes asegurarse la propiedad de la palabra»,
- una práctica lúdica: juegos, parodias, alusiones eróticas u obscenas, chistes colegiales, que conforman un código cultural.

Barthes destaca un saber esencial heredado de aquella retórica, presente en los conceptos de discurso y de texto vigentes en la cultura occidental, las operaciones del proceso de elaboración de un discurso oratorio, que debe seguir las siguientes etapas:

- Inventio: encontrar qué decir.
- Dispositio: poner en orden lo que se ha encontrado.
- Elocutio: agregar el ornamento de las palabras, de las figuras.
- Actio: recitar el discurso como un actor; gestos y dicción.
- Memoria: acumular y recuperar informaciones, saber de qué se habla, aprender de memoria, recordar.

Los diversos conceptos y procedimientos de la retórica, en particular los tres que se han mantenido vigentes, Inventio, Dispositio, Elocutio, forman parte de la semiología de Barthes, en las aplicaciones y en la capacidad expositiva del autor.

Como en los demás semióticos de la época, en Barthes se observa un gran espíritu clasificatorio propio de la visión estructuralista. La tipología de los textos le debe mucho a él. También la separación de los niveles de sentido en el análisis estructural del relato, en particular la separación entre historia y discurso, y las funciones en el relato, que, como otros, Barthes asumió siguiendo las pautas de Vladimir Propp.

En su texto «Analyse structurale du récit» (Análisis estructural del relato), *Communications* 8 (1966), Barthes se apodera de los recursos de análisis de la lingüística y la narratología de principios de siglo XX para desarrollar su propia teoría del relato de base lingüística y translingüística. La base lingüística es el concepto de oración: «Como es sabido, la lingüística se detiene en la oración: es la última unidad de la que considera que tiene derecho a ocuparse».

La base translingüística empieza con el concepto de discurso: «más allá de la oración», «el relato no es una simple suma de proposiciones»:

«La lingüística proporciona, desde el inicio, al análisis estructural del relato un concepto decisivo, porque, al dar cuenta de aquello que es esencial en todo sistema de sentido, a saber, su organización permite a la vez enunciar que el relato no es una simple suma de proposiciones, y clasificar la masa enorme de

elementos que entran en la composición de un relato. Tal concepto es el del nivel de descripción».

Pero sobre todo, la perspectiva translinguística está dada por los conceptos de funciones del relato que Barthes toma de la narratología de Vladimir Propp y de Claude Bremond, que amplía «de una manera mucho más detallada», como se observa en la distinción entre funciones distribucionales y funciones integrativas:

«De ahí que, desde el comienzo, haya dos grandes clases de funciones, distribucionales las unas, integrativas las otras. Las primeras corresponden a las funciones de Propp, recogidas en especial por Bremond, pero que consideramos aquí de una manera infinitamente más detallada que estos autores.

»Las funciones distribucionales sorprenden a la historia: "Desde los formalismos rusos se constituye en unidad todo segmento de la historia que se presente como el término de una correlación".

»Las funciones integrativas corresponden a los personajes y al ambiente:

»La segunda gran clase de unidades, de naturaleza integrativa, comprende todos los "indicios" (en el sentido más general de la palabra), y la unidad remite entonces no a un acto complementario y consecuente, sino a un concepto más difuso, necesario; sin embargo, para el sentido de la historia: indicios caracterológicos referentes a los personajes, informaciones relativas a su identidad, notaciones de "atmósfera", etcétera».

En fin de cuentas, la semiología de Barthes es una hermenéutica que le permitió intentar descifrar los discursos sociales de su época, lingüísticos y no lingüísticos, guiado por el ideal de construir una ciencia de la sociedad y de la cultura, propósito común a otros semióticos como Peirce y Morris, quienes erigieron sus respectivos proyectos como ciencia de ciencias.

Algunos conceptos se repiten en la semiótica de Barthes: texto, discurso, semas, código.

En el estudio de la lengua y la literatura, de la moda, de la publicidad, él procede por dualismos: lengua y habla, significado y significante, sintagma y sistema, denotación y connotación, expresión y comunicación, etc.

Louis-Jean Calvet (1973) erige un prontuario del léxico barthesiano en el que destaca términos como: archivestema, artrología, clases conmutativas, código, deíctico, doxa, isología, lexia, shifter, translingüística.

Definitivamente, la base lingüista de esa semiótica se impuso sobre cualquier otra orientación. Todos los objetos semiológicos estudiados se orientan por esa perspectiva. El mensaje publicitario es sometido a la lógica lingüística en la perspectiva de las funciones de la comunicación de Roman Jakobson, como se muestra en el ensayo "El mensaje publicitario" (1963):

«Toda publicidad es un mensaje: en efecto, comporta una fuente de emisión, que es la firma a la que pertenece el producto lanzado (y alabado); un punto de recepción, que es el público, y un canal de transmisión, que es lo que se denomina el soporte publicitario; y, como la ciencia de los mensajes está de actualidad, es posible intentar aplicar al mensaje publicitario un método de análisis que nos ha llegado (hace muy poco) de la lingüística. Para ello hay que adoptar una posición inmanente al objeto que se desea estudiar, es decir, abandonar de manera voluntaria toda observación referente a la emisión o recepción del mensaje, para colocarse en el nivel del mensaje mismo, semánticamente, es decir, desde el punto de vista de la comunicación: ¿cómo está constituido un texto publicitario (la cuestión tiene validez también para la imagen, pero es mucho más difícil de resolver)?».

El análisis semántico consiste en identificar y explicar cómo convergen y funcionan en la publicidad los mensajes denotativo y connotativo.

En el ensayo «Semántica de los objetos», Barthes incursiona en diferentes orientaciones y disciplinas, pero el fundamento es la lingüística, y un poco la lógica en la búsqueda de la significación. Se pregunta: «¿Cuándo se produce esta especie de semantización del objeto? ¿Cuándo comienza la semantización del objeto?».

En la búsqueda del sentido también recurre a la historia, a la antropología, a Lévi-Strauss:

«Todos los objetos que forman parte de una sociedad tienen un sentido; para encontrar objetos privados de sentido habría que imaginar objetos enteramente improvisados; pero a decir verdad, tales objetos no se encuentran; una página célebre de Claude Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje* nos dice que el bricolaje, la invención de un objeto por un aficionado, es en sí misma búsqueda e imposición de un sentido al objeto».

Sin embargo, el esquema saussureano del signo lingüístico es el criterio fundamental del análisis: significado-significante, dos caras que Barthes explora en todos los objetos. Una semántica remite a una sintaxis:

«La sintaxis de los objetos es evidentemente una sintaxis muy elemental. Cuando colocamos juntos varios objetos es imposible atribuirles coordinaciones tan complicadas como las que se atribuyen en el lenguaje humano. En realidad, los objetos —sean los objetos de la imagen o los objetos reales de una obra teatral o de una calle— están ligados por una única forma de conexión, que es la parataxis, es decir, la yuxtaposición pura y simple de elementos».

Los aportes de Barthes a la ciencia de los signos son memorables. Su semiótica contribuyó más que ningún otro esfuerzo intelectual de su época al conocimiento de un metalenguaje que con el tiempo se constituyó en doxa académica y en referencia obligada.

Pero sus aportes no se limitan a un saber técnico; son un caudal de valores múltiples. Su obra perdura porque Barthes fue un escritor, un pensador y un académico que desde su aventura semiológica auscultó el ser cultural de toda la humanidad.

Barthes es el mayor representante de la semiótica en Francia en el siglo XX.

Trimestre abril-junio de 1979

4 de abril

Algirdas Julien Greimas

Pensando, quizá, en que Barthes era ya la vaca sagrada de la semiología y la semiótica en Francia, comenzó el profesor Gauthier la presentación del autor del día: en la actualidad Greimas es la figura más descollante de la semiótica en este país. Es el semiótico puro y duro, sin pizca de semiología.

Es autor de obras fundamentales de semiótica textual: Sémantique structurale: Recherche de méthode (1966), Maupassant, la sémiotique du texte: exercices pratiques (1976), Sémiotique et sciences sociales (1976).

Desde que el profesor hizo la introducción de sus obras y las asignó de tarea para que todos reseñáramos el perfil de su semiótica, Greimas (1917-1992) suscitó debates apasionados en el seminario debido a las informaciones que recién conocíamos y a someros conocimientos que algunos poseíamos acerca de ese autor.

Unos se declararon greimasianos, al considerarlo «como primer cabeza de la Escuela de Semiótica de París»; otros,

antigreimasianos, al reprocharle la marcada orientación estructuralista en sus trabajos.

En cuanto a mí, no tomé partido. Me sentí perplejo y aturdido. Es la actitud que siempre he tenido ante ese autor.

Ahora, en La Biblioteca, deslizando la mirada por los rayones y las anotaciones a lápiz en las márgenes de las páginas, reconstruyo las imágenes de ese excepcional semiótico en mi pasado académico. Trato de averiguar mis deudas intelectuales hacia él desde cuando llegué a Francia, inicié mis estudios y fui descubriéndolo.

Entonces, la primera imagen que me hice fue la del académico admirable. En el seminario, desde el primer contacto con la obra suya más visitada por los aprendices de semiótica, *Semántica estructural*, me di cuenta de que estaba ante el prototipo del especialista descarnado de la semiótica estructuralista.

Me impresionaba la rigurosidad y formalidad de sus análisis, propias del técnico seco en un área del conocimiento. Eso me gustaba, y aún me gusta, de la producción de Greimas.

Pero eso también provocaba en mí un cierto rechazo hacia su enfoque; hacia la manera de tratar la lengua y la literatura.

Esa ambigüedad con respecto a Greimas se tradujo en una distancia admirativa y prudente. Una cosa era segura: no lo quería como profesor o asesor en la tesis de maestría ni a la hora de pensar en el doctorado.

Mi vocación de escritor y mi inclinación perseguían un enfoque translingüístico y humanístico en las ciencias del lenguaje, no concuerdan con el apabullante formalismo y el estructuralismo de ese autor.

No obstante, había que estudiarlo. Y así lo hicimos en el seminario, pues era el especialista apropiado para adquirir algunos aprendizajes en el manejo del texto.

En los estudios literarios y lingüísticos sus producciones eran materiales de referencia obligados. Eso tenía de bueno el estructuralismo manejado por verdaderos estructuralistas. Así que, ni modo, en el proceso de mi formación, aunque no tomé clases con Greimas, tuve que estudiar sus obras y aplicarlas en los análisis. Si quería aprender, y era lo que yo buscaba, tenía que tomar el toro por los cuernos y someterme al crisol de autores como él.

Luego de estudiarlo y familiarizarme un poco más con su obra y con la hermética terminología que emplea tuve otra imagen acerca de él. Su manejo no me fue fácil, pero la aparente aridez se fue disipando.

No puedo decir que Greimas me provocaba entusiasmo y seducción, pero me sentí menos presionado ante sus estudios y hasta experimenté holgura y satisfacción. Quizás porque me complacían y aún me complacen los estudios y los profesores difíciles.

Sin embargo, es importante señalar que Greimas no era un estructuralista tan bárbaro como yo me creía. Era un erudito y un hombre que por su origen y sus estudios encarnaba el investigador abierto a diferentes culturas.

Ahora, ¿qué tipo de semiótica es la de Greimas? Es una pregunta que me hago a mí mismo mientras en La Biblioteca hojeo sus obras donde reconozco las marcas de mi lectura inscritas en ellas años atrás desde la época del seminario.

No solo se dedicó a la semiótica estructuralista. Era un brillante lingüista graduado en Francia; un estudioso de las leyes, con su primera profesión realizada en Lituania, su país natal: tuvo inclinación por la antropología y en esa disciplina elaboró trabajos sobre la mitología lituana a partir de las orientaciones de los antropólogos franceses Georges Dumézil, Claude Lévi-Strauss y Marcel Detienne.

En los trabajos de ese autor la lingüística es la perspectiva dominante. Pero también están presentes otras ciencias del lenguaje y disciplinas conexas en forma austera, económica, sin la elocuencia de Barthes. Greimas no pertenece a la tradición lingüística pura y simple. Es un autor versado en diferentes ciencias y dominios de aplicación: leyes, lingüística, literatura, antropología.

Su semiótica consiste en el estudio de las organizaciones discursivas de la significación a través del análisis de la estructura semántica y la estructura sintáctica del discurso en diferentes tipos o manifestaciones.

Para Greimas la praxis semiótica busca aprehender el hacer lingüístico. Como Barthes incursionó en varias disciplinas y campos de aplicación y, sobre todo, fundó su semiótica en el espacio del discurso, a partir de una reflexión acerca de la dicotomía lengua/habla, heredada de Ferdinand de Saussure.

En esa dicotomía, el tema teórico que sirve de punto de partida a su semiótica son el discurso y el sujeto. Recupera una idea de Benveniste, el discurso es «la lengua en tanto que asumida por el hombre que habla» para derivar el concepto de actante, base de su semiótica.

Greimas interpretó y reformuló lo dicho por Benveniste en relación con el sujeto hablante, al reducir ese concepto al sujeto gramatical, al sujeto sintáctico, y ahí quedó anclada su semiótica. Su idea era evitar que la noción de sujeto implícita en la expresión «el hombre que habla», que es el sujeto hablante, no se orientara hacia un sujeto ontológico o un sujeto psicológico.

Es una semiótica actancial que, en principio, funciona en el espacio del discurso. Pero el discurso es una estructura gramatical, sintáctica. En ese esquema es preciso distinguir y examinar por separado los componentes taxonómicos y sintácticos del hacer lingüístico.

Desde ese enfoque sintáctico, la semiótica de Greimas es estrictamente estructuralista. Como en lingüística, el estructuralismo consiste en establecer las unidades y los constituyentes inmediatos de las unidades y las relaciones de jerarquización y sustitución, a lo interno del sistema.

En esa semiótica se produce así, una reducción del sujeto hablante a la noción de sujeto gramatical, sujeto sintáctico, que se concreta en los actantes. Para Greimas, sin la elaboración de una minuciosa taxonomía semántica y sintáctica no es posible el hacer lingüístico ni semiótico.

Destinador y destinatario son conceptos básicos del análisis semiótico greimasiano, los cuales Greimas aplica a diversos campos: discurso científico, ciencias sociales, discurso jurídico, análisis de relatos, cuentos y novelas, estructura de los personajes.

El autor distingue dos planos o niveles de análisis. Por un lado, las operaciones de selección o los paradigmas, que conciernen a la semántica, en particular los nombres. Aquí la tarea que se propone el semiótico es establecer las taxonomías apropiadas, las que dan lugar al hacer semiótico, a los objetos semióticos. Es lo que él realiza en su obra *Semántica estructural*, en la que se describe el sistema sémico, al distinguir categorías como semas, sememas, lexemas, clasemas.

En esa misma obra se concreta la descripción del segundo plano del análisis semiótico, el plano sintagmático, comandado por los modelos actanciales, que el autor elabora recuperando los aportes de los estudios sobre el mito de Georges Dumézil, la teoría de las funciones y los actantes del relato de Vladimir Propp y la teoría de las situaciones dramáticas de Étienne Souriau.

La semiótica de Greimas se centra en la delimitación de las unidades semánticas señaladas y en la realización del esquema actancial de un texto. En sus trabajos se propone describir la estructura actancial del discurso científico y del discurso jurídico.

La metodología taxonómica es la tumba y el cielo de la semiótica greimasiana, su fuerza y su debilidad.

Sin embargo, los aportes de Greimas al conocimiento de la lengua y de la literatura son innegables. No se limitan a las taxonomías. Desde su perspectiva estructuralista, profundizó como nadie en el análisis semántico y semiótico de los discursos. No solo fue un teórico, sino un riguroso practicante de su teoría.

Entre sus trabajos de aplicación quisiera destacar su obra Maupassant, la sémiotique du texte: exercices pratiques

(Maupasant. Semiótica del texto: ejercicios prácticos). Y ahí, el ejercicio de análisis semiótico realizado al cuento «Dos amigos», de Guy Maupasant es, a mi entender, el mejor logrado.

Ese estudio, fiel a la tradición del análisis del relato de Propp, Dumézil y Lévi-Strauss, permitió al autor poner en práctica sus premisas estructuralistas en los planos semánticos y sintácticos. En definitiva, trabajos como ese me enseñaron a ver un texto como un objeto observable y analizarlo en sus partes y elementos constituyentes.

Desde luego, semejante modelo no bastaba, sobre todo aplicado a un texto literario. Pero aun así, si queríamos aprender diversas perspectivas analíticas había que adquirir un tipo de destreza de corte greimasiano, incluso cuando después nos propusiéramos trascender ese tratamiento.

Es mi doble situación con respecto a la semiótica de Greimas. Me unen a ella algunas prácticas de manejo del texto; me separan sus excesivos formalismo y estructuralismo.

◆0◆

11 de abril

Julia Kristeva

Mientras esperamos la llegada del profesor, en el aula me he puesto en el asunto del nombre de mi hija. En esa búsqueda, estoy imbuido de la materia del seminario: los signos.

Me veo inmerso en una especie de semiótica de los nombres propios femeninos. Así, el nombre Julia, el de la autora que hoy estudiamos, me ha dado ideas acerca de cuál podría ser el de mi hija.

Julia es uno de esos nombres sin frontera. Hay Julia en todas las lenguas, países y culturas. Y dondequiera se escribe y se dice más o menos igual.

Siguiendo el patrón de Julia, hay muchos nombres que se escriben y pronuncian de manera semejante en español y en francés. Es lo que me he propuesto. Es el deseo que he comunicado a mi mujer, y en eso no he cambiado un ápice.

Porque los amigos Carlos y Nicole, a quienes he pedido ayuda, opinan que poner el nombre a un hijo no amerita tanto esfuerzo ni tanta ciencia. Es un asunto personal, dicen, que bastaría con consultar la íntima convicción. Solo se necesitaría de un poco de emoción y buen gusto.

Si no, ahí están los padres y los abuelos que nos proveen de los nombres y los apellidos siguiendo la tradición de la familia. Cuando no, se abren las páginas del santoral o un almanaque, y ya está.

Pero yo no. Y no para mi hija. Ella es especial.

Prefiero el reproche que ellos me lanzan. En un asunto tan común y trivial me he complicado la vida, contagiado con el formalismo que suelen exhibir algunos estudiosos de los signos. En este caso, de los nombres propios.

Y en realidad, a lo mejor tienen razón, el asunto se me ha hecho difícil. Ha sido una engorrosa tarea, cuando debió ser agradable, placentera.

Hubiese sido más fácil si mi búsqueda se hubiera encaminado hacia los nombres masculinos. Pero el hecho es que seré padre de una niña.

Hay nombres masculinos franceses muy conocidos que suenan bien en español, como si fueran de procedencia francohispana: Victor (Hugo), René (Descartes) y Napoleón (Bonaparte). Y también, pero en menor medida: Noel, Olivier y Simón, entre otros.

Tengo bajo la mirilla un bello ramillete de nombres femeninos que podrían cumplir con el requisito de la homofonía en español y francés: Isabelle, Jacqueline, Marie, Simone, Mireille. Nadine, Nicole, Odette, Sophie, Yvonne, Ninon, Anne, Carole, Cécile, Marion, Thérèse, Valérie, Véronique, Margot, Viviane, Vivien, Violette, Hélène, Dominique... No me he decidido por ninguno. No los encuentro tan apropiados como Victor, René y Napoleón.

He apartado cuatro, que para mi gusto y según el criterio establecido, me parecen los mejores: Ninon, Yvonne, Marion y Margot. Pero debo interrumpir abruptamente este ejercicio de semiótica del nombre porque el profesor ya llegó y lleva algún rato hablando de la autora invitada, Julia Kristeva, de origen búlgaro (1941).

La Biblioteca guarda el testimonio de mi devoción hacia esa autora, de cuyos trabajos, cursos y reflexiones fui un fiel seguidor. El profesor fue un gran motivador de mi inclinación kristeviana, si así pudiera decirse. Fue determinante la ponderación que hizo de ella ese día que nos tocó estudiarla en el seminario.

Nos la presentó como la autora de renombre más joven de la Escuela Semiótica de París. Se le reconocen las influencias, pero sin desmedro de su originalidad, de grandes maestros: Claude Lévi-Strauss, Roland Barthes, Michel Foucault, Sigmund Freud.

Se ha destacado por su propio estilo entre los más notables exponentes de las ciencias humanas y sociales. Es filósofa, lingüista, psicoanalista y escritora. Ha participado en los debates de la crítica francesa de los años sesenta que se dieron desde la revista *Tel Quel*.

En un estante de La Biblioteca descubro de vecinos a otros destacados autores y profesores, dos obras que en la década de 1960 catapultaron a Kristeva: *Le Langage, cet inconnu. Une initiation à la linguistique y Recherches pour une sémanalyse.*

Me doy a la tarea de recorrer sus páginas, sintiendo el apogeo de su cátedra en la Universidad Jussieu de aquellos años en los que ella se destacaba como una forjadora esencial de las ciencias del lenguaje en Francia.

Durante mi formación en ese país, la obra de Kristeva despertaba fascinación entre quienes como yo se iniciaban en el caudaloso mundo de los estudios universitarios y vivíamos atentos a las publicaciones cada vez más numerosas.

Ella era excepcional por la contestación del *statu quo* del saber estructuralista de que la época hacía gala. Por eso empecé a leerla con sed, con hambre de novedad. En cada lectura sus textos renuevan mis ideas y me despiertan el placer de continuar leyéndola.

Kristeva representa la semiótica de la mala conciencia. Es muy crítica con respecto a la tradición de los estudios del signo.

Trabaja en el campo de la semiótica, pero expresa un gran malestar en su visión de esa disciplina. A propósito, su obra delata cierta indefinición. En ese sentido, practica una semiótica diluida y confundida con otras vocaciones: filosofía, psicoanálisis, literatura y feminismo.

En esa contestación del signo lingüístico, Kristeva se apoya en Barthes. Se acerca a él, pero lo rebasa en el tema de la relación entre la semiótica y la lingüística. La revolución de Barthes consistió en afirmar que la semiótica formaba parte de la lingüística al invertir el criterio de Saussure, para quien la lingüística forma parte de la semiótica.

Sin embargo, Kristeva se aparta de ese razonamiento. Ella se propone crear una nueva semiótica ajena a la teoría saussureana del signo y distanciada del cerrado sistema lingüístico.

Esa búsqueda está presente en todos sus escritos, en especial en *Recherches pour une sémanalyse* (1969) (Investigaciones para un semaanálisis). Ahí ella sintetiza los fundamentos de su semiótica. Para su construcción, lo primero que se propone es destruir, teóricamente, la teoría del signo de Ferdinand de Saussure: la relación entre significante y significado.

Dos conceptos definen la semiótica de esa autora: semanálisis y translingüística. En el semaanálisis de Kristeva la presencia del sujeto abre otra escena de significancia en el sistema de signos, mediante la cual se oblitera y desarticula su estructura.

El semaanálisis se ocupa de la significancia, en sustitución de la significación, concepto usado por Barthes y Greimas. Significancia es un término propio de la lingüística de Benveniste.

El semaanálisis se trata del estudio de las prácticas translingüísticas de una función, en lugar de las unidades en relación, como son las unidades lingüísticas, propiamente sintácticas. Más que de signo, más que de una semiótica, para esa autora se debe hablar de una translingüística construida sobre operaciones suprasegmentales.

El enfoque translingüístico parte de una unidad superior, por mucho, a la palabra: el texto. Pero, ¿de cuál tipo de texto se trata? Este es irreductible a un enunciado. Eso es conocido; es lo que plantean muchos autores que se inscriben en la lingüística del discurso, en sus múltiples variantes.

Pero la semiótica de Kristeva no se limita al texto lingüístico. Ella plantea que el texto es un funcionamiento translingüístico. Y el estudio del texto exige un punto de vista fuera de la lengua como sistema comunicativo, y un análisis de relaciones textuales a través de la lengua.

Es decir, el texto es un concepto que no se limita a la lengua, pero su estudio ha de hacerse desde la perspectiva lingüística.

En fin, esa semiótica se propone estudiar como texto todos los sistemas llamados retóricos: las artes, la literatura, el inconsciente.

«Se puede estudiar como texto todos los sistemas dichos retóricos: las artes, la literatura, el inconsciente. Vistos como texto ellos obtienen su autonomía en relación con la comunicación fonética y revelan una productividad transformadora. Lo que aquí llamamos texto se aproxima a lo que los semióticos soviéticos llaman "sistema modelante secundario" o "una aproximación semiótica del mundo"».

Y no solo esos tipos, sino todas las manifestaciones del lenguaje, noción que la autora amplía más allá de los linderos lingüísticos en *Le Langage*, *cet inconnu. Une initiation à la linguistique* (1969) (El lenguaje, este desconocido).

Esa es una obra capital. Ahí Kristeva hace grandes aportes a la semiótica y la lingüística. Revisa los enfoques de las lingüísticas en diversas culturas (egipcia, china, india, fenicia, hebrea, etc.,) y

plantea las limitaciones de la lingüística saussureana y en general occidental.

En consecuencia, con apoyo en el psicoanálisis contesta la visión de la lengua como estudio del sistema cerrado de la lengua, propone una nueva lingüística y, por tanto, una nueva semiótica, centrada en el sujeto y el discurso.

«Pues, fuera de la lingüística, el estudio psicoanalítico de la relación del sujeto a su discurso ha indicado que no se podría tratar el lenguaje —tan sistemático como pudiera parecer el lenguaje— sin tomar en cuenta su sujeto. La lengua-sistema no existe fuera del habla, la lengua es ante todo discurso».

Desde esa visión de la lengua inseparable del sujeto y del discurso, Kristeva busca elaborar una semiótica unida al psicoanálisis, al estudio del discurso del inconsciente analizado por Freud y Lacan; al estudio de la práctica de otros lenguajes: el gesto, la música, la pintura, la fotografía, el cine, incluida la zoosemiótica, o lenguaje de los animales.

Su propuesta se extiende a una semiótica que: «...tendrá en cuenta el sujeto, la diversidad de modos de significación, de las transformaciones históricas de esos modos, para refundirse en una teoría general de la significación».

En esa ampliación del objeto-lenguaje consiste el proyecto de una semiótica translingüística y semaanalítica de esta autora, la cual se apoya en la noción del texto plural, integrador de todas las prácticas del lenguaje.

Ella desarrolla esa semiótica en obras posteriores, como en *La revolución del lenguaje poético* (1974), en la que analiza textos de Lautreamont y Mallarmé desde la perspectiva de una semiótica simbólica.

La obra *Pouvoirs de l'horreur. Essai sur l'abjection* (1980) (Poderes del horror) representa otra aplicación fundamental de la semiótica translingüística. Aquí Kristeva analiza la semiótica del horror como abyección: dolor, suciedad, podredumbre, decadencia, muerte, en varios autores: Dostoievski, Proust, Celina.

En un capítulo fundamental de esa obra «La semiótica de la abominación bíblica», la autora se plantea una reinterpretación de la distinción puro/impuro en el texto bíblico.

Entender a cabalidad la semiótica de Kristeva implica situarla en relación con las conceptualizaciones de Mijaíl Bajtín. En su teoría sobre el signo hay una evidente influencia de ese autor. Su denuncia del signo saussureano es a la clara bajtiniano.

Para Bajtín ese signo es un ideologema extraído del discurso filosófico racionalista de Descartes y del discurso científico positivista de Augusto Compte. En términos parecidos afirma Kristeva:

«Si la teoría saussureana aparece como una simbiosis de Descartes y de Augusto Compte, contestar los fundamentos del signo equivale a una contestación de todo pensamiento alienado de la práctica y, en el límite, de toda filosofía y de toda ciencia».

Ese signo, el lingüístico, es válido solo para la comunicación auditiva, verbal. Kristeva sostiene que hay que distinguir el signo que funda la lengua y la comunicación lingüística de la práctica suprasegmental que funda la práctica translingüística.

De igual modo procede de Bajtín la orientación denominada translingüística esbozada por ese autor ruso como alternativa a la lingüística de Saussure. En Kristeva, la translingüística es la negación del fundamento del signo lingüístico como signo lógico y de carga ideológica que comporta: metafísica, positivismo, etc.

Kristeva elabora su semiótica basada en ese concepto, a la que califica como translingüística y transcomunicativa. Es una semiótica que se apoya no solo en la lengua sino en una práctica transsimbólica en la que confluyen diversos tipos de comunicación. Entre otros tantos tipos, la comunicación lingüística es uno más, desde luego, el fundamental.

Estos tres términos definen la semiótica de Kristeva: translingüística, transcomunicativa y transsimbólica.

Con base en esa caracterización es posible indagar similitudes y diferencias entre esa semiótica y los demás proyectos semióticos de la Escuela de París, en particular con las semióticas de Barthes y Greimas.

Un elemento los une: los tres autores son grandes exponentes de la semiótica francesa, llámese o no Escuela de París, a partir de la década del cincuenta. Ellos también tuvieron como punto de partida la lingüística saussureana, que todos buscaron reinterpretar y acomodar a sus respectivos proyectos semióticos.

A excepción de esos aspectos generales, entre los elementos específicos reseñados con anterioridad existen notables diferencias. Sin embargo, urge plantearse una distinción básica entre las tres semióticas. La semiótica de Greimas es la más estructuralista. Y, en el mismo sentido, ese autor es el más semiótico; es quien más practica la ortodoxia del signo lingüístico.

Barthes es más estructuralista y semiótico que Kristeva, pero menos que Greimas. Su semiótica se inscribe en la heterodoxia del signo lingüístico, que perturba con los aportes de la filosofía, la crítica literaria y otras disciplinas.

Kristeva es menos estructuralista y semiótica que Barthes y Greimas. Trata de subvertir el signo lingüístico, pero al plantearse seguir en el rumbo de la semiótica, aun sea con el enfoque de una semiótica translingüística, en cierta medida sigue siendo estructuralista.

En conclusión, quizás no se debería dictaminar acerca de quién es más o menos estructuralista, sino más bien declarar que todos son estructuralistas y semióticos de diferentes maneras.

En particular, con respecto a Kristeva habría que afirmar que todas las corrientes posestructuralistas son, cada una a su manera, corrientes antisemióticas. Y esa autora lo es, al fin y al cabo, a su manera.

◆0◆

18 de abril

Gérard Genette

Puse particular interés a la breve presentación del profesor Gauthier: «Gérard Genette (1930-2018) es un autor fundamental en la ancha franja de los estudios del lenguaje, sobre todo en tres dominios: la poética, la retórica y el espacio del texto en sus múltiples relaciones... Leer y aprehender el inmenso mundo de conocimientos, ideas, referencias e imágenes plasmado por Genette en sus obras es una tarea ímproba...».

Al dar inicio al estudio del autor del día, el profesor solía reflejar convicción y entusiasmo, pero esta vez sus palabras se llenaban de energía y ganas. Bolígrafo en mano agucé los oídos presto a no perderme nada importante.

Desde ese día en que en la clase sonó el nombre Genette he sido un asiduo lector de sus trabajos. Ese nombre causó gran alegría entre los estudiantes del seminario. Nos disputábamos la tarea de leer y exponer sus obras.

El profesor hizo una primera distribución en cuatro grupos formados por tres estudiantes, pero luego tuvo que formar dos grupos más para permitir la participación de todos, los 18 estudiantes que aún quedábamos, y así abarcar todas las obras del autor.

Carlos, Nicole y yo no perdimos la oportunidad, solicitamos la asignación de la obra *Mimologiques: voyage en Cratylie* (1976). Formábamos equipo para los trabajos grupales. Éramos amigos y compartíamos en igual grado el interés por los estudios. Nos compenetrábamos bien.

Ese fue mi primer acercamiento a ese autor. Durante mi formación en Francia fui un ávido estudioso de sus trabajos y desde entonces lo consulto con asiduidad. He esparcido su saber en varias de mis producciones.

Es un autor a quien debo mucho en mi formación. No solo yo. ¡Cuántos no se han beneficiado de los grandes aportes a la retórica y la poética de ese original artífice de la reconceptualización del texto!

Su obra ha sido un referente esencial en mi labor académica y literaria. En mi tesis de maestría su impronta es evidente.

En la Francia de aquella época, Genette era de capital importancia en la elaboración y divulgación de saberes humanísticos desde una visión translingüística. Es un especialista culto y erudito de las ciencias del lenguaje, para quien no existe conocimiento alguno en esas áreas que no haya escudriñado.

Era un hacedor de filigranas con los estudios literarios y lingüísticos; un orfebre de la palabra y el pensamiento especializados, pero a la vez universal, tradicional y moderno.

Él había ido construyendo una densa obra de la manera como se construye el enorme andamiaje de un sólido y duradero edificio: detalle tras detalle de lectura, escritura y reflexión original. Su producción, articulada en un conjunto coherente abarca un gran espectro de conocimientos y de perspectivas.

En *Figuras I* encuentro el texto «Espace et lenguaje» (Espacio y lenguaje), que años antes había resaltado en amarillo y que ahora, en esta relectura, es cuando descubro que, en verdad, ahí está la clave de todas las obras de Genette.

El título del ensayo, «Espacio y lenguaje», contiene el concepto más abarcador y significativo de esa obra. «Existe un espacio contemporáneo», dice. El espacio del lenguaje es el espacio humano.

Leyendo la obra de Georges Matoré, *Espacio humano*, Genette afirma: «Esta tesis implica de hecho dos o tres hipótesis: primero, el lenguaje, el pensamiento, el arte contemporáneo son especializados...; luego, el espacio de las representaciones es uno...; en fin, esta unidad se funda...».

Nosotros interpretamos, más bien parafraseamos, las palabras que siguen a los puntos suspensivos: el lenguaje es el espacio del hombre angustiado de hoy que trata de «asegurarse proyectando su pensamiento sobre las cosas, construyendo planos y figuras»

El espacio del hombre de hoy es para Genette un «espacio-refugio» que le permite vivir, construido de representaciones y de figuras ante la ansiedad, la angustia, la náusea.

Ahí no solo habla el semiótico y el lingüista estructuralista. Ahí está el filósofo, el filósofo del lenguaje, y Genette lo sabe.

El texto «Frontieres du recit» (Fronteras del relato), plantado en la obra *Figures II*, nos remite, como toda la obra de Genette, a las poéticas de Platón y Aristóteles; esta vez mediante el replanteamiento de temas clásicos como diégesis (relato), mimesis (imitación) y lexis (discurso o manera de decir, en oposición a logos, lo dicho).

El gran hallazgo, luego de esa larga historia, es esta novísima afirmación de Genette: el acto narrativo es singular, artificial y problemático:

«Definir positivamente el relato, es acreditar, quizás de manera peligrosa, la idea o el sentimiento de que el relato va de sí, que nada es tan natural que contar una historia o una epopeya, una novela. En contra de ese criterio, la evolución de la literatura y de la conciencia literaria desde hace medio siglo habrá tenido, entre otras felices consecuencias, la de atraer la atención sobre el aspecto singular, artificial y problemático del acto narrativo».

El acto narrativo, marca la conciencia literaria de la modernidad, condensado en esta expresión "La marquise sortit a cinq heures", que produjo gran estupor a Paul Valéry, según refiere André Breton en el primer manifiesto del surrealismo:

«Paul Valéry proponía reunir en antología a un número lo más grande posible de inicios de novelas de cuya insensatez él esperaba mucho..., él se negaba a inscribir "La marquesa salió a las cinco"».

Esa reflexión sobre el relato conduce, en ese texto de Genette, a otra, para mí, maravillosa: la frontera del relato se aleja cada vez más de los contornos marcados por Platón y Aristóteles a través de los binomios conceptuales: diégesis y mimesis, narración y descripción, relato y discurso.

La observación de la producción novelesca de autores como Hemingway, Sartre, Camus, Robbe Grillet, le produce esta corrosiva conclusión sobre el relato moderno: la tendencia es hacia la liquidación de la representación mediante el relato como discurso, como acto de escritura. En ese sentido es fundamental la afirmación de Genette:

«Todo se pasa como si la literatura hubiese agotado o desbordado los recursos de su modo representativo, y quisiera replegarse sobre el murmullo indefinido de su propio discurso. A la vez, la novela, después de la poesía, saldrá definitivamente de la edad de la representación».

La materia de la obra *Mimologiques: Voyage en Cratyle* (Mimológicas: Viaje hacia Crátilo) es en primer término el origen; luego, el polémico tema de la función mimética del lenguaje y de las lenguas.

Desde la perspectiva translingüística de sus estudios, un día Genette quiso volver sobre las huellas del *Crátilo* y reabrir el antiguo y esencial debate planteado por Platón: la justeza o no de los nombres asignados a las cosas, sobre todo de los nombres propios.

He ahí desde Platón antiguos rumbos y viejas querellas que acompañan la reflexión lingüística, semiótica y poética; esta vez replanteados por este autor con base en un sinnúmero de lecturas de autores de siglos posteriores, muchos de ellos considerados como pertenecientes a la época precientífica del estudio de la lengua, pero también de los tiempos modernos.

La originalidad de este estudio de Genette está en el hecho de desafiar la racionalidad de la modernidad lingüística mediante la cual el tema del origen y la motivación fueron convertidos en tabú. El primero, cuando desde la perspectiva sincrónica se asignó a la lingüística la tarea principal de la descripción de las lenguas; el segundo, cuando en la relación entre significado y

significante se postuló el principio de la arbitrariedad como el más importante de la lingüística saussureana.

La apertura que significa este texto de Genette en la visión del lenguaje es también un retorno al concepto de la expresividad, concentrado en la onomatopeya y en múltiples formas no necesariamente significativas en el funcionamiento del lenguaje, de la comunicación y, sobre todo, de la literatura.

He aquí intuido e interpretado, más bien que expresado y comunicado, el pensamiento translingüístico que Genette recrea en esta obra cuando se apoya en múltiples referencias y ejemplos: todo acto semiótico, lingüístico y no lingüístico, implica una carga mimética importante y, por consiguiente, un pensamiento mimológico propio de la condición humana, presente desde los orígenes más remotos en su facultad representativa.

La función mimológica se pone de manifiesto de una forma muy clara en la comunicación y en las artes no lingüísticas en forma de: imágenes, figuras, señales, gestos, gritos, mímicas, etc.

En la lengua es innegable la presencia de la imagen, de la imitación y la motivación en los diferentes niveles: los sonidos, los fonemas, la voz, el alfabeto; la relación entre significado y significante en numerosas palabras; la relación de motivación entre determinados nombres y personas o las cosas que designan; las relaciones entre las ideas y las estructuras gramaticales en las oraciones; las figuras de todo tipo en los textos, como la función de las imágenes, la metáfora, la literatura.

En fin, todo tipo de discurso, en las diversas manifestaciones de la actividad comunicativa, como lo expresa Genette en estos dos ejemplos:

«Así, en *vini*, *vidi*, *vici* la sucesión de verbos imita la sucesión de las acciones sin que cada verbo imite cada acción, y en "El presidente y el ministro tomaron parte en la reunión", la sucesión de dos nombres sujetos imita la relación jerárquica entre las dos personas, que cada uno de ellos designa de manera puramente convencional».

En la obra *Introduction a l'architexte* son aspectos concretos, vale decir, técnicos, las categorías de modo de enunciación y género literario. Ambas se enmarcan en una poética denominada architexto por Genette.

Sin embargo, esa poética, o el architexto, encuentra su fundamento en una dimensión más amplia denominada transtextualidad, con lo cual, en específico, este autor se refiere a una pragmática de la trascendencia del texto. Eso implica el uso de la lengua, que para Bajtín y para Benveniste se concreta en el diálogo, un «yo» remite a un «tú», un locutor a un interlocutor.

Pero Genette no se interesa por la relación entre el autor y el lector. Ni siquiera por el texto en sí. Su búsqueda gira en torno a la red de relaciones que se genera en el eje del espacio textual. Su poética es una pragmática de las relaciones del texto con otro texto, tal como el autor afirma:

«Pero el hecho es que por el instante el texto no me interesa sino por su trascendencia textual, saber todo lo que lo pone en relación, manifiesta o secreta, con otros textos. Llamo a eso la transtextualidad y ahí englobo la intertextualidad... Ahí pongo también, bajo el término que se impone (sobre el modelo lenguaje/metalenguaje), de metatextualidad, la relación transtextual que une un comentario al texto que él comenta...».

«...Ahí coloco, además, otras suertes de relaciones...que bautizaré, a falta de algo mejor, paratextualidad (pero para mí es también la transtextualidad por excelencia)...Ahí pongo en fin (salvo omisión) esta relación de inclusión que une cada texto a los diversos tipos de discursos a los cuales corresponden. Ahí vienen los géneros, y sus determinaciones ya analizados: temáticas, modales, formales, y otras (?). Llamemos a eso, como algo natural, el architexto y architextualidad, o simplemente architextura.

»Llamemos pues architextualidad a la relación del texto con su architexto. Esa trascendencia es omnipresente...».

«Todas esas "disciplinas", pues, y algunas otras que faltan por inventar y romper a su vez —el todo formando y reformando la

poética, cuyo objeto, plantémoslo firmemente, no es el texto sino el architexto— pueden servir, a falta de algo mejor, para explorar esta trascendencia architextual o architextural».

Genette ama el prefijo trans y todo lo que esa noción implica: es una poética de la trascendencia, no en el sentido metafísico sino lenguajero, cultural y textual.

La búsqueda de la transversalidad es lo que define la poética architextual, inscrita en una teoría general de la transtextualidad, abarcadora, en todos los sentidos, hacia adentro y hacia afuera, hacia adelante y hacia atrás, del espacio del lenguaje y del texto. Así, el espacio textual, atravesado por relaciones infinitas, es la expresión del carácter «transhistórico y translingüístico de las situaciones pragmáticas».

El neologismo «architexto», que da título a la obra de Genette *Introduction à l'architexte* es una reinterpretación de la poética de los géneros literarios, que el autor reconstruye en ese texto en el que debate las posturas de Platón, Aristóteles, Horacio, Quintiliano en la Antigüedad; Francisco Cascales, Batteaux, Boileau en la época clásica; F. Schelegel, Goethe en la época romántica; y de autores más actuales como N. Frye y E. Staiger.

En ese recorrido, y es así como este autor procede, viajando de la tradición hacia la modernidad, armado de lecturas y conceptos, Genette desplaza el objeto de la poética tradicional sobre dos planos: la nombra architexto y le asigna como tarea, no el estudio de los géneros sino de los modos y situaciones de enunciación.

La prioridad dada a las categorías modo y situación de enunciación por oposición a la de géneros literarios ocupa la mayor parte de esa obra. Refiriéndose a Platón y Aristóteles afirma:

«No estamos todavía ante un sistema de géneros; el término más justo por designar esa categoría es sin duda el empleado por la traducción de Hardy, de modo que no se trata, hablando con propiedad, de "forma" en el sentido tradicional, como en la oposición entre verso y prosa, o entre diferentes tipos de versos; se trata de situaciones de enunciación…».

El relato no es un género, sino un modo de enunciación: «Hay modos, ejemplo, el relato; hay géneros, ejemplo, la novela; la relación de los géneros con los modos es compleja... Los géneros pueden atravesar los modos..., quizás como las obras atraviesan los géneros...».

Luego, reforzando su idea favorable a dar prioridad a los modos y a las situaciones, Genette recupera esta clasificación esbozada en 1973 por Klaus Hemppfer, la cual parte de las clases más vastas hacia las más restringidas: «De los modos de escritura, fundados sobre situaciones de enunciación, ejemplo, el narrativo y el dramático; hacia los tipos, que son las especificaciones de los modos, ejemplo, en el narrativo narración homodiegética (primera persona) y heterodiegética (tercera persona); hacia los géneros, que son las realizaciones concretas históricas (novela, cuento, epopeya, etc.); hacia los subgéneros, que son las especificaciones más estrechas e interior de los géneros, como la novela picaresca en el seno del género novela».

Se trata aquí de un sistema que, en principio, seduce a Genette (también a nosotros). Él lo explica: «en primer lugar porque él coloca en la cima de la pirámide la categoría de modo, a mis ojos, la más innegablemente universal en tanto que está fundada sobre el hecho transhistórico y translingüístico de las situaciones pragmáticas».

La obra *Palimsestes*. *La litterature en second degré* (Palimsestos La literatura en segundo grado) es la realización, varios años después, de una ingente empresa de una continuación, ampliación y revisión de *Introduction à l'architexte*. Esa obra es, aplicando la propia conceptualización de Genette, un ejercicio de hipertextualidad o de literatura en segundo grado, en relación con la que le sirvió de modelo.

Aquí el autor reitera, redefine y corrige su reflexión sobre el espacio textual, comenzando por la transtextualidad, concepto que implica el conjunto de las relaciones que se articulan en torno al texto.

Gracias a esa obra, hoy se cuenta con una poética remozada de los géneros literarios, fundamentada en esas relaciones, que además de redefinir los géneros centrales heredados de la poética de Aristóteles, indaga y hace emerger una amplia variedad de géneros secundarios o hipertextos, producidos mediante una operación mimológica o imitativa de las obras correspondientes a los géneros principales.

◆0◆

25 de abril

Claude Bremond

Entré en contacto con algunos trabajos de Bremond en el seminario. El profesor ponderó sus valiosos aportes a la semiótica del texto narrativo.

Ese autor era una referencia obligada en ese campo. En aquellos años, la orientación del análisis del relato era muy fuerte en Francia.

El ejemplo de Bremond enseña cómo el relato es un saber elaborado y desarrollado a través de una cadena de transmisión de una generación a otra. Es interesante ver cómo ese autor recupera los aportes de Joseph Bédier y de Vladimir Propp en el análisis del relato folclórico.

En Europa los estudios del texto narrativo se apoyaban en una larga tradición narrativa encarnada por los géneros del relato oral y folclórico, como los cantares de gesta y la fábula, y el relato literario moderno, como el cuento y la novela.

Asimismo, los especialistas del relato de otros tiempos habían abonado el camino a los especialistas de los años recientes. Bédier en Francia y Vladimir Propp en Rusia inspiraron a Bremond y a los demás semióticos del texto narrativo.

Bremond cita un texto de Bédier, quien declara:

«Un cuento es un organismo vivo y, como tal, está sometido para vivir a ciertas condiciones... Está constituido esencialmente por un conjunto de órganos que es imposible tocar a uno de ellos, ni siquiera a uno, sin matarlo».

Bremond se adhiere a este concepto organicista de Bédier sobre el relato:

«Esta forma orgánica, que define al cuento en su esencia, es simbolizada por Bédier en la letra griega omega (Ω) . Ω es el punto límite, el *non plus ultra* de la reducción del cuento. En cuanto a los rasgos contingentes que reagrupan los incidentes accesorios, los detalles de las costumbres, los rasgos del carácter, las expresiones ingeniosas, etc. Estos se representan por las letra latina a, b, c. Ω es la sustancia del cuento, a, b, c, son los accidentes».

Para Bremond, Bédier es solo un tramo en su búsqueda. Es un iniciador del método estructural, pero carente de método.

Ahí está la cadena en la que se inscribe Bremond: Bédier y Prop. Dice:

«Pero si Bédier afirma el carácter estructural del relato, la idea de un método de análisis de estructuras narrativas no le aflora: él no tiene idea de las dificultades de una tal empresa».

«Joseph Bédier, 1894, anuncia a Propp, pero no supera a Saussure».

Desde la traducción y publicación de la obra del ruso Vladimir Propp *Morfología del cuento*, los semiólogos se apropiaron del cuento folclórico. Guiado por esa corriente me propuse profundizar en la orientación del análisis del relato oral.

Las funciones narrativas descritas por Propp en ese tipo de cuentos eran novedosos hallazgos que dieron lugar a un sinnúmero de aplicaciones desde la perspectiva estructural.

La narratología se había convertido en una ciencia con pretensión de validez universal, al proponerse aportar al conocimiento y el entendimiento de las manifestaciones del relato oral en todas partes del mundo.

Bremond era director de estudio en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales y dirigía una cátedra en esa especialidad. Era uno de los especialistas más sobresalientes en el análisis estructural del relato oral tradicional, en la línea inaugurada por Propp.

Era considerado, junto con Greimas, como el mayor especialista en esa materia en Francia, luego de sus trabajos sobre el relato en la revista *Communications* de ese centro universitario y haber publicado su obra *Lógica del relato* en 1973. En la época, ese tipo de análisis había adquirido un gran prestigio en los estudios literarios, en antropología y en semiótica.

El texto «Le message narratif» (El mensaje narrativo) es fundamental en los trabajos de Bremond sobre el relato. Fue publicado en la revista *Communications* N.º 4 de 1964, y recogido como primer capítulo de su obra *Logique du recit* (Lógica del relato), publicada en 1973.

El autor ancla sus trabajos acerca del relato en su lectura de *Morfología del cuento*, de Vladimir Propp, autor que lo inspira y al que sigue en los planteamientos fundamentales, pero del que también se distancia en temas importantes, al tratar de replantear, desde el punto de vista de una semiología general, los problemas estructurales del relato.

Un primer asunto que Bremond aborda es el de los métodos tradicionales del análisis de contenido. Él se propone, desmarcándose de ese enfoque, un análisis formal de los cuentos orales, pero a la vez, extensivo a todo tipo de mensaje narrativo.

He ahí también una diferencia importante con Propp. Ese autor limitó sus análisis a determinados tipos de cuentos rusos, cuentos folclóricos, orales y maravillosos. Bremond, en cambio, buscaba universalizar la lógica del relato.

Sin embargo, en ese proyecto adopta como punto de partida el concepto de morfología tomado de la botánica y propuesto por Propp, autor a quien Bremond cita: «La palabra morfología designa el estudio de las formas. En botánica, la morfología es el estudio de los componentes de una planta, de las relaciones de una con otra y de las relaciones de las partes al conjunto. En otros términos, es el estudio de la estructura de una planta».

Propp inauguró una perspectiva estructuralista en el estudio morfológico del cuento tomando como modelo la biología y, en general, las ciencias naturales. Así procedió Bremond, al proponer un análisis formal y estructural del relato que elevaba a un nivel universal lo que para el autor ruso se limitaba a un tipo de cuento en su país y en su cultura.

Bremond se inspira de Propp, pero no es un repetidor. Profundiza e interpreta el análisis estructural de Propp basado en las funciones de los personajes de los cuentos orales rusos, y se propone generalizar ese funcionamiento a otras experiencias narrativas, al introducir algunas enmiendas a ese modelo, tal como lo afirma en el referido texto suyo:

«Debemos, pues, rearticular el esquema de Propp alrededor de unidades más pequeñas que la serie, pero más grande que la función».

Bremond contrapone la secuencia como unidad superior del cuento a la función de Propp, en la cual queda englobada esta última. Dice:

«En lugar de figurarse la estructura del relato bajo la forma de una cadena unilineal de términos que se suceden en un orden constante, nosotros la imaginamos como la yuxtaposición de un cierto número de secuencias que se superponen, se anudan, se entrecruzan, se anastomosan como fibras musculares o hebras de una trenza. A lo largo de cada secuencia, la posición de la función es rigurosamente fija. Al contrario, las funciones son en principio independientes de una secuencia a la que le es asociada: todo puede combinarse con todo, todo puede seguir a todo. Avenirse a tales combinaciones es incluso del interés del relato».

Y en lugar de un género y una cultura, la teoría del cuento ruso aspiraba a dar cuenta de un sistema semiótico que abarcaría todas las experiencias narrativas en todas partes del mundo:

«No debemos tipificar un grupo de mensajes particulares, sino restablecer en su generalidad el sistema semiótico sobre el cual esos mensajes son tomados. Por encima de las opciones preferenciales de una cultura, tenemos que abrir el abanico de posibilidades teóricamente ofrecidas al cuentista».

Y en ese sentido, técnicamente, la clave propuesta es subvertir el concepto de función de Propp como fundamento del cuento. En su teoría las funciones son notas de una partitura, que es la secuencia. Dice:

«En lugar de escribir como Propp, todas las funciones sobre la misma línea, las repartiremos en columnas correspondientes a las secuencias, como en una partitura las notas ejecutadas por cada instrumento».

No conforme con los aportes de Propp, devela un ambicioso programa de investigación semiótica en ese campo en torno a dos ejes: 1) descripción del sistema narrativo, 2) descripción de la técnicas narrativas.

Bremond detalla dicho programa en varios pasajes de su obra *Lógica del relato*:

«El programa de investigación a venir: en orden cronológico, la semiología del relato debería preceder y no seguir a la de las técnicas narrativas».

En ese programa es fundamental la distinción entre sistema y técnica, que Propp expuso con claridad, como se observa en este párrafo, cuando plantea la diferencia entre los medios de realización de un relato (visual, verbal y gestual) según los géneros, y el relato mismo, por su estructura permanente e invariable:

«Si el relato se visualiza deviniendo film, si él se verbaliza deviniendo novela, si se gestualiza deviniendo mimo, etc., esas transposiciones no afectan la estructura del relato, cuyos significantes permanecen idénticos en cada caso (situaciones, comportamientos, etc.). En cambio, si el lenguaje es verbal, la imagen móvil o inmóvil, el gesto se "narrativiza"; si ellos sirven para contar una historia deben plegar su sistema de expresión a una estructura temporal, darse luego una articulación que reproduzca frase tras frase, una cronología. Un mismo corte se aplica entonces a los procesos que sirven de materia al relato, al relato mismo, y a las técnicas que cuentan el relato».

En la búsqueda, Bremond aspira de una semiótica universal del cuento. Y en su esfuerzo no se limita a los aportes de Propp. Un precursor importante en Francia es Bédier, autor de *Les Fabliaux*. Etude de littérature populaire et d'histoire littéraire du moyen âge, 1894.

De ese autor recupera el método comparativo en el estudio de las fábulas medievales francesas, con base en un primer concepto, estructura, muy importante para sus fines. En esos pequeños relatos medievales en verso, en particular en el siglo XIII, existen dos tipos de elementos. Uno constante, otro variable.

Afirma Bremond:

«Dejemos de lado los aspectos históricos de esta demostración, y limitémonos a describir el método propuesto por Bédier para la comparación de varias versiones del mismo cuento. Así, él aparece como un precursor de los métodos de análisis estructural del relato».

Debo decir, para finalizar estas notas, que yo también me reconozco en el eslabón de la cadena de transmisión del saber del relato que data de la época de mis estudios en Francia.

Conocí los trabajos de Bremond más a fondo cuando preparaba la tesis de maestría: *Categoría del relato en la nueva novela francesa*. En mi época de estudiante la moderna corriente del relato era encarnada por la Nueva Novela (en francés «nouveau roman»).

Hice mi tesis de maestría acerca de ese moderno tipo de relato. En ese campo y, en general, en todas las manifestaciones literarias, los analistas prosperaban.

Bremond me inspiró a fondo en el estudio del relato. En ese trabajo de maestría y también cuando me proponía la tesis de doctorado. En esa ruta fui su discípulo por un breve tiempo cuando asistí a su seminario. Pero ese será tema de otra anécdota.

En general, debo a ese autor en gran medida el amor que tengo por ese modelo literario. Y quizá, por él, desarrollé mi vocación y el deseo de cultivarlo no solo como académico sino también como escritor.

◆0◆

9 de mayo

Tzvetan Todorov

Las palabras del profesor sobre Tzvetan Todorov (1939-2017) no podían ser más incitadoras: «Bajo la fuerte influencia de Bajtín y de los formalistas rusos la labor semiótica de Todorov empezó en los años sesenta. Se consolidó posteriormente una versión más abierta y diversa del estructuralismo, orientación que trascendió hasta convertirse en un destacado pensador humanista».

En el seminario estudiamos con entusiasmo a Todorov. Después de Genette, fue el autor que más sedujo a los estudiantes. A mí me interesó tanto conocer más de él que solicité una consulta particular al profesor.

Estaba preparando la tesis de maestría. Era tiempo de presentar el anteproyecto. Tenía el tema, pero todavía no me había aclarado lo fundamental: la orientación teórico-metodológica. Necesitaba apoyarme en una autoridad. Ahí está, me dije, Todorov, luego de consultar algunas obras suyas según las referencias que me proporcionó el profesor.

Desde entonces, he estudiado a ese autor muy útilmente. Su obra ha representado un modelo teórico y analítico de gran valor en mi formación. Ha sido un gran apoyo. En particular, influyó de manera decisiva en mi tesis de maestría.

Todorov, radicado en Francia, es de origen búlgaro. Hizo su entrada a las letras y la semiótica de habla francófona cuando en París realizó estudios de doctorado en 1963.

En la cronología de las publicaciones de Todorov se advierte el trayecto de su formación: en un inicio formalista y estructuralista, de manera gradual se fue orientando hacia el posestructuralismo hasta culminar incorporando una diversidad de saberes y orientaciones que reorientaron su producción hacia horizontes translingüísticos.

Su primer texto de envergadura fue su tesis de doctorado sobre una obra clásica de la literatura francesa: *Relaciones peligrosas*, de Pierre Choderlos de Laclos, *Littérature et signification*, 1967 (Literatura y significación). Esa obra le permitió establecer un marco metodológico para caracterizar el proceso de significación. Al considerarla como habla, a partir de ella propuso tres modalidades en el relato: referencial, literal y proceso de enunciación.

En ese estudio, de pretensiones teóricas más que analíticas y descriptivas, Todorov se inspiró de la semiótica y del estructuralismo entonces en boga en Francia, y tomó aspectos de la lingüística y del análisis del relato de diferentes autores: Benveniste, Barthes, Greimas, Lévi-Strauss, Bremond.

Desde entonces Todorov emergió como referente en la semiótica del texto al interpretar el dualismo lengua/habla de la lingüística saussureana y aplicarlo al análisis del relato.

Todorov fue importante en Francia porque dio a conocer los trabajos de los lingüistas y los teóricos de la literatura de Europa oriental, en especial de los formalistas rusos y de Mijaíl Bajtín, cuando esos autores eran ignorados en Occidente.

En 1965 publicó *Théorie de la littérature* (Teoría de la Literatura), colección de textos de los formalistas rusos, reunidos, presentados y traducidos por él, con prólogo de Roman Jakobson.

De la presentación de Todorov a ese libro en francés, tengo subrayado a crayón varios pasajes que sirvieron mucho en mi formación, pues contienen conceptos novedosos que no aparecen en autores franceses. Entre estos, la afirmación fundamental que los formalistas rechazan es el enfoque psicológico, filosófico y sociológico en el estudio de la obra literaria, pues prefieren la descripción técnica. Emplean los siguientes conceptos: arte como procedimiento, forma y función, planos sintácticos, fónicos, prosódicos, rítmicos, de entonación, métricos, etc.

Algunos textos de los años sesenta, recogidos en la obra *Poétique de la prose*, 1971, (Poética de la prosa) permiten apreciar el apego de ese autor a las teorías de los formalistas rusos.

En el ensayo de 1964, «La herencia metodológica del formalismo», escrito en 1964, describe el método de esa orientación. Afirma:

«En lo esencial, diremos que hay que considerar ante todo la obra misma, el texto literario, como un sistema inmanente; esto no es, evidentemente, sino un punto de partida y no una exposición detallada de un método».

Y en otro texto de 1969, «¿Cómo leer?», Todorov propone, como solución a su interrogación, un proceso de lectura situado no como un antes (más acá) ni como un después (más allá) del texto, sino como una travesía orientada hacia la dimensión extratextual sin partir del texto:

«La metáfora del itinerario utilizada en toda descripción de la lectura, decimos que es uno de los caminos posibles que nos conduce más allá del texto; el otro nos deja antes (la tercera solución consiste en no partir). Llevarlos lo más cerca posible el uno del otro: ¿No es ya darse la esperanza de que un día van a juntarse?».

La obra *Introduction à la littérature fantastique*, 1970, (Introducción a la literatura fantástica), es a la vez un rebasamiento y una reafirmación de los postulados estructuralistas. La superación se logra por el tema mismo que aborda. Lo fantástico es definido por la relación entre lo real y lo irreal:

«En un mundo que es el nuestro, el que conocemos, sin diablos, sílfides, ni vampiros, se produce un acontecimiento que no puede explicarse por las leyes de ese mundo que nos es familiar. Alguien que perciba ese acontecimiento debe optar por una de dos soluciones posibles: ya sea de una ilusión de los sentidos, de un producto de la imaginación, las leyes del mundo permanecen tal como ellas son; sea que el acontecimiento haya tenido lugar es parte integrante de la realidad, pero entonces esta realidad está regida por leyes desconocidas por nosotros. O sea, el diablo es una ilusión, un ser imaginario; sea que en realidad exista, como los demás seres vivos: con esta reserva raramente uno lo encuentra».

En esas explicaciones intervienen aspectos de diferentes naturalezas: filosófico, psicológico, sociológico, antropológico, que alejan el razonamiento del puro enfoque formal, semiótico, lingüístico.

Sin embargo, la teoría y el método de análisis propuestos por Todorov son de puro carácter formalista y estructuralista. Afirma:

«Postulamos que todo texto literario funciona a la manera de un sistema; lo que quiere decir que existen relaciones necesarias y no arbitrarias entre las partes constitutivas de ese texto... Conociendo la estructura de la obra literaria, se debería poder, a partir del conocimiento de un solo rasgo, reconstruir todos los demás».

En la obra *Théories des simboles*, 1977, (Teoría de los símbolos) Todorov acrecienta la búsqueda semiótica. El propósito es ambicioso: reconstruir la historia de la semiótica. Eso se advierte en el primer capítulo «Nacimiento de la semiótica occidental».

Sin embargo, él se sitúa más allá de la semiótica. En ese texto rastrea la semántica, la lógica, la retórica, la hermenéutica, las teorías de los signos, a partir de autores como San Agustín, Aristóteles, Platón, Quintiliano, los autores de los siglos clásicos europeos, hasta Freud y Saussure.

La perspectiva translingüística de esa obra está marcada por ese viaje a disciplinas y tiempos diversos en los que el autor acumula un complejo de saberes que se entrecruzan, como se revela en este fragmento subrayado por mí a crayón años ha: «...La semiótica no merece el derecho a la existencia si en el mismo gesto que inaugura no articula también semántica y simbólica».

O este otro fragmento: «El objeto de la ciencia del lenguaje no debe ser las formas lingüísticas observables, sino la actividad de las cuales ellas son el producto. Esta facultad es el lenguaje mucho más que las palabras y las frases pronunciadas».

También este fragmento:

«Si Jakobson es a la vez lingüista y poético, eso no se debe al azar: él interroga la literatura como obra del lenguaje. Y no solo será necesaria la observación de las formas lingüísticas al nivel de la frase para que sea pertinente el nacimiento de la literatura, sino que también es necesario el nivel del discurso. Los tipos de discursos, llamados por tradición géneros, se forman, según Jakobson, alrededor de la expansión de ciertas categorías verbales».

Todorov refuerza cada vez más su perfil de teórico en las ciencias del lenguaje. Está claro, que, en esas expresiones, el autor sitúa su historia de los símbolos no solo en el plano semiótico sino también del discurso; no solo en el plano de la lengua, también en el plano del uso de la lengua y de todo lo que ese uso implica.

De ahí la aproximación translingüística de esa obra, que se acrecienta en otra obra de 1978 que es la continuación de la anterior; obra que, dicho sea de paso, está subrayada por nosotros en numerosas páginas, dada la importancia que le dimos en nuestra formación translingüística: *Les genres du discours* (Los géneros del discurso).

La perspectiva de Todorov es bien interesante: la obra se presenta como una teoría de los géneros literarios, pero el problema no se orienta hacia la literatura, sino hacia el discurso. El principio fundamental del discurso lleva a Todorov a criticar la clasificación de los géneros en la tradición, realizada con base en códigos sociales, estéticos e ideológicos, y a redefinir los géneros basados en el discurso:

«Debemos volver a la cuestión inicial, concerniente al origen sistemático de los géneros. Ella ya ha recibido, en un sentido, su respuesta, puesto que, lo hemos dicho, los géneros provienen, como no importa cuál acto de habla, de la codificación de las propiedades discursivas. Habría que reformular así nuestra interrogación: ¿hay alguna diferencia entre los géneros (literarios) y los otros actos de habla?».

La teoría de los géneros expuesta en ese texto se apoya en experiencias y ejemplos de la literatura europea, antigua y moderna. La obra se encamina a proponer las transformaciones experimentadas por los actos de habla que dan lugar a la fundación de los géneros.

La clasificación de los géneros obedece a determinadas modalidades de los actos de habla. Para replantearse la diferencia entre un género y un acto de habla, Todorov se apoya en los modos discursivos rogar, contar y en la forma del soneto:

«Rogar es un acto de habla; el ruego es un género (que puede ser o no literatura): la diferencia es mínima. Pero para tomar otro ejemplo: contar es un acto de habla, y la novela, un género en el cual ciertamente se cuenta algo; sin embargo, la distancia es grande. En fin, un tercer caso: el soneto es un género literario, pero no existe una actividad verbal como "sonetear"».

Conclusión:

«Nuestra cuestión inicial sobre el origen de los géneros, pues deviene: ¿Cuáles son las transformaciones que experimentan ciertos actos de habla para producir ciertos géneros?».

La reflexión de ese autor sobre los géneros y otros campos de investigación se apoya, en gran medida, en el legado de Mijaíl Bajtín. Fue Todorov, en principio, quien a raíz de la publicación de la obra *Mijaíl Bajtín, le príncipe dialogique* (Mijaíl Bajtín, el principio dialógico), 1981, dio a conocer en Francia la producción del autor ruso y del llamado Círculo de Bajtín.

Sin embargo, Todorov trascendió a sus maestros por el valor de sus aportes a las ciencias humanas y sociales. Además de los textos semióticos, lingüísticos y literarios, que son los principales, su obra abarca las áreas de la filosofía, la antropología, la política, etc.

Se propuso ir más allá de los asuntos académicos y especializados, al incursionar en temas generales acerca del individuo, la sociedad, la democracia, la libertad. En sus escritos dio testimonio de su condición de exiliado político en Francia y de su rechazo a la opresión en los países de Europa Oriental, como Bulgaria, su tierra natal, bajo el régimen comunista de la Unión Soviética.

◆0◆

16 de mayo de 1979

Mijaíl Bajtín

Contentísimo disfruto como nunca esta parte del seminario escuchando disertar al profesor sobre la semiótica en los países de Europa del Este. La clase de hoy es en sumo grado especial. Por el tema y por una razón personal.

En el tema el profesor se encargó de marcar el extraordinario momento cuando colocó sobre su mesa algunas obras afirmando: «Hoy nos visita el más grande semiótico de Europa del Este».

Habíamos leído y comentado ampliamente las más relevantes producciones de los semiólogos y los semióticos del mundo

occidental. Se tomó nota acerca de que Greimas, Kristeva, Todorov provenían de la Europa Oriental, pero tuvieron sus inicios en los países de la otrora Unión Soviética de donde procedían.

También se hizo referencia acerca de que otros autores pertenecían a esa área geográfica: Propp, Jakobson, Trubetzkoi y los formalistas rusos.

Sin embargo, era difícil completar, sin agotarla, desde luego, la búsqueda hasta aquí recorrida, sin tomar en cuenta los aportes de los más notables semióticos de Europa Oriental: Mijaíl Bajtín y Yurij Lotman, cuyos estudios del lenguaje son de base linguosociocultural. Entre ellos, Bajtín (1895-1975) es el padre de esos estudios.

En lo personal, me embargaba una emoción vibrante: por fin, había resuelto el enigma del nombre de mi hija.

Era tiempo, mi mujer estaba inquieta, a pesar de que me había delegado esa tarea. Le preocupaba la tardanza en saber cómo se llamaría la criatura que llevaba en el vientre.

En el seminario me encontraba descargado y muy satisfecho. Era un estado que no podía esconder a mis amigos, quienes desde que me vieron llegar con la sonrisita en los labios descubrieron el motivo.

Se llamará Ninon, les confesé. Y ante la manifiesta curiosidad de Nicole, agregué algunos detalles acerca de cómo arribé a ese nombre.

Les expliqué, como saben, había hecho una preselección de nombres de mi agrado porque, como me había propuesto, se pronunciaban más o menos igual en francés y en español: Yvonne, Margot, Ninon y Marion.

Pero además, todos tenían otras características que estaba buscando: eran breves, disílabos; eran palabras agudas terminadas en o; todos eran de una fuerte sonoridad y, en ese sentido, me parecían varoniles.

Cuando presenté esos nombres a mi mujer, explicándole por qué los había preseleccionado y pidiéndole que me ayudara a seleccionar uno, sin pensarlo ella se fijó en Ninon, diciéndome: «Quiero ese nombre para mi hija».

Iba a darme explicaciones, pues, al parecer, había indagado sobre el nombre Ninon en la historia de Francia y sobre su origen en francés y en provenzal, pero eso poco me importaba. Ese nombre me agradaba igual o más que a mi mujer y la decisión fue tomada.

Nuestra hija se llamará Ninon. Espero con ansiedad los meses, los días y las horas para susurrarle su pequeño nombre el día de su nacimiento.

Mientras tanto, el nombre de Bajtín introdujo un tono nuevo y mucho más interesante al seminario. Él publicó parte de sus obras también con los nombres de V. N. Volochinov y P. N. Medvedev debido a la represión política propia del régimen comunista estalinista que gobernaba la Unión Soviética en la época.

Ese autor ocupa un lugar privilegiado en La Biblioteca por la enorme influencia que sus obras han ejercido desde los tiempos del seminario en mis estudios y producciones en lengua y literatura. En sus trabajos, tanto de orientación semiótica como semiológica, ha de destacarse la perspectiva translingüística.

Existe un enorme contraste entre los formalistas rusos y Bajtín. Los formalistas enfatizan las formas; se limitan a los aspectos internos y técnicos de los textos. Bajtín, en cambio, sin desdeñar las formas se interesa más en los sentidos; en los aspectos externos de la lengua y el texto: sociales y filosóficos.

En el estudio de la lengua ese autor ruso es el fundador del enfoque translingüístico de base social a partir de su obra: *Le marxisme et la philosophie du langage: Essai d'application de la méthode sociologique en linguistique*. (El marxismo y la filosofía del lenguaje. Ensayo de aplicación del método sociológico en lingüística).

Ese enfoque, que el autor no pretendió que fuera una ciencia, surgió por oposición a dos orientaciones del pensamiento

filosófico-lingüístico, así denominadas por Bajtín: «subjetivismo individualista» y «objetivismo abstracto».

Según ese autor el «subjetivismo individualista» se fundamenta en la idea expresada por autores como Guillermo Humboldt, Vossler, Benedetto Croce y Leo Spitzer, de que el uso de la lengua, el acto de hablar es fruto de la creatividad individual, como se recoge en esta proposición:

«La lengua es una actividad, un proceso creativo ininterrumpido de construcción ("energeia"), que se materializa bajo la forma de actos de palabras individuales».

Mientras que el «objetivismo abstracto» tiene como principales representantes a Ferdinand de Saussure y sus discípulos y seguidores agrupados en torno a la obra póstuma de ese autor, *Curso de lingüística general* (1916). Esa orientación se fundamenta en la idea de que los hechos lingüísticos, el uso de la lengua, están sujetos al sistema lingüístico, a sus reglas y unidades según este concepto: «El centro organizador de todos los hechos de lengua, lo que de hecho es el objeto de una ciencia bien definida se sitúa, en cambio, en el sistema lingüístico, a saber, el sistema de las formas fonéticas, gramaticales y lexicales de la lengua».

El subtítulo de la citada obra de Bajtín, «Ensayo de aplicación del método sociológico en lingüística», apunta hacia lo social como factor determinante de los actos lingüísticos, con lo cual contradice los postulados de las dos orientaciones señaladas. El autor señala que el motor de la lengua es la interacción verbal de los hablantes en un medio social determinado.

En los siguientes pasajes de *El marxismo y la filosofía del lenguaje* lo social permea tanto el mecanismo de la lengua como el de la comunicación lingüística. Bajtín habla de:

- la interacción verbal: «...la enunciación es el producto de la interacción verbal de dos individuos socialmente organizados...»;
 - el interlocutor: «La palabra se dirige a un interlocutor»;

- el «medio social concreto»;
- el horizonte social: «...hay que suponer además un cierto horizonte social definido y establecido...»;
- el auditorio social: «El mundo interior y la reflexión de cada individuo son dotados de un auditorio social propio bien establecido…»;
- las dos fases de una palabra: «él procede de alguien... él es dirigido hacia alguien»;
- la interacción entre locutor y auditorio: «Ella (la palabra) constituye justamente el producto de la interacción del locutor y el auditorio»;
- la relación con el otro: «Toda palabra sirve de expresión al uno en relación con el otro».

En fin, Bajtín describe el carácter social de la estructura de la enunciación, determinada por la situación social:

«La situación social más inmediata y el medio social más amplio determinan enteramente, y eso del interior, por así decir, la estructura de la enunciación».

Son esenciales en esa obra las manifestaciones del discurso reportado, definido como: «discurso en el discurso, enunciación en la enunciación» y «discurso sobre discurso», «enunciación sobre enunciación».

Esas manifestaciones se concretan en tres tipos de discurso: discurso del otro, discurso directo y discurso indirecto. A la vez, esos discursos están incluidos en el concepto mayor de todas las obras de Bajtín: dialogismo.

En la obra *Mijaíl Bajtín el principio dialógico* Todorov destaca el concepto de Bajtín, según el cual «un hombre social hablando» es el objeto de estudio de la lingüística:

«De la indicación del objeto real se debe pasar a una neta delimitación de los objetos de la investigación científica. El objeto real es un hombre social hablando y expresándose por otros medios».

Otro concepto importante es que «el lenguaje es casi la totalidad de la vida humana»: «El lenguaje, el discurso, es casi la totalidad de la vida humana. Pero no hay que pensar que esa realidad totalizante y sus innombrables facetas puedan ser objetos de una sola ciencia, la lingüística, y ser así comprendida con la ayuda de los solos métodos lingüísticos».

En esas expresiones Bajtín manifiesta su rechazo a las dos corrientes criticadas en su reflexión sobre la lengua, la que enfatiza el individualismo lingüístico de los hablantes y la que concibe la lengua como un objeto abstracto. Esos conceptos le sirven de base a su concepción translingüística del estudio de la lengua.

El concepto de «translingüística» está en el centro de la obra de Mijaíl Bajtín, como lo destaca Todorov. A todas luces, ese autor interpretó a su cuenta lo dicho por Bajtín al respecto, tal como se muestra en este pasaje:

«Entre todas las perspectivas según las cuales es posible considerar ese objeto único, Bakhtine retiene dos: una es la lingüística; la otra se relaciona con una disciplina que, al principio, no lleva nombre (a menos que ese no sea: la sociología) pero que en sus últimos escritos él llamará metalingüística, término que, para evitar una confusión posible, yo traduciré por translingüística. El término usado en la actualidad que correspondería lo más fiel posible a eso que Bakhtine tenía en vista sería probablemente pragmática; y se puede decir sin exageración que Bakhtine es el fundador moderno de esa disciplina.

»Lingüística y translingüística representan pues dos puntos de vista diferentes sobre un mismo objeto, el lenguaje».

Como se observa en el pasaje citado, Bajtín no usó el término translingüística. Translingüística equivaldría a metalingüística, sociolingüística o pragmática. Todorov es quien emplea el termino translingüística en su traducción del ruso al francés. Pero Bajtín tampoco usó pragmática, término que Todorov identifica con translingüística.

De lo dicho por Bajtín lo único cierto es, al parecer, que la disciplina que se encargaría del estudio de la lengua por oposición

a la lingüística, disciplina que rechaza, se aproximaría a la sociología. Sería entonces, interpretamos nosotros, una especie de sociolingüística o lingüística social.

Y claro está, esa sería una perspectiva translingüística, como de manera correcta interpretó Todorov; perspectiva también propia de la pragmática, que se encarga de la relación entre la lengua y los hablantes y de la relación entre los hablantes. Pero esa perspectiva es también compartida por la semántica y también por la retórica y, claro, por la semiótica. En fin, todo eso recubre la noción de translingüística.

Por tanto, aunque sin el nombre propiamente dicho, la fundación de la perspectiva translingüística es atribuible a Bajtín. Es una visión presente en todas sus obras, en específico en *El marxismo y la filosofía del lenguaje* y en *Estética de la creación verbal*.

En Mijaíl Bajtín, el principio dialógico, Todorov destacó también el concepto de dialogismo mediante el cual Bajtín se replantea la perspectiva translingüística, pero que el traductor interpretó como intertextualidad:

«No hay, y es lo esencial, enunciados sin relación a otros enunciados. La teoría general del enunciado no es en Bakhtine sino una suerte de desvío inevitable que debe permitirle el estudio de este aspecto. El término que emplea para designar esa relación de cada enunciado a otros enunciados es dialogismo; pero ese término central es, como uno puede esperar, cargado de una pluralidad preocupante; un poco como yo transpuse "metalingüística" en "translingüística", aquí emplearé, pues, de preferencia, por el sentido más inclusivo, el término de intertextualidad, introducido por Julia Kristeva en la presentación de Bakhtine, reservando la apelación dialogismo para algunos casos particulares de intertextualidad…».

No importa la interpretación dada por Todorov y Kristeva al término dialogismo por intertextualidad; en la obra de Bajtín ese es un concepto fundamental de su teoría del lenguaje y de la literatura en la perspectiva translingüística de base social, pues

como afirma él en su obra *Estética de la creación verbal*: «Los límites dialógicos atraviesan todo el campo del pensamiento humano».

La teoría de los géneros discursivos expuesta en esa obra enfatiza esa perspectiva al apoyarse en la relación entre lengua, diversidad de enunciados y diferentes esferas de la vida humana y de la comunicación. Esa relación es expuesta por Bajtín en este postulado fundamental:

«Las diversas esferas de la vida humana están todas relacionadas con el uso de la lengua. Por eso está claro que el carácter y las formas de su uso son tan multiformes como las esferas de la vida humana, lo cual, desde luego, en nada contradice la unidad de la lengua nacional».

¿Qué son entonces los enunciados de la lengua? Pues manifestaciones lingüísticas de las esferas de la vida:

«El uso de la lengua se lleva a cabo en forma de enunciados (orales y escritos) concretos y singulares que pertenecen a los participantes de una u otra esfera de la praxis humana. Estos enunciados reflejan las condiciones específicas y el objeto de cada una de las esferas...».

¿Qué son entonces los géneros discursivos? Pues tipos de enunciados que corresponden a tipos de esferas de la vida:

«Cada enunciado separado es, por supuesto, individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados a los que denominamos géneros discursivos».

Es preciso apuntar que en Bajtín las expresiones «esferas de la vida humana» y «esfera de la praxis humana» no remiten a ninguna metafísica; se orientan a señalar la diversidad social del intercambio verbal en consonancia con la diversidad de las esferas de actividad humana.

Los géneros son tan diversos y heterogéneos como diversos y heterogéneos son los ambientes de las actividades y las situaciones de la comunicación: «La riqueza y diversidad de los géneros

discursivos es inmensa, porque las posibilidades de la actividad humana son inagotables...».

Existe una relación intrínseca entre géneros y cultura, a tal punto que cada manifestación cultural es susceptible de expresarse en un tipo de género. Veamos, en principio, esa tipología de géneros en función de las actividades en la vida social y las situaciones de comunicación:

«Aparte hay que poner de relieve una extrema heterogeneidad de los géneros discursivos (orales y escritos). Efectivamente, debemos incluir en los géneros discursivos tanto las breves réplicas de un diálogo cotidiano (...según el tema, situación, número de participantes, etc.) como un relato (relación) cotidiano, tanto una breve carta (...) como una orden militar breve y estandarizada; asimismo, allí entrarían un decreto extenso y detallado, el repertorio bastante variado de los oficios burocráticos (...), todo un universo de declaraciones públicas (en un sentido amplio: las sociales, las políticas); pero además, tendremos que incluir múltiples manifestaciones científicas, así como todos los géneros literarios (desde un dicho hasta una novela de varios tomos)».

El problema del texto se sitúa en esa misma relación, en tanto que concreciones de los discursos. El texto es translingüístico y transdisciplinario: «El texto —sostiene Bajtín— es la única realidad inmediata (realidad de pensamiento y de vivencia) que viene a ser el punto de partida para todas estas disciplinas (filosofía, lingüística, historia, literatura, etc.) y este tipo de pensamiento», (el pensamiento teológico y filosófico en sus orígenes).

Sin embargo, el texto no se limita al hecho lingüístico. Bajtín amplía ese concepto extendiéndolo a «cualquier conjunto de signos coherente»:

«Si interpretamos la noción de texto ampliamente, como cualquier conjunto de signos coherente, entonces también la crítica de arte (crítica de música, teoría e historia de artes figurativas) tiene que ver con textos (obras de arte)». En ese concepto del texto Bajtín ha derribado los muros del fonema, del grafema, de la palabra, de la oración, del párrafo, de la expresión oral y escrita de la lengua, incluso del discurso entendido como enunciados lingüísticos. Ahora, un texto puede ser una pintura, una escultura, un objeto cualquiera codificado culturalmente como «conjunto de signos coherente».

Bajtín fundó una nueva textología que trasciende la lengua. Con esa visión del texto ha hecho un aporte fundamental al enfoque translingüístico que otros, con posterioridad, han asumido.

Esa dimensión inconmensurable del texto está presente en Barthes, Kristeva y otros autores como Yuri Lotman, pero sin la base epistemológica que le imprimió el fundador de ese enfoque.

◆0◆

23 de mayo

Yuri Lotman y la Escuela de Tartu

En las elogiosas palabras de nuestro profesor escuché en las primeras informaciones sobre Yuri Lotman, nacido en Tartu, Estonia (1922-1993):

«Luego de Mijaíl Bajtín, Lotman sobresale entre los semióticos de Europa del Este a través de sus trabajos acerca la literatura, la lengua, el arte y, en general, la cultura. Él es el portaestandarte de un grupo de investigadores agrupados en la Escuela de Tartu».

Fue el último autor trabajado en el seminario. Era notorio el desconocimiento que teníamos de él y su obra. Los estudiantes no nos sentíamos cómodos. Se notaba el desinterés o la falta de dominio. Luego, en las exposiciones y el intercambio en la clase, estábamos fuera de tono.

Los trabajos de ese semiótico nos parecían muy difíciles. Además, no era fácil encontrarlos en francés en las librerías ni en las bibliotecas. Incluso, no era muy conocido en Francia.

Gracias a Julia Kristeva, búlgara, Lotman se empezó a conocer en Francia en los años 60 junto a otros semióticos de los países socialistas, a través de la revista *Tel Quel*. Al igual que su compatriota Todorov, quien, como se ha visto, dio a conocer en ese país a los formalistas rusos y a Mijaíl Bajtín, ella desempeñaba una labor de divulgación de los grandes autores de esa región de Europa.

Ante nuestro desconcierto fue de mucha ayuda la orientación del profesor. Además de sus valiosos comentarios sobre la obra de ese autor, nos indicó dónde encontrar trabajos dispersos suyos traducidos al francés.

Y en particular, puso en nuestras manos, extraída de su milagroso maletín, la única obra de Lotman que entonces había sido traducida al francés, *La Structure du texte artistique* (1973). Era una publicación dirigida y prologada por Henri Meschonnic.

Ese prólogo, explicativo y crítico a la vez acerca del autor, contribuyó a despertar mi interés por él. La traducción al español de *Semiótica de la cultura* (1979), obra en la que se recogen trabajos de Lotman y otros autores de Escuela de Tartu, nos permitió un contacto más amplio y seguido con esa orientación de la semiótica.

Y desde entonces, en La Biblioteca hay un rincón reservado a Lotman, entre los autores que más han influido en nuestra formación translingüística. Sus estudios responden sin duda a una perspectiva sociocultural.

El relato que elaboran los semióticos de los países de Europa Oriental revela que las investigaciones en ese campo datan de un siglo por lo menos, aunque desde hace poco se centran en la Escuela de Tartu. D. M. Segal habla de los antecedentes de esa ciencia en su ensayo «Las investigaciones soviéticas en el campo de la semiótica en los últimos años», 1973:

«En los cien años transcurridos desde el momento en que aparecieron los primeros trabajos que tratan del aspecto sígnico del lenguaje, las ideas semióticas en Rusia se han manifestado fundamentalmente en el campo de las ciencias filosóficas: lingüística, folklore, crítica literaria».

Segal se refiere a que en Europa del Este, que en la época de su trabajo era la Unión Soviética, en sus inicios la semiótica estaba vinculada a la filosofía, era parte de la filosofía, considerada la gran ciencia humanística. Eso sucedía también en Occidente. Peirce situó su semiótica en la lógica, luego lo hizo Morris.

Nos recuerda el semiótico español Jorge Lozano, discípulo de Eco, en la introducción a *Semiótica de la cultura* que: «De hecho, Eco (1978) propone una relectura de la historia de la filosofía en clave semiótica».

Volviendo al ensayo de Segal, en este se precisa, abandonando los antecedentes filosóficos de la semiótica, la época en que esa disciplina tuvo, en específico, sus inicios en la Europa del Este:

«Los trabajos de los que se han afirmado conscientemente los principios semióticos y de los que se puede afirmar que constitu-yen una orientación semiótica particular (y como tales se reconocen) han empezado a aparecer, como mucho, hace diez años».

El autor sitúa cinco años atrás el comienzo de la reflexión semiótica en Rusia, la cual estuvo vinculada a la lingüística saussureana, en específico a la relación entre diacronía y sincronía:

«El primer simposio sobre semiótica se celebró en Moscú a finales de 1962; no obstante, ya cinco años antes se habían empezado a manifestar las tendencias fundamentales que han llevado a la formación de la semiótica como orientación en sí. En 1957 el Instituto de Lingüística organizó un debate sobre la correlación entre análisis sincrónico y estudio histórico de las lenguas, en el que se examinó el problema del signo y del significado...».

Esa relación con Saussure no fue doctrinaria ni exclusiva. Una de las características de la semiótica rusa y de los demás países de Europa del Este es su extrema libertad respecto de las influencias provenientes de Occidente. Tienen una larga tradición humanística alrededor de la cual pivotean, en principio, los estudios en lingüística, semiótica y literatura. Eso les permite recibir los aportes de otras latitudes en forma crítica e instrumental.

Es lo que hicieron Bajtín y Jakobson con la lingüística de Saussure. El primero opuso a esa lingüística otra lingüística, que bautizó translingüística, más orientada a lo social. El segundo replanteó la relación antinómica entre diacronía y sincronía establecida por el lingüista suizo, que posibilitó una interpretación mucho más abierta y de complementariedad entre esos dos enfoques de estudio del hecho lingüístico.

Eso implica que esa semiótica, fiel a su tradición, se permite incorporar los aportes que se consideren pertinentes de los más diversos autores. En ella encontramos, de manera incidental, referencias a Peirce, Saussure, Hjemslev, Benveniste, Barthes, Eco, etc. y con más frecuencia a los numerosos investigadores de la Europa del Este.

Es lo que afirma Lozano al decir que los semióticos de esos países:

«...se ocupan del estudio de cualquier sistema de signos, sin preocuparse de ser fieles a Peirce o a Saussure, desde formaciones y posiciones diferentes —lingüística, antropológica, teoría de la información, cibernética, etc.».

Sin embargo, hay que precisar en ese plexo de filiaciones la parte de cada una. En primer lugar, esa semiótica está vinculada a una larga tradición lingüística; es lo que afirma ese autor al precisar que: «La lingüística es la parte más importante de la semiótica». En segundo lugar, se sitúa en los estudios del signo en general, de «cualquier sistema de signos», apunta Lozano.

Ahora bien, una tercera característica de esa semiótica es que no parte del signo lingüístico o se apoya en este como criterio fundamental. No se centra en los conceptos de significado y significante de la lengua, siguiendo la tradición saussureana.

Y, por consiguiente, Lotman no procede, por ejemplo, como Barthes o Greimas. Ellos fundamentaron sus respectivas semióticas en el signo lingüístico; luego aplicaron la conceptualización saussureana, con los ajustes propios de cada uno, al estudio del mito, la moda, la literatura, la publicidad.

Otra característica de esa semiótica, como afirma Lozano, es el estudio, no específicamente de la lengua en sí, sino del lenguaje, tomando este concepto en la más amplia acepción: «El origen de la semiótica soviética tiene su origen en el aspecto sígnico del lenguaje».

Dos ámbitos constituyen, pues, el estudio de esa semiótica: lo sígnico (o la signicidad) y el lenguaje.

Segal precisa el amplio campo de estudio de esa semiótica: la estructura del mundo reflejada en los sistemas secundarios de modelización:

«El planteamiento general del estudio de los sistemas secundarios de modelización ha proseguido su desarrollo fundándose en la investigación de los momentos básicos más esenciales de la estructura del mundo, reflejados en los sistemas indicados...».

En esa semiótica hay que entender la palabra mundo en el sentido específico de cultura. Mundo equivale a cultura y a una cultura específica.

Lotman y los demás integrantes de la Escuela de Tartu se dedican al estudio de la semiótica del mundo, entendida como semiótica de la cultura, como lo precisa Segal:

«De este modo, se ha intensificado la atención hacia los problemas de la estructura del mundo; esta atención se manifiesta en los trabajos de Jurij M. Lotman sobre la tipología de la cultura (así como en la ponencia de Jurij Ja. Glazov). Los trabajos de Lotman siguen de manera muy especial la rica tradición culturológica de la ciencia rusa, que introduce un aspecto nuevo, el semiótico, en el estudio de las culturas (la relación con el signo) y demuestra a la vez la necesidad de incluir también las culturas extraeuropeas en el ámbito del examen».

Se observa, entonces, que la semiótica rusa se vincula con el conjunto de ciencias que tienen en común el estudio de la cultura, entre ellas la antropología. El aspecto radicalmente distintivo de Lotman y la Escuela de Tartu en el tratamiento de la cultura en relación con otras ciencias se sitúa al nivel del nuevo enfoque, que consiste en observar la cultura como signo, lenguaje o comunicación.

La semiótica de Lotman no se demarca del razonamiento canónico de la cultura occidental en el campo de la semiosis; pero el enfoque sociocultural que la caracteriza representa una clara ampliación de la lógica del signo hacia la configuración de un espacio limítrofe entre el signo y el discurso, a través de las dimensiones de la cultura, el lenguaje y el texto.

En su trabajo «El problema del signo y del sistema sígnico en la tipología de la cultural anterior al siglo XX», Lotman define la cultura basado en conceptos procedentes de la teoría de la información y de la semiótica del texto.

Obsérvese en los siguientes fragmentos cómo operan en esa definición los conceptos de: información, memoria, texto, comunicación, código, descifrar, lenguaje:

«Si definimos la cultura como todo el conjunto de la información no genética, como la memoria común de la humanidad o de colectivos más restringidos nacionales o sociales, tendremos derecho a examinar la totalidad de los textos que constituyen la cultura desde dos puntos de vista: una comunicación determinada y el código mediante el cual se descifra dicha comunicación en el texto».

La adscripción a la teoría de la información es precisada por ese autor al referirse a la cultura como «memoria»:

«El término "memoria" se usa aquí en el sentido que se le da en la teoría de la información y en cibernética: es decir, facultad que poseen determinados sistemas de conservar y acumular información». La idea de la cultura como «lenguajes particulares» permite a Lotman aplicar los métodos de análisis semióticos:

«El análisis de la cultura desde ese punto de vista nos asegura que es posible describir los diversos tipos de cultura como tipos de lenguajes particulares y que, de esta manera, pueden aplicárseles los métodos usados en el estudio de los sistemas semióticos».

Los conceptos de información, comunicación y lenguaje con los que se define la cultura, se concretan en el segundo concepto más crucial de esa semiótica, después del concepto mismo de cultura: texto.

La cultura es texto. Es fundamental retener esta definición genérica de texto para la comprensión de esa semiótica: cualquier comunicación que haya sido registrada (dada) en un sistema sígnico:

«Entendemos por "texto", en un sentido amplio, cualquier comunicación que haya sido registrada (dada) en un sistema sígnico. Desde este punto de vista, podemos hablar de un ballet, de un espectáculo teatral, de un desfile militar y de todos los demás sistemas sígnicos de comportamiento como de textos, en la medida en la que aplicamos este término a un texto escrito en una lengua natural, a un poema o a un cuadro».

En esa definición del texto, Lotman produce una inflexión de consideración al concepto habitual que reduce el texto a su naturaleza lingüística, sea oral o escrito. El concepto de texto se amplía rebasando los límites de la lengua y ubicándose en un universo translingüístico: son textos, además de los lingüísticos, un *ballet*, un espectáculo teatral, un desfile militar y todos los demás sistemas sígnicos de comportamiento.

Esa conceptualización del texto es compartida con otros autores de Europa del Este. Antes que Lotman, hacia 1959-1961, Bajtín propuso una definición similar del texto desde una perspectiva filosófica: cualquier conjunto de signos coherente:

«Si interpretamos la noción de texto con rigurosidad, como cualquier conjunto de signos coherente, entonces también la crítica de arte (crítica de música, teoría e historia de las artes figurativas) tiene que ver con textos (obras de artes). Se trata del pensamiento acerca del pensamiento, del discurso acerca del discurso, del texto acerca de los textos. En esto consiste la diferencia radical de nuestras disciplinas (ciencias humanas) frente a las ciencias naturales, aunque aquí no existen fronteras absolutas e impenetrables. El pensamiento humanístico se origina como pensamiento acerca de las ideas, voluntades, manifestaciones, expresiones, signos ajenos, detrás de los cuales están las revelaciones divinas o humanas (leyes de los soberanos, mandamientos de los antepasados, sentencias y adivinanzas anónimas, etc.)».

Más adelante Bajtín amplía la noción de texto a «un acto humano»:

«Un acto humano es un texto en potencia y puede ser comprendido (como acto humano, no como acción física) tan solo dentro del contexto dialógico de su tiempo (como réplica, como postura llena de sentido, como sistema de motivos)».

Ese autor expone una semiótica humanista, filosófica y dialógica más amplia y rica que la de Lotman. Luego Julia Kristeva incorpora a su semiótica los aportes de Bajtín y de Lotman. Para ella textos son: «Todos los sistemas dichos retóricos: las artes, la literatura, el inconsciente».

Es una noción de texto que ella toma, de manera explícita y, en particular, de los semióticos de la Escuela de Tartu: «Lo que aquí llamamos texto se aproxima a lo que los semióticos soviéticos llaman "sistema modelante secundario" o "una aproximación semiótica del mundo"».

En esos conceptos de cultura como texto y de texto como cualquier comunicación de carácter sígnico planteado por Lotman, al parecer se diluye la frontera entre la lengua y los demás sistemas de signos, al colocar todos los sistemas a un mismo nivel. Sin embargo, hay que resaltar que para Lotman los sistemas comunicativos de la cultura no se confunden con la lengua, la cual ocupa una posición privilegiada. Plantea que el lenguaje natural es el sistema universal que sirve de base para la creación y la clasificación de todos los sistemas:

«Pero las culturas son sistemas comunicativos, y las culturas humanas se crean basándose en ese sistema semiótico universal que es el lenguaje natural. Por tanto, en la base de la clasificación de los códigos de las culturas puede colocarse *a priori* su relación con el signo».

Esa idea es reiterada con más claridad por Lotman en esta otra idea, según la cual la lengua es un sistema modelizante de los demás sistemas semióticos y de la cultura:

«Es natural que incluso los sistemas semióticos más particulares, como, por ejemplo, la lengua nacional, ejerzan un influjo modelizante sobre los tipos de la cultura».

Esa condición de modelo asignada a la lengua es cercana al rol que le reserva Emile Benveniste al postular que es el sistema semiótico interpretante de los demás sistemas, los cuales son sistemas interpretados por la lengua.

En otro ensayo contenido en *Semiótica de la cultura*, «Sobre el mecanismo semiótico de la cultura», firmado por este junto a Boris A. Uspenskij (1971), los autores precisan un tipo de relación más igualada y equilibrada entre lengua y cultura, un tanto diferente a la relación propuesta por Benveniste.

Para ellos existe interdependencia entre la lengua y la cultura, las cuales son realidades indivisibles. No hay lengua sin cultura ni cultura sin lengua:

«...nos parece útil subrayar que, en su funcionamiento histórico real, las lenguas y las culturas son indivisibles: no es admisible la existencia de una lengua (en el sentido amplio del término) que no esté inmersa en un contexto cultural, ni de una cultura que no posea en su propio centro una estructura del tipo de una lengua natural».

Sin embargo, la discrepancia con Benveniste es solo aparente. También para Lotman, como se muestra en el siguiente pasaje, la lengua tiene un valor preeminente frente a los demás sistemas semióticos:

«Uno de los problemas esenciales es el de la relación entre cultura y lenguaje natural. Durante estos últimos años, en las publicaciones de la Universidad de Tartu, relativas a la semiótica, los fenómenos de la serie cultural han sido definidos como sistemas de modelización secundarios. Con ello se evidencia el carácter derivado respecto de las lenguas naturales. En varios trabajos se ha resaltado y analizado, con base en la hipótesis Sapir-Whorf, la influencia del lenguaje sobre las varias manifestaciones de la cultura humana».

La semiótica de Lotman y los integrantes de la Escuela de Tartu se dedican, sobre todo, al estudio de los sistemas semióticos culturales, los cuales son definidos como sistemas de modelización secundarios por oposición a la lengua que, considerada como sistema de modelización primario, es la que da sentido a los demás sistemas.

Desde ese punto de vista, Lotman se aboca al análisis de los sistemas culturales con base en los que él califica «elementos semióticos invariables». Esos elementos son, en esencia, dos tipos de relación. Por una parte, la relación entre el significado y significante (Saussure) o plano del contenido y plano de la expresión (Hjemlev); por la otra, la relación paradigmática y relación sintagmática.

Y a partir de esas relaciones, sus manifestaciones y combinaciones, Lotman establece una clasificación de la cultura rusa en cuatro códigos o lenguajes culturales correspondientes a diferentes períodos de la historia de Rusia. La tipología se apoya en análisis de algunos sistemas de modelización secundarios como son: la literatura, las costumbres, la jerarquía del poder, la religión.

En la tipología de Lotman, el primer código cultural corresponde a la Edad Media. Se apoya en la relación semiótica entre significado y significante y se caracteriza por el primado de lo semántico o lo simbólico.

El análisis semiótico de ese código se basa en el establecimiento de un sistema de oposiciones en esa sociedad. El contraste más general consiste en la distinción entre las prácticas significantes y las no significantes. En esa separación descansa el código semántico.

En la sociedad medieval rusa lo existente es lo que tiene significado y solo existe aquello que tiene significado. Está regida, por tanto, por lo que existe, lo cual es lo que significa, lo que tiene sentido, en detrimento de lo que no existe, que carece de significado.

Basado en narraciones orales Lotman explica esa semiosis cultural en la Rusia de entonces en este pasaje:

«En los siglos XIII-XIV, cuando la trágica situación de las tierras rusas había creado estados de ánimo escatológicos, surgieron narraciones referentes al "fin"... (Cantar de la ruina rusa). Aquí el fin se introducía en la estructura sustancial del mundo: todo lo que es y es válido perecerá (y al contrario: es válido aquello que perecerá). Pero también aquí a aquello que "tiene fin" se le contrapone, no ya aquello que "tiene principio", sino aquello que "no tiene fin". El primero es válido, importante y existente o existido; el segundo no tiene valor ni importancia y su existencia es ilusoria».

Esa antinomia tiene su fundamento en el hecho que se vivía en un mundo en el que predominaba la ideológica escatológica impuesta por la religión, y el valor principal era dado por «lo que tiene fin», equivalente a la muerte; contra lo que «no tiene fin», que no se confunde con el principio, lo cotidiano o la vida, pues eran cosas consideradas inexistentes.

En ese sentido, la posición más significativa es lo material (la vida) versus lo ideal (la muerte, el más allá); también, el honor se imponía a la gloria.

El concepto básico que domina ese sistema es Dios: «Las relaciones entre expresión y contenido no son ni arbitrarias ni convencionales: son eternas y preestablecidas por Dios».

El segundo código cultural corresponde a la época de Pedro I en Rusia, en los siglos XVI-XVII. Se apoya en la relación paradigmática/sintagmática. Se caracteriza por el predominio de lo sintagmático y el rechazo de la jerarquía de lo que era significativo. En esa sociedad lo que contaba era la relación con el todo, no la parte ni el individuo.

Afirma Lotman: «El todo no es el significado de la parte, sino la suma de las fracciones sintagmáticamente organizadas».

Y el todo absoluto era el Estado y la Iglesia. Por tanto, fue sustituida «la estructura semántica por la sintagmática» en beneficio del poder que absorbía todo y encarnaba el único valor.

El tercer tipo de código de la cultura corresponde a la época del Iluminismo en el siglo XVIII. Se apoya en la relación entre lo aparadigmático y lo asintagmático. Se caracteriza por una negación de la representación de lo real, pues se vivía en el apogeo del racionalismo ya plantado en el siglo XVII.

Aquí el análisis de Lotman es muy agudo. En el Iluminismo había dos mundos que los caracteriza a través de oposiciones fundamentales. De un lado están las cosas naturales; del otro, las representaciones de las cosas.

La oposición entre lo natural y lo innatural abarca todas las relaciones en la sociedad. Gobierna la idea de que el signo es algo negativo, concepto que Lotman destaca en diversas expresiones:

«Las ideas del Iluminismo, que basa toda la organización de la cultura en la contraposición natural-innatural, tienen una actitud decididamente negativa frente al principio mismo de la significidad».

«La antítesis natural-innatural es sinonímica a la contraposición cosa-acción, realidad-palabras».

De ese mismo lado están las cosas reales y verdaderas, como el pan, el agua, la vida, el amor, que encerraban un valor positivo.

«El mundo de las cosas es real».

«El hombre en su esencia antropológica, la felicidad física, el trabajo, la comida, la vida misma como un proceso biológico preciso».

«Existe lo que se representa a sí mismo».

«Por tanto, las realidades inmediatas son válidas y verdaderas».

Las cosas reales, evidentes, cotidianas son las que tienen valor en ese mundo. En el lado opuesto están los signos. Se niega la representación de una cosa por otra.

Se niega todo lo que no sea real e inmediato: las cosas simbólicas usadas como signos; cosas innaturales, irreales y falsas. El dinero, los uniformes, los niveles jerárquicos, las reputaciones. Todo eso tenía una connotación negativa.

«...el mundo de los signos, de las relaciones sociales es el traído por la falsa civilización»; «...todo lo que "representa" alguna cosa es ficción».

«Las cosas que asumen un significado solamente en determinadas situaciones sígnicas carecen de valor o son falsas: el dinero, los grados, la tradición de casta y estirpe».

«Los signos se convierten en símbolos de la mentira, mientras que la sinceridad, la ausencia de signicidad, son el máximo criterio de valor».

He aquí un hallazgo muy importante de Lotman: la palabra es el signo más despreciado puesto que se contrapone al hecho, a lo real:

«En estas condiciones, el tipo fundamental de signo, la palabra, que en el sistema anterior era considerada como primer acto de la creación divina, se convierte en un modelo de mentira. Todos los signos sociales y culturales son declarados "palabras". Llamar a algo "palabra" significa denunciar su falsedad y su inutilidad. "El horrendo reino de las palabras en lugar del de los hechos: así es la civilización moderna, según Gogol».

Como se observa, es mundo que denota la crisis del lenguaje, de la lengua, al rechazar el signo y todo tipo de representación de una cosa por otra.

El cuarto tipo de código semiótico de la cultura es el semántico-sintagmático, que corresponde al siglo XVIII y principios del XIX. En específico, el de la sociedad burguesa surgida de la Revolución francesa.

Esa sociedad es descrita por Lotman mediante dos rasgos semióticos: el semántico: las cosas y los acontecimientos particulares de la vida tenían un sentido en sí mismos; y el sintagma, el de la relación entre las cosas: ese sentido particular entraba en relación con los demás sentidos para formar una totalidad: la historia.

Afirma Lotman:

«La idea del mundo como una sucesión de hechos reales, que son la expresión del movimiento profundo del espíritu, daba un doble sentido a todos los acontecimientos: semántico, como relación entre manifestaciones físicas de la vida y su sentido oculto, y sintagmático, como relación entre ellas y la totalidad histórica. Esta tendencia a asignar un sentido a las cosas constituía el aspecto fundamental de la cultura y penetraba no solo en la filosofía sino también en la vida cotidiana».

Lotman identifica lo semántico con los conceptos de hombre, sociedad, clase, pueblo, humanidad; pues esos conceptos eran los sentidos que adquirían las cosas, los sentidos dominantes. También identifica lo sintagmático con la idea de relación, unión e integración en una totalidad y una identidad.

Refiriéndose a la doble característica de esa cultura, afirma:

«Esto cambiaba el carácter del uso de los principios semánticos y sintagmáticos: el semántico se transformaba en la idea de que el "hombre", clase, pueblo, humanidad, y, por supuesto, un hombre determinando es solo la característica de esa unidad estructural. El sintagmático hacía que se considerase a cada hombre, entidad natural, como una concatenación de

individualidad, que plantea el problema de su correlación e identificación».

En el proyecto de la construcción de una semiótica del mundo, es decir, de la cultura, hay un rasgo común en los diferentes análisis de los integrantes de la Escuela de Tartu: la aplicación de una metodología descriptiva y explicativa que consiste en identificar en los textos determinados funcionamientos específicos.

Eso se evidencia en la tipología anterior de Lotman. Se observa también en el ensayo «Mito, nombre, cultura», de Lotman y Uspenskuj, en el cual el mito es definido por un elemento, la nominación:

«En el mundo mitológico, tal y como lo hemos descrito, se verifica un tipo de semiosis bastante específico, que puede referirse, en términos generales, al proceso de nominación: en la conciencia mitológica el signo es análogo del nombre propio».

En el ensayo de Lotman, «Valor modelizante de los conceptos de "fin" y "principio"», el autor busca tipificar determinadas prácticas semióticas basado en las tipologías del fin o el principio. Afirma:

«Es característico de los sistemas modelizantes secundarios marcar el "fin" o el "principio", o las dos cosas juntas.

»Las categorías del "fin" y el "principio" son el punto de partida del cual pueden, en consecuencia, desarrollarse construcciones lo mismo espaciales que temporales».

En el ensayo «Semiótica de los conceptos de vergüenza y miedo», 1970, Lotman también busca señalar la especificidad de la semiótica de una cultura dada. Aquí, apoyándose en la idea de Lévi-Strauss de que la «cultura es un sistema de limitaciones complementarias impuestas al comportamiento natural del hombre», señala que la vergüenza y el miedo son los principales comportamientos de determinados sectores de la cultura rusa y que esa relación coincide con la antítesis «nosotros-ellos».

V. V. Ivnov, en el trabajo «La semiótica de las oposiciones mitológicas de varios pueblos», 1973, propone un sistema

de descripción de los mitos que se basa en estas oposiciones: central-periférico; masculino-femenino; derecha-izquierda, y anciano-joven.

T. V. Civ'jan, en su trabajo «La semiótica del comportamiento humano en situaciones dadas (principio y fin de la ceremonia, fórmulas de cortesía)», estudia el comportamiento en la cortesía a partir de un conjunto de oposiciones.

Ese autor plantea un principio orientador de la cortesía: «En toda pareja, el primer puesto lo ocupa quien tiene un significado preeminente».

En ese sentido propone una distribución de la prioridad en las relaciones interpersonales. En la relación de cortesía basada en el género se prioriza lo femenino ante lo masculino; basada en la edad: lo anciano ante lo joven; en la posición social: lo superior ante lo inferior. En la basada en pertenencia a una determinada célula social o a una determinada sociedad, se prioriza lo extraño ante lo familiar o lo cercano.

N. I. Tolstoi y S. M. Tolstoi, en el trabajo «Por una semántica de los lados izquierdo y derecho en sus relaciones con otros elementos simbólicos», se cuestionan acerca de la significación de esas posiciones en numerosos estudios en Rusia. Concluyen que puede tratarse de una significación simbólica especial «bienmal» con base en las posiciones «derecha-izquierda del cuerpo»; o de otra significación en el campo de la «magia negra» en la que las posiciones se invierten: izquierda-derecha.

Como puede observarse en los textos reseñados de Lotman y de otros autores de la Escuela de Tartu, en gran medida la metodología de esa semiótica se apoya en un principio dicotómico orientado hacia la búsqueda de dualismos culturales. También en el tratamiento de los sistemas de modelización secundarios como un proceso de desciframiento de códigos cerrados.

Al finalizar estas notas sobre Lotman, quisiéramos sintetizar los aportes más relevantes, a nuestro entender, de la Escuela de Tartu:

- 1) Incorpora las ciencias del lenguaje al estudio de la cultura. Trabajar la cultura desde el lenguaje, por tradición reservado a las áreas de las ciencias sociales, es una gran novedad que aún requiere ser ampliada y profundizada.
- 2) Reconceptualiza la cultura. Esta es considerada como un conjunto comunicativo y expresivo integrado por diversos subsistemas semióticos secundarios y de la lengua natural como un sistema primario. He ahí una amplia y original perspectiva que traza la vía para la apertura y el encuentro de las ciencias sociales y las ciencias humanísticas.
- 3) Reconceptualiza el texto. Textos son todas las manifestaciones de las diversas prácticas culturales, semióticas y discursivas (música, teatro, pintura, canciones, folclor, etc.), bajo las condiciones de que sean el fruto de una codificación y transmisión continua, sistemática y coherente en una sociedad dada.
- 4) Reconceptualiza el lenguaje. El concepto de lenguaje rebasa al de la lengua, el concepto de lo sígnico rebasa la noción de signo y el concepto de texto rebasa el marco de la lengua y de la literatura.
- 5) Sitúa la semiótica en una perspectiva translingüística de amplio espectro al rebasar los límites de la semiología y de la lingüística occidental, en la orientación de Bajtín.

A grandes rasgos, esos son logros de la semiótica de Lotman y la Escuela de Tartu; pero también los puntos críticos, analizados por autores como Henri Meschonnic. **◆**0◆

31 de mayo-13 de junio

Texto e imagen: El coloso, Francisco de Goya

Introducción

«Texto e imagen» es un texto elaborado en situación académica. Es el resultado del proceso de formación desarrollado durante el seminario de la maestría, realizado con base en las orientaciones del profesor y las decisiones tomadas por el autor para su elaboración.

El profesor impartió las orientaciones en enero de 1979. Había cuatro meses para la elaboración y entrega del trabajo, hasta mayo. Las exposiciones orales se prolongaban hasta finales de junio, término del tercer trimestre del seminario.

El trabajo final era una actividad individual. La evaluación enfatizaba la capacidad de aplicación de conocimientos, la originalidad y la creatividad.

La redacción debía ser concisa y bien estructurada. La extensión era de unas diez páginas. Las exposiciones orales, breves, también, debían reflejar las grandes líneas del trabajo escrito.

El tema era libre, pero circunscrito a algún aprendizaje relevante. Debía enmarcarse en uno de los grandes ejes desarrollados; corresponder a uno de los aspectos específicos tratados; en fin, guiarse por el título general del seminario: Semiología del texto y métodos de la crítica contemporánea.

Una de las primordiales recomendaciones era que ese trabajo no debía confundirse con la tesis de maestría; la cual, de otra naturaleza y de superior valor, debía ser presentada y defendida en fecha posterior y luego de aprobar el seminario. Con esas orientaciones apostilladas, de inmediato me puse a la obra. Comencé por plantearme algunas interrogantes: ¿Cuál tema era el más accesible a mi conocimiento y dominio? ¿Cuál me interesaba profundizar? ¿Hacia cuál perspectiva, entre las conocidas en el seminario, debía orientar mi trabajo?

La obligación de despejar esas incógnitas nos llevó a revisar las notas de clase, recorrer el trayecto del seminario, marcar los contenidos más importantes y proponer los aspectos relevantes que a continuación se detallan.

- 1. Eje y aspecto: relación entre semiología y semiótica;
- 2. Orientación teórico-metodológica: lingüística saussureana. Relación entre lengua (semiología) y habla (semiótica);
- 3. Tema específico: Mensaje pictórico ('habla') y mensaje textual (habla) en la pintura *El coloso*, de Francisco de Goya; Propósito general:

Examinar el valor del signo lingüístico según Saussure en la interpretación del signo icónico sobre la orienciación de Peirce.

Propósitos específicos:

Estudiar la relación entre dos sistemas semiológicos distintos: la lengua y la pintura.

Comparar dos manifestaciones semióticas de esos sistemas semiológicos; el cuadro *El coloso* del pintor español Francisco de Goya (1746-1828) y el título que nombra a esa obra: *El coloso*.

Determinar el nivel de correspondencia entre el mensaje pictórico y el mensaje textual.

I. Signo lingüístico y signo icónico

Ante todo, es preciso definir la perspectiva de nuestro estudio. La relación de los dos sistemas semióticos, el texto y la imagen, debe tomar en cuenta los dos niveles de la descripción lingüística: lengua y habla.

El primer nivel, el de la lengua, debe situar las relaciones en el plano de los principios generales que organiza cada sistema. Hablaremos de lengua e imagen basándonos en esos principios.

El segundo nivel, el del habla, corresponde a las manifestaciones particulares que actualizan los principios generales de cada sistema. En la imagen podemos hablar de un cuadro, una pintura, un objeto figurativo o del estilo del creador.

En la lengua hablaremos de discurso, texto y enunciado, etc. En ambos casos se trata del discurso individual del usuario de un sistema semiótico específico.

Sin embargo, desde la óptica semiológica la comparación entre un texto y una imagen presenta algunas incompatibilidades. Hay cierta incongruencia en tratar de comparar dos sistemas distintos; se asocian dos objetos de niveles diferentes, el «texto», es decir, discurso o habla, a la «imagen», es decir, sistema o «lengua icónica».

A menos que la palabra imagen deba tomarse en un sentido restringido y concreto, que significa entonces, el objeto figurativo: imagen sería sinónimo de «esta imagen», que designa por igual a una fotografía, una pintura, un dibujo, etc.

El modelo de descripción lingüística, lengua y habla, aquí empleado como perspectiva de este estudio, permite salvar esas dificultades y ayuda a examinar las diferencias entre el sistema icónico y una pintura concreta, de una parte, y entre la lengua y una manifestación del habla, como lo es el texto, de otra parte.

Desde Saussure, la noción de signo lingüístico constituye el punto de partida para relacionar los diferentes sistemas de significación:

«La lengua es un sistema de signos que expresa ideas, y por eso, comparable a la escritura, el alfabeto de los sordomudos, los signos militares, etc. (...) Solo que ella es el más importante de esos sistemas».

Saussure coloca el signo lingüístico como principio de definición y comparación de los sistemas semiológicos y eleva la lengua al rango de patrón de todos los sistemas.

II. Signo lingüístico

El hecho de que Saussure haya definido la lengua como el más importante de los sistemas semiológicos y que haya fijado a la lingüística la tarea de «devenir el patrón general de toda la semiología», se debe a que el signo lingüístico representa la significación de las cosas en las condiciones más ideales.

El signo lingüístico está constituido por dos aspectos: el significado y el significante. El significado es el concepto de la cosa; el significante es la imagen acústica y «material» que sirve de soporte a ese concepto. De esa forma, el signo lingüístico es definido, de hecho, por su carácter vocal y auditivo.

Pero ante todo, lo que lo define es la relación entre el significado y el significante. Esa relación se apoya en dos principios: carácter arbitrario del signo y carácter lineal del significante.

1. Carácter arbitrario del signo

Ese principio postula que entre el significado y el significante no existe correspondencia natural alguna; ningún vínculo interior mediante el cual de manera obligatoria el uno puede ser evocado por el otro. En el nivel de la relación entre el signo y el referente, la arbitrariedad implica que entre el signo lingüístico y la cosa referida o representada no existen relaciones de semejanza o analogía.

Para Saussure, la palabra arbitrario es sinónima de inmotivado. Ninguna motivación sirve de base a la relación entre el significado y el significante. La relación entre esas dos realidades es el resultado de una convención colectiva entre los sujetos hablantes de una lengua.

Es una convención implícita en una sociedad dada, la cual se traduce en el hecho de que tal significado o concepto sea asociado a tal imagen acústica o sonido, sin que entre esos integrantes del signo medie una causa o una motivación; o que, de la misma manera, tal palabra o signo designe tal cosa, sin ninguna vinculación lógica entre el signo y la cosa.

2. Carácter lineal del significante

Ese principio señala una propiedad primordial del signo lingüístico: su carácter unidimensional. Es lo que Saussure llama la línea definida: a) como una extensión, b) como una extensión mensurable en una sola dimensión.

Con eso, él indica que el significante lingüístico obedece a una realización sucesiva, fonema a fonema, palabra a palabra; contrariamente a los significantes visuales, los cuales comportan dos dimensiones y permiten una «lectura» simultánea.

Unido a este aspecto, existe un tercer elemento que caracteriza el signo lingüístico: la doble articulación del significante en «la cadena hablada».

La primera articulación es, según André Martinet, «aquella según la cual todo hecho de experiencia que se transmite, toda necesidad que se decida dar a conocer al otro se analiza en una continuación de unidades cada una dotada de una forma verbal y de un sentido».

Esas unidades son nombradas monemas por ese autor. Los monemas se identifican con el signo lingüístico por ser las unidades más pequeñas dotadas de un sentido y una forma.

La segunda articulación de la lengua es definida por Martinet en estos términos: «...Pero la forma vocal es analizable en una sucesión de unidades de las cuales cada una contribuye a que distinguir "tête", por ejemplo, de otras unidades como "bête"..., esas unidades son los fonemas...».

En español, un ejemplo apropiado y similar al que propone Martinet del francés sería la oposición entre «pala» y «mata».

Parecería que la doble articulación es una característica de la lengua; aunque, algunos lingüistas como Buyssens, consideran que esta también forma parte de otros sistemas de significación. Él cita, en particular, los sonidos de la campana y la bocina.

La noción de signo concurre con la de unidad. En efecto, todo sistema de significación debe poder ser reducido a unidades mínimas. Eso se observa en la doble articulación del lenguaje vocal. Esta expresa la economía de la lengua.

Por una parte están los fonemas que constituyen un número reducido y una lista cerrada. Por otra parte, los monemas o morfemas constituyen una lista abierta, un número ilimitado.

Para Emile Benveniste esa noción de unidad es el centro de la problemática semiológica: él se plantea las dos interrogantes que definen un sistema semiológico: 1º. «¿Todos los sistemas semiológicos pueden ser reducidos a unidades?», 2º. «¿Esas unidades, en los sistemas donde existen, son signos?».

Benveniste aporta una respuesta afirmativa a esas preguntas con respecto a la lengua. Está constituida por unidades y esas unidades son signos. Pero en cambio, quedan sin solución los problemas planteados por Benveniste en relación con los otros sistemas, en particular las artes plásticas, de las cuales la imagen forma parte.

III. El signo icónico

A menudo, se parte del principio de la coexistencia de los dos aspectos del signo lingüístico, a saber, el significante y el significado, tanto para definir la lengua como para denominar lenguaje a todos los sistemas de significación que se realizan mediante una forma y un contenido. Es solo a ese título que se habla de la imagen en término de «lengua» o de «lenguaje». Pues esta vehicula un contenido, una representación de lo real, a través de líneas y colores.

Sin embargo, cuando se toman en consideración las características que definen el signo lingüístico se perciben las grandes diferencias que separan la lengua del «lenguaje» icónico. En primer lugar, como lo piensa Benveniste, sería muy difícil hablar de la imagen en términos de signos.

La imagen se apoya en un conjunto de significantes. Pero estos no se podrían descomponer en unidades discontinuas. Aunque Tardy descompone la imagen en unidades que llama «iconemas», no es seguro que esas unidades sean del mismo orden que el signo lingüístico.

En segundo lugar, las nociones de imagen fija, de secuencia, de plano, que en un determinado nivel algunos semiólogos retienen como unidades, no ofrecen rasgos distintivos tan precisos como para diferenciarse entre sí. Para Benveniste, el color de la imagen comprende una variedad ilimitada de matices graduables que no tiene equivalencia con el signo lingüístico.

Ese autor critica la idea según la cual la imagen pueda ser descompuesta en unidades semiológicas. Él se interroga acerca de la naturaleza de la unidad de la pintura y el dibujo: «¿Cuál puede ser la unidad de la pintura o del dibujo? ¿La figura, el rasgo, el color?».

Se entiende que esos criterios son de carácter lingüístico, que la imagen carece de la capacidad de descomponerse en unidades semiológicas. Esa limitación concierne a todas las artes plásticas y al sistema icónico en general.

Sin embargo, otros investigadores que se sitúan en perspectivas semiológicas más amplias consideran que, en especial en la pintura, pueden despejarse unidades y que esas unidades son signos. Abrahan Zems se expresa en ese sentido.

Ese autor habla de la doble articulación. Considera que la forma pictórica es un enunciado más amplio que la palabra, asimilable a una oración o a un monema. Esta sería, según él, la primera articulación. La segunda articulación estaría conformada por las líneas y los colores que constituyen la forma.

Porcher comparte ese criterio. Con respecto a la imagen expresa que existen unidades icónicas a todos los niveles.

Hubert Demisch define algunos aspectos pictóricos como signos. Ve en la pintura una reproducción del paradigma de la escritura fonética «pero la iconología, aun en su referencia al modelo hidrográfico, no rompe tampoco con la noción estrictamente representativa del signo escritural que impone el modelo fonético».

Ese autor precisa la definición del signo pictórico: «Se definirá el punto, un signo que no permite ser dividido en partes; la línea, un signo que puede ser fragmentado en su longitud pero que es demasiado fina para serlo en su anchura. Pero la superficie es la parte más superficial de un cuerpo que no se conoce por su profundidad sino por la longitud y la anchura...».

Esa definición del signo corresponde a la teoría de Peirce según la cual: «El signo o *representamen* es lo que remplaza una cosa por algo en algún aspecto o posición...».

Como se observa en las referencias citadas, en el estado actual de la semiología no existe consenso acerca de los criterios para la distinción de las unidades ni de los signos en otros sistemas diferentes al sistema de la lengua.

La diferencia entre lengua e imagen es todavía más neta cuando se examina la relación entre esta última y la cosa representada. Contrario a la relación arbitraria entre la lengua y la cosa, la relación entre la cosa representada y la imagen es de semejanza o analogía. La pintura *Manzana* del pintor Cezanne, para poner un ejemplo ya clásico, se asemeja tanto a una manzana real que se puede decir que no existe una verdadera sustitución en el representante de la significación.

La cosa representada y el representante parecen ser el mismo objeto; sin embargo, como lo afirma Benveniste, «el papel del signo es el de representar, de tomar el lugar de otra cosa evocándola en su condición de sustituto».

M. Risier, por su parte, precisa que «un objeto, como objeto, no es un signo, hay que distinguir la representación mediante los signos de la representación directa que no requiere del artificio semántico».

En efecto, es lo que se le reprocha a la imagen: ella establece una relación directa y motivada con la cosa representada.

En ese sentido, Rolland Barthes observa que esa relación es percibida como la expresión de una significación pobre. Ese autor se pregunta si la representación analógica puede producir un verdadero sistema de signos o solo simples aglutinamientos de símbolos.

Para Saussure la distinción entre signo y símbolo reside, justamente, en el hecho de que el símbolo conserva un determinado vínculo natural con la cosa significada. Aunque, si bien es cierto que en la óptica saussureana del signo, el problema de la analogía y la semejanza empobrece a la imagen como medio de significación, eso no impide que existan casos acerca de los cuales haya razones para creer que la significación vehiculada pasa por signos enteros. Es el caso de los signos figurativos en la pintura.

M. Risier aporta varios ejemplos de cuadros de ese tipo: *La noche*, de Miguel Ángel, rodeada de una máscara de temor y de una lechuza, es el símbolo evidente de la noche; *La paloma*, de Picasso, símbolo de la paz; o también, los casos de las cartas geográficas que representan una región o un país.

De la misma manera, en ciertos niveles, la motivación y la analogía en la pintura no excluyen del todo la arbitrariedad y las convenciones. Esto es válido en cuanto al estilo del pintor y las diferentes escuelas de pintura. Abrahan Zemsz muestra cómo a través de la historia los componentes pictóricos, las líneas, los colores, las formas han estado sometidos a las convenciones sociales y culturales.

En Picasso, las lágrimas no son identificables sino porque los ojos son triangulares o en forma de rombos. Gracias a las convenciones, en los bizantinos el oro era el color del cielo quemado. De igual manera, en la pintura religiosa algunos elementos de la imagen están sujetos a convenciones cuyos códigos es necesario conocer.

Por supuesto, esos aspectos convencionales no se apoyan sino en la función simbólica de la pintura, como también de toda actividad humana. Además, no definen un sistema. Son más bien hechos de estilo, manifestaciones individuales.

Benveniste enumera los cuatro elementos que, según él, constituyen un sistema semiológico: el modelo operatorio, el dominio de validez, la naturaleza y el número de signos y el tipo de funcionamiento del sistema. Si a la luz de ese esquema se comparan la lengua y la imagen, puede constatarse que esos dos sistemas no comparten ninguno de los elementos señalados por ese autor.

En la lengua, el modelo operatorio es el oído, en la imagen es la vista. El dominio de validez, que en definitiva depende del modo operatorio, en la imagen está sometido a mayores constreñimientos que en la lengua. Los medios vocal y auditivo tienen mayor alcance que el medio visual.

En cuanto a la naturaleza del signo, en la imagen resulta dificil reconocer y separar las unidades distintivas. La lengua, por el contrario, se descompone en unidades sonoras distribuidas a lo largo del sistema y combinadas de acuerdo con principios estructurales.

En fin, el tipo de funcionamiento de la lengua reside en el carácter arbitrario del signo y en la linealidad del significante. En cambio, la imagen funda su funcionamiento en la relación analógica con la cosa representada.

En el plano de la significación Benveniste distingue dos tipos de sistemas: uno en el que la significación es organizada por el autor y otro que no remite a una convención idénticamente recibida entre pares. La imagen forma parte de ese sistema.

Las relaciones significantes del «lenguaje» artístico se descubren a lo interior de una composición, y un cuadro, una pintura,

no es más que una obra de arte en la cual el artista instaura con libertad oposiciones y crea su propia semiología.

El otro sistema es aquel en el que la significancia está impresa en los elementos más pequeños en estado aislado. Es el caso de la lengua. En esta la significación es inherente a los signos mismos.

Las diferencias observadas entre el signo lingüístico y el «signo icónico» permiten establecer que la lengua y la imagen constituyen dos sistemas semiológicos bien diferenciables, y que entre sí guardan una muy débil relación de homología.

IV. Texto e imagen en El coloso

En esta parte abandonamos el nivel general de los sistemas semiológicos comparados, la lengua y la imagen. En la concepción lingüística que nos guía, nos ocuparemos del plano particular de las manifestaciones, que para ambos sistemas denominaremos habla.

El habla sería, en el sistema de la imagen, una pintura en particular, en específico el cuadro de Francisco de Goya; en el sistema de la lengua, el habla se concreta en un texto, sobre todo el que acompaña esa pintura y le da título: *El coloso*.

1. Mensaje pictórico

El cuadro *El coloso* representa dos series de significados dispuestos en dos planos. En el superior se levanta una enorme silueta humana como suspendida en el abismo con los puños y un poco de perfil. En el plano inferior hay una escena de pánico compuesta de caravanas, asnos, ganado en movimiento y como dados a la fuga.

Hay que decir que cada plano reproduce un paisaje que sirve de ambiente a los acontecimientos. Arriba se observa el horizonte negruzco y nuboso; abajo, un valle envuelto en una espesa neblina. Los personajes y los acontecimientos conforman una especie de relato cuyo significante, la forma, es la imagen pictórica completa.

En ese cuadro, la relación entre el significado, la historia y el significante, la forma, la imagen, es en esencia analógica. Lo es también entre el cuadro entero y el referente. Cuando lo observamos, en él vemos el cuerpo de un gigante, vemos caravanas, asnos y ganados que nos remiten a las cosas que se les asemejan en la realidad; aunque esos elementos no pueden ser identificados con precisión.

Eso se debe a que ese tipo de arte no es una copia como si se tratara de una fotografía. Este cuadro codifica un espacio pictórico formado por líneas y colores que de alguna manera dan la idea, la imaginación, de significados representados, aunque no actualizados. Así, la figura del gigante nos transmite la idea que nosotros tenemos del gigante, según nuestras convenciones culturales.

Sin embargo, ayuda a la comprensión del cuadro la relación intelectiva que se establece entre las convenciones culturales y el efecto de estilo del artista. En ese sentido, las ideas de separación de los dos planos y de dos escenas son dadas por la línea oscura en el medio. Esa línea es la que también da la idea del horizonte y del valle, como también de los conceptos de plano superior y plano inferior.

Por igual, la idea de pánico de la escena inferior no es sino el efecto de las convenciones de estilo. Son las que hacen que tal forma y tal color se interpreten como tales disposiciones de las piernas o del cuerpo; o que se identifiquen con movimiento; o que den la impresión de pánico en esa escena.

La fuerza del gigante es identificada gracias al color marrón o amarillento en la cara, el puño, los bíceps, etc. El todo sombreado se oscurece en el rostro del gigante, se ilumina en el torso a nivel de la cintura, que se distingue del conjunto, en general dominado por colores neutros u opacos: verde oscuro, marrón y gris.

2. Mensaje textual

En el cuadro de Goya el mensaje textual está compuesto por el título *El coloso* colocado en el exterior de la imagen. Es corto, un sintagma nominal. Ese laconismo contrasta con la extensión de la imagen.

En efecto, existe una distancia, una desproporción entre el espacio pictórico y el espacio textual.

Esa desproporción se manifiesta también en cuanto al volumen de las informaciones ofrecidas. La imagen representa un conjunto temático compuesto del gigante, el horizonte sombrío, la escena de pánico y sus componentes, el valle, los árboles, etc. Ante esa amplitud, el texto, el escueto título, vale por toda la imagen.

La imagen es plural; el título es singular. En ese sentido, el texto y la imagen son recíprocamente correspondientes solo en parte, pues el uno no remite del todo al otro.

Por otra parte, aunque en la imagen la silueta del gigante está puesta de relieve y domina toda la escena representada, en esta figura no se designa ningún elemento. Ella misma no se nombra «coloso». Se deja al espectador el cuidado, la libertad de interpretar a su manera, de recorrer la imagen en la dirección de su elección y de fijar sus ojos en cualquier elemento. El texto, en cambio, sirve para designar y obliga al espectador a concentrar su atención en un personaje: el coloso.

En ese cuadro esa es la función principal que cumple el texto, denominada por Barthes función «de anclaje». Ante la polisemia de la imagen, «el texto es verdaderamente el derecho de mirada del creador y, por tanto, de la sociedad, sobre la imagen: el anclaje es el control... En relación con la libertad de significaciones de la imagen, el texto tiene un valor represivo».

De hecho, el texto, el título en ese cuadro, más allá del «derecho de mirada del creador», constituye el privilegio de la lengua con respecto a cualquier otro sistema semiológico: el derecho de interpretación de todos los sistemas, descrito por Benveniste en estos términos:

«...La lengua es pues el interpretante de la sociedad... puede así introducirse y justificarse el principio de que la lengua es el interpretante de todos los sistemas semiológicos. Ningún otro sistema dispone de una "lengua" mediante la cual en ella pudiera categorizarse e interpretarse».

Consideraciones finales

Aprobé el seminario con la calificación BIEN debido a la participación en clase, las exposiciones de los temas asignados y la redacción «Texto e imagen: *El coloso*, Francisco de Goya», el cual respondía al requerimiento de un trabajo final sobre un tema específico del programa y su explicación en clase.

En dicho trabajo, la relación entre una imagen y un texto nos ha permitido destacar el problema principal acerca del signo icónico: su estatus semiológico. Desde la perspectiva de la lingüística hemos tratado de aportar una respuesta fundamentada a ese problema.

Pero he ahí que la dificultad permanece y otras se agregan. Preguntas sin respuestas, con respecto a la imagen, invaden los escritos de los investigadores.

Se habla de la dificultad de definir la imagen como sistema, dado que esta no implica un conjunto de principios que organicen unidades icónicas discretas. Se atribuye a menudo su universalidad a una dificultad común a todo arte: la dificultad de representar, de recrear; y no a una cierta propiedad figurativa de la imagen.

Hay autores para quienes la imagen no es más que una simple «palabra», actualizada cada vez en forma diferente en los cuadros, los dibujos animados, las secuencias fílmicas, etc. Otros consideran que el significante de la imagen es muy cercano al de la cosa representada. Eso dificulta que se pudiera establecer con

la realidad la distancia que consagraría a la imagen como sistema de signos.

También se considera a la imagen como un simple sistema de significación, y en ese estatus se habla de ella en término de lenguaje y de lengua solo en sentido figurado.

En el conjunto de los puntos de vista, lo único que parece cierto es el estatus de dependencia de la imagen en relación con la lengua. Esa dependencia se sitúa en dos niveles.

En un nivel general, el semiológico: por su capacidad de segmentar la significación la lengua absorbe, contiene a la imagen y a los demás sistemas de representación o de expresión. Esos sistemas no existen fuera del lenguaje humano.

En un nivel particular, el semiótico, en los cuadros, los dibujos, etc., de modo autónomo la imagen no posee significación. El mensaje icónico necesitaría de título, de leyendas; en fin, del texto, del discurso, para ser validado y confirmado. Y esa validación solo la propicia la lengua.

◆0◆

Iulio de 1979

Tesis de la Maestría en Letras Modernas

Después del trabajo «Texto e imagen», presenté el proyecto de tesis de la maestría en Letras Modernas. El seminario «Métodos de la crítica contemporánea» fue el espacio para la elaboración de ese proyecto. En las clases se plantearon y revisaron los aspectos teóricos y metodológicos generales de la investigación científica, y en particular los elementos de la investigación en el nivel de la maestría.

La tesis de maestría, Categoría del relato en la Nueva Novela francesa, elaborada bajo la asesoría del profesor Michel Gauthier,

fue presentada y defendida por mí a finales de julio de 1979. Es un trabajo inédito y no traducido del francés. Por su extensión, 133 páginas mecanografiadas a dos espacios, no será incluido en esta obra. Nos limitaremos a ofrecer en varias cuartillas los datos relevantes de su estructura, un resumen del contenido y la transcripción del diploma obtenido.

En la portada aparecen estas informaciones: Manuel A. Matos Moquete, Maestría en Letras Modernas. La categoría del relato en la Nueva Novela. Estudios de Francés para Extranjeros, E. F. P. E. Monsieur Gauthier. París III. Año 1978-1979.

El producto final del seminario fue, para cada maestrando, la elaboración del proyecto de tesis con base en un tema específico, tomando como modelo el esquema general que a continuación se presenta, elaborado en la clase.

1. Plan de la Maestría

I. Introducción general

Objeto de estudio.

Perspectiva del estudio.

Objeto: procedimientos narrativos de la Nueva Novela sobre todo desde la perspectiva de la enseñanza y del profesor de literatura.

II. Nueva Novela y escritura

A) Introducción: estudio comparativo del relato en la Nueva Novela y en el relato tradicional: *Le Père Goriot*.

Los tres procedimientos que caracterizan la Nueva Novela.

- La intertextualidad.
- La serialidad.
- La puesta en abismo.

B) La intertextualidad: procedimiento que consiste en transportar algunos elementos narrativos de un texto a otro. La intertextualidad en la Nueva Novela y en *Le Père Goriot*. Diferencia.

La Nueva Novela, empleo de manera más sistemática.

 C) La serialidad: organización del relato como una continuación de variaciones de un número limitado de elementos narrativos.

Para el problema de la serialidad del relato ver a Todorov. Específicamente:

- a) La proposición narrativa.
- b) Los actantes: variación de grafema. Las iniciales J. R.: elementos narrativos de base; las otras formas, las variantes.
- D) La puesta en abismo: Algunos ejemplos en la Nueva Novela.
- E) Conclusión:

Los procedimientos en la Nueva Novela

- a) No reproducen la realidad.
- b) Combinan los elementos narrativos en una especie de «juego de contrastes».

III. Narración e historia

- A) Introducción: respuestas a las interrogantes que los profesores de literatura pueden plantearse.
- B) La narración: novela tradicional-Nueva Novela
 - a) Novela tradicional: la narración es ocultada en beneficio de la historia.
 - b) Nueva Novela: la narración deviene el verdadero sujeto del texto.

- c) Signos para el tratamiento de las acciones: novela tradicional-Nueva Novela:
 - Nombre propio.
 - Los cuantificadores.
 - Las funciones.
- C) Materialidad: aspecto material de los signos: ocultados en el relato tradicional/exhibidos en la Nueva Novela.

D) El orden:

- a) Relato tradicional: lectura única.
- b) Poder creador del lector.

IV. Conclusión general

Respuestas a las interrogantes que los profesores de literatura pueden plantearse.

¿Qué beneficios aportaría la Nueva Novela? ¿Cómo utilizarlos?

Indicaciones para las referencias bibliográficas:

- a) Debajo de las páginas siguiendo el orden de las citas en el texto.
- b) A final de la tesis; poner las referencias completas.

2. Trabajo de tesis

Con base en ese esquema general elaboré el proyecto y presenté el trabajo de tesis «Categoría del relato en la Nueva Novela francesa» para la obtención del diploma de maestría en Letras Modernas en la Universidad París III, en 1979. Es un texto aún inédito.

En esta obra, debido a la extensión de ese estudio, solo incluimos los enunciados principales del producto logrado, siguiendo el orden del protocolo que rigió su elaboración y presentación.

I. Problema planteado y dilucidado

Las dificultades para clasificar la Nueva Novela, en particular la producida en Francia a partir de la década del 50, en la categoría del modo narrativo.

Interrogación e indagación acerca de si en verdad, en las obras que responden a esa orientación, de lo que se trata es de la muerte del relato o de la transformación del modo narrativo tradicional en otro tipo de modo narrativo.

II. Hipótesis demostrada

La nueva novela francesa se inscribe en un modo narrativo diferente, en criterios estéticos y poéticos y en convenciones narrativas, al modo de la novela tradicional.

Se precisa de una perspectiva relativista en el estudio de un dominio en constante transformación y en el cual nada es definitivo, como es el del arte en general, el arte literario en particular, y en específico en el relato.

III. Objetivos logrados

General

Comprender el funcionamiento de la Nueva Novela francesa en relación con los principios organizativos de la novela tradicional.

Específicos

- 1. Realizar una puesta en relación o comparación entre los principios estéticos y las convenciones narrativas del relato tradicional y los principios en los cuales se apoya la Nueva Novela.
- 2. Realizar un análisis textual de obras representativas de la novela francesa: *Pasacaille* (Pasacalle), de Robert Pinget, y *Dans le laberynthe* (En el laberinto), de Robbe-Grillet, tomando esos

textos como puntos de anclaje para definir el objetivo anterior a un nivel más general.

- 3. Identificar e interpretar los principios y los procedimientos a través de los cuales se trata el relato en la Nueva Novela.
- 4. Identificar los recursos mediante los cuales es tratada la materia narrativa para aprehender lo real y comunicar la representación de la realidad exterior al texto.
- 5. Interpretar el alcance de las modificaciones introducidas por la Nueva Novela a la estructura del relato y a las relaciones que este establece con la sociedad en la cual se ubica este tipo de literatura.

IV. Marco teórico-metodológico

Las obras de ese tipo de producción chocan con nuestros tradicionales hábitos de lectores atentos, sobre todo, con el interés de la intriga de la ficción.

La consideración de esa novelística como relato resulta igual de difícil para la crítica denominada tradicional, imbuida de la estética novelística de la ilusión realista. Pensamos en las diversas concepciones según las cuales la novela es la expresión o representación de una realidad.

Stendhal, por ejemplo, la asemeja a un espejo en el camino en el cual se refleja la realidad de una sociedad. La novela es para Lukács «la historia de un individuo problemático» en conflicto con su sociedad. En el diccionario Littré se afirma que la novela es «historia pintada, escrita en prosa, en la cual el autor busca excitar el interés por la pintura de pasiones, de costumbres, o por una singularidad de las aventuras» (Gueunier, *Langue française*, 1969, p. 115).

Asimismo, para una cierta definición del relato que confiere al tiempo, al devenir, un valor estructural, existen serios obstáculos para incluir a la Nueva Novela en el género narrativo. Nos referimos a la definición del relato de Claude Bremond (1966), quien, siguiendo la orientación trazada por Vladimir Propp, afirma:

«Todo relato consiste en un discurso que integra una sucesión de acontecimientos de interés humano en la unidad de una misma acción».

La creencia generalizada de que el relato está ausente en la Nueva Novela se ha fortalecido aún más gracias a los mismos novelistas de esa orientación. En sus juicios acerca de su producción declaran tener como propósito la negación del relato. A ese respecto afirma Jean Ricardou (1973), uno de los teóricos más sobresalientes de esa corriente literaria:

«En todo caso, no habría que sorprenderse: según todos los procedimientos, la Nueva Novela niega, en efecto, con una virulencia creciente, un fenómeno de envergadura, insidiosamente activo en la mayoría de las instituciones humanas y tal vez objeto de un tabú ideológico clandestino: el RELATO».

Ese proceso generalizado en contra del relato, generado de fuera y de dentro de la Nueva Novela, no daría lugar a ninguna duda. Se habría decretado la muerte del relato. Sin embargo, esa muerte es solo aparente. He aquí la paradoja: negando el relato, los novelistas de la Nueva Novela llaman relatos a sus producciones narrativas.

En el prólogo de *En el laberinto*, obra colocada por algunos críticos en la categoría del no relato, su autor, Robbe-Grillet, la designa relato con esta expresión: «Ese relato es una ficción, no un testimonio».

Esa situación paradójica del relato es descrita por Jean Ricardou: «Con la Nueva Novela, el relato se encuentra en estado de proceso: experimenta a vez su ejecución y su negación».

Esas consideraciones acerca del relato en la Nueva Novela nos permitieron plantear algunas ideas que a manera de dudas e interrogante nos ayudaron a adentrarnos en el tema de esta tesis de maestría, avisados de las dificultades que encierra la problemática tratada.

Hasta donde se ha podido observar, la paradoja y la ambigüedad persisten en este dominio. No hay verdad rotunda. Se está

lejos de que haya consenso acerca del relato en la Nueva Novela, tanto en la distinción de los términos como en la terminología y los elementos de definición.

Inscribimos la problemática planteada en la orientación de los principios teórico y metodológico inaugurados por los formalistas rusos, según los cuales la descripción del relato debe tomar en cuenta dos aspectos: la fábula y el sujeto: «La fábula es lo que efectivamente ha pasado, el sujeto es la manera como el lector ha tenido conocimiento».

Esa distinción corresponde a la concepción binaria saussureana: el significado y el significante. Con algunas modificaciones terminológicas, esa manera de abordar el relato ha sido adoptada por numerosos analistas que se reclaman más bien del enfoque semiolingüístico. T. Todorov, por ejemplo, utiliza la distinción entre historia y discurso: «En sentido general, la obra literaria tiene dos y un discurso».

Las nociones planteadas por ese autor son una aplicación en el campo del relato, de la literatura, de los conceptos de discurso e historia distinguidos por Benveniste, los cuales según ese lingüista son los dos sistemas o planos de la enunciación en que distribuye los tiempos del verbo de la lengua francesa.

Jean Ricardou, de igual modo, hace suyos esos elementos de definición al establecer la distinción entre la dimensión referencial y la dimensión literal. Gérard Genette, a su vez, asigna tres sentidos al término relato: relato: discurso; relato: acontecimiento, y relato: discurso como acontecimiento:

«En el primer sentido, que es hoy de uso común, el relato designa el enunciado narrativo, el discurso oral o escrito que asume la relación de un acontecimiento o de una serie de acontecimientos.

»En un segundo sentido, relato designa la sucesión de acontecimientos, reales o ficticios, que son el objeto de ese discurso y las diversas relaciones de encadenamiento, de oposición, de repetición.

»Un tercer sentido: relato designa también un acontecimiento diferente al anterior; no ya el que uno cuenta sino el que consiste en el que alguien cuenta algo: el mismo acto de narrar.

»Nuestro estudio trató, en esencia, sobre el relato en la dirección más corriente, la del discurso narrativo, que es, en literatura, un texto narrativo.

»Historia y narración no existen para nosotros sino mediante el relato. Pero en correspondencia, el relato, el discurso narrativo, no puede ser tal sino cuenta una historia, en falta de la cual no sería narrativo. El análisis del discurso narrativo será sobre todo el estudio de las relaciones entre relato e historia, entre relato y narración, entre historia y narración».

G. Genette (1972) adopta el tercer sentido, en el cual convergen los dos aspectos hasta aquí evocados: «En el primer sentido, que es hoy de uso común, el relato designa el enunciado narrativo, el discurso oral o escrito que asume la relación de un acontecimiento o de una serie de acontecimientos».

Así planteado el concepto de relato en el sentido tradicional, al convenirse la existencia de una convergencia en el texto narrativo de dos aspectos constitutivos, del «partido tomado de las cosas» y del «tomado en cuenta de las palabras», de lo cual habla F. Ponge, se nos traslada un sinnúmero de interrogantes. Al cuestionar las convenciones narrativas que rigen el relato tradicional, la novela moderna y, en particular, la Nueva Novela, han puesto al desnudo algunas dificultades.

Al definir el relato como el lugar de conflicto permanente entre la literalidad y la realidad representada, la Nueva Novela ha planteado el problema de saber de qué manera esos dos aspectos están comprometidos en el relato. También, cuál es el grado de predominio de un aspecto en relación con el otro. Por último, cuál es la relación de fuerza entre los dos aspectos.

Al parecer, de la oposición actual planteada entre los dos términos, se desprende un nuevo principio de clasificación de los textos narrativos: estarían clasificados dentro de lo que se denominaría

como «la ilusión realista», los textos en los cuales domina, se pone en valor sobre todo el aspecto anecdótico; en cambio, se llamarían textos «de la contestación del relato» o textos «de la autorrepresentación», aquellos en los cuales se exhibe su organización textual, su funcionamiento, su proceso de enunciación.

Es evidente que esa clasificación se sitúa al margen de aquella que se realiza en función de las épocas, las escuelas, etc. Lo moderno y lo tradicional podrían encontrarse, de igual modo, en este siglo como en los siglos precedentes.

Sin embargo esto no es sino una hipótesis sobre la cual no nos detendremos; de manera general se podría decir que novela tradicional del tipo de la de Balzac correspondería a la primera clasificación, «la ilusión realista», mientras que la novela moderna a la segunda, «la contestación del relato».

En síntesis, en la definición del relato, en cualquiera de las teorías, se plantea la existencia de dos aspectos que convergen en el texto narrativo. En ese orden, Todorov amplía el sistema binario integrado por la historia y el discurso.

En su trabajo «Literatura y significación» (1967) ese autor toma en cuenta, en efecto, un tercer componente, al subdividir el aspecto del discurso. Así, el relato literario estaría integrado por 1) el aspecto referencial: lo que une un enunciado a una realidad que le es externa; 2) el aspecto literal: que se manifiesta en el hecho que el enunciado es evocado por sí mismo, se retorna sobre sí mismo y no sobre la realidad externa; y 3) el aspecto proceso de enunciación: que concierne a los elementos que intervienen en ese proceso: los interlocutores, el emisor y el receptor, el acto de emitir y el de recibir.

En esta tesis de maestría asumimos la perspectiva teórica de Todorov, en la medida en que pueda servirnos de orientación metodológica para nuestro análisis. Y en lugar del esquema binario, discurso e historia, abordamos el estudio del relato en la Nueva Novela, basados en estos tres aspectos: referencial, literal y enunciativo.

Sin embargo, nuestro enfoque no se limita a la orientación de ese autor. A la vez, utilizamos las fuentes valiosas de los trabajos críticos realizados acerca de la Nueva Novela, en particular las conceptualizaciones desarrolladas por Jean Ricardou.

Tomamos en cuenta también las conceptualizaciones acerca del relato tradicional aportadas por diversas fuentes calificadas.

En fin, apelamos a los trabajos de los semiólogos o de los estructuralistas que en los últimos tiempos se han esforzado en construir una gramática del relato, tales como Vladimir Propp, Roland Barthes, Henri Bremond.

V. Metodología

Apoyándome en orientaciones propias de autores como Gérard Genette y Tzvetan Todorov se realizó un análisis semiótico de uno de los temas literarios más importantes, el relato, en las novelas *Pasacaille* (Pasacalle), de Robert Pinget, y *Dans le laberynthe* (En el laberinto), de Robbe Grillet, en el que se combinaron la semiótica, la lingüística y la retórica.

En ese estudio se procedió a distinguir en las novelas estudiadas tres niveles o dimensiones: el nivel referencial, las figuras de la narración y la enunciación narrativa.

VI. Resultados

Capítulo I. El nivel referencial: estatus de la historia

En este capítulo se tomaron en cuenta dos categorías: los acontecimientos y los personajes, y se estudió el tratamiento que la Nueva Novela otorga a esos dos elementos.

Capítulo II. Las figuras de la narración

Aquí se estudiaron las figuras del discurso y los procedimientos mediante los cuales la Nueva Novela enfatiza la literalidad del relato.

Capítulo III. La enunciación narrativa

Se trataron las marcas de la presencia del narrador, la relación del narrador con el mundo representado y con el narratario o lector.

El diploma obtenido en la maestría se presenta como sigue:

UNIVERSITÉ DE LA SORBONNE NOUVELLE

PARIS III

El Sécretaire Général de l'Université de la Sorbonne Nouvelle certifie que Monsieur MATOS-MOQUETE Manuel né(e) le _06 AVRIL 1944
à REP. DOMINICAINE justifie de la licence d'enseignement de LETTRES MODERNES a obtenu le certificat d'études supérieures de maîtrise suivant:

C2 EF 992 Méthodes de la critique contemporaine... (Mention BIEN)

a soutenu à la sesión de <u>JUILLET 1979</u> un travail d'études et de recherches sur le sujet suivant <u>La catégorie</u> de récit dans le Nouveau Roman... (Mention TRES BIEN)

et justifie de la maîtrise faisant suite a la licence d'enseignement de LETTRES MODERNES

P/Le Sécretaire Général Le chef des services de la sécretarie

J. GALLAT

DOCTORADO EN LITERATURA

Permanente ansiedad de aprender

En 1979, cuando terminé la maestría en Letras Modernas, en un momento pensé en que ya había concluido mis estudios universitarios. Pude detenerme y conformarme con ese diploma pues en ese tiempo todavía no era muy necesaria una titulación mayor en el mercado de trabajo, en el que, por lo general, solo se requería el nivel de licenciatura.

La mayoría de los estudiantes no continuaba hacia la maestría. Aún era un lujo, pero a mí me gustaba estudiar. Y también sabía que tenía muchas lagunas.

Me había acostumbrado a la vida académica, pero era difícil continuar automáticamente hacia el siguiente peldaño sin preguntarme y evaluar los grandes retos que me esperaban. Calculando los pros y los contras, decidí proseguir.

Conocía las exigencias. Con esas experiencias, con esa convicción, sin desmayo, me impulsé hacia el último nivel de mi formación académica: el doctorado.

Porque, más allá de los diplomas, tenía una insaciable sed de aprender. Esa fue la motivación principal que me llevó al doctorado y a reactivar la búsqueda bibliográfica. Relancé la lectura en dos direcciones.

Hacia atrás. Empecé a reevaluar la formación adquirida revisando la bibliografía leída, consultada, trabajada, desde la licenciatura; sobre todo, volviendo sobre algunos autores que me acompañaron durante la maestría. Fue un proceso de reflexión y reaprendizaje.

Hacia delante. Me dije que conocía a muchos autores de nombre que los profesores habían mencionado en las clases y que todavía no había tenido la oportunidad de leer. Por cierto, había leído mucho, había consultado una enorme cantidad de fuentes bibliográficas.

En ese momento aún no había decidido el área de estudio en las ciencias del lenguaje. Había un amplio abanico de disciplinas, la mayoría de las cuales se ofrecían en las universidades francesas. Las más conocidas y demandadas eran lingüística, semiótica y estudios literarios.

Esos grandes campos de estudio se ramificaban en innúmeras especialidades intrínsecas de las áreas del conocimiento: poética, retórica, estilística, gramática, lexicología, fonología, análisis del discurso, etc.

O se enmarcaban en épocas y geografías específicas de las distintas disciplinas. Por ejemplo, lingüística francesa o lingüística de las lenguas árabes; semiótica de la Escuela de París o de los países de Europa Oriental; o literatura general, literatura comparada, literatura francesa, literatura hispánica, etc.

También se relacionaban con otras disciplinas humanísticas como filosofía, sociología, antropología, psicología, que daban lugar a otras tantas especialidades: filosofía del lenguaje, sociología de la literatura, sociolingüística o psicolingüística, etc.

Y lo más interesante y curioso para mí era descubrir que en cada especialidad o subespecialidad había grandes especialistas, obras reconocidas y en oferta en las librerías; así como universidades o centros de estudios superiores especializados en los dominios específicos del conocimiento.

Por la gama tan variada que se anunciaba en los catálogos de las universidades, en un país como Francia era y es hoy, un tormento decidirse por una u otra especialidad a la hora de cursar un grado del cuarto nivel, en particular el doctorado. Pero en ese momento, esa no era mi mayor preocupación.

Me inquietaba más el nivel de mi formación, del conocimiento en las ciencias del lenguaje. Quería estar más seguro para encarar el doctorado. Pero me sentía con grandes carencias en el aprendizaje.

Era, quizá, que en realidad no me había curado de la ansiedad de aprender de los primeros días de estudio en Francia. No me había curado, y en definitiva no me curé. Me había acostumbrado al afán intelectual.

Necesitaba ampliar el conocimiento y la reflexión en lo relativo a las vertientes menos trilladas en las universidades francesas. El estructuralismo y la semiótica ocuparon la mayor plaza de mi formación. A esas orientaciones dediqué el tiempo más prolongado. Me brindaron conocimientos y métodos puros y duros en lengua, literatura y en el dominio del análisis del texto.

De algo estaba muy consciente: en el nivel del doctorado, que en Francia estaba orientado hacia la investigación y la producción de conocimientos, el problema ya no era aprender más informaciones y recibir más cursos, como hasta ese momento lo había hecho en la licenciatura y la maestría.

La tarea más elemental era, entonces, aumentar la capacidad de lectura y reflexión. Elaborar un pensamiento crítico que me permitiera aprovechar el caudal de aprendizaje que se abría en el horizonte en Francia, donde había una ebullición de aportes en las humanidades y las ciencias sociales de la época.

Con esa convicción, durante las vacaciones de 1979 me propuse un plan para recuperar las lecturas no realizadas y aumentar mi caudal de conocimiento. Me apliqué a leer obras literarias fundamentales, obras de las ciencias del lenguaje y áreas afines: literatura, análisis literarios, lingüística, semiótica, análisis del discurso, filosofía, antropología, etc.

Inicié la lectura de textos impresindibles de filósofos, antropólogos y de cuantos autores me ayudaran a darme una base más sólida para encarar el doctorado en el año lectivo que se avecinaba. Mi meta era inscribirme en el doctorado en las mejores condiciones.

Por suerte, estudiaba en un país donde hay una producción bibliográfica enorme; hay numerosas e importantes librerías; hay muy buenas bibliotecas públicas que funcionan, llenas de libros antiguos y recientes.

Ahí, en esos espacios, calmaba yo mi hambre y mi sed de lectura y aprendizaje durante ese período intermedio entre la maestría y el doctorado. Nunca como antes había leído a tantos autores que solo conocía por referencia.

Ahora, en La Biblioteca, me sorprende y conmueve redescubrir sus rostros. Cuando veo brotar esas inolvidables imágenes, me siento colmado de un extraño sentimiento nostálgico, a la vez alegre y grave.

Son señales que interpreto como invitaciones taxativas, conminatorias, a volver sobre los pasos de los autores y obras visitados durante mis estudios de lenguaje y literatura. En los de lenguaje, que aquí reseño, en conjunto los textos comparten las diversas orientaciones acerca de los sistemas de signos en su múltiple naturaleza y manifestación de comunicación y expresión.

Ningún autor prescinde de la lengua; pero en los textos leídos existen diferentes aproximaciones al lenguaje y la literatura. Unos se apoyan en fundamentos lingüísticos, otros antropológicos, otros filosóficos, otros socioculturales.

Entre los que tienen un fundamento filosófico se destacan algunos textos de base lógica, como es, cabalmente, la semiótica de Peirce, en los tiempos modernos fundador de esa orientación; también la semiótica de Morris, continuador e innovador de la semiótica de Peirce; y, en cierto modo, la semiótica de Umberto Eco, repetidor y divulgador de la semiótica de Peirce y Morris con mezcla de la semiología de Saussure y Barthes.

Saussure y Benveniste, se fundamentan en la lingüística. Pero hay otros, como Bajtín, que combinan lo lingüístico y lo sociológico. En fin, entre todos ellos se destaca la poética de Henri Meschonnic, autor que me acompañó con sus obras y su personal asesoría académica en todo el tramo de mi doctorado.

En la relectura en la que estoy embebido redescubro y releo marcas abiertas e imborrables de huellas personales de algunos autores que fueron mis profesores; de otros que no los fueron, pero que conocí y estudié en ediciones frescas recién llegadas a las librerías en mi época de estudiante en Francia.

Cuando lanzo una mirada retrospectiva al período de mi vida de exiliado político en Francia, en la década del 70, me doy cuenta de que, sin duda, en los estudios universitarios en París cumplí una tarea titánica. Son estudios diseñados para estudiantes excelentes, y yo no lo era. En general, es un sistema educativo hecho para que triunfen los mejores, fracasen los mediocres y los peores sean eliminados antes de ingresar. Es muy injusto. No todo el mundo es admitido para matricular en la universidad. Y el que logra entrar, permanecer y terminar, no necesariamente con calificaciones sobresalientes, pero con éxito, es sobre todo gracias a sus excepcionales cualidades personales.

Los profesores, en su mayoría, son autores. Muchos de ellos son los mejores escritores y los especialistas en sus respectivas áreas de conocimiento; y la docencia no representa sino un espacio de ensayo para sus creaciones literarias y sus investigaciones científicas. Ellos son un apoyo, sin duda. Pero no enseñan si el estudiante no quiere aprender. Imparten su docencia, investigan, asesoran, escriben, publican. Cumplen con sus tareas. No se detienen a querer que estudies, a que seas un buen estudiante, a que hagas las tareas, a explicarte demasiado. Te consideraban

adulto y capaz de aprender por ti mismo. Te dicen: «Estás en la universidad; ahí están las bibliotecas. Y te sueltan».

La universidad no es la escuela primaria o secundaria, y los profesores no se sienten obligados a darte un trato individualizado o personalizado. Ni siquiera te conocen, no saben quién eres y no les importa. No hay hacia donde mirar ni a quien llorar y reclamar. Ellos hacen de manera estricta su trabajo de profesor universitario en un país desarrollado. Luego, el estudiante debe hacer lo suyo: estudiar, aprender de manera autónoma.

Entonces, nunca fui un estudiante de altas calificaciones, aunque sí muy aplicado y centrado. Siempre he sido un fajador en todo lo que hago. En realidad, no estaba preparado para ingresar a una universidad de un país desarrollado, y mucho menos para triunfar. Sobre todo, procedente de un país subdesarrollado con un sistema educativo por el suelo. Estoy muy agradecido de la vida. Debo los logros obtenidos a mi familia, a mis profesores, y, en especial, a mí mismo.

Entonces llevaba yo encima tres roles: el refugiado político, el estudiante y el obrero; motivos para llenar una trilogía de relatos a la manera del escritor de *La Comuna de París*, Jules Vallés, en su trilogía de novelas: *El niño*, *El bachiller y El insurrecto*.

En el París mío alternaba el estudio con el trabajo. Cumplía cada día una jornada de ocho horas en un horario nocturno que se extendía de diez de la noche a las seis de la mañana. Laboraba en el área de despacho del periódico *France Soir*, junto a bravos y solidarios obreros del sindicato de la prensa de la Central General de Trabajadores, CGT.

El tiempo regular dedicado a los estudios era de tres de la tarde a nueve de la noche. Me dirigía automáticamente de la universidad o la biblioteca al lugar de trabajo, donde a las diez empezaba mi nueva labor, para cambiar el rol de estudiante a obrero.

Era una febril y entusiasta faena, a pesar del gélido ambiente nocturno. Armados de cordeles y cuchillas en las manos, los instrumentos de trabajo, esperábamos los periódicos calientitos a la salida de la imprenta.

Nos arremolinábamos en la estera eléctrica rodante para atraparlos. Y, aún encima del gusano metálico, con la rapidez de un rayo los tomábamos, los enrollábamos, los amarrábamos, les pegábamos las etiquetas con las direcciones y los colocábamos en bolsas; los dejábamos listos para la siguiente fase de distribución por el equipo de transporte que detrás de nosotros esperaba presto en los camiones para diseminarlos por toda la geografía de Francia.

Exhausto, terminaba la faena a las seis de la mañana. Tomaba el metro y atravesaba todo París de norte a sur durante una hora; llegaba a mi casa y dormía hasta las dos de la tarde.

Luego, según la asignación de tareas, me dirigía a la universidad o a la biblioteca, por lo general a esta última, hasta las nueve de la noche. Independiente de la universidad, también iba a estudiar a la Biblioteca Sainte Geneviève en la plaza del Panteón, en el centro de París. A veces iba a la Biblioteca de la Sorbona, que conocía bien porque había recibido docencia en ese centro académico.

Así, la misma rutina esos años. En ese régimen cursé la maestría y el doctorado. Añoro la universidad y las bibliotecas públicas donde la mayoría de las veces realizaba mis tareas en el horario vespertino cuando el trabajo me lo permitía; pero también me siento agradecido de ese trabajo que me posibilitó estudiar y mantenerme en Francia.

No hablo solo de la parte económica. La parte social era igual de importante. Pude integrarme y ser últil a la sociedad francesa, sin sentirme víctima de la marginación y la discriminación.

En La Biblioteca emergen masivos e insistentes recuerdos de aquellos años de la universidad en Francia. Las entrañables imágenes brotan a raudales de las sobrias portadas de color pastel e ilustraciones apenas perceptibles; de los estampados, subrayados, roturas y marcas de toda índole entonces dibujados en la

profundidad de las superficies de las páginas; de las fechas y los lugares de publicación y los nombres de las casas editoras.

Rodeado de tantas obras y de tantas ciencias pregunto a La Biblioteca: ¿Qué papel tienen el texto y la lectura? Es una pregunta que la desconcierta, pero sé que ella es la respuesta. En ella está encerrado lo poco que se pudiera saber al respecto.

Ella es el mar anchuroso hacia donde desembocan y se agrupan todas las ramas del saber. Los textos son grandes ríos de vidas que se bifurcan en multitud de riachuelos y afluentes de experiencias humanas. Y en ese *orbi et orbi*, por su presencia vibrante, la lengua es reina. Esta es la razón de ser de La Biblioteca, pero en comunión con todo lo que la rodea, la antecede o la sucede.

En otro ámbito, no logro definirme con facilidad por una escuela o una corriente; pero en cuestión de libros y de la lectura no hay vacilación alguna. En un santiamén siento una apasionada afiliación. La opción por los libros fue como un bienhechor delirio que prendió en mis adentros en los años de mi más tierna adolescencia.

La lectura fue como un aluvión de emociones que de repente invadió mi ser y se alojó en él de forma definitiva, cuando empecé a experimentar disfrute con la compañía de un puñado de autores que desde entonces he cultivado y he buscado ampliar; que fueron reuniéndose en tertulias multi y telecompartidas en torno a mi interés de aprender y soñar, y hoy gozan de un lugar privilegiado en La Biblioteca, conformando sus cimientos, pilares y grandes compartimientos.

Lo que es de mis gustos es de mis estudios y saberes. Nadie entiende mejor eso que La Biblioteca, en cuyo espacio y bajo su placentera aureola disfruto de una enorme felicidad, aunque siempre angustiado por incesantes interrogantes, las cuales trato de satisfacer con el apoyo de su sabio recaudo.

¿Cómo a través de las lecturas, los estudios y las reflexiones me fui apropiando de algunas orientaciones y desechando otras, sin necesidad de renunciar a los aportes de todas ellas?

¿Cómo me fui iniciando en el mundo académico lleno de ignorancia, dudas y turbaciones, pero animado por un enorme deseo de aprender? ¿Cómo he tenido que pelarme los ojos en La Biblioteca en este proceso de adquisición de los conocimientos en el que me veo discurrir?

Con profundo agradecimiento por los aprendizajes, mis recuerdos se hunden tras las huellas de las primerizas aspiraciones de formación y definición de mi humanidad. Remontan a la superficie de mi conciencia el reencuentro con algunas lecciones éticas e intelectuales de José Ingenieros.

Mi querida amiga alardea de conocer, a través de los libros en francés que ella encierra desde la época de mi formación en ese país, secretos no develados por mí de los momentos decisivos, no solo en mis estudios sino en toda mi vida, toda durante aquella inolvidable estancia.

El mundo de las librerías era lo que más disfrutaba. Frecuentaba las principales librerías por puro placer de contemplar el maravilloso paisaje de la cultura, la literatura y el saber; pero también para comprar libros indispensables, cuando podía, si no, por lo regular, me iba a la biblioteca.

Suscitan en mí agradables recuerdos de las librerías Flammarion, Gibert, la Fnac y otras relevantes casas de libros que me vieron atravesar su umbral. Añoro, en especial, los quioscos de venta de libros usados.

En los escasos momentos de ocio, mi mayor disfrute era perderme en el centro de París, la ciudad más seductora de Europa. En metro o en autobús llegaba al parque Luxemburgo y de ahí a pie me internaba en un grandioso periplo contemplativo para admirar los portentosos edificios, complacerme con las extraordinarias riquezas de algún museo, recrearme en alguna plaza adornada de un simétrico jardín y una maravillosa fuente, detenerme en un bistró para tomarme un café, una copa de vino o una cerveza. O si no, solo pasear, deambular.

Era encantador, sobre todo, detenerme en los quioscos de los buquinistas (vendedores de libros usados) en Saint Michel, el Quartier Latin, Saint Germain-des-Prés, a lo largo de la rivera izquierda del Sena. Mi mayor pasatiempo era ver y hojear libros raros, antiguos, verdaderas joyas; pero también obras recientes de reconocidos autores que de segunda mano llegaban rebajadas de precio a esos expendios.

Y sobre todo regatear. Rogar a esos nobles mercaderes, hasta lograr que me dieran el más generoso precio en las obras literarias y en los libros de texto. En realidad, era un juego con reglas consabidas, porque el negocio de los buquinistas era vender barato y eso les entretenía hasta lograr la venta deseada.

Pero nos hacían creer lo contrario. Creer que se decían, «gente de pocos recursos, los pobres», al vernos la cara de extranjeros y estudiantes de París I, París II, la Escuela de Altos Estudios, el Colegio de Francia y otras universidades de esos alrededores.

Junto a ese mundo de sucesos de mis días en París, con todas las bagatelas que me tocó vivir, añoro el ambiente universitario francés. El espacio clásico, majestuoso y ceremonial de la Universidad París I Panteón Sorbona, donde me inicié cursando la licenciatura de Francés para Extranjeros; el campus moderno, reservado pero caluroso de París III Sorbonne Nouvelle, próximo al metro Censier Daubenton, donde cursé la licenciatura y la maestría en Letras Modernas; la atmósfera de libertad de París VIII, Vincennes, con su amplia estancia repleta de verdor y permanente agitación, donde cursé el doctorado y terminé mis estudios en Francia.

Era mucho el tiempo de ida y vuelta a esos espacios. Intensas y sostenidas eran las jornadas dedicadas a las asignaturas cursadas, las horas consagradas a los textos estudiados y los trabajos elaborados. Había obtenido logros insospechados cuando arribé a Francia en 1975, directo de la cárcel La Victoria de mi país.

Diploma de Estudios Avanzados, DEA

Mis estudios se habían encausado por la semiótica desde los inicios de mi formación en Francia en 1975. Yo era, pues, semiótico y estructuralista. Pero me preocupaba saber dónde cursar el último tramo de mis estudios en Francia, en el grado de doctorado, de 1980 a 1982.

En los estudios, como en la vida, soy de talante conciliador, soy ecléctico. Me sentía inquieto e inconforme de esa única orientación seguida hasta finales de 1979, cuando terminé la maestría en Letras Modernas en la especialidad Semiología del texto literario del relato en la Nueva Novela francesa, tema de mi tesis.

Por tanto, no quería permanecer en esa vía, por lo menos en la versión ortodoxa, que era la que predominaba en las universidades francesas de entonces, como en París III, alma máter. Buscaba nuevos horizontes. Me veía atrapado en el estructuralismo y la semiótica. Necesitaba cambiar, pero sin renegar de mis aprendizajes en esa universidad.

En la universidad francesa de la época en que estudié en ese país, 1975-1982, existía el Diplôme d'Etudes Appronfondies, DEA, (Diploma de Estudios Avanzados), curso intermedio entre la maestría y el doctorado, orientado a la formación teórica y metodológica en investigación.

En términos curriculares, el DEA no era un grado académico como lo eran la licenciatura, la maestría y el doctorado. Ese diploma era un predoctorado. El primer año del doctorado, contando el DEA, tenía una duración de tres años.

Su obtención implicaba el requisito de un informe final que en el aspecto teórico y metodológico reflejara el aprovechamiento académico en los seminarios. También que perfilara, no tanto la temática, sino la orientación que habría de guiar el proyecto de tesis doctoral.

Pensaba inscribirme en el doctorado, pero no en la universidad que hasta entonces había hecho mis estudios. Me propuse cambiar a otra dónde cursar al año del DEA y luego, —pensaba— sería lo más conveniente, y ahí mismo cursar el doctorado.

Seguía de cerca diversas orientaciones que en ese momento en Francia brotaban como árboles frondosos en un inmenso bosque de teorías y metodologías de las más diversas perspectivas. Iba rumbo al doctorado y debía definirme. Había otras universidades y otros profesores que ejercían gran atracción.

En el período 1979-1980 me transferí de la Universidad París III a la Universidad París VIII - Vincennes - Saint-Denis. Me inscribí en el DEA en París VIII con miras de buscar a Meschonnic como director de tesis de mi doctorado.

Esa universidad tuvo su origen en el movimiento estudiantil y social de 1968. Su primer campus estaba en el Bois de Vincennes (Bosque de Vincennes), en el este de París. Luego se trasladó a Saint-Denis, un suburbio en el norte de la ciudad.

Desde su fundación en 1969 había adquirido fama de ser la universidad de la gente de izquierda. Tenía mucho prestigio porque contaba con profesores de muy alto nivel, como Henri Meschonnic.

El DEA comprendía un curso teórico y metodológico de investigación y un curso de iniciación a las técnicas de investigación. En concreto, tomé dos cursos obligatorios: el seminario

«Discurso e ideología», impartido por el profesor Levaillant, y el seminario «Análisis del texto literario», impartido por varios profesores.

Ingresé en el DEA convencido de que el curso iba a significar un momento de cambio, de reciclaje en la calidad y la orientación de mis estudios. Eso debía traducirse, a la vez, en una ruptura y una nueva búsqueda. En principio, tal es el fundamento de ese diploma intermedio entre la maestría y el doctorado.

Dicha perspectiva me permitió llevar a cabo una reflexión crítica en torno a los aprendizajes anteriores y a los seminarios del DEA. Me planteé la relación entre semiótica, sujeto y discurso en los textos semióticos que había estudiado en los grados precedentes.

En papel amarillento marchito por el tiempo y en letras mecanografiadas de la IBM, hoy resurge de los entramados de La Biblioteca el texto «Enfoque materialista en el análisis del texto literario», trabajo final que entregué en esa ocasión. Las huellas de Meschonnic están impresas en ese trabajo, en el enfoque materialista y en la visión monista de la relación entre significado y significante.

Era una manera de tratar de romper con la separación entre esos dos elementos. La ruptura anhelada tenía que ver con nuestra anterior formación, anclada en la estricta orientación estructuralista y semiótica.

No menospreciábamos la validez de los aportes de esos enfoques, que nos sirvieron de base para adquirir conceptos y ejecutar procedimientos fundamentales en los conocimientos lingüísticos y literarios. Mucho menos podíamos restar relevancia a la experiencia amasada durante esos años, forjados en la práctica sistemática del análisis del texto literario.

Sin embargo, para nosotros era urgente cuestionar los lineamientos hasta entonces seguidos en nuestros estudios en Francia. Era preciso adoptar un nuevo enfoque para una nueva escucha.

Primero, de los discursos que se emitían en torno al texto literario. Segundo, de los mismos textos literarios.

El reto era político. El problema era situar la teoría del lenguaje y de la escritura en su relación con lo político, con lo social y con lo histórico. Contra la teoría del hiato, de la discontinuidad entre lenguaje e historia, ideología y ciencia, sujeto y objeto, separación que caracteriza al estructuralismo; era necesario una teoría de la relación, de la continuidad.

Para eso, se precisa conocer el modo de operar del discurso positivista: la ideología cientificista que le sirve de soporte. Esta rechaza el sujeto, la ideología y lo social en nombre de la objetividad y de la eficacia.

Despolitiza, porque niega la historia. Situar la apuesta política del lenguaje y de la escritura equivale a historicizarlos, con lo cual es preciso plantear que constituyen, en situaciones específicas, un proceso subjetivo y social indivisible.

En esa búsqueda era necesario incluir al marxismo y al psicoanálisis. En estos enfoques era preciso situar la teoría del lenguaje y de la escritura así como establecer cómo se comportan frente al dilema que atraviesa el estructuralismo: inmanencia o trascendencia.

Asumir ese dilema implicaba quedarse atrapado en la tradición dualista del signo, en el cual se sitúan tanto la semiótica y el estructuralismo como el psicoanálisis y el marxismo. Los unos y los otros postulan y practican la separación entre el significante y el significado, entre el signo y el referente, entre el vivir y el decir, entre el sujeto y lo social.

La semiótica y el estructuralismo otorgan la prioridad a la forma sobre el contenido en la inmanencia del texto. El marxismo enfatiza lo social y el psicoanálisis pone el acento en el sujeto. En estos últimos casos, el trabajo de la escritura está bajo la dominación de la ideología del contenido. Sin embargo, el significante es desconocido.

Manuel Matos Moquete

En cuanto al formalismo de la semiótica y el estructuralismo, que en apariencia se centra en el significante, esa orientación representa el empirismo ingenuo propio del discurso positivista por el privilegio casi absoluto dado a la descripción paradigmática del texto.

Mediante ese procedimiento, el texto es reducido a un conjunto de redes tabularias mediante operaciones de identificación, listado y clasificación de paradigmas. Las estructuras así establecidas y agrupadas corresponden tanto al plano del significante como del significado.

El objetivo de esas operaciones es lograr una descripción exhaustiva y objetiva del texto y de su funcionamiento estructural, sin sentido, con la exclusión; por tanto de la actividad de lectura e interpretación del sujeto.

Los seminarios «Análisis del texto literario» y «Discurso e ideología», en el marco del DEA, no contribuyeron, como lo esperado, a la renovación de mis estudios. Se sitúan, más bien, en la continuidad de las orientaciones que antes habíamos conocido.

Los aspectos teóricos y metodológicos fueron muy débiles, faltaron en los seminarios. Aun cuando no se pueda separar el contenido de los cursos de alguna metodología explícita o implícita, es forzoso constatar que los temas abordados se quedaban a menudo en el plano de los procedimientos, de las técnicas útiles y prácticas para el análisis textual, pero sin ningún alcance teórico.

Debido a eso, no podemos decir que esos seminarios nos hayan ayudado a realizar un reciclaje que nos permitiera acceder a una nueva orientación o a un nuevo conocimiento del texto literario. Fueron más bien decepcionantes. El enfoque empleado, a excepción de algunos cursos, era empírico.

Los seminarios estaban organizados, sobre todo, en torno a temas planteados por los profesores, los cuales no correspondían a los intereses de los estudiantes. Era evidente el distanciamiento entre los seminarios y el objeto de estudio de las investigaciones en marcha de los alumnos, cuando lo que se esperaba era que ellos fueran complementarios de las investigaciones.

En «Discurso e ideología», el empirismo procedía de la ausencia de una teoría del discurso y de una teoría de la ideología. Al faltar lo principal, la vía fácil para el ideologismo y el sociologicismo estaba abierta. La relación entre sujeto e historia, elemento determinante en la orientación general del seminario, no estaba dialectizada. Eran también vagos los conceptos y la terminología. Para rellenar esa falta, en algunas ocasiones fue necesario recurrir al diccionario.

En «Análisis del texto literario», la gran diversidad de profesores pretendía ilustrar la tesis muchas veces repetida, de que un texto puede ser reducido a los discursos que en torno a él se emiten: el método que aplasta el objeto.

La mayoría de los enfoques utilizados se limitaba a retomar la descripción taxonómica del análisis estructuralista basada en el énfasis en un solo aspecto: la descripción del personaje, las acciones, las marcas de enunciación, etc.

El aporte principal en términos de aprendizajes recibido durante ese año del DEA y luego cuando empecé la tesis doctoral, no provino de los seminarios sino de mis lecturas de autores de diversas disciplinas humanísticas, pero en especial de las obras de Henri Meschonnic.

Ha de entenderse que en estos juicios no cuestionamos las competencias de los profesores ni la utilidad de los conocimientos impartidos. Solo interesa destacar, puesto que el asunto se nos había planteado en la evaluación de los seminarios, cuáles fueron los aportes de los cursos del DEA y en qué medida nos han permitido iniciar un reciclaje de carácter teórico y metodológico.

Ese objetivo determinaba la estrategia y la meta del año recién finalizado, y, a un mayor término, de la tesis del doctorado de tercer ciclo que formalmente, en términos académicos, se iniciaba con esos seminarios.

Mi encuentro con Henri Meschonnic

En La Biblioteca me veo navegando como si retornara a las fuentes nutricias, al final de un trabajoso y productivo viaje. Continúo los escarceos y las búsquedas en las ciencias del lenguaje, como un atleta que se ejercita sin cansancio para una justa olímpica indefinida e interminable.

En esa búsqueda dialogaba, en particular, con los textos de Henri Meschonnic (1932-2009), profesor emérito de la Universidad París VIII, Vincennes, uno de los fundadores de esa institución, y quien resultó ser la personalidad más influyente en mi formación en Francia.

Meschonnic, poeta, lingüista, crítico literario y traductor, fue un agudo e infatigable forjador y expositor de una orientación de la poética que surgió como una teoría crítica tanto de la poética tradicional de corte aristotélico como de la poética moderna, dominada en gran medida por el estructuralismo en boga en los años sesenta.

Meschonnic se destacó por sus originales y eficaces estudios y reflexiones lingüístico-literarios. Fue un teórico del lenguaje y la literatura, fundador de la orientación reconocida en Francia y en el mundo como «La poética de Meschonnic».

La poética de Meschonnic, conocida en el medio universitario francés a partir de la década del sesenta y, en lo sucesivo en el mundo, quedó expuesta hasta la época actual en obras fundamentales de ese autor: *Poética I, II, III, IV, V, El signo y el poema* y *Crítica del ritmo*: *Antropología histórica del lenguaje*.

La orientación desarrollada por ese autor, dentro del concierto de voces que se hacían eco del discurso de la verdad y de la ciencia era un camino abierto hacia los estudios lingüísticos y poéticos. Estudié en la Universidad de París VIII en el último tramo de mis estudios en Francia, en el grado de doctorado, porque me interesaba tener a Meschonnic como asesor de mi tesis. Seguía de cerca sus trabajos de la poética.

De entrada, es preciso apuntar la ocurrencia, como ambiente y antecedente de mi encuentro con ese profesor, el hecho de que tres estudiantes dominicanos, hoy escritores reconocidos, se inscribieron en su seminario de poética en la Universidad París VIII, Vincennes.

Recibieron cursos y asesorías del profesor francés: Diógenes Céspedes, Manuel Matos Moquete y Manuel Núñez. Los dos primeros concluyeron sendos doctorados en literatura; Núñez, en esa misma carrera, obtuvo el Diploma de Estudios Avanzados, DEA.

Años después Meschonnic visitó República Dominicana en dos ocasiones, donde fue recibido con aprecio y admiración por esos tres escritores y por un amplio grupo de intelectuales conocedores de los escritos del profesor. Durante esas visitas tuvo amigos, admiradores, seguidores y detractores.

Por la difusión de su poética en el mundo y en nuestro país, el nombre de Henri Meschonnic no deja indiferente a ningún crítico literario reconocido. Su presencia en nuestra crítica es indiscutible.

Quien quiera enterarse de esa situación solo tiene que leer la prensa del país y los reportes digitales, los cuales dan cuenta de un acontecimiento singular y raro en la historia literaria local: el hecho que una personalidad de la estirpe universal de Meschonnic haya visitado la República Dominicana dos veces, y que parte de sus obras haya sido traducida y editada en nuestra nación.

París fue el lugar de gestación del influjo de las ideas de Henri Meschonnic en la crítica literaria dominicana. En los años 1979-1980, antes de entrar en contacto directo con él, empecé a revisar mi anterior formación en el nivel de la maestría a partir de sus escritos.

En obras suyas que ahora releo, subrayadas por mí con marcas multicolores, se pueden reconocer el sistema conceptual y los temas fundamentales de la poética, cuyo axioma es: dime cuál teoría del lenguaje tú prácticas y yo te diré cuál es tu teoría del poema, del sujeto, de la historia y del Estado.

En el momento de conocer y apreciar los aportes de ese autor, me propuse tenerlo como asesor de mi tesis doctoral. Aunque él no era la única opción. Llegado el momento de decidirme acerca de quién debía ser mi asesor realicé gestiones con otros profesores de otras universidades.

Quería seguir en la especialidad del estudio del texto, en particular del texto narrativo. En ese momento, la orientación del análisis del relato era muy fuerte en Francia. Había una larga tradición narrativa y de estudios en torno a ella.

Prevalecía la moderna corriente del relato encarnada por la Nueva Novela, acerca de la cual había hecho mi tesis de maestría. En ese campo y, en general, en todas las manifestaciones literarias, los analistas prosperaban.

Desde la traducción y publicación de la obra del ruso Vladimir Propp *Morfología del cuento*, los semiólogos se apropiaron del cuento folclórico. Guiado por esa corriente me propuse profundizar en la orientación del análisis del relato oral.

Las funciones narrativas descritas por Propp en ese tipo de cuentos eran novedosos hallazgos que dieron lugar a un sinnúmero de aplicaciones desde la perspectiva estructural. La narratología se había convertido en una ciencia con pretensión de validez universal, al proponerse aportar al conocimiento y el

entendimiento de las manifestaciones del relato oral en todas partes del mundo.

En determinado momento me acerqué al profesor Gérard Genette, reconocido autor de obras como *Figuras I, II, III,* y le solicité que fuera mi asesor de tesis doctoral. Me recibió con mucha amabilidad, pero no pudo aceptarme. Me dijo que había una dificultad de tipo administrativo que le impedía ser mi asesor, me recomendó al profesor Claude Bremond, que, según él, era la persona más idónea en el área en la que buscaba especializarme.

Bremond era director de estudio en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales y dirigía una cátedra en esa especialidad. Era uno de los expertos más relevantes en el análisis estructural del relato oral tradicional, en la línea inaugurada por Propp.

Era considerado, junto con Greimas, como el mayor especialista en esa materia en Francia, luego de sus trabajos sobre el relato en la revista *Communications* de ese centro universitario y haber publicado su obra *Lógica del relato* en 1973. En la época, ese tipo de análisis había adquirido un gran prestigio en los estudios literarios, en antropología y en semiótica.

Empleo abusivo de la metáfora orgánica en la enseñanza

«El cuerpo del relato está constituido por partes o elementos que conforman su estructura, en la cual podemos reconocer un inicio o cabeza; un centro o el corazón, donde suceden las acciones principales; algunas periferias que son las circunstancias que envuelven a los personajes y a las acciones, y que también contienen acciones secundarias; por último, un final o extremidad del relato, el cual es el desenlace de la historia.

»Sin embargo —prosiguió el profesor— el corazón contiene el conjunto de las funciones de los personajes en un cuento».

Manuel Matos Moquete

En esa breve descripción quedaba destilada toda la ciencia del ruso Vladimir Propp y del profesor Bremond sobre el cuento. En adelante solo faltaba la explicación del andamiaje narrativo y las demostraciones con ejemplos de relatos orales de diferentes culturas.

Yo había leído algunos trabajos de ese profesor: me gustaron, quería ser un científico del relato oral y así poder conocer y entender las relaciones existentes entre historias y personajes conocidos en mi infancia en Tamayo como Buquí y Malí y Juan Bobo y Pedro Animal, y manifestaciones folclóricas semejantes en otras sociedades.

Así que, con esas expectativas, asistía al seminario doctoral que Bremond impartía en un viejo edificio del centro de París, creo que en la rue d'Ulm. Los doctorandos éramos doce o trece de diferentes nacionalidades: franceses, africanos, árabes, latinoamericanos, todos motivados por el mismo propósito de aprender las leyes universales del cuento oral.

Asisitir a las cátedras de Bremond era muy provechoso. Aprendía mucho sobre el relato. Aprendía cosas que hasta entonces nadie me había explicado con tantos detalles. Sus enseñanzas me eran de gran ayuda, sus clases eran en extremo interesantes. Me importaban mucho para lo que yo quería en ese momento.

Sin embargo, a medida que escuchaba la disertación del profesor, dos obstáculos me impedían continuar en esa orientación: la reafirmación de un estructuralismo que yo buscaba superar, y la falta de una teorización apropiada sobre el relato, desde el punto de vista lingüístico y literario.

Todas las explicaciones y la descripción básica del relato venían revestidas de metáforas. En particular, de las metáforas orgánicas. Eso me produjo un desencanto. En efecto, me desencanté; me di cuenta de que no se correspondía con mis intereses. La especialidad era y es muy importante y el profesor excelente, un gran analista del relato. Su seminario era puro análisis, donde radicaba su mayor fortaleza, aspecto de gran valor en los estudios semióticos, pero resultaba demasiado empírico.

Ante esa disertación me imaginaba no en un seminario de literatura, sino en una clase de anatomía, estudiando biología o medicina. Encontraba que el metalenguaje empleado no me permitía la conceptualización del relato. Así que deserté sin pensarlo dos veces. Buscaba más teoría, más cuestionamiento crítico.

Ese ejemplo del empleo abusivo de la metáfora orgánica en el discurso del profesor Bremond en la descripción del relato oral y folclórico fue una lección negativa que me marcó para siempre. Al final, las cátedras de Bremond no me convencían.

La orientación de Meschonnic era la más deseada y probable. Entonces empecé las gestiones para solicitar una entrevista con ese profesor. En esa decisión influyó Diógenes Céspedes, quien ya cursaba el doctorado con Meschonnic y me comentaba sobre el seminario de poética que el profesor impartía.

A partir de esas informaciones y las lecturas que iba realizando, habría hecho lo indecible por obtener una cita con él. Procuré que ese profesor fuera mi asesor de tesis doctoral en el año lectivo 1980-1981. Solicité la entrevista a Meschonnic por vía de la Universidad París VIII y agregué en un formulario mis datos y el motivo.

En la universidad francesa de aquella época no era fácil conseguir un asesor de tesis de doctorado del estatus académico e intelectual de Meschonnic.

La dificultad no se debía a discriminación alguna. Es que ese tipo de profesor tenía una agenda muy ocupada. Por lo regular, eran académicos de alcance internacional que impartían docencia o dictaban conferencias en diferentes países.

Algunos eran autores reconocidos; en fin, profesores muy solicitados y con horario muy cargado, como el caso Meschonnic.

Debido a sus múltiples responsabilidades y compromisos, tenían requisitos que los hacían inaccesibles a la mayoría de los alumnos que lo solicitaban. Entre ellos, previo a cualquier cita se evaluaban las competencias de los estudiantes; se aseguraban de que estos se ajustaran a la orientación epistemológica y a la línea de investigación en la cual estaban investigando.

El protocolo exigía que para las citas con el profesor los demandantes debían llenar un formulario. Había que filtrar los solicitantes. El estudiante debía calificar para la cita.

Como Meschonnic recibía con cita previa y sobre asuntos específicos comunicados con anterioridad, pensé y anoté la idea de la tesis que quería realizar. Coloqué en el papel un tema que reunía estas dos palabras: poética y América hispánica. Esos conceptos eran dos núcleos temáticos que para mí estaban claros en ese momento y que servirían de objeto para la entrevista con el profesor.

A la semana siguiente recibí una llamada de la universidad convocándome a la reunión con Meschonnic. Cuando me informaron del día y la hora del encuentro, me preparé lo mejor que pude para la entrevista.

Meschonnic ya había recibido el borrador de mi propuesta de investigación. Fue una entrevista muy amigable. No fue difícil, en principio. Era un hombre de gran sencillez y muy cortés, que inspiraba confianza.

El profesor conocía mi país de procedencia por los datos suministrados en el formulario y por Diógenes Céspedes, quien cursó el seminario de doctorado Crítica del Ritmo impartido por el profesor y que había defendido la tesis doctoral bajo su asesoría, a cuya presentación asistí.

De hecho, Céspedes y yo coincidimos en alguna ocasión en la Universidad París VIII; él sabía que Meschonnic había accedido a ser mi asesor. Sin embargo, no puedo precisar si fue él quien me orientó hacia esa dirección, me recomendó ante Meschonnic o si conocía de mi entrevista con el profesor. Pero sí recuerdo que en algo tuvo que ver Diógenes Céspedes.

El profesor me recibió en su cubículo de la Universidad París VIII. Me dispensó un saludo cordial y a la vez caluroso. La cordialidad era un trato normal en Francia, pero lo que me chocó de ese recibimiento fue la simpatía que, a mi arribo, me manifestó con sus gestos y miradas.

La acogida fue muy buena; entre ambos se produjo una interesante corriente de empatía. No puedo apreciar la influencia directa o indirecta ejercida por Céspedes en la recepción que me dio Meschonnic, pero sé que no fue casual.

El momento de la cita con Meschonnic en su oficina de la universidad es uno de los más inolvidables de mi vida. Subrayo el ambiente del encuentro. Releí y subrayé las obras que Meschonnic había publicado hasta ese momento, el verano de 1980. Destaqué los conceptos que, a mi entender, mejor expresaban su poética, y me encontraba preparado para el intercambio con el autor en torno a ellos.

Fue un encuentro cordial, pero no fácil. Era muy desigual. El profesor tenía una obra hecha en un campo determinado y yo era un aspirante que solicitaba su asesoría para mi tesis de doctorado.

Había hecho una maestría en otra orientación y traía conmigo un mundo hecho de un vivir, un luchar, un leer y un estudiar que siempre se hacían presentes en todos mis movimientos y actividades en Francia. Estaba un poco maduro; no solo de edad.

Cuando vi por primera vez a Meschonnic, lo primero que atrajo mi curiosidad fue su amplia frente, despejada por efecto de una calvicie que se extendía en un reluciente cuero cabelludo, que surcaba el cráneo de punta a punta, y lo dividía en dos mitades, para dejar ver en cada uno de los laterales un alto y tupido montón de cabello crespo, a la manera de un afro de los años setenta, que neutralizaba la calva del centro y daba la sensación de que la pérdida de cabello no era natural; se llevaba deliberadamente como un artificio personal del agrado de la persona calva. El ancho rostro, más bien ovalado, los grandes y vivos ojos azules y la sonrisa a flor de labio encendían la figura y la colmaban de una resplandeciente simpatía.

Seminario Poética del Ritmo y tesis de doctorado

Tuve la suerte de que Meschonnic aceptara ser mi asesor de tesis, luego de una entrevista inolvidable en la que me preguntó acerca de mis motivaciones y evaluó mi perfil para saber si cumplía con sus requerimientos exigidos para asesorarme.

Le hablé de mi tema, relacionado con la poética, su campo de reflexión e investigación, y en principio acordamos este título: «La poética en América hispánica».

Expuse la justificación: existían ensayos de teorías sobre la literatura en la América hispánica, pero eran muy fragmentarios. Deseaba estudiarlos, sistematizarlos y criticarlos.

Vio como buenos y válidos mis planteamientos y nos pusimos a trabajar. Ingresé a su seminario de poética en 1981, en la especialidad Análisis del texto literario: poética, temática, fantasmática.

Meschonnic era un intelectual admirable. Su poética se hizo sentir como una práctica analítica y una teorización diferentes en la crítica francesa. Mi encuentro con él fue un hallazgo de excepcional significación.

Hoy, al indagar las motivaciones de esa decisión, me doy cuenta de que entonces esas orientaciones me parecían normales y lógicas. La orientación poética y el término mismo eran influenciados por las lecturas de las obras de Meschonnic. La orientación del lugar, Hispanoamérica, fue una decisión de tipo cultural, además de ser mi lugar de procedencia, mi origen; era lo que me inspiraba a investigar y una manera de retornar a mis raíces luego de años de estudios en Francia y de tratar a autores, en su mayoría, de ese país y del resto de Europa.

Pero en el doctorado quería saber cómo la poética se manifestaba en esa región del mundo, conocer los autores que habían escrito sobre la literatura desde la perspectiva teórica.

De eso tenía algunas ideas. Mis experiencias previas, mis lecturas, a través del recorrido de mi vida, me conducían hacia ese punto. Había leído con profundidad la obra de José Martí y, de manera superficial, a otros autores que se enmarcaban en la búsqueda de una conceptualización literaria en Hispanoamérica.

Sin embargo, el fundamento de mi tesis estaba en la poética de Meschonnic; por eso la importancia del encuentro con el profesor. Esos temas le fueron comunicados a través de su secretaria en la universidad.

En el año escolar 1980-1981 me inscribí en el doctorado en literatura general en la Universidad París VIII, Vincennes, bajo la asesoría del profesor Henri Meschonnic. La universidad también ofrecía doctorados en tipos de literaturas específicas, en función del área geográfica y del período. Así, por ejemplo, Literatura Francesa de la Edad Media o Contemporánea; o literatura hispánica, literatura árabe, etc.

Literatura general es lo mismo que literatura a secas, pues podía especializarse en función de los seminarios. Tomé la especialización «Análisis del texto literario: poético, temático y fantasmático».

Tomé el seminario Poética del Ritmo, impartido por el profesor. Desde entonces ya figuraba como parte de un grupo de estudiantes que seguían su poética y orientaban sus trabajos de tesis doctoral de conformidad con esa línea de investigación.

Manuel Matos Moquete

En el indispensable seminario, tipo taller, el profesor compartía con nosotros sus conocimientos y experiencias en análisis textual. Era el espacio en el que debatíamos los trabajos que Meschonnic llevaba a cabo en alguna obra recién publicada o en proceso de investigación y elaboración.

El seminario, una vez a la semana durante dos horas, se constituía en el momento de escuchar de viva voz los análisis literarios, sobre todo en poesía, así como los conceptos de la poética del profesor. Era la oportunidad de compartir con los demás doctorandos aspectos especializados de los estudios de las ciencias del lenguaje, análisis del discurso, antropología, filosofía, sociología, puesto que la poética de ese autor era un cantero donde germinaban y fecundaban diferentes disciplinas y conocimientos.

Pero de manera específica, el seminario y, en general, la lectura de la obras de Meschonnic, eran espacios para la asesoría colectiva de las tesis de los doctorandos, un número reducido de diez o doce participantes de diferentes nacionalidades. Las orientaciones del profesor devenían herramientas necesarias que nos ayudaban a encarar nuestra investigación.

Lo más significativo de ese seminario fue que me permitió estudiar la poética de Meschonnic, en contrapunto con mis saberes previos y los nuevos saberes que adquirí, no solo de él sino también de otros autores.

El concepto contrapunto se apoya en esta acepción del Diccionario de la Real Academia Española: «concordancia armoniosa de voces contrapuestas». Es valor: diferencia y complementariedad en un sistema de relaciones.

Tomo como eje la poética de Henri Meschonnic en contrapunto con las referencias que cimentaron mi formación en los grados anteriores. Así, este texto es un espacio, a veces explícito, otras no verbalizado, de expresión de adhesión y de cuestionamiento a la vez; de contraste y armonía entre su poética y mi trabajo doctoral bajo su asesoría; de exhalación de dudas y distanciamiento, pero también de acercamiento e identidad con esa poética en los aspectos esenciales.

A través de ese proceso de armonioso contraste pretendo arribar a un balance equilibrado de las orientaciones en juego y guiarme por el principio enarbolado por Meschonnic: «Toda crítica se critica».

El contrapunto opera en esta obra de diversos modos según las significaciones de la relación entre la obra de Meschonnic y el conjunto de saberes y teorías que hasta el encuentro con ese autor conformaron mi universo cognoscitivo. Todo hace sentido.

Primero, contrapunto en el ámbito cultural: encuentro y desencuentro de dos sujetos con referentes diferentes de un judío francés versus un latinoamericano caribeño; Meschonnic, un francés de origen judío.

Segundo, el grado de la formación: un profesor y autor realizado y de renombre ante un aprendiz que busca ponerse bajo su orientación.

Tercero, en las orientaciones epistemológicas: estructuralismo y semiótica, mi formación de base versus la poética de Meschonnic.

Cuarto, en la metodología de aprendizaje e investigación: en mi caso, estrategias de acumulación y repetición de conocimientos versus Meschonnic, estrategias de crítica de conocimientos constituidos y construcción de nuevos conocimientos.

Quinto, en la interacción personal y los desaprendizajes y reaprendizajes que para ambos implicaba esa relación.

En esos niveles tienen cabida, como contrapunto a la poética de Meschonnic, los autores que me acompañaron en mi búsqueda translingüística y de semiótica en mi formación académica anterior al doctorado, en general, de orientación estructuralista.

Manuel Matos Moquete

Nuevos autores de disciplinas y orientaciones diversas también fueron consultados para la tesis doctoral. Y, en este punto, los grandes aportes de autores hispanoamericanos a mi trabajo.

El tema de la tesis, la poética en América hispánica, los vincula a la parte argumental. Ellos son objetos y sujetos de nuestra tesis. Obra que no se incluirá, pues ya fue publicada con el título «Teorías literarias en América hispánica».

Sin embargo, al finalizar el seminario faltaba mucho para la elaboración de la tesis. Los años lectivos 1980-1981 y 1981-1982 fueron de mucho afán. Resultó de gran ayuda la asesoría personalizada de Meschonnic en reuniones pautadas según un cronograma de trabajo.

De esa asesoría recuerdo con agrado el reencuentro con Meschonnic en la universidad e, incluso, en la residencia del profesor en Villejuif, en las afueras de París. Con el proyecto ya aprobado, el sistema de las asesorías durante el proceso de investigación y redacción de la tesis era el siguiente:

En un primer encuentro tratamos las grandes líneas y la orientación general de la tesis. Fue el momento crucial de la tesis, pues como tarea asignada por el profesor debía elaborar el marco teórico, metodología y el esquema de redacción.

Eso me llevó a indagar acerca de aquellos autores hispanoamericanos que en los siglos XIX y XX habían tratado de conceptualizar la literatura. Consulté las principales bibliotecas y recorrí las librerías de París. Viajé a España, en específico a Barcelona y a Madrid, donde adquirí la mayor parte de la bibliografía.

Hay mucho que contar acerca de esas búsquedas. En la librería del Centro Nacional de Arte y Cultura Georges Pompidou, en París, me topé con una obra capital: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, de Roberto Fernández Retamar.

Tuve una amarga experiencia con esa obra. Dada la importancia que implicaba para mí, traté de robármela de la biblioteca ocultándola dentro del pantalón, apretada con el cinturón

y cubierta con el abrigo. Pero entonces desconocía el sistema de detección informático de la librería y fui atrapado cuando sonó la alarma al atravesar la puerta. Por suerte, no me apresaron. Solo me dieron la merecida amonestación. ¡Qué aprieto!, ¡qué vergüenza!

En el hotel, en Madrid, donde llegué procedente de Barcelona, cargado de libros, dejé las obras que había adquirido. Me fui a recorrer las librerías madrileñas, en las cuales conseguí obras fundamentales de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Martí, Macedonio Fernández, Roberto Brenes Mesen; además de autores españoles como Marcelino Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal y Amado Alonso.

Me detuve en una cafetería a tomar un refrigerio, pero olvidé en el mostrador un paquete de libros que había conseguido en una librería contigua. Cuando volví, ya no estaban. Gracias a que aún tenía recursos, retorné a la librería a comprar de nuevo las mismas obras.

El librero me recibió sorprendido. «Usted estuvo aquí, ¿viene por algún otro libro?» No, le respondí, «por los mismos que compré, los he perdido». Ese despiste redujo mi meta y tuve que regresar a Francia con menos obras que las que me había propuesto.

Fueron de mucha utilidad informantes dominicanos y de otros países hispanoamericanos con quienes tenía contacto en la universidad y de la comunidad de exiliados con los que compartía.

Sin duda, mis lecturas previas y mi experiencia de vida, en particular mi estadía en Cuba, donde leí con voracidad, fueron la principal referencia con la que conté para mi tesis, pues no solo era una vivencia libresca sino también experiencial y cultural.

Cuando completé el borrador de esos aspectos, meses después volví a contactar al profesor para la siguiente consulta sobre la redacción que había hecho. La tesis estaba muy avanzada

Manuel Matos Moquete

en términos de contenidos, pero faltaban aspectos esenciales: completar la bibliografía, afinar la orientación epistemológica, afirmar los fundamentos teóricos, afianzar los temas específicos de los capítulos.

Esos aspectos fueron tratados con mi asesor en sucesivos encuentros. Un elemento importantísimo de esas asesorías fue que Meschonnic era sumamente abierto y tolerante en relación con las opciones que le presentaba.

Me recomendaba los ajustes pertinentes en los mismos borradores de los trabajos que le enviaba; en las entrevistas me sugería cambios o modificaciones puntuales o, y esto era lo más significativo, hacía un sinnúmero de preguntas que me permitían reafirmar los conceptos trabajados o reorientar las siguientes versiones.

Esas revisiones afectaban los elementos superestructurales de la tesis comenzando por el título mismo. En principio, el proyecto de tesis fue aprobado con el título «Teorías literarias en Hispanoamérica: prolegómenos a una poética». Pero al final, fue reformulado con el título «La poética en América hispánica», con el cual la presenté y defendí en la Universidad París VIII en junio de 1982, ante un jurado integrado por el asesor Henri Meschonnic, el poeta, profesor y crítico literario argentino Saúl Yurkievich y un tercer miembro, cuyo nombre no recuerdo.

Fue aprobada con la mención TRES BIEN (MUY BIEN), que transcribimos a continuación:

N.° 000297

UNIVERSITE DE PARIS VIII

(Decrét n. 74-348 du 16 avril 1974)

DOCTORAT DE 3^e CYCLE

Le Sécraitaire général de l'Université Paris VIII soussigné certifie que Monsieur MATOS MOQUETE Manuel né(e) le 6 avril 1944 à TAMAGO (République Dominicaine) a été jugé(e) le 12 juin 1982 digne du titre de DOCTEUR dans la espécialité: ANALYSE DU TEXTE LITTERAIRE: POETIQUE, THEMATIQUE, FANTASMATIQUE avec une thése intitulée: "LA POETIQUE EN AMERIQUE HISPANIQUE" et a obtenu la mention TRES BIEN

París, le 13 de septiembre 1982

Le Sécraitaire général

G. SAUREL

Años después traduje esa tesis al español. Fue revisada, ampliada y presentada en 1991 en el Premio de Ensayo Pedro Henríquez Ureña de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y galardonada con el primer lugar. En 1992 esa universidad la publica con el título *El discurso teórico en literatura en América hispánica. Tomos I y II.*

Manuel Matos Moquete

En 2004 la tesis fue reeditada por la universidad Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC) con el actual título: *Las teorías literarias en América hispánica*. Nos exime de incluir en este trabajo una extensa glosa de esa tesis el hecho de ser una obra publicada.

Sin embargo, es preciso apuntar el reto epistemológico y antropológico que le sirve de orientación. En el primer párrafo de la conclusión de esa obra se resume el problema epistemológico central que se desarrolla en la tesis doctoral:

«El problema central que se plantea en este estudio es el estatus teórico de los diferentes intentos de teorización de la literatura en América hispánica. En esta obra se muestra el desfase que existe entre las teorías y las obras literarias y, en particular, la literatura hispanoamericana. Tal conclusión resulta del examen de los métodos y del objeto de conocimiento que esas teorías se asignan» (p. 375).

Y ese problema deriva de una dificultad mayor de tipo antropológico, planteada en la primera página de la tesis: la nominación de la teoría en relación con la nominación de América:

«Apenas se piensa en la existencia de teorías literarias en América hispánica surge la nominación como primer obstáculo epistemológico. ¿Como se nombran los textos que se definen por su propósito teórico en el estudio de la literatura? (...) En la preocupación por la nominación ha comenzado la definición de la literatura en América hispánica y de los proyectos de teorización, con sus conceptos y sus métodos (...) En la nominación, los problemas comienzan con el hombre americano y el nombre de América, contexto cultural, antropológico, en que tiene lugar la actividad teórica sobre la literatura» (pp. 13-14).

Poética de Meschonnic: principales aprendizajes

1

El ambiente intelectual francés en aquellos años estaba preñado de agitación en torno a novísimas teorías lingüísticas semióticas, poéticas, sociológicas y filosóficas. Las diversas disciplinas de las ciencias humanas se agrupaban en dos grandes enfoques: el estructuralismo y el posestructuralismo.

El estructuralismo en lingüística y en literatura gozaba de la vigencia promovida y sostenida por el aparato académico con autores como Saussure, Roman Jakobson, Roland Barthes, Julien Greimas, Gérard Genette y los formalistas rusos. Las corrientes postestructuralistas —puesto que eran ensayos diversos y sin conceptos estandarizados como en el estructuralismo— iniciaban su papel contestatario y crítico ante las conceptualizaciones imperantes.

La fortaleza del posestructuralismo provenía de teorías y prácticas emergentes, no convencionales, bajo los nombres de Emile Benveniste, Mijaíl Bajtín, Julia Kristeva, Stefan Todorov, Michel Foucault y Jacques Derrida; de la pragmática de Austin y de las prácticas de análisis del discurso con nombres como Dominique Mainguenau, Louis Guespin y Michel Pecheux, y el psicoanálisis de Jacques Lacan.

Manuel Matos Moquete

Es el momento de pronunciar una declaración: los autores responsables de mi orientación translingüística fueron Emile Benveniste, Mijaíl Bajtín y Henri Meschonnic. El último de los tres es el menos conocido, pero desde sus primeras publicaciones en los años setenta comienza a impactar de manera duradera en Francia y en diversos países.

El mejor homenaje a Meschonnic es la búsqueda translingüística en torno al texto que hemos intentado a través de la relectura de las obras en La Biblioteca, en su mayoría de orientación semiótica y estructuralista. El asunto es buscar donde no vimos antes o no había, haciendo posible que sea. Ese es el método de Meschonnic.

Ese autor influyó en mi formación de manera directa. No de la manera burda en que los grandes maestros suelen influir en sus discípulos descerebrados: como sombra o copia fiel de aquellos sobre estos. No. La influencia ejercida en mí por Meschonnic no es ni imitativa ni castrante; es motivadora y creativa.

Meschonnic me enseñó —o yo aprendí— a no pensar como él, a no repetir los conceptos de su teoría del lenguaje y la literatura, sino a procurarme y formarme los conceptos de mi propia teoría del lenguaje y la literatura.

Me enseñó no el qué, el contenido y las informaciones de su poética, sino el cómo buscar por mi propio entendimiento mi propia poética. Aprendí, en fin, a través de él y de sus obras, a no menospreciar a autores, conceptos o ciencias, aun sean de pensamiento lo más opuesto al nuestro, sino a tomar lo necesario de cada idea expresada por el otro e integrarla a la perspectiva definida y labrada. En su caso, esa perspectiva es la poética translingüística, discursiva, posestructuralista y antisemiótica del lenguaje, la literatura, el sujeto, la historia y el Estado.

Por tanto, lo que me queda de ese autor, que agradezco, es el enfoque metodológico del investigador crítico y cuestionador. También la capacidad de «hacer posible» (le oí repetir la expresión: «ese autor hace posible») tal o cual concepto o posición, por inferencia o deducción.

En ese enfoque, saber lo que dice es lo más importante; conocer el fundamento de lo que se dice. Se trata, por tanto, de una poética cuestionadora y antidogmática que permite cuestionar y ser cuestionada.

El seminario y la asesoría de la tesis doctoral fueron espacios de positiva y profunda valoración de la poética de Meschonnic. Me permitieron afirmar mis conocimientos de la producción teórica y analítica del profesor en la etapa de madurez, los que aún no había culminado.

En mi etapa de madurez y de mayor aprovechamiento domino la orientación de la poética de Meschonnic. Aquí son menos los datos, las informaciones; pero mayores y de valor mucho más decisivo para mi formación final, los conceptos y las estrategias propias de las perspectivas posestructuralistas y translingüísticas.

Sustentado en su poética reorienté mis investigaciones hacia perspectivas que, de alguna manera, rebasaban la semiótica y el estructuralismo, dos corrientes mancomunadas en los trabajos de los principales autores franceses de entonces. Esos enfoques modelaron mi primera formación de un saber técnico del análisis lingüístico y literario del texto y han permanecido en mis trabajos posteriores de análisis del discurso, combinándose con los aportes, sobre todo teóricos, de la poética de este autor.

En conjunto, ahí logre mi aprendizaje en las diversas disciplinas del amplio campo del saber de las ciencias del lenguaje.

La poética de Meschonnic, cuya orientación translingüística seguí en esa tesis, no es cualquier poética. Su teorización somete a un proceso crítico a la vieja poética y a la moderna. Su poética se esgrime como oposición a la teoría del signo, basada en un núcleo de conceptos: discurso, ritmo, sujeto, lenguaje, sentido, etc.

Es una poética translingüística que niega el signo y se apoya en el discurso. Una poética que reúne en su seno diversos saberes y la crítica de esos saberes con base en este postulado: hay quienes dicen lo que saben, pero no saben lo que dicen.

El concepto de ritmo como el significante mayor que organiza y da sentido a toda la obra literaria es el fundamento de esa poética. La apuesta contra la metafísica del signo lingüístico en pro de la teoría del poema como discurso es otro concepto central.

El concepto de sujeto contra el sentido de la historia, la concepción poética del texto, de la obra, del poema, por oposición a una teoría general y abstracta de la literatura.

El concepto de sujeto y de discurso y la teoría del ritmo son aspectos esenciales de esa poética. La relación entre lengua, historia, nación, cultura y sujeto; la relación entre el lenguaje, poder, democracia y totalitarismo proyectan la dimensión translingüística de esa poética.

2

Sin embargo, el acercamiento se fue haciendo de manera gradual. También fue gradual el desarrollo del pensamiento lingüístico y poético de Meschonnic, como se muestra en sus sucesivas producciones.

Mis primeras lecturas de las obras iniciales de ese autor, antes de los momentos decisivos de mi formación y de apogeo de su poética, tuvieron un efecto en lo fundamental iniciático. Aportaron una nueva dimensión en mis estudios.

La obra *Pour la poétique I* (1970) representó un tránsito entre el estructuralismo y el posestructuralismo. Este texto tuvo para mí, en el momento que lo leí, un valor de puente.

Ahí Meschonnic ofreció la respuesta a mi interrogante. Dio una solución a mi problema. Podía ser estructuralista sin serlo, sabiendo cómo serlo o no serlo, pero sin renuncia ni condenación; solo asumiendo una actitud crítica.

Esa primera lectura me acercó a Meschonnic y a otros autores que emergían, más allá de las corrientes marxistas, como los

representantes de una nueva crítica. Ese fue el cambio que desde ese inicio representó la poética de Meschonnic.

La idea de puente, que para mí era el valor principal de ese texto, fue reforzada al observar su punto de partida para la fundamentación de su poética: «el estudio y la teoría del discurso literario».

Es un concepto que pondera como «irreversible», tomado de la poética de Roman Jakobson, un autor estructuralista:

«El empleo del término poética por Roman Jakobson para designar el estudio y la teoría del discurso literario, decir la búsqueda de razones de la originalidad en la obra misma, parece irreversible» (p. 18).

La poética de Meschonnic se construye así, desde esa obra, con base en una visión y una sintaxis contrapuntísticas en relación con el estructuralismo. Y ese es, para mí, uno de los mayores aprendizajes iniciales.

En la apoyadura sintáctica de sus obras abundan las aseveraciones y los argumentos formados en especial sobre estas dos variantes: afirmación-negación: es-no es, es-pero; y negación-afirmación: no es-sino es. Son enunciados de contrapunto que expresan las relaciones de oposición y complementariedad entre el estructuralismo y la poética de ese autor.

En el plano de las ideas y de la emoción la actitud de Meschonnic frente al estructuralismo no es solo decir: soy o no soy estructuralista. Es mucho más compleja, como se expresa en el siguiente pasaje con el cual, en 1970, el autor inicia su reflexión sobre la poética:

«Hoy el problema es saber cómo utilizar la lingüística contemporánea y su terminología, sin hacer de ella un uso metafórico. El problema no es: ¿Hay que ser estructuralista, formalista? Al contrario, se trata de: ¿Cómo serlo? No se puede ser sin primero hacerles la crítica lúcida» (pp. 11-12).

Y a seguidas Meschonnic habla de junción entre la literatura y la lingüística, aunque de manera ambigua cuando afirma:

«El problema por el observador de la literatura y de la lingüística es de lograr una junción que tantas obras modernas realizan, aproximan» (p. 12).

Al procurar la unión de la lingüística y la literatura Meschonnic apunta hacia una de las piezas claves de su poética; pero a la vez realiza, a su manera, una apropiación, de manera paradigmática, de uno de los fundamentos de la poética moderna de los estructuralistas, entre ellos Jakobson en su obra *Questions de Poétique* y en otros textos.

En la búsqueda de aproximación al estructuralismo, en esos textos de Meschonnic también son fundamentales los enunciados negativos, en los cuales, de manera polémica, paradójica, deja lo mejor de sus planteamientos, como observamos en estos ejemplos:

«Una teoría materialista de la escritura no puede fundarse en el idealismo saussureano, su dualismo del significado y el significante (...) No puede acodarse tampoco a la metafísica cartesiana idealista innatista de Chomsky» (p. 31).

Sobre la remoción de los cimientos de la semiótica y el estructuralismo Meschonnic construye su poética. Este autor me introdujo en una nueva racionalidad en los estudios y me enseñó un método fundamental, leer y criticar todo con un propósito y un objetivo: construir nuevos conocimientos y nuevas perspectivas. Me instruyó a no realizar una lectura repetitiva como hasta entonces la había hecho.

Esa poética era el horizonte, no el final del trabajo que Meschonnic desarrollaba en tres tipos de roles: poeta, traductor y teórico de la lengua y la literatura. Tres acciones inseparables que el autor sitúa y amplía en sus obras y en su vida. De esa manera, su poética es una orientación propiciadora de modelos de enunciados eclécticos, pero a la vez estratégicos.

Desde esos puntos de anclaje se multiplican las definiciones más o menos claras y amplias, en las cuales la poética propia avanza con la inclusión de referencia al estructuralismo y a otras corrientes del pensamiento en las ciencias del lenguaje.

En general, las referencias de las que parte Meschonnic para fundamentar su poética son las mismas que utilizan Barthes, Greimas, Kristeva, Todorov y todos los expertos de la época en las ciencias del lenguaje: Saussure, Benveniste, Bajtín, etc. Es decir, todo lo que yo había estudiado en París III.

Era un camino trillado que me hizo sentir cómodo ante la perspectiva representada por Meschonnic. Poseía los referentes necesarios para interactuar con él y, desde ese punto común, empezar a repensar lo adquirido, y luego conocer y comprender, también reflexionar y criticar, las inflexiones y propuestas aportadas por ese autor en su proyecto de construir una nueva poética.

Meschonnic representó para mí, primero, la oportunidad de realizar una relectura crítica de todo lo que había estudiado antes y que hasta ese momento solo había manejado para adquirir conocimiento y habilidad de aplicación en el análisis de texto.

En el análisis estructural:

«Existe el proyecto de estudiar el sistema como uno en sí, descuidando el "mensaje" o haciendo del sistema el mensaje en cuya descripción tautológica se pierde de vista el objetivo. El objetivo, es decir, el valor, y eso no corresponde a ninguna lectura. El valor contiene en sí mismo los elementos propios de una teoría de la literatura, la historia, la biografía, todo el conjunto cultural. Es inseparablemente inquietud técnica e inquietud espiritual» (pp. 25-26).

A través de conceptos como los anteriores empecé a entender que el estructuralismo y la semiótica eran contraproducentes e inaplicables al discurso y, particularmente, a la literatura, pues convierten esas actividades creativas del sujeto en simples signos; en paradigmas o niveles de unidades formales: léxica, semántica, sintáctica o fonética. Arrimarme a esa perspectiva crítica me costó un gran esfuerzo de desaprendizaje dada mi formación anterior en lingüística y literatura —de factura fundamentalmente estructuralista y semiótica. En esos primeros aprendizajes posestructuralistas fueron muy provechosas las enseñanzas de mi Meschonnic y del lingüista Emile Benveniste.

«La poética de Meschonnic tenía como punto de confluencia y de ruptura con el estructuralismo un concepto que la distinguía: ritmo».

En su obra *Pour la poétique I*, en la visión del ritmo todavía hay más acercamiento que distanciación entre esas dos orientaciones, como se observa en este pasaje que define el ritmo como fonología:

«El ritmo, primero (según el caso de intensidad metafórica) es lo que define el verso, y a partir de ahí se debería llegar a definir todo texto: una fonología particular, que Baudelaire había sido el primero en formular en sus proyectos de prefacio a *Las flores del mal...*» (p. 66).

La siguiente obra de Meschonnic, *Pour la poétique II, Epistemologie de la ecriture*, 1973, continuó la orientación contrapuntística, pero mucho más contestataria que la obra anterior, entre la poética en ciernes del autor y el estructuralismo en su apogeo en las academias y en los principales exponentes de las ciencias del lenguaje, pero ya criticado por autores consagrados y autores emergentes. Es la situación que refleja el capítulo «Semiótica y poética», cuyo principal sostén y referencia es Emile Benveniste, un fuerte crítico del estructuralismo lingüístico, tanto de Saussure como de los lingüistas que le sucedieron, y que se abrazó de las principales dicotomías planteadas por el fundador de la lingüística moderna, como se observa en este fragmento:

«Por su tensión contra el positivismo, Benveniste abre una cientificidad del lenguaje- "experiencia humana". Es su dirección continua, desde su teoría de los pronombres y los tiempos verbales hasta su concepto de discurso, que resuelve la oposición

saussureana entre lengua y habla en la comunicación intersubjetiva, hasta la distinción de dos lingüísticas, la de la semiótica y la de la semántica: "el signo y la oración son dos modos distintos". Situamos así, con mayor eficacia, algunos problemas. Y a partir de estos podemos plantearnos nuevos problemas» (p. 173).

Y entre esos nuevos problemas está el de la poética en relación con el estructuralismo. Algunas afirmaciones son claves en ese sentido:

«Partiendo de Benveniste, podemos distinguir mejor la oposición y la interacción entre escritura y literatura, pues la escritura está más cerca de la semántica que de la semiótica... (p. 174).

»...la poética superará, al fundarse sobre el concepto de discurso, la oposición estéril entre sujeto y objeto, significación y valor en la que se bloquea el análisis estructural» (p. 174).

«La especificidad de la escritura como enunciación es que ella constituye cada vez un sistema de significancia» (p. 177).

Acerca de la obra literaria: «Ella no es un sistema de lengua, ella es sistema en el discurso (...) El ritmo es quizá su significante mayor...» (p. 178).

De esa manera, en esta obra Meschonnic ancla su poética en el conjunto de nociones que sirven de base a la lingüística del discurso y de la enunciación de Benveniste: la distinción entre la intralingüística, que se refiere al signo y al estudio exclusivo del sistema lingüístico como conjunto de signos en la visión de Saussure y de los estructuralistas posteriores, y el discurso noción que se agrupa en la lengua y en torno a ella, el habla, el sujeto, el contexto y el texto, la escritura, el ritmo, como expresiones semánticas de dimensiones translingüísticas.

En esa orientación Meschonnic puede ahora ensayar una relectura del estructuralismo lingüístico y poético de Roman Jakobson, reconociendo los aportes iniciales de ese autor, pero también sus límites:

«La hipótesis de trabajo no es ya la definición por Jakobson de la función poética (...), sino de un texto como lenguaje-sistema,

en relación con el inconsciente como sistema y transformador de la ideología, un yo-aquí-hoy indefinido. Hoy la concepción de Jakobson aparece como la reacción necesaria pero fechada a una concepción instrumental del lenguaje. Ella ha tenido los límites del estructuralismo. Así, en el hecho de prohibirse abordar el valor. Pero solo el valor es la medida de la identificación colectiva» (p. 214).

El valor, el sentido, la significancia y la significación son conceptos intrínsecos de la poética de base discursiva y translingüística. Por eso Meschonnic se opone al estructuralismo, porque entre sus presupuestos y análisis figura la ausencia del sentido y el sujeto en la lengua y en el texto.

La separación del sentido del significante y, por tanto, del texto, de la escritura, es una de las más graves distorsiones de la orientación estructuralista y semiótica. En su siguiente obra *Pour la poétique III. Une parole écriture*, 1973, Meschonnic muestra en una serie de análisis de texto la inseparabilidad de esos elementos.

La crítica del no sentido aparece en un estudio sobre la poesía de Nerval con base en la noción del ritmo como significante mayor del texto. Afirma: «Aquí el lenguaje poético es construido como valor y significación en interacción, estructura e historia, y no del "sentido" y de las "formas". El querer-saber ocultaba la cuestión fundamental para una escritura. Este estudio la plantea, es la del ritmo como significante mayor...» (p. 13).

En otro estudio sobre la poesía de Apolinaire aparece la noción forma-sentido que expresa no más dicotomía, no más separación entre forma y contenido, entre significado y significante, en lengua y en la literatura. Afirma: «Formas-sentidos nos organizan» (p. 55).

En un estudio sobre Kafka, Meschonnic afirma una idea fundamental que se fue abriendo paso en su poética: la inseparabilidad de la escritura y la vida en un escritor, de la misma manera que de la forma y el sentido, que en Kafka se manifiesta en el uso de la parábola como figura que une todos los componentes poéticos y vivenciales:

«Kafka hace de su vida la literatura. Otros viven y escriben: ¡qué hiato! No tienen en la vida ninguna pena qué comunicar. Cuando toman la pluma es para dudar de la comunicación. La mentira es su figura retórica preferida. Son las víctimas de la literatura. Ellos lo saben y ni siquiera suscitan piedad. El rechazo formalista de la escritura agrava la escritura. Como siempre, es solo literatura. La enseñanza de Kafka es la liberación de la mística transportada por el lenguaje. Su dirección no es lo escrito sino el desierto interior, de donde surge su mirada. La parábola es un ritmo. Las imágenes son ritmos (...) La parábola es así una forma-sentido, y una forma-historia que domina nuestro tiempo. De donde la verdadera plaza de Kafka: la de una figura, —Moisés, y las tablas de la Ley quebrada. Pero lo escrito vuelve a ser el gran transformado; ya no es falso» (pp. 111-115).

En otro estudio Meschonnic dice de la poesía de André Spire: «Toda escritura es moral» (p. 147) Así, amplía su búsqueda de la relación forma-sentido y sus manifestaciones en la relación entre la escritura, la vida, la historia y demás componentes de un texto.

En *El signo y el poema* (1975) critica la teoría del signo en los principales autores occidentales; gran parte de ellos es la que reseño en páginas anteriores de esta obra, lo que me permite engarzar mi formación anterior con la crítica y los postulados de Meschonnic.

Meschonnic me permitía la relectura de autores que había estudiado cuando cursaba la maestría: Barthes, Benveniste, Greimas, Kristeva, entre otros. Eso significaba a la vez un desaprendizaje y un reaprendizaje.

Fueron fundamentales en el reaprendizaje las afirmaciones elípticas como: «Toda crítica se critica» (p. 9); «Planteemos que no es posible ya hacer lingüística fuera de la filosofía del lenguaje» (p. 14). «La palabra poética no es bella —ni esencia ni idea. Es una palabra como toda palabra…» (p. 60).

La obra en dos volúmenes, *Pour la poétique IV Écrire Hugo*, Tomo I (1977) *y Pour la poétique IV Écrire Hugo*, Tomo II (1977) se dedica por completo a analizar e interpretar la voluminosa producción en diversos géneros del gran escritor francés del siglo XIX Victor Hugo, autor que sirve a Meschonnic como principal ejercicio analítico de su poética.

Varios postulados sobre Hugo representan un primer momento de la reflexión meschonniciana; comenzando por la negación de la separación de los géneros convencionales, que Hugo ilustra a la perfección, pues ese autor se dedicó de manera brillante a la poesía, la novela, el drama, el ensayo.

Al respecto afirma Mechonnic, atacando la separación establecida por la semiótica y el estructuralismo: «Hugo neutraliza la oposición reciente entre la narratividad, que sería una horizontalidad, y la poesía-verticalidad» (*Pour la poétique IV Écrire Hugo*, Tomo I, p. 16).

Meschonnic retoma y profundiza la relación intrínseca entre la forma y el sentido y la relación entre escritura y vida, escritura y moral, escritura y acción, que Hugo practicó en la vastedad y variedad de su vivir. En el tomo dos de esa obra, el ritmo en la poesía y la narrativa de Hugo es explorado por Meschonnic desde diferentes ángulos para reafirmar su idea de que es el significante mayor de un texto, cualquiera que sea el género.

En la novela *Los miserables*, Mechonnic encuentra en Hugo un «ritmo de visión y escucha» (*Pour la poétique IV Écrire Hugo*, Tomo II, p. 14); hay un ritmo prosódico: «Su prosodia es ritmo» (p. 160); un ritmo en el fraseo.

En la novela *Los trabajadores del mar*, el ritmo constituye todo un libro: «Ese libro es un ritmo. Ese no es solamente una época del lenguaje de Hugo. No es una franja de su lenguaje (...) Es un espacio textual en el cual el sistema de motivos, el sistema de la gramática, el sistema de los ritmos son homólogos, se leen el uno en el otro» (*Pour la poétique IV Ecrire Hugo*, Tomo II, p. 157).

En las diversas obras de Hugo el ritmo no es solo el ritmo fonológico ni el ritmo métrico ni el gramatical, como se estudia en la tradición y en el estructuralismo moderno. El ritmo es un sistema. La gramática, la prosodia y la métrica forman parte del ritmo como valor y significancia, puesto que se postula como el significante mayor.

La obra *Poésie sans réponse* (1978) se orienta a deshacer y a replantear un conjunto de preguntas que se realizan con respecto a la literatura y que no tienen respuestas al margen de la obra literaria y por separado, concernientes a la relación entre el discurso, el sujeto, la historia y el Estado:

«Es por eso por lo que son reunidos aquí ejercicios de retorno de la cuestión. Pregunta sobre qué es el discurso. Es por eso por lo que la poesía es la puesta en prueba característica de toda teoría del discurso, del sujeto, de la historia y del Estado. Pregunta "¿de dónde habla usted?" se retorna, reversiblemente, en la pregunta "¿Qué ha hecho usted de la poesía" dirigida a toda la teoría del discurso, del sujeto, de la historia, del Estado? La pregunta ¿qué hace usted del discurso, del sujeto, de la historia, del Estado? se dirige también a toda teoría de la literatura- y de la poesía. Ejercicios de la contradicción» (p. 11).

Ese plexo de relaciones conforma la zapata de la poética de Meschonnic, que él formula en forma taxativa en este postulado: «La doble noción de especificidad y de historicidad sostiene la dialéctica de la relación entre la poesía, el sujeto, el discurso, la historia, el Estado. Es en eso que la poesía es política. Tocar su especificidad es tocar lo histórico. Es en eso que el poema es judío» (p. 15).

Esta última afirmación, polémica en principio, nada tiene de particular, ya que Meschonnic es judío; pero sobre todo, que él toma a la Biblia como el libro, la obra, el poema, el relato que sirve de antecedente y modelo a los demás discursos del mundo occidental. Y eso Meschonnic trata de ilustrarlo en otra obra posterior a esta, *Jona et le signifiant errant*, 1981.

En mi formación fue determinante la lectura de esta obra, que el autor publicó mientras yo asistía a sus clases en el seminario de poética. Es una obra capital. En ese texto Meschonnic, en su condición de traductor de la Biblia, pone a prueba las teorías de la traducción y las teorías del lenguaje, el discurso y el ritmo, conexas a la traducción, a partir del análisis de varias traducciones de los versículos de la Biblia sobre Jonás.

Meschonnic plantea una serie de observaciones referidas a esas traducciones en sus diversos aspectos, y a la vez emite puntos de vista que conforman su poética.

Así afirma:

«La Biblia, precisamente, es el mejor terreno de experimentación de las teorías del discurso» (p. 35).

«La primacía del ritmo sobre el sentido lexical, la primacía de la relación sobre el traslado, del descentramiento textual sobre la anexión definen una teoría crítica de la traducción» (p. 38).

«Una cultura, como un mensaje, no es sino un enunciado. Es también una enunciación. Sin enunciación, es una arqueología. Objeto de ciencia o de exotismo. Para ser una enunciación, le es necesario un sujeto, que el mismo no es sujeto sino en y por los significantes» (p. 82).

«La oralidad es por lo que el ritmo y la prosodia rebasan antropológicamente el signo y el sentido...» (p. 85).

«Radicalmente ritmo, prosodia, la significancia bíblica es una oralidad-socialidad» (p. 86).

«Hay solo una manera posible de que un significante siga siendo una significancia: seguir siendo una enunciación» (p. 109).

«Un significante es una actividad, la de un modo de significar y de un sujeto que pasa a todos los sujetos. Esa actividad es una historicidad» (p. 114).

«Pero la significancia no es una identidad. Es una actividad. El poema se analiza solo en términos de actividad y funcionamiento antropológico. No hay sentido. De la misma manera que no hay forma. La significancia incluye el modo de significar» (p. 124).

«...la primacía del significante neutraliza la oposición de la imagen y el ritmo, hacia una primacía del ritmo, que toma el discurso como una organización de los significantes de un sujeto, haciendo significancia a todos los "niveles" del lenguaje» (p. 130).

«El significante del cual hablo se sitúa por la actividad. De un sujeto, o más bien hacia un sujeto, puesto que lo constituye esa actividad» (p. 131).

La obra *Crítica de la antropología del ritmo* (1982), es el intento más firme y decisivo de Meschonnic —y de la modernidad de la poética— por construir una nueva teoría del ritmo. En esta obra el autor retoma los planteamientos de las obras anteriores y enriquece sus búsquedas con un marco epistemológico y antropológico más amplio que incluye todos los aspectos correlacionados en torno al lenguaje y la escritura.

Meschonnic vuelve sobre las huellas de Benveniste en varios pasajes de esa obra al declarar los aportes de ese autor a su propia teorización, reafirmando la relación entre discurso, ritmo y sentido:

«A partir de Benveniste, el ritmo puede no ser más una subcategoría de la forma. Es una organización (disposición, configuración) del discurso. Y como el discurso no es separable de su sentido, el ritmo es inseparable del sentido de ese discurso. El ritmo es una organización del sentido en el discurso. Si él es una organización del sentido, él no es más un nivel distinto, yuxtapuesto. El sentido se hace en y por todos los elementos del discurso. La jerarquía del significado no es más que una variable según los discursos, las situaciones. El ritmo en el discurso puede tener más sentido que el sentido de las palabras, u otro sentido. Lo "suprasegmental de la entonación", antes excluido del sentido por los lingüistas, puede tener todo el sentido; más que las palabras. Con eso se quiebra no solo la jerarquía del significado, sino las "subdivisiones tradicionales", como decía

Saussure: sintaxis, léxico... El sentido no es ya el significado. Ya no hay significado. No hay más que significantes, participio presente del verbo significar» (p. 70).

«En la teoría del ritmo que Benveniste ha hecho posible, el discurso no es ya el empleo de signos, sino la actividad de los sujetos en y contra una historia, una cultura, una lengua... El ritmo como organización del discurso, por tanto del sentido, pone en primer plano la evidencia empírica de que no hay sino por y para los sujetos» (Ibid., p. 71).

«La teoría del lenguaje es así un terreno privilegiado para una teoría del sujeto... Como Sartre en *Cuestiones de método* o *El idiota de la familia*. El interés antropológico de la literatura, su efecto de laboratorio social es, desde ese punto de vista, exponer —con el precio de la vulnerabilidad— los funcionamientos del sujeto, a través de los cuales la sociedad misma se expone» (p. 71).

«La teoría del ritmo pone en evidencia que una poética vale lo que vale una teoría del lenguaje ordinario... Tomado en la paradigmática y la sintagmática de un discurso, el ritmo sentido y sujeto hacen una semántica generalizada, función del conjunto de los significantes, que es la significancia» (p. 72).

«No hay unidad del ritmo. La sola unidad sería el discurso como inscripción de un sujeto» (p. 73).

«Pero, mientras más la semiótica se quiere como ciencia, más refuerza la metálica del signo» (p. 75).

«Lo que todo poema cuestiona es la noción de comprender... Es por eso que limito el comentario al cómo, sin entender procedimientos... sino una significancia, es decir, la especificidad de los significantes poéticos. Significante, lo llamo, entendido en poética no como en lingüística por oposición a un significado, ni como en psicoanálisis según un plano simbólico que puede ser extralingüístico, sino como la organización lingüística y translingüística de un sujeto en y por el lenguaje, caracterizado por la inseparabilidad de un mensaje y su estructura, de un valor y de

una significación. Y translingüística significa que rebasa la lingüística de la oración y del enunciado por una práctica y una teoría de la enunciación» (p. 342).

3

El enfoque epistemológico que caracteriza las obras de ese autor ha tenido para nosotros, en el plano del conocimiento, un doble efecto: por un lado, nos ha permitido realizar una relectura del estructuralismo y de la semiótica; por el otro, nos ha propiciado establecer una nueva relación con el texto.

Esa orientación permite descubrir los fundamentos ideológicos y culturales de la teoría del signo sobre los cuales se apoyan las teorías lingüísticas y literarias modernas. El positivismo y la metafísica son situados en esas teorías y en las prácticas de análisis textual de la semiótica y el estructuralismo.

Esa orientación plantea también la necesidad de colocar el estudio del lenguaje y de la escritura ya no solo en el plano de la descripción de la estructura, sino también y, sobre todo, a escala de las implicaciones filosóficas y políticas. Esa puesta en situación del lenguaje y la escritura es posible a partir de una poética de la escritura basada en la prioridad dada al significante.

El significante es concebido como el organizador de la significancia. No como un nivel de análisis opuesto al significado. El acento puesto en este puede permitir salir del *impasse* en el que se encuentra la semiótica, la cual se apoya en la teoría de «la equivalencia del eje de selección con el eje de combinación». Esa teoría trae como resultado la superposición de niveles diferentes.

Sin embargo, ahora, desde la poética de la escritura de Meschonnic, y con base en la prioridad dada al significante visto como el organizador de la significancia, esos niveles se consideran integrados en una misma unidad: forma-sentido. Así, el significado y el significante, el pensamiento y el lenguaje, el vivir

y el decir podrán ser dialectizados porque el uno y el otro se consideran como indisociables.

Debido a esa poética, esos elementos y otros más, que nosotros destacamos en nuestro proyecto de tesis, parece factible de constituir un conjunto teórico y metodológico, en la perspectiva de un enfoque materialista del texto literario.

Desde esa metateoría podemos situar, por ejemplo, las implicaciones de la semiótica y el estructuralismo que hasta este momento hemos ido releyendo en nuestras búsquedas translingüísticas.

Podemos resaltar el valor integrador del sello translingüístico del análisis semiótico en los trabajos de Lotman y de los demás autores de la Escuela de Tartu. No se trata aquí solo de semiótica y de lingüística, sino también de filosofía, política, antropología.

Se trata del uso de los conceptos lingüísticos-semióticos aplicados a las múltiples dimensiones de la cultura, lo cual pone en práctica el propósito que distingue a esa escuela: el estudio de las coordenadas del mundo.

Sin embargo, en los trabajos de esa orientación semiótica se presenta la misma dificultad que en las demás propuestas semióticas estudiadas: el signo anula el discurso, el texto y el sujeto.

Al referirse a Lotman, Henri Meschonnic plantea esa dificultad en el hecho de que ese autor reduce la cultura a un código y a un sistema de oposiciones:

«La teoría de la información y el estructuralismo (el de Hjemslev y el de la fonología) combinados han producido, por ejemplo, en Lotman, una semiótica de la cultura y de las obras literarias en la cual los dos conceptos determinantes son código y oposición... De eso se desprende que la semiótica no puede ser dialéctica. Ella expulsa al valor, y al sujeto, fuera de la ciencia. No se trata más de historia, sino de cultura. Esas son las dificultades mayores de la semiótica» (*Le signe et le poème*, p. 234).

Esas dificultades son comunes a todas las orientaciones semióticas. Y es que la semiótica es la ciencia de los signos desde

Peirce, que Saussure luego llamó semiología, pero sin cambiar el objeto: «estudio de la vida de los signos en la sociedad», dejando el discurso ausente.

El «estudio de la vida de los signos en la sociedad» plantea la ubicación específica, la situación concreta, de la semiótica en el ámbito de las ciencias del lenguaje. Ahí están sus aportes, es una ciencia hermenéutica y descriptiva. Permite deslindar significados, conocerlos, clasificarlos, reubicarlos. Pero no más. Todo lo reduce a un sistema de oposiciones y equivalencias. Eso es muy importante, como lo son los sistemas de pesos y medidas, que objetivan y cuantifican.

Sin embargo, en esas mismas bondades están los extravíos de la semiótica con respecto a las ciencias del lenguaje, comenzando por la negación del sujeto y el discurso. Las ciencias del lenguaje son en esencia humanistas y subjetivas. La semiótica es una semántica, una pragmática y una sintáctica de los signos. Pero más tarde se confunde con una semántica. Se orienta a la construcción y puesta en práctica de una teoría semántica, que unos llaman significación y otros significancia.

La semiótica se aplica al estudio de los más variados objetos, lingüísticos y no lingüísticos, y los atraviesa desde las perspectivas semántica y sintáctica.

La semiótica es asumida y se traduce, según las escuelas, en otras disciplinas: lexicología, semántica, sintaxis, análisis del discurso, análisis del relato, poética, retórica, hermenéutica, futurología, etc. Desde esa diversidad es posible descubrir la perspectiva translingüística, como lo hemos venido haciendo. Lo difícil es transformar el signo en discurso.

La semiótica, al centrarse en el signo lingüístico, es aliada segura del estructuralismo. Por eso su aplicación deriva, como es lógico, hacia la semántica y el estudio estructural del relato y de cualquier tipo de texto.

Así llegamos a este axioma: ser estructuralista es ser semiótico, y viceversa.

Una determinada semiótica toma como espacio de su análisis el discurso o el texto, pero lo reduce, a fin de cuentas, al signo lingüístico. Es una repetición del signo, como afirma Meschonnic.

Todo aquel que limita el estudio al sistema lingüístico, es, al fin y al cabo, semiótico y estructuralista. Aquel que reduce el análisis del discurso a la estricta dimensión lingüística y, por lo tanto, lo trata a través de taxonomías, es semiótico y estructuralista.

Quien reduce la poética a la separación de forma y contenido sin integrar esos componentes en un significante total, que es el ritmo, según Meschonnic es semiótico y estructuralista.

Ahora, ser semiótico y estructuralista nada tiene de malo. Solo que quien lo sea y cómo lo sea —y todos hemos sido o somos estructuralistas y semióticos de alguna manera— debe conocer las implicaciones teóricas e ideológicas de esos enfoques, como señalan Benveniste y Meschonnic.

Los beneficios de la semiótica y el estructuralismo son fundamentales para el conocimiento —reitero, para el conocimiento, no para la crítica del conocimiento y la práctica— de la lengua, la literatura, la cultura y otras actividades humanas. En ese sentido, los aportes de los autores tratados, y de muchos otros, son invaluables como los de Jurij Lotman y la Escuela de Tartu en la semiótica de la cultura; estarán siempre presentes en sus obras. Están ahí y son invaluables.

Debido a que el conocimiento es una oferta y una demanda, la semiótica no es una disciplina muerta ni del pasado.

Primero, porque sus beneficios son fundamentales en el conocimiento de la lengua, la literatura, la cultura y otras actividades humanas.

Segundo, porque el conocimiento no perime, no es de una época, y en la actualidad todavía esa disciplina es cultivada por grandes semióticos que le dan vigencia.

Tercero, porque la semiótica se apoya en una metafísica del signo que, en la práctica, aunque quizás no en la teoría, es muy difícil de contradecir: encierra una visión del ser humano como ente semiótico.

Para Charles Peirce, el ser humano piensa a través de signos, el pensamiento se manifiesta a través de signos y él mismo es un signo.

El problema de la semiótica ha de plantearse en los términos en que planteaba Meschonnic. Decía él que el problema no era ser estructuralista o no, sino cómo no serlo. Eso se aplica también a la semiótica.

Eso explica la circularidad de las ideas y de las ciencias y lo imposible e indecible acerca de ellas. Sobre la semiótica y el estructuralismo todo el mundo está llamado a inscribir su discurso, que no debería ser el de un simple rechazo.

Es lo que ilustra Meschonnic en su obra *El signo y el poema*, que, sin ser semiótico, tuvo que escribir acerca de esa disciplina; postuló un tipo de semiótica que, desde la poética, se vincula en lo dialéctico con la semántica:

«¿Puede la semiótica incluir la poética? Esa relación de inclusión es planteada *a priori* por Greimas y los que trabajan con él. No está demostrado, y no puede serlo, puesto que es un presupuesto. Si la lengua está hecha de signos, la poesía, que se hace de la lengua, ¿está ella hecha de signos? Quizás, partiendo de Benveniste, hay que construir una relación dialéctica entre una semántica y una semiótica, para pensar qué es lo que hace un texto. La poética cuestiona el postulado fundamental de la semiótica, que es el predominio del signo» (*Le signe et le poème*, p. 238).

La razón aludida por Meschonnic es que en esa semiótica el sujeto molesta y perturba a la «ciencia», como en la ciencia lingüística de Saussure, quien dio prioridad a lo social frente a lo individual; a la lengua frente al habla; al sistema frente a la contingencia de lo individual: la subjetividad es demasiado variable, imprevisible y disidente para ser incluida en los sistemas de signos.

Por el tratamiento que todos dan al discurso y al sujeto, en esa crítica de Meschonnic a la semiótica está incluido no solo Greimas; se alude también a Barthes, Kristeva, Eco, Lotman y a todos los semióticos, que erigen la primacía del signo o que no van tan lejos en su denuncia.

En la búsqueda de las regularidades y las invariabilidades en los sistemas semióticos, llámense estos primarios o secundarios, los discursos son ignorados y confundidos con los signos y, por tanto, despojados de sus especificidades. En el mismo movimiento, los sujetos de esos discursos son anulados y privados de su historicidad.

4

Nadie como Meschonnic ha planteado en reiteradas ocasiones los problemas, los retos y las propuestas que a finales del siglo XX encararon la teoría del lenguaje y la poética, y que aún encaran en el siglo XXI. Quienes bebimos en sus obras y fuimos sus discípulos recibiendo su enseñanza directamente de su voz, nos sentimos comprometidos con su legado teórico y analítico de hondas raíces humanistas en la perspectiva translingüística.

En el proceso de lectura de sus obras y en el contacto directo con el profesor en el seminario y en la asesoría de mi tesis doctoral, aprendí de Meschonnic una estrategia metacognitiva muy importante: situar un problema o un tema.

La metodología consiste en buscar y conocer las implicaciones de un hecho, un concepto o un texto poniéndolo en relación en un contexto determinado, con otro equivalente o diferente. Así empecé a aprender a situar una teoría, una concepción, un discurso, un texto. Aprendí a conjugar el verbo situar, poner en situación.

Meschonnic inicia sus obras situando el problema. En *Pour la poétique I* se pregunta: «¿Estudiar el estilo de un escritor es

estudiar un universo cerrado-abierto, el lenguaje de todos, lenguaje único?» (p. 11).

Pour la poétique II sitúa la perspectiva del autor como el problema de la epistemología de la escritura: «Hoy, el primer problema me parece ser la epistemología de la poética. Lo que está en juego es el estatus mismo de todo discurso sobre el lenguaje, y particularmente sobre el lenguaje poético» (p. 21).

Pour la poétique III sitúa el ritmo como la cuestión principal: Este plantea el ritmo «como significante mayor (...situada en esa relación entre vivir y escribir...)» (p. 13).

Pour la poétique IV sitúa el problema con una pregunta: ¿Por qué Hugo? Eso lleva a Meschonnic a plantearse la actualidad de Victor Hugo: «Hugo es de aquellos que imponen en la cuestión de "para quién" a través del "porqué" de una escritura?» (p. 12). Es toda la relación entre el vivir y el escribir.

Pour la poétique V. Poésie sans réponse es, como se ha visto, un replanteamiento de la cuestión «de donde habla usted» (p. 9), que Meschonnic rechaza por carecer de respuesta, y remite la respuesta al acto mismo de la escritura.

La obra *Jona et le signifiant errant* aborda de lleno el problema de la traducción en su relación con el lenguaje y la escritura: «Analizar las versiones de Jona tiene por efecto poner al descubierto sus estrategias y sus propósitos» (p. 7).

La obra *El signo y el poema* se abre con este contundente apotegma: «Toda crítica se critica» (p. 9), para luego develar el problema de la lingüística y la poética estructuralistas en ese momento: «Planteamos que ya no es posible hacer lingüística fuera de la filosofía del lenguaje, para examinar lingüísticamente la validez del discurso filosófico sobre el lenguaje, así como los presupuestos metafísicos del discurso de la ciencia» (p. 14).

En fin, la obra *Crítica del ritmo* lleva en su subtítulo el problema que aborda: la antropología histórica del lenguaje. Y que es desglosado en otros problemas particulares: «La teoría del ritmo es política». Y la formulación principal: «Crítica y teoría:

yo me propongo hacer esos términos intercambiables para situar la empresa que comienza aquí, concerniente al ritmo en el lenguaje, como a la vez una parte de la teoría del lenguaje, y la parte que en ella es quizá la más importante (...) Se trata de la historicidad del discurso» (p. 13).

Otra estrategia fundamental que cuenta entre mis aprendizajes de Meschonnic es la de apoyar los análisis y las investigaciones en una idea que se asume como propia; y desde esa idea, abrirse al conocimiento de todas las orientaciones y todos los tipos de lectura, sin dogmatismo ni prejuicio.

Esa estrategia implica tolerancia y concesión ante las posiciones opuestas. Es búsqueda sin egocentrismo de algún aporte que pudiera recuperarse para fortalecer su idea, siempre con el objetivo de enriquecer y fortalecer su propio punto de vista con los aportes de los demás.

En *Pour la poétique I*, Meschonnic encuentra irreversible el empleo del término *poétique* de Jakobson, cuando en definitiva rechaza el conjunto de sus planteamientos estructuralistas: «El empleo del término poética por Jakobson para designar el estudio de la teoría del discurso literario (...) parece irreversible» (p. 18).

Recuperando un planteamiento de Marcel Mauss sobre el ritmo, afirma: «Desde la antropología, a partir de su idea del ritmo hace posible una concepción moderna del ritmo del lenguaje y la poesía». Sin embargo, Mauss no ha tenido que expresar un punto de vista moderno, ni siquiera con el que Meschonnic estuviera de acuerdo.

Expresiones de ese tipo son frecuentes en los textos de Meschonnic, como manifestación de una estrategia que, ligada a su talento y su generosidad, a su capacidad visionaria, les permiten ver, intuir, inferir, las posibilidades del conocimiento, en continuo proceso de búsqueda y formación.

Esas dos estrategias son los aprendizajes más importantes que debo a Meschonnic.

Sin embargo, los sistemas conceptuales jamás son dados de una vez por todas. Estos se inscriben en un proceso continuo de cuestionamiento en pos de una práctica inseparable de la teoría.

En ese sentido, consideramos que algunas nociones de la poética meschonniciana deben ser trabajadas y poner a prueba su eficacia. El concepto de monismo, en oposición al de dualismo, demanda una teorización. Ese es el concepto principal en toda la poética meschonniciana. Esta se define como materialista basada en ese concepto.

Los argumentos de tipo cultural que rodean la definición del monismo no pueden, desde nuestro punto de vista, sino volver más difícil su teorización. Con estos se define el monismo de manera negativa: occidente cristiano es igual a dualismo; de ahí se deriva la ideología idealista del signo.

Lévi-Strauss ha mostrado en su obra *Raza y cultura* que el relativismo vuelve vulnerable ese tipo de argumento: una civilización siempre puede ser opuesta a la otra.

Por otra parte, nos parece que no aporta ningún elemento de teorización el procedimiento empleado por Meschonnic, que consiste en unir dos palabras por un guion para formar una unidad compuesta, como por ejemplo forma-sentido o lectura-escritura.

Se puede decir lo mismo con respecto a la importancia dada a algunos términos que funcionan como un discurso performativo, que hacen lo que dicen al decirlo: homogeneidad, insociabilidad, etc. Con estos se pretende realizar la junción que ellos postulan entre pensamiento y lenguaje, vivir y decir...

No puede haber teoría del sentido sin una teoría del sujeto. Ese es el reproche principal que se le hace al estructuralismo; la desubjetivación es evidente en la semiótica. Sin embargo, la noción de sujeto, soporte principal de la poética de Meschonnic, está poco teorizada en las obras citadas. También los conceptos de historia, lenguaje, discurso, escritura, valor, significante, texto, obra, de manera intrínseca vinculados al de sujeto.

Observaciones de ese tipo no buscan reducir la poética meschonniciana a una completitud: un sistema hipotético-deductivo sin proposiciones demostrables. Todo lo contrario, solo pretenden situar, situándonos nosotros mismos, la lógica de esa poética, la expresada en la primera oración de la obra de H. Meschonnic *El signo y el poema*: «Toda crítica se critica».

CONCLUSIÓN

Búsquedas translingüísticas

Además de las obras de Meschonnic, mi asesor de tesis, mientras cursaba el doctorado en Literatura en la especialidad indicada en el diploma, leí un sinnúmero de obras de autores de diversas orientaciones y disciplinas que pudieran ayudarme a ampliar mis conocimientos y construir una visión propia en mi formación.

La poética de Meschonnic fue la piedra angular en esa idea. Era el fundamento. Pero ese profesor me enseñó, y es lo mejor que he retenido de sus enseñanzas, que en los estudios del lenguaje y la literatura es preciso leer y revisar todo aquello que pudiera contribuir a procurarnos un acercamiento a las metas y orientaciones que nos proponemos.

Así, luego de concluir el Diploma de Estudios Avanzados (DEA) o predoctorado, y en el transcurso de la preparación de la tesis doctoral, continué la lectura y relectura de autores de diversas orientaciones a fin de ampliar, actualizar y consolidar las perspectivas de mi formación.

El propósito era profundizar el nivel de mis lecturas para el doctorado. Denominé a ese proceso búsquedas translingüísticas.

Mis lecturas son savias frescas que desempolvan y renuevan las sabidurías envejecidas por el paso del tiempo, para colmarme con el caudal de placeres, sentidos y emociones de las artes y las ciencias de variopintas estirpes, que reverdecen en La Biblioteca.

En ella palpo los vínculos universales que unen los saberes y los sentires confundidos en un todo, sin importar procedencia o naturaleza, al igual que las correspondencias dialogantes entre las cosas que Charles Baudelaire intuye en estos versos: «Como prolongados ecos que de lejos se confunden / En una tenebrosa y profunda unidad, / Vasta como la noche y como la claridad, / Los perfumes, los colores y los sonidos se responden».

El poeta expresa la conformidad del espíritu humano con la naturaleza, que antes de él había descubierto el sabio Jean-Baptiste Vico en los principios de carácter poético de su ciencia nueva, como un natural amor a la uniformidad: «El espíritu humano ama naturalmente la uniformidad».

¿Cómo no sentirme maravillado y lleno de perplejidad ante ese axioma de apariencia deleznable? A través de mis lecturas voy enlazando extraños y geniales razonamientos y otras herramientas del entendimiento que también redescubro subrayados, coloreados o colocados entre corchetes, no se sabe cuándo ni por cuál insatisfecha necesidad de comprensión de la energía holística del universo; como aquella idea de George Santayana, «unidad de la existencia dada por un espíritu enamorado del bien», que proclama la unión de las almas y las cosas en una sola entidad.

El filósofo y esteta Étienne Souriau inicia su obra *La corres- pondencia de las artes* con un aforismo de Victor Hugo: «El viento es todo el viento». Y parafraseando al gran escritor, a fin de subrayar lo que hay de común en todas las artes, a su vez tira de otro aforismo igual de totalizador: «El arte es todas las artes».

Asimismo, sería justo decir que la lengua es todas las lenguas, que la ciencia es todas las ciencias y que el ser humano es todos los seres humanos. Aunque nadie lo ignora: en cada ámbito de comunión hay multitud de expresiones de la diversidad de los elementos, que a diario nos recrean e ilustran tanto como las expresiones de unidad y uniformidad.

El entrecruzamiento de manifestaciones del saber me hace evocar la torre de Babel. Pero en aquel evento bíblico la lengua era disposición caótica, incapaz de orientar el movimiento de ascenso en el orden celestial hacia la gloria. En cambio, aquí, en La Biblioteca, es convergencia de sentidos plurívocos que atraviesan y unen múltiples perspectivas: filosofía, religión, biología, matemática, literatura, semiótica, lingüística...

La Biblioteca es el gran árbol del saber. Borges lo sabe cuando la compara con la torre de Babel. Es el ansia de totalidad e infinitud, la misma que en los demás autores, como el propio Borges, que al igual que aquí, se representa en la Biblioteca.

Es vasta y total. Con solo veinticinco símbolos ortográficos y sin que haya dos libros idénticos, en sus anaqueles se registra por completo lo que es dable expresar en todos los alfabetos e idiomas; incluso, «la demostración de la falacia del catálogo verdadero de la Biblioteca».

Existe *ab aeterno*, desde la eternidad, y es infinita. Puede que desaparezca la especie humana, pero la Biblioteca no. «... sospecho que la especie humana —la única— está por extinguirse y que la Biblioteca perdurará: iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta».

La dimensión de totalidad e infinitud del universo, de la Biblioteca, adquiere la singularidad de concretarse en un libro total: «No me parece inverosímil que en algún anaquel del universo haya un libro total».

Quizá por sueños como los expresados por Borges vale la pena leer y escribir. Por eso se escribe este libro. Eso nos hace feliz. Es un gran aliento que nos ayuda a justificar nuestra existencia. Cada vez que me encuentro en La Biblioteca, cobijado por su frondosa arboleda, me transporto hacia el infinito.

No hay lejanía. En el mismo instante estoy en todas partes; el mundo está al alcance de mis manos. Sin olvidar, como también lo señala Borges, que La Biblioteca es ilimitada y periódica, dialogo con los autores de todas las épocas, latitudes y de todos los enfoques, desde el ideal humanista de la Grecia antigua hasta el posmodernismo y el poshumanismo del siglo XXI.

Un trozo subrayado a carbón de *Una teoría científica de la cultura* es un reencuentro con Malinowski que me produce una gratificante simpatía y aquiescencia: «En mi opinión, la lingüística de mañana y, sobre todo, la semántica, será el estudio de la lengua en el contexto de la cultura»; es como la continuación de un intercambio interrumpido con un entrañable amigo ya olvidado desde hace más de cuarenta años, desde el inicio de mis estudios en Francia en 1975.

Un capítulo completo de Mijaíl Bajtín (V. N. Volochinov) ha sido anotado de manera brutal: páginas dobladas, notas en los márgenes, subrayados continuos y abusivos de extensos fragmentos no parecen haber sido suficientes para atrapar mi curiosidad y el profundo interés por la obra *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, de la que releo un concepto dos veces resaltado, por el autor en cursiva y por mí en rojo, como una daga revolucionaria de la filosofía del lenguaje: «La palabra es el fenómeno ideológico por excelencia».

En esa dirección, dos expresiones de *La lógica del sentido*, de Gilles Deleuze, ponen en alerta mi capacidad de entendimiento a la vez que me turban el juicio por la complejidad de la relación entre el lenguaje y el pensamiento. Una, sobre el sentido:

«El sentido es como la esfera en la que yo estoy instalado para operar las designaciones posibles, incluso para pensar sus condiciones. El sentido está siempre presupuesto desde el momento en que yo empiezo a hablar; no podía empezar sin ese presupuesto».

La otra expresión se refiere al acontecimiento:

«El modo del acontecimiento es lo problemático. No se debe decir que hay acontecimientos problemáticos, sino que los acontecimientos conciernen en exclusiva a los problemas y definen sus condiciones...». «El acontecimiento es por sí mismo problemático y problematizante».

La complejidad que ese autor deposita en nosotros se debe al hecho que nos hace pensar en que el sentido y el acontecimiento se alojan en el lenguaje convertido en proposición, en discurso, pero a la vez, mediante ese acto, se manifiesta la inclusión del yo en la relación entre la proposición y el estado de cosas, lo cual pone en contacto la interioridad de la lengua con la exterioridad del ser.

Y así, seguro y rearmado con los juicios emitidos por esos autores, me adentro en la cultura universal y prosigo esta aventura interminable en La Biblioteca, amorosamente guiado por ella hacia el territorio poblado de sus numerosos vástagos, sus entrañables libros, mis compañeros de tantas batallas de la inteligencia.

Pero no se trata aquí de alardear de mis dones de lector, de lo que he leído y cuánto he leído. Ni mucho menos jactarme del inmenso tamaño de mi biblioteca: «Tengo una biblioteca de diez mil libros». No, jamás.

El asunto que me ocupa, discurriendo con La Biblioteca, es tratar de despejar la incógnita que no pocas veces perturba mis horas de intensa labor como docente, investigador y escritor: ¿De dónde proceden los conocimientos, las percepciones y las imágenes que se forman y articulan en mis prácticas académicas y en mis producciones literarias?

Con certeza, no hay una sola respuesta a esa inquietud. Nadie posee total control de las fuentes de sus sensaciones y entendimientos. Pero una respuesta es segura: las marcas dejadas en mis viejos libros, la mayoría de procedencia francófona, pero una minoría esencial de cepas hispánicas, son testimonios vivos y fieles de una larga trayectoria de la búsqueda perenne de un saber, un reflexionar y un sentir integrados a mi ser.

Sin embargo, Gaston Bachelard, de pie en un estante de La Biblioteca, me interpela desde una línea sombreada de amarillo que se desprende de *La formación del espíritu científico*: «Cuando buscamos las condiciones psicológicas de los progresos de la ciencia, pronto llegamos a esta convicción de que es preciso plantear el problema del conocimiento científico en términos de obstáculos epistemológicos».

Dudas, sombras, prejuicios, preferencias, inclinaciones personales y culturales, etc., además de la natural complejidad de lo real, son obstáculos o ruidos inherentes al conocimiento y a la creación. Obstáculos que como implacables diablitos martirizan a la inspiración o la musa, pero que en un final salvan al creador y al investigador.

Digamos que son maniobras y entorpecimientos adyacentes y propios de la naturaleza del acto de investigar. Por eso Jean Piaget me advierte al escuchar mi interrogante, que no hay oposición entre objetividad y subjetividad, pero bajo esta condición, entre otras: que la subjetividad del investigador remita al sujeto epistémico o sujeto cognoscente y no al sujeto individual.

En ese sentido son proverbiales estos pasajes de su *Lógica y conocimiento científico*, que había resaltado con doble subrayado desde los tiempos en que por primera vez consulté esa obra en busca de orientaciones, cuando en mis estudios en Francia me iniciaba en la investigación científica:

«El carácter propio del conocimiento científico es llegar a una cierta objetividad, la cual no excluye en nada la necesidad de una actividad del sujeto en el acto de conocimiento... Hablaremos, de una parte, de "sujeto epistémico"... (Todos los sujetos de un mismo nivel de desarrollo que tienen en común la capacidad de realizar actividades como clasificar, ordenar y nombrar, independientemente de las diferencias individuales)... Hablemos de otra parte de "sujeto individual para designar lo que resta como propio de cada individuo"...».

Cada uno puede simbolizar una serie de cosas por una imagen mental particular: rayas, dibujos, círculos, etc. Por ejemplo,

en esta obra que trata acerca de mi formación en las ciencias del lenguaje, porque quiero guardar el estilo autobiográfico y afirmarme como sujeto individual, he decidido no seguir con rigurosidad las convenciones de la redacción científica acreditando las citas, como las que llevo hechas, asumiendo un modelo de referencia específico.

Esa decisión se justifica por la intención de asumir un estilo autobiográfico, porque quiero afirmarme como sujeto individual; y, además, porque sé, como lo afirma Piaget, que: «Lo propio del conocimiento científico es, pues, llegar a una objetividad creciente a través del doble movimiento de adecuación al objeto y de descentración del sujeto individual en la dirección del sujeto epistémico».

Por tanto, no se espere encontrar una respuesta objetiva al devaneo que me ocupa, pues no existe sino un conocimiento metódico y controlado que llamamos «objetividad», mediado por la subjetividad del sujeto epistémico en la que en forma a veces directa, a veces indirecta, pero siempre activa, se manifiesta la indispensable presencia del sujeto individual.

Y es lo que me pregunto: ¿Qué tengo que decir con tanta ciencia y metodología, si tal cosa no existe, sino lo que uno es capaz de decir con cierta claridad y sentido común? Es lo que me enseñan los autores residentes en La Biblioteca, es lo que encuentro en toda la dimensión de la literatura inscrita en su nómina.

Todos ellos, científicos, sabios, poetas, eruditos, ignorantes, exteriorizaron, expulsaron de sí lo que tenían que decir y lo dejaron ahí encerrado en las páginas. Y luego, tiene uno como lector, que buscar lo mejor de cada uno y ordenar todo en La Biblioteca, para hacer de ella el espacio por excelencia del encuentro de saberes.

Rodeado de tantas obras y de tantas ciencias pregunto a La Biblioteca: ¿Qué papel tienen el texto y la lectura? Es una pregunta que la desconcierta, pero sé que ella es la respuesta. En ella está encerrado lo poco que se pudiera saber al respecto.

Ella es el mar anchuroso hacia donde desembocan y donde se agrupan todas las ramas del saber. Los textos son grandes ríos de vida que se bifurcan en multitud de riachuelos y afluentes de experiencias humanas. Y en ese *orbi et orbi*, por su presencia vibrante, la lengua es reina. Esta es la razón de ser de La Biblioteca, pero en comunión con todo lo que la rodea, la antecede o la sucede.

En otro ámbito, no logro definirme con facilidad por una escuela o una corriente; pero en cuestión de libro y de la lectura no hay vacilación alguna. En un santiamén enseño una apasionada afiliación. La opción por los libros fue como un bienhechor delirio que prendió en mis adentros en los años de mi más tierna adolescencia.

La lectura fue como un aluvión de emociones que de repente invadió mi ser y se alojó en él, sin duda alguna, cuando empecé a sentir disfrute con la compañía de un puñado de autores que desde entonces cultivo y busco ampliar, que fueron reuniéndose en tertulias multi y telecompartidas en torno a mi interés de aprender y soñar, y que hoy gozan de un lugar privilegiado en La Biblioteca, donde conforman sus cimientos, pilares y grandes compartimientos.

Lo que es de mis gustos es de mis estudios y saberes. Nadie entiende mejor eso que La Biblioteca, en cuyo espacio y bajo su placentera aureola disfruto de una enorme felicidad, aunque siempre angustiado por incesantes interrogantes, las cuales trato de satisfacer apoyándome en su sabio recaudo.

¿Cómo a través de las lecturas, los estudios y las reflexiones me fui apropiando de algunas orientaciones y desechando otras, sin que fuera necesario renunciar a los aportes de todas ellas? ¿Cómo me fui iniciando en el mundo académico, lleno de ignorancia, dudas y turbaciones, pero animado por un enorme deseo de aprender? ¿Cómo he tenido que pelarme los ojos en La Biblioteca en este proceso de adquisición de los conocimientos en el que me veo discurrir?

Con profundo agradecimiento por los aprendizajes, mis recuerdos se hunden tras las huellas de las primerizas aspiraciones de formación y definición de mi humanidad y se remontan a la superficie de mi conciencia con el reencuentro de algunas lecciones éticas e intelectuales de José Ingenieros.

El filósofo argentino ocupa un lugar privilegiado en mi formación ética e intelectual y un asiento de honor en el palco de La Biblioteca junto a Azorín y un pequeño número de selectos autores, quienes son mis grandes consejeros en los asuntos que requieren de una orientación trascendental.

Entre mis libros de cabecera figuran dos obras de José Ingenieros: *Hacia una moral sin dogma* y *El hombre mediocre*, las que forman parte de mis lecturas en la juventud. De la primera hay una lección que no tengo necesidad de poner en relieve mediante artificios gráficos, puesto que es energía vital para el cultivo del pensamiento libre y antídoto contra el dogmatismo en cualquier doctrina:

«Sois antidogmáticos y os apruebo; he compartido siempre, por mi hábito de estudiar incesantemente, vuestra actitud antidogmática. Todo lo que sabemos, todo lo que anhelamos, puede ser superado por hombres que estudien más y que sientan mejor. Adherirse a un dogma, como acostumbran los ignorantes y los holgazanes, implica negar la posibilidad de perfeccionamientos infinitos».

Otra lección, por igual integrada a mi naturaleza, se encuentra en *El hombre mediocre*: es la sublimación del idealismo y de las personas capaces de actuar guiadas por un ideal; es la condena de la mediocridad, de la ausencia de ideales y de las personas mediocres. La mediocridad se reconoce con facilidad en este conjunto de imágenes plasmadas por Ingenieros en este ramillete de expresiones:

«El hombre mediocre es incapaz de alentar nobles pasiones»; «la mediocridad es una ausencia de características personales que permiten distinguir al individuo en su sociedad»; «el símbolo del

hombre mediocre es la paciencia imitativa; del hombre superior, la imaginación creadora»; «el hombre mediocre es por esencia imitativo y está preparado para vivir en rebaño, reflejando las rutinas, los prejuicios y el dogmatismo reconocidamente útiles para la domesticidad»; «la mediocridad aborrece al digno y adora al lacayo»; «el hombre mediocre es solemne. En la pompa grandílocua busca un disfraz para su íntima oquedad».

Esas lecturas me han acompañado durante toda la vida. Fueron hallazgos inigualables en mis años de formación y siguen en pie en mi vejez. Es un proceso de búsqueda que aún no ha terminado.

En el acto de conocer hay que superar el asombro inicial de los neófitos en las ciencias. Hay que dejar atrás la tendencia a la fácil imitación, a las confusiones y vacilaciones de factura escolar.

Pero la dignidad se juega cada día. La mediocridad acecha por doquier. Está presente de tomo y lomo en nuestro entorno y en el interior de cada uno de nosotros. Debemos reconocerla y denunciarla.

Si optamos por ser dogmáticos y mediocres no podemos aspirar a ser libres, aunque poseamos la más perfecta tecnología y una enorme biblioteca.

Un humanista no puede ser alguien dogmático ni mediocre. Azorín, con su prosa de magistral estilista, en la novela *El escritor*, no me deja mentir; ha consentido que manche las impecables páginas de su obra, las que he acribillado con cruces, rayas, signos de interrogación y admiración cuando he tenido que seguir las historias de los escritores Dávila, Quiroga, Antonio, personajes que son el mismo Azorín en esa obra.

Un amigo campesino analfabeto de un paraje de San Cristóbal, donde residí un tiempo, a quien tengo por sabio y filósofo, salpicaba nuestro habitual parloteo sobre anécdotas triviales del lugar que bautizamos como del «gallo y la gallina» con esta irrupción: «Conversación trae conversación». Y en el

curso de mis propias palabras engarzaba él otra anécdota de la misma especie.

Eso creo, conversación trae conversación, pues es el efecto que me produce en estos momentos el libro de Azorín *El escritor*. Rescato de la herramienta de mis marcas esta reflexión de este autor en torno a Antonio, mi tocayo, quien en su biblioteca se encuentra escribiendo un libro sobre filología, que bien se aviene con el tema de esta obra:

«Trabaja bastante don Antonio, según me dice González Canto, se ocupa en un librito de filología; todos los que escribimos, los que escribimos con amor, somos filólogos, quien más, quien menos. La filología es una vasta ciencia que abarca las más nobles disciplinas: filosofía, psicología, historia literaria, literatura imaginativa. No hay que entenderla —cosa de humanistas— en el concepto de la búsqueda estricta de la progenie en los vocablos».

Por eso adoro la filología. Por ser amor a las palabras, a las letras, y por ser una ciencia, que como afirma Azorín, integra otras ciencias, otros saberes, además de la lengua y las letras.

Son esas dimensiones que también nos enseña en el siglo XVII otro español muy anterior a Azorín, Francisco Cascales, en sus *Cartas filológicas*, cuando en las palabras de presentación del tema de su obra, que yo había destacado con fina marca a crayón, nos descubre el ancho campo de la filología: «*Cartas filológicas* es saber de letras humanas, erudición, explicaciones de lugares, lecciones curiosas, documentos poéticos, observaciones, ritos y costumbres y muchas sentencias exquisitas».

La hibridez está presente en las artes y en las ciencias que gozan de mi agrado. Me defino como un ecléctico que obra a gusto acorde con este concepto pillado en un diccionario: «Que trata de reunir, procurando conciliarlas, valores, ideas, tendencias, etc., de sistemas diversos».

Practico lo mezclado, lo impuro, lo imperfecto. Prefiero la teoría a la práctica. Las ciencias a las técnicas. El pensamiento a

la acción concreta. La metodología está por encima de los métodos. Los conceptos trascienden más que los datos y los hechos.

¿Pero la ciencia que persigo viajando en compañía de La Biblioteca es la filología de Azorín, de Cascales y de otros célebres filólogos? Estoy confundido. Son tantas las ciencias parecidas a la que busco que no sé si proseguir o quedarme con una de las ya existentes.

Amo, prefiero, los conocimientos fundamentales antes que los especializados e instrumentales. Soy un enamorado de las ciencias generales y las grandes ciencias madres. A las particulares prefiero las integrales como la epistemología, la filología, la filosofía o la semiótica Y mientras más generales, mejor. Por eso me van bien las humanidades. Por eso me siento fascinado por el humanismo.

¿Y quién mejor que Pedro Henríquez Ureña para insuflarme ese ideal? La Biblioteca se ilumina con la sola mención de ese nombre; se llena de un gozo infinito. Es su mejor hijo, el preferido, el que la colma por entero.

Es tanto lo que debo a ese autor que me veo en la obligación de discriminar al destacar los conceptos claves de su humanismo en el ensayo «La cultura de las humanidades» el valor espiritual de las humanidades como energía fundamental para las transformaciones: «Las humanidades, viejo timbre de honor en México, han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera»; la cultura humanística como fuente de salud y la paz: «Acercar los espíritus a la cultura humanística es empresa que augura salud y paz»; y en su ensayo «Patria de la justicia», la utopía como fuerza renovadora indetenible de las sociedades humanas: «Pero la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo»; y la justicia como colofón y razón de ser de la cultura humanística: «El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura».

Ahí están los conceptos fundamentales, aportados por esos autores de la ciencia del espíritu que persigo. Ese es mi ambiente.

Es el centro y punto de apoyo principal de las humanidades y del pensamiento humanístico. Y en eso, parece ser, consiste esa ciencia que busco.

Podría llamarla ciencia del texto; sería algo superior a todas las ciencias integradoras en capacidad de integración. No otra cosa encuentro plasmada en La Biblioteca, lugar donde me siento confortablemente rodeado de textos que se yerguen y agrupan como formando un gran condominio del saber.

Celebro las ciencias integradoras como hoy se denominan: ciencias de la salud, y no solo medicina; ciencias económicas, no solo economía; ciencias agrícolas y veterinarias, no solo agronomía y veterinaria; ciencias sociales, no solo sociología; ciencias del lenguaje, no solo lingüística.

Todas son ciencias que reúnen una condición esencial: son ciencias limítrofes, fronterizas y eclécticas. Son ciencias puentes, ciencias madres que operan como correas de transmisión, circulación e integración de conocimientos diversos.

Vistas todas esas ciencias aquí reunidas, podemos decir con alguna certeza que todas giran en torno a la lengua y a sus productos. Tienen como norte de su quehacer el estudio de la recepción y la producción de significación. Procuran el sentido a través de los textos y discursos. Son el resultado de la interacción de los sujetos en la comunicación verbal.

En La Biblioteca entro en contacto con un conglomerado de ciencias que se ofrecen en un todo único, como si La Biblioteca misma fuera una ciencia del conjunto, superior a las ciencias individuales contenidas en los libros que la conforman. En sus estantes y tramos observo cómo se va constituyendo esa ciencia: diversas disciplinas circulan por sus zócalos, tabiques, nervaduras y cornisas, cómo se desganan imágenes, sensaciones e ideas que luego se reagrupan en todos los libros que las contienen se convierten en un solo, enorme y liviano ensamblaje ideológico y textual.

Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov son dos viejos amigos de La Biblioteca. Les agradezco de verdad, pues conocen mis anhelos y me han acompañado desde siempre en esta búsqueda.

Ahora me dirijo a ellos al consultar su *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Me doy cuenta de mi interés en la lectura de esa obra por la cantidad de anotaciones en los márgenes de las páginas. Son glosas extensas, interminables, como si leyéndolas yo hubiese querido prolongarlas en otro libro.

Los autores explican las implicaciones del término ciencias del lenguaje, cuando en la justificación del título se refieren al amplio campo de estudio de su obra. Acerca del lenguaje afirman:

«Hemos resuelto dar a la palabra lenguaje el sentido preciso —y trivial— de "lengua natural": no el de "sistema de signos", tan difundido en nuestros días. No nos ocuparemos aquí de las lenguas documentales, ni de las diferentes artes consideradas como lenguajes, ni de la ciencia tomada como una lengua bien o mal hecha, ni del lenguaje animal, gestual, etc.».

Las ciencias referidas al lenguaje son definidas, de la manera más amplia, como el estudio de la lengua, de su funcionamiento interno y de sus producciones:

«Si hemos tomado, pues, la palabra "lenguaje" en un sentido restringido, el plural de ciencias señala, al contrario, nuestro deseo de apertura. En ningún momento hemos querido separar el estudio de la lengua del de sus producciones, entendiendo por ello a la vez su funcionamiento (de allí el lugar acordado a la enunciación, a los actos lingüísticos, al lenguaje en situación) y las secuencias discursivas resultantes, y cuya organización ya no está directamente regida por el solo mecanismo de la lengua (de allí los muchos artículos consagrados a aspectos de la literatura, dado que el discurso literario es, entre todos, el mejor estudiado). Todo intento de aislar el estudio de la lengua del estudio del discurso tarde o temprano se revela nefasto para ambos».

En su definición los autores rebasan los límites temporales, al apoyarse en la historia del conocimiento y el uso del lenguaje, en la que convergen, sin exclusión, ciencias actuales y ciencias milenarias:

«Al hacerlo, no hacemos sino reanudar con una larga tradición, la de la filología, que no concebía la descripción de una lengua sin una descripción de las obras».

Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov precisan los dominios o disciplinas que abarcarían las ciencias del lenguaje: lingüística, geolingüística, sociolingüística, psicolingüística, lingüística histórica, historia de la lengua, retórica, estilística, poética, semántica, semiótica y filosofía del lenguaje.

Esas ciencias son el lugar de encuentro de diversas ciencias. Se observa que en esa definición, lenguaje es un concepto general y hasta vago y trivial. Pero a la vez, un concepto específico, no asimilable a todo lo que por lo regular pudiera llamarse «lenguaje», como se usa en las artes y en la comunicación de los animales.

La idea de no «separar el estudio de la lengua de sus producciones» rompe también con la lingüística a partir del concepto de lenguaje, el cual es más amplio que el de lengua en el sentido de la lingüística, ciencia que se había impuesto en el siglo XX como estudio estricto del sistema interno de la lengua.

Los autores expresan en tono desafiante la nueva visión de la ciencia en plural, las ciencias del lenguaje. Es fundamental esta advertencia contra la tendencia aislacionista en las ciencias del lenguaje:

«Toda tentativa de aislar el estudio de la lengua del estudio del discurso se revela, tarde o temprano, nefasto al otro».

Consideradas en los momentos actuales y de cara al futuro, las ciencias del lenguaje habrían de comprender también, sin límite alguno, un conjunto de disciplinas existentes, nuevas o por crear: lingüística aplicada, lingüística informática, lingüística cognitiva, neurociencia, etc.

Pero también habrían de recuperar, en permanente diálogo con las ciencias humanas y sociales, aspectos filosóficos, sociales, psicológicos, cognitivos, comunicacionales, políticos, culturales, etc. Los campos de estudio de esas ciencias son ilimitados.

Parten y se enraízan en todo lo que tiene que ver con el lenguaje como origen, proceso, contexto, producto, usos y aplicaciones humanas y sociales. Los núcleos en los que se apoyan son el lenguaje, la lengua, el habla, la comunicación, el discurso, el texto.

El eje esencial de las ciencias del lenguaje es el discurso y, en término más concreto, el texto, o los textos, como manifestaciones del discurso. En la capacidad integradora, ninguna ciencia del lenguaje se equipara con el texto.

El texto no es una ciencia particular; por eso es una perspectiva transversal a todas las ciencias. Las ciencias del lenguaje y cada una de las que integran, en general, todas las ciencias, son productos de la lengua, pero la trascienden en el texto. Son, por tanto, ciencias textuales o paratextuales.

Más de veinte años después, Ducrot renovó el proyecto de 1972 elaborado junto a Todorov, al publicar con otros autores el *Nuevo diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Sin embargo, al consultarlo me alegra saber que introdujo algunos cambios acorde con el desarrollo de las ciencias del lenguaje, pero conservando los planteamientos básicos establecidos al inicio de la década de 1950.

En esa nueva edición puedo ver que hoy la lingüística gira más hacia una especie de translingüística, orientación planteada por Bajtín en los años 20 del pasado siglo, justo como reacción a la lingüística saussureana, en la cual se incluirían los aspectos sociales y culturales de la lengua. Y en esa perspectiva, el texto como dialogismo, como luego veremos, es, al parecer, la tendencia que se avizora y que promete la renovación de los estudios del lenguaje en el futuro.

La gran ciencia acariciada no tiene la pretensión de que le llamen ciencia. Quiere ser un poco de todo. Quiere ser modesta, aunque sublime en sus fines. Antes que entera y como algo acabado, gusta más bien de presentarse por cómo se formaría su nombre.

Es como cuando se le quiere poner un nombre a un bebé aún no nacido, por tanteos y colección de piezas del futuro nombre. A ella le gustaría llevar un prefijo de algo sin límites como híper, súper, tras, trans, más un morfema lexical relacionado con el texto, la lengua, el lenguaje. Y también un sufijo derivativo capaz de generar palabras de manera abierta e ilimitada.

¿Qué tal estos nombres: ciencia transtextual, translingüística o translenguajera?

Cualquiera de los tres sería apropiado para una entidad sin fronteras y superior a todas las ciencias establecidas en torno a un solo objeto. Aquí solo expongo mi opinión, y dejo constancia también del camino que he recorrido y aún me falta por recorrer, para llegar a la comprensión de lo que estoy tratando.

¿Hay una ciencia del texto? Hay una denominada lingüística textual; otra, textología; también hermenéutica, filología, estilística, poética, semiótica, análisis del discurso; así, existen varias ciencias del texto. Sin embargo, la pregunta no se limita a respuestas tan específicas, tan particulares.

Recuerde que, en nuestro escarceo, la búsqueda del texto lleva a integrar y a rebasar la lengua y lo estrictamente lingüístico, al incorporar una variedad de disciplinas y saberes de las ciencias humanas y sociales, en particular las que se agrupan bajo el nombre de ciencias del lenguaje.

El texto es una perspectiva, un enfoque, una orientación que en la contemplación y la observación de lo real guía la búsqueda de sentidos partiendo de la lengua como criterio integrador. Es una mirada bibliófila que, a imagen de La Biblioteca, tiene como centro el discurso y el texto, adonde confluyen todas las disciplinas del saber.

El texto implica una cultura de la lengua, un marco útil que permite situar en los contextos específicos los sentidos políticos e ideológicos de las producciones discursivas. El texto es relación con el poder a través de las lecturas e interpretaciones críticas, pero también de las propuestas de dominación que se ejercen a través de él.

El problema que no resuelvo acerca del texto es cómo integrar la crítica. Y ahí los mayores peligros que acechan son el dogmatismo, que niega la libre indagación y reflexión, la imitación y, peor aún, el plagio, que son las armas predilectas de los mediocres para imponerse entre el rebaño de sus congéneres. El plagio es la plaga mayor de estos tiempos; atenta contra el idealismo, la inteligencia y la creatividad de los seres humanos.

Mi estancia en La Biblioteca no es inmóvil. Hay mucho dinamismo dentro de esa arquitectura bibliotecológica. Se viaja a todas partes y a todos los tiempos. Ahora me veo siglos atrás conversando con autores de las más diversas épocas sobre el tema objeto de mis búsquedas.

Desde siempre existe el pensamiento translingüístico, como ha habido lengua, y en torno a esta los discursos y los textos: los de las ciencias y los discursos ordinarios; los de las artes y la literatura, los de las ciencias del lenguaje. Solo que en una época más que en otra ha sido mayor el auge de ese pensamiento.

La translingüística tiene sus primeras manifestaciones en la filosofía del lenguaje de los tiempos antiguos y modernos en la búsqueda más importante del sentido, la relación entre el lenguaje, el pensamiento y las cosas trianguladas en el concepto de signo. Ese triángulo es también la base de la translingüística, pero no como signo, sino como discurso.

En los siglos XIX y XX esa búsqueda ha tenido un considerable apogeo. Varias disciplinas agrupadas bajo la rúbrica de ciencias del lenguaje canalizan el pensamiento translingüístico, entre las cuales se destacan: filología, lingüística, gramática, filosofía del lenguaje, semiología o semiótica. Son ciencias que sirven de puente a otras especialidades o ramas particulares de los estudios del lenguaje.

Otros estudios, sin necesidad de ubicarlos en una disciplina específica, indagan el origen y la naturaleza de la lengua. Los lingüistas han tratado esa orientación en términos peyorativos cuando la designan como «lingüística precientífica».

Ocupan lugares preferenciales en La Biblioteca autores de diversas épocas que han reflexionado sobre el lenguaje desde perspectivas no del todo lingüísticas. El conocimiento sobre la lengua no estaba estanco y parcelado desde tiempos relativamente recientes hasta la fecha.

De ahí el malestar que yo sentía cuando en mi clase de Lingüística tocaba ese tema. Preguntaba a los estudiantes: ¿Hubo una vez en la historia de la humanidad un momento en que no existiera el lenguaje articulado y la gente no se comunicara mediante las lenguas? Les pedía que investigaran y que me trajeran la respuesta.

Sin haberlos estudiado, casi la totalidad de los estudiantes repetía las ideas de los pensadores anteriores a Saussure. En cambio, hacía esfuerzos por convencerlos de que esas eran ideas erradas que correspondían a un período precientífico de la lingüística.

Sin embargo, desde la perspectiva de esta obra, consideramos que de alguna manera en esos textos llamados precientíficos están las simientes de la orientación que se fundó en el siglo XX bajo la denominación de translingüística.

Ahora me doy cuenta de que estaba procediendo en forma dogmática. Solo daba por bueno y válido un punto de vista, el de la lingüística moderna, en nombre de la cual despreciaba las opiniones de los estudiantes. Eso es dogmatismo. Dogmatismo en nombre de la ciencia.

Pero la ciencia no debería ser dogmática; tampoco los librepensadores. Por tanto, en esta búsqueda translingüística no se les debe cerrar las puertas a las palabras y a las ideas cualesquiera que sean y de dondequiera que provengan.

No debe llamarse lingüista a alguien que se valga de las ciencias del lenguaje para impedir a otros hablar sobre la lengua, bajo el argumento de que lo que se diga no es un hablar científico. De igual modo, no debería considerarse como humanista a alguien que en defensa de unas ideas bloquee la expresión de ideas contrarias a las suyas.

En esta indagación translingüística no puede haber exclusión alguna. Se puede seguir el cauce de cualquiera de las ciencias del lenguaje puesto que todas son integradoras. Y si enfatizamos alguna de ellas, como la semiótica, es solo porque nos parece la ruta más apropiada para lograr la integración de todas desde la perspectiva translingüística.

Sabemos que hay dos denominaciones para la ciencia de los signos: la primera, procedente del ámbito ánglico introducida por Charles Sanders Peirce; la segunda, procedente del ámbito francófono introducida por Ferdinand de Saussure en el *Curso de lingüística general* y continuada por Roland Barthes y otros autores franceses. Aun con esas diferencias, hay una relación de continuidad en el proyecto de una de las ciencias llamada semiología o semiótica.

Importa cerrar este escarceo con la dimensión translingüística de este libro, la cual se sitúa en la relación entre el lenguaje y el pensamiento, entre el signo y el discurso. Se fundamenta en la distinción entre el signo y el discurso. Por tanto, es necesario recuperar el pensamiento semiótico desde una perspectiva crítica pero sin limitarse o arrimarse a la ciencia semiótica, como tampoco a la lingüística ni a otra ciencia en particular.

Son temas que luego serán expuestos como continuidad a la reflexión translingüística desarrollada en obras anteriores. *La cultura de la lengua* es nuestra obra que mejor recoge esa concepción al plantear una concepción dialógica en la enseñanza de la lengua.

El enfoque translingüístico de la lengua y su enseñanza fueron plasmados en mi obra *Estudios translingüísticos*, pero esa

concepción ha sido tratada con persistencia desde mis primeros escritos en la década de los 80.

Todas mis investigaciones enmarcadas en un programa sobre el análisis del discurso y realizadas bajo el patrocinio del Instituto Tecnológico de Santo Domingo, declaran en su marco conceptual la adscripción a la orientación translingüística. En la primera de cinco investigaciones publicadas acerca del análisis del discurso político «Estrategia de captación de la voluntad» se define como popular el enfoque translingüístico en relación con el discurso político.

La translingüística es la conversión y realización de la lengua en la enunciación de los sujetos y sus productos: el discurso, el texto, el enunciado. Es un proceso de base lingüística que, gracias a la acción de los hablantes, trasciende lo intralingüístico al englobar las diversas áreas y actividades humanas, intrínsecamente relacionadas con la lengua: lo cultural, lo social, lo individual, lo comunicacional, etc. Por tanto, se trata de un enfoque transdisciplinario, como lo es la naturaleza de su particular campo de estudio: el discurso.

El vínculo entre discurso y translingüística fue planteado en los años treinta por el autor ruso Mijaíl Bajtín al proponer, en contraposición a la lingüística estructuralista de Ferdinand de Saussure, una consideración de los hechos lingüísticos desde la dimensión social en lugar del estudio de la lengua en forma inmanente, es decir, como estructura o sistema. Así habló ese autor de la necesidad de una nueva disciplina, la translingüística, en la que la lengua es uso, posibilidad de interrelación humana, caracterizada en su manifestación discursiva por su condición social, dialógica y polifónica.

En mi investigación *Discurso y acción: Manolo, Caamaño y El Moreno* se reafirma la orientación translingüística, ya que retomo mis definiciones formuladas en obras anteriores e incorporo nuevos elementos. Es un enfoque de acercamiento al

conocimiento desde la lengua hacia todo el universo colocado más allá de la lengua.

Mi obra *Narratividad del saber humanístico* reactiva y reinventa el concepto translingüístico aplicado al humanismo y a las humanidades.

Los estudios actuales acerca del discurso, del texto y la comunicación, en particular en el ámbito del análisis del discurso, se conectan con la perspectiva translingüística de una lingüística de la enunciación y la pragmática.

El discurso es el eje central de la translingüística. Es el espacio en que el sujeto, la lengua y la cultura se encuentran y se actualizan, según los modos de enunciar y de significar de cada época. El discurso es acción y sentido; es intercambio de locutores, de experiencias, de emociones, de hechos y conceptos. La dimensión ideológica del discurso es parte constitutiva de su funcionamiento. Y esto se debe a que es una estructura y una manifestación de la intención del hablante.

El signo y el discurso son fenómenos de naturaleza translingüística. Los dos comparten el mismo ámbito: el sentido. También las actividades humanas fundamentales, como la representación y la comunicación de la vida y la historia, que nacen en ellos y se regocijan como sus mejores frutos.

Así, por ejemplo, un texto es un signo, se considera signo, se circunscribe al signo cuando el sujeto no se lo apropia en su producción y su recepción. Cuando lo analiza con la estricta finalidad de describirlo y conocerlo descomponiéndolo en sus partes y sus unidades internas es un discurso, lo considera un discurso cuando el sujeto lo toma para sí; lo asume como obra suya, lo analiza, interpreta y valora desde su subjetividad, al manifestar su emoción y su juicio.

Dicho de otra manera: un signo es el producto de la intención de producir objetividad a través de la transformación en objetos de nuestras percepciones y nuestros conocimientos. Objetos como cosas estudiadas; objeto como cosas, entes o personas que estudian y analizan, lo cual lleva a la descripción.

A la inversa: un discurso es el producto de la intención de producir subjetividad a través de la transformación en sujetos de nuestras percepciones y nuestros conocimientos. Sujetos como cosas estudiadas; sujetos como cosas, entes o personas que estudian y analizan, lo cual lleva a la valoración.

Por eso ambas realidades pueden converger en una misma ciencia del lenguaje. La diferencia es dada por la perspectiva. Por ejemplo, en el marco de cualquier ciencia: semántica, semiótica o textología, si me propongo estudiar la significación se circunscribe al ámbito del signo, si me intereso por los significados de las palabras y las oraciones.

Pero me encuentro en el terreno del discurso si lo que me interesa es el sentido, el cual es definido, a bulto, como el significado más la situación de comunicación, en la cual se incluyen los sujetos hablantes.

En ese orden, hablar, leer y escribir son procesos translingüísticos semióticos y discursivos, y hay, por consiguiente, un despliegue de energías y causes translingüísticos cuando leo y escribo, como ahora en mi ambiente más propicio, La Biblioteca, rodeado de escritores y obras, recibiendo el aliento creativo de tantas inteligencias brillantes. Empecinado en un tema que me pone en contacto con materias tan diversas como la lengua, la cultura, la sociedad, la subjetividad del individuo, las ciencias y las realidades más inimaginarias; en fin, cuando siento mi respiración y la vida a mi derredor tratando de entender cómo, al decir del poeta Baudelaire, hay una correspondencia total entre todos los elementos del universo.

NOTAS Y REFERENCIAS

Este apartado recoge apuntes y detalles diversos que en forma flexible aluden al cuerpo de la obra, según el interés del autor. En relación con la mayoría de los capítulos se ofrecen informaciones complementarias (nombres, fechas, citas, etc.), relacionadas con motivos relevantes. Las referencias bibliográficas se presentan de forma heterogénea, sin ajustarse necesariamente a este o aquel modelo de redacción.

I. MI SUR

Este capítulo recoge aspectos de tres conferencias pronunciadas en el sur del país: «Neiba en mis recuerdos», 2013; «El sur en mis obras literarias», 2017, y «Tamayo, fermento de mi vocación literaria», 2019, pronunciadas en ocasión de reconocimientos de los que fui merecedor en esos entrañables lugares de mi región.

II. LA EDUCACIÓN PRIMARIA EN TAMAYO

En este capítulo se ofrecen las referencias de obras y documentos citados, los cuales permiten contextualizar mi primera educación en mi pueblo natal, Tamayo.

1. Obras

Lacay Polanco, Ramón. (1959). *El hombre de piedra* (novela). Ciudad Trujillo, 1959.

- Nolasco, Sócrates. (1959). *Cuentos Cimarrones*, Ciudad Trujillo. (Ver edición del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, 2017).
- Tres miradas al sur. (2017). Editora Nacional, Santo Domingo. Recoge textos de Héctor Incháustegui Cabral, «Poemas de una sola angustia»; Freddy Gatón Arce, «Magino Quezada», «Trece veces el sur»; Lupo Hernández Rueda, «Crónicas del sur».
- Escritores del sur 1836-1935. (2017). Editora Nacional, Santo Domingo. Recoge textos, entre otros autores, de Francisco Gregorio Billini, Apolinar Perdomo, Osvaldo Bazil, Tulio Manuel Cestero, Rafael Damirón y Zacarías Espinal.
- Matos Moquete, Manuel. (2012). Cien años de enseñanza del español en República Dominicana: Perspectiva histórica. Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Editora Búho.

2. Documentos curriculares

Revista de Educación N.ºs 23 y 24 (julio a diciembre de 1934)

Circular N.º 77 del 6 de agosto de 1934:

«Con el propósito de que no sean frustrados los preceptos de la Ley de Instrucción Obligatoria, esta Superintendencia de Enseñanza ha implantado un servicio de policía escolar a cargo de miembros del Ejército y de la Policía Municipal, que velará porque ningún menor sometido a la obligación escolar se sustraiga a los deberes que la ley impone. Este servicio se inicia a partir del 15 de septiembre próximo, fecha en que las escuelas reanudan sus labores, y empezaría por organizase en la ciudad capital, y se irá estableciendo en las demás ciudades y pueblos a medida que lo permitan las atenciones de los servicios ordinarios que prestan los agentes de la fuerza pública que asumirán la función de policía escolar.

»Para la efectividad de las gestiones de esa policía, y para que los menores sometidos a la obligación escolar puedan ser identificados fácilmente, se ha establecido la Cédula Escolar, según el modelo de tarjeta anexo, y se les recomienda solicitar la cantidad de ejemplares que sea necesaria en ese Distrito. Es obligatorio que cada estudiante porte su cédula y para el efecto los maestros deben exigir su presentación diariamente, antes de comenzar las clases».

Circular N.º 86 del 6 de septiembre de 1934:

«Facultado por el Honorable Señor presidente de la República, este Departamento ha dispuesto establecer un servicio de policía escolar en todas las poblaciones del país, con el objeto de evitar que los alumnos dejen de asistir a la escuela en horas de labor, entretenidos en los lugares públicos. Con este objeto el jefe del Estado Mayor del Ejército Nacional ha recibido órdenes superiores de poner a disposición del Departamento suficiente número de miembros del Ejército que desempeñan estas funciones en las distintas localidades del país».

Ordenanza N.º 842'50:

«Por la cual se establecen nuevos planes de estudios para la educación primaria, educación intermedia, segunda educación, magisterio normal primario y magisterio normal de segunda enseñanza».

«Dada en ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, República Dominicana, el día 28 de septiembre de 1950.

Joaquín Balaguer, Secretario de Estado de Educación».

Ordenanza N.º 903'53:

«Por medio de la cual modifica la forma de apreciar los progresos de los alumnos en escritura, atendiendo a la calidad y rapidez establecida por la Ordenanza 717'45».

«En dicha prueba se apreciará la calidad y la fluidez de la escritura. Tanto para la prueba como para los ejercicios de clase se elegirá un trozo en prosa o verso que interese a los alumnos y se procurará que lo memoricen bien. Ya memorizado, se distribuirá entre ellos una cuartilla de papel sin rayas y de igual tamaño. A partir de determinado instante, el mismo para todos, se ordenará que reproduzcan el trozo escrito con la soltura y forma normales que ellos acostumbran a escribir, empezando y acabando todos al mismo tiempo».

«Dada en Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, República Dominicana, los 15 días del mes de mayo del año 1953.

Joaquín Balaguer, Secretario de Estado de Educación».

Ordenanza N.º 935'56:

«Que modifica el régimen de pruebas y exámenes para los estudios secundarios y normalistas».

«Los alumnos que hayan aprobado totalmente los cuatro cursos de los estudios secundarios deberán someterse a un examen final de capacitación, para poder optar el Certificado Oficial de Suficiencia en los Estudios Secundarios. Dicho examen será efectuado cinco días después de terminadas las pruebas del cuarto curso, y constará de tres partes:

- Un ejercicio de composición acerca de un tema general, sacado de la suerte, de un temario de 30 puntos, para cuyo desarrollo se dispondrá de una hora, en el cual se apreciará la capacidad del alumno para expresarse por escrito, la corrección gramatical, la exposición lógica de las ideas, imaginación y habilidad ortográfica.
- Interpretación y comentario de un trozo literario durante quince minutos, que permita apreciar la expresión oral del alumno, captación de las ideas centrales de fragmento leído, y rapidez y originalidad de juicio.

• Exposición oral durante 20 minutos de dos temas sacados a la suerte, de un temario de 100 cuestiones básicas, seleccionados de entre aquellos aspectos fundamentales de las asignaturas que constituyen el plan de estudios, y que todo aspirante a graduarse debe haber retenido como acervo personal de conocimientos mínimos asimilados durante sus estudios secundarios».

«Dada en Ciudad Trujillo, Distrito Nacional, capital de la República Dominicana. AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA.

Telésforo R. Calderón, Secretario de Estado de Educación».

Portal Educación Ministerio de Educación.

III. EDUCACIÓN SECUNDARIA

Era impensable que la clase de Historia de América con base en el texto de Luis Ulloa, *Manual de Historia de la América Española*, habitualmente considerada como fácil por los estudiantes, se convirtiera en la más difícil del primer grado del bachillerato en el liceo de Barahona de 1960.

La base de mi formación en Ciencias de la Naturaleza en el cuarto del bachillerato en el liceo Eugenio María de Hostos, en Santo Domingo, fueron la Física de Mingarro y la de Kleiber.

En mi obra *Cien años de enseñanza del español en República Dominicana* detallo qué se enseñaba y cómo se enseñaba la lengua española en nuestro país desde la creación de la Escuela Normal por Eugenio María de Hostos en 1880 hasta el Plan Nacional de Educación en la década del 90 del siglo XX.

Mi propia experiencia de estudiante me permite resaltar que la formación en lengua española, en específico en la educación intermedia y en el bachillerato, se apoyó en tres manuales inolvidables: *Gramática Castellana*, de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, *Composición*, de Joaquín Añorga, y *Castellano*, de Lacau y Rosetti.

Gramática Castellana

Gramática Castellana (1938) representaba una novedosa aplicación de la lingüística moderna de corte estructuralista, creada por Ferdinand de Saussure a principios del siglo XX, cuyos principios fueron publicados por los discípulos del maestro ginebrino Charles Bally y Albert Sechehaye en 1916, bajo el título de Curso de Lingüística General.

Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña conocieron esa obra tan pronto como se publicó en el idioma francés. Pedro Henríquez Ureña impartió un curso con base en esa obra en 1933 en la Universidad de Santo Domingo. Amado Alonso fue quien la tradujo al español y escribió el prefacio a la edición española en 1945.

Es preciso detenerse a comentar brevemente ese texto. Los autores siguen una orientación ecléctica con base en varias teorías gramaticales y a motivaciones educativas. Por eso se percibe como un texto escolar.

Ellos precisan el enfoque en las páginas introductorias. Se fundamenta en la lingüística moderna sin abandonar a Andrés Bello en los aspectos que consideran pertinentes.

Se apoyan en los estudios fonéticos de Tomás Navarro Tomás y en las experiencias de los propios autores, reputados investigadores y profesores en lingüística y en literatura en Argentina.

Destinada a la enseñanza secundaria, esa obra tiene como centro —como lo señala su título— la gramática. Sin embargo, la gramática es enseñada en forma aplicada a partir de lectura y explicación de textos y de la composición. Todo el programa de lengua española del bachillerato en América hispánica estaba recogido en esa obra.

Aunque extenso, el temario del primer curso de Gramática Castellana merece ser conocido para que se recuerde la teoría gramatical en ejercicio. De la oración a las partes: sintaxis, morfología, lexicología, fonética y ortografía. Veamos algunas lecciones:

Lección I. La oración y sus clases Lección II. Límites de la oración

Lección III. Sujeto y predicado

Lección IV. El sustantivo y el verbo de la oración

Lección V. Articulaciones del sujeto

Lección VI. Complementos del adjetivo y grados de

significación

Lección VII. Género y número

Lección VIII. Articulaciones del predicado

Como se puede observar, esa obra llevaba el programa total de la enseñanza de la lengua. Los textos que incluía en cada lección son fragmentos de los mejores escritores de habla hispana hasta la época, de los siglos XIX y XX.

La composición era una clase esencial en ese manual, aspecto que se enfatiza en el segundo curso en que se profundizan los conocimientos y los ejercicios gramaticales. En cada lección gramatical el alumno debe redactar una composición siguiendo como ejemplo un texto modelo de un autor reconocido. Afirman los autores que en «el transcurso del año los alumnos han de hacer, según los programas, hasta doce composiciones para que las corrija el profesor, los devuelva a los alumnos e integren el conjunto de los trabajos del año».

La expresión oral también está bien recomendada en ese manual. La literatura está representada con fragmentos de obras, que en el segundo curso son tan extensos que pudieran servir de antología.

Composición

En la década del cincuenta al sesenta, y años después, hubo dos obras que por su uso preponderante, orientaron la enseñanza de la lengua española en numerosos países de habla hispánica: *Composición* (1956), de Joaquín Añorga, y *Castellano* (1962), de María Hortensia Palisa Mujica de Lacau y Mabel Manacorda de Rosetti, autoras conocidas como Lacau-Rosetti.

En la época se habla del «Añorga» y del «Lacau-Rosetti» para referirse a esos dos textos, de la misma manera que se hablaba del «Mantilla», la cartilla de Luis G. Mantilla, que se usó profusamente en los años treinta del siglo XX para enseñar a leer y a escribir.

El libro de texto *Composición* estaba destinado a la enseñanza secundaria y a los estudios de correspondencia comercial, muy comunes en aquellos años. Un libro de lenguaje y de gramática, términos que retomaban la codificada separación entre uso oral y escrito de la lengua y conocimiento de la sintaxis.

Sobre todo hacía hincapié en la composición; de ahí su importancia cuyo concepto lo define así:

«Componer es construir, formar, producir un conjunto ordenado y armónico. Se componen palabras, frases, oraciones, cláusulas, párrafos, textos, etc., cuando se logra combinar y concentrar sus elementos para producir un todo correcto, grato, armonioso e inteligible».

Castellano

Castellano es una de las primeras aplicaciones del enfoque estructuralista en la enseñanza del español. Se usaba en Argentina, en toda Hispanoamérica en la enseñanza secundaria y en las escuelas de comercio y de educación técnica.

La época del estructuralismo propiamente dicho en la clase de lenguaje se inaugura con obras como esta en los años sesenta, y establece un contraste entre los dos enfoques, el tradicional y el moderno, como se observa en el siguiente párrafo:

«Análisis lógico, y en su lugar se dice análisis sintáctico. Análisis analógico, y en su lugar se dice análisis morfológico. Son también resabios de la época de confusión entre la gramática y la lógica, las denominaciones de sujeto y predicado lógicos o gramaticales. En la actualidad se habla de núcleos y modificadores».

Con reconceptualizaciones de ese tipo y con los contenidos de aprendizaje se produjo un giro importante en la clase de Lengua.

Ya oración no era «un conjunto de palabras que expresa un sentido completo», sino «toda unidad de sentido con autonomía sintáctica».

No obstante, esa obra en el plano general de la enseñanza de la lengua seguirá los puntos de la tradición. Por eso su plan comprendía dos grandes bloques:

- 1. Saberes e informaciones:
- Gramática
- Normativa
- Teoría literaria
- Historia de la lengua y la literatura
- 2. Las actividades básicas:
- Composición
- Exposición oral
- Comentario de texto
- Practica de análisis gramatical
- Práctica de normas

Cada unidad se dividía en dos partes: gramática y ejercitación.

(Tomado de: Manuel Matos Moquete, Cien años de enseñanza del español en República Dominicana, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2012)

IV. LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA EN PARÍS

Las notas y referencias que aquí se ofrecen describen los tres momentos de mi formación universitaria en París: licenciatura, maestría y doctorado. Aportan de las asignaturas y la bibliografía correspondiente. Además, permiten apreciar el giro fundamental que representó en mi vida emigrar a Francia en condición de exiliado político, ingresar a la universidad y concluir los estudios de grado y de postgrado.

A) LICENCIATURAS EN LETRAS MODERNAS Y EN FRANCÉS

1. Plan de estudios de la licenciatura

Taller de Lengua Francesa

— 1976 Primer año

EF-102

EF-103	Técnicas de Expresión Oral y Técnicas de Expresión				
	Escrita				
EF-104	Grandes Etapas de la Civilización Francesa				
EF-105	Grandes Etapas de la Literatura Francesa: hasta 1700				
EF-106	Taller de Literatura Francesa				
EF-107	Práctica de Manuales de enseñanza del francés				
EF-111	Elementos de Gramática del Francés Moderno y				
	Estudio Gramatical de Textos Franceses				
— 1976-7	77 Segundo año				
EF-201	Iniciación a la Lingüística General I				
EF-201	Gramática del Francés Contemporáneo I: Taller de				
	Lingüística Francesa				
EF-203	Técnicas de Expresión Escrita y Oral (comentario				
	compuesto, ensayo y exposición oral)				
EF-204	Métodos de Estudio de una Obra Literaria				

EF-205	Grandes Etapas de la Civilización Francesa: Francia de 1870 hasta hoy día				
EF-207	Gramática del Francés Contemporáneo II				
EF-207	Grandes etapas de la Literatura Francesa de: 1700				
LI 211	hasta hoy				
EF-215	Práctica de Textos de los Siglos XVIII y XIX				
AF-101	Literatura de América Latina Contemporánea				
FE-111	Literatura de España del Siglo XX				
FL-111	Expresión Oral y Escrita en Español I				
FL-112	Expresión Oral y Escrita en Español II				
—1978 Te	rcer año				
EF-303	Estudio Interdisciplinario de una Obra Moderna				
EF-304	Problemas de la Crítica Contemporánea				
EF-306	Lingüística General II				
EF-307	Fonología General, Fonética Contrastiva y Correctiva				
EF-308	Lexicología del Francés Contemporáneo				
EF-309	Literatura de Hoy (1945-1974)				
ME-321	Literatura General Comparada I				
	-Problemas teóricos del análisis de textos				
ME-32	Literatura General Comparada II				
	-Problemas teóricos del análisis de textos				
N6-022	Fonología y Lengua: iniciación al estudio sincrónico				
	del antiguo francés				
—1979 Te	rcer año (cont.)				
FL-304	Traducción Española, niveles I y II				
FL-140	m 1 ·/ p ~ 1 · 1 m				
GMA-25	Literatura Francesa				
	-Literatura y mentalidades de la Edad Media.				

2. Libros de texto y de consulta

Auffret, Serge et Auffret, Hélène, *Le commentaire composé*, Paris, Éditions Hachette Université, 1968.

- Badel, P. Y., *Introduction à la vie littéraire du Moyen Âge*, Éditions Bordas, Paris, 1969.
- Claude-Gilbert, *Dubois, Le Baroque, profondeurs de l'apparence*, Éditions Larousse, Paris, 1973.
- Deléani, Simone et Vermander, Jean Marie, *Initiation à la langue latine et à son système*, 8me, Édition Sedes, Paris, 1975.
- Galisson R., *Inventaire thématique et syntagmatique du français fondamental*. Paris: Hachette-Larousse, Coll. Le Français dans le Monde/ BELC, 1971.
- Gauthier, Michel, Système euphonique et rythmique du vers français, Klincksieck, Lille, 1974.
- Grammont, Maurice, *Petit traité de versification française*, Paris, Armand Colin, 1976.
- Jakobson, Roman et Lévi-Strauss, Claude, «Les chats», *L'homme* Vol. 2 N.° 1. Janvier-Avril 1962.
- Leon, Monique, *Exercices systematique de prononciation françaises* 1 Hachette/ Larousse, Paris, 1964.
- Maingueneau, Dominique, *Initiation aux méthodes de l'analyse du discours*, Paris, Hachete Université, 1976.
- Martinet, André, Éléments de linguistique générale, Paris, Armand Colin, 1970.
- Mauger, G., Cours de langue et de civilisation françaises, 19531.
- Mazaleyrat, Jean, Éléments de métrique française, Armand Colin, Paris, 1974.
- Moignet, Gérard, *Grammaire de l'ancien français: morphologie, syntaxe.* Paris, Klincksieck, 1973.

¹ Ese texto estuvo oficialmente vigente en el Ministerio de Educación de República Dominicana hasta la década de los ochenta del siglo XX, cuando el equipo de técnicos de Francés que empezó a laborar a partir de 1982, integrado por Obdulia García, Manuel Núñez y Manuel Matos Moquete, quienes habían estudiado en Francia, introdujo el enfoque nocional y comunicativo en la enseñanza de las lenguas extranjeras. Con base en ese enfoque se actualizó el plan de estudio, se produjeron materiales y se capacitaron a los profesores de Francés.

- Moirand, Sophie, Situations d'écrit. Compréhension, production en langue étrangère, Didactique des langues étrangères, C.L.E. International, 1979.
- Pompidou, Georges, *Anthologie de la poésie française*, *Le Livre de Poche*, Paris, 1974.
- Rousset, Jean, *Anthologie de la poésie baroque française*, *T. 1- 2*, Armand Colin, Paris, 1968.
- Sesé, Bernard, *Vocabulaire de l'espagnol classique. XVIe et XVIIe siècles*, Paris, S.E.D.E.S., 1975.
- Wagner, R. L., Pinchon et J., *Grammaire du français classique et moderne*, Paris, Hachette Université, 1962. Texto coronado por la Academia Francesa.

3. Canon literario de las licenciaturas

Siglo XII: La Chanson de Roland

Siglo XIII: Aucassin et Nicolette

Siglo XV: François Villon (1431-1463), algunas baladas:

«Ballade des femmes de Paris», «Ballade en vieil langage François», «La ballade des pendus», «Ballade pour prier Nostre-Dame»,

«Ballade des Seigneurs du temps jadis».

Siglo XVI: Francois Rabelais (1494-1553), *Pantagruel*; Michel de Montaigne (1533-1592), *Essais*.

Siglo XVII: Molière (1622-1673), L'avare, Dom Juan, Le Tartuffe; Blaise Pascal (1623-1662), Pensées; Madame de Lafayette (1634-1693), La Princesse de Clèves; Jean de La Bruyère (1645-1696), Les Caractères ou mœurs de ce siècle.

Siglo XVIII: Pierre de Marivaux (1688-1763), La Double Inconstance; Montesquieu (1689-1755), Lettres persanes; Voltaire (1694-1778), L' Ingenu, Candide; Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), Les confessions, Èmile ou De l'éducation; Marquis de Sade (1740-1814), Les infortunes de la Vertu, Justine ou les Malheurs de la vertu; Pierre Choderlos de Laclos (1741-1803), Les Liaisons dangereuses.

Siglo XIX: Stendhal (1783-1842), La Chartreuse de Parme; Honoré de Balzac (1799-1850), Eugénie Grandet, Le Père Goriot, Illusions perdues, La recherche de l'absolu; Victor Hugo (1802-1885), Teatro: Cromwell, Hernani; Novela: Bug Jargal, Notre-Dame de Paris, Quatre vingt-treize, Les Misérables; Poesía: Les Orientales, Les Rayons et les Ombres, Les Châtiments, Les Contemplations; Alfred de Musset (1810-1857), Lorenzaccio; Charles Baudelaire (1821-1867), Les chats, Correspondances, Brumes et pluies, L'albatros, spleen; Gustave Flaubert (1821-1880), Madame Bovary, Salambó; Jules Vallès (1832-1885): Trilogie de romans: L'enfant, Le Bachelier, L'insurgé; Émile Zola (1840-1902): L'Assommoir, Germinal, Nana; Paul Verlaine (1844-1896), Art poétique, Parsifal, Spleen, Mon rêve familier); Isidore Ducasse Lautréamont, Conte de Lautréamont (1846-1870), Les chants de maldoror; Arthur Rimbaud (1854-1891), Âge d'or, L'esprit, Le Bateau ivre.

Siglo XX: André Gide (1869-1951), L'immoraliste, Les faux-monnayeurs; Paul Valéry (1871-1945), Varieté I, Varieté II, III, IV, V; Louis-Ferdinand Céline (1894-1961): Voyage au bout de la nuit (1932), Nord (1960); Louis Aragon (1897-1982): Poesía: Le Crève-coeur, La Diane française (1944), Le fou d'Elsa (1963); Novela: La Semaine sainte, Blanche ou l'Oubli; Antoine de Saint Exupéry (1900-1944): Vol de nuit (1931), Le Petit Prince (1943); André Malraux (1901-1976), Les Conquérants (1928), La Voie Royale (1930), La Condition Humaine (1933); Jean-Paul Sartre (1905-1980): La Nausée (novela) (Náusea), L'être et le néant (ensayo); Albert Camus (1913-1960), L'etranger, La peste; Boris Vian (1920-1959), Novelas: J'irai cracher sur vos tombes, L'Écume des jours, L'Arrache Cœur; poemas: Je voudrais pas crever.

B) LA MAESTRÍA EN LETRAS MODERNAS

Trimestre octubre-diciembre 1978

Semiología y semiótica

Cita completa de Thomas. A Sebeok (1920-2001) sobre la distinción entre semiología y semiótica en su nota introductoria de la obra de Charles Morris, *Fundamentos de la teoría de los signos*, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1985:

«Siguiendo el uso habitual del inglés, Morris llamó a la ciencia de los signos semiótica (*semiotic*). El término estoico fue reintroducido en 1689 en el discurso filosófico inglés por John Locke, como rótulo para "doctrina de los signos", una ciencia que más adelante ha hecho considerables avances por obra de Charles Sanders Peirce, a partir de finales de la década de 1860. Hacia 1897, Peirce usó el término semiótica (*semiotic*), en el sentido de Locke, para hablar de la "cuasi-formal, o formal, doctrina de los signos".

»El término de Saussure, sémiologie, etimológicamente afín y por el que entendía "una ciencia que estudia la vida de los signos...", se encuentra por vez primera en una nota suya fechada en noviembre de 1894; este término también ha pasado a ser usado en inglés: valga como ejemplo concreto el hecho de que los Éléments de sémiologie (1964) de Roland Barthes se tradujeron al inglés como Elements of Semiology. Aunque en algunos casos semiótica y semiología se consideran sinónimos intercambiables, ciertos autores (y, sobre todo, Louis Hjelmslev) los diferencian clara y coherentemente. Por otro lado, semiología, en especial en sus equivalentes francés e italiano, es también el nombre de una bien establecida rama de la medicina, que en inglés es más frecuente denominar sintomatología. Por lo que yo sé, la variante semiótica (semiotics), con su programada definición para un campo que "de aquí a un tiempo incluirá el estudio de toda comunicación estructurada en todas y cada una de sus

modalidades", la introdujo Margaret Mead, el 19 de mayo de 1962, y apareció en un libro publicado dos años después. El término *semiotics* se creó, sin duda, por analogía a *pragmatics* (pragmática), *syntactics* (sintaxis), *semantics* (semántica). A partir de ese momento su uso se ha ido generalizando, aunque no de forma universal».

Semiología antropológica

La obra de Marcel Jousse fue publicada de manera póstuma en tres volúmenes basados en la redacción comenzada y no terminada por el autor y las notas de sus cátedras: L'antrhopologie du geste, Tomo I, Paris, Éditions Gallimard, 1974; L'antrhopologie du geste, Tomo II, La manducation de la parole, Paris, Éditions Gallimard, 1975; L'antrhopologie du geste, Tomo III, Le parlant, la parole et le soufflé, Paris, Éditions Gallimard, 1978.

André Leroi-Gourhan trabajó también en ese sentido en las obras: Le geste et la parole I. Technique et langage (1964); Le geste et la parole II. La memoire et les rythmes (1965).

Semiología lingüística

De Saussure, Ferdinand: *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1973 (Esa traducción es la decimosegunda edición de la primera versión en español del curso, con traducción, prólogo y notas de Amado Alonso, publicada en 1943 por la misma editorial y en el mismo lugar); *Cours de linguistique générale, édition critique preparée par Tulio de Mauro*, Paris, Éditions Payot, 1976.

Benveniste, Émile.: Le vocabulaire des institutions indoeuropéennes T.1-, T.2, Paris, Éditions de Minuit, 1969; «Sémiologie de la langue», en Problèmes de linguistique générale II, Paris, Éditions Gallimard, 1974; «Estructure de la langue y estructure de la société», en Problèmes de linguistique générale II, Paris, Éditions Gallimard, 1974; «Saussure après un demi-siècle», en Problèmes de linguistique générale I, Paris, Éditions Gallimard, 1966; «Semiologie de la langue», en Problèmes de linguistique

générale II, Paris, Éditions Gallimard, 1974; «L'appareil formel de l'énonciation» en *Problèmes de linguistique générale II*, Paris, Éditions Gallimard, 1974; «De la subjectivité dans le langage» en *Problèmes de linguistique générale I*, Paris, 1966.

Semiología estética

Son muchos los autores de importancia en esta materia, pero los que más me impactaron fueron dos: Cassirer, Ernest, La philofosophie des formes symboliques, Éditions de Minuit; Malraux, André, Le Musée imaginaire de la sculpture mondiale. I La statuaire; II Des bas-reliefs aux grottes sacrées; III Le monde chrétien, Éditions Gallimard, Paris 1952-1955. De Malraux todos los géneros me agradan, sus ensayos y sus novelas, además de la crítica de arte.

Un provecho permanente le he sacado también a un tercer autor: Francastel, Pierre, *Peinture et société: naissance et destruction d'un espace plastique de la Renaissance au cubisme*, Paris, Éditions Audin, 1951.

Semiología filosófica

Charles Sanders Peirce: Écrits sur le signe, Paris, Éditions du Seuil, 1978. La edición es fruto de la selección de los escritos de Peirce, algunos inéditos, la traducción al francés y las anotaciones de Gérard Deledalle, semiólogo y filósofo francés, 1921-2003.

Trimestre enero-marzo 1979

Morris, Charles, *Fundamentos de la teoría de los signos*, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1985.

Eco, Umberto: Apuntes para una semiótica de la comunicación visual, 1967; La estructura ausente, 1968; La forma del contenido, 1971; El signo, 1973; Tratado de semiótica general, Barcelona, Editorial Lumen 2000; La estructura ausente. Introducción a la semiótica, Barcelona, 1986; Signo, traducido por Francisco Serra

Cantarell Editorial Labor, Barcelona, 1988. Segunda edición, Colombia, 1994. Título original: *Segno*, 1973.

Pensamiento y el lenguaje

Tema capital en el seminario. Aquí es importante mencionar a Ignace Meyerson (1888- 1983), quien aborda el problema de la relación entre el lenguaje y el pensamiento en las obras: *La psychologie historique* (La psicología histórica) y *Les Fonctions psychologiques et les oeuvres*. (Las funciones y las obras).

En esa visión trabajaron también Georges Duby y Robert Mandrou en *Histoire de la civilisation française* (Historia de la civilización francesa) y *Le XVIe siecle: essai de psychologie historique* (El siglo XVI: ensayo de psicología histórica).

Relación entre lingüística y estilística

Importantísima es la obra de Charles Bally (discípulo de Saussure y corredactor del *Curso de Lingüística General*): *Traité de stylistique française* volumen I, volumen II, troisième édition, Paris Librairie C. Klincksieck, 1951.

Escuela Semiótica de París

En Sémiotique L' École de Paris, Paris, Hachette, 1982: Coquet, Jean-Claude, «L' École de Paris»; Arrivé, Michel, «Sémiotique litteraire»; Landowsky, Eric; Chabrol, Claude, «Le discour du pouvoir. Discour politique»; Delorme, J.; Goltrain, P., «Le discour religieux».

Barthes, R.: Critique et Vérité, Paris, Éditions du Seuil, 1966; Le degré zéro de l'écriture; «Qu'est-ce que l'écriture?», Éditions du Seuil, 1972; Fragmentos de un discurso amoroso, Sigloveintiuno editores, 1982; S/Z, Paris, Éditions du Seuil, 1970; Communications, Recherches sémiologiques 4, 1964, École de Hauts Études en Sciences Sociales-Centre D'etudes Transdisciplinaires (Sociologie, Anthropologie, Sémiologie), Paris; Número 8, 1966, École de Hauts Études en Sciences Sociales-Centre D'Études Transdisciplinaires

(Sociologie, Anthropologie, Sémiologie), Paris; Communications, Recherches Rhetoriques Número 16, 1970; Éléments de sémiologie, Paris, Collections Mediations, 1965; Elementos de semiología, Madrid, Alberto Corazón Editor, 1971; En La aventura semiológica, Barcelona, Ediciones Paidós, 1993: «Semántica del objeto», «La retórica antigua», «Introducción al análisis estructural de los relatos», «El mensaje publicitario»; Calvet, Louis-Jean, Roland Barthes, Un regard politique sur le signe, Paris, Éditions Payot, 1973.

Trimestre abril-junio 1979

Greimas, Algirdas Julien: Sémiotique et sciences sociales, Paris, Éditions du Seuil, 1976; Sémantique structurale. Recherche de méthode, Paris, Éditions du Seuil, 1966; Maupassant: La sémiotique du texte, exercices pratiques, Paris, Éditions du Seuil, 1976.

Kristeva, Julia: Le Langage, cet inconnu. Une initiation à la linguistique, SGPP, 1969 (publié sous le nom Julia Joyaux; rééd. Seuil, coll. «Points» n.o 125, 1981); Semeiotikê. Recherches pour une sémanalyse, Seuil, 1969; Le Texte du roman. Approche sémiologique d'une structure discursive transformationnelle, La Haye, Mouton, 1970; La Traversée des signes (ouvrage collectif), Seuil, 1975; Polylogue, Seuil, 1977; Folle Vérité (ouvrage collectif), 1979; Pouvoirs de l'horreur. Essai sur l'abjection, Seuil, 1980; La Révolution du langage poétique. L'avant-garde à la fin du XXe siècle, Lautréamont et Mallarmé, 1985; Le Temps sensible. Proust et l'expérience littéraire, Gallimard, 1994, rééd. coll. «Folio Essais», 2000.

Genette, Gérard: *Figures I*, Paris, Éditions du Seuil, 1966 (Son estudios, entre 1959 y 1965, que parten de escritores barrocos, y luego de Flaubert, Valéry, Proust, Borges, Robbe-Grillet); *Figures II*, Paris, Éditions du Seuil, 1969 (Estudios sobre La Fayette, Balzac, Stendhal o Proust); *Figures III*, Paris, Éditions du Seuil, 1972 (Muy centrado en Proust.); *Mimologiques: voyage en Cratylie*, Paris, Éditions du Seuil, 1976, Trad.: *Mimológicas*, Luis Porcel, 1980. p. 183; *Introduction à*

architected, Paris, Éditions du Sequel, 1979; *Palimpsests: La literature au second degré*, Paris, Éditions du Seuil, 1982.

Bremond, Claude: *Communications* N.º 4 de 1964, École Pratique des Hautes Études en Sciences Sociales-Centre D'Études Transdisciplinaires (Sociologie, Anthropologie, Semiologie), Paris; *Logique du récit*, Éditions du Seuil, 1973.

Todorov, Tzvetan: Littérature et signification, Paris, Larousse, 1967; Théorie de la littérature, Paris, Éditions du Seuil, 1965 (Textes des Formalistes rusos); Introduction a la littérature fantastique, Paris, Éditions du Seuil, 1970; Poétique de la prose, Paris, Éditions du Seuil, 1971; Théories des simboles, Paris, Éditions du Seuil, 1977; Les genres du discours, Paris, Éditions du Seuil, 1978; Mikhaïl Bakhtine, le principe dialogique, Éditions du Seuil, 1981

Bajtín, Mijaíl (Volochinov, V. N.): Le marxisme et la hilosophie du langage. Essai d'application de la methode sociologique en linguistique, Éditions de Minuit, Paris, 1977; Estética de la creación verbal, México, Siglo XXI editores, 1985; Todorov, Tzvetan, Mikhaïl Bakhtine, le principe dialogique, Paris, Éditions du Seuil, 1981.

Lotman, Jurij: La structure du texte artistique par Iouri Lotman, Préface de Henri Meschonnic, 1973, Éditions Gallimard; Éditions Gallimard; Lotman, Jurij y Escuela de Tartu: Semiótica de la cultura, Madrid, Ediciones Cátedra, 1979. La Sémiosphère, Presses universitaires de Limoges, 1999; Explosión de la culture, Presses universitaires de Limoges, 2004; École de Tartu, Travaux sur les systèmes de signes, textes choisis et présentés par Y. M. Lotman et B. A. Ouspenski, traduits du russe par Anne Zouboff, Bruxelles, Complexe, 1976.

Trabajo final del seminario Texto e imagen: *El coloso*, Francisco de Goya

Manuela Mena Marqués, «*El coloso* y su atribución a Goya», 21 de septiembre de 2011 (https://r.issu.edu.do/l?l=14337gXW), tomado de la página web del Museo del Prado, Madrid, España.

De Saussure, Ferdinand, Cours de linguistique générale, édition critique preparée par Tulio de Mauro, Paris, Éditions Payot, 1976; Martinet, André, Éléments de linguistique générale; Benveniste, E., Problèmes de linguistique générale, TII; Zemsz, Abraham, Revue d'esthétique, abril-juin, 1967; Porcher, L., Introduction à une sémiotique des images, Ed. Didier C.R.E.I.F., 1976; Hubert, Damisch, Théorie du nuage - Pour une histoire de la peinture, Éditions du Seuil, Paris; Rieser, H., Revue d'esthétique, abril-juin 1961: Barthes, R., Rhétorique de l'image in: Communications, 4, 1964.

Tesis de la maestría. Bibliografía

J. Alter: «Perspectives et modèles» in Nouveau roman hier, aujourd'hui, T.I, Éditions 10/18; P. Astier: La crisis du roman français, Éditions De Bresse; J. Authier/A. Meunier: «Excercice de grammaire et dicours rapporté» in Langue française 33, Fevrier 1977; R. Rolland Barthes: «Par où commencer»? in Le degré zéro de *l'écriture*, Éditions du Seuil; S/Z, Éditions du Seuil; «Introduction à l'analyse structurale des récits» in Communication 8, 1966; E. Benveniste: «L'appareil formel de l'enonciation in Problèmes de linguistique générale, T.II., Éditions du Seuil, 1974; Ph. Dubois: Littérature 25, 1977; O. Ducrot/T. Todorov: Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage, Éditions du Seuil; G, Genette: Figures I, Ed. du Seuil; Figures III, Éditions du Seuil, 1972; A. Gide: Journal de 1893; L. Goldman: Pour une sociologie du roman, Éditions Gallimard; A. J. Greimas: Semantique estructurale, Éditions Larousse; N. Gueunier: «Sipnosis» in Langue française, Volume 3, Numéro 1, Année 1969; Ph. Hamon: «Statut semiologique du personnage» in Poétique du récit, Éditions du seuil; R. Jakobson: Essais de linguistique générale, Éditions de Minuit; F. Meyer: Le nouveau roman hier, aujourd'hui, TII, Éditions 10/18; B. Morrisette: Les romans de Robbe-Grillet, Éditions de Minuit; R. Pinget: Passacaille, Éditions de Minuit; G. Prince: Poétique 14, 1977.

I. Ricardou: Pour une théorie du nouveau roman, Éditions du Seuil; Le nouveau roman, Éditions Ecrivain de Toujours/Éditions du Seuil; Problèmes du nouveau roman, Éditions du seuil; A. Robbe-Grillet: Dans le labyrinthe, Éditions de Minuit; Colloque de Cerisy, Ed. 10/18; «Sur quelques notions perimées» in Pour un nouveau roman, Éditions de Minuit; Nouveau roman hier, aujourd'hui, TII, Éditions 10/18; J. Y. Tardie: Le Récit poétique, Éditions Presses Universitaires de France; T. Todorov: Litterature et signification, Éditions Larousse, 1967; Communications 8, 1966; Poétique, Points, Éditions du seuil, 1968; Poétique de la prose, Collection Poétique, Éditions du seuil, 1971; Théorie de la littérature (traduction des textes des Formalistes Russes), Éditions du seuil; P. Valéry: Cahiers T. XVII; J. Vernier: «Le récit réfléchi» in Littérature 5, 1972; Wagner et Pinchon: Grammaire du français classique et moderne, Éditions Hachette Université; M. Zeraffa: «Narrativité et textualité dans la fiction» in Revue d'esthétique 2, 1974; R. Jakobson: Questions de Poétique, Éditions du Seuil, 1973.

Para el problema de la serialidad del relato ver el comentario de Genette publicado en la novela de Robe Grillet, *Dans le labyrinthe*, Coll. 10/118 UG C, 1964.

C) DOCTORADO EN LITERATURA

Mi encuentro con Henri Meschonnic

Diógenes Céspedes hace las siguientes precisiones:

«En efecto, tú y yo sosteníamos intercambio de ideas en tu casa de Montrouge. Primero fue sobre el *nouveau roman* que estudié en Besanzón y del cual era un conocedor junto con Rafael Guerrero. Mi tesis de maestría fue sobre Claude Simon. Pero cuando entablamos esas discusiones, ya yo tenía un año en el seminario de Meschonnic (1977-78).

»Claro que hablé con Meschonnic para que te admitiera en el seminario. Al igual que hablé a favor de Núñez y lo aceptó. Hablé por Guillermo Piña, pero este nunca tuvo interés en la poética. Su mundo era la estilística y de ahí no ha pasado. Un día le llevé al seminario para que viera lo que sucedía ahí adentro. También llevé a Rafael Julián para que viera lo que era un seminario de verdad, sin *maître de verité*, pero no se interesó y regresó a su zona cómoda con Greimas, con quien yo estudié tres años. A mí me sucedió con Greimas lo mismo que te ocurrió a ti con Bremond.

»El último recomendado mío con Meschonnic fue García Cartagena, pero se plumió al llegar a París y prefirió estudiar hermenéutica literaria en Poitiers. Después que tú y yo agotamos el *nouveau roman*, pasamos a discutir la poética de Meschonnic. No sé si estabas en último año de licenciatura o si finalizabas tu maestría en el año 1978-1979. Tú dirás. En el cotejo cronológico de tu libro es importante citar los estudios de licenciatura y maestría, así como describir el tema de la tesis, para que luego se vea la ruptura al entrar a la poética. Nosotros conocemos los métodos de nuestros adversarios, porque pasamos primero por tales métodos».

Una recomendación personal era más valiosa para Meschonnic que la cita, pues esta era un formulismo burocrático, una especie de colador (*passoir*) para que si alguien no calificaba, que fuera la institución la que asumiera la responsabilidad; no una decisión personal de Meschonnic.

Yo no llené ninguna cita académica. Jean Peytard me dio una carta de recomendación y cuando Meschonnic la leyó, ahí mismo me admitió al doctorado. Mi tesis original era sobre García Márquez y luego en el camino la cambié por la teoría del lenguaje y la poesía en América Latina.

Seminario Poética del Ritmo y tesis de doctorado

Cuando solicité al profesor Henri Meschonnic ser mi asesor de tesis doctoral le hablé de mi tema, relacionado con la poética, su campo de reflexión e investigación, y en principio acordamos este título: «La poética en América hispánica». Me aceptó, tomé el seminario Poética del Ritmo, impartido por él en la Universidad París VIII. Desde entonces ya figuraba como parte de un grupo de estudiantes que seguían su poética y orientaban sus trabajos de tesis doctoral de conformidad con esa línea de investigación.

La tesis de doctorado fue publicada con estos títulos:

- «El discurso teórico en literatura en América hispánica», Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, UNPHU, 1992.
- «Las teorías literarias en América hispánica», Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, INTEC, 2004.

Poética de Meschonnic: principales aprendizajes

Meschonnic, Henri: Pour la poétique I, Paris, Éditions Gallimard, 1970; Pour la poétique II, Paris, Épistémologie de la écriture. Poétique de la traduction, Paris, Éditions Gallimard, 1973; Pour la poétique III. Une parole écriture, Paris, Éditions Gallimard, 1973; Le signe et le poéme, Paris, Éditions Gallimard, 1975; Pour la poétique IV Ecrire Hugo, Tomo I, Paris, Éditions Gallimard, 1977; Pour la poétique IV Ecrire Hugo, Tomo II, Paris, Éditions Gallimard, 1977; Pour la poétique V. Poésie sans réponse, Paris, Éditions Gallimard, 1978; Jona et le signifiant errant, Paris, Éditions Gallimard, 1981; Crítique du rythme. Anthropologie historique du langage, Paris, Éditions Vernier, 1982.



«Hay que saber entrar en el texto, saber recorrerlo, para que nos libere sus tesoros, como los tesoros recubiertos de las espesas escorias del desamparo, la ignorancia y el miedo del sur profundo. En ese entendimiento, el aprendizaje de las prácticas ancestrales de la lectura representa el crisol y la criba, fundamentales de la cultura lugareña y textual.

En Francia y en Europa las prácticas de lectura han sido, desde siempre, las bases de los estudios humanísticos. El conocimiento circula en el texto y a través de este; por consiguiente, las metodologías de enseñanza y aprendizaje se apoyan en la lectura de texto».

Manuel Matos Moquete

